

Rob Roy

Walter Scott

Me habéis rogado, mi querido Tresham, que dediqué una parte de los ocios con que la Providencia ha bendecido el término de mi carrera, a consignar, por escrito, las pruebas y vicisitudes que señalaron el principio de ella.

El recuerdo de esas aventuras, según os place apellidarlas, ha dejado en verdad sobre mí una huella viva y duradera de goce y de pesar, y no la experimento jamás sin un profundo sentimiento de gratitud y de devoción hacia el soberano Arbitro de las cosas humanas que ha guiado mis pasos a través de un dédalo de obstáculos y de peligros. ¡Contraste que infunde un encanto más a la dichosa paz de mis postreros días!

Debo, asimismo, deferir a una opinión que a menudo habéis manifestado. Los acontecimientos en que me he visto envuelto dentro de un pueblo cuyo proceder y cuyas costumbres son aún tan particulares, ofrecen su lado pintoresco y atractivo para quienes gustan de oír a un anciano hablar de los pasados tiempos.

No echéis en olvido, empero, que ciertas narraciones que se han contado entre amigos pierden la mitad de su valor cuando se confían al papel, y que las historias en que el oído ha tomado interés, no bien salen de labios del mismo que ha desempeñado su parte en ellas, parecen menos dignas de atención leídas en el silencio del gabinete. Y ya que una florida ancianidad y una salud robusta os prometen, con toda probabilidad, existencia más dilatada que la mía, encerrad estas páginas en algún secreto cajón de vuestro escritorio hasta tanto que nos hayamos separado el uno del otro por un acontecimiento que puede sobrevenir a cualquiera hora y que sobrevendrá dentro de pocos, sí, dentro de pocos años. Cuando nos habremos separado en este mundo, para encontrarnos (así lo espero), en otro mundo mejor, seguro estoy de que apreciaréis, más que los méritos, la memoria del amigo que ya no existirá, y entonces, en las circunstancias cuyo cuadro voy a trazar, hallaréis asunto para reflexiones tal vez melancólicas, pero no faltas de atractivo.

Hay quien lega a sus más caros confidentes una imagen de lo que fue algún día: yo deposito en vuestras manos la exposición fiel de mis ideas y sentimientos, de mis errores y cualidades, en la firme esperanza de que las locuras y los azares de mi juventud hallarán en vos el mismo juez indulgente y bueno que más de una vez ha reparado las faltas de mi edad madura.

Una de las ventajas que, entre otras muchas, tiene el dedicar a un amigo íntimo las propias memorias (palabra asaz solemne aplicada a mis humildes hojas) es la de prescindir de ciertos detalles inútiles para él y que, indispensables para un extraño, le distraerían de cosas más interesantes. ¿Hay

necesidad alguna de imponeros el fastidio so pretexto de que estáis a mi disposición y de que tengo delante de mí tinta, papel y tiempo? Respecto a no abusar de ocasión tan tentadora para hablar de mí y de lo que me interesa, hasta dentro de cosas que os son familiares, no me atrevo a prometerlo. El gusto de referir, sobre todo cuando somos héroes del relato, hace a menudo perder de vista las atenciones debidas a la paciencia y al goce de nuestros oyentes. Los mejores y los más sabios han sucumbido a la tentación.

Básteme recordaros un singular ejemplo que tomaré de esa edición original, una de las más raras, de las memorias de Sully, la cual, con el entusiasta orgullo de un bibliófilo, ponéis por encima de aquella en que se ha sustituido su forma por la más cómoda de una narración histórica. Para mí lo curioso de ellas está en ver hasta qué grado de debilidad el autor las sacrifica al sentimiento de su importancia personal.

Si mal no recuerdo, aquel venerable señor, aquel gran político había encargado simultáneamente a cuatro gentilhombres de su casa el poner en orden los diarios y memorias de su vida bajo el título de Memorias de las sabias y reales Economías de Estado, domésticas, políticas y militares de Enrique el Grande, etc. Dispuesta la compilación, los graves analistas entresacaron de ella los elementos para una narración biográfica, dedicada a su señor, in propria persona. Y he aquí cómo Sully, en vez de hablar en tercera, como Julio César, en primera, como la mayoría de los que, en el apogeo de la grandeza o desde su gabinete de estudio, se proponen contar su vida: he aquí, repito, cómo disfrutó el tan refinado cuanto singular placer de hacerse reproducir sus recuerdos por los secretarios siendo con ello a la vez oyente, héroe y probablemente autor de todo el libro. ¿No estáis viendo al antiguo ministro, tieso como una estaca, en su gorguera abollada y en su jubón colante galoneado de oro, pomposamente sentado bajo el dosel, prestando oído a los compiladores? ¡Espectáculo curioso! Y los últimos, descubierta la cabeza, le repetirían ceremoniosamente: «Así discurrísteis... El señor rey puso en vuestras manos los despachos... Y emprendísteis de nuevo la marcha... Tales fueron los secretos avisos que disteis al señor rey...»: cosas todas que él se sabía mejor que cualquiera de ellos y cuyo conocimiento había adquirido por él mismo.

Sin hallarse precisamente en la posición, un tanto grotesca, del gran Sully, no fuera menos ridículo en Francis Osbaldistone el disertar prolijamente con William Tresham acerca de su nacimiento, de su educación y de sus lazos de parentesco. Lucharé, por tanto, lo mejor que sepa, contra el demonio del amor propio y procuraré no hablar palabra de lo que ya os es conocido. Cosas, empero, habrá que deba recordar, porque, aparte el haber decidido de mi destino, el tiempo las haya quizá borrado de vuestra memoria.

Debéis haber conservado el recuerdo de mi padre, puesto que, estando él

asociado el vuestro, le conocisteis desde vuestra infancia. Habían ya pasado para él sus días felices, y la edad y las dolencias amortiguado aquel ardor que desplegaba en sus especulaciones y empresas. Hubiera sido menos rico, sin duda, pero igualmente dichoso, tal vez, si hubiese consagrado al progreso de las ciencias aquella voluntad de hierro, aquella viva inteligencia y aquella mirada de águila que puso al servicio de las operaciones comerciales. No obstante, se halla en sus vicisitudes atractivo bastante poderoso para fascinar a un espíritu audaz hasta dejando a un lado el afán de lucro. Quien fía la embarcación a las inconstantes olas debe unir la experiencia del piloto a la firmeza del navegante, y, aun así, se expone a naufragar si el soplo de la fortuna no le es propicio.

Mezcla de vigilancia obligatoria y de azar inevitable, se ofrece a menudo la terrible alternativa: ¿triunfará la prudencia de la fortuna, o la fortuna derribará los cálculos de la prudencia? —Y entonces se ponen de relieve las fuerzas múltiples del alma a la par de sus sentimientos, y el comercio adquiere todo el prestigio del juego sin presentar la inmoralidad de este.

A comienzos del siglo XVIII, cuando no había cumplido yo mis veinte años —¡Dios me valga!—, fui llamado bruscamente desde Burdeos a Londres para recibir de mi padre un importante aviso.

No olvidaré en mi vida nuestra primera entrevista.

Al dar disposiciones a los que tenía cerca de sí, mi padre había adquirido la costumbre de usar un tono breve, cortado, un tanto duro. Me parece estarle viendo aún como si fuera ayer: erguido y firme el talle, el paso vivo y seguro, claros y penetrantes los ojos, la frente surcada por las arrugas; y me parece oír su palabra limpia y precisa, y su voz, cuya accidental sequedad estaba muy lejos de ser la de su corazón.

No bien me hube apeado, corrí al gabinete de mi padre. Este se paseaba con aire grave y serio. La súbita presencia de su hijo único, a quien no había visto desde cuatro años atrás, no alteró en lo más mínimo su sangre fría. Me arrojé a sus brazos. Era bueno, sin ser tierno, y una lágrima, debilidad del momento, humedeció sus párpados.

—Dubourg me ha escrito que está contento de vos, Frank —me dijo.

—Celebro, señor...

—Pero yo... yo tengo menos motivo para estarlo —añadió apoyándose en su escritorio.

—Siento mucho, señor...

—¡Celebro! ¡Siento!... Palabras que, las más de las veces, nada o poca cosa significan. Ved vuestra última carta.

La sacó de entre multitud de otras liadas con un bramante encarnado y cuidadosamente agrupadas y rotuladas. Allá yacía mi pobre pistola motivada por un asunto que interesaba mucho a mi corazón y escrita en los términos más propios, según yo, para conmover, sino para convencer, a mi padre; allá, repito, yacía envuelta en un paquete de papelotes de exclusivo interés comercial.

No pude contener una sonrisa, pensando en el sentimiento de vanidad herida y de mortificación con el cual contemplaba yo mi demanda, fruto de penosa labor (puede creérseme) extraída de un lío de cartas-órdenes o de crédito, de todo el vulgar enjambre de una correspondencia mercantil. «Indudablemente —pensé para mí— una carta de tamaña importancia (y tan bien escrita, aunque no osara confesármelo), merecía lugar aparte y, sobre todo, examen más serio que aquellas en que se trata de comercio y de banca».

Mi padre no notó mi disgusto y, aunque lo observara, no le hubiera preocupado en lo más mínimo. Con la carta en una de sus manos, prosiguió:

—Esta es vuestra carta, Frank, fecha del 21 del próximo pasado. En ella me significáis —y aquí recorrió con la vista algunos pasajes—, que en el momento de abrazar una carrera, negocio de gran trascendencia para la vida, esperáis que mi bondad paternal os concederá, al menos, la alternativa en la elección; que existen impedimentos... Sí, realmente existen impedimentos y, entre paréntesis, ¿no sabríais escribir de un modo más inteligible, poniendo las correspondientes tildes a vuestras t t y abriendo los rizos de vuestras s s?... Impedimentos invencibles para el plan que os he propuesto... Habláis largo sobre el particular, pues habéis llenado cuatro caras de buen papel para lo que, mediante algún esfuerzo en ser claro y limpio, hubierais podido resumir en cuatro líneas. En una palabra, Frank, vuestra carta se reduce a lo siguiente: a que no queréis cumplir con mi voluntad.

—Lo que equivale a decir, en el presente caso, que no puedo acceder a ella.

—Yo me preocupo muy poco con las palabras, muchacho —dijo mi padre, cuya inflexibilidad presentaba las apariencias de una calma imperturbable—. A veces es más cortés decir no puedo que decir no quiero: convenido; pero son frases sinónimas cuando no existe imposibilidad moral. Por lo demás, a mí no me gusta atropellar los negocios. Seguiremos después de comer... ¡Owen!

Owen compareció. No tenían aún sus cabellos aquella blancura de plata que debían dar a su vejez un aspecto tan venerable, porque a la sazón no había cumplido sus cincuenta años. Vestía, sí, como vistió toda su vida: levitón color de avellana, chaleco y calzón de lo mismo, medias de seda gris perla, zapatos con hebillas de plata, bocamangas de batista bien plegadas y ceñidas sobre sus manos, las cuales bocamangas, una vez en el despacho, internaba

cuidadosamente a fin de preservarlas de las manchas de tinta. En una palabra, presentaba aquel aspecto grave y solemne, pero bondadoso, que distinguió hasta su muerte al dependiente principal de la importante casa Osbaldistone y Tresham.

Después que el viejo y buen empleado me hubo dado un afectuoso apretón de mano:

—Owen —le dijo mi padre—, hoy comerás con nosotros para saber las noticias que nos trae Frank de nuestros amigos de Burdeos.

Saludó de un solo trazo para expresar su respetuosa gratitud, pues en aquella época en que la distancia entre inferiores y superiores se mantenía con un rigor desconocido por la nuestra, una invitación como la indicada significaba señalado favor.

Aquella comida no se borrará, durante largo tiempo, de mi memoria.

Bajo la influencia de la inquietud que me oprimía y de un concentrado enojo, era incapaz de tomar en la conversación la parte activa que anhelaba mi padre y me aconteció varias veces que respondí bastante mal a las preguntas con que me abrumaba. Fluctuando entre su respeto al jefe de la casa y su cariño al muchacho que, en otro tiempo, había hecho saltar sobre sus rodillas, Owen se esforzaba, con el celo tímido del aliado de una nación invadida, en explicar, a cada uno de mis errores, lo que yo había querido decir, cubriendo mi retirada. Mas semejantes maniobras de salvación, lejos de socorrerme, no hicieron sino redoblar el mal humor de mi padre, quien descargó parte del mismo sobre mi oficioso defensor.

Durante mi estancia en casa Dubourg, mi conducta no se había parecido, en verdad, a la de

El pasante de notario

Nacido para causar

De un padre la irritación,

Pues en vez de trabajar

Borroneando un inventario,

Borroneaba una canción.

Pero, hablando francamente, solo había trabajado yo lo preciso para obtener buenos informes del francés, antiguo corresponsal de la casa encargado de iniciarme en los arcanos del comercio. En mi colocación, me había dedicado, principalmente, al estudio de las letras y a los ejercicios corporales. Ese doble género de aptitudes no era, no, antipático a mi padre, ni mucho menos. Tenía demasiado buen sentido para ignorar que constituyen uno

de los más nobles ornamentos del hombre y estaba persuadido de que añadirían relieve y dignidad a la carrera que yo debía seguir. Su ambición rayaba más alto todavía: no me destinaba a sucederle solo en sus bienes, sí que también en aquel espíritu de vastas combinaciones que permiten extender y perpetuar una pingüe herencia.

Amaba su estado, y tal era el motivo que ponía por encima de todo para obligarme a tomarlo, sin dar de tener otros motivos cuyo secreto no averigüé hasta más adelante. Tan entusiasta como hábil y audaz en sus proyectos, cada empresa coronada por el éxito le servía de grada para elevarse a nuevas especulaciones cuyos medios suministraba ella misma. Caminar, como conquistador insaciable, de victoria en victoria, sin pararse a asegurar el fruto de sus triunfos, y mucho menos para disfrutarlos: tal parecía ser su destino. Acostumbrado a ver oscilar su fortuna toda en la balanza del azar; fértil en recursos para hacerla inclinar a su favor, nunca se sentía tan bien, ni desplegaba mayor decisión y energía que cuando disputaba su provecho a las conmovedoras vicisitudes del acaso. Se semejaba en ello al marinero que menosprecia sin cesar las olas y el enemigo, y cuya confianza se redobla en el momento del combate o de la tempestad.

Con todo, no se le ocultaba que bastarían los años o una enfermedad accidental para abatir sus fuerzas, y ansiaba ardientemente hacer de mí un auxiliar a quien sus caducas manos pudieran confiar el timón, capaz de dirigir la marcha del buque con el auxilio de sus consejos e instrucciones.

El señor Tresham, aunque tenía su fortuna entera colocada en la casa, era solo, según frase corriente, un socio comanditario; Owen, de una probidad a toda prueba y excelente calculista, prestaba inestimables servicios al frente de las oficinas, pero le faltaban los conocimientos y el genio necesarios para confiársele la dirección general. Caso de fallecer repentinamente mi padre, ¿qué sucedería con sinnúmero de proyectos concebidos por él, si su hijo, preparado desde larga fecha a los contratiempos del comercio, no estuviese en disposición de sostener la carga que depondría el viejo Atlas? ¿Qué sería de su propio hijo si, ajeno a esa clase de negocios, se hallase de improviso envuelto en un laberinto de especulaciones, sin la experiencia necesaria para orientarse en él?

Tales eran las razones, ostensibles u ocultas, que habían determinado a mi padre a hacerme seguir su estado, y, una vez resuelto, nada de este mundo hubiera podido disuadirle. No obstante, estaba yo tan interesado en ello, que hubiera debido concedérseme antes la palabra en el asunto. A una obstinación tan aferrada como la suya, hubiera opuesto, por mi parte, una resolución formada y diametralmente contraria.

Mi resistencia a las aspiraciones de mi padre no dejaba de tener, pues, su

excusa. No distinguía, claramente, cuáles eran los motivos que le animaban, ni hasta qué punto dependía de ellos su tranquilidad. Creyendo seguro el disfrutar, algún día, de una inmensa fortuna, y en la espera de una renta considerable, no se me había ocurrido que fuera necesario, para adquirir los aludidos bienes, someterme a violencia alguna y a trabajos que repugnaban a mi carácter y a mis aficiones. En la proposición de mi padre no veía más que el deseo de acrecer, por mis manos, aquel cúmulo de riquezas que él había reunido ya. Mejor juez que él respecto a los medios de procurarme la dicha, ¿era verdaderamente tal el de dedicarme al acrecentamiento de una fortuna que me parecía bastar, de sobras, para las exigencias de una vida de sociedad? No era esa mi convicción.

He ahí por qué, fuerza es repetirlo, mi estancia en Burdeos no había correspondido a las esperanzas paternas. Lo que mi padre estimaba como asunto principal no era para mí de consecuencias y, a no retenerme el deber, ni siquiera habría preocupado mi atención. Dubourg, nuestro corresponsal único (cualidad que le valía cuantiosos beneficios) era un compadre demasiado ladino para dar al jefe de la casa noticias que hubieran disgustado a padre e hijo simultáneamente; y tal vez, conforme se verá, cuidaba de servir sus propios intereses al permitirme descuidar el estudio para el cual se me había puesto bajo su tutela.

Mi sistema de vida era, en su casa, muy metódico, y, por lo tocante a costumbres y comportamiento, nada tenía que echarme en cara. Mas, en presencia de defectos peores que la negligencia y el desvío del comercio, ¿quién sabe si el astuto perillán no habría mostrado complacencia idéntica? Sea como quiera, viéndome destinar una buena parte del día a las ocupaciones que él me señalaba, le importaba poco averiguar en qué pasaba yo el resto, y no le parecía mal el verme hojear Corneille y Bolileau en lugar de cualquier viejo manual de comercio o de banca.

En su correspondencia inglesa y en uno u otro pasaje. Dubourg no dejaba de hacer deslizarse la siguiente frase cómoda que había leído en alguna parte: «Vuestro hijo es cuanto un padre puede desear». Frase pesada a fuerza de repetida, pero que no tuvo el don de despertar inquietud alguna en mi padre, por ofrecer un sentido claro y preciso. En materia de estilo, ni el mismo Addison hubiera podido facilitar modismos más satisfactorios que estos: «Al recibo de la vuestra de... Habiendo dispensado buena acogida a los incluidos billetes, cuyo detalle va a continuación...».

Sabiendo, pues, perfectamente lo que de mí se prometía, y bajo las constantes seguridades de Dubourg, mi padre no dudó un instante de que llegaría yo al punto en que deseaba verme.

Sobrevino la epístola, escrita en un día de desgracia y en la que, después de

prolijas y elocuentes excusas, declinaba yo la honra de ocupar una plaza, un pupitre y un taburete en un rincón de las sombrías oficinas de Crane Alley: pupitre y taburete más elevados que los de Owen y de otros empleados, y que no cedía más que al trípode del mismo principal.

Desde entonces fue todo de mal en peor. Las misivas de Dubourg se hicieron tan sospechosas como si hubiese consentido la protesta de su firma, y fui muy luego llamado a Londres donde me aguardaba el recibimiento que acabo de referir.

2

Por punto general, sabía mi padre dominarse perfectamente, y rara vez su cólera se manifestaba de otro modo que en tono seco y duro con aquellos que la habían provocado. Jamás se expresaba con señales de arrebato ni con amenazas. Infundía en todo su espíritu de sistema, siendo su costumbre la de ejecutar lo necesario según los casos y sin frases inútiles.

Con sonrisa poco halagüeña, pues, escuchó mis sumarias contestaciones acerca del estado del comercio en Francia y consintió en que me enredase explicando los misterios del lucro; de las tarifas, de las averías y del peso limpio. Hasta aquel momento no tuve por qué quejarme mucho de mi memoria, a juzgar por el talante de mi padre nada contrariado; pero en cuanto me vi en la imposibilidad de explicarle estrictamente el efecto que el descrédito de los luses de oro había ocasionado en la negociación de letras de cambio:

—¡El acontecimiento nacional más notable de mi época! —exclamó mi padre, testigo de la revolución política de 1688—. ¡No sabe de ello más que lo que sabría un poste!

Owen acudió en mi auxilio con sus formas tímidas y conciliadoras.

—El señor Francis —observó— no habría seguramente olvidado que, por ordenanza del rey Luis XIV, fecha de 10. de mayo de 1700, fue otorgado al portador el derecho de reclamar, dentro de los diez días siguientes al vencimiento...

—El señor Francis —dijo mi padre, cortándole la palabra— no dejará seguramente de recordar, por un momento, todo lo que vos tendréis la amabilidad de apuntarle. Pero ¡cáspita! ¿cómo lo ha permitido Dubourg? Y a propósito, Owen: ¿qué especie de muchacho es su sobrino Clemente, ese joven de pelo negro que trabaja en las oficinas?

—Uno de los más inteligentes empleados de la casa, señor, y que más sorprende por su precocidad —respondió Owen, cuyo corazón se había conquistado el joven francés con su buen humor y cortesía.

—Sí, sí; presumo que él sí que entiende algo en operaciones de banca. Dubourg se las compuso de modo que tuviera yo a mano un chico listo que entendiera el negocio; pero he comprendido su treta, y observará que le he sorprendido al verificar el balance. Owen, abonad a Clemente su sueldo hasta el próximo trimestre y que regrese a Burdeos en la embarcación de su padre, que está de vuelta.

—¿Regresar Clemente Dubourg? —dijo Owen azorado.

—Sí, señor, y sobre la marcha. Basta con un inglés tonto en las oficinas para hacer disparates, sin ver en ella a un maligno francés para sacar partido de los mismos.

Había permanecido yo bastante temporada en los estados de Luis el Grande para aprender a detestar cordialmente los actos de una autoridad arbitraria, aunque semejante aversión no se me hubiera inspirado desde mi más tierna infancia. En consecuencia, no pude abstenerme de interceder en favor del digno e inocente joven condenado a pagar la falta de haber adquirido conocimientos que mi padre hubiera deseado para mí.

—Perdonad, señor —dije luego que el señor Osbaldistone hubo cesado de hablar—; es, en mi concepto, justo hasta lo sumo que, si he descuidado yo mis estudios, sea yo solo quien sufra el consiguiente castigo. No tengo derecho de echar en cara a M. Dubourg el no haberme ofrecido ocasión para instruirme, aun cuando no me haya sido de provecho; y en cuanto a monsieur Clemente...

—En cuanto a él y a vos —interrumpió mi padre—, tomaré las medidas que me parecerán necesarias. No importa; está bien, Frank, el asumir la responsabilidad de la queja; me parece muy bien: lo confieso. En cuanto al viejo Dubourg —añadió volviéndose hacia Owen—, que se ha contentado con facilitar a Frank los elementos de una instrucción práctica, sin cerciorarse de sus progresos ni advertirme de su negligencia, me sería imposible dar por saldada la cuenta. Ya lo veis, Owen: mi hijo posee los principios naturales de equidad que honran a todo comerciante inglés.

El anciano dependiente tomó la palabra en la actitud doctoral que le era familiar, es decir gacha la cabeza y la mano derecha un tanto al aire: costumbre esta originada por la de colocar la pluma detrás de la oreja antes de hablar.

—Me parece —dijo— que el señor Francis posee el principio esencial de toda contabilidad moral, la gran regla de tres del deber: que A haga a B lo que quisiera que B le hiciese. El producto dará la regla de conducta pedida.

Este modo de reducir el divino precepto a fórmula aritmética hizo sonreír a mi padre, quien, empero, replicó al momento:

—Todo eso nada significa, Frank. Habéis derrochado el tiempo como un niño, y es necesario aprender a vivir como hombre desde hoy en adelante. Os colocaré durante algunos meses bajo la dirección de Owen, a fin de recuperar el terreno perdido.

Iba yo a contestar, cuando Owen me suplicó, con la mirada y el gesto, que me abstuviera de hacerlo. A pesar mío, pues, guardé silencio.

—Y ahora —continuó mi padre— volvamos al asunto de mi carta del último mes, a la que disteis contestación muy a la ligera y poco satisfactoria. Por de pronto escancia para beber en tu copa y pasa la botella a Owen.

La falta de valor o de audacia, como se quiera, no ha sido nunca mi lado flaco. Respondí con aplomo que «si él conceptuaba mi carta poco satisfactoria, yo lo sentía, pero que no la había escrito a la ligera, sino después de reflexionar maduramente acerca de la proposición que él había tenido la bondad de hacerme, sintiendo en el alma verme privado de suscribir a aquella».

Mi padre clavó en mí su mirada escudriñadora, retirándola al instante. Ante su silencio, me creí obligado a proseguir, siquiera fuera con cierta turbación, interrumpiéndome él solo con algunos monosílabos.

—¡Es imposible, señor, profesar mayor respeto a carrera alguna que el que profeso yo a la del comercio, aunque no fuese la vuestra!

—¿De veras?

—El comercio aproxima las naciones, remedia las necesidades y contribuye al bienestar general; es a la gran familia del mundo civilizado lo que las relaciones ordinarias de la vida son a las sociedades privadas, o, más bien, lo que el aire y los alimentos son a nuestros cuerpos.

—¿Y qué, caballero?

—Y no obstante, señor, me veo obligado a insistir en mi negativa de dedicarme a una carrera para la cual me reconozco con escasa aptitud.

—La adquiriréis: esto corre de mi cuenta. No sois ya el huésped ni el discípulo de Dubourg.

—Pero, padre mío, es que no es de falta de instrucción de lo que yo me quejo, sino de mi incapacidad.

—Vamos a ver. ¿Habéis hecho uso de vuestro «diario» del modo que os indiqué?

—Sí, señor.

—Os ruego que vayáis por él.

El libro en cuestión era una especie de libro de memorias que había usado por orden de mi padre y respecto al cual me había este recomendado al consignar, por medio de notas, lo que de interesante aprendiera durante el curso de mis estudios. Previendo que padre me lo pediría algún día para examinarlo, me había dado yo buena maña de inscribir en él toda clase de detalles que pudieran ser de su agrado. Mas, con excesiva frecuencia, la pluma había hecho de las suyas sin consultar a la cabeza y, como el tal libro no se separaba de mí, sucedió que alguna vez dejé deslizar en él cosas completamente ajenas al comercio. Lo puse en manos de mi padre con la ferviente esperanza de que no daría este con cosa alguna que pudiera indisponerlo más en mi contra.

La cara de Owen, que se nublara con la demanda del «diario», se serenó con mi resuelta contestación y brilló satisfecha al traer yo un registro cuyo exterior era el de libro comercial, más largo que ancho, con broche de cuero y encuadernación de badana. La vista de aquel cuaderno de negocios reanimó a mi buen amigo, cuya alegría llegó al colmo no bien mi padre hubo leído algunas páginas, sazonándolas, acá y allá, con observaciones críticas.

—Aguardientes: barriles, barrilitos y toneles, en Nantes, 29; en Cognac y en la Rochelle, 27 veltas pipa; en Burdeos, 32. Muy bien, Frank. Derechos de tonelaje y de aduana: véanse las Tablas de Saxby. No está bien: hubierais debido copiar el pasaje: eso ayuda a fijarlo en la memoria. Comercio interior y exterior. — Trigo. — Cartas de pago a la salida. — Telas de Bretaña, de Flandes. — Bacalao seco, pescadilla, merluza, lota común. Hubierais debido anotarlos todos bajo la denominación general de «bacalao». ¿Qué longitud tiene un bacalao?

Owen, viéndome en descubierto, aventuró un murmullo cuyo sentido afortunadamente cogí al vuelo.

—Veinticuatro pulgadas, señor.

—Y una merluza dieciocho. ¡Bravo! Conviene saber esto cuando se negocia con Portugal. Pero ¿qué habéis puesto aquí? Burdeos: fundada el año... Château-Trompette... Palacio Galien... Bien, bien: muy puesto en razón. Esto es una especie de neblina en que todos los negocios de la jornada (compras, órdenes, pagos, recibos, finiquitos, ofertas, comisiones y cartas-órdenes) están consignados muy confusamente.

—Para ser trascritos luego, con mejor orden, en el «diario» y en el «mayor» —observó Owen—. Me agrada en extremo que el señor Francis sea tan metódico.

Pasaba tan presto a merecer favor que el miedo empezaba a aturullarme viendo a mi padre obstinado en su resolución de dedicarme a los negocios. Y, como sentía yo repugnancia tan decidida contra ellos, lamentaba ya, sirviéndome de las frases de mi amigo Owen, el haber sido «tan metódico».

Una hoja de papel llena de enmendados se desprendió del registro. La cogió al vuelo mi padre y, sin poner mientes en la observación de Owen sobre la necesidad de pegar las hojas volantes con obleas, leyó:

—A LA MEMORIA DE EDUARDO, EL PRÍNCIPE NEGRO. ¿Qué es esto? ¡Versos! ¡Cielo santo, Frank, estáis loco!

Mi padre, como verdadero comerciante, miraba con desprecio las obras de los poetas. Religioso y formado en una secta religiosa disidente, le parecía semejante ocupación tan fútil como profana.

Antes de condenarle, fuerza es recordar cómo vivieron y emplearon sus talentos numerosos poetas, a fines del siglo XVII. A más de que la secta a que pertenecía mi padre sentía, o afectaba sentir, como se quiera, una aversión del todo puritana contra las producciones ligeras de la literatura. Eran, por tanto, numerosos los motivos que contribuían a aumentar la desagradable sorpresa que excitó el funesto hallazgo de aquella malhadada composición.

En cuanto al pobre Owen, si la redonda peluca que traía puesta a la sazón hubiera sido capaz de desrizarse sola y erguirse de horror sobre la cabeza, los trabajos del artista que la había arreglado por la mañana se hubieran malogrado, con toda seguridad, al solo efecto de la estupefacción. Un déficit en la caja, un borrón en el mayor, un error de cálculo en una factura no le afectarían tan penosamente como aquella enormidad.

Mi padre leyó la composición poética, ora aparentándose incapaz de comprender su sentido, ora con énfasis heroico-cómico, siempre con el tono de esa ironía amarga tan a propósito para excitar los nervios de un autor.

«¡Oh!, quién la voz del mágico Olifante

Tuviera, que del héroe agonizante

Clamor lanzó que el eco repetía.

Allá en Fuenterrabía,

Contando al imperante

Los medios reprobados

Con que Rolando al hierro sucumbía

De los hijos de Iberia bronceados».

—¡El eco de Fuenterrabía! —dijo mi padre interrumpiendo la lectura—. La

feria de Fuenterrabía hubiera venido más a cuento. ¡Hijos bronceados! ¿A qué salís con eso? ¿No podíais decir morenos, hablando en cristiano, ya que necesitáis absolutamente escribir tonterías?

«Si pudiera, salvando tierra y mares,
Resonar, llegarían sus cantares,
Tristes al par de fieros,
A nuestra más remota y triste orilla
Cantando cual la flor de los guerreros
De Albión, de un pueblo espanto y maravilla,
Vencedor en Cressy como en Poitier,
En muerte horrible vino a perecer».

—Poitiers, entre paréntesis, se escribe con una s y no sé por qué la ortografía ha de sacrificarse a la rima.

«La hora ha sonado... Abrid esa ventana»,
Dijo, «y mi frente sostened». Que vea
En tierra de destierro cual descende
De su almo trono el sol y cómo hiende
Con su luz, que en arroyos centellea,
Las laderas de Blaye y engalana
Dorando suavemente
Del Garona la azul larga corriente.

—Suavemente y corriente: rima imperfecta. ¡Pero Frank! ¿ni siquiera conocéis el miserable oficio que habéis escogido?

«En su lecho de gloria
Se tiende como yo y, piadoso el cielo,
De su rey saludando la partida,
Vierte lágrimas tristes de rocío.
Presas de acerbo duelo,
Vírgenes que pobláis el suelo mío,
¡Llorad del Negro Príncipe en memoria,
Y llorad de su vida

La carrera agotada y destruida!».

«Mi honra miro radiosa

En bravos compañeros

Y el terror de su nombre en los vencidos.

Mi alma será dichosa

En días venideros

Viendo de Albión los jóvenes guerreros

Entre nubes llameantes

Renovar nuestros triunfos más brillantes».

—Nubes llameantes: hombre ¡qué novedad! ¡Salud, señoras mías! ¡Os deseo unas felices Pascuas!... ¡Digo! El pregonero rimaría mejor que vos. —Y tirando el papel lejos de sí con supremo aire de desdén, terminó diciendo—: Por mi honor, Frank, que sois cien veces más loco de lo que creía.

¿Qué responder a eso? Estaba yo inmóvil, el corazón repleto de indignación y de vergüenza, en tanto que mi padre, tranquilo y severo, lanzaba sobre mí miradas de lástima, y el pobre Owen, levantados al cielo ojos y manos, parecía tan aterrorizado como si acabara de leer el nombre de su principal en la lista de los quebrados.

Al fin, me atreví a romper el silencio esforzándome en dar firmeza a mi voz para disimular la emoción.

—Demasiado sé, señor, cuán incapaz soy de desempeñar en el mundo el papel importante que me destináis, y, por dicha mía, no me tienta la fortuna que podría procurarme. El señor Owen os prestaría más eficaz auxilio.

Esta última frase no estaba exenta de malicia. Me encontraba algo resentido con el buen hombre por haber abandonado tan presto mi causa.

—¡Owen! —repitió mi padre—. Este muchacho desbarra: decididamente pierde el juicio. Caballerito que, tan sin cumplidos, me encargáis al señor Owen (después de todo, veo bien que debo esperar más de un extraño que de mi hijo), ¿qué sabios proyectos son los que abrigáis, si me es lícito averiguarlos?

—Señor —contesté reuniendo todas mis fuerzas—, desearía viajar dos o tres años, si os pareciese bien. En caso contrario, me consideraría dichoso con pasar igual período de tiempo en la Universidad de Oxford o en la de Cambridge, a pesar de la edad que cuento ya.

—¡Por vida del sentido común! ¿Se ha oído nada semejante?... ¡Asistir a

la escuela, entre pedantes y jacobitas, cuando podéis hacer fortuna en el mundo! ¿A qué, muchachón de marca mayor, a qué el pícaro gusto de sentarse en los bancos del colegio, en Westminster o en Eton, para aprender rudimentos y sintaxis de Lilly y recibir azotes?

—Ya que sea demasiado tarde, según vos, para perfeccionar mis estudios, permitidme regresar al Continente.

—Demasiado tiempo habéis estado en él, Francis, y para maldito el adelanto.

—En ese caso, señor, escogeré la carrera de las armas, con preferencia a otra activa.

—¡Escoged el diablo! —gritó bruscamente mi padre—. En verdad —añadió, calmándose—, que me hacéis disparatar tanto como vos. ¿No hay para volverse loco, Owen?

El pobre Owen meneó la cabeza y bajó los ojos.

—Escuchad, Frank —prosiguió mi padre—; voy a presentar la cuestión en dos palabras. Contaba yo vuestra edad cuando padre me arrojó de la casa y donó a mi hermano menor la parte de herencia que me correspondía. Salí del castillo de Osbaldistone, caballero en un mal rocín y con diez guineas en el bolsillo. Desde entonces no he vuelto a pisar los umbrales de la puerta, ni los pisaré jamás. Mi hermano vive aún, si no se ha roto el esternón en una de sus cacerías de zorros: lo ignoro y me tiene sin cuidado. Pero tiene hijos y adoptaré uno de ellos, Frank, si me hacéis perder los estribos.

—Como gustéis —contesté con más indiferencia que respeto—: vuestros bienes, vuestros son.

—Sí, Frank, míos son, si el trabajo de haberlos adquirido y el cuidado en conservarlos constituyen un derecho de propiedad: ningún abejorro se alimentará con mis briznas de miel. Meditadlo bien: lo que he dicho no son palabras vanas; lo que he resuelto lo ejecutaré.

—¡Pero amo mío!... Caro y dignísimo señor... —exclamó Owen derramando lágrimas—. Vuestra costumbre no es la de tratar con tanta prisa los negocios de importancia. Antes de cerrar la cuenta, dad tiempo al señor Francis para efectuar el balance... Él os quiere, seguro estoy de ello, y en cuanto ponga mientes en su obediencia filial, no formulará objeción alguna.

—¿Pensáis —dijo mi padre severamente—, que he de proponerle por dos veces ser mi amigo, mi ayuda, mi confidente, asociándole a mis trabajos y a mi fortuna? Owen, creía que me conocíais mejor.

Y lanzó sobre mí una mirada como si quisiera decir más; pero se volvió de espaldas y salió bruscamente.

Quedé muy conmovido, lo confieso: no me había preocupado antes aquel aspecto de la cuestión, y, a empezar por él mi padre, es probable que no hubiera tenido razón poderosa para quejarse de mí.

Era ya demasiado tarde. Sentí en mí mucho de su tenacidad de carácter, y estaba escrito que debía de hallar, en mi propia falta, el castigo, demasiado débil aún, de mi desobediencia.

Una vez a solas con Owen, este puso en mí sus ojos humedecidos por las lágrimas, como ganoso de descubrir, antes de ensayar el papel de medianero, cuál era el punto vulnerable de mi resistencia. Por fin, comenzó con frases entrecortadas y sin ilación alguna.

—¡Señor!... Señor Francis... ¡Válgame el cielo, señor!... ¡Qué fatalidad, señor Osbaldistone!... ¿Quién podía presumir?... ¡Vos! ¡Tan buen chico!... ¡Por amor de Dios, examinad los dos platillos de la balanza!... Pensad en lo que vais a perder... ¡Una fortuna tan pingüe, señor!... ¡Una de las mejores casas de la City, conocida antiguamente bajo la razón social de Tresham y Trent, hoy bajo la de Osbaldistone y Tresham!... ¡Nadaríais en oro, señor Francis! Y después, si había algo que os fastidiase en el trabajo de las oficinas —añadió bajando la voz—, aquí estoy yo para arreglároslo cada mes, cada semana, cada día, si gustáis... Vamos, querido señor Francis: no olvidéis el respeto debido a vuestro padre, si queréis alcanzar en este mundo larga vida.

—Gracias, señor Owen; os quedo sumamente reconocido, pero mi padre es el mejor juez respecto al empleo de su fortuna. Ha hablado de uno de mis primos: que disponga de sus bienes según le acomode. Yo no venderé mi libertad a peso de oro.

—¿De oro, señor? ¡Ah! ¡Si hubieseis visto el balance correspondiente al último trimestre! Cinco cifras, señor Frank, cinco cifras en la partida de cada socio... ¡Y todo eso pasaría a un papista, a un majadero del Nortey, lo que es peor, a un enemigo del rey! Esto me parte el corazón, señor Francis, a mí que he trabajado como un negro para hacer prosperar la casa. Fijaos en lo bien que sonará un «Osbaldistone, Tresham y Osbaldistone». O tal vez... ¿quién sabe? ... —y aquí bajó de nuevo la voz—. Un «Osbaldistone y Tresham», puesto que el principal es capaz de freírsela a todos.

—Pero, señor Owen, mi primo se apellida también Osbaldistone, y la razón social no sonará peor a vuestros oídos.

—¡Vaya! ¿No sabéis, señor Francis, lo mucho que os quiero?... ¡Vuestro primo! Un papista como su padre, sin duda, y un adversario de la dinastía reinante... eso también cuenta.

—Hay muchas personas dignas entre los católicos.

En el momento en que Owen se disponía a replicar con inusitado calor, entró de nuevo mi padre en el salón.

—Tenéis razón, Owen —dijo—, y yo estaba en un error. Nos tomaremos más tiempo para meditar acerca del asunto. Joven, os concedo un mes de término.

Me incliné en silencio, bastante satisfecho de una prórroga que me infundía la esperanza de que cedería un poco el rigor paterno.

Aquel mes de prueba transcurrió lentamente, sin que acaeciera nada de notable.

Iba y venía yo; pasaba el tiempo a mi antojo, y mi padre no me dirigía ni una observación, ni una queja. Bien es verdad que, salvo las horas de comida, raras veces le veía, y que él se daba buen cuidado de evitar una discusión que, como se comprenderá, no me sentía impaciente por abordar. Nuestras conversaciones versaban sobre las noticias del día o sobre asuntos generales (recurso socorrido para quienes se han tratado poco), y nadie, oyéndonos, hubiera adivinado que debíamos abordar de común acuerdo un debate de alta importancia.

No obstante, la idea a que acabo de aludir me desazonaba como una pesadilla. ¿Sostendría mi padre su palabra y desheredaría a su hijo único para favorecer a un sobrino de cuya existencia misma no tenía pruebas? Considerando bien las cosas, la conducta de mi progenitor en semejante lance no auguraba nada bueno. Por desgracia, me había formado un falso concepto del carácter de mi padre, atendiéndome al lugar considerable que ocupaba yo en el hogar doméstico antes de trasladarme a Francia. Hombres hay, en efecto, que se prestan con complacencia a los caprichos de sus niños, porque esto les entretiene y divierte, los cuales hombres no dejan de ser menos severos cuando sus propios chicos, llegados a la edad de la razón, se atreven a contrariar su voluntad. Pero, lejos de sospecharlo así, quería yo convencerme de que lo único que debía temer era la pérdida temporal de la gracia paterna, era el verme despedido, verbigracia, de la casa por algunas semanas. Y ese castigo llegaría tanto más a tiempo, en cuanto me proporcionaría ocasión de volver a mi Rolando furioso: poema que ambicionaba yo traducir en verso inglés.

Dejé que esa hipótesis se apoderara tan por completo de mi alma, que había ya ordenado mis borradores y estaba en vías de meditar acerca de la corrección de ciertas octavas a lo Spencer, cuando oí golpear tímidamente en la puerta de mi aposento.

—¡Adelante! —dije.

Apareció el señor Owen.

Había tanta regularidad en los movimientos y costumbres del digno hombre que, según todas las apariencias, era la primera vez que subía hasta el segundo piso de la casa, aun cuando él vivía en el primero, y me preocupa todavía el pensar cómo se las compuso para dar con mi habitación.

—Señor Francis —dijo conteniéndome en mitad de mis exclamaciones de sorpresa y de alborozo—; no sé si me asiste la razón al venir a comunicaros lo que acabo de averiguar, ya que no está bien el hablar fuera de la oficina de lo que acontece dentro. No se debe, según el dicho, referir a las columnas del almacén cuantas líneas hay en el libro mayor. Sea como quiera, el joven Ficelle, que había estado ausente durante más de quince días, anteayer regresó.

—No veo en ello nada de particular.

—Esperad, señor Francis. Vuestro padre le confió una misión confidencial. ¿A dónde fue? No habrá sido a Folmouth para el negocio de las sardinas, puesto que las cuentas con Blackwell y compañía, de Exeter, están ultimadas, y los empresarios de las minas de Cornualles han satisfecho lo que han podido. Para toda otra negociación hubiera sido indispensable consultar mis libros. En una palabra, tengo la firme convicción de que Ficelle ha ido al Norte.

—¿Lo creéis de veras? —dije un tanto alarmado.

—Después de su regreso, no hace sino hablar de sus botas nuevas, de sus espuelas de Rippon y de una riña de gallos en York. ¡Tan cierto como la tabla de multiplicar! ¡Permita el cielo, muchacho mío, que consintáis en complacer a vuestro padre, es decir, en ser hombre de letras y comerciante a un mismo tiempo!

En aquel momento experimenté una viva tentación a someterme y colmar a Owen de alegría, rogándole manifestase a mi padre que me rendía a discreción. El orgullo, manantial de tantos bienes y de tantos males, el orgullo me lo impidió. El consentimiento se atascó en mi garganta y, mientras tosía yo para sacudirlo, Owen oyó a mi padre que le llamaba. Se apresuró a bajar y la ocasión voló.

Mi padre era metódico en todo. El mismo día, a la misma hora, en el mismo salón, con el mismo tono y de la misma manera que un mes atrás, reprodujo la proposición que me hiciera de asociarme a su casa y de encargarme de un servicio determinado, invitándome a darle una contestación definitiva. He pensado, con el tiempo, que medió excesiva tirantez por su parte, y pienso todavía que faltó prudencia a su modo de proceder. Formas más conciliadoras le hubieran, de seguro, hecho alcanzar sus fines. Así, pues, permanecí inquebrantable y rehusé, con toda la deferencia posible, los ofrecimientos que él me hizo.

Tal vez (pues, ¿quién acierta a juzgar su propio corazón?), tal vez

conceptuaba yo indigno de un hombre el capitular a la primera intimación, y esperaba verme más instigado, para justificar, ante mis ojos, un cambio de frente. Si era así, me desilusioné. Mi padre se volvió fríamente hacia Owen y pronunció solo las siguientes palabras:

—Lo había previsto. —Después, dirigiéndose a mí, añadió—: Está bien Frank: a vuestra edad os halláis ya en estado de juzgar, o no lo estaréis nunca, acerca de lo que puede haceros dichoso. Inútil es, pues, insistir de nuevo. Pero, aunque yo no esté obligado a penetrar en vuestras ideas más de lo que vos lo estáis a ceder ante las mías, ¿podré saber si habéis formado algún proyecto para el cual necesitéis de mi auxilio?

Respondí, no sin alguna confusión, que «no habiendo cursado carrera alguna y no poseyendo nada, me era a todas luces imposible el bastarme a mí propio, si mi padre no me socorría; que mis aspiraciones eran muy limitadas, y que, a pesar de mi aversión a la carrera comercial, confiaba en que él no me retiraría su protección y su cariño».

—En otros términos —dijo— ¿lo que vos queréis es apoyaros en mi brazo para ir adonde se os ocurra? Lo uno no se aviene con lo otro, Frank. En consecuencia, pienso que seguiréis mis instrucciones... con tal de que no contraríen vuestro capricho.

Quise hablar.

—¡Os ruego que guardéis silencio! —añadió—. Suponiendo que la cosa os tiene cuenta, saldréis inmediatamente para el norte de Inglaterra, pasaréis a casa de vuestro tío y trabaréis conocimiento con su familia. Entre sus hijos (creo que son seis) he escogido uno que, según se me asegura, es en todos conceptos digno de ocupar la plaza que os destinaba yo en la casa. Al efecto, hay que terminar algunos arreglos, y vuestra presencia allá sea tal vez necesaria. Recibiréis nuevas instrucciones en el castillo de Osbaldistone, donde me haréis el obsequio de permanecer hasta nueva orden. Mañana por la mañana todo estará dispuesto para vuestra partida.

Dijo, y salió del salón.

—¿Qué significa todo eso, señor Owen? —pregunté a mi excelente amigo, cuyo aspecto expresaba el abatimiento más profundo.

—Que os habéis perdido, señor Frank: helo aquí todo. Cuando vuestro padre habla en ese tono sosegado y resuelto, cambia menos que un saldo de cuentas.

Los acontecimientos le dieron la razón.

A la madrugada siguiente, en efecto, y desde las cinco, caminaba yo, caballero en bastante buen caballo, por la vía de York, con cincuenta guineas

en el bolsón, viajando, según todas las probabilidades, en busca de un sucesor para mi padre que me reemplazaría a su lado y en su afecto y que tal vez me arrebatara su fortuna.

3

Las divisiones de esta importante historia van separadas por medio de epígrafes a fin de cautivar la valiosa atención del lector con los atractivos de un estilo más encantador que el mío.

Así, la fábula que acabo de citar alude a un imprudente navegante que desata con denuedo una barca de sus amarras y, sin ser capaz de dirigirla, la abandona a la corriente de un gran río. Jamás estudiante alguno que, por atolondramiento o por bravata, se lanzó a tan peligrosa aventura, sintió sobre las rápidas olas el horror de su situación como cuando me hallé flotando sin brújula en el océano de la vida.

La facilidad singular con que mi padre había roto el lazo que se considerara el más sagrado entre cuantos unen a los miembros de una sociedad y me dejaba partir a guisa de proscrito del hogar doméstico, desvaneció la confianza en mis méritos personales que me sostuviera hasta entonces. El príncipe encantador del cuento, ora pescador y ora hijo de rey, no podía juzgarse más degradado que yo. El egoísmo, que todo lo agranda, nos induce de tal modo a considerar como dependencia natural de nuestras personas los accesorios de que se rodea la prosperidad, que la convicción de nuestra impotencia, una vez abandonados a los propios recursos, nos llena de inexplicable mortificación.

A medida que me alejaba de Londres, el apartado toque de sus campanas reprodujo, más de una vez, en mi oído, el famoso ¡Vuelve, pues! percibida ya por el futuro alcalde Ricardo Wittington; y cuando, desde las alturas del Highgate, contemplé la capital coronada de neblina, me pareció que abandonaba, tras de mí, la dicha, la opulencia, los encantos de la sociedad con todos los placeres de la existencia civilizada.

Pero estaba echada mi suerte. No era cuerdo esperar que una sumisión tardía y de mal género me restableciera en la situación perdida. Por lo contrario: rígido e inflexible mi padre, hubiera tenido para mí más desprecio que indulgencia viéndome, tarde y por necesidad, condescender a sus deseos. Mi obstinación natural me sostenía también, a la par que, por lo bajo, me representaba el orgullo la desairada situación en que aparecería yo caso de que me bastara un simple paseo fuera de Londres para disipar una resolución

adoptada después de un mes de serias reflexiones.

A su vez la esperanza, que jamás deserta de los corazones jóvenes y esforzados, iluminaba con su prestigio mis nuevos proyectos. ¿Había mi padre pronunciado tan resueltamente la orden que me excluía de la familia, sin ánimo de repararla? No. Intentaba poner a prueba mi carácter. Presentándome yo paciente y firme, me granjearía más aprecio, y la consecuencia de ello no podía ser otra que una amigable conciliación de nuestras diferencias. Fijaba ya, de mi parte, las concesiones a otorgar y los artículos de nuestro convenio imaginario que debería mantener enérgicamente. El resultado de tan bellos cálculos fue que se me debía reintegrar en todos mis derechos de familia y que el único castigo a mi indisciplina debería ser el de mostrar en lo sucesivo más obediencia.

Entretanto, era árbitro de mi persona y saboreaba el sentimiento de independencia que todo corazón primerizo acoge con emoción de voluptuosidad mezclada de temor.

Sin estar provisto con creces, mi bolsillo bastaba para hacer frente a las necesidades y a los deseos de un viajero. Durante mi permanencia en Burdeos, me había acostumbrado a servirme yo mismo; mi caballo era joven, lozano y vivo, y la elasticidad de mi carácter pudo luego más que las visiones melancólicas que me habían asediado al partir.

No me hubiera disgustado, empero, el andar camino por uno que hubiese ofrecido más alimento a la curiosidad, o a lo menos, puntos de vista más interesantes. La carretera del Norte estaba entonces, y puede que lo esté hoy todavía, desprovista por completo de belleza, y creo que no existe otra región de Inglaterra que ofrezca menos objetos dignos de llamar la atención.

A pesar de la seguridad completa en mi misión, los pensamientos que cruzaban por mi espíritu no estaban ajenos a la amargura. Hasta la musa, esta franca coqueta que me había arrojado en medio de aquel país salvaje, me abandonaba a mi desgracia.

El fastidio no tardara en consumirme si, acá y allá, no hubiese tenido ocasión de cambiar algunas palabras con los viandantes que seguían dirección igual a la mía. Pero aquellos encuentros no ofrecían ni variedad ni interés. Curas de aldea, montados y trotando hacia el templo, después de una visita a sus ovejas; colonos o ganaderos regresando de lejana feria; negociantes en comisión recorriendo la provincia para realizar créditos retrasados; de vez en cuando, un oficial del rey en busca de reclutas: tal era la gente que ponía en movimiento guardabarreras y muchachos de mesón.

Nuestras conversaciones versaban sobre diezmos y artículos de la fe, sobre bueyes y granos, sobre mercancías sólidas y líquidas, sobre la solvencia de los

tenderos: amenizado todo, de tiempo en tiempo, por la relación de un asedio o de una batalla de Flandes, que tal vez el narrador conocía solo de oídas. Las historias de ladrones, tema fecundo e interesante, llenaban los vacíos, y los nombres del Colono de oro, del Bandido fantasma, de Jack Needham y de otros héroes de la Opera de los mendigos nos eran familiares. Oyendo tales relatos, los viandantes (como niños que se apiñan en derredor del hogar, a medida que adelanta la historia del aparecido), se acercaban unos a otros, miraban en torno de ellos, examinaban el cebo de sus pistolas y juraban socorrerse mutuamente en caso de ataque: juramento que, a semejanza de muchas alianzas ofensivas y defensivas, se echa en olvido al menor asomo de peligro.

De cuantos individuos he visto en mi vida atormentados por terrores de ese género, un pobre señor, con quien viajé día y medio, es quien me ha solazado más.

Traía sobre su silla una pequeña maleta, al parecer muy pesada y que vigilaba con exquisito cuidado, sin perderla un instante de vista ni confiarla al oficioso celo de los criados y mesoneros que le ofrecían encargarse de ella. Con igual prudencia sombría, se esforzaba no solo en ocultar el objeto de su viaje y el lugar de su destino, sí que también la dirección que pensaba emprender al siguiente día. Nada le ponía en más aprieto que las preguntas de costumbre: «¿Hacia qué lado os encamináis? ¿En dónde pensáis hacer alto?». La idea del sitio en que hacer noche, sobre todo, le causaba la más viva desazón, pues evitaba el pasar por los lugares solitarios evitando lo que consideraba vecindario sospechoso. En Grantham creo que no se acostó durante toda la noche, por haber visto entraren la habitación inmediata a la suya cierto sujeto gordo y bizco, con peluca negra y traje bordado en oro deslucido.

A pesar de sus continuas alarmas, mi compañero de viaje, según todas las apariencias, era persona más que capaz de defenderse. Robusto y bien construido, la escarapela de su sombrero galoneado parecía indicar que mi hombre había servido en el ejército o pertenecía a este por uno u otro concepto. Su conversación, aunque siempre bastante vulgar, era la de un varón sesudo, mientras los terribles fantasmas que pululaban en su imaginación le daban un momento de tregua, bastando, empero, cualquier encuentro fortuito para evocarlos. Iguales aprensiones le inspiraba una cerca que un despoblado; el silbido de un pastor se convertía en señal de ladrones; el espectáculo mismo de una horca mostrando que la justicia acababa de enviar un malhechor al otro mundo, no dejaba de recordarle los muchos que en este quedaban para ahorcar.

La compañía de aquel hombre se convertiría en insoportable, a no ser por la distracción que ofrecía al decaimiento de mis solitarias reflexiones. De otra parte, alguna de las historias extraordinarias que él se complacía en recitar

tenían en sí mismas cierto interés, y lo chocante de los detalles con que las adornaba me ofrecía, a veces, ocasión de divertirme a costa suya. En sus narraciones, numerosos viajeros, destrozados por las partidas de ladrones, debían su infortunio a la imprudencia en viajar con algún extranjero de buen porte y conversación agradable, cuya compañía presagiara goce a la par de protección. ¡Como que había alegrado los sinsabores del camino con cuentos y canciones y había sabido hacer entrar en razón al mesonero, desvaneciendo las preocupaciones del adlátere! Por fin y so pretexto de tomar por el camino más corto, atravesando lugares solitarios, atraía a sus confiadas víctimas hacia alguno separado de la calzada en el fondo de horrible caverna. Allí, volviendo a desempeñar su verdadero papel, el de capitán de bandidos, daba un silbido que hacía salir súbitamente de sus escondrijos a los camaradas, quienes arrancaban a los imprudentes la bolsa y a veces la vida.

Al final de una de esas historias, cuyo relato parecía redoblar más y más las zozobras del narrador, reparé en que no dejaba de atisbarme con mirada inquieta y suspicaz, como si de pronto se creyera en la compañía de uno de aquellos peligrosos personajes que acababa de describir. No bien semejantes ideas asaltaban el espíritu de aquel ingenioso verdugo de sí propio, se separaba de mí, tomaba por el otro lado de la carretera, se ponía en acecho y examinaba sus armas dispuesto a huir o a defenderse, según las circunstancias.

La desconfianza que manifestaba la creía yo pasajera y me divertía demasiado, además, para ofenderme. Y a decir verdad, aunque me tomara, a ratos, por un bandido, no se permitía observación alguna referente a mi traje ni a mis maneras.

En aquellos tiempos se podía tener el exterior de un hombre de bien y ser todo un salteador de caminos. La división del trabajo no estaba marcada con tanta precisión como lo ha sido luego, y la profesión del aventurero de buen tono, que escamoteaba el dinero jugando a la baraja o a la pelota, se aliaba con frecuencia a la del ladrón declarado que, en los eriales de Bagshot o en los prados de Finchley, pedía la bolsa o la vida al galante petardista, su compadre. Había, asimismo, en las costumbres cierta grosería, cierta insolencia que han disminuido mucho y hasta desaparecido. Las gentes desposeídas de recursos tenían, si no me engaño, menos repugnancia entonces que ahora a poner en juego medios criminales para reparar su fortuna.

Estaba, sin duda, muy lejano el tiempo en que el sabio Antonio Wood lamentaba la ejecución de dos bizarros y guapos chicos que fueron ahorcados, sin contemplación alguna, en Oxford, solo porque la miseria les había obligado a exigir contribuciones en la carretera. Más lejos estábamos aún de los días del Príncipe loco y de Poins, personajes de Shakespeare. Pero era tal la extensión de los numerosos eriales sin acotar que rodeaban las capitales, y tan ruin la población de los distritos apartados, que bien podían hallarse a

menudo, en aquellos, bandidos a caballo (especie que algún día será tal vez desconocida) que trabajasen con bastante urbanidad. Parecidos a Gibbet, en La Estratagema de los Maestrillos, se las echaban de ser los mejor educados entre los viandantes y de portarse con todo el decoro apetecible en el desempeño de su oficio.

En mi situación, muchos jóvenes hubieran acabado por indignarse de veras ante una equivocación que les confundiera con los malhechores de aquella honorífica categoría. Yo, por el contrario, me holgaba ora en despertar, ora en adormecer las sospechas de mi tembloroso acompañante; es decir, me complacía en barajar más y más unos sesos que la naturaleza y el miedo combinados no habían hecho muy sanos. En cuanto la franqueza de mis modales inducía a mi hombre a perfecta seguridad, bastaba una ligera referencia al objeto de su viaje o a la clase de negocios que motivaban este para avivar de nuevo su recelo.

Por ejemplo: la conversación acerca de la fuerza y celeridad comparativas de nuestras cabalgaduras, tomó el sesgo siguiente:

—¡Oh, caballero! —exclamó mi compañero de viaje—. En cuanto al galope, concedido; pero permitidme decir que vuestro caballo (bellísimo animal, lo confieso), tiene los huesos demasiado pequeños para ser buen andarín. El trote, caballero —añadió espoleando su bucéfalo—, el trote es la verdadera marcha de un caballo de posta, y, si estuviéramos cerca de una ciudad, apostara yo dos botellas de burdeos, efectivas en la primera posada, a que tomaría la delantera a vuestro lindo corredor en bien dispuesta vía.

—Alegraos, señor mío —contesté—: ahí se ofrece un espacio de terreno que ni hecho de encargo.

—¡Hem! ¡Hem!... —replicó alarmado—. Me he impuesto como regla de viaje el no reventar a mi caballo entre parada y parada. ¿Quién sabe si será necesaria toda su velocidad? De otra parte, caballero, al proponeros la apuesta lo hacía bajo el supuesto de que fuera igual el peso.

—Enhorabuena. Consiento en cargar con el exceso. ¿Cuánto pesa vuestra maleta?

—¿Mi ma... ma... leta? —tartamudeó—. ¡Pues! ¡Poca cosa!... Una bagatela... Algunas camisas y... algunos pares de medias...

—¡Oh! Eso en apariencia; pero, en realidad, tiene trazas de pesar mucho. Nada: van apostadas las dos botellas a que suma la diferencia cabal entre la carga de mi caballo y la del vuestro.

—Estáis en un error, caballero; os lo aseguro; estáis en grave error —repuso pasando al otro lado del camino, según su costumbre en las ocasiones

alarmantes.

—¡Vamos! Dispuesto estoy a correr el riesgo de la aventura: hasta apuesto diez contra uno a que, con vuestra maleta en grupa, os adelanto todavía.

Este ofrecimiento elevó al colmo el terror de mi compañero. Su nariz, color de solera de vino, debido a más de un buen vaso de burdeos o de madera, tomó un tinte pálido y amarillento, y sus dientes rechinaron de terror. Una proposición tan resuelta y audaz evocó, al parecer, ante sus ojos a los pícaros redomados en toda la atrocidad de su cometido.

Mientras el pobre balbuceaba una respuesta, procuré que hiciera de tripas corazón hablándole de un campanario que se destacaba en el horizonte y haciéndole observar que nos encontrábamos bastante cerca de poblado para escapar del peligro de un mal encuentro: a cuyas palabras volvió a serenarse su cara, sin que dejase yo de notar que no olvidaría pronto, por su parte, una proposición tan malsonante como había sido la mía.

Esos detalles relativos al carácter de mi compañero y al modo con que lo convertía yo en juguete mío, parecerán fastidiosos; pero me veo obligado a darlos porque, frívolos y todo, ejercieron gran influencia en los acontecimientos cuyo relato va a seguir.

La conducta de aquel hombre no me inspiró, por entonces, más que desprecio, confirmándome en la opinión de que, entre todas las inclinaciones que mueven a nuestros semejantes a atormentarse, no hay otra más irritante, más lastimosa ni más miserable que el temor infundado.

4

Existía, en el tiempo de que hablo, una antigua usanza que, según creo, ha pasado de moda o se practica solo por gente vulgar.

Verificándose, como se verificaban, a caballo los viajes largos, y, en consecuencia, a pequeñas jornadas, se seguía la costumbre de hacer alto el domingo en alguna localidad para asistir al templo y dar descanso a las caballerías: costumbre no menos provechosa a estos útiles animales que a sus dueños.

A semejante práctica acompañaba, en cierto modo, otra que recordaba la antigua hospitalidad inglesa. El dueño de una buena hostería, sacudiendo, durante el séptimo día, su carácter comercial, invitaba a sus huéspedes transitorios a participar en familia de su carne de buey y de su budín: invitación bien acogida, comúnmente, por todos aquellos que no creían que un

acto de complacencia iba a rebajarles. La botella de vino que se pedía, después de comer, para brindar a la salud del anfitrión, era la única indemnización que a este se ofrecía y estaba él dispuesto a aceptar.

A fuer de ciudadano del mundo, asistía yo gustoso a las escenas todas en que pudiera arraigar mi conocimiento de la especie humana, aparte de que ningún derecho tenía a retraerme, bajo pretexto de mi rango distinguido. No dejé, pues, de aceptar, cada domingo, la hospitalidad consabida, lo mismo en La Liga que en El Oso o en El León de Oro.

El honrado posadero, engreído por el sentimiento de su accidental importancia, y orgulloso de presidir, sentado a la mesa, a las personas a quienes tenía la costumbre de servir, constituía, ya en sí mismo, un espectáculo divertido. Alrededor del astro principal gravitaban planetas de más modesta luz: los ingenios y las notabilidades de campanario: el boticario, el procurador y hasta el vicario, no desdeñaban tomar parte en el festín semanal. Los convidados, gente del país pertenecientes a diversas clases, presentaban, con su lenguaje, sus modales y sus opiniones, contrastes chocantes y a propósito para interesar al observador ganoso de estudiar al hombre en algunas de sus variedades.

Uno de aquellos días y en circunstancias como las indicadas, mi medroso compañero y yo nos disponíamos a sentarnos a la mesa del posadero de El Oso negro (villa de Darlington, diócesis de Durham), cuando nuestro anfitrión, hombre de rubicundo semblante, nos notificó, en tono de excusa, que un hidalgo escocés comería con nosotros.

—¡Hidalgo! ¿De qué especie? —se apresuró a preguntar mi compañero, a cuyo pensamiento acudían probablemente los «hidalgos de camino», conforme se apellidaba a los ladrones.

—¡Toma! De especie escocesa: ya os lo he dicho —contestó el mesonero—. Allá abajo son todos nobles, como sabéis, aunque no gasten camisa. Ese, empero, es un mozo de buen porte. Nunca escocés más listo pasó el puente de Berwick... Tratante en ganado, a lo que creo.

—Procuradnos a toda costa su compañía —dijo mi compañero; y volviéndose hacia mí, me comunicó sus reflexiones—. Respecto a los escoceses, caballero, estimo y honro a esa nación por su moralidad. Se les acusa de pobres y desaseados, pero son honrados, aunque vistan harapos, como dice el poeta. Personas dignas de crédito me han asegurado que en Escocia no son conocidos los salteadores de camino.

—Consiste en que no hay cosa que saltar —observó el mesonero riendo a carcajada suelta y satisfecho de sí mismo.

—No, posadero, no —respondió detrás de él una voz recia y bien timbrada

—, consiste únicamente en que los vistas de aduanas e inspectores ingleses que habéis colocado más allá de Tweed, han cargado con el oficio a costas de los que lo ejercían.

—Bien dicho, señor Campbell —replicó el mesonero—. No os creía tan cerca de nosotros; pero sabéis que soy del condado de York en que los perros tienen la lengua expedita. ¿Qué tal van los mercados por el mediodía?

—Como siempre: los cuerdos venden y compran, y los locos son comprados y vendidos.

—Ya; pero a cuerdos y locos no les falta comida y... aquí está para empezar la nuestra, un cuarto trasero de buey como jamás hambriento alguno hirió con el tenedor.

Y, así diciendo, preparó su gran cuchillo, se adjudicó el sitio de honor, a la parte más extrema de la mesa, y cargó los platos a la redonda con sendas tajadas procedentes de su cocina.

Era la primera vez que oía hablar a un escocés, o mejor dicho, que me hallaba frente a frente de un individuo perteneciente a la antigua raza escocesa, la cual, desde mi infancia, había cautivado mi imaginación.

Pertenecía mi padre a una antigua familia del Northumberland, y la casa solariega de nuestros mayores se elevaba a algunas leguas del paraje en que comía yo a la sazón. El resentimiento que separaba a mi padre de sus parientes era tan vivo, que rara vez se le ocurría hablar de su origen, teniendo por la más despreciable de las vanidades la que se ostenta con el calificativo de «orgullo de familia». La única distinción que ambicionaba era la de que se le llamara William Osbaldistone, el primer comerciante, o a lo menos uno de los primeros comerciantes de Londres. Aunque se le probara que descendía, en línea recta, de Guillermo el Conquistador, su amor propio se hubiera sentido menos lisonjeado que oyendo los murmullos y cuchicheos que producía su llegada entre los toros (alcistas), los osos (bajistas), y los corredores de Bolsa. Ansiaba sinceramente que permaneciese yo ignorante de mi linaje y de mi parentela, a fin de que no hubiera entre nosotros divergencia alguna acerca del particular.

No obstante, sus proyectos (como acaece a menudo a los mejor combinados) se vieron contrariados hasta cierto punto por un ser a quien su orgullo no hubiera creído capaz de oponerse en manera alguna. Su nodriza, anciana mujer del Northumberland, era la única persona de su país natal por quien se interesaba, y cuando la fortuna principió a sonreírle, el primer empleo que dio a sus favores fue el de conceder a Mabel Rickets un sitio en su hogar. Muerta mi madre, a ella confió la tarea de cuidarme en mis primeras enfermedades y de dispensarme aquellas delicadas atenciones que la infancia

exige de la ternura de una mujer. Como su amo le había prohibido hablar, en presencia suya, de los matorrales, montes y calles de su querida tierra, ella se desquitaba conmigo haciendo descripciones sin fin de los espectáculos de su juventud y recordando largas narraciones de los sucesos que la tradición había enlazado a ellos. Tales lecciones, poco graves si bien pintorescas, encontraban en mí un oyente infatigable.

¡Pobre anciana! Me parece verla todavía, la cabeza algo oscilante, por efecto de la edad, cubierta con una cofia ajustada y tan blanca como la nieve; arrugado el rostro, pero respirando un aire de salud que debía a la costumbre de los trabajos rústicos. Me parece verla mirando vagamente, desde la ventana, la estrecha calle y las paredes de ladrillo de enfrente, mientras terminaba con su suspiro su balada favorita, que prefería yo entonces, y prefiero aún, a fe mía, a los cantables de ópera inventados por el caprichoso genio de un maestro italiano.

¿Quién nos podrá devolver

La encina, el fresno y la yedra

De más hermosa verdor

En el norte de Inglaterra?

Mabel no hablaba de la nación escocesa sino con toda la animosidad de que era capaz. Los habitantes del otro lado de la frontera desempeñaban, en sus historias, el papel que los ogros y gigantes con botas de a siete leguas hacen, por regla general, en los cuentos de nodrizas. ¿Podía ser de otro modo? ¿No fue acaso Douglas el Negro quien dio muerte, con su propia mano, al heredero de la familia Osbaldistone el día siguiente de que entrara en posesión del dominio de sus padres, sorprendiendo a él y a sus vasallos en mitad de la fiesta que daban con tal motivo? ¿No fue, acaso, Gualtero el Diablo quien, en tiempos poco lejanos de mi bisabuelo, robó todos nuestros corderillos en las montañas de Fare? ¿Y no teníamos, acaso, como pruebas de la venganza librada contra sus maldades, numerosos trofeos que, según versión auténtica de la vieja aldeana, habían sido conquistados con mayor honra? Sir Enrique Osbaldistone, quinto barón de su nombre, ¿no fue el raptor de la linda señorita de Fairington como Aquiles lo fue de Criseida y de Briseida? ¿No la retuvo, acaso, en su castillo, a pesar de las fuerzas unidas de los jefes escoceses más poderosos y de más alto renombre? Y nuestras espadas ¿no habían acaso brillado en primer término en las batallas en que el sajón triunfó tantas veces de sus rivales? En las guerras del norte adquirió nuestra familia la plenitud de su gloria, reponiéndose de todas las contrariedades.

Inflamado por semejantes relatos, me acostumbré a mirar la nación escocesa como raza hostil por naturaleza a los habitantes meridionales del

reino, y los discursos que pronunciaba mi padre me afirmaron más y más en mis prevenciones.

Había él emprendido un vasto negocio en maderas de roble con los propietarios montañeses, y decía que los hallaba siempre más dispuestos a cerrar el trato y a exigir el arreglo, que exactos en cumplir las cláusulas que les obligaban. Recelaba, asimismo, en contra de los negociantes escoceses, a quienes se veía obligado a emplear como intermediarios, que pretendían adjudicarse, en una u otra forma, parte de beneficio más considerable que la que en realidad les correspondía. De modo que si Mabel tenía por qué quejarse de los guerreros escoceses de los tiempos pasados, su amo no se desencadenaba menos contra los ardides de los modernos Sinones.

Y he aquí cómo ambos, sin premeditarlo, inspiraron a mi tierna inteligencia una aversión sincera contra los habitantes del norte de la Gran Bretaña, a quienes me representaba como sanguinarios en la guerra, pérfidos en la paz, interesados, egoístas, avaros, tunantes en los menores asuntos; casi desnudos de buenas cualidades, a no calificarse de tales una ferocidad parecida al valor en los combates, y una habilidosa astucia que sustituía a la prudencia en las relaciones ordinarias. Para justificar o excusar, al menos, a los que alimentaban semejantes preocupaciones, debo decir que en aquella época los escoceses incurrieron en idéntica injusticia contra los ingleses, a quienes despreciaban, por acuerdo unánime, como pueblo de ricachos orgullosos y de insolentes sibaritas. Tales eran los gérmenes del rencor nacional, que subsistía en uno y otro país: consecuencia natural de su existencia como reinos largo tiempo separados y rivales.

Con desfavorable impresión, pues, miré al primer escocés que hallé en mi camino.

La figura del señor Campbell, casi en su totalidad, corroboraba la idea preconcebida que tenía yo de sus compatriotas. Presentaba los rasgos duros y las formas atléticas que caracterizan a aquellos, teniendo, además, el acento nacional y aquel tono lento y pedantesco que rebuscan para evitar el empleo de los idiotismos de su dialecto. Noté también en la mayoría de sus observaciones y respuestas, la desconfianza y el disimulo escoceses; pero me sorprendió, en verdad, el aire de favor y de superioridad que parecía elevarlo por encima de la compañía en que se hallaba casualmente. Su traje era lo más rudo posible, aunque decente, denotando un estado de medianía, sino de privación, en tiempos en que se tiraba tanto dinero para componerse, hasta por parte de las gentes íntimas con pujos de personas distinguidas. Su conversación me reveló que trataba en ganados: género de ocupación no muy encopetado que digamos.

Con todo y a pesar de tales desventajas, le parecía muy natural el dispensar

a cuantos le rodeaban aquella condescendencia cortés, pero fría, que demuestra una superioridad real o afectada sobre aquellos a quienes se dirige. Emitía su opinión con el aplomo y seguridad que se arroga el hombre a quien su rango o su instrucción conceden los primeros lugares, como si sus palabras no pudieran sufrir ni contradicción ni sombra de duda. Nuestro anfitrión y sus comensales domingueros, después de una o dos tentativas para defender sus opiniones a fuerza de gritos y de afirmaciones atrevidas, acababan por someterse a la autoridad del señor Campbell, quien pasaba a ser árbitro de la conversación.

Tentado estuve, por curiosidad, de entrar en palestra con él, fiado en mi aprendizaje del mundo, con ocasión de mi permanencia en el extranjero, y en los conocimientos de que una regular educación había dotado mi espíritu. Bajo este último concepto, no se aventuró a sostener la lucha, y muy luego eché de ver que su talento natural no había sido cultivado. En cambio, le hallé mucho más enterado que yo del estado de Francia, del carácter del anciano rey y de los ministros que rodeaban a este. Sus opiniones sutiles, intencionadas y, a veces, satíricas, provenían de un observador atento a los asuntos de dicho país.

Tocante al terreno político, Campbell se mantenía en una reserva que le aconsejaba sin duda la prudencia. Las divisiones de los partidos whig y tory conmovían entonces la Inglaterra hasta sus cimientos, y una facción poderosa, adicta a los intereses de los Estuardos, amenazaba la dinastía de Hannover establecida apenas en el trono. En cada taberna resonaba el vocerío de las disputas entre politiqueros de baja condición. Y como nuestro mesonero, muy ducho en materia de opiniones, tenía por regla el no atender a una buena práctica, cada domingo era su mesa teatro de discusiones tan apasionadas cual si se promovieran en concejo municipal. El cura, el boticario y, con ellos, un hombre pequeño que nada descubría acerca de su estado, pero en cuya agilidad y chasqueteo de dedos reconocí al barbero, sostenían acaloradamente la causa de la alta Iglesia y de los Estuardos. El cobrador de impuestos, conforme a su deber, y el asesor, que aspiraba a un módico empleo dependiente de la Corona, interesados vivamente en el debate, defendían, al igual que mi compañero de viaje, y con no menor calor que él, el partido del rey Jorge I y la sucesión real en la línea protestante.

Los dos campos enemigos llamaron al señor Campbell, ganoso en igual grado de obtener la aprobación de uno y otro.

—Soy escocés —exclamó el uno— y un hidalgo de vuestro país debe declararse en pro de los derechos legítimos y hereditarios.

—Sois presbiteriano —exclamó el otro— y no podéis aplaudir el poder absoluto.

Después de haber logrado, no sin dificultad, un momento de silencio:

—Caballeros —dijo el oráculo—, no niego que el rey Jorge merezca las simpatías de sus amigos, y, a fe mía, que si consigue sostenerse, de seguro que podrá hacer del recaudador un comisario de aduanas y conferir a nuestro amigo Guitam el cargo de abogado general; siendo, asimismo, libre para conceder una buena plaza o una pensión a este honrado caballero sentado sobre la maleta que prefiere a una silla. Por otra parte, sin género de dudas, el rey Jacobo tiene un corazón agradecido y, en cuanto le toque el turno, nada le impedirá, si le parece bien, el nombrar al reverendo eclesiástico arzobispo de Cantorbery y al doctor Mixtura primer médico de la real casa, ni de confiar, en fin, su real barba a los cuidados de mi amigo Mousson. Pero, como dudo mucho de que uno u otro de los dos príncipes rivales ofrezca a vuestro servidor, Roberto Campbell, un vaso de aguardiente, si le acosa la sed, doy mi voto a Jonatás Brown, vuestro mesonero, y le proclamo rey de los escanciadores, a condición de que haga servirnos otra botella de vino tan buena como la última.

Esta agudeza fue acogida con bravos unánimes; el posadero se asoció a ella cordialmente y, después de dar cumplimiento a la condición de que dependía su realeza, se apresuró a comunicar a sus convidados que, no por ser de talante pacífico, el señor Campbell dejaba de tener el valor de un león.

—Sí, señores —añadió—, hallándose solo, puso en fuga a siete ladrones, camino de Witson.

—Os equivocáis, mi querido amigo —dijo Campbell interrumpiéndole—, no eran más que dos, y los dos sin bríos, como convendría que fuesen siempre.

—¡Qué! ¿Será posible, caballero? —interrogó mi pusilánime acercando su asiento, es decir su maleta, al escocés—. ¿Será posible? ¡Dos ladrones contra vos solo!

—Nada más cierto, caballero, y no veo que la cosa valga la pena de tanta compunción.

—A fe mía, que me diera por dichoso de disfrutar el placer de vuestra compañía. Me dirijo hacia el norte, caballero.

Esta información benévola respecto a la meta de su viaje (soltaba la lengua por vez primera), no produjo efecto alguno en el escocés, quien no se dio por entendido.

—¡Viajar juntos, caballero! Fuera difícil —contestó secamente—. Vos sin duda montáis a caballo y yo, hoy por hoy, ando a pie o monto un jaco montañés que maldito lo que anda.

Y esto dicho, pagó la cuenta de la botella que había pedido, tiró el importe sobre la mesa y se levantó en señal de despedida.

Se le acercó mi compañero; le cogió por un botón del traje, y le atrajo hacia el alféizar de una ventana; ante cuyas manifestaciones apremiantes creí adivinar que reiteraba sus peticiones a Campbell, quien parecía negarse a ellas.

—Me encargo de todos los gastos, caballero —dijo mi hombre en alta voz, como si hubiera dado con un argumento irresistible.

—¡Imposible, repito! —replicó el otro con aire desdeñoso—. Tengo que hacer en Rothbury.

—¡Oh! Nada me apremia, caballero, y, por la pérdida de uno o de dos días, no he de privarme de una compañía como la vuestra.

—Por mi honor, señor mío —dijo Campbell—, que me es imposible prestaros el servicio al cual dais tanta importancia. Viajo para asuntos particulares —añadió, irguiéndose con orgullo—, y si algún consejo puedo daros, es el de que no os asociéis en camino al primer desconocido, y más aún el de que os abstengáis de decir hacia dónde os dirigís a aquellos que no os lo preguntan.

Y, sin mucha ceremonia, volvió la espalda al importuno. Aproximándose luego a mí, en el momento en que los convidados abandonaban la mesa, dijo:

—Vuestro amigo, caballero, es expansivo en exceso, trayendo, como trae, tan precioso depósito.

—Ese señor —contesté— no es amigo mío; es un conocimiento que he hecho en camino. Nada sé de él, ni siquiera su nombre, me parece que vos habéis adelantado más que yo en su confianza.

—Quería decir solo —repuso en tono brusco—, que no es muy prudente, por su parte, ofrecer el honor de su compañía a quien no lo apetece.

—Debe conocer sus asuntos mejor que nadie —repliqué—, y sentiría ser juez de ello bajo uno u otro punto de vista.

El señor Campbell, sin ulterior observación, me expresó el deseo de que tuviera yo un buen viaje, y la compañía se retiró.

Al siguiente día, por la mañana, me separé del tímido viajante, puesto que dejaba yo la carretera del norte para dirigirme al oeste, hacia el castillo de Osbaldistone, residencia de mi tío.

Ante las miradas indescifrables que clavó en mí en aquel momento, no puedo asegurar si quedó o no contento de mi partida. De mí sé decir que sus terrores habían cesado de divertirme y, francamente, de muy buena gana me vi desembarazado de él.

Avanzando hacia el norte, que saludaba yo como tierra natal, me sentía conmovido por el entusiasmo que los sitios agrestes y románticos inspiran a los amantes de la naturaleza.

No teniendo ya que sufrir la molesta charla de mi compañero, experimenté el gozo de observar cómo el país se distinguía del que había recorrido hasta entonces. Las corrientes de agua merecían con mayor justicia el nombre de tales, puesto que, en vez de discurrir perezosamente por entre cañaverales y sauces, pasaban ruidosas bajo la sombra de arbolado salvaje, sin decrecer, a través de valles solitarios que, descubriéndose al paso y de trecho en trecho, parece que invitan al viajero a visitar sus cavidades.

Ante mí se elevaba la cordillera de Cheviot en su severa majestad. No ofrecía, ciertamente, esa admirable variedad de rocas que caracteriza las montañas de época más remota, pero su enorme masa, sus redondeados promontorios cubiertos por un verdor oscuro y rojizo, su aspecto desolado y su extensión vasta formaban un conjunto cuya originalidad influía de un modo muy vivo en la imaginación.

La casa solariega a que estaba ya cercano, se hallaba situada en un glen: especie de valle encajado en medio de las montañas. Los dilatados dominios que pertenecieran, allá en remotos días, a la familia Osbaldistone, tiempo atrás habían sido enajenados por efecto de desgracia o incuria de mis abuelos; empero lo que de ellos restaba era suficiente para hacer inscribir a mi tío en la categoría de los ricos propietarios. Conforme se me dijo durante el camino, aquel empleaba sus rentas en ejercer la hospitalidad fastuosa de un noble del norte en aquella época, conceptuándolo indispensable al honor de la familia.

Desde lo alto de una colina había divisado yo, en el horizonte, el castillo de Osbaldistone: vasto y antiguo edificio destacado sobre un espesor de grandes encinas drúidicas.

Me había dirigido por aquella parte, tan directa y aceleradamente como lo permitían las revueltas de un camino bastante malo, cuando mi caballo, a pesar de su fatiga, enderezó las orejas a los alegres e incesantes ladridos de una jauría excitada a intervalos por los toques de un cuerno de caza, conforme a la moda francesa que acababa de introducirse. Que el momento no era muy propicio para presentarme a un cazador tan entusiasta como mi tío, supuesto que la jauría le perteneciese, fue para mí indudable. En consecuencia, hice desviar a mi cabalgadura para evitar un encuentro, con intento de llegar luego y con toda tranquilidad al castillo para esperar el regreso de mi tío. Apostado en un declive y cediendo, mal de mi agrado, al interés que sabe tan bien despertar toda distracción campestre, aceché con cierta impaciencia la llegada

de los cazadores.

El zorro tenazmente perseguido, rendido casi por la fatiga, se lanzó el primero a través del soto que guarnecía el flanco derecho del valle. Su rabo gacho, su ensuciado pelo y su pesado andar, claro anunciaban la proximidad de su fin. El ávido cuervo, aleteando por encima del pobre animal, se disponía ya a hacer presa en él. Atravesó el arroyo que bañaba el glen, y, mientras trepaba penosamente por la torrentera opuesta, los perros más excitados, seguidos por el resto de la gritadora jauría, salieron del bosque, lo propio que el batidor y tres o cuatro caballeros. Guiados por su infalible instinto, los perros dominaron la dirección que seguía el zorro, y los cazadores, por su parte, secundaron con un ardor y una temeridad superiores a todo obstáculo. Jóvenes, altos y vigorosos, montaban a la perfección y vestían unos trajes de colores verde y rojo propios de la sociedad particular formada bajo los auspicios del viejo Hildebrando Osbaldistone.

Viéndoles pasar delante de mí: «Esos son mis primos», pensé; y me dije enseguida: «¿Cómo será recibido por esos notables sucesores de Nemrod? Muy improbable es que yo, que entiendo poco o nada de ejercicios, me encuentre a gusto en la familia de mi tío».

Una aparición inesperada interrumpió mis reflexiones.

Era una joven dama cuyos rasgos deliciosos embellecían la animación de la raza y la rapidez de la carrera. Montaba un hermoso caballo negro salpicado por los espumarajos de blanca nieve que relucían en su bocado. Su traje, poco común entonces, sancionado después por la moda bajo el nombre de amazona, consistía en una larga saya, busto vestido a lo varonil y sombrero también de hombre: traje completamente nuevo para mí. Su pelo negro se había destrenzado y flotaba en mil rizos sobre sus espaldas. Las asperezas del terreno, a través del cual dirigía su caballo con una seguridad y una sangre fría admirables, la obligaron a moderar su ímpetu y a pasar más cerca de mí que los restantes jinetes; merced a lo cual pude examinar a mi sabor unas elegantes formas y una belleza de rara distinción que el embriagador tumulto de la escena, la singularidad del vestido y lo novelesco de la repentina aparición realzaban con indecible encanto.

Al pasar frente a mí, su caballo, jadeante de fogosidad, se desvió en el preciso momento en que, vuelto al terreno compacto, ella acababa de hacerle reemprender el galope.

La ocasión de salir en su ayuda era muy natural y la aproveché. Por fortuna, no existía motivo alguno para alarmarse. El caballo no había tropezado ni flaqueado, y, además, la bella amazona era demasiado dueña de sí misma para inquietarse por tan mínimo accidente. Recompensó, pues, con una sonrisa mis buenas intenciones; lo cual fue bastante para inducirme a seguir la

caza, poniendo a su lado y al galope mi caballo.

Los gritos de victoria y las ardientes sonatas anunciaron luego que no era ya necesario precipitarse: la caza estaba terminada. Uno de los jóvenes, que había yo visto pasar, corrió hacia nosotros, agitando, en señal de triunfo, la cola del zorro como para hacer burla de mi bella compañera.

—Está bien —dijo ella—; lo veo; pero menos orgullo. Si Febé —añadió acariciando el pescuezo del soberbio animal que montaba—, no hubiese tenido que atravesar los pedruscos, no tendríais motivo para mostraros tan orgulloso.

Se habían reunido, mientras hablaba así, y les vi dirigir su vista hacia mi lado platicando en voz baja. La joven parecía solicitar del cazador algo a que él se negaba con ademán mohíno y con una especie de ridícula terquedad. Encaminándose hacia mí, dijo aquella:

—Bueno, bueno, Thornie: puesto que os negáis a ello, corre de mi cuenta y en paz. Caballero —prosiguió dirigiéndome la palabra— quería lograr que ese amable joven os pidiera informes acerca de si, recorriendo esos alrededores, habéis tenido noticia de uno de nuestros amigos, el señor Francis Osbaldistone, a quien estamos aguardando en el castillo de unos días a esta parte.

Considerad con qué prisa me di a conocer a la joven, dándole gracias por su amable solicitud.

—Siendo así, caballero —añadió—, como la cortesía de mi pariente no se ha formado todavía, permitidme que, a pesar de las conveniencias, me constituya en maestra de ceremonias y os presente al joven Thorncliff Osbaldistone, vuestro primo, y a Diana Vernon, que tiene, en igual grado, la honra de ser pariente de tan cumplido caballero.

Había en el modo con que se expresó una mezcla de audacia, de ironía y de sencillez. La experiencia que tenía yo del mundo me facilitó el contestar en igual tono, al testificarle cuán reconocido quedaba a su complacencia y cuán dichoso por nuestro encuentro.

A decir verdad, mi galantería fue expresada de forma que la dama pudo adjudicarse la mejor parte. En cuanto al primo, tenía todo el aspecto de un ganso montaraz: torpe, salvaje y algo más que bobo. Me dio, empero, un apretón de mano, diciendo que le era preciso separarse para ayudar al batidor y a sus hermanos a reunir los perros: excusa más bien dedicada a miss Vernon que a mí.

—¡Anda, anda —dijo ella siguiéndole con mirada llena del más vivo desdén—, príncipe de las caballerizas, de las riñas de gallos y de las carreras de caballos! A bien que el uno no vale más que el otro. ¿Habéis leído a

Markham?

—Es este un nombre enteramente desconocido para mí.

—¡Santo Cielo! ¡En qué playa habéis naufragado! ¡Bárbaro extranjero no iniciado en el sublime Alcorán de la tribu salvaje en cuyo seno va a morar! ¿No haber leído a Markham, el gran legislador de los albéitares? ¡Tiemblo, pues, pensando que tampoco conoceréis a los modernos Gibson y Bartlett!

—¡Ay!... ¡No!

—¿Y no os ruboriza el confesarlo? Será preciso borraros de nuestra parentela. ¡Ah! ¿Con que no sabéis ni administrar una purga, ni colocar un sedal?

—Eso reza con el palafrenero y le dejo hacer.

—¡Negligencia increíble! ¿Ni herrar un potro, ni cortarle las crines a la cola: verdad? ¿De modo que si se os hablase de arreglar la lengua a un perro para evitar sus mordiscos, o bien de trasquilarle, o de cercenarle las pezuñas; o de domesticar y de encopillar a un halcón o de arreglarle la comida; o bien si... ?

—Para resumir, en una palabra, mi falta de méritos: no poseo ni uno de todos los relacionados con lo campestre.

—Válgame el cielo, señor Francis Osbaldistone: ¿qué sabéis, pues, hacer?

—Poca cosa buena, miss Vernon. Solo cuando mi potro está ensillado, sé mantenerme firme, y cuando está mi halcón dispuesto, sé hacerle volar.

—Ahora lo veremos —dijo—, poniendo al trote su cabalgadura.

En aquel sitio una barrera, formada con fragmentos de madera y flanqueada por un gran seto cubierto de matorrales, nos cortaba el camino. Adelánteme para franquearlo, cuando miss Vernon superó el obstáculo haciendo pegar un rápido salto a su bruto. Fue para mí cuestión de honra el imitarla, y en un instante me encontré a su lado.

—¡Vamos! —exclamó ella—. Aún queda algún recurso. Temía que fueseis un Osbaldistone muy degenerado. Pero ¿quién ha podido guiaros a nuestro corral, como apellidan los vecinos a nuestra casa de cazadores? ¿Supongo que hubierais podido pasaros sin ella?

Esta nueva pregunta me ofrecía ocasión de colocarme, respecto a mi deliciosa compañera, en el pie de intimidad que parecía provocar mis confidencias. Por ello contesté a media voz:

—En verdad, querida señorita, que me sintiera tentado a considerar como dura penitencia mi estancia en el castillo, si sus moradores fueran tales cuales

los describís. Pero existe, seguro estoy de ello, una excepción que basta a compensar el desagrado.

—¡Ah! ¿Aludís a Rashleigh?

—Precisamente a él... no. Pensaba... perdonad... pensaba en alguien menos apartado de mí.

—¡Un cumplido! Sería de buen tono fingir no entenderlo; pero mis ideas sobre el particular son otras, y si no os dirijo un ceremonioso saludo, es porque voy montada. Por lo demás, y bromas aparte, merezco una exención, porque soy en el castillo la única persona con quien se pueda pasar el rato, excepción hecha del anciano cura y de Rashleigh.

—¡Por Dios! ¿Quién es ese Rashleigh?

—Un caballero que quisiera que todo el mundo se le pareciera para parecerse a todo el mundo. Rashleigh es el menor de los hijos de sir Hildebrando; de edad igual a la vuestra, poco más o menos, aunque no tiene como vos... En fin, que no es muy atractivo. La naturaleza le ha dotado de una pizca de buen sentido, y el seminario de una carretada de instrucción. Es lo que, entre nosotros, se llama un gran sabio, en un país en que los sabios escasean. Piensa dedicarse a la Iglesia, pero no tiene impaciencia alguna para ordenarse.

—¿A la Iglesia católica?

—Claro está. ¿A qué otra, sino?... Pero olvidaba... Se me ha dicho que sois hereje. ¿Es verdad?

—No sabría negarlo.

—¿A pesar de haber residido en el continente, en países católicos?

—Unos cuatro años.

—¿Habéis visitado conventos?

—Muchos, y en ellos no he notado gran cosa en elogio de su religión.

—Los que habitan en ellos ¿no son felices?

—Los hay, pero son en corto número aquellos a quienes un sentimiento de profunda devoción, el disgusto de las tribulaciones y de las miserias mundanales junto con una apatía natural de carácter ha lanzado al retiro. Otros hay que se han decidido por la reclusión en un momento de inmoderado entusiasmo o en un acceso de arrebato ocasionado por una contrariedad o por una desgracia. Estos son desdichados. La nostalgia les sobreviene con los recuerdos de otros días, y, parecidos a las bestias salvajes enjauladas, una necesidad continua de agitación les devora, en tanto que sus vecinos sueñan o

engordan pacíficamente en cárcel no menos estrecha que la suya.

—Y ¿cuál es la suerte de las víctimas condenadas a reclusión por la voluntad de otros? ¿Qué sería de ellas, sobre todo si su origen las llamara a disfrutar de la vida y a gozar de los favores de esta?

—Se parecen a aves en la jaula. Reducidas a consumir su existencia en un encierro, procuran ilusionarse con el cultivo de talentos afortunados que, a dejarlas libres, hubieran sido ornamento de la sociedad.

—Seguiré el ejemplo... —respondió miss Vernon—, es decir —añadió, rectificando—, preferiría no seguir el del halcón que, privado de desplegar libremente sus alas, se desgarró contra los barrotes de su jaula. Pero volvamos a Rashleigh —continuó, en tono más alegre—. Nunca habréis visto hombre más amable... durante una semana, a lo menos. ¡Ah! ¡Si se decidiera a casarse con una ciega, nada tendría que temer en su conquista! Por desgracia, la vista destruye el encanto del oído... Hétenos en la cuadra del vetusto caserío, cuyo aspecto es tan tosco y pasado de moda como el de sus dueños. Aquí no se hacen grandes dispendios para el tocado, como presumiréis de seguro: no obstante, fuerza es que me descargue de todos estos arreos, que tan demasiado calor... Además, este sombrero me lastima la frente.

Descubriéndose, la amable niña sacudió los mil bucles de su negra cabellera y, entre risueña y ruborosa, los separó con sus blancos y afilados dedos, poniendo al descubierto un rostro encantador y unos ojos negros y vivos. Si había en sus gestos algo de coquetería, la negligente sencillez de sus modales no permitía notarlo.

Se me escapó el decirle que, a juzgar de la familia por lo que de ella veía, el tocado sería, en mi concepto, una precaución muy superflua.

—Ese es cumplido de última novedad —respondió—, aunque fuera tal vez más conforme al bien parecer hacerse la sorda. Mejor excusa hallaréis para mi poquito de negligencia después de conocer a los oseznos entre los cuales vais a vivir. El arte sería impotente para cambiarles la naturaleza. En breve la vieja campana anunciará la comida: campana cascada desde que tocó sola, con triple repiqueteo, el día del desembarque del príncipe de Orange, y que mi tío, por respeto a su talento de adivina, no ha consentido jamás en que se reparara. Ea, galante caballero: cuidado de mi palafrén hasta que encuentre yo escudero más humilde que lo haga.

Me presentó la brida como la hubiera presentado a un antiguo amigo de infancia; se apeó, atravesó la cuadra con ligero andar y desapareció por una puerta baja.

Su salida me dejó sumido en la admiración de sus hechizos, y bastante desorientado por el desembarazo natural de sus maneras tanto más chocantes

en cuanto estábamos en una época durante la cual las leyes de la etiqueta, partiendo de la corte del gran rey, prescribían al bello sexo un excesivo comedimiento. Aguardando, estaba hecho un tonto en mitad de aquella vasta cuadra, plantado sobre mi caballo y sujetando al otro por la rienda.

El edificio no me hubiera ofrecido cosa alguna que pudiera llamar la atención de un forastero, a haberme hallado en situación de examinarlo. Tenía la forma de un cuadrado y cada una de sus fachadas era de diferente estilo. Sus ventanas, enrejadas y con jambas de piedra, sus agudas torrecitas y sus macizos arquivadros le daban el aspecto del interior de un claustro o de uno de los más antiguos y menos hermosos colegios de Oxford.

Llamé, pero nadie acudió, irritándome más y más el servir de objetivo a la curiosidad de la servidumbre. Cabezas de hombres y de mujeres asomaban, alargándose, en muchas ventanas y se retiraban súbito, como conejos en sus madrigueras, no bien volvía yo la vista hacia ellas.

El regreso de los cazadores y de la jauría me sacó de apuros; pero no sin algún trabajo conseguí que un majadero criado se encargara de los caballos, y que otro me acompañara a la presencia del dueño de la casa. El palurdo desempeñó su cometido con la galantería de un rústico obligado a guiar una patrulla enemiga, siéndome indispensable no perderle de vista para impedirle que me abandonara en aquel dédalo de corredores bajos y abovedados que desembocaban en lo que él llamó salón de piedra, donde debía yo ser conducido a la graciosa presencia de mi tío.

Llegamos, por fin, a dicho salón, que era largo, abovedado y construido con sillarejos de piedra. Allí, sobre una hilera de recias e inmutables mesas de roble, iba a servirse la comida.

Aquel venerable salón, teatro de las alegrías de muchas generaciones de la familia Osbaldistone, testificaba asimismo las hazañas venatorias de la misma. Gigantescos fragmentos de ciervo, trofeos contemporáneos tal vez de las famosas querellas entre Percy y Douglas, colgaban en las paredes entre pieles de zorros, de tejones, de nutrias, de martas y de otros animales salvajes. Al lado de las armas de la antigua caballería, que habían servido para guerrear contra los escoceses, se veían otras más conformes con los pasatiempos de un castellano, tales como ballestas, escopetas de toda clase, redes y cañas de pescar, venablos y otros muchos curiosos instrumentos destinados a coger o a matar la caza. Figuraban, además, algunos cuadros ahumados y ensuciados por manchas de cerveza, representando señores y damas, celebridades de otros tiempos, los unos con luengas barbas o enormes pelucas, y fijos obstinadamente los ojos de ellas en la rosa que sostenían en sus manos.

Apenas si tuve tiempo para pasear mi vista alrededor del salón. Doce lacayos, en librea azul, se precipitaron allí en tropel, más ocupados en darse

ordenes recíprocas que en cumplir sus respectivos deberes. Se amontonaron en el hogar haces y troncos de leña; presto chasqueteó la lumbre, chisporroteó y se sumió, formando torbellinos de llama y de humo, en un conjunto bastante ancho para poderse colocar en su remate un banco de piedra. Sobre la cubierta de la chimenea (construcción pesada y hecha de una sola pieza de granito rojo, que los siglos engrosaran con una capa de hollín) un artista del país había esculpido los monstruos de un escudo de familia en actitudes erguidas y gesticulantes.

Unos criados trajeron enormes platos repletos de manjares sustanciosos; otros, vasos, frascos y botellas con un arsenal de licores. Fue aquello un tumulto indescriptible de choques de codos y de espaldas, de pisotones, de atropellos mutuos. En suma: mucho ruido y pocas nueces.

Tantos esfuerzos discordantes produjeron el resultado apetecido: la cena quedó, por fin, dispuesta sobre la mesa. Entonces comenzó una batahola de voces de hombres y de perros, mezclada con los chasquidos del látigo, los enérgicos juramentos y el sordo ruido de las botas de montar, cuyos pasos lentos resonaron sobre el pavimento como los de la estatua del Comendador en El convidado de piedra. Tamaño alboroto anunciaba la llegada de aquellos en honor de los cuales se había dispuesto todo. Momento crítico y que, en vez de producir la calma, pareció elevar al colmo la desazón entre la servidumbre. Unos gritaban: «¡Despachad de una vez!». Otros: «¡No tan aprisa!». Aquí se pretendía despejar el camino para hacer lugar al amo y a sus jóvenes hijos, y allá se agrupaban alrededor de la mesa, obstruyendo el tránsito. Crecía una disputa para decidir si debía permanecer cerrada o bien abrirse la gran puerta de dos hojas que separaba el comedor de una especie de galería de negro maderamen.

Por fin se abrió la puerta y dio ingreso a ocho perros, al cura de la casa, al médico del lugar, a mis seis primos y a mi tío, que entraron sin orden alguno.

6

Si el anciano sir Hildebrando no se había dado gran prisa en presentarse ante su sobrino, de cuya llegada debía haberse enterado mucho antes, su excusa estaba en sus grandes ocupaciones.

—Te hubiera visto antes, muchacho —exclamó, después de un vigoroso apretón de manos—; pero, ante todo, me era indispensable ver la jauría en la perrera. ¡Bien venido seas al castillo, muchacho! Por ahí andan tu primo Percie, tu primo Thornie y tu primo John... y por allá tu primo Dick, tu primo

Wilfrid y... ¡Calla! ¿Dónde se ha metido Rashleigh? ¡Ah! por ese lado... separa tu corpachón, Thornie, para que veamos a tu hermano... Ahí tienes a tu primo Rashleigh. Conque ¿tu padre se ha acordado, por fin, de la vieja casa solariega y del viejo Hildebrando?... Vale más tarde que nunca... Bienvenido seas, muchacho: esto lo resume todo. ¿Por dónde anda la pequeña Die? Allá entra... Es mi sobrina Diana, la hija del hermano de mi mujer, la niña más linda de nuestros valles, llegue la que llegue detrás... Y ahora, acerquémonos a la mesa.

Para formarse idea del personaje que dejaba tantos cabos sueltos, figuraos un hombre frisando en los sesenta, en traje de caza cuyos ricos bordados habían deslucido, de un modo particular, las largas lluvias de otoño. Empero, sir Hildebrando, a pesar de lo rústico de sus modales, había vivido durante cierta época de su vida en la corte, como en el campo, agregado en calidad de oficial, al ejército reunido, en 1686, en las llanuras de Hounslow por el imprudente y desgraciado Jacobo II. Mas sus ensueños de ambición, si es que los tuvo alguna vez, se desvanecieron con motivo de la crisis política que destronó a su soberano, y se entregó a la vida retirada en los dominios de su padre.

A pesar de su aspecto rústico, sir Hildebrando conservaba aún cierto aire superior, apareciendo entre sus hijos como desolada columna de orden corintio, presa de hierba y de musgo, al frente de sucias e informes piedras de un monumento druídico. Los hijos, en efecto, semejabán los pedruscos más pesados y menos desbastados que puedan verse. Altos, robustos, buenos mozos, los cinco mayores parecían esperar una chispa del fuego que arrebató Prometeo, de esa gracia exterior, de esas maneras que, en sociedad, ocupan a menudo el lugar de la inteligencia. Bajo el aspecto moral, su cualidad saliente era cierto dejo de buen humor y de contentamiento que se desplegaba en sus recias figuras, mostrando solo una pretensión: la de brillar en los ejercicios corporales, su único pasatiempo. Los colosos Gyas y Cloanthe no se parecen más, en el poema de Virgilio, de lo que se parecían entre sí mis colosales primos Percival, Thorncliff, John, Richard y Wilfrid Osbaldistone.

Para desquitarse, empero, de tan rara monotonía en sus creaciones, la señora Naturaleza había querido que Rashleigh, el menor de los Osbaldistone, ofreciese raro contraste, por su, estatura y por sus modales (tanto como por el carácter y el talento), no solo con respecto a sus hermanos, sí que también con relación a la mayoría de hombres que había conocido yo hasta aquella fecha.

Cuando Percie, Thornie y compañía hubieron, por turno, inclinado la cabeza, gesticulando y presentando la espalda más bien que la mano, a medida que su padre les iba nombrando, Rashleigh se adelantó y me dirigió la bienvenida al castillo, dándose tono y aires de hombre de mundo. Su exterior no prevenía en favor suyo: era pequeño, en tanto que sus hermanos mayores

parecían descendientes del gigante Anak, siendo muy fornidos, mientras que Rashleigh, aunque lleno de vigor, tenía el cuello de toro y alabeado el cuerpo. Por efecto de cierto incidente que le sobrevino durante su infancia, había en su andar un defecto de equilibrio muy semejante a la cojera. Según unos, ese era obstáculo para ser admitido a tomar órdenes, ya que la Iglesia romana, como es sabido, no confiere jamás el sacerdocio a una persona con defectos físicos; pero, en concepto de otros, aquella desagradable imperfección, resultado de deplorable incuria, no era bastante grave para impedirle el llegar a presbítero.

Existen fisonomías tales que basta una mirada para fijarlas en la memoria. Objetos de penosa curiosidad, me representa en aquella sin cesar, aun cuando promuevan sentimientos de repulsión o de disgusto. Tal era Rashleigh. Y no porque la corteza de su rostro, considerada en sí misma, produjese aquella instantánea impresión, toda vez que sus irregulares trazos nada tenían de vulgares, y sus ojos vivos y negros como sus espesas cejas impedían el considerarle de insignificante fealdad. Pero dejaba sorprender en su mirada tal expresión de artificio y de cálculo, o, provocándole, de imprudente ferocidad, que hacía mella en la atención del fisionomista menos ejercitado. Tal vez la naturaleza le había evidenciado, por igual razón que ha impuesto un ruido de cascabel a la serpiente más venenosa. En compensación de tales defectos externos, Rashleigh poseía la voz más dulce, melodiosa y varia en acentos, y su suficiencia para tratar asuntos mil hacía más sensible la belleza de su órgano vocal. Apenas hubo pronunciado la primera frase gratulatoria, que hube de convenir, con miss Vernon, en que mi nuevo primo conquistaría de seguro cualquier mujer que juzgase solo con el oído del mérito de aquel.

Iba a sentarse a mi lado, pero miss Vernon que, en atención a su sexo, hacía a su antojo los honores de la mesa, me colocó entre ella y Thorncliff, a cuyo grato arreglo ya se comprenderá que me presté gustosísimo.

—Es preciso que os hable —me dijo—. He colocado ex-profeso al honrado Thornie entre vos y Rashleigh. Será

Como colchón tendido en la muralla,

Que amortigua el golpear de la metralla;

en tanto que, por mi parte y a fuer de conocida la más antigua para vos en esta ilustrada familia, os pediré opinión acerca de todos nosotros.

—Asunto muy complicado, miss Vernon, para un recién llegado como soy yo.

—¡Oh! La historia natural de nuestra familia es superficial por completo. Hay entré los individuos ligeras relaciones que exigen la sagacidad de un observador; pero las especies, como dicen los sabios, a lo que creo, se distinguen a la primera ojeada.

—En tal caso, o mucho me equivoco, o mis cinco primos mayores tienen, a poca diferencia, el mismo carácter.

—Sí: se encuentra en ellos, y en raro conjunto, al borracho, al guardabosques, al pendenciero, al chalán y al badulaque. Pero así como no existen en un mismo árbol dos hojas parecidas, de la misma suerte esos felices ingredientes, mezclados en cantidades desiguales para cada individuo, forman una estimable diversidad para quien se complazca en el estudio de los caracteres.

—Trazadme, por favor, su retrato.

—Los tendréis todos de tamaño natural en un cuadro de familia. El favor que me pedís es demasiado ligero para negároslo. Percie, el mayor y heredero presunto, tiene más de borracho que de guardabosques, de pendenciero, de chalán y de badulaque. Mi precioso Thornie se muestra más reñidor que borracho y que lo demás. John, que se pasa semanas enteras durmiendo en los bosques, tiene mucho de guarda rural. El carácter de chalán predomina en Dick, capaz de andar, día y noche, sesenta leguas para asistir a una carrera de caballos. En fin, la estolidez eclipsa de tal modo las otras cualidades de Wilfrid, que puede calificársele exactamente de estólido.

—Bonita colección, en verdad, cuyas diferencias individuales pertenecen a especies muy interesantes. Pero... y sir Hildebrando, ¿no ocupa su lugar en el cuadro?

—Aprecio a mi tío, se ha portado bien conmigo (o tal ha sido, al menos, su intención), y dejo a vuestro cuidado el pintároslo cuando le conozcáis mejor.

—¡Vamos! —dije para mí—, la chica conserva todavía un resto de indulgencia: lo celebro. ¿Quién diablo hubiera presumido crítica tan mordaz por parte de una persona tan joven y tan adorablemente linda?

—Estáis pensando en mí —observó clavándome sus negros ojos, como si hubiese querido leer en el fondo de mi alma.

—Convengo en ello —respondí algo desconcertado por lo imprevisto de una alusión directa. Después, procurando dar un sesgo galante a mi confesión, añadí—: ¿Cómo me sería posible pensar en otra cosa, dado el sitio que tengo la dicha de ocupar?

La joven sonrió con desdeñoso gesto, propio exclusivamente de ella.

—Os lo diré de una vez para siempre, señor Osbaldistone: dirigirme cumplidos es trabajo perdido. No abuséis así de las cosas bonitas (moneda corriente de los guapos caballeros que recorren las provincias), semejantes a las baratijas y abalorios que traen consigo los navegantes para amansar a los salvajes habitantes de las comarcas que descubren. Sed menos pronto en dar

salida a vuestro género. Hay en el Northumberland bastantes indígenas respecto a los cuales el procedimiento os dará renombre. Conmigo, os lo repito, de nada serviría.

Quedé muy confuso.

—Me recordáis, en este momento —prosiguió ella insistiendo en su tono de chacota y de descuido— el cuento de hadas en que un hombre ve súbitamente trocadas en cachos de pizarra las monedas que trajera al mercado. He despreciado, malbaratado vuestras provisiones de cumplidos con una intempestiva observación. Dejemos eso. Vuestro semblante fuera muy engañoso, señor mío, si no dispusierais de cosas más agradables que las nonadas que cualquier caballero bien rizado se cree en el caso de recitar a una pobre muchacha; y esto solo en atención a que ella viste sedas y blondas, así como él ostenta un traje fino de paño bordado en oro. Nuestro andar ordinario, diría uno de mis cinco primos, es con mucho preferible a vuestro porte galante. Procurad olvidar mi desgraciado sexo; llamadme Tom Vernon, si así os agrada, pero habladme como a un amigo o a un compañero. ¡No podéis figuraros hasta qué punto os lo agradeceré!

—El ofrecimiento es muy seductor.

—Es más —replicó, puesto el dedo en alto—. ¿No os he dicho ya que no sufriré ni la sombra de un cumplido?... Y ahora, en cuanto hayáis bebido a la salud de mi tío, que os está amenazado con lo que él llama su vaso lleno, os diré lo que pensáis de mí.

Después que, a fuer de dócil sobrino, hube apurado el vaso, la conversación se hizo un instante general. El continuo chocar de los cuchillos y tenedores, el ensañamiento que desplegaban el primo Thorncliff, a mi derecha, y el primo Dick, a la izquierda de miss Vernon (cómodas pantallas que nos aislaban del resto de los comensales) en batirse contra las montañas de carne colocadas en sus respectivos platos, nos permitieron reanudar la conversación.

—Ahora —le dije—, permitidme demandaros con toda franqueza, miss Vernon, lo que, en vuestro concepto, pienso de vos. Gustoso y de buena fe lo dijera yo, a no haberme vos prohibido los elogios.

—Vuestro auxilio me es innecesario. Soy bastante adivina para descubrir, sin él, cuáles son vuestros pensamientos. Vos me tomáis por una muchacha atrevida y singular, mitad coqueta mitad picarilla, ávida de llamar la atención por la desenvoltura de sus modales y el afán precipitado de sus salidas, porque no posee lo que Addison llama «las gracias amables de nuestro sexo». Y... ¿quién sabe? ¡Tal vez creéis que alimento la intención secreta de colmaros de admiración! Si mortifico el concepto que tenéis de vos mismo, lo sentiré, pero jamás lo habréis desviado tanto. Toda la confianza que he puesto en vos la

hubiera dispensado espontáneamente a vuestro padre, si hubiese podido comprenderme. En el seno de esta familia feliz, me veo tan privada de auditorio inteligente, como Sancho en Sierra Morena, y por esto, en cuanto se presenta ocasión, o hablo o me muero. Pero estad convencido de que no hubierais obtenido una sola de las noticias que os tengo comunicadas, si hubiese abrigado el menor recelo acerca de la opinión de mi prójimo.

—Es una verdadera crueldad, miss Vernon, el quitar a vuestras confidencias hasta la sombra de favor personal. No importa: las recibiré a título de lo que os plazca. En Vuestra descripción de familia no habéis incluido al señor Rashleigh.

Creí notar en ella cierto estremecimiento, y me contestó precipitadamente en tono casi sofocado:

—¡Ni una palabra acerca de él! Tiene el oído tan fino, cuando anda en juego su amor propio, que las palabras llegarían a él a través de la maciza corpulencia de Thornie, repleto, como está, de buey, de caza y de budín.

—Vaya en gracia; mas antes de hablar he fiado la vista detrás del muro viviente que nos separa, y he notado que el sitio, destinado al primo Rashleigh se halla vacío, porque ha abandonado la mesa.

—No hay que tranquilizarse por ello. Fiad en mí: antes de hablar palabra con él, subíos a la cúspide del Monte de las Nutrias, donde la vista se extiende a diez leguas a la redonda; colocaos sobre la punta, hablar muy quedo y... al fin y al cabo, no será seguro que el pájaro que pasó no le haya transmitido vuestras palabras. Ha sido preceptor mío durante cuatro años: nos sentimos cansados uno de otro, y con igual placer estamos viendo llegar el momento de separarnos.

—¿De modo que mi primo va a partir?

—Sí: dentro de pocos días. ¿No lo sabíais? Vuestro padre es más discreto que sir Hildebrando. Ante la nueva de que ibais a ser nuestro huésped durante algún tiempo, y de que vuestro padre deseaba ver a su lado uno de sus brillantes sobrinos para ocupar la situación lucrativa que vuestro capricho deja vacante, señor Francis, el bueno de mi tío reunió a toda la familia, en cour plenièrre, incluso el despensero, el intendente y el guardabosques. La augusta asamblea de los pares y de los grandes oficiales de Osbaldistone no permaneció sentada, como podéis presumir, ante la perspectiva de elegir vuestro sustituto, puesto que, limitada toda la aritmética de los hermanos, en general, a saber calcular los peligros de un gallo en riña, no hubo quien ambicionara disputar la prerrogativa a Rashleigh. Pero un poquito de solemnidad no había de estar de más para transformar a Rashleigh de humilde sacerdote católico, que debía de ser, en rico y próspero rentista; y no sin

alguna repugnancia consintió la asamblea tamaña degradación.

—¡Honrados escrúpulos! ¿Cómo los vencieron?

—A mi entender, por el deseo general de desembarazarse de él. Aunque es el menor de la familia, ha conseguido con sus mañas dominar a todo el mundo, y cada uno siente su dependencia sin poder sacudirla. Quien incurre en la desgracia de oponérsele, seguro está que habrá de arrepentirse de ello durante el año: peor para quien le presta algún servicio señalado, puesto que habrá de arrepentirse más.

—En tal caso —dije sonriendo—, debo precaverme mucho, ya que soy causa involuntaria del cambio en su posición.

—¡Sí, sí! Le resulte pérdida o beneficio, os profesará rencor... ¡Ah! Ya sirven el queso y los rábanos. Van a brindar a la salud del rey y de la Iglesia, para los curas y damas es señal de partida; y yo, único retazo de mi sexo en el castillo, doy el ejemplo y me retiro.

Así diciendo, desapareció, dejándome entusiasmado con lo original e imprevisto de su conversación.

Por más que haya yo recordado, tan fielmente como me ha sido posible, sus particulares locuciones, desconfío de haber dado idea de las mismas. Eran mezcla de verdadera sencillez, de delicadeza natural y de desdeñoso atrevimiento: modificado y realzado, en su conjunto, por la vivacidad de una encantadora fisonomía. Aquel abandono familiar, aquel exceso de confianza tenían, en realidad, mucho de qué sorprenderme en fuerza de su rareza. Pero no vaya a creerse tan rígido a un hombre de veintidós años que fuese a condenar, en una joven de dieciocho, el no haber sabido observar para con él la conveniente reserva. Al contrario: sus confidencias me agradaban y lisonjeaban a un tiempo mismo, a pesar de la declaración hecha por la de que, si se conducía de aquel modo, era por haber hallado un oyente digno de ella. Sentía yo la presunción de mi edad, y mi permanencia en Francia distaba mucho de habérmela corregido. Distintivos regulares y agradable exterior, ventajas cuyo beneficio me adjudicaba a mí mismo, no eran, en concepto mío, títulos demasiado débiles cerca de una bella. Siendo mi vanidad favorable a miss Vernon, ¿cómo tratar rigurosamente una franqueza que parecía justificar mi propio mérito? Seducido ya por su llamativo aspecto y por lo singular de su situación, ¿podía yo hacer otra cosa que aplaudir el tacto perfecto que había mostrado en la elección de un amigo?

Desde que miss Vernon se hubo retirado del comedor, la botella circuló, o más bien voló, sin descanso, alrededor de la mesa.

Educado en país extranjero, sentía yo un vivo disgusto contra la intemperancia: vicio demasiado común entonces, y aún hoy, entre nuestros

compatricios. Los dicharachos que sazonan las orgías no me satisfacían mucho más, y si algo había de hacérmelos más intolerables era el oírlos proferir por personas de mi familia. Aproveché, pues, cierta coyuntura favorable y desaparecí por una puerta lateral, sin saber a dónde me conduciría, resuelto a no sufrir por más tiempo el espectáculo de un padre invitando a sus hijos a una degradante bacanal y sosteniendo con ellos los más groseros diálogos.

Me aconteció empero lo que temí. Corrieron en mi busca gritando que era preciso recuperar por fuerza al desertor de las banderas de Baco. En cuanto percibí los clamores y alaridos de la manada de borrachos, que se precipitaba golpeando con sus grandes botas, por la escalera de caracol en que me había yo ocultado, comprendí que iba a ser detenido si no me apresuraba a largarme de allí. Abrir una ventana que daba a un jardín de antigua moda y saltar abajo, desde una altura de seis pies, fue obra de un instante. Acto seguido resonaron, tras de mí, los gritos de: «¡Ohé! ¡Ohé! ¡Se escapó!».

Tomé por una alameda, después por otra con toda la ligereza de mis piernas, y, viéndome, por fin, libre de la busca de mis perseguidores, moderé el paso para gozar de la frescura del aire, que los vapores del vino, no menos que la rapidez de mi fuga, hacían doblemente grata.

Paseándome, vi al jardinero muy atareado en sus quehaceres de la tarde, y me detuve para contemplar su trabajo.

—Buenas tardes, amigo —le dije.

—Buenas, buenas —contestó el hombre sin mirarme y en un acento que, a la primera palabra, descubría su origen escocés.

—¡Hermoso tiempo para vos, amigo!

—¡Pse! No hay para quejarse —repuso con aquella sobriedad de elogio que emplean siempre los aldeanos para celebrar el más hermoso tiempo del mundo. Y, levantando entonces la cabeza para ver quién le hablaba, puso la mano en su gorro con aire respetuoso, y añadió—: ¡Eh! ¡Válgame el cielo! Deslumbra contemplar en el jardín y a tal hora, un tan bello y recamado jistocorps.

—¿Bello... qué?

—¡Toma! Un jistocorps, una chaqueta como la vuestra. ¡Pues! Los otros tienen algo más que hacer allá arriba: desabrochar la suya para hacer lugar a las viandas, al budín henchido, y al buen vino, sin duda... Tal es el trabajo de la tarde, en este lado de la frontera.

—No se come tan bien en vuestro país, amigo mío, para sentir deseo de permanecer hasta tan tarde a la mesa.

—¡Ah, caballero! Vos no conocéis Escocia. ¡No es que falten buenas

cosas, no! Tenemos cuanto hay de suculento en caza mayor, volatería y pescado, sin contar las cebollas, los rábanos, nabos y otras legumbres; pero se tiene alié buen sentido y continencia, y es uno moderado en cuestión de boca. Aquí, por el contrario: desde la cocina al comedor se atracan toda su hartura, del principio al fin de las veinticuatro horas. Los días de ayuno, la misma canción. Lllaman ayunar al traerles en carruaje el más rico pescado de mar de Hartlepool y de Sunderland: truchas, alosas, salmones y demás. Hacen de su abstinencia motivo de gula y de abominación. ¡Oh! ¡Es horroroso! Pero basta de conversación, pues Vuestro Honor es probablemente un papista como los demás.

—Nada de eso. He sido educado en la religión protestante, y soy presbiteriano independiente.

—Tome, pues, Vuestro Honor, la mano derecha de un correligionario — exclamó el jardinero mostrando tanta alegría como eran capaces de expresar sus rudas facciones; y a fin de probar que su estimación no consistía en palabras sacó de su faltriquera una caja de cuerno (su «acirate», según él) y me ofreció una toma de tabaco en polvo, dirigiéndome un gesto completamente fraternal.

Después de corresponder a su atención, pregúntele si hacía mucho tiempo que servía a los Osbaldistone.

—¡Ah! —exclamó puestos los ojos en el castillo—. Cerca de veinticuatro años hace que estoy entregado a las bestias salvajes de Éfeso: tan cierto como que me llamo Andrés Fairservice.

—Pues... si vuestra religión y vuestra templanza, excelente amigo Andrés se avienen tan mal con los ritos católicos y las costumbres inglesas, me parece que os habéis impuesto, sin necesidad, muy larga penitencia. Hubierais podido hallar casa en que la mesa fuese menos opípara y la fe más ortodoxa. ¡Supongo no será por falta de talento que no estáis colocado a gusto!

—No sentara bien en mí hablar de mis méritos —dijo Andrés dando una ojeada a su alrededor con cierta complacencia—, pero, vanidad aparte, creo entender un poco en el oficio, porque debéis saber que he nacido y soy natural de Dripdaily, lugar en que se hace medrar a las coles bajo campana, y se aprovecha el plantío antes de sazón. Hablando, empero, con franqueza, veinticuatro años hace que, al comienzo de cada estación, me preparo para marcharme. Mas llega el día, siempre hay algo que va a echar flor, y que quisiera yo ver florido, o algo que va a madurar y que quisiera ver maduro, o bien algo que sembrar y que quisiera ver cómo nace y... nada: de fin en fin de año, aquí me tenéis. Y si os dijera que, con seguridad, me voy para la Candelaria, no estaría más cierto de ello que veinte años atrás, y a la postre, aquí me encontraríais destripando mis terrones. A mayor abundamiento, y para

no ocultar nada a Vuestro Honor, Andrés no ha podido dar con mejor colocación. Si Vuestro Honor quisiera indicarme otra en qué poder oír la pura doctrina, y hacer pasar a una vaca, con casita, jardincito y más de diez libras anuales de gajes, sin amo para contar las manzanas, creed que os quedaría yo muy reconocido.

—¡Bravo, Andrés! Si no encontráis, no es por falta en el pedir.

—Nadie lo prohíbe. ¿Tiene que pasar uno toda la vida para ser apreciado en su justo valor?

—¡A lo que observo, no profesáis afición a las señoras!

—¡No, a fe mía! Desde lo del padre Adán son la perdición de los jardineros. ¡Ah, lo que pueden las malas prácticas! Necesitan albaricoques, peras, melocotones y manzanas, tanto en verano como en invierno, sin preocuparse de si la estación los da o no. Pero, a Dios gracias, no tenemos aquí tamaña peste, exceptuando la vieja Marta; y aun esta no se contenta con el permiso concedido a los chiquillos de su hermana, de picotear las moras, cuando vienen los domingos a tomar el té en la caseta del portero... con cuyo motivo, les regalo yo alguna blanda manzana para su cena.

—¡Olvidáis a vuestra joven señora!

—¿Qué señora es la que olvido? ¿Cuál?

—Miss Vernon.

—¡Ay!, ¡la jovencita! No es tal señora, caballero. Deseo que sea la de ella misma, y también que no sea la de cierto particular, de aquí a mucho tiempo. Es un salvajito: tal como suena.

—¡Hola! —exclamé más vivamente interesado de lo que me atrevía a reconocer y a dejarle presumir—. ¿Conocéis los secretos de la familia, Andrés?

—Si los conozco, debo guardarlos, y no fermentarán en mi boca como la cerveza en la tinaja; os respondo de ello. En cuanto a miss Diana... para mí, ni es carne ni es caldo.

Y se puso a cavar con redoblado ardor.

—Acabad —dije—; soy amigo de la familia y quisiera conocer bien a la joven.

—Pues mucho me temo que es algo más que una buena muchacha —indicó Andrés guiñando el ojo, y meneando la cabeza con aire grave y misterioso—. Hay gato encerrado... ¿Vuestro Honor me comprende?

—¡No, a fe mía! Procurad ser más explícito —dije, haciendo deslizar una

corona en su callosa mano.

Al contacto del dinero, el jardinero gesticuló sonriendo y me dirigió un leve saludo, mientras metía la moneda en la faltriquera de su vestido. Después, a fuer de hombre que adivina aquello en que debe insistir, se irguió, cruzó los brazos sobre su chaleco, e imprimiendo a su aspecto una solemne seriedad, me confió la importante revelación que sigue:

—Sabed, pues, señor mío, ya que ansiáis saberlo, que miss Vernon es...

Aquí, suspendiendo el discurso, contrajo sus ahondadas mejillas hasta que sus quijadas y barba puntiaguda tomaron la forma de un cascanueces; guiñó por segunda vez el ojo, frunció las cejas, sacudió la cabeza y pareció creer que bastaba todo aquel juego de la fisonomía para hacerse inteligible.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¡Tan joven, tan bella y perdida ya!

—¡Oh!... Podéis asegurarlo... perdidos cuerpo y alma. Por de pronto, es papista, y además...

Su prudencia de escocés le dominó de nuevo, y permaneció con la boca cerrada.

—¿Qué más? —repuse vivamente—. ¡Quiero saber lo que eso significa!

—¡Además es la jacobita más rabiosa de todo el condado!

—¡Conque jacobita! Y... ¿eso es todo?

Andrés me miró con aire pasmado, oyéndome apreciar tan a la ligera semejante confidencia. Luego, murmurando:

—Es lo peor que sé de la niña —volvió a cavar como lo hace el rey de los vándalos en la última novela de Marmontel.

7

No sin trabajo di, al fin, con el aposento que se había dispuesto para mí. Después de haberme granjeado el celo y los buenos oficios de la servidumbre, mediante argumentos interesantes para ella, me encerré en mi habitación por el resto de la tarde.

Dado el bonito sesgo que habían tomado las cosas en el salón de piedra (como se apellidaba el comedor), no menos que la batahola cuyo debilitado eco llegaba aún hasta mí, pensé que mis nuevos parientes no debían ser, para un hombre sobrio, la compañía más adecuada.

¿Qué intención podía haber sido la de mi padre enviándome a permanecer en el seno de aquella extraña familia? Tal fue la primera y más natural de mis reflexiones.

Me había recibido mi tío como si fuera a darme hospitalidad durante algún tiempo, y esta, montada a la antigua, le presentaba tan indiferente como el rey Enrique para con sus comensales. Pero, presente o ausente, hacía el mismo caso de mí que de cualquiera de sus lacayos de librea azul. Mis primos no eran sino oseznos; habría de perder yo con su trato, si lo buscaba, los modales urbanos, el talento de buen tono que adquiriera antes, y todo lo bueno que podría aprender se reduciría a cortar el filamento de un perro, a colocar el sedal a un caballo y a cazar un zorro.

Solo se me ocurrió una razón, probablemente la verdadera. Según mi padre, el género de vida que se llevaba en el castillo de Osbaldistone era consecuencia natural y forzosa de la misma condición de los nobles provincianos; por lo cual, asociándome a unas diversiones que preveía habían de disgustarme pronto, deseaba reconciliarme, a todo evento, con la idea de volver al redil. Al propio tiempo, emplearía a Rashleigh en sus oficinas; después, cuando conceptuase oportuno desembarazarme de él, tendría medios mil para colocarle ventajosamente. Sentí cierto remordimiento de conciencia pensando en que, por culpa mía, un intrigante de la calaña que me había descrito miss Vernon iba a introducirse en la casa de mi padre y tal vez a merecer la confianza de este; pero lo sofoqué arguyéndome que mi progenitor tenía derecho absoluto de arreglar sus asuntos y que no era hombre para dejarse engañar o dominar. Después de todo, ¿qué sabía yo de mi primo? Lo que me había contado una muchacha atolondrada y fantástica, cuyas locas ocurrencias debían ponerme en guardia contra una opinión ligera o mal fundada.

Por pendiente natural, mis pensamientos volvieron a miss Vernon, a su exquisita belleza, a su particularísima situación, abandonada como estaba a sí misma, a sus propias luces, sin guía ni defensor; en una palabra, a su carácter general, que presentaba el ánimo resuelto y la diversidad a propósito para aguzar nuestra curiosidad y cautivar nuestra atención. La proximidad de una criatura tan singular y la perspectiva de estrechar con ella relaciones íntimas y frecuentes, harían más peligrosa mi permanencia en el castillo, al disipar el fastidio; no me faltaba buen sentido para preverlo. A pesar de los cálculos de mi discreción, me fue imposible examinar con terror la contingencia nueva y singular que me aguardaba. Deseché este nuevo escrúpulo, por el mismo procedimiento con que los jóvenes se salen del paso en situaciones semejantes: tendría prudencia, estaría sobre aviso, no vería en ella otra cosa que un compañero y todo iría a pedir de boca. Me dormí en mitad de tales reflexiones con la imagen de miss Vernon en el alma.

No puedo afirmar si volví a verla en sueños porque la fatiga me postró y mi dormir fue profundo; pero despertado, al rayar el día, por los alegres sonidos del cuerno de caza, ella fue la primera persona en quien pensé.

Me bastaron algunos minutos para levantarme y hacer ensillar mi cabalgadura, y bajé luego a la cuadra, en donde estaban ya dispuestos hombres, caballos y perros.

Mi tío, que no esperaba tal vez encontrar ardor en un sobrino educado en el extranjero, pareció bastante sorprendido de verme, y creí notar en sus «buenos días» matinales menos benevolencia y cordialidad que en el recibimiento de la víspera.

—Conque ¿aquí ya, muchacho? —me dijo—. La juventud es siempre impaciente... Pero ¡ten cuidado! y recuerda el antiguo adagio:

Corcel que va galopando

Sobre la tajante sierra

De Piedras Negras, se expone

A romperse la cabeza.

Pocos jóvenes habrá, creo yo, hasta entre severos moralistas, que no prefieran ser acusados de una falta de conciencia que de ignorancia de equitación; y como a mí no me faltaban habilidad ni denuedo, me sentí mortificado por la alusión de mi tío y le aseguré que me vería, aunque creyera lo contrario, entre los primeros en seguir la jauría.

—No lo dudo, muchacho —contestó—; montas bien a caballo, según creo. Lo mismo da: sé prudente. Tu padre, al enviarte aquí, me encargó que te indujera a entrar en razón, y no sé qué conviene más: si hacerte tascar el freno o aventurarse a que otro te tire de la brida.

El sentido de semejante discurso se me escapó por completo. ¿Era a mí a quien se dirigía? ¿Qué fruto había de sacar de él? Comoquiera, de otro lado, que mi honradísimo pariente había formulado la advertencia por medio de la especie de aparte, en que expresaba en alta voz las ideas que se le ocurrían, presumí que le preocupaba mi deserción de la víspera, o bien que sentía alguna vergüenza por los excesos de la tarde y que de ello se resentía su humor. Déjelo, pues, correr, proponiéndome no dar largas a la hospitalidad, si me hacía sentir el peso de la misma, y pasé a saludar a miss Vernon que, muy jovial, nos salía al encuentro.

Cambié, asimismo, algunos cumplidos con mis primos; pero al ver que se complacían, maliciosos, en criticar mi traje y mis arreos, desde el sombrero hasta las espuelas, y en cuchichear acerca de todo lo que tenía un aspecto nuevo o forastero, dejé de ampliar mis atenciones para con ellos. Sin contestar

de otro modo que con soberano desdén a sus murmuraciones y a sus gestos, me acerqué a miss Vernon como única persona digna de mi compañía. A su lado partí para el bosque que cubría por entero el lado de una colina situada entre inmensos eriales. Marchando al galope, hice notar a Diana la ausencia del primo Rashleigh.

—Pues es un gran cazador —contestó—; pero a la manera de Nemrod: caza al hombre.

Excitados por los gritos de sus amos, los perros se lanzaban a través de los bosques. Todo fue tumulto y movimiento. Mis primos tomaban demasiado interés en el asunto de la mañana para ocuparse más de mí. Oí, empero, a Dick, el chalán, que decía por lo bajo a Wilfrid, el badulaque:

—Fíjate bien: el primo Francis va a dar un tumbo al primer salto.

—No me sorprendería —dijo el otro—, porque trae galoneado con pésimo gusto su sombrero.

Thorncliff que, a pesar de su rudeza, no era del todo insensible a los atractivos de su prima, parecía haberse puesto en la cabeza la idea de acompañarnos más de cerca que sus hermanos, fuese para espiar lo que ocurriera entre miss Vernon y yo, fuese para gozarse más en mi ineptitud para la caza. Bajo este último punto, había contado sin la huésped.

Después de una batida inútil, que duró casi toda la mañana, se tomó la pista a un zorro, que nos hizo correr durante dos horas, y, a despecho del bordado de mi sombrero a la francesa, sostuve mi papel de cazador con aplauso de mi tío y de su pupila y con mal disimulada ira de aquellos que esperaban cubrirme de oprobio.

Entretanto, maese zorro, más ladino que sus perseguidores, consiguió burlar a la jauría. Entonces noté hasta qué punto miss Vernon se sentía mortificada por la estrecha vigilancia que sobre nosotros ejercía nuestro compañero. Viva y atrevida como ella sola, y no titubeando jamás en tomar el camino más corto para satisfacer su voluntad del momento, le dijo en tono de censura:

—¿Podrá saberse, Thornie, a qué viene el andar pegado toda la mañana a la grupa de mi caballo, cuando sabéis que las gazaperas del molino de Woolverton no están tapadas?

—Es la primera noticia esta, miss Die —contestó el muchachón—. Ayer, al anochecer, me ha jurado el mismo molinero que las había tapado al mediodía.

—¡Cómo, Thornie! ¿Fiais en la palabra de un molinero, y más tratándose de gazaperas que nos ha hecho perder al zorro tres veces durante este otoño? Montado, como vais, en vuestro caballo gris, podéis aseguraros del hecho

yendo y viniendo en diez minutos.

—Pues bien, miss Die, corro al molino, y si el molinero me ha engañado, le pego una paliza de padre y señor mío.

—Eso es, amigo: sacudid al pícaro como se merece. ¡Al avío! Daos prisa y procurad verle muy de cerca.

Thorncliff partió al galope.

—Y si te sacuden a ti —añadió— no habré conseguido menos mi propósito. He ahí cómo debe tratárseles a todos: a baqueta. A propósito: organizo un regimiento. Thornie será mi ayudante para los alojamientos; Dick, mi escudero, y en cuanto a Wilfrid, con su recia voz pringada, que tartalea tres sílabas a un tiempo, tocará el tambor.

—¿Y Rashleigh?

—Dirigirá los reconocimientos.

—¿Y a mí, no me repartís papel alguno, mi delicioso coronel?

—Sí: seréis, a vuestro antojo, jefe cajero o jefe de provisiones del regimiento... Pero ved cómo los perros se enredan en su correría. Han perdido la pista y no volverán a dar con ella en todo el día. Seguidme: tengo algo que enseñaros.

Sin aguardar mi respuesta, puso su cabalgadura al trote hasta llegar a la eminencia de una sonriente colina, desde donde la vista se esparcía a lo lejos sobre el campo. Dando una ojeada a su alrededor, para asegurarse de que estábamos solos, hizo avanzar su caballo hasta la sombra de un grupo de abedules que nos ocultaba a las miradas de los curiosos.

—¿Veis allá abajo —me dijo— aquella montaña quebrada, sombría y cubierta de matorrales, que presenta en uno de sus lados una como mancha blanquecina?

—¿Al extremo de esa larga cadena de colinas cortadas por aguazales?... La distingo perfectamente.

—Aquella mancha blanca es una roca llamada la Punta del Halcón, y la Punta del Halcón está en Escocia.

—¿Conque sí? No creía que nos hallásemos tan cerca.

—Tal como os lo digo, y vuestro caballo os llevará allí en dos horas.

—Le ahorraré ese trasiego. Hay de aquí a allá de siete a ocho leguas a vuelo de pájaro.

—Tomad mi caballo si lo creéis menos fatigado. Os repito que a las dos

horas estaréis en Escocia.

—Y yo os repito que no experimento deseo alguno de ir allá; de tal modo, que si la cabeza de mi caballo hubiese pasado la frontera, no daría a la cola el trabajo de seguirla. ¿Qué voy a hacer en Escocia?

—Poneros a salvo, puesto que es necesario hablar con claridad. ¿Me entendéis ahora, señor Frank?

—Ni poco, ni mucho. Vuestro oráculo se oscurece más y más.

—Bajo palabra os digo que, o desconfiáis muy injustamente de mí, y sabéis disimular mejor que Rashleigh, o ignoráis de qué se os acusa. Y ya no me extraña, viéndoos abrir tamaños ojos con ese aire grave que me da ganas de reír.

—Por mi honor, miss Vernon —contesté impacientado por aquel acceso de alegría infantil—, que no se me alcanza ni la menor idea de lo que queréis significar. Me siento dichoso en proporcionaros motivo de distracción, pero no sé, ni remotamente, en qué consiste.

—Después de todo, no hay para qué reír —repuso volviendo al tono serio— ¡a bien que las personas atormentadas presentan a veces su lado tan risible! ... El asunto de que se trata es trascendental. ¿Conocéis a un tal Moray, Morris o algo parecido?

—No recuerdo semejante nombre.

—Reflexionad un poco. ¿No habéis andado camino, durante esos últimos días, con un viajante de dicho nombre?

—El único que me acompañó algún tiempo fue cierto sujetó que parecía tener el alma en su maleta.

—Como el licenciado Pedro García cuya alma estaba encerrada, con los ducados, en su bolsa de cuero... Vuestro compañero ha sido robado y ha entablado una denuncia contra vos, acusándoos de complicidad en la violencia de que ha sido objeto.

—¡Estáis bromeando, miss Vernon!

—No: os lo aseguro, es la pura verdad.

—Pero vos... —exclamé con viva indignación, que no traté de reprimir— ¿vos me creéis capaz de acción tan villana?

—Supongo que me citaríais al campo del honor, si tuviese yo la honra de ser hombre. No os impacientéis, si el corazón os lo dicta: sé tirar al vuelo lo mismo que salvar una barrera.

—Y además mandáis un regimiento de caballería —añadí pensando en lo

ridículo de enojarme con ella—. Explicadme, por favor, esa broma.

—No lo es, ni por asomo. Se os acusa de haber robado a aquel hombre, y mi tío lo cree como lo he creído yo misma.

—A fe mía, que debo estar muy reconocido a mis amigos, por la buena opinión que les merece este vuestro servidor.

—Veamos: cesad, si es posible, de refunfuñar, de sorber el viento y de tomar la actitud alborotada de un caballo que se espanta. El mal no es tan grande como creéis. No se os acusa de un pequeño hurto, de una fechoría vulgar, no. El individuo de marras es un empleado del gobierno; traía, en moneda y en papel, el dinero destinado al pago de las tropas que operan en el norte. Se le han sustraído también, según dicen, despachos de gran importancia.

—En tal caso, ¿estoy acusado no de simple robo, sino de alta traición?

—Cabalmente. Se trata de una clase de crimen que, conforme sabéis, ha sido en todos tiempos propio de gente noble. No faltan personas, en este país, y hasta a vuestro lado, que consideran meritorio el inferir perjuicios a la casa de Hannover.

—Mis sentimientos en política y en moral, miss Vernon, no son de una naturaleza tan acomodaticia.

—Empiezo a convencerme de que sois presbiteriano y hannoveriano a todo evento. ¿Qué pensáis hacer?

—Rechazar desde luego tan infame calumnia. ¿Ante quién se ha presentado la querrela?

—Ante el anciano juez Inglewood, el cual ha manifestado bastante repugnancia en recibirla. Él es, a lo que presumo, quien, por bajo mano, ha prevenido a mi tío que os hiciera pasar a Escocia, a fin de que escaparais al auto de detención. Pero mi tío duda: su religión y sus antiguas amistades han excitado los recelos del gobierno y teme, si favorece vuestra evasión, verse desarmado y, lo que es peor todavía, perseguido probablemente como papista, jacobita y sospechoso.

—Sí, sí: comprendo que prefiera perder su sobrino a perder sus caballos.

—¡Sobrino, sobrina, hijos, hasta hija, si la tuviera, y toda su familia! No contéis con él ni por un momento, y partid enseguida y en línea recta, sin esperar la ejecución del mandato.

—Partir es lo que voy a hacer, pero para presentarme ante el juez. ¿Dónde reside?

—A dos leguas cortas de estos alrededores, en la parte baja, detrás de

aquellas plantaciones... Podéis distinguir la torrecita de la atalaya.

—En breve estaré allí.

Sacudí las riendas de mi caballo y miss Vernon imitó mi ejemplo.

—Os acompaño —dijo—, y os serviré de guía.

—¿Será posible, miss Vernon? No me parece... (dispensad la franqueza a un amigo), no me parece conveniente... ¡qué digo! creo que no es propio el acompañarme en la visita que me propongo hacer.

Un ligero carmín coloreó el noble semblante de la joven.

—Os comprendo —contestó—; es hablar con franqueza y... —añadió al cabo de un momento— con buen fin.

—¡Oh! ¡No lo dudéis! —exclamé con más calor del que quería emplear—. ¿Podéis creerme ingrato e insensible al interés que estáis demostrándome? En las necesidades es cuando se conocen los verdaderos amigos. Pero, por consideración a vos, no debo permitir que os entreguéis a impulsos generosos que serían mal interpretados. Se trata de una excursión demasiado pública y que se parece a una comparecencia ante el tribunal.

—Y aun cuando así fuera, ¿creéis que titubearé en presentarme para defender a un amigo, conceptuándolo del caso? Carecéis de apoyo, sois forastero, y aquí, en los confines del reino, los jueces rurales siguen procedimientos extravagantes. Mi tío no piensa enredarse en el asunto; Rashleigh no está allí, y, aunque estuviera, no sé cómo tomaría la cosa. En cuanto a los demás, todo se reduce a quién sea más necio o más corto de alcances. Iré, pues, con vos y no desespero de seros útil, porque no pertenezco a esa clase de lindas damas a quienes los procedimientos judiciales, la jerga bárbara y las grandes pelucas de los golillas hacen caer en desmayo.

—Pero, querida señorita...

—Pero, querido caballero, sosegaos y dejadme obrar a mi antojo. En cuanto tengo el bocado entre dientes, nada puede contenerme.

Engreído por el interés que tan amable persona parecía tomar en mi destino, no dejaba de sentirme menos contrariado al calcular lo ridículo que estaría presentándome bajo los auspicios de un abogado con faldas. La enojosa interpretación que podría darse a la expedición me preocupaba seriamente, y no perdoné medio para disuadirla de acompañarme a casa del juez. La antojadiza muchacha no quiso desistir; me lo declaró redondamente: serían inútiles tiempo y esfuerzos; era una verdadera Vernon que no se resolvería jamás a abandonar a un amigo en la desgracia, por débil que fuera el auxilio que pudiera prestarle; y, en fin, todos mis razonamientos, excelentes para chiquillas pensionistas muy educadas y comedidas, daban en falso tratándose

de la joven acostumbrada a no seguir otra voluntad que la propia.

Cabalgando nos acercamos rápidamente al lugar de nuestra vista, y miss Vernon, sin duda para concluir de una vez con mis exhortaciones, me complació en trazar, para mi gobierno, un ligero retrato del magistrado y de su escribano.

Inglewood era, según ella, un jacobita que había vuelto la casaca, es decir, un hombre que, después de haber combatido largo tiempo al gobierno, como la mayoría de nobles del condado, se había reconciliado con él, hacía poco, a fin de poder ser nombrado juez de paz.

—Lo ha verificado —añadió—, cediendo a los apremiantes ruegos de los hidalgillos, sus compadres. Esos señores veían con disgusto que las leyes sobre caza, arca santa de sus ocupaciones campestres, iban a caer en desuso por falta de un magistrado que obligara a respetarlas, toda vez que el más vecino en ejercicio del cargo, el alcalde de Newcastle, prefiriendo a la caza viva, la muerta debidamente condimentada, favorecía al cazador furtivo en detrimento del cazador legal. Urgía, pues, que uno de los dos sacrificara sus escrúpulos de lealtad legitimista al provecho comunal. Opinando así, los nobles de Northumberland pusieron su derecho en manos del señor Inglewood, cuyas opiniones y cuyo carácter, bastante olvidados, debían, a su entender, adaptarse sin excesiva repugnancia a cualquier opinión política.

»Obtenido el cuerpo del tribunal, se pensó en darle un alma que, bajo el nombre de escribano, pusiera en movimiento la máquina, y la elección recayó en cierto arruinado procurador de Newcastle.

»Era ese un tal Jobson, quien, para variar mi metáfora encuentra excelente el oficio de despachar justicia bajo el pabellón del señor Inglewood. Y, como sus emolumentos dependen de la cantidad de negocios que pasan por sus manos, saca partido de estos, por su cuenta, y en toda la línea de la jurisdicción de Temis, en mucha mayor escala de lo que su guapo principal pescaría por sí mismo. Tanto es así, que, en cinco o seis leguas a la redonda, no hay mujer que pueda ultimar una venta de manzanas con el negociante, sin verse citada irremisiblemente ante el juez y el terrible escribano.

»Si los asuntos abocados a su tribunal presentan, como el vuestro, color político, entonces se eleva entre ambos un debate de los más cómicos. El señor José Jobson es (y sus razones tendrá para serlo) un fogoso defensor de la religión protestante, y no menos caluroso partidario de la revolución que ha destronado a los Estuardos. Pues bien: el jefe de gabinete conserva aún, por un resto de costumbre, cierto resabio de las opiniones que profesaba abiertamente antes del día en que se desprendió de ellas con la patriótica intención de imponer el respeto de la ley a los destructores ilegítimos de los gamos, liebres, perdices y otras piezas de caza. ¡Calculad su compromiso cuando el celo del

acólito le enfrasca en procedimientos que afectan a sus antiguas opiniones! En vez de atizar el fuego, raras veces deja de responder a él con redoblado descuido o inercia.

»Y no vayáis a creer que sea una bestia de tomo y lomo: ¡ni por pienso! Dada su condición de hombre cuyo único regalo es el de la mesa, posee ingenio vivaracho, es un bromista de primera, un compadre de marca mayor. El contraste hace más chocante la apatía profesional en que se ha colocado.

»En esas magnas ocasiones es preciso ver a Jobson. Parecido a un rocín asmático, uncido a un carro excesivamente cargado, echa resoplidos, se revuelve y alborota para poner al juez en movimiento. Pero el enorme peso del vehículo, cuyas ruedas gimen, chirrían y se mueven apenas, engaña los esfuerzos del valiente cuadrúpedo que no logra imprimir a aquel una marcha regular. Y no para todo aquí. El desventurado jaco tiene otro motivo de queja. La misma máquina, que algunas veces le cuesta tanto poner en movimiento, echa a andar, en ciertos momentos, a paso de carga, sin preocuparse del tiro que resiste en vano. Esto acontece cuando se trata de servir a un camarada de aquel tiempo. Entonces maese Jobson habla nada menos que de denunciar a su superior al Secretario de Estado... pero le contienen el interés y la amistad que profesa al señor Inglewood y a su familia».

Al terminar miss Vernon la descripción grotesca que antecede, estábamos ya frente al castillo de Inglewood: edificio magnífico, aunque anticuado, que daba alta idea de la importancia de sus dueños.

8

Después de confiar nuestras cabalgaduras a un criado que vestía la librea de casa de mi tío, y estaba en la cuadra, penetramos en el castillo.

Experimenté cierta sorpresa, y mi linda compañera sintió aún más al hallar en el vestíbulo a Rashleigh Osbaldistone, quien por su parte, pareció no menos sorprendido de vernos.

—Rashleigh —dijo miss Vernon, sin darle tiempo para dirigirnos pregunta alguna—; ¿estabais enterado del asunto del señor Francis y habéis venido a conferenciar acerca del mismo con el juez?

—Sí; no he venido a otra cosa —contestó tranquilamente. Y añadió, saludándome—: He procurado prestara mi primo todo el auxilio que de mí dependía; pero... me contraría el verle aquí.

—Como amigo y como pariente, señor Osbaldistone —repliqué—,

debierais más bien sentirnos contrariado viéndome en otra parte, dado que el ultraje inferido a mi honra me llamaba imperiosamente a este sitio.

—Convengo en ello; pero, a juzgar por la disertación de mi padre, podía yo suponer que una pronta retirada a Escocia, hasta que se hubiesen amortiguado bienamente las cosas...

Respondí, con cierto ímpetu, que no me incumbía adoptar precaución de ningún género, y que, lejos de pretender amortiguar cosa alguna, había ido allá para denunciar una abominable calumnia y buscar, resueltamente, el origen de la misma.

—El señor Francis es inocente, Rashleigh —dijo miss Vernon—; solicita una información sobre el delito de que se le acusa, y yo estoy pronta a defenderle.

—¿Vos, linda prima? Creía que mi presencia, en semejante asunto, podría ser más provechosa que la vuestra al señor Francis, o a lo menos, más puesta en razón.

—¡Oh! ¿Quién lo duda? Pero... dos cabezas pueden más que una sola, dice el proverbio.

—¡En especial si es como la vuestra, encantadora Diana!

Así diciendo, Rashleigh se adelantó y tomó la mano de la joven con tierna familiaridad, lo que hizo que me pareciera cien veces más feo de lo que en realidad era.

Miss Vernon le llamó aparte y entabló con él, por lo bajo, un animado coloquio, con trazas de reclamar del joven algo que este no quería o no podía conceder. La expresión de sus rostros ofrecía un marcado contraste. Miss Vernon, sería al principio, montó en cólera; brillaron sus ojos y su cutis se coloreó; prietas sus manecitas, golpeando el suelo con el breve pie, parecía escuchar con mezcla de indignación y de desprecio las excusas que Rashleigh, ligeramente inclinado hacia atrás (pero sin abandonar sus modales pulcros y respetuosos, su aspecto impasible y su indulgente sonrisa), deponía a sus plantas. Por fin, se separó de él bruscamente, diciendo:

—¡Lo quiero!

—No está en mi mano —contestó el otro—. ¡Es absolutamente imposible! ¿Lo creyerais, señor Osbaldistone?

—¿Perdéis el ingenio? —interrumpió ella.

—¿Lo creyerais? —insistió él, afectando no comprenderla—. Miss Vernon pretende, a todo trance, no solo que me convenza de vuestra inocencia (y no es posible convicción más arraigada que la mía acerca del particular), sino que

conozca yo los verdaderos autores del robo, supuesto que el tal robo se haya cometido.

—Es inútil apelar al señor Osbaldistone, Rashleigh: él no está al tanto, como yo, del increíble alcance y seguridad de vuestras averiguaciones.

—A fe de caballero, que me dispensáis más honor del que merezco.

—Justicia os dispense, Rashleigh, nada más, y no reclamo de vos otra cosa.

—Sois un tirano, Diana —contestó él con cierto esfuerzo—; un tirano caprichoso, y gobernáis a vuestros amigos con mano de hierro. En fin, se hará conforme a vuestro deseo. Pero no debéis permanecer aquí; bien lo sabéis. Es necesario que regreséis conmigo.

Separándose entonces de su prima, que parecía irresoluta, me dirigió la palabra en tono amistoso.

—No dudéis de mi celo en serviros, señor Osbaldistone —dijo—. Si os abandono en este momento es en interés vuestro. Pero poned en juego vuestra influencia para decidir a nuestra prima a que parta. Su presencia no ha de seros útil y su reputación corre peligro.

—Predicáis a un convertido, caballero: estad seguro de ello. He rogado a miss Vernon que regresara, con tanta solicitud como me ha sido dable emplear.

Reinó un instante de silencio, que Diana fue la primera en romper.

—En suma —dijo—, no me marchó sin veros a salvo de las manos de los filisteos. El primo Rashleigh, quiero creerlo, tiene buenas intenciones, pero él y yo nos conocemos de antiguo. No me marchó, Rashleigh, y... —añadió en tono más suave—, sé que permaneciendo aquí, tendréis una razón de más para mostraros diligente.

—¡Quedaos, pues, cabeza loca y antojadiza! Demasiado sabéis a quién os dirigís.

Y se precipitó fuera del vestíbulo. Un momento más tarde percibimos como se alejaba, al galopar de su caballo.

—¡Gracias a Dios que se fue! —exclamó Diana—. Y ahora vamos a ver al juez.

—¿No sería conveniente llamar a su criado?

—No vale la pena. Conozco el camino del antro. Caeremos sobre él de improviso. ¡Seguidme!

Se encaramó por una pequeña y oscura escalera, atravesó por un corredor apenas iluminado y penetró en una antesala tapizada con viejos mapas, planos

de arquitectura y árboles genealógicos. Una puerta, con doble hoja, daba acceso al comedor donde una voz recia que, en otros tiempos, habían debido hacer coro a más de un estribillo báquico, cantaba la siguiente copla de una antigua canción:

El puerto de mar muy malo;
el tiempo siempre un infierno;
el fastidio inacabable...

Quien no se acogió en el puerto
merece un árbol cercano
y la cuerda en el pescuezo.

—¡Oh, oh! —dijo miss Vernon—. Nuestro alegre juez ha comido ya. No creía que fuera tan tarde.

En efecto, el señor Inglewood, cuyo apetito se excitara aquel día con el ejercicio de su cargo, había adelantado su segundo refrigerio, que verificaba al mediodía en lugar de celebrarlo a la una, según costumbre general en Inglaterra.

Los diversos incidentes de la mañana habían hecho que retardáramos un poco, y el juez no había perdido tiempo tratando el asunto más importante de la jornada.

—Aguardadme —dijo Diana—; conozco a los hombres y voy en busca de un criado. Si os viera de sopetón estallaría de sorpresa.

Y me abandonó, dejándome perplejo acerca de si me convenía avanzar o batirme en retirada. La conversación que tenía lugar en el comedor llegaba distintamente a mi oído, y me sorprendieron muy especialmente las excusas que alegaba, para no cantar, una voz ronca cuyo acento llorón no me era desconocido.

—¡Cómo, caballero! —decía el juez—. ¿Rehusáis cantar? ¡Por la Virgen, que lo veremos! Habéis apurado mi cocotero lleno de vino de España, ¿y eso se os atraganta? Sabed, señor mío, que el vino de España haría cantar y hasta hablar a un gato si fuese preciso. ¡Venga una alegre cancioncilla o largaos de mi casa! Me habéis hecho perder un tiempo precioso con vuestras perras declaraciones, ¿y pensáis hacer las paces conmigo pretextando que no podéis cantar?

—Vuestro Honor está dentro de la legalidad —dijo otra voz cuyo tono chillón y lleno de suficiencia mostraba ser la del escribano—. El demandante debe ser ejecutado: trae el fallo escrito en la cara.

—Concluya, pues —replicó el juez—, o ¡por San Cristóbal que va a tragar mi cocotero lleno de agua salada, conforme a la ley vigente en la materia!

El cumplimiento siguió de muy cerca a la amenaza.

Mi excompañero de viaje (ya no podía caberme duda de que era él culpable en cuestión), principió a cantar con plañidera voz, parecida a la de un condenado que entona su último salmo sobre el cadalso, unas endechas que comenzaban así:

Buenas gentes, dad oído
a esta historia de dolor:
es la de un ladrón famoso,
es la de un sin par ladrón,
que jamás robara a medias.

¡Tralarón, el picarón!

Aquel tuno de alma negra,
sable en mano, acometió
solo, un día, a seis compadres
en el bosque de Brentford,
al regreso de la feria.

¡Tralarón, qué picarón!

La mesa habían dejado,
dándose un buen atracón
de bebidas, cuando el tuno
blasfemando así gritó:

«¡Alto, perros!... ¡Todo es mío!...».

¡Tralarón, qué picarón!

Ignoro si las honradas personas, cuyo lance ha dado asunto a la elegíaca canción, experimentaron más horror, al aspecto del facineroso, que el coplero puso ante mí de manifiesto, ya que cansado de aguardar a que un criado llegara para anunciarme, y algo corrido con mi papel de oyente involuntario, me presenté a la reunión en el momento en que Morris (tal era su nombre) atacaba la cuarta copla. La nota aguda, con que principiaba el motivo, se extinguió en un sordo temblor de espanto, no bien se halló el hombre frente a frente de quien no era menos sospechoso a sus ojos que el mismo héroe de su

balada. Quedó con la boca abierta como si hubiese visto la cabeza de Medusa.

Bajo la influencia soporífera de aquella quejumbrosa música, el juez se había amodorrado. El silencio, iniciado bruscamente, lo despertó; se agitó en su silla, azorado a la vista del inesperado comensal que acababa de aumentar la compañía durante su sueño. El escribano, que fácilmente reconoció a su solo aspecto, no experimentó menor sacudida, participando, sin saber por qué, del espanto de su digno adlátere.

Usé de la palabra a fin de acabar con la alarma que mi entrada había producido.

—Mi nombre, señor Inglewood, es Francis Osbaldistone. He sabido que un miserable había presentado querrela ante vos acusándome de complicidad en un robo de que se dice víctima.

—Caballero —contestó el juez refunfuñando—, esos son negocios de que no me ocupo jamás sentado a la mesa. Tiempo queda para todo. Un juez de Paz tiene el derecho de comer como cualquier nacido.

Diré de paso que la majestuosa gordura del señor Inglewood no parecía haber sufrido mucha abstinencia bajo el servicio del rey o de la religión.

—Dispensad, caballero, mi inoportuna visita —repuse—, pero se trata de mi reputación, y... puesto que ha terminado ya vuestra comida...

—¿Terminado?... No, señor. La digestión es tan necesaria al hombre como la nutrición. Y aplicándolo a mí, ¿qué provecho voy a sacar de mis comidas, si no se me concede un par de horas para poder entregarme a la alegría inocente y a las honradas libaciones?

—Si Vuestro Honor lo permite —dijo Jobson, que se había rápidamente pertrechado en sus papelotes—, como quiera que el caso lo es de felonía y que el señor parece traer alguna prisa: se trata de un crimen contra la paz del rey, contra pacem domini regis...

—¡Al diablo el domini! —exclamó el juez impacientándose—. ¡Creo que puede hablarse así sin traición! ¡Hay para volverse loco con tanta triquiñuela! ¡Ni un momento de tranquilidad! ¡Órdenes de detención, juicios, piezas, fianzas, obligaciones y reconocimientos lloviendo de todas partes!... Os juro, señor Jobson, que uno de estos días lo mando todo a paseo: a vos a la justicia de paz.

—Considere Vuestro Honor la dignidad de su cargo tan alta, de verdad, que Eduardo Coke, el gran legista, tenía razón al decir: «Cuando se desempeña bien no hay en país alguno otra parecida».

Apaciguado a medias por el certero elogio, el juez anegó el resto de su mal humor en un soberbio trago.

—¡Ea! —dijo—. Manos, pues, a la obra y despachemos. Sentaos enfrente, caballero. Veamos, Morris, caballero de la triste figura: ¿es el señor Francis Osbaldistone, el hidalgo que tenéis delante, a quien acusáis de ser autor y cómplice del robo?

—Yo, señor —contestó Morris, que no había vuelto todavía a hacerse cargo de su posición—; yo no acuso a nadie... yo nada digo en contra de ese caballero.

—En tal caso, dejemos sobreseída la querella. No hablemos más del asunto. ¡Buen desenlace! Acercad la botella. Señor Osbaldistone, escanciad, para echar un trago.

Pero el curial no era hombre para soltar tan fácilmente la presa.

—¿Qué significa eso, caballero? —dijo a Morris—. Aquí obra vuestra declaración. Aún no está seca la tinta, y ¿os retractáis tan escandalosamente?

—¿Por ventura sé yo —tartamudeó el temblón, entre dientes— si ha arrastrado tras de él un enjambre de pícaros? ¡He leído tantas cosas parecidas en las Historias de ladrones de Johnson!... observad cómo se abre ya la puerta...

Se abrió, en efecto, y entró Diana Vernon.

—Vuestra casa, oh juez, está muy bien servida —dijo—. ¡Ni un criado para anunciarme!

—¡Ah! —exclamó el juez con una vivacidad que probaba que su devoción a Temis o a Comus no le absorbía hasta el punto de hacerle olvidar lo que a la belleza es debido—. ¡Ah, ah!... Die Vernon, nuestro capullo del rosa, la flor de las fronteras viene a ver cómo tiene su casa el solterón. ¡Bienvenida, hijita, bien venida como vincaperinca en el mes de mayo!

—¡Sí, sí! Bonita casa y de las más hospitalarias. ¡Ni un alma para contestar a los recién llegados!

—¡Pícaros criados! Se creían libres por unas cuantas horas. ¿Cómo no habéis venido antes? Vuestro primo Rashleigh ha comido aquí y se ha marchado, el truchimán, apurada la primera botella. Pero vos no habréis comido aún... Esperad: se os servirá algo bueno y delicado, galante y lindo como vos. Es asunto de un abrir y cerrar de ojos.

—No rehúso, porque llevo realizada una larga correría esta mañana. Mi visita, juez, no será larga. He venido con mi primo aquí presente, Frank Osbaldistone, y es necesario que le enseñe el camino para reacompañarlo al castillo, no sea que se pierda en el bosque.

—¡Hum! ¿Es por ese lado que sopla el viento? —preguntó el juez.

Ella le enseña un poquito

el caminito,

el caminito de amores.

¿Y nada, nada para los viejos célibes, pimpollito del desierto?

—Nada, nada, señor Inglewood. No obstante, si queréis ser juez digno, ultimad el asunto del joven Frank y dejarnos volver a casa, acompañaré a mi tío a comer con vos la semana que viene, contando con una alegre recepción, ¿eh?

—La tendréis, perla mía del Tyne. ¡Canastos! Si alguna vez, niñita, envidio a vuestros jóvenes sus escapatorias es cuando venís a verme. Me conviene, pues, no atormentaros: ¿eh? Pues bien: las explicaciones del señor Francis me satisfacen por completo. Hay en el lance un equívoco, que tendremos tiempo sobrado para esclarecer.

—Dispensad, caballero —dijo—; pero ¿de qué naturaleza es la acusación? Nada sé de ello todavía.

—Pues sí, señor —observó el curial a quien la intervención de miss Vernon había desconcertado de pronto, y que se aferró otra vez, con ardor, al procedimiento, recibiendo auxilio del lado que menos esperaba—. Pues sí, caballero... Sabréis lo que dice Dalton en su Manual de los jueces de paz: «Cualquiera que haya sido aprehendido por razón de crimen no será soltado a petición de otro. Debe presentar fianza o ser encarcelado, después de pagar al escribano los honorarios de costumbre».

Aguijoneado de tal suerte, el juez consintió en darme algunas explicaciones.

Los ardidés inocentes de que me había complacido en hacer blanco a Morris habían hecho fuerte impresión sobre su menguado cerebro, y desfilaron, uno tras otro, en su queja, agrandados por cuantos absurdos puede sugerir una imaginación exaltada. Parece ser que el mismo día en que nos despedimos el uno del otro, se vio atacado, en solitario lugar, por dos hombres a caballo, armados y con antifaz, quienes le despojaron de su inseparable maleta.

Uno de ellos, en concepto suyo, tenía mucho de mi aspecto y de mi porte. Durante el coloquio en voz baja, que tuvieron juntos los ladrones, el robado oyó que uno de ellos daba al otro el nombre de Osbaldistone. En cuanto a las ideas de la familia de tal nombre, el querellante afirmaba que eran de las más detestables, toda vez que la familia entera sin excepción (conforme lo había sabido por cierto sacerdote disidente, en cuya casa se detuvo después del fatal encuentro), era papista y jacobita desde Guillermo el Conquistador...

Tales eran, en conjunto, las poderosas razones a tenor de las cuales me acusaba de complicidad en el robo de que había sido víctima, habiendo viajado por cuenta del gobierno, encargado de despachos importantes, así como de una importante suma de moneda en especie para distribuir, conforme a órdenes de aquel, entre ciertos grandes personajes de Escocia.

Después de la lectura de esta acusación extraordinaria, contesta que las circunstancias en que se apoyaba no eran bastantes para autorizar a un juez de paz, ni a otro magistrado alguno, a que atentara contra mi libertad. Me había divertido algo, en verdad, durante el camino, con los terrores del señor Morris, pero no hasta el extremo de excitar temores legítimos en hombre menos caviloso y timorato. De otra parte, no había vuelto a verle desde nuestra separación, y si lo que él recelaba tanto le acaeció realmente, yo no había tomado la menor parte en un acto tan impropio de mi carácter y de mi posición en el mundo. Que uno de los ladrones se apellidara Osbaldistone, o que semejante nombre hubiese sido pronunciado por uno de ellos, este era detalle insignificante, sin trascendencia alguna. Finalmente, en lo relativo a mis opiniones políticas, estaba pronto a demostrar, a satisfacción del juez, del escribano y del querellante mismo, que pertenecía yo al propio partido que su amigo el sacerdote puritano, por haber sido educado lealmente en los principios de la revolución, reclamando, como tal, la protección de las leyes asegurada a todos por aquel gran acontecimiento.

El juez, muy perplejo, se agitó en su asiento y escudriñó en su tabaquera.

Luego el procurador se apresuró a leer, con la habilidad propia de las gentes de su condición, la ordenanza de Eduardo III, fecha de 1361, que obligaba a los jueces de paz a detener y encarcelar a toda persona sospechosa o directamente acusada. Su descaro llegó hasta a hacer recaer, en contra mía, mis propias declaraciones, puesto que, según él, reconocía yo que había adoptado el tono y las maneras de un malhechor; me había voluntariamente expuesto a las sospechas de que me quejaba, y caía bajo el peso de la ley por haber, deliberadamente, revestido mi conducta con las apariencias y la librea del crimen. Repliqué a tamaños argumentos y a toda aquella jerga, con una fuerte dosis de indignación y desprecio, concluyendo así:

—Después de todo, si es preciso, mis parientes me suministrarán fianza, a lo cual ningún magistrado puede resistirse sin abuso de poder.

—Dispensad, señor mío, dispensad —replicó el antojadizo escribano—: este es caso en que no son admisibles fianza ni garantías. El criminal que ha sido objeto de una orden de comparecencia, por sospechas graves, está privado de aquellas, puesto que la ordenanza de 1338, del mismo Eduardo III, exceptúa formalmente a quien tiene anejo cargo de mando o es cómplice de un crimen.

Y dio a entender que los acusados de semejante clase (y no debía yo olvidarlo), no tenían derecho a prórroga alguna.

En aquel momento, un criado trajo una carta al señor Jobson.

No bien este hubo puesto los ojos en ella, cuando exclamó, en tono de quien quería parecer contrariado por la interrupción, vivamente convencido de la importancia de sus trabajos:

—¡Dios mío! A este paso, nunca tendré tiempo para ocuparme en los asuntos públicos, ni en los propios. ¡Ni un minuto de gracia! ¡Haga el cielo que otro hombre del oficio pase a establecerse aquí!

—¡Dios nos libre de ello! —murmuró el juez—. Basta con uno de tales pájaros.

—Es cuestión de vida o de muerte, si no parece mal a Vuestro Honor.

—¡Por el cielo! ¿Otro enredo de justicia? —dijo el juez alarmado.

—¡No, no! —observó el curial con aire de suficiencia—. El viejo papá Rutledge, de la Montaña Negra, que se siente llamado a comparecer en el otro mundo. Ha enviado un expreso al doctor Tranchefil, para que le sirva de fiador y otro a mí para poner en orden sus negocios terrestres.

—Id, pues, allá en seguida —se apresuró a decir su principal—. Es una cosa que entra en la excepción de la ley, como sabéis, y ante el juez Mortal no se tiene derecho, como con el doctor, a presentar fianza.

—No obstante —expuso Jobson, volviendo sobre sus pasos—, si estimáis mi presencia necesaria aquí, puedo, en un santiamén, extender la orden de detención. El contable está abajo. Por lo demás —añadió moderando la voz—, ya sabéis la opinión del señor Rashleigh...

El resto se perdió en un murmurio.

—Os digo que no, querido amigo —contestó en voz alta el señor Inglewood—. Nada haremos hasta que estéis de vuelta. Es un paseo de una legua. ¡Ea, señor Morris! Haced circular la botella. Hay que vaciarla, señor Osbaldistone. Y vos, rosa mía del desierto, probad un dedito de Burdeos para reanimar el carmín de vuestras mejillas.

Diana se puso trémula, cual si aquella excitación la hubiera sacado del fantasear a que parecía haberse entregado durante la discusión.

—No, juez —contestó—; temería demasiado traspasar ese carmín a otra parte de mi rostro en que brillaría con poca ventaja. Pero os complaceré bebiendo algo menos excitante.

Y, llenando de agua fresca un vaso, lo apuró de un tirón. Empero su

precipitado gesto fingía mal una alegría forzada.

No experimentaba tampoco yo placer alguno observando su moderación, irritado ante los obstáculos que de nuevo se oponían a la rápida sustanciación de la querrela, tan desagradable como infamante, de que había sido objeto. Y ¿qué medio para decidir al juez a ocuparse en ella, ausente el escribano? El incidente daba al primero más alegría que un día de asueto a un estudiante. Insistió en sus esfuerzos para animar a sus huéspedes, quienes, por efecto de las mutuas relaciones, o de nuestra situación particular, no nos sentíamos muy dispuestos a la broma.

—¡Bah, maese Morris! —dijo—, no sois el primer cristiano que se ha visto robado... La melancolía, querido mío, no hace recobrar lo que se ha perdido. En cuanto a vos, señor Frank, no sois el primer guapo chico que haya dicho a un viandante: «¡Alto!»... ¡Qué demonio! Allá en mis tiempos juveniles, vivía un tal Jack Winterfield, que frecuentaba la mejor sociedad del país, no viéndosele en las carreras de caballos y en las riñas de gallos. Éramos, él y yo, como dos dedos de la mano... Acercádmela botella, señor Morris. Nada da tanta sed como el hablar... ¡Pobre Jack! ¡Cuántos vasos apuré con él, y qué lindo modo de tirar los dados! Buena familia: alma despierta, ojo avizor, compañero honrado, aparte la calaverada que causó su muerte. ¡Bebamos, señores, a su memoria!... ¡Pobre Jack Winterfield!... Y a propósito de él y de calaveradas, señor Frank: ya que mi maldito escribano, con su charla, se ha largado y ya que estamos ahora tan a gusto, yo, en vuestro lugar y si queréis creerme, transigiría en la cuestión. La ley es severa, muy severa. El pobre Jack fue ahorcado en York, a pesar de la influencia de su familia y de las simpatías generales, solo por haber aligerado la bolsa de un rico mercader de bueyes oriundos del oeste. Veamos: el honrado Morris pasó el susto con todas sus consecuencias. ¡Dios le castigue! Vamos, querido: ¡devolved la maleta a ese pobre diablo y pongamos fin al sainete!

Los ojos de Morris brillaron de gozo oyendo tales insinuaciones, y comenzaba ya a protestar, tartamudeando, de que él no deseaba la muerte de nadie, cuando rechazé formalmente la proposición de arreglo, declarando al juez que la estimaba como un insulto, supuesto que yo había pasado a verle con expresa intención de negar un crimen de que él tendía a presentarme como culpable.

Un criado vino a sacarnos del atolladero en que nos habíamos metido, anunciando que un forastero deseaba hablar a Su Honor. El individuo a que acababa de aludir penetró en el salón sin ulterior ceremonia.

—¿Forastero? —repitió el juez—. Si es para algún asunto...

Puso fin a la prevención el forastero en persona.

—El asunto que me trae es bastante grave y de un carácter particular —dijo el señor Campbell (pues era él el franco escocés que había visto en Northallerton)—, por lo cual, ruego a Vuestro Honor le dispense pronta y seria atención. Creo, señor Morris —prosiguió envolviendo a este en una mirada dura y casi amenazadora—, creo que me reconocéis, ¿verdad?, ¿y que no se os habrá borrado de la memoria lo que pasó en la carretera cuando nuestro último encuentro?

La cara de Morris se alargó; rechinaron sus dientes, se volvió pálido como el papel y presentó todos los síntomas de un estúpido azoramiento.

—¡Qué diablo! ¡Un poco más de sangre fría! —continuó el escocés—. ¡No hagáis chasquear las mandíbulas como un par de castañuelas! Decid al señor juez que somos conocidos antiguos: supongo que nada se opone a ello; y añadid que me conceptuáis sujeto conforme y hombre de honor. Debéis pasar algún tiempo en mi país, y, a mi vez, me será posible, como lo deseo, seros útil.

—Caballero..., caballero —contestó Morris—, os creo hombre de honor y, como decís vos, sujeto conforme. Sí, señor Inglewood —añadió alzando la voz—, es la pura verdad: estoy convencido de ello.

—Y ¿qué tenemos de común todos juntos? —preguntó el juez con cierto buen humor—. Un visitante trae a otro, de igual modo que se encadenan los versos en la canción de La casa de Jaime, y yo estoy aquí sin momento de descanso ni de conversación amena.

—Pronto gozaréis de uno y otra, caballero —replicó Campbell—. Vengo a quitaros un peso del alma y no a añadir a él.

—¡Pardiez! Bien venido seáis, en tal caso, como no lo haya sido otro escocés en Inglaterra: lo que no es poco decir. Hablad, amigo mío: ya os escucho.

—Ese caballero os habrá dicho que estuvo en compañía de un tal Campbell, cuando tuvo la desgracia de perder su maleta.

—No ha apuntado de ello maldita la palabra.

—¡Ah, ah! Comprendo. El señor Morris ha temido, en su declaración, comprometer a un extranjero ante la justicia del país. Pero, como sé que mi testimonio es necesario para la justificación del hidalgo aquí presente, el señor Francis Osbaldistone, muy injustamente calificado de sospechoso, perdono la

aludida precaución. He aquí, pues —añadió dirigiéndose a Morris en imperioso tono—, lo que el señor juez debe oír de vuestros labios: que hemos andado muchas leguas juntos porque me instasteis vivamente a hacerlo, pero que, llegada la noche, en Northallerton, rehusé, a pesar de vuestras reiteradas súplicas, seguiros en adelante. Solo más tarde, cuando volvisteis a hallarme en camino, renuncié a mi proyecto de pasar a Rothbury, consintiendo, por desgracia mía, en acompañaros.

—¡Todo ello es tristemente exacto! —suspiró Morris.

Y, bajando la cabeza, confirmó la exactitud de los extensos y precisos detalles que Campbell, en cierto modo, acababa de dictarle y cuyo contexto pareció aprobar con lamentable docilidad.

—Finalmente —prosiguió Campbell—, tened a bien afirmar, para satisfacción de Su Honor, que nadie mejor que yo se halla en el caso de declarar como testigo, puesto que, durante toda la peripecia, estuve con vos y cerca de vos.

—¡Oh! ¡Nadie! —ratificó Morris suspirando.

—En tal caso —dijo el juez—, ¿por qué diablo no le auxiliasteis? Según la declaración del señor Morris, los facinerosos fueron solo dos: erais, pues, tantos para tantos, y uno y otro me parecéis bastante robustos para defenderos.

—Señor —replicó el escocés—, yo, con perdón de Vuestro Honor, he sido toda mi vida hombre tranquilo, pacífico, enemigo de riñas y golpes. El señor Morris, según me han dicho, sirve o ha servido en los reales ejércitos y, a querer, hubiera podido resistir, ya que, conforme se me ha dicho también, viajaba llevando consigo una gran cantidad de dinero. Así, pues, yo que solo tenía un pequeño peculio que defender y que soy, por otra parte, hombre de costumbres pacíficas, no me empeñé en enredarme en el zipizape.

Contemplé al escocés mientras hablaba. ¡Qué desacuerdo tan singular entre la rudeza de su figura y su tono bonachón! ¡De qué modo lo enérgico de la resolución, pintado en su rostro, desmentía la placidez de las palabras! En un ángulo de sus labios se dibujaba un punto de ironía: protesta desdeñosa e involuntaria contra el carácter inofensivo que aparentaba tener. Todo ello despertó en mí extrañas sospechas acerca del papel que había desempeñado en el asunto Morris, pareciéndome diferir mucho del de víctima o de simple espectador.

Tal vez análoga desconfianza brilló en el espíritu del juez, puesto que este dejó escapar la siguiente exclamación:

—¡Por vida mía, que esa es historia muy pícara!

El escocés receló, probablemente, lo que preocupaba al juez, y, cambiando

tono y modales y dejando a un lado las apariencias hipócritas de humanidad, que tan poco le favorecían, añadió en estilo más franco y natural:

—A decir verdad, pertenezco al común de gentes discretas que no se aventuran a exponer el pellejo sin algún interés en ello: caso en que me hallé cuando el encuentro con los bribones. Y, en fin, para que Vuestra Señoría se entere de mi vida y buenas costumbres, sírvase echar los ojos sobre este papel.

El señor Inglewood tomó el papel y leyó a media voz:

—«Certifico, con este escrito, que el portador Roberto Campbell, de... (un lugar cuyo nombre no puedo decir), es hombre de buena familia y de costumbres pacíficas, que pasa a Inglaterra por asuntos personales, etc. Expedido por nuestra mano, en nuestro castillo de Inver... Invera... ry.—Argyle».

—Es un breve certificado que he creído conveniente pedir al digno señor Juan Mac-Callum More —observó el escocés elevando la mano a su sombrero.

—¿Quién es ese Mac-Callum, caballero?

—El que los ingleses llaman el duque de Argyle.

—¡Ah, ah! Le conozco mucho; es personaje de alta distinción y de gran mérito, un verdadero amigo de su país. Estuve cerca de él, en 1712, cuando desbancó al duque de Marlborough de su mando en Escocia. ¡Quiera el cielo que muchos nobles le tomen por modelo! En aquella época era un honrado tory, en íntimas relaciones con el duque de Ormond. Se ha reconciliado con nuestro gobierno, como yo mismo, para tranquilidad del país, pues me resisto a creer que tan grande hombre se haya decidido a ello, como el pretendiente de marras, por miedo de perder empleos y regimiento. Su certificado es muy satisfactorio, señor Campbell. Y ahora, ¿qué tenéis que declarar acerca del robo?

—En pocas palabras diré, con la venia de Vuestra Señoría, que el señor Morris podría acusar, con igual razón, a un recién nacido o a mí mismo, que a ese joven caballero. No solo tengo el derecho de declarar que el individuo a quien confundió con el señor era más pequeño y gordo, sino que casualmente entreví su cara en un momento en que se deslizó su antifaz, y no tenía parecido alguno con el señor Osbaldistone. En este punto —añadió volviéndose con aire de superioridad hacia Morris—, supongo que el caballero reconocerá que me hallé, mucho mejor que él, en aptitud de distinguir a los que tomaron parte en el negocio, puesto que supe conservar por completo mi sangre fría.

—Lo reconozco, caballero, lo reconozco en absoluto —dijo el otro apartándose de Campbell, que acercaba su silla a la suya para apoyar su

interpelación—. Estoy pronto, señor juez, a retirar mi querrela en lo tocante al señor Osbaldistone, y os ruego le permitáis volver a sus tareas y a mí a las mías. Vuestro Honor tiene, tal vez, algo que arreglar con el señor Campbell, y yo tengo mucho afán de partir.

—Pues ¡al diablo los papeluchos! —exclamó el juez echando al fuego el proceso—. Quedáis en completa libertad, señor Frank, y vos, señor Morris, con el alma tranquila.

—Sí —dijo Campbell mirando a Morris que asentía, con triste gesto, a la observación del juez—; tranquilo como un sapo bajo una mata. Pero no temáis, señor Morris: vamos a salir juntos, andaréis sobre seguro (supongo que tenéis confianza en mí), hasta la próxima carretera, donde nos despediremos; y cuando volvamos a vernos en Escocia, lo haremos como buenos amigos, si vos no me faltáis.

Descompuesto el semblante, la vista azorada como condenado a muerte a quien se acaba de anunciar que la carreta le aguarda, Morris se levantó; Pero, apenas estuvo de pie, le flaquearon las piernas.

—¡No tengáis miedo, querido! —repitió Campbell—. Os he dado mi palabra. ¿Sabéis acaso, gallina mojada, si podremos o no, mediante buenos consejos, pescar algunas noticias de vuestra maleta? Los caballos están preparados. ¡Saludad al juez y demostrad que tenéis inglés el corazón!

Así reanimado, Morris se despidió de nosotros y salió escoltado por Campbell. ¡Mas parece ser que nuevo terror volvió a asaltarle en seguida porque oí al escocés reiterarle, en la antesala, sus seguridades de protección!

—¡Por la salud de mi alma, que debéis temer lo mismo que si estuvierais en la casa paterna! ¿Es posible, voto a tal, que mozo tan apuesto no tenga más ánimo que una liebre? Vamos, andad derecho como valiente sin tacha, y... ¡seamos amigos!

Las voces se perdieron en lontananza, y el piafar de los caballos nos anunció que los dos compañeros acababan de abandonar el castillo de Inglewood.

La alegría que gozó el digno magistrado, viendo terminado tan satisfactoriamente un asunto que le amenazaba con numerosas tribulaciones, se turbó algo ante la idea de lo que diría su escribano de semejante desenlace.

Ahora —dijo— tocará el turno a Jobson, que caerá sobre mí con todos sus condenados papelotes. Veo que hubiera obrado yo con mayor cordura no destruyéndolos. Pero ¡bah! con dinero todo se arreglará. En cuanto a vos, miss Diana, aunque me haya ablandado para con los demás, siento deseo de expedir un mandato para ponerlos bajo la custodia de mamá Blakes, mi antigua ama de

llaves. Después mandaremos por mi vecina la señora Musgrave, por miss Dawkins y por vuestros primos. Tendremos al tío Cobs, el musiquillo, y nos divertiremos como colegiales. Es asunto de media hora. Entretanto, el señor Frank me hará compañía para beber a vuestra salud.

—Gracias, mi digno amigo —contestó miss Vernon—. Dado el sesgo que han tomado las cosas, es necesario que regresemos al castillo, donde nada se sabe de nuestra escapatoria, para sacar a nuestro tío de toda inquietud respecto a mi primo, a quien quiere como a uno de sus propios hijos.

—Lo creo sin dificultad. Después del triste fin de Archibaldo, su hijo mayor, con motivo del desgraciado proceso de sir John Fenwick, el viejo Hildebrando le llamaba tan a menudo como a cualquiera de sus seis restantes vástagos. «¿Qué le vamos a hacer? —decía—. Nunca recuerdo cuál de ellos ha sido el ahorcado». Apresuraos, pues, a calmar sus paternas inquietudes, ya que debéis dejarme. Pero, escuchad un poco, flor de los bosques —insinuó a miss Vernon en tono jovial y tomándole una mano—; otra vez dejad a la justicia seguir su curso, sin meter vuestros lindos dedos en sus antiguos y trasnochados guisos, saturados de francés bárbaro o de latín macarrónico. Diana bella, dejad a los jóvenes guiarse por sí solos a través de las montañas, temerosa de extraviaros en vuestro camino al enseñar el suyo a los demás ¡lindo fuego fatuo!

Después de esta advertencia y de saludar a miss Vernon, que se retiró, me propinó también una amistosa reprimenda.

—Tienes aires de excelente muchacho, amigo Frank —me dijo—; conservo un buen recuerdo de tu padre, mi compañero de escuela. A tu vez, atiende, hijo mío. No viajes de noche demasiado tarde, y basta de jugarretas con aquellos que halles al paso. Ya ves que todos los emisarios del rey no están obligados a entender en bromas, y que no se juega con los asuntos criminales. Mira, mira a la pobre Diana: sola y hasta cierto punto abandonada en ese vasto mundo, corre, se escapa y gobierna a su antojo. Es preciso vigilarla, poner mucho cuidado en ella o ¡pardiez! no me faltará un buen resabio de juventud para batirme contigo: lo cual confieso que me contrariaría en gran manera. Y ahora, ¡feliz viaje, muchachos! Partid juntos y dejad al viejo juez con su pipa y sus reflexiones. Como dice la canción:

Del tabaco la hoja extranjera

se consume en ligero vapor.

Tal el hombre: robusto algún día,

ya se extingue su tiempo mejor.

¿Qué es de él luego? Montón de ceniza.

Meditarlo podrás, fumador.

Gocé mucho con los rasgos de buen discurso y con las sentimentales efusiones que se escaparon al juez, a través de los vapores de la indolencia y de un indulgente egoísmo. Le aseguré que aprovecharía sus consejos, y me despedí con toda cordialidad del excelente magistrado y de su hospitalaria mansión.

Se nos había preparado una ligera comida. Después de probarla de prisa, encontramos en la cuadra a un criado de sir Hildebrando, a quien Rashleigh había dado orden de acompañarnos hasta el castillo.

Caminamos algún tiempo en silencio. Por mi parte, me sentía el alma tan fatigada con los incidentes de la mañana, que no pensé en romper aquel. Por fin, miss Vernon exclamó, cual si prosiguiera en alta voz el curso de sus reflexiones:

—¡Qué hombre ese Rashleigh! Excita el temor, la admiración, todos los sentimientos... menos el de la amistad. Obra a su antojo y convierte a cuantos le rodean en títeres suyos. Siempre tiene alguno entre manos para los papeles que imagina, y su espíritu sagaz y fecundo le suministra, sin cesar, nuevos recursos.

—Según vos —dije, contestando más bien a lo que pensaba ella que a sus palabras—, ese señor Campbell, cuya llegada ha sido tan oportuna y que se ha llevado a mi acusador, ¿es un instrumento de Rashleigh?

—Es probable, y dudo mucho de que hubiera comparecido tan a tiempo, si no hubiese visto yo a Rashleigh en casa del juez.

—Pues a vos es a quien debo dar las gracias, ¡mi bella libertadora!

—¡Oh! claro está que me las debéis; mas suponedlas dadas y recibidas, por mi parte, con graciosa sonrisa. Dispensadme del trabajo de oírlas en regla, porque más deseos siento de bostezar que de observar las conveniencias debidas. Nada, señor Frank: que deseaba seros útil, y que he tenido la dicha de conseguirlo. En cambio, concededme una gracia: la de no hablar más de ello. Pero... ¿quién se acerca a nosotros «ensangrentada la espuela, e inflamado el rostro»? ¿No es el agente de la ley, el señor Jobson en persona?

Era, en efecto, José Jobson, corriendo a galope tendido y, conforme se vio luego, presa de un humor de todos los diablos.

Se dirigió hacia nosotros y paró su caballo, cuando íbamos a pasar saludándole a la ligera.

—¡Muy bien, caballero!... ¡Muy bien, señora! —dijo—. Sí: adivino lo que pasa. Se ha recibido la fianza no estando yo allá. Y ¿quién ha autorizado el acto? ¡Me gustaría saberlo! Si Su Honor adopta la costumbre de proceder de

tal modo, le aconsejo que se busque otro escribano y... en paz. Mi dimisión está pronta.

—¡Bah! ¿No sería mejor, señor Jobson, que tuviera su escribano actual pegado a sus faldones? —contestó Diana—. Y... ¿qué tal está el colono Rutledge? ¿Le habéis encontrado en disposición de dictar, firmar y cerrar su testamento?

Semejante pregunta contribuyó a redoblar la cólera del hombre de ley. Lanzó sobre mi compañera tal mirada de desdeñosa picardía, que sentí una violenta comezón de aplicarle algunos latigazos; pero me contuve, calculando que el caso no valía la pena.

—¿El colono Rutledge, señora? —contestó el curial, en cuanto su exasperación le permitió articular palabra—. El colono Rutledge está tan sano como vos... Señora, la historia de la enfermedad no ha sido sino un lazo... un embuste, una añagaza... Si no lo sabíais ya, sabedlo desde ahora.

—¡Vaya! —exclamó ella simulando gran sorpresa—. ¿Estáis seguro de ello, señor Jobson?

—¡Pardiez, si lo estoy! —dijo el escribano furioso—. ¡Como lo estoy, asimismo, de que me ha tratado, el viejo avarote, de dependiente del embrollo, señora!... ¡De lechuzo, el muy harapiento!... ¡De que me ha acusado, señora, de haber ido a sustraerle el dinero: cargo que no merezco más que otro alguno de mis colegas, señora!... ¡Yo, sobre todo, escribano de la justicia de paz, oficial del rey en virtud de la ordenanza de 1546, dada por Enrique VII, y de otra de Guillermo, 1067... del primero de los Guillemos, señora, de gloriosa e imperecedera memoria, que nos libró, para siempre, de papistas y pretendientes, de zuecos y de calentadores, señora!...

—¡Qué cosa tan triste esa de los zuecos y de los calentadores! —replicó miss Vernon, complaciéndose en excitar la ira del curial—. ¡Sobre todo, los calentadores! ¡Es un excitante del que parece no tenéis necesidad alguna, maese Jobson! El tío Rutledge está falto de modales, y hubiera podido irse más allá de las palabras. En confianza, ¿no os ha largado algún palo?

—¿Palos a mí, señora? ¡Oh!, en cuanto a eso, ¡no! —Y añadió con cierto énfasis—: Nadie pondrá la mano sobre mí: os lo prometo.

—Eso dependerá de lo que merezcáis, señor mío —dije entonces—. Habláis a la señora de un modo tan inconveniente que, o cambiáis de tono, o me encargaré yo de daros una lección.

—¿A mí, caballero? ¿Sabéis bien con quién estáis hablando?

—Perfectamente. Os tituláis escribano de la justicia de paz, y el tío Rutledge os llama lechuzo. Ni una ni otra de estas cualidades os da derecho a

ser impertinente con una dama.

Miss Vernon puso la mano sobre mi brazo exclamando:

—¡Basta, señor Frank! ¡Nada de pasar a vías de hecho contra el señor Jobson! No soy bastante amiga suya para permitirle que reciba un solo latigazo: viviría a expensas de él, tres meses por lo menos. Aparte de que lo habéis herido ya lo bastante como llamarle impertinente.

—No me fijo en palabras, señora —respondió el curial algo dulcificado—, cuando por efecto de ellas no puede instruirse proceso. Pero el epíteto de lechuza constituye una injuria y una calumnia, y se lo haré pagar caro al tío Rutledge como a cualquiera que lo repita para turbar el orden público o atentar a mi reputación.

—¡Patarata! —dijo ella—. Conocéis el axioma: en donde no hay de qué el rey pierde sus derechos. ¡Atentar a vuestra reputación! Digno de lástima fuera quien os la arrebatara, y, si tuvieseis la desgracia de perderla, tanto mejor: ya veis que lo que os deseo es fortuna.

—¡Muy bien, señora! ¡Buenas tardes, señora! Nada me resta que decir... Solo añadiré que tenemos leyes contra los papistas, y que el país lo pasaría mejor si se pusieran manos a la obra. Poseemos los tercer y cuarto estatutos de Eduardo VI contra los antifonarios, graduales, procesionales, vidas de santos, misales y contra todos aquellos, miss Vernon, que tienen en su casa tales zarandajas. Poseemos, asimismo, la intimación a los papistas de prestar juramento, y el estatuto primero del monarca reinante condena a los que se niegan a prestarlo. Además, está prohibido bajo severas penas el oír misa. Leed el estatuto trigésimo tercero de la reina Isabel, y el tercero de Jacobo I, capítulo XXV. Y no es esto todo: sobre transferencia de bienes, sobre registro de actas y de testamentos, se abonan dobles derechos, dado caso de que...

—Mejor haréis en leernos —interrumpió miss Vernon— la nueva edición completa de los estatutos, revisada y corregida por José Jobson, escribano de la justicia de paz.

—Y además y sobre todo —prosiguió el curial—, vos, Diana Vernon (pues hablo para vuestro gobierno), menor de edad y papista recalcitrante, estáis obligada a volver a vuestra casa por la vía más corta, bajo pena de felonía; de ir, sin falta, a pedir pasaje a las barcas públicas, deteniéndoos solo en ellas durante el intermedio de una a otra marea; y, a falta de sitio, a penetrar en el río con agua hasta la rodilla y probar de atravesarlo así durante todo el día.

—Para penitencia de mis errores católicos, ¿no es eso? —preguntó la joven riéndose—. ¡Vaya! Os agradezco el aviso. Vuelvo a casa cuanto antes y, en lo sucesivo, viviré más retraída. ¡Buenas tarde, querido escribano, espejo de cortesía protestante!

—Buenas, señora, y... ¡pensad que no se juega impunemente con la ley!

Cambiados los precedentes despidos, nos separamos.

—¡Va a meditar alguna mala treta! —observó miss Diana mirando cómo se alejaba—. ¡Triste cosa para persona de calidad y de fortuna el verse expuesta a los insultos legales de tan miserable engendro! ¿Y por qué crimen? Por el de creer aún en lo que creía toda Inglaterra hace poco más de un siglo. No puede, en efecto, negarse a nuestra religión el mérito de la antigüedad.

—¡Pícaro! —dije—. Muchas ganas tenía ya de romperle la crisma.

—Os hubierais conducido como verdadero atolondrado; y, no obstante, si mi mano fuese un poco más recia, creo que le hubiera hecho sentir su peso. No os lo digo por vía de acusación, pero tres cosas hay respecto a las cuales soy digna de lástima, si existe alma capaz de compadecerme.

—¿Puedo saber cuáles son esas tres cosas?

—¿Me prometéis dispensarme vuestra más viva simpatía, si os las declaro?

—¡Ah! No lo dudéis —respondí con interés que no procuré ocultar. Y acerqué mi cabalgadura a la suya.

—Pues bien... ya que, al fin y al cabo, siempre es grato hacerse compadecer... ahí van mis tres contrariedades. En primer término, soy niña en lugar de ser muchacho, y me encerrarían en una casa de orates si hiciera la mitad de las cosas que se me ocurren. Si, como vos, uso del sublime privilegio de obrar a mi antojo, doy pábulo a la murmuración general, que ahora canta a porfía mis alabanzas.

—No esperéis de mí que os compadezca por semejante desgracia: es tan común, que la mitad de la especie humana la sufre, y en cuanto a la otra mitad...

—Dispone de un lote tan completo, que está celosa de sus privilegios —interrumpió—. Vos sois parte interesada: lo estaba olvidando. ¡Dejémoslo! —añadió para impedirme el protestar—. ¿No observo, acaso, dibujarse una galante sonrisa, prefacio de un acicalado cumplido con respecto a las raras ventajas que obtienen los parientes y amigos de Diana Vernon del azar que la ha hecho nacer una de sus ilotas? Ahorraos ese trabajo, alma buena, y veamos si nos ponemos mejor de acuerdo sobre el segundo extremo de mi requisitoria contra la fortuna, como diría aquel tunante chupatintas. Pertenezco a una secta oprimida, a una religión pasada de moda. Lejos de respetar mi devoción, como tiene derecho a pedirlo cualquier joven honrada, mi excelente amigo el juez Inglewood puede mandarme a la casa de corrección, porque adoro a Dios en la forma en que lo adoraron mis padres, repitiendo hasta la intimación hecha por el viejo Pembroke a la abadesa de Wilton, a quien él había desposeído de su

convento: «¡A hilar, bribona, a hilar!».

—El mal no es irremediable —contesté gravemente—. Consultad algunos de nuestros más sabios teólogos, miss Vernon, o mejor, consultad vuestra superior inteligencia, y no dejaréis de reconocer que las discordancias que separan nuestra creencia de aquella en que habéis sido educada...

—¡Psit! —indicó poniendo un dedo en sus labios—. ¡Psit!... No hablemos más de ello. ¡Abandonar la fe de mis nobles antepasados! ¡Equivaldría a desertar su bandera en el momento en que la suerte de las armas le fuera adversa, para pasarse, como vil mercenario, a los honores del victorioso enemigo!

—Honro vuestro denuedo; y, en cuanto a las desgracias de que os hace víctima, baste deciros que las heridas que se infieren a una recta con conciencia, traen el remedio en sí mismas.

—Tal vez, pero no son menos dolorosas y crueles. Veo que tenéis un corazón de roca, y la perspectiva de hilar en una rueca os preocupa tan poco como la obligación de poneros cofia rizada en lugar de sombrero con escarapela. Esto me dispensa de revelaros mi tercer motivo de queja.

—¡Por favor, señorita, no me retiréis vuestra confianza! La triple ofrenda de simpatía debida a fatalidades sin par, será fielmente pagada, os lo juro, a la narración de la tercera queja. Aseguradme, empero, que no es común a la de todas las mujeres, ni a la de todos los católicos de Inglaterra que, ¡Dios os bendiga!, forman una secta más numerosa aún que la que, en nuestro celo en favor de la Iglesia y del Estado, podríamos apetecer nosotros, los protestantes.

La fisonomía de Diana se nubló y, en tono serio, hasta entonces desconocido Dará mí, contestó:

—Sí, es una fatalidad muy digna de conmiseración. He recibido de la naturaleza, como es fácil notar, un carácter franco y abierto, un corazón sincero y leal. Solo anhelo vivir honrada y en pleno día... Pues bien, el destino me ha arrojado en tal red de tramas y de maquinaciones, que apenas si me atrevo a abrir la boca, temerosa de las consecuencias, no por mí, sino por los demás.

—Vuestro sufrimiento es, en realidad, cruel, y deseo tomar en él alguna parte muy viva, aunque estaba lejos de presumirlo.

—¡Oh, señor Frank, si se supiera... si supierais lo que me cuesta, a veces, ocultar, bajo un aspecto sonriente, las angustias de mi alma, sentiríais honda lástima por mí! Falto quizá, revelándoos hasta tal punto el horror de mi posición; pero vos poseéis espíritu claro, observador, y no hubierais tardado en dirigirme cien preguntas acerca de los incidentes del día, del porqué ha

tomado en ellos parte Rashleigh para sacaros de apuros, y de muchas otras cosas que os sorprenderán. Por mi parte, me repugna el emplear, para con vos, disimulo o engaño; contestaría con evasivas, lo cual me haría decaer en vuestra estima, si me la otorgáis, lo propio que en la mía. Mejor es, pues, deciros de una vez: «Basta de preguntas, ya que no está a mi alcance el contestarlas».

Miss Vernon se expresó con tan penetrante dolor, que me comunicó la emoción que la agitaba. Prometí que no daría motivo para temer mi indiscreta curiosidad ni, sucediera lo que sucediera, una falsa interpretación a su silencio. «Me sentía —añadí— demasiado reconocido al interés que ella se había tomado en mis asuntos, para abusar de su condescendencia al iniciarme en los suyos. Solo la insté a que, si mi auxilio podía en cualquier tiempo serle provechoso, no dudase en reclamarlo».

—¡Gracias, gracias! —contestó—. Vuestra voz no suena como el estribillo de un cumplido: habláis como hombre que sabe a lo que se compromete. Si alguna vez (cosa improbable) se presenta la ocasión, os recordaré la promesa; pero si la hubieseis olvidado... no me enojaré por ello. Vuestras intenciones de hoy son sinceras y esto me basta. Muchas cosas pueden cambiarlas, antes de que reclame cumpláis vuestra palabra de asistir a Diana Vernon como si fuerais hermano suyo.

—Si fuese hermano de Diana Vernon, esta no me encontraría más pronto a servirla. Y ahora, quisiera saber si debo solo a la intervención de Rashleigh el verme libre de apuros. ¿Me lo diréis?

—No. Preguntádselo a él vos mismo, y os respondo, desde luego, de que lo tomará a honra. Mejor que dejar una buena acción perderse en el mundo sin dueño, como adjetivo inoportuno en frase coja, prefiere recogerla en provecho propio y para que le haga veces de sustantivo.

—¡Y Campbell!... ¿No fue él quien escamoteó la maleta? Y la carta dirigida a nuestro importuno, ¿no ha sido intriga que, alejando a este del lugar de la escena, facilitara el dichoso desenlace de mi libertad? ¿Qué opináis vos de todo ello?

—No me preguntéis más, todo sería en vano. A pesar de todo, es preciso guardar tan buen concepto de mí, cual si hubiera respondido yo a vuestras preguntas y a otras cien con la fecundia y el desembarazo de Rashleigh. Oíd: cada vez que me lleve la mano a la barbilla, de esta manera, vuestra curiosidad sabrá que no hay medio para satisfacerse. Estableceremos, de esta suerte, signos de correspondencia entre los dos, ya que vais a ser mi confidente y mi consejero, aun cuando no sepas palabra de mis asuntos.

—Me parece muy lógico —repliqué riendo—; y estad segura de que la

sabiduría de mis consejos igualará, bajo todos conceptos, el alcance de vuestra confianza.

Discurriendo así, llegamos, en las mejores disposiciones recíprocas, al castillo de Osbaldistone, donde se estaba a punto de terminar ruidosamente la cena.

—Servidnos de cenar en la biblioteca —dijo miss Vernon a un criado—. Ahora me toca compadecerme de vos —añadió volviéndose hacia mí— y procurad que no perezcáis de hambre en plena glotonería. Sin ello, no es probable que hubieseis conocido el lugar de mi retiro. La biblioteca se ha convertido en mi cueva. Es el único sitio de la casa en que estoy al abrigo de los oseznos, mis primos. No se cuidan de aventurarse por ahí, por miedo, a lo que creo, de que cayéndose los infolios, no les aplasten la cabeza: único efecto que pueden producir sobre sus cráneos. ¡Seguidme!

La seguí a través de un dédalo de corredores y por una escalera de caracol hasta el salón en que había dispuesto que se nos sirviera el refrigerio.

10

La biblioteca de Osbaldistone ocupaba un vasto y sombrío salón cuyos antiguos estantes de roble cedían al peso de los infolios tan caros al siglo XVII: masa embarazosa, es verdad, pero de la que (permítaseme decirlo de paso) hemos sacado la sustancia para nuestros tomos en cuarto y en octavo, y que nuestros hijos, aún más frívolos que nosotros, podrán, sometiéndolos a nueva presión, reducir a tomos en duodécimo y a folletos.

Se componía la colección, principalmente, de autores clásicos, de historiadores antiguos y extranjeros y, sobre todo, de obras de teología. Reinaba en ella gran desorden. Los sacerdotes, que se habían sucedido en las funciones de curas del castillo, fueron, durante largo tiempo, las solas personas que entraron en la estancia. Rashleigh, devorado por la sed de instruirse, vino, por fin, a turbar la paz de las venerables arañas que habían entretejido sus telas por los armarios. Como se le destinaba a la Iglesia, semejante afición pareció a su padre menos absurda que si se hubiera revelado en otro de sus hijos. En consecuencia, sir Hildebrando consintió en que se hicieran algunas reparaciones en la biblioteca para que fuese habitable.

Empero el triste aspecto de ruina que ofrecía aquella vasta sala producía una gran amargura. Los tesoros de conocimientos que encerraba no la habían librado de una culpable negligencia. Los tapices destrozados, los anaqueles carcomidos, derrotado el mobiliario, las sillas cojas, los caballetes mohosos, la

chimenea descuidada: todo indicaba el desdén de los dueños de la casa hacia la ciencia y sus obras.

—El lugar os parece deplorable, ¿no es cierto? —dijo Diana, viéndome dar una ojeada a tanto desorden—. Para mí es un pequeño paraíso, porque es muy mío y me libra de impertinentes. Rashleigh disponía de la mitad cuando éramos amigos.

—¿No lo sois ya? —interrogué.

A semejante pregunta, tan natural, colocó ella un dedo en el hoyuelo de su barba para privarme de adelantar.

—Estamos aliados aún —prosiguió Diana—, unidos como tantas otras potencias, por los lazos del común interés. Pero temo que el tratado de alianza, como sucede a menudo, no haya sobrevivido a los sentimientos de amistad que indujeron a estipularlo. En todo caso, nuestra comunidad es menos íntima, y en cuanto él entra por una puerta salgo yo por la otra. Desde que se ha hecho cargo de que uno de los dos estaba de más en esta estancia, a pesar de ser tan vasta, Rashleigh, a quien se ofrecen muchas ocasiones para salir afuera, me ha cedido generosamente sus derechos. Y aquí tenéis, caro primo, cómo he concluido por continuar sola los estudios en que él era mi guía.

—¿A qué estudios os referís, si no es indiscreción?

—No lo es: el terreno no está vedado. Las ciencias y la historia son mis estudios favoritos, pero no aprecio menos a los poetas y a los autores clásicos.

—¡Clásicos, decís! ¿Los leéis acaso en el original?

—¡Ya lo creo! Rashleigh, que no es sabio a medias, me ha enseñado griego, latín y muchas lenguas modernas. Sin vanidad, se ha tomado algún trabajo en instruirme. Bien es verdad que ignoro el arte de armar un gorro, de hacer calceta o de preparar un budín. En resumen y conforme se complace en repetirlo la corpulenta mitad del señor vicario, con tanta verdad como elegancia y finura, no sirvo para nada en este pícaro mundo.

—El curso de vuestros estudios ¿es debido a la elección de Rashleigh o a la vuestra?

—¡Hum!... —exclamó con aire de duda—. ¡Bah! No levantaré el dedo por tan poco. Ha habido de todo. En plena libertad aprendía yo a montar a caballo, a ensillarlo y a ponerle los arreos según los casos; a salvar altas barreras, a disparar un fusil sin pestañear y a muchas otras cosas que constituyen la gloria de mis estúpidos primos; pero, metida en casa, no me disgustaba el estudiar, con el sabio Rashleigh, griegos y latinos, ni el dar vueltas a ese árbol de la ciencia cuyo monopolio pretende atribuirse al sexo fuerte, para vengarse, probablemente, de la parte que tomó nuestra madre común en el gran drama de

la caída original.

—¿No le dolió a Rashleigh estimular vuestras aficiones?

—No. Deseaba tenerme por discípula, y no pudo instruirme sino en lo que él sabía, ya que no era verosímil me enseñara a lavar encajes, ni a hacer dobladillo a los pañuelos.

—Se comprende, además, el deseo de tener semejante alumna, que ha debido ejercer singular influencia en las lecciones del maestro.

—¡Oh! ¡Si empezáis a inquirirlos móviles de Rashleigh, me pongo en guardia! Os debo solo la verdad en lo concerniente a mí. En suma, que ha cedido a mi favor sus derechos sobre la biblioteca, a la cual no entra nunca sin permiso mío; y de ahí la libertad que me he tomado de colocar en ella algunos objetos de mi exclusiva propiedad. Una simple ojeada os ilustrará acerca del particular.

—Dispensad, miss Vernon, pero no distingo, ciertamente, en esta sala nada de particular que pueda perteneceros.

—Será, sin duda, que buscáis algún pastor con su pastora de trapo en lindo cuadro de ébano; o bien algún lorito repleto de paja, o una jaula llena de canarios, o una canastilla de labor bordada en plata; o bien un tocador con su neceser de laca, dividido en los compartimientos de una torta de navidad; o quizá un clavicordio que ya no suene, un laúd casi viudo de cuerdas, un grotesco, unos mariscos, una labor a la aguja, sin hablar de la perrilla blanca de lanas con su enjambre de pequeñuelos... No, no: no poseo ni uno solo de tales tesoros.

Después de tan larga enumeración, descansó un instante y continuó:

—Poseo otros. Ved la espada de uno de mis abuelos, sir Ricardo Vernon, muerto en la batalla de Shrewsbury, el mismo que un tal Shakespeare ha malignamente calumniado. No le faltaba talento a este belitre, pero en su parcialidad por los partidarios de la Rosa encarnada, desnaturalizó la historia en provecho suyo. Cerca de esta arma querida pende la cota de mallas de un Vernon más antiguo, escudero del Príncipe Negro. Su suerte fue bien distinta de la de Ricardo, puesto que su panegirista encuentra celebrable en él más el buen deseo que la habilidad.

Aquel hombre esforzado,
de renombrepreciado
que, en mitad del camino, se aparece,
y cuyo escudo ofrece
cruzados caramillos por divisa,

es Vernon. En la lucha,
de la matanza túrbale el enojo,
y corre, a otros dejando el cruel despojo.

Observad ahora un modelo de gamarra de mi invención; representa un progreso sobre la del duque de Newcastle. Esta caperuza y estos cascabeles recuerdan a mi halcón Cheviot, que se internó en el pico de una garza real. ¡Pobre Cheviot! Sobre las perchas de abajo hay milanos, pero ni un pájaro que valga la pena. Aquí tenéis mi escopeta de caza, de sistema de tiro perfeccionado, y veinte tesoros, preciosos unos más que otros. Éste habla por sí mismo.

El objeto designado era un retrato de cuerpo entero pintado por Van Dyck, con marco de roble labrado, el cual tenía la siguiente inscripción en letras góticas: Vernon semper viret (Vernon está siempre verde). Viéndome aguardar una explicación:

—¡Qué! —exclamó con sorpresa—. ¿No conocéis nuestra divisa? La divisa de Vernon.

¿Quién con solo un vocablo redobla la lección?

»Al igual que nuestras armas, dos caramillos entrelazados —añadió señalándome con el gesto el escudo de madera sobre el cual se desarrollaba la divisa.

—¡Caramillos! Parecen más bien silbatos de a penique. Pero no me riñáis por mi ignorancia —dije, notando que el rubor se le subía a la cara—. No he pensado en inferir ofensa alguna a vuestras armas, ya que ni siquiera conozco las mías.

—¡Vos, un Osbaldistone! ¿Y os atrevéis a confesarlo? Percy, Thorncliff, John, Dick y hasta Wilfrid podrían ilustraros. ¡La ignorancia en persona tiene el derecho de hollaros bajo sus pies!

—¡Convengo en ello, para vergüenza mía, cara señorita! El prodigioso libro de la heráldica encierra para mí misterios tan incomprensibles como los jeroglíficos de las pirámides de Egipto.

—¿Será cierto? Mi tío mismo lee, a veces, La Pompa del Blasón, de John Gwilly, durante las veladas de invierno... ¡No conocer los signos heráldicos! ... ¿En qué pensaba vuestro padre?

—En los signos de la aritmética, de los cuales el más insignificante tiene más importancia a sus ojos que todos los blasones de la caballería. Empero, sea cual sea la enormidad de mi ignorancia sobre dicho punto capital, poseo al menos, bastante instrucción y buen gusto para admirar ese magnífico retrato

en el que encuentro un aire de familia con respecto a vos. ¡Qué actitud tan noble y tan natural! ¡Qué riqueza de colorido! ¡Qué vigor en las sombras!

—¿Os parece, pues, un hermoso cuadro?

—He visto muchas obras del célebre artista, y ninguna me ha satisfecho más.

—A fe mía, me reconozco en pintura como os reconocéis vos en materia de heráldica, no sin la ventaja de haber admirado este lienzo desconociendo su valor.

—Si he descuidado yo caramillos y tambores, con los demás caprichos fantásticos de la caballería, no ignoro tampoco que un tiempo sirvieron de enseñas para empresas gloriosas; pero convendréis en que la contemplación de los mismos es menos atractiva para el ignorante que la de un hermoso cuadro. ¿A quién representa este?

—A mi abuelo, que compartió las desgracias de Carlos I y (¡siento decirlo!) las incontinencias de su hijo. Nuestro patrimonio menguó en gran parte con sus prodigalidades, y mi infortunado padre perdió el resto. Pero... ¡descansen en paz! Fue por la buena causa.

—¿Vuestro padre sufrió con motivo de nuestras discordias civiles?

—¡Demasiado! Perdió, de resultas, todos sus bienes. Ved por qué su hija es una mísera huérfana que come el pan ajeno, sometida a los caprichos de los demás y obligada a amoldarse a sus gustos. Y, no obstante, me siento más orgullosa de tal padre que si, con más prudencia y menos rectitud, me hubiese dejado en herencia cuantos ricos y bellos dominios poseía en otros tiempos la familia.

La llegada de los criados, que traían la cena, puso término a toda conversación de carácter íntimo.

Acabada la comida y colocado el vino en la mesa, uno de los criados nos informó de que el señor Rashleigh había encargado que se le advirtiera en cuanto pudiera presentarse.

—Decidle —contestó miss Vernon—, que nos complacerá mucho su visita, si desea molestarse. Preparad un vaso y una silla, y dejadnos. —Después dirigiéndose a mí, añadió—: Será necesario que salgáis con él en cuanto se vaya. Mi generosidad no me permite abusar de un joven durante más de ocho horas de las veinticuatro, y creo que hemos pasado por lo menos juntos aquellas.

—El tiempo ha transcurrido tan aprisa —dije—, que no he contado sus pasos.

—¡Psit! —replicó la joven—. Aquí está Rashleigh.

Retiró su silla, de la que estaba demasiado cercana la mía, con el fin de poner una decorosa distancia entre ambos.

Un modesto golpe dado en la puerta, un discreto modo de abrirla, cuando se le invitó a entrar, un paso humilde, pero suelto, y un estudiado talante, me dieron a conocer que la educación de Rashleigh en el colegio de San-Omer se armonizaba perfectamente con la idea que había concebido yo de un jesuita cumplido. Casi es inútil añadir que, en mi calidad de buen protestante, semejante idea no le era muy favorable.

—¿A qué tantas ceremonias para entrar —indicó Diana— cuando sabéis que no estoy sola?

Formuló la antecedente demanda con cierta impaciencia, como sintiendo que la estudiada reserva de su primo indujese a impertinentes sospechas.

—Bella prima —contestó él sin alterar en lo más mínimo su actitud—; me habéis enseñado tan bien el modo de llamar a esa puerta, que la costumbre se ha convertido en segunda naturaleza para mí.

—Ya sabéis que gusto más de la franqueza que de la cortesía.

—La cortesía es el adorno de un galán amable, cortesano de nombre y de profesión, por lo que está en su lugar en el gabinete de las damas.

—Sí; pero franqueza es herencia del verdadero caballero y obtiene en él mejor acogida, primo. Y, a fin de poner término a un debate que nada tiene de agradable para nuestro pariente, sentaos y dad el ejemplo al señor Francis Osbaldistone llenando vuestro vaso. Ha hecho ya los honores a la cena para sostener la reputación de la familia.

Rashleigh tomó asiento y escancié para beber, mirándonos a uno y otro con tal disimulo e inquietud que, a pesar de sus esfuerzos, no logró ocultar aquellos por completo. Buscaba, a lo que me pareció, asegurarse del punto hasta el cual ella había depositado en mí sus confidencias. Me apresuré a provocar conversación acerca del indicado tema, a fin de quitar del espíritu del joven todo motivo de recelo tocante a la divulgación de los secretos que poseían en común.

—Caballero —dije—, miss Vernon me ha recomendado que os diera las gracias por la rápida conclusión del asunto Morris, y temiendo, injustamente por cierto, que mi gratitud no fuese igual a la importancia del servicio, ha querido estimularla con la curiosidad, remitiéndome a vos para obtener la relación, o mejor la explicación de los incidentes de esta mañana.

—¡Ah! ¿De veras? —contestó—. Creía que la señorita se hubiera hecho intérprete de ella.

Apoyó esta frase con una mirada inquisitiva que lanzó sobre Diana, y después sobre mí, significando, a las claras, que solo fiaba en sí propio al apreciar la veracidad de mis palabras. En tanto que la joven respondía a dichas miradas con otra de no disimulado desprecio, quedé fluctuando entre dos partidos: el de desviar manifiestas sospechas, o el de presentarme ofendido ante ellas.

—Si os parece bien, caballero —continué—, como ha parecido a miss Vernon, dejarme en la ignorancia, fuerza será resignarme a ello. Mas ¡por favor, que la idea de que se me ha dado ya aclaraciones no os haga guardar silencio! Os declaro, bajo palabra de honor, que se me alcanza tanto como a este retrato de los acontecimientos de que he sido testigo hoy, sabiendo solo, y así lo he declarado a la señorita, que os habéis portado conmigo de la manera más bondadosa.

—Se han exagerado mis humildes esfuerzos —dijo Rashleigh—, aunque no me haya faltado celo. Vais a saber la verdad. Yendo en busca de uno de los nuestros, que pudiera, con mi auxilio, prestar fianza (medio el más eficaz, y me atrevo a decir el único que me sugiriera el trastorno en que me sentía) di con el Cawmel, Calvele, Campbell o algo por el estilo. Había ya sabido, por Morris, que él se halló en aquellos lugares en el momento del robo, y tuve la fortuna de inducirle a declarar (no sin algún trabajo) en favor vuestro, lo que debería bastar, en mi concepto, para sacaros de una situación desagradable.

—En tal caso, debo de estaros muy reconocido por haberme procurado testigo tan a tiempo y tan favorable. Pero no me explico por qué, si aquel hombre compartió, como lo lamenta, la desventura de Morris, ha sido necesario tanto esfuerzo para decidirle a facilitar el descubrimiento del culpable y la rehabilitación de un inocente.

—Desconocéis, caballero, el carácter de las gentes de su país. La discreción, la prudencia y la previsión son sus cualidades principales, solo desnaturalizadas por un patriotismo estrecho y ardiente: centinela avanzado de los triples antemurales tras lo que se cobija todo escocés para rechazar los asaltos de generosa fraternidad. Triunfad de semejante obstáculo, y ya se presenta otro más difícil de dominar y más inveterado: el amor a su provincia, a su pueblo, a su clan. Tras de este obstáculo tropezaréis con un tercero: su abnegación por la familia propia; por sus padre, madre, hijos, hijas, tíos, tías y primos hasta el grado noveno. Tal es el círculo en que se concentra toda la sensibilidad social de un escocés, y, mientras en él se desahoga, no aspira a extenderse fuera del mismo. Tal es el círculo en que palpita su corazón, debilitándose cada latido hasta un extremo en que se vuelve casi insensible. Y, en fin, lo peor está en que, después de escaladas tan múltiples fortificaciones, os halláis enfrente de una ciudadela interior, la más alta, resistente y formidable de todas: el amor de un escocés a sí mismo.

—La descripción rebosa elocuencia y metáforas —dijo miss Vernon, que había escuchado con visible impaciencia—. Me permitiré, solo, dos objeciones: en primer término, que no es exacta, y en segundo que, aun siéndolo, está fuera de sazón.

—He dicho la verdad, encantadora Diana, y una verdad que, al contrario de lo que creéis, no puede ser más oportuna. Si: es la verdad, lo repito, porque llevo hecho un profundo estudio del país y de sus moradores (no lo negaréis) y el retrato que he hecho de uno y otros descansa sobre largas y escrupulosas observaciones. Por otra parte, mi digresión, lejos de ser un entremés, responde a la pregunta del señor Francis y le explica por qué el prudente escocés, no viendo en él ni a un compatriota, ni a un Campbell, ni a un primo, en ninguna de las superfetaciones que enredan su interminable genealogía, ni esperando sacar de su excursión provecho alguno, sino, por el contrario, mucho tiempo que perder y muchos negocios que descuidar...

—Con otras contrariedades de especie más temible... —interrumpió miss Vernon.

—Posible era, en efecto, que las encontrara —prosiguió Rashleigh sin variar el tono—. En una palabra: creo haber demostrado cómo aquel hombre, no viendo en perspectiva más que obstáculos sin compensación, no podía dejarse convencer, sino con repugnancia, de que debía declarar en favor del señor Osbaldistone.

—A tenor de la declaración de Morris, o de lo que así se llama —dije—, no aparece aludida la presencia de Campbell en el teatro del robo. ¿No es esto sorprendente?

—Campbell me ha dicho que había conseguido de Morris solemne promesa de no hablar de semejante circunstancia. Y la razón se os alcanzará fácilmente con lo que llevo explicado. Ansiaba Campbell regresar a su país, sin que le retardara ni impidiera el verificarlo una sumaria judicial, que se hubiera visto obligado a seguir, si su presencia en el lugar del robo hubiese sido conocida, mientras permanecía en este lado de la frontera. No bien habrá salvado esta, Morris volverá, estad seguro de ello, para declarar cuanto sepa de él, y quizá más de lo que sepa. Además, Campbell se dedica al comercio de ganado, en gran escala; a menudo se le ofrece ocasión para enviar numerosos rebaños al Northumberland, y, dado ese género de ocupaciones, no le tiene cuenta chocar con los ladrones del condado, los hombres más vengativos que darse pueda.

—En cuanto a eso, no hay cuidado —observó Diana con acento que parecía indicar algo más que un simple asentimiento.

—Que semejantes motivos son poderosos —dije volviendo a la cuestión

—, supuesto que indujeron a Campbell a exigir el silencio de la víctima sobre el hecho de haber presenciado aquel el despojo, lo comprendo en rigor; pero que Morris se dejara influir hasta el extremo de suprimir de su querrela un detalle tan grave, con seguro peligro de que se pusiera en duda su veracidad... ¡esto sí que me admira!

Rashleigh difirió de mi opinión y pareció sentir el no haber arrancado el secreto de semejante enigma al escocés. Después añadió:

—Veamos: ¿estáis bien seguro de que Morris no hizo, en su querrela, mención alguna de la presencia de Campbell?

—Me he enterado de ella muy aprisa —dije—, pero abrigo la convicción de que no encierra nada parecido, o de que la alusión es, en todo caso, tan velada, que habrá escapado a mi atención.

—¡Ah! ¡Ya dimos en el quid! —replicó, sacando de mis últimas palabras, su opinión—. La cosa estaba reseñada, pero tan a la ligera, que se os ha podido escapar. En cuanto a la influencia de Campbell, se explica por el arte con que habrá explotado el terror de Morris. Este cobarde, según se me ha dicho, va encargado de cierta misión en Escocia, a donde pasa a cumplir alguna comisión del gobierno; y como está dotado del valor de la sanguinaria paloma o del magnánimo ratón, habrá tenido miedo de atraerse la mala voluntad de un matarife como Campbell, cuya sola presencia habría bastado a helar su mísera sangre en las venas. Habréis podido observar que el tal Campbell usa, en ocasiones, ciertas formas bruscas e impetuosas, algo de marcial en el tono y en las actitudes.

—Me ha chocado, en efecto, su expresión ruda y feroz, tan poco en armonía con su sosegado oficio. ¿Ha servido en el ejército?

—Sí... es decir, no; pues hablando propiamente, no ha servido, yo creo; pero, como a la mayoría de sus compatriotas, le es familiar el uso de las armas. Allá, en sus montañas, no ven sino armas, desde la infancia hasta la tumba. Por poco que conozcáis a vuestro tímido compañero de viaje, comprenderéis que, dirigiéndose a dicho país, evite toda suerte de disputas, mientras pueda, con cualquiera de sus habitantes. Pero retirémonos: veo que no sois muy amigo de la botella, yo, como vos, respecto al particular, tampoco honro el nombre de Osbaldistone. Si queréis acompañarme, echaremos en mi cuarto una partida de cientos.

Nos levantamos para despedirnos de miss Vernon, quien había manifestado, repetidas veces, su ánimo de rectificar las consideraciones de su primo. En el momento de abandonar la sala, la lumbrera amortiguada produjo una viva llama.

—Señor Frank —me dijo la joven—, sois bastante juicioso para

cercioraros de lo que haya de justo o de mal fundado en las indicaciones de Rashleigh sobre individuos tales como Campbell y Morris; pero, en lo relativo a Escocia, sabed que ha calumniado a todo un pueblo, y os ruego que no concedáis crédito alguno a su opinión.

—Puede que me sea difícil obedeceros, miss Vernon —contesté—, toda vez que... (fuerza es confesarlo) he sido educado en ideas muy poco favorables a nuestros vecinos del norte.

—Haceos superior a tales prevenciones, caballero, y permitid a la hija de una escocesa que os suplique respetéis la tierra natal de su madre hasta tanto que hayáis juzgado, por vos mismo, si es o no digna de vuestra estima. Reservad el desprecio e ira para los intrigantes, los aduladores y los hipócritas que halléis al paso, que bastantes hallaréis sin salir de Inglaterra. Adiós, señores: os deseo buenas noches.

Y nos señaló la puerta con el ademán de una princesa que despide a su séquito.

Rashleigh me acompañó a su cuarto, al cual un criado nos trajo café y una baraja.

Había resuelto yo no dirigir al primero más preguntas acerca de los incidentes de la mañana. Su conducta me parecía envuelta en cierto misterio de un género poco honroso; mas, para asegurarme de si mis sospechas eran o no fundadas, era indispensable impedirle que se pusiera sobre aviso.

Después de cortar y dar naipes, la partida comenzó seriamente, y, aunque poco interesante el juego, noté que mi compañero desplegaba en él un carácter ardiente y ambicioso. Parecía conocer, del mismo, todos los recursos; mas, como si le fuera natural, prefería al método ordinario, las grandes jugadas peligrosas, y, descuidando los recursos leves y las contingencias mejor equilibradas, se aventuraba a todo, en la confianza de derrotar por completo al adversario.

Desde que algunas partidas de juego, como la música en los intermedios de un drama, hubieron interrumpido el curso de nuestra conversación, Rashleigh se cansó de jugar y, renunciando a los naipes, reanudamos el coloquio en el cual hizo casi todo el gasto.

Teniendo más instrucción que verdadero saber, mejor juez del espíritu de los hombres que de los principios de moral que deben dirigirlos, dominaba la palabra con un arte que en nadie más he observado. Poseyendo a fondo el conocimiento de sí mismo, se había estudiado con detención para sacar todo el partido posible de sus ventajas naturales: voz melodiosa, elocución fácil, elección feliz de modismos, lenguaje claro y juicioso, imaginación ardiente. No hablaba jamás recio, ni en tono arrogante; nunca pretendía imponer su

modo de ver las cosas, hasta el punto de fatigar la paciencia o el entendimiento de quienes le escuchaban. Sus ideas se sucedían unas a otras sin esfuerzo ni cansancio, como las aguas de un manantial abundante y generoso, muy al contrario de esos brillantes habladores de salón que se precipitan en la emisión de las suyas con el trastorno y el ruido de una presa de molino, agotando luego la corriente.

Había avanzado la noche, cuando pude sustraerme a los atractivos de una conversación tan seductora. De regreso a mi aposento, reproduje en mi recuerdo, y no sin cierta pena, el verdadero carácter del personaje, tal como me lo había representado antes de la entrevista.

Tal efecto ejerce en nosotros el placer, que oscurece nuestra percepción y embota nuestro juicio. No acierto a compararlo a otra cosa mejor que al sabor de ciertas frutas, dulces y ácidas a la vez, las cuales neutralizan el paladar hasta quitarle el gusto de los bocados que, acto seguido, se someten a la apreciación del mismo.

11

El siguiente día caía en domingo.

Era uno de los más penosos para los habitantes del castillo. Después de la misa mayor, a que asistía con regularidad toda la familia, hubiera sido difícil precisar a cuál de los miembros de ella, excepción hecha de Rashleigh y de miss Vernon, abatía más con el peso de su carga el demonio del tedio.

Mi contratiempo de la víspera tuvo el don de divertir durante algunos minutos a sir Hildebrando, quien me felicitó por haberme librado de la cárcel, como lo hubiera hecho por haber errado el salto de una valla sin romperme la crisma.

—¡Tienes mucha suerte, muchacho, pero sé menos temerario en lo sucesivo! ¡Qué demonio! Todo el mundo, whig o tory, puede transitar por los caminos reales.

—Os doy palabra, señor, de que jamás he intentado impedirlo. Cosa es, en verdad, que desespera ese acuerdo unánime en creerme cómplice de una fechoría que me inspira horror y desprecio, y que, además, hubiera atraído sobre mi cabeza el extremo rigor de la ley.

—¡Bueno, bueno! ¡Como quieras, muchacho! No pretendo averiguarlo. Nadie está obligado a acusarse a sí propio. ¡Que me lleve el diablo si no es hacer la guerra en regla!

Rashleigh vino entonces en mi auxilio, pero sus argumentos tendían más bien a procurar que su padre diera crédito solo aparente a mis protestas, que a demostrar mi completa inocencia.

—En vuestra casa, querido señor, y tratándose de vuestro propio sobrino, de seguro que no persistiréis en mortificar a este, dispuesto el ánimo a poner en duda lo que tanto interés demuestra él en afirmar. Su confianza en vos es ciertamente de las mejor depositadas, y si hubieseis podido socorrerle de alguna manera en el extraño lance, a buen seguro que vuestro corazón no se hiciera el sordo. Certísimo estoy de ello. Pero el primo Frank ha sido declarado inocente, y nadie tiene derecho a suponer lo contrario. Por lo que a mí toca, su inocencia no me ofrece la menor duda, y el honor de la familia exige, en concepto mío, que la sostengamos, con palabras y obras, ante y contra todo el mundo.

—Rashleigh —le dijo su padre mirándole fijamente—, eres un ladino de primera. Siempre has tenido sobra de malicia para mí y también para muchos otros. ¡Guárdate de caer en tus propios lazos! Dos cabezas en un gorro no me parece emblema muy heráldico. Y a propósito de heráldica: voy a leer a Gwillym.

Anunció su resolución con un bostezo cuyo efecto fue irresistible sobre cada uno de sus gigantes hijos. Se dispersaron para procurarse, acá y acullá, entretenimientos conforme a sus gustos. Percie fuese a apurar, en compañía del intendente, un jarro de cerveza en la repostería; Thornie, a cortar un par de varillas y envolverlas en guarniciones de mimbres; John, a preparar sus sedales; Dick, a jugar a cara y cruz, la mano derecha contra la izquierda; Wilfrid, a roerse los pulgares y a dormir roncando, hasta la hora de cenar. En cuanto a miss Vernon, se había retirado a la biblioteca.

Quedé a solas con Rashleigh, en el antiguo salón de piedra, del que los criados, no menos bruscos y chapuceros que la víspera, habían, por fin, quitado los restos de nuestro abundante almuerzo. El momento me pareció oportuno para echarle en cara su modo de tomar mi defensa, y le zaherí, declarándole francamente que lo reputaba muy humillante, puesto que había exhortado a sir Hildebrando a disimular sospechas más bien que a desecharlas.

—¡Y qué! ¿Qué le vamos a hacer, amigo mío? —contestó Rashleigh—. Mi padre es accesible a toda clase de presunciones, y en cuanto se le ha puesto alguna entre ceja y ceja (lo que, haciéndole justicia, no es tan fácil como eso) conozco que vale más inducirle a disimularla que a combatirla. Así, no pudiendo arrancar las malas yerbas, las corto apenas como se presentan, hasta que por sí mismas se secan. No es prudente ni provechoso discutir con un alma del temple de aquella que se revuelve contra la razón, y cree con tanta firmeza en sus impulsos naturales como creemos nosotros, buenos católicos,

en los del Santo Padre.

—Lo cual no hace menos molesto el vivir bajo el mismo techo con un hombre, un pariente próximo, que no desiste de ver en mí a un salteador de caminos.

—En el fondo, vuestra inocencia no ha de sufrir en lo más mínimo por esa idea ridícula, si es lícito calificar de tal modo las de un padre. Y por lo tocante al acto en sí mismo, podéis estar convencido de que, bajo el punto de vista de la política y de la moral, sir Hildebrando lo conceptúa meritorio. Se trata de debilitar al enemigo, de despojar a los amalacitas, y la parte imaginaria que habéis tomado en ello os ha granjeado mayor estimación.

—Yo no quiero granjearme la estimación de nadie, caballero, con actos que me rebajen ante la mía; y esas sospechas injuriosas me proporcionarán excelente motivo para abandonar el castillo, tan pronto como pueda ponerme de acuerdo con mi padre acerca del particular.

Rashleigh, cuyo sombrío rostro reflejaba raras veces las emociones íntimas, dejó escapar una vaga sonrisa que hizo desaparecer en un suspiro.

—¡Hombre feliz! —exclamó—. Vais y venís libre como el aire. Vuestro porte, vuestro gusto y vuestro talento os darán acceso en nuevos círculos, donde se sabrá apreciarlos de otra manera que en este antro de salvajes. Yo, por lo contrario...

Aquí se contuvo.

—¿Qué hay en vuestra suerte que os haga envidiar la mía? A mí, proscrito, ¿lo que me conviene no es el nombre, el corazón y la casa de mi padre?

—Sí; pero considerad las ventajas de la independencia que habéis conquistado con un sacrificio momentáneo cuyo término creo seguro que se acerca. Pensad en la complacencia de obrar como ser libre, de cultivar vuestras disposiciones según la inclinación de vuestro espíritu, y de seguir una carrera tan favorable al éxito que os aguarda. No es pagar excesivamente caro, con la permanencia de algunas semanas en el norte, la gloria y la libertad, hasta llamándose casa Osbaldistone el lugar de vuestro destierro. Nuevo Ovidio entre los tracios, no os sobran, no, motivos para deplorar en verso vuestro ostracismo.

—¿Cómo se explica —observé con el rubor propio de un aprendiz de poeta—, que estéis tan al corriente de mis fugaces estudios?

—Últimamente y antes de vuestra llegada, recibimos a un emisario de vuestro padre, a un tontuelo llamado Ficelle, quien me comunicó que os dedicabais en secreto a las musas y que algunos fragmentos de vuestra inspiración habían merecido aplausos de los doctos.

Aquel que más pura de pecado de poesía tenga la conciencia no habrá dejado de conocer a algún aprendiz o compañero, sino a algún maestro, del templo de Apolo, y sabrá que la vanidad es su flaco, desde el ilustre Pope, el bardo de Twickenham, hasta el último de los rimadores a quienes vapuleó con el látigo de la sátira en La Dunciada. Poseía yo mi dosis de aquella como otro cualquiera. Era poco probable, en verdad, que el insignificante Ficelle conociera las dos o tres composiciones en verso que había yo dado a conocer en un café literario, y menos todavía que pudiera haberse hecho eco de la opinión de los parroquianos; pero sin meditar todo eso, piqué, casi al momento, en el anzuelo. Lo observó mi interlocutor y sacó de ello mejor partido, rogándome, con modesta a la par que apremiante curiosidad, que le diera a conocer algunas de mis obras.

—Necesito que me concedáis una velada que pasaremos en mi cuarto —prosiguió—, ya que estoy en vísperas de abandonar los encantos del estudio por las cargas del comercio y las pueriles exigencias del mundo. ¡Qué le vais a hacer! ¡Mi padre manda, el interés de la familia lo exige y no me queda otro recurso que someterme! ¡Pero es un verdadero sacrificio, sobre todo cuando pienso en el estado de calma y de sosiego a que me destinaba mi educación!

Si tenía yo vanidad, no era tanto, y aquel rasgo de hipocresía fue demasiado grosero para imponérseme.

—¡Vaya! —le dije—. ¿Habláis formalmente cuando afirmáis que os duele cambiar el ministerio de sacerdote católico, reducido a la oscuridad y a mil privaciones, por las riquezas y los placeres del mundo?... ¡No me convenceréis de ello!

Rashleigh comprendió que había representado con exceso la comedia del desinterés. Después de un instante de silencio, empleado, según presumo, en calcular hasta qué punto debía usar de franqueza conmigo (cualidad rara y que no malgastaba jamás sin necesidad) me dijo con la sonrisa en los labios:

—A mi edad, verse condenado a la riqueza y a los placeres del mundo, conforme vos decís, no parece algo tan alarmante como tal vez debiera serlo. Empero, y perdonad mi lenguaje, os habéis equivocado acerca del destino que me estaba reservado. Sacerdote, concedido; ¡oscuro, no! No, caballero: Rashleigh Osbaldistone permanecerá más en la oscuridad, hasta elevándose a la categoría de los más ricos comerciantes de Londres, que si fuese miembro de una Iglesia cuyos ministros, según frase célebre, colocan sus pies sobre la cabeza de los reyes. Mi familia goza de gran predicamento cerca de una corte desterrada, y esta corte tiene el derecho de ejercer en Roma, como ejerce en efecto, una influencia mayor. Mis medios no están por bajo de la educación que he recibido. Razonando fríamente, os diré que hubiera podido aspirar a un puesto elevado en la Iglesia, y, conforme a mis ilusiones, hasta al más alto.

¿Por qué —añadió riendo, pues poseía el arte de saber mantenerse en los límites de lo serio y de la broma—, por qué, decidme, un cardenal Osbaldistone, bien nacido y contando con grandes relaciones, no habría de disponer de la suerte de los imperios, a ejemplo de Mazarino, hijo de un artesano, o de Alberoni, hijo de un jardinero?

—No veo, en efecto, razón en contrario; pero, así y todo, yo, en lugar vuestro, no sentiría en lo más mínimo perder la posibilidad de una grandeza precaria y aborrecida.

—No lo sentiría, en efecto, si mi futura situación me ofreciese mayor seguridad; mas depende de circunstancias cuyo efecto solo se producirá con el tiempo: del carácter de vuestro padre, por ejemplo...

—Hablad sin rodeos, Rashleigh. ¿Deseáis de veras que os lo haga conocer?

—Puesto que, a ejemplo de Diana Vernon, os preciáis de seguir la bandera de la señora Franqueza, os responderé que sí.

—Sea en buena hora. Hallaréis en mi padre un hombre que siguió la carrera del comercio más porque le ofrecía medios para ejercitar su inteligencia, que por amor al oro de que se presenta cubierta. Su espíritu activo no busca más que la lucha, y en todas partes, si se le hubiese mostrado libre campo, se hubiera sentido dichoso de manifestarse, hasta sin otra recompensa que sus laboriosos esfuerzos. Ha acumulado riquezas porque, sobrio y moderado en su sistema de vida, no ha sentido, al hacerse rico, la necesidad de atender a nuevos gastos. Aborrece el disimulo en los demás, desdeñándolo para sí propio. Está dotado de sagacidad prodigiosa para descubrir los más secretos móviles a través de los artificios del lenguaje. Callado por costumbre, le fatigan pronto los charlatanes, tanto más cuanto que los asuntos que le interesan no dan pábulo a larga conversación. Es observador rígido de sus deberes religiosos, pero no temáis que se inmiscuya en los vuestros, pues la tolerancia constituye para él un sagrado principio de economía política. Tan solo, caso de que seáis partidario del rey Jacobo, como es natural suponer, haréis bien en no manifestar delante de él ni el menor asomo de tendencia favorable a las opiniones aristocráticas, pues le horrorizan. Por lo demás, su palabra es ley para sí como para cualquiera que se relaciona con él, y ni falta a lo que debe, ni sufre tampoco que se le falte. Para granjearse sus bondades fuerza es cumplir lo que ordena, en vez de aplaudirlo. Su más desagradable manía (debida a las prevenciones propias de la profesión que ejerce, o más bien a su predilección exclusiva) es la de parecerle poco digno de elogio o de atención todo aquello que, de cerca o de lejos, no se relaciona en nada con el comercio.

—¡Admirable retrato! —exclamó Rashleigh, no bien cesé de hablar—. Van Dick fuera un pintamonas a vuestro lado, Frank. Veo ya a vuestro padre en su

valor y en su debilidad, amando y honrando al rey como una especie de lord-corregidor o de presidente del consejo de comercio, venerando la cámara de los Comunes en atención a las leyes que regulan la exportación y respetando la de los Pares porque el canciller se sienta en un saco de lana.

—Mi retrato era de algún parecido; el vuestro es una caricatura. Puesto que he desplegado a vuestros ojos el mapa del país a donde iréis, suministradme, en cambio, algunas luces sobre geografía de los terrenos desconocidos...

—En que habéis encallado. ¿Valen, acaso, la pena? En lugar de una isla de Calipso, con sus sombras frondosas y sus misteriosos laberintos, habéis dado con una comarca del norte, áspera y escueta, tan poco a propósito para atraer el espíritu como para complacer a los ojos. Media hora de examen os hará conocer su desnudez como si la hubierais escrito mediante regla y compás.

—¡Oh! Algo hay que merece más atento examen. ¿Qué me decís de miss Vernon? ¿No constituye un notable punto de vista, dentro del paisaje mismo, aunque fuera esté más desolado que una isla de hielo?

Noté perfectamente que el nuevo asunto de conversación no gustaba a Rashleigh; pero la franqueza de mis noticias me daba derecho de interrogar, a mi vez. Lo conoció y se vio obligado a acceder a mi demanda, a pesar de la dificultad en que se hallaba de maniobrar sobre un terreno ardiente.

—De un tiempo a esta parte —dijo—, se me ofrecen menos ocasiones que antes de ver a miss Vernon. Mientras fue una niña le serví de maestro; cuando salió de la adolescencia, mis numerosos trabajos, la gravedad de la profesión a que se me destinaba, la naturaleza particular de sus aficiones, en una palabra, nuestra mutua situación hacía peligrosa y poco conveniente una intimidad de las más estrechas y de todos los días. Temí que miss Vernon viera en mi reserva solo un defecto de correspondencia pero era cuestión de deber, cuyo cumplimiento me costó mucho, como le costó a ella cuando fue necesario someterse a la prudencia. Pues ¿qué no era de temer continuando en la familiaridad de una joven bella y sensible, que solo puede escoger entre el claustro y un matrimonio impuesto?

—¿No le queda más que tamaña alternativa?

—¡Ay! ¡Nada más! —dijo Rashleigh suspirando—. No es necesario, a lo que creo, preveniros contra el peligro de cultivar, con asiduidad excesiva, la amistad de miss Vernon. Sois hombre de mundo, y se os alcanza hasta qué punto podéis buscar la sociedad de Diana, con seguridad para vos y con los miramientos a ella debidos. Pero ¡sed cauto! ¡Vigilad de cerca sus sentimientos como los vuestros! Os lo advierto en atención a su naturaleza arrebatada, de la cual visteis ayer un rasgo que da la medida de su atolondramiento y de su desprecio a las conveniencias sociales.

Había, sin duda, un fondo de buen sentido y de verdad en todo eso, y no tenía yo razón alguna para echar a mala parte un consejo con visos de amistoso. Y no obstante, ¡con qué placer, durante la advertencia, habría traspasado con mi espada el cuerpo de aquel hombre!

«¡Al diablo el impertinente! —pensé—. Según él, miss Vernon se hubiera enamorado de su fea faz de hoja de cuchillo, y hubiera descendido hasta los suelos, a no ser por la continencia de monseñor Rashleigh, al curarla de su loca pasión. ¡Ah! ¡Sabré lo que ha querido significar, aunque me cueste el arrancarle las entrañas!».

Tomada dicha resolución, impuse silencio a mis resentimientos, y, afectando una discreta compostura, llegué al extremo de lamentar que persona dotada de tanta inteligencia y de tantas aptitudes estuviera tan falta de prudencia y de seso.

—Su franqueza y su descuido llegan al extremo —repuso el joven—; pero su corazón es de oro: os lo juro. Para no ocultaros nada, os diré que, si persiste en su aversión al claustro y al marido que se le destina, y si mis trabajos en las minas de Plutón me proporcionan segura y honrada independencia, puede que piense en reanudar el hilo de nuestras relaciones y en ofrecerle la mitad de mi fortuna.

«¡Con su voz melodiosa y sus bien compuestas frases —pensé para mí— ese Rashleigh es el tonto más horrible y pagado de sí mismo que he visto en la vida!».

—Lo que me disgusta —continuó, como si pensara en alta voz—, es tener que suplantar a Thorncliff.

—¡Cómo! —exclamé irguiendo el cuerpo—; ¿es ese el marido destinado a Diana Vernon?

—¡Dios mío!... ¡Sí! La voluntad de su padre y ciertos arreglos de familia la obligan a casarse con uno de los hijos de sir Hildebrando. Se ha conseguido de la curia de Roma una dispensa que le permite ser la esposa de... Osbaldistone, escudero, hijo de sir Hildebrando Osbaldistone, baronet, etcétera. Solo resta escoger el dichoso mortal cuyo nombre de pila ha de llenar el vacío, y como Percie solo piensa en beber, mi padre ha designado a Thorncliff, el segundo de la familia, para perpetuar la raza.

—Tal vez —observé esforzándome en afectar un aire chancero que debía sentarme muy mal—, la futura hubiera preferido buscar algo más abajo, en el árbol de la familia, la rama a que unirse.

—No lo sé. Poco hay que escoger en nuestra casa. Dick es un jugador; John un palurdo y Wilfrid un asno. Bien mirado, no ha escogido mi padre tan

mal para la pobre niña.

—¡Mejorando lo presente!

—¡Oh! Mi vocación por la Iglesia me ponía fuera de combate; de otra suerte, no ocultaré que la ventaja de mi educación, para maestro y guía a la vez, hubiera podido hacer de mi persona un partido más conveniente que la de cualquiera de mis hermanos mayores.

—Y... ¿miss Vernon era, sin duda, de igual parecer?

—¡Oh! ¡Esto es tan lejano! —contestó Rashleigh descartando tal hipótesis con una apariencia de modestia que cabalmente la confirmaba—. Amistad y solo amistad nos unía el uno al otro, teniendo por consejo el afecto naciente en un corazón tierno. En cuanto al amor, no nos hirió en lo más mínimo. ¿No os lo he dicho ya? La prudencia llegó a tiempo.

La conversación me irritaba y, no sintiéndome con humor para sostenerla más, aproveché en seguida la ocasión para retirarme a mi cuarto.

Presa de violenta agitación, discurrí, paseando y repitiendo en alta voz las expresiones que más me habían chocado.

«Corazón sensible... natural ardiente... afecto naciente... ¡amor!... ¡Diana, la más bella mujer que existe en el mundo, enamorada de aquellas piernas zambas y de aquel pescuezo sobre aquellas espaldas! ¡De un miserable patizambo, de un Ricardo II sin joroba!... Sí: pero los buenos momentos que le ofrecieron las malditas lecciones, su lenguaje dorado, sus transportes de melosa sensiblería... Y después, el aislamiento de ella, sin nadie que la hiciera oír la voz de la razón... Se enredaría con él, claro está. A la admiración que dispensa ella a su talento, se mezcla cierto despecho que bien puede ser efecto de una pasión no correspondida... Mas ¿qué me importa? ¿A qué calentarme de cascos y abandonarme al furor? ¿Sería, acaso, la primera niña hermosa que hubiera escogido, por amante o por esposo, a un pícaro deforme? Y, supuesto que se haya librado de todos aquellos condenados novios ¿qué tengo yo que ver en ello?... ¡Una papista, una jacobita, un marimacho!... ¡Pensaren ella fuera el colmo de la locura!».

Semejantes reflexiones, lejos de calmar mi arrebató, lograron solo convertirlo en cólera sorda. Bajé para sentarme a la mesa, y lo verifiqué en la más negra disposición que imaginarse pueda.

orgullo, que me exponía a frecuentes mortificaciones.

¿Amaba a Diana o no? Lo ignoraba yo mismo. No obstante, desde que Rashleigh me habló de ella como de una conquista que se dignaba utilizar o desechar a voluntad suya, cuantos esfuerzos había hecho la pobre muchacha, en la inocencia y rectitud de su corazón, para establecer entre nosotros alguna amistad, me parecieron otros tantos rasgos de insultante coquetería. «¡Hola, hola! Conque ¡quiere asegurarse de mí como de un recurso, por si Rashleigh no se compadece de ella! Verá que no soy hombre para caer en semejante lazo: le haré ver que conozco sus tretas y que las desprecio».

Este desahogo de indignación, tan fuera de lugar, prueba que no me eran del todo indiferentes los atractivos de miss Vernon (no lo había reflexionado) y me senté a la mesa muy encolerizado contra ella y las demás hijas de Eva.

De momento se sorprendió al oírme contestar, en desapacible tono, a dos o tres observaciones donosas que se permitió con su ordinaria libertad. Mas, no suponiendo en mí intención alguna de mortificarla, se contentó replicando en igual sentido, aunque con más urbanidad y con cierto ingenio. Por fin, reparó en que estaba yo realmente de mal humor, y, después de una de mis salidas de tono:

—Señor Frank —dijo—, reza el proverbio que no hay tonto de quien no se aprenda algo. El otro día oí al primo Willrid negarse a continuar tirando el bastón con el primo Thornie, porque el primo Thornie se enojaba y sacudía más fuerte de lo que permiten, a lo que parece, las reglas del juego. «Si quisiera romperte la crisma, sin escrúpulos —dijo el valiente muchacho—, poco me importaría el verte encolerizado, porque así me sería más fácil; pero no me gusta recibir serios golpes sobre la cabeza mientras que yo los doy en broma». ¿Comprendéis la moral de la historia, Frank?

—No me hallo todavía, señora, en la necesidad de buscar las partículas de buen sentido con que esos caballeros sazonan sus razonamientos.

—Necesidad... señora... ¡Me dejáis admirada!, señor Osbaldistone.

—Mucho lo siento.

—¿Ese talante afectado proviene de un capricho, o lo habéis adoptado solo para añadir mérito a vuestro buen humor?

—Tenéis aquí derecho a la consideración de tantos caballeros, miss Vernon, que no os sienta bien el preguntar por qué mi ingenio es pobre y mal templado.

—¿Eh? ¿Eso significa que habéis desertado de mi partido para pasaros al enemigo?

Puso los ojos en Rashleigh, sentado a la otra parte de la mesa, y, notando

que nos acechaba con singular atención, añadió:

¡Ahora entreveo la verdad terrible!

Rashleigh se fija en mí con vista horrible,
indicando su presa...

Pero, a Dios gracias, en mi estado de abandono, he asistido a la escuela de la paciencia y no me ofendo por una tontería. Para no verme envuelta, de buen o mal grado, en una querella, me retiro antes de lo acostumbrado, y deseo que digiráis bien la cena y el mal humor.

Y abandonó la mesa.

Su salida me dejó muy corrido por mi conducta. ¿Qué había hecho yo? A las primicias de una amistad, de que la joven me había dado pruebas tan sinceras durante la víspera, había respondido como un bruto. Había casi amenazado con un insulte a aquel ser delicioso, sin apoyo sobre la tierra, cuya condición lamentaba ella de un modo tan conmovedor. ¡Ah! Me había portado con indisculpable brutalidad.

Para combatir o ahogar en mí tan dolorosas reflexiones, honré más de lo acostumbrado la botella que circulaba alrededor de la mesa. En el estado de desorden porque pasaban mis sentidos, y, sobrio como era yo, no tardé en experimentar los efectos del vino. Los bebedores de profesión pueden, según parecer general, entregarse a tales excesos sin debilitar mucho su inteligencia, la cual, ni en ayunas, es nunca muy firme; pero aquellos que no han contraído la inveterada costumbre de la embriaguez, sienten de una manera más viva su pernicioso influencia.

Mi cerebro, ya calentado, se desbordó hasta la extravagancia. Se me ocurrieron ideas sin cuento; discutí a derecho y siniestro, me enredé en historias sin pies ni cabeza y, a intervalos, solté carcajadas estupendas; acepté muchas apuestas sobre cosas en que no entendía palabra; desafié a un combate de boxeo al gigantesco John, por más que este, durante un año, no hubiese tenido rival en las luchas de Hexham, ni me hubiese aventurado yo a una sola embestida. Mi tío tuvo la bondad de intervenir para oponerse a semejante locura, que no hubiera dejado de terminar a costa de mi integridad física.

La malignidad ha llegado hasta suponer que entoné una canción báquica; pero, como no tengo recuerdo de ello, y en mi vida he modulado un sonido, ni antes ni después, me complazco en creer que es una calumnia gratuita. Bastantes necedades cometí para que no haya de añadirse la indicada.

Si no perdí por completo el conocimiento, perdí, en cambio, toda clase de dominio sobre mí mismo, y convertirme en juguete de los furiosos impulsos que me agitaban. Me había sentado a la mesa mohíno, descontento y decidido

a guardar silencio, y la embriaguez me convirtió en charlatán, quisquilloso y pendenciero. A todo opuse dificultades, y atacé, en presencia de mi tío y sin miramiento alguno, sus sentimientos políticos y religiosos. La moderación que simulaba Rashleigh, mezclando, en dosis calculadas, los rasgos más sangrientos, me exasperó mil veces más que los clamores y fanfarronadas de sus turbulentos hermanos. Sir Hildebrando (debo hacerle esta justicia) se esforzó en restablecer la calma entre nosotros, pero su autoridad fue desconocida en medio del tumulto de las pasiones.

Por fin, herido hasta el frenesí por cierta injuriosa alusión, real o supuesta, me arrojé sobre Rashleigh y le di un bofetón. El más endurecido e imperturbable estoico no hubiera recibido tamaño ultraje con más despreciativa serenidad. Lo que, en apariencia, conceptuó indigno manifestar, Thorncliff lo expresó. Las espadas salieron de sus vainas y habíamos cambiado ya algunos pasos cuando se nos separó a viva fuerza. No olvidaré jamás la risa infernal que hizo contraer las repugnantes facciones de Rashleigh cuando este me vio arrastrado hacia afuera por dos de aquellos jóvenes titanes. Me encerraron en mi aposento y, con inexplicable ira, les oí riendo a carcajada suelta mientras bajaban la escalera. En mi furor, probé de derribar la puerta, pero el hierro que la sujetaba pudo más que mi esfuerzo. Acabé por echarme en cama y dormirme, ideando para el siguiente día terribles proyectos de venganza.

Con él llegó el grave arrepentimiento. Sentí, en la forma más dolorosa, lo violento y absurdo de mi conducta, y hube de reconocer que el vino y la cólera me habían degradado muy por debajo de Wilfrid, a quién consideraba al igual de un bruto. La necesidad de excusar mi inconveniente modo de proceder no endulzaba, ni con mucho, la amargura de mis remordimientos, máxime al pensar que miss Vernon debería ser testigo de mi humillación: ella con quien, para colmo de desgracia, me había portado tan mal, sin que me quedara el triste recurso de achacar mi falta a la embriaguez.

Abatido bajo el peso de tales sentimientos de vergüenza y de envilecimiento, bajé para desayunar, como criminal que va a oír su sentencia.

La casualidad había hecho que una espesa neblina impidiera la partida de caza, y que la familia entera, a excepción de Diana y de Rashleigh, estuviera reunida alrededor de una empanada de caza, y de un solomo de buey. Mortificación de más. No bien entré en el comedor, manifestaron gran alborozo, y fácilmente conocí que se divertían a costa mía.

En efecto: lo que estaba yo dispuesto a lamentar no parecía, a los ojos de tío y sobrinos, sino un lance divertido, y así bromeando acerca de mis hazañas de la víspera, el viejo castellano juró que era preferible, a mi edad, embriagarse tres veces por día, que acostarse a sangre fría como presbiteriano

que deserta la sociedad de bulliciosos compadres y de una alegre pinta de burdeos. En demostración de sus frases de consuelo, llenó mi vaso de aguardiente, exhortándome a que cortara «un pelo de la bestia que me había mordido».

—¡Deja a los chicos que ríen a sus anchas, sobrino! —prosiguió—. Habrían sido, como tú, verdaderas sopas de leche, si no los hubiera criado, por decirlo así, entre el asado y la botella.

En general, mis primos no tenían mal carácter, y observaron la pena que me causaban aquellas alusiones a los incidentes de la víspera, por lo que procuraron, con bondadosa torpeza, borrar tan penosa sensación. Solo Thorncliff refunfuñaba y parecía guardarme rencor. Desde mi llegada, este joven me había tomado inquina, por lo que estaba yo ajeno a recibir del mismo alguna de las muestras de ruda simpatía que, en ocasiones, me dispensaban sus hermanos. Si era cierto, como empezaba ya a presumir, que se le consideraba en la casa o que se consideraba él mismo, cual futuro esposo de miss Vernon, tal vez miraba con celos la predilección con que Diana distinguía a un recién llegado, que podía convertirse en peligroso rival.

Rashleigh apareció, por fin. El tinte sombrío, extendido como gasa fúnebre sobre su fisonomía, revelaba que no había olvidado el cruel e injustificable insulto que le infiriera yo. Mi plan estaba trazado de antemano, habiéndome convencido, a fuerza de razonamientos, de que el verdadero honor consistía no en batirme, sino en presentar mis disculpas por una ofensa tan poco en armonía con el agravio de que hubiera podido quejarme.

Saliendo, pues, con toda prisa al encuentro de Rashleigh, expresé a este lo mucho que me mortificaba el pensar en la violencia de que me había hecho culpable para con él.

—Nada del mundo —dije— me arrancara una sola palabra de excusa, a no haber sentido ya la inconveniencia de mi proceder. Espero, primo, que aceptéis la seguridad de mi sincero remordimiento y que tengáis a bien achacar gran parte de mis yerros a la excesiva hospitalidad del castillo de Osbaldistone.

—Será tu amigo, muchacho —exclamó el honrado baronet, con profunda alegría— o que Dios me condene si sigo llamándole hijo mío. ¡Vamos, Rashie! ¿Qué haces ahí plantado como un tronco? Lo deploro... ¿Qué más puede decir un hidalgo que ha obrado mal, sobre todo después de beber? Yo he servido a Hounslow, y sé lo que me digo en cuestiones de honor. Cese la querrela y vamos todos juntos a perseguir al tejón por las cuevas de Birkenwood.

La fisonomía de Rashleigh, conforme lo he hecho notar ya, no se parecía a otra alguna, y aquella originalidad provenía no solo del carácter de sus rasgos salientes, sino también de la movilidad de expresión de los mismos. En el

tránsito del dolor a la alegría, de la cólera a la satisfacción, se produce un ligero compás de espera, antes de que el nuevo sentimiento borre enteramente del rostro el que reemplaza. Es un fenómeno moral parecido al crepúsculo que separa las tinieblas de la luz: los músculos tirantes se aflojan, se esclarecen los sombríos ojos, la frente contraída se dilata; la fisonomía, en una palabra, se despoja de su aspecto violento, para presentarse calmada y serena. La de Rashleigh no pasaba nunca por tales gradaciones, revistiendo, casi sin transición, la máscara del sentimiento opuesto al dominante. Con nada acierto a comparar mejor este efecto que con un cambio de decoración en un teatro donde, al silbido del tramoyista, desaparece una caverna y se presenta una floresta.

La singularidad de que hablo me maravilló como nunca en tal ocasión. Al penetrar en la sala, Rashleigh estaba «sombrió como la noche»; escuchó sin inmutarse mis explicaciones y la exhortación de su padre, y, apenas hube terminado este, su rostro tomó de improviso su aspecto risueño. Me manifestó con las frases más corteses y afables su satisfacción completa ante la reparación honrosa que le acababa yo de ofrecer.

—¡Dios mío! —exclamó—. Tampoco mi cabeza es muy resistente, y en cuanto le mando más de tres vasos de vino, ya no me queda, como al honrado Casio, más que un vago recuerdo de la víspera. Se me reproducen las cosas confusamente; nada de preciso; una disputa y nada más. Por tanto, querido primo —añadió estrechándome amistosamente la mano—, juzgad de mi complacencia observando que estoy en el caso de recibir explicaciones en vez de hallarme en el de darlas. Asunto concluido, pues. Gran tontería fuera el comprobar una cuenta cuyo balance, que temía me fuese contrario, se decide inopinadamente en favor mío. Ya veis, señor Frank, que uso el lenguaje del comercio, preparándome, lo mejor que puedo, para mi nuevo estado.

Al disponerme a contestarle, levanté los ojos que tropezaron con los de miss Vernon, la cual, habiendo entrado sin mover ruido, acababa de prestar atento oído a las palabras de Rashleigh. Corrido y confuso, bajé la cabeza y pasé a sentarme al lado de mis primos, quienes no habían dejado de probar todos los manjares del almuerzo.

Mi tío tomó pretexto de las escenas de la víspera para dirigirnos una lección de moral práctica. Nos aconsejó, con la mayor seriedad del mundo, a Rashleigh y a mí, que nos corrigiéramos de nuestras costumbres de «sopa con leche», según su expresión favorita, y que acostumbráramos, poco a poco, nuestros cerebros, a soportar la cantidad de vino propia de hidalgos, sin disputar ni venir a las manos. Al efecto, será conveniente, desde los primeros tiempos, sorber una doble pinta de burdeos cada día: lo bastante, con ayuda de la cerveza y del aguardiente, para novicios en el arte de beber.

Para infundirnos ánimo añadió que había conocido a muchas personas de nuestra edad que no apuraban su correspondiente botella a cada comida, las cuales, frecuentando el trato de honrada compañía y gracias a los buenos modelos, concluyeron por figurar entre los mejores bebedores de su época, despachando sus seis botellas, sin riñas ni bravatas en el acto, ni resentimientos y asperezas al siguiente día.

No aproveché en lo más mínimo lo razonado de semejante advertencia, ni la halagüeña perspectiva que me hacía entrever, sino que, cuantas veces volví la cabeza hacia el lado en que estaba miss Vernon, sorprendí las miradas de estas fijas en mí, y creí leer en ellas la expresión de una conmiseración grave mezclada de duelo y de cierto arrepentimiento. Pensé en los medios de provocar explicaciones y de excusarme, mas ella misma se resolvió a evitarme el disgusto de solicitar una entrevista.

—Primo Francis —dijo dispensándome igual título que a los jóvenes Osbaldistone, aunque no me unía a ella lazo alguno de parentesco—; leyendo esta mañana la Divina Comedia, del Dante, me he atascado en un pasaje difícil. ¿Tendréis la bondad de subir a la biblioteca para ayudarme con vuestras luces? Cuando me habréis descifrado el sentido del oscuro florentino, iremos a reunimos con los demás para ver cómo han logrado sacar al tejón de su madriguera.

Contesté, con natural ansiedad, que estaba a sus órdenes. Rashleigh se ofreció a acompañarnos.

—Soy algo más hábil —dijo— para inquirir el pensamiento del poeta, a través de las concisiones y metáforas de su estilo inculto y nebuloso, que para arrojar de su madriguera a un pobre e inofensivo anacoreta.

—Perdonad, Rashleigh —contestó Diana—; mas ya que vais a ocupar la plaza del señor Francis en las oficinas de su padre, fuerza es ceder el cuidado de continuar la educación de vuestra discípula. Recurriremos a vos, si es necesario, y por ende os ruego que dejéis ese aspecto fúnebre. Aparte de que sería vergonzoso para vos no entender nada en materia de caza. ¿Qué vais a contestar a vuestro tío de Londres si os pregunta cómo se acosa a un tejón?

—¡Ah! ¡Tienes razón, Diana, mucha razón! —dijo el anciano suspirando—. Capaz es de quedarse con la boca cerrada si se le pone a prueba. Hubiera podido adquirir conocimientos útiles, como sus hermanos, porque ha sido educado en la buena escuela, y de ello me enorgullezco; pero las tontadas francesas y la lectura de los librotos, los nabos de Holanda y los ratones de Hannover lo han barajado todo en la vieja Inglaterra. ¡Vamos, Rashleigh! ¡En marcha, y trae acá mi venablo! Tu prima no necesita de tus servicios, y yo no permito que se la contraríe. No quiero que se diga que en el castillo hubo solo una mujer, y que esta murió por no haber podido gobernar a su antojo.

Rashleigh obedeció, no sin decir en voz baja a miss Vernon:

—¿Supongo que será conveniente hacerme acompañar por el cortesano Ceremonia, si resuelvo llamar a la puerta de la biblioteca?

—No, Rashleigh, no —replicó la joven—; no os rocéis más con el falso mágico Disimulo: es el mejor medio de aseguraros libre acceso durante nuestros coloquios clásicos.

Y, dicho esto, se dirigió hacia la biblioteca. La seguí... Iba a decir como un criminal que se dirige al patíbulo: comparación de que creo me he servido ya una o dos veces. Baste con saber que la seguí presa de malestar y de turbación, y que habría dado cualquier cosa para evitar esta: tan necia e inoportuna me parecía después de haber respirado los aires del continente tiempo bastante para aprender que la ligereza, la galantería y una confianza de buen tono deben ser distintivos del caballero a quien una linda mujer concede el favor de una entrevista.

La naturalidad, empero, me impuso aquellas formas extrañas, y hubo de ser muy ridícula mi situación cuando miss Vernon, sentándose majestuosamente en holgado sillón, como juez que se prepara a tratar una causa importante, me señaló con el gesto una simple silla de enfrente, en que me coloqué a guisa de acusado en su banquillo.

Acto seguido, principió a hablar la joven en tono de amarga ironía.

13

—¡Soberbio, caballero! —dijo miss Vernon, en el tono de quien ejercía, como privilegio, el derecho de satirizar—. ¡Habéis hecho prodigios! No suponía en vos tan bellas disposiciones. ¿Sabéis que el ensayo de ayer os ha franqueado por completo las puertas de la cofradía de Osbaldistone? ¡Golpe magistral, caballero!

—Tengo conciencia de mis yerros, miss Vernon, y cuanto puedo alegar en defensa propia es que me habían comunicado ciertos planes que produjeron en mí extraordinaria agitación. De sobras sé que mi conducta fue inconveniente y absurda.

—¡Sois injusto con vos mismo! —repuso, sin misericordia—. Según lo que he visto y sabido, conseguisteis desplegar, en una sola noche, las cualidades superiores que distinguen a todos vuestros primos juntos: la delicadeza y la magnanimidad del amable Rashleigh, la temperancia de Percie, la serenidad de Thorncliff, la paciencia de John y el furor de Dick por apostar.

Sí: un individuo solo lo ha ostentado todo a la vez, escogiendo lugar, hora y circunstancias a propósito para hacer honor al buen gusto y al tacto del sabio Wilfrid.

—¡No me confundáis, por piedad! —exclamé pareciéndome la lección tan ruda como merecida, y atendiendo a su procedencia—. Permitidme alegar, a guisa de explicación de las locuras impropias de mi carácter, las costumbres de esta casa y de este país. ¡Oh! no las apruebo, no, al contrario... por más que ahí está la autoridad de Shakespeare: «el buen vino (dice en Otelo), es una criatura complaciente y familiar por quien deja cogerse el hombre más tarde o más temprano».

—Sí, señor Francis; pero esta socorrida excusa está puesta en boca de Yago, el más redomado pícaro que ha retratado Shakespeare... Pero no voy a abusar más de la ventaja que me ofrece vuestra cita, anonadándoos con la vengativa respuesta de Casio al pérfido tentador. Lo que deseo comunicaros es que aquí habita una persona, a lo menos, enojada de ver a un joven de talento y de porvenir precipitarse en el cenagal en que se revuelcan cada noche los moradores de esta casa.

—No he hecho sino poner el pie en él, y os juro que tamaña corrupción me ha indignado demasiado para que vuelva a hundirme en ella.

Sensata es la resolución. Lo que he oído decir me ha disgustado tanto, que... ya lo veis, solo he pensado en vos. Pasemos ahora a lo que me atañe. Ayer, durante la cena, os portasteis como si hubieseis averiguado algo que me enajenara vuestro afecto. ¿Puedo saber qué es ello?

Quedé viendo visiones. Entre hombres de mundo una explicación de tal índole se efectúa ordinariamente en términos claros y precisos que van derechos al fin; mas entre personas de distinto sexo, se envuelve en perífrasis, circunloquios y precauciones oratorias. De otra parte, mi turbación era extremada; pues, recordando las confidencias de Rashleigh, me veía obligado a reconocer que, aun cuando fuesen verídicas, hubieran debido inspirarme, con respecto a Diana, más bien compasión que pueril resentimiento. Aun en el supuesto de que pudieran justificar mi comportamiento, siempre me hubiera sido muy difícil repetir a la joven lo que tanto debía mortificarla.

Viéndome turbado, miss Vernon me dijo en tono apremiante, pero fino y moderado todavía:

—Espero que el señor Osbaldistone no me negará el derecho de pedirle esta explicación. No cuento con pariente alguno que me defienda, y es justo, por tanto, que me defienda yo misma.

Me esforcé, torpemente por cierto, en atribuir la causa de mis tonterías a un repentino malestar, a contrariedades, a noticias de Londres. La joven dejó que

apurara todos los recursos, sonriendo con incredulidad, y, cuando hube apurado mi caudal:

—Ahora —dijo— que habéis concluido vuestro prólogo de excusas con la misma fortuna que se concluyen los prólogos todos, servíos correr el telón y presentarme lo que deseo ver. En una palabra: dadme a conocer lo que Rashleigh ha dicho de mí, pues él es el gran tramoyista que pone en juego toda la maquinaria del castillo.

—Y, suponiendo que me haya revelado algo, ¿qué merece quien falta al secreto de un aliado para revelarlo al otro? Según confesión vuestra, le consideraréis todavía aliado, ya que no amigo.

—¡Basta de ambigüedades y de broma sobre el particular! No tengo paciencia ni deseo de escucharlas. Rashleigh no puede, no debe, no osará abrigar con respecto a mí, Diana Vernon, intenciones que no pueda yo saber. Que entre los dos existen secretos, cierto; pero lo que os ha dicho no puede referirse a ellos, ni es personalmente a mí a quien interesan.

Mientras así hablaba, recobré mi presencia de ánimo, formando la súbita resolución de no referir la especie de confidencia que me hiciera Rashleigh. Me repugnaba, como cosa vil, el revelar una conversación privada; nada bueno habría de obtenerse, y miss Vernon lo sentiría, de seguro. Repliqué, pues, gravemente, que solo había tenido con Rashleigh un frívolo coloquio relativo a los habitantes del castillo, y que nada había averiguado que motivara contra ella una desfavorable suposición.

—No puedo decir más —añadí— sin faltar a las leyes del honor.

La joven saltó de su sillón con el ímpetu de una heroína que va a lanzarse al combate.

—¡Que no diréis más, caballero! —dijo—. Espero de vos otra cosa.

Tenía el rostro inflamado y sus ojos destellaban cólera.

—Sí —prosiguió—; reclamo la explicación que una mujer, cobardemente calumniada, tiene derecho a reclamar de todo hombre que pretende abrigar sentimientos de honor; la que una joven sin madre, sin amigos, sola en el mundo, sin otro guía ni apoyo que ella misma, tiene derecho a exigir de aquellos a quienes la suerte ha favorecido, en nombre del mismo Dios que los ha puesto sobre la tierra: ¡a ellos para la dicha y a ella para el sufrimiento! No me desatendáis o algún día —añadió elevando los ojos en actitud solemne—, os arrepentiréis amargamente, si es que existe, aquí abajo o allá arriba, una justicia para las malas acciones.

A tan vehemente apostrofe, perdí toda reserva; mi conciencia despertó, y, prescindiendo de falsas delicadezas, expuse, en claras y breves frases, lo que

había sabido por Rashleigh.

No bien entré en explicaciones, Diana volvió a sentarse y a adoptar una discreta actitud. Al verme titubear en la elección de un modismo, exclamaba en seguida:

—¡Continuad, continuad! La primera palabra que se os ocurre es la más clara y, por consiguiente, la mejor. No penséis en lo que me pasa; hablad como lo haríais con cualquier indiferente.

Imposible retroceder. Repetí, balbuceando, lo que Rashleigh me confiara de cierto arreglo de familia que imponía a la joven por marido a un Osbaldistone y de la dificultad en que ella se encontraba para elegirlo. De buena gana limitara a lo dicho mi confesión, pero era la joven demasiado ladina para aceptarla en tales términos, y adivinó lo que le ocultaba.

—¡Ah! ¿Rashleigh os ha referido esa historia? Reconozco en ello su malsana naturaleza. Soy cual la pobre hija del cuento de hadas, prometida desde la cuna al Oso Negro de Noruega, la cual lloraba, como nunca, cuando sus compañeras la llamaban «la novia de la Bestia». Pero, además de lo dicho, ¿verdad que os ha revelado otra cosa interesante para él y para mí?

—Me ha dado a entender claramente que, a no ser por lo desagradable que le era el suplantar a un hermano, anhelaría, de veras, dado su cambio de carrera, que el nombre de «Rashleigh» llenara el blanco de la dispensa, en lugar de «Thorncliff».

—¡Miren qué bondadoso! Es demasiado honor para su pobre sirvienta. Y... ¿cree que esta se sentiría orgullosa de semejante sustitución?

—Para no ocultaros nada, os diré que ha dejado entreverlo, insinuando después...

—¿Qué? ¡Quiero saberlo todo!

—Que había roto el lazo de vuestras antiguas relaciones por, temor de que originara una intimidad de que su vocación eclesiástica le impediría sacar provecho.

—¡Muchas gracias por el escrúpulo!

Cada rasgo del delicioso rostro de la joven respiraba el más soberano desprecio. Esta reflexionó un momento y, con su ordinaria calma, añadió:

—Lo que acabáis de manifestar no me maravilla; debía esperarlo, ya que, exceptuando una circunstancia, es la pura verdad. Mas así como hay venenos terribles, de los cuales parece que bastan algunas gotas para infectar toda una corriente, así Rashleigh ha derramado en sus confidencias perfidia suficiente para corromper el material de la verdad. La primera y más odiosa de sus

mentiras estriba en que, sabiendo las razones que tengo Para conocerle, sabe que nada del mundo puede decidirme a unir mi suerte a la suya. ¡No! — exclamó como guiada por una especie de sacudida de horror—. ¡No! ¡Cualquier destino menos ese! El borracho, el jugador, el bruto, el chalán, el imbécil son mil veces preferibles a Rashleigh, y antes que todos, ¡el convento, la cárcel, la tumba!

Había en su voz un acento de desgarradora melancolía, que armonizaba perfectamente con lo raro de su conmovedora situación. Tan joven, tan bella, sin experiencia, abandonada a sí misma, se veía privada del apoyo natural que dan la presencia y la protección de otras mujeres, y hasta de la especie de defensa que es privilegio de su sexo en la sociedad urbana.

Apenas será metáfora el consignar que mi corazón manaba sangre por ella. Y, no obstante, ¡cuánta dignidad en aquel desdén de las formas usuales! ¡Cuánta grandeza en su desprecio de la falsedad! ¡Cuánta firmeza de carácter en su modo de afrontar los peligros que la rodeaban! La lástima que me inspiraba se confundía con la más ardiente admiración. Se la tomara por reina abandonada de los suyos, despojada de su poder, pisoteando esas reglas de conducta buenas, a lo más, para los inferiores, y no contando, en su desdicha, sino con la justicia divina y la inquebrantable fortaleza del alma.

Quise expresarle los sentimientos de cariño y de simpatía que hacían nacer en mí sus desventuras y su valor, y me interrumpió al instante.

—Os tengo dicho, bromeando, que no gusto de cumplidos, y os diré seriamente que no solicito compasión y que los consuelos me fatigan. Lo que he debido sufrir lo he sufrido; lo que me toca sufrir aún lo soportaré como pueda. No hay palabra alguna de conmiseración que pueda aligerar, en lo más mínimo, al esclavo, de la carga que pesa sobre él. Solo un ser en el mundo podía auxiliarme, y ha preferido aumentar mis desdichas: Rashleigh... Hubo un tiempo, ciertamente, en que hubiera podido yo aprender a amar a ese hombre; pero ¡Dios mío! ¿cómo olvidar el plan que le indujo a insinuarse en la confianza de una criatura abandonada, la perseverancia inflexible con que la persiguió, año tras año, sin un solo instante de remordimiento o de compasión; el motivo que le hubiera hecho convertir en veneno el alimento que daba a su espíritu? ¡Providencia divina! ¿qué hubiera sido de mí, en este y en el otro mundo, a caer en los lazos de ese consumado bribón?

Me indignó de tal modo imaginar el horrible complot cuyo velo acababa la joven de levantar, que puse mano en la espada y me lancé en busca del miserable para descargar en él mi legítima saña. Respirando apenas y con mirada en que a la expresión del desprecio y de la ira reemplazaba la del azoramiento más vivo, miss Vernon se precipitó a cortarme el paso.

—¡Deteneos! —exclamó—. ¡Deteneos! Por justa que sea vuestra cólera,

no conocéis todavía la mitad de los secretos de esta horrible prisión.

Lanzó una inquieta ojeada alrededor de la estancia, y, bajando la voz hasta convertirla en murmullo, añadió:

—¡Algún hechizo protege su vida! No podéis atacarle sin poner en peligro otras existencias, sin provocar una mortandad. A no ser así, ¿creéis que esta débil mano no hubiera adelantado, por su cuenta, la hora de la justicia? —y, restituyéndome a mi puesto, terminó diciendo—: Antes os he dicho que no necesito consuelos; ahora os digo que no necesito vengador.

Maquinalmente volví a ocupar mi asiento y, meditando aquellas últimas palabras, recordé lo que había olvidado en el primer calor de la indignación: que no tenía derecho alguno a constituirme en campeón de Diana. Esta calló durante algunos minutos a fin de dar a nuestras emociones tiempo bastante para calmarse, y continuó en tono más tranquilo:

—Os lo repito. Un misterio de naturaleza formidable envuelve a Rashleigh. Infame como es y aunque sepa que conozco su infamia, no puedo... no me atrevo a insultarle ni menos a romper con él. Vos mismo, señor Frank, debéis tenerlo en cuenta y contrarrestar sus malas artes a fuerza de prudencia; pero ¡en nombre del cielo!, basta de escándalo, basta de escenas violentas como la de anoche, que solo servirían para darle peligrosas ventajas sobre vos. Con esto, quedáis ya prevenido. Para lograr que lo estuvierais os he invitado a esta entrevista. Mis confidencias han ido más allá de lo que me había propuesto.

Le aseguré que no las había malogrado, y añadió:

—No: creo que no me he engañado. Hay un no sé qué en vuestra fisonomía y en vuestros modales que autoriza la confianza. Seamos siempre amigos. No debéis temer —observó sonriendo y sonrojándose un poco, pero su voz siguió clara y franca—, que el nombre especioso de amistad oculte, como dice el poeta, otro sentimiento. Educada entre hombres, y acostumbrada a pensar y a conducirme cual ellos, participo más de su sexo que del mío. Además, un velo fatal me cubre desde la cuna, y jamás, podéis creerlo, jamás he pensado en llegar a la odiosa condición que puede separarlo de mí. La hora de adoptar una resolución irrevocable no ha sonado aún, y no aspiro, al igual que los restantes comensales de la naturaleza, sino al goce libre de la tierra y del aire durante el mayor tiempo posible. Y... ya que el pasaje del Dante está puesto en claro, os ruego que vayáis a ver qué es de nuestros cazadores. Por mi parte, me duele tanto la cabeza, que no me encuentro en disposición de acompañaros.

También yo me sentí poco dispuesto para reunirme a una partida de caza. Experimenté necesidad de un paseo solitario, para refrescar mis sentidos antes de hallarme de nuevo en compañía de Rashleigh cuyos malvados cálculos

acababan de serme revelados de una manera tan horrorosa. En la familia Dubourg, que pertenecía a la religión reformada, había oído ciertas historias de sacerdotes católicos que violaran, desde los derechos de la amistad y de la hospitalidad, hasta los más sagrados lazos de la vida social, para satisfacer pasiones que la Iglesia les encarga reprimir; mas el premeditado designio de emprender la educación de una infortunada huérfana, noble de nacimiento y perteneciente a la propia familia, con el pérfido intento de seducirla algún día; semejante plan, digo, revelado con todo el calor de una virtuosa indignación por aquella que debía ser víctima del mismo, me pareció exceder en infamia a cuanto se me había contado en Burdeos. Después de ello, difícil había de serme encontrar a tamaño monstruo sin que se desbordara el horror que me inspiraba. Y, no obstante, fuerza era contenerme, no solo por efecto de las misteriosas alusiones de Diana, si que también porque no tenía yo pretexto decoroso para provocar un lance con Rashleigh.

La decisión que adopté fue la de oponer al disimulo del propio Rashleigh una prudente reserva durante el tiempo que estaríamos juntos, y, con motivo de su partida, advertir a Owen que se pusiera en guardia, describiéndole el personaje, y velara con mayor ahínco por los intereses de mi padre. «La avaricia o la ambición —pensé— pueden ejercer tan gran atractivo, y mayor tal vez, sobre un alma del temple de la de Rashleigh, que el culpable libertinaje. La energía de su carácter y su habilidad en cubrirse con la máscara de todas las virtudes habrían de granjearle extrema confianza, y no era cosa de esperar que la buena fe o la gratitud le impidieran abusar de ella». La tarea era bastante delicada, sobre todo en la posición en que me encontraba yo. La desconfianza que me proponía despertar podría achacarse a celos contra un rival que iba a suplantarme en la gracia paterna. Sea como quiera y estimando indispensable el prevenir a Owen (quien, prudente y circunspecto, sabría sacar el conveniente partido de las indicaciones que yo le proporcionara) le escribí una carta y la mandé al despacho de postas para la primera salida.

Al hallarnos otra vez juntos, Rashleigh pareció, lo mismo que yo, dispuesto a desbrozar el terreno y a evitar todo pretexto de disputa. Creería, probablemente, que la conferencia que había celebrado yo con su prima no le había sido favorable, siquiera ignorase que se me había revelado la infamia de su conducta. Guardamos, pues, el uno para con el otro, mutua reserva, cambiando solo frases indiferentes.

Durante los pocos días que hubo de pasar aún en el castillo, dos cosas me chocaron en él. Fue la primera la facilidad casi instintiva con que su inteligencia, activa y fuerte, asimiló y coordinó los elementos de su nueva profesión, estudiando sin tregua y complaciéndose hasta en hacer gala de sus progresos, como para demostrarme cuán leve era para sus músculos el peso que me había creído yo impotente e inhábil para soportar. Otra circunstancia

aún más singular fue la de que, a pesar de los cargos hechos a Rashleigh por miss Vernon, celebraron ambos muchas, largas y secretas conferencias, sin que sus relaciones en público parecieran más íntimas que de ordinario.

El día de la partida, Rashleigh se despidió de nosotros. Su padre recibió el adiós con indiferencia; cada uno de sus hermanos con la mal disimulada alegría de estudiantes que ven marcharse al pedagogo, y yo con indiferente cortesía. En cuanto a Diana, no bien se adelantó él para saludarla, retrocedió con aire desdeñoso y le dijo con gesto altanero:

—¡Adiós, Rashleigh! ¡Que el cielo os premie el bien que habéis hecho, y os perdone el mal que habéis querido hacer!

—¡Así sea, bella prima! —contestó en tono compungido que le provenía, a lo que creo, de sus costumbres de seminario—. ¡Dichoso aquel cuyas buenas intenciones han dado fruto y cuyos malos pensamientos han perecido en germen!

Estas fueron sus últimas palabras.

—¡Qué hipócrita! —me dijo miss Vernon viéndole alejarse—. ¡Cuán engañosas son las apariencias, y cuán poca diferencia existe entre lo que se aborrece y lo que se venera más!

Había dado yo a Rashleigh una carta para mi padre y algunos renglones para Owen, aparte la misiva de que he hablado ya y que, por prudencia, había mandado por otro conducto.

Natural hubiera sido aprovechar la ocasión para ilustrar a mi padre y a mi amigo acerca de mi situación verdadera, la cual solo servía para perfeccionarme en el arte de la caza y hacerme perder, entre palafreneros y mozos de cuadra, los conocimientos útiles o el talento de sociedad que antes adquiriera. ¿No hubiera podido expresarles el fastidio y el disgusto de que era víctima estando entre personas cuyo único afán consistía en divertirse groseramente; condolerme de la acostumbrada intemperancia de mis compañeros y del mal humor del castellano cuando rehusaba yo imitar su ejemplo? Este último punto, en especial, no hubiera dejado de alarmar a mi padre, hombre de rara sobriedad, y el hacer hincapié en ello me abriera, de seguro, las puertas de mi cárcel, abreviando la duración del destierro o procurándome, a lo menos, un cambio de resistencia.

Tales eran los inconvenientes con que hubiera debido trazar yo el cuadro destinado a mi padre, a fin de recabar permiso para abandonar el castillo de Osbaldistone. Sí: nada más sencillo que obrar de tal manera; y, no obstante, es lo cierto que no hablé palabra de ello. Sustituid Osbaldistone por Atenas, en su antiguo esplendor, con sus sabios, poetas y héroes, y no hubiera tenido menos impaciencia por dejarla.

Cuanto hayan conservado en el fondo de su alma algunos destellos del fuego de la juventud se explicarán, sin trabajo, mis reticencias. La exquisita belleza de miss Vernon, de la que esta parecía darse apenas cuenta, su situación novelesca y misteriosa, los peligros que la cercaban y el valor con que hacía frente a ellos; sus modales, más libres de lo que con venía a su sexo, pero cuya libertad provenía de su propia inocencia, y, sobre todo, la halagüeña preferencia con que abiertamente me honraba, eran otros tantos motivos para interesar mis sentimientos, estimular mi curiosidad, poner en juego mi imaginación y halagar mi vanidad juvenil. ¡Y pensar que no me atrevía a confesarme a mí mismo el apasionado interés que la joven me inspiraba y el preferente lugar que ocupaba ya en mis pensamientos!

Lecturas, paseos, excursiones hasta en horas de descanso: todo fue común entre ambos. El curso de sus estudios, suspendido a su ruptura con Rashleigh, continuó bajo los auspicios de un maestro cuyas miras eran más puras, aunque su genio fuera mucho más modesto.

En efecto: carecía yo de las cualidades indispensables para auxiliarla en ciertos trabajos serios que emprendiera bajo la dirección de Rashleigh y más propios de un eclesiástico que de una linda mujer. Ni siquiera me explico con qué intento había él impulsado a su discípula en el sombrío dédalo de las sutilezas que los pedantes llaman filosofía, o en el estudio de ciencias igualmente abstractas, aunque más positivas, de las matemáticas y de la astronomía. Tal vez había intentado borrar con ello del espíritu de Diana la idea de diferencia de sexos, acostumbrándola a argucias del raciocinio a fin de servirse de ellas, en su día, para prestar al mal la apariencia del bien.

Con idéntico propósito, y en esto sin gran disimulo, Rashleigh había alentado a miss Vernon a que se colocara por sobre las formidables ceremonias de que se rodean las mujeres, como de una muralla, en la sociedad moderna. Verdad es que, privada de la compañía de personas de su sexo, la muchacha no podía aprender con lecciones ni ejemplos las reglas del buen parecer. Empero fue tal su natural modestia y su delicadeza en discernir el mal y el bien, que no hubiera adoptado, por propio impulso, las maneras atrevidas y desenfadas que tanto me sorprendieron a nuestro primer encuentro, si no se la hiciera creer que el desprecio de las exterioridades indicaba, a un tiempo, superioridad de espíritu y confianza en la inocencia. Su innoble maestro abrigaba, sin duda, miras particulares al arrastrar los obstáculos que la prudencia y la reserva elevan en torno de la virtud. ¡Mas de semejante crimen, como de los restantes, hace mucho tiempo que ha respondido ante el supremo tribunal!

Aparte de los adelantos que miss Vernon (cuya viva inteligencia se asimilaba con tanta facilidad los medios todos de instruirse) había realizado en el estudio de las ciencias, poseía un pasable barniz con respecto a lenguas vivas, dominando la literatura antigua y moderna. Si no estuviera fuera de

duda que las inteligencias vigorosas se desarrollan tanto más de prisa cuanto más el auxiliar parece faltarles, sería poco menos que imposible creer en una marcha tan rápida con aquella a través del campo de los conocimientos humanos. Y se hacía más notable todavía después de comparar los que la joven sacaba de los libros con su completa ignorancia del mundo. Se presentaba inteligente en todo, desconociendo solo lo que ocurría a su alrededor. Era, a mi entender, la ingenuidad, la ignorancia misma de los detalles vulgares, su violento contraste con aquella instrucción tan variada que prestaba a su conversación irresistible encanto, encadenando, por decirlo así, la atención a su paso, ya que jamás podía preverse si la palabra que iba a decir o el acto que iba a realizar denotarían la penetración más fina o la mayor naturalidad.

El peligro al cual corría fatalmente un joven de pasiones ardientes y viviendo sin cesar en trato íntimo con una persona bella, amable y seductora, lo someto a la consideración de aquellos que no habrán olvidado los sentimientos que experimentaban a mi edad.

14

Se llevaba, en el castillo de Osbaldistone, un género de vida demasiado uniforme para que valga la pena describirlo.

Diana y yo consagrábamos la mayor parte del día a nuestros estudios predilectos, en tanto que el resto de la familia mataba el tiempo solazándose conforme a la estación. A veces íbamos a reunimos a ella.

Mi tío, hombre metódico ante todo, congenió tan bien con mi presencia y mi sistema de vida, que prefirió, en definitiva, verme tal cual era a contemplarme de otro modo. Ciertamente que me granjeara mejor su aprecio con apelar a los mismos artificios que Rashleigh, quien, prevaliéndose de la aversión de sir Hildebrando por los negocios, se había inmiscuido, poco a poco, en la administración de los bienes. Puse, de buen agrado, a la disposición de mi tío pluma y aritmética en cuanto las hubo menester, ora para contestar a los vecinos, ora para formalizar la cuenta de un colono: conceptos bajo los cuales era yo en la casa huésped más útil que cualquiera de los hijos. En cuanto a aligerarle del cuidado de los intereses domésticos, no me cuidé mucho de conquistarme su gratitud; por lo cual, el buen caballero, al confesar que el sobrino Frank era muchacho listo y hábil, raras veces dejaba de añadir que nunca creyera que el auxilio de Rashleigh le fuese tan necesario.

Como quiera que es muy desagradable permanecer en el seno de una

familia en oposición con algunos de sus miembros, me esforcé en triunfar de la frialdad con que mis primos me trataban. El cambio de mi galoneado sombrero por un gorro de caza, les hizo mudar de opinión respecto a mí, y el modo con que domé a un potro de pocos años me valió general aprecio. Dos o tres apuestas contra Dick, perdidas adrede, y un abundante brindis con Percie, me pusieron en vías de mejor compañerismo con todos los jóvenes squires, excepción hecha de Thorncliff.

He hablado ya del desvío de mi persona por parte del mayor de los primos, quien, dotado de algo más de inteligencia que los menores, tenía, asimismo, algo más de mal carácter. Regañón, sombrío y quisquilloso, me miraba como intruso en el castillo, y veía, envidioso y lleno de celos, mi intimidad con Diana, la cual por razones de familia, le estaba destinada por esposa. Si él la amaba o no, apenas si me atrevería a afirmarlo, al menos con fundamento, pero sí que la consideraba, en cierto modo, como propiedad suya, sintiéndome irritado por una injerencia que no acertaba a prevenir ni a terminar. Distintas veces probé inspirarle sentimientos mejores: rechazó mis tentativas con gracia parecida a la de un arisco mastín que se sustrae, gruñendo, a las caricias de extraña mano. Le abandoné, por ende, a su recalcitrante mal humor, y no me ocupé más del asunto.

Tal era mi situación con respecto a los miembros de la familia.

Uno de los moradores del castillo con quien, de vez en cuando, pasaba el rato, era Andrés Fairservice, el jardinero. Desde que había averiguado que era yo protestante, raras veces me dejaba pasar sin invitarme a tomar «el polvo de la amistad», con su tabaquera escocesa, complaciéndose en semejante galantería que nada le costaba, porque nunca admitía yo el tabaco, y que además, como no era él muy trabajador, le ofrecía excelente pretexto para descansar algunos instantes apoyado en su pala. Pero de lo que más gustaba, en aquellos breves coloquios, era de hablar de las noticias del cantón o de las chungas propias del humor de sus compatriotas.

—Debo participaros, caballero —me dijo cierta tarde, en tono confidencial — que he bajado al pueblo.

—¡Ah, ah! ¿Y habéis averiguado algo nuevo en la taberna?

—¿Ir yo a la taberna? Jamás..., a menos que un vecino me invite a echar un trago de cerveza o de algo por el estilo; pues por lo tocante a rascarme el bolsillo, el tiempo es demasiado precioso, y el dinero demasiado duro en dejarse ganar. He bajado, pues, al pueblo, conforme os decía, con motivo de cierto negocio mío con la vieja Simpson, la cual necesita un doble cuarterón de peras (en el castillo habrá de sobras) y héteos que, a lo mejor del trato, llega Patrick, el mercader ambulante.

—El buhonero, ¿verdad?

—Como le parezca a Vuestro Honor. Por ello no dejará de ser su oficio muy honroso y de producir mucho. En mi familia se ha ejercido a menudo. Pat es primito mío, y ¡caramba! nos hemos alegrado mucho al volvernos a ver.

—Habréis apurado juntos algún jarro de cerveza, ¿eh? ¡Por el amor de Dios, abreviad vuestro relato, Andrés!

—Esperad, ¡vaya! ¡Esperad!... ¡Esa gente del mediodía es una pólvora! Puesto que andáis en el lío, tened una poca de paciencia. Conque... ¿jarro de cerveza? Pat se brindó a pagar uno, pero la vieja Simpson nos sirvió un vaso de leche bautizada y una de esas galletas de avena, húmedas y crudas como manojos de césped. ¡Ah! No valen las tales galletas lo que nuestras tortas de Escocia con sus cuscurros. Una vez sentados, se soltó el trapo y cada uno dijo la suya.

—Veamos, pues: decidme la vuestra en seguida. Dadme presto noticias, si es que vale la pena. Ya veis que no puedo pasarme toda la noche escuchándoos.

—Sea, pues, ya que lo deseáis. Es, pues, el caso que la picardía de por acá ha hecho perder la brújula a los de Londres.

—¿Qué brújula?

—¡Sí!... Recorren el campo... Ni toman, ni dejan... Una cencerrada... Y el uno igual que el otro... El diablo anda en el ajo.

—¿Qué galimatías es ese, ni qué tengo yo que ver con el diablo y las cencerradas?

—¡Toma! —exclamó Andrés en tono malicioso—. La marimorena se ha armado con motivo de... ¡Oh, Dios mío!... Pues... sí: con motivo de la maleta y de aquel prójimo.

—¿Qué maleta? No entiendo de qué maleta se trata.

—De la maleta de Morris, que dice este que perdió allá abajo. Si no es cosa de Vuestro Honor, menos lo es mía y puedo ahorrarme gasto de tan preciosa tarde.

E impulsado súbitamente por extraordinario ardor, Andrés se aplicó de nuevo al trabajo.

Mi atención, conforme había previsto el viejo zorro, estaba ya excitada; mas no deseando descubrir, con preguntas directas, el interés que me inspiraba el asunto, aguardé a que la flaca de mi hombre, la murmuración, le volviera a él. ¡Que si quieres! Siguió trabajando de lo lindo y hablando de todo menos de las nuevas del buhonero. De pie y atento el oído, mandaba yo al maldito

charlatán a todos los diablos, obstinándome en observar hasta qué punto el espíritu de contradicción dominaría a la comezón que le devoraba por narrarme la historia hasta el fin.

—Lo que cuido aquí —dijo— son espárragos; después tocará el turno a las habichuelas. No faltarán para sazonar la manteca: os lo aseguro. ¡Buen provecho les haga!... ¡Bonito estiércol me ha dado el intendente! En lugar de paja de trigo, o de avena al menos, ha metido cascaras secas de guisantes, que servirán tanto como pedruscos. ¡Qué le vamos a hacer! El picador hace en las cuadras lo que le parece, y vende, para sí, la mejor pajaza... En fin, que no es cosa de perder esta tarde de sábado; que el tiempo se ha serenado, y que si se pesca un buen día por semana, estad seguro de que cae en domingo... Con todo, es muy posible, mediante la divina gracia, que el tiempo se sostenga hasta el lunes, y si así sucede ¿a qué deslomarme más?... Creo que es ya hora de retirar: suena la cobertera, según llaman ellos a su batahola de campanillas.

Y, con esto, cruzando las manos sobre la pala, hundió esta en el surco que acababa de cavar. Luego, después de medirme con la vista y con el talante de superioridad de quien está en posesión de importantes secretos, que puede callar o revelar a gusto suyo, bajo las mangas de la camisa y se encaminó con tardo paso hacia un banco en que había antes colocado su chupa cuidadosamente plegada.

«¡Nada! —pensé—. Tócame expiar la falta, de haber interrumpido sus desatinos».

En consecuencia, levantando la voz, le dije:

—En resumidas cuentas, Andrés: ¿qué es lo que os ha contado de nuevo del mercader ambulante?

—¿Os referís al buhonero? —preguntó—. Nombradle como gustéis, el caso es que su oficio es de gran monta en un país desierto donde las ciudades son tan escasas como en este Northumberland. No sucede lo mismo en Escocia, no. Dirigíos al condado de Tife, por ejemplo, y os parecerá que os aproximáis a una gran ciudad hecha de una sola pieza: tantos son los caseríos desparramados de un extremo a otro, a guisa de cebollas, con sus grandes calles, sus cabañas, sus tiendas y sus casas de cal y canto, con escalera al exterior... Kinkaldy solo es mayor que cualquier ciudad de Inglaterra.

—Debe ser un espectáculo magnífico... Pero ¿qué decíais antes de Londres?

—¡Bah! ¿Se interesa en ello Vuestro Honor? —preguntó Andrés gesticulando y sonriendo—. Sea lo que fuere, Pat Macready opina que, allá en el Parlamento, se les ha barajado los sesos a los señores, con motivo del robo de aquel señor Morris.

—¿En el Parlamento? ¿Y por qué?

—Esto es precisamente lo que le he preguntado al primo. Con el respeto debido, voy a repetirnos nuestra conversación, pues no vale la pena de mentir por tan poca cosa. «Pat (le digo yo): ¿por qué los señores y caballeros de Londres se marean por causa de un imbécil y de su maleta? Cuando teníamos nuestro Parlamento en Escocia (digo yo, y llévese diablo a quienes nos lo robaron...) se sentaban tranquilamente los señores a dictar leyes para todo el mundo, sin meter jamás baza en cosas que eran de la incumbencia de los jueces ordinarios. Pero ya ves (digo yo), una vendedora de coles, pongo por caso, arrancará la cofia a su vecina y me la harán comparecer ante su Parlamento de Londres. Pues bueno: eso viene a ser como un enjambre de bobos, con tantos títulos, eso sí, como nuestro amo de acá y sus grandes ganserones de hijos con sus batidores, sus cuernos de caza y su caterva de perros y de caballos, corriendo todo el santo día a la zaga de un cacho de bestia que maldito si pesa seis libras cuando la han cogido».

—¡Bravo! Muy bien dicho, Andrés —dije para estimularle a entrar en materia—. Y ¿qué ha contestado Patrick?

—¡Pse!... Pues dice qué no hay que esperar cosa buena de esos comedores de budines. ¡Ahí es nada! Que han andado a gritos por la maleta como en sus disputas de whigs y de torys, injuriándose unos a otros como gente de poco más o menos. Y hete que se levanta un mocetón de lengua suelta, y desenreda el lío. «El norte de Inglaterra —dice que ha dicho— está infestado de jacobitas (y, en verdad, que no anduvo tan fuera de razón) los cuales viven casi en guerra abierta; un mensajero del rey se ve asaltado y robado en la carrera, y ese es golpe preparado por una de las primeras familias del Northumberland, habiéndosele quitado mucho oro e importantes papeles. Y no para aquí todo. Al solicitar el robado la protección de las leyes, en casa del juez de paz, da de manos a boca con sus ladrones dispuestos a bromear y beber con él, quienes, después de obligarlo a retirar su denuncia, le vuelven la espalda, y el pobre diablo se apresura a abandonar el país, temeroso de caer por efecto de calentura, enfermo de gravedad».

—¿Será cierto?

—Tan cierto, según me ha jurado Pat, como que su medida tiene el largo cabal de una vara, salvo una pulgada de menos que la vara inglesa. Y cuando el mozo hubo concluido su letanía, dice que se pidieron, a grandes voces, los nombres, y que citó a Morris, a vuestro tío, al señor Inglewood y... a otros más —añadió Andrés mirándome con disimulo—. Entonces, según Pat, otro compadre del lado opuesto se levantó preguntando si era cuestión de acusar a los más nobles hidalgos del país por la sola palabra de un cobarde rematado como Morris, expulsado del ejército de Flandes como desertor, y añadió que

ese es un golpe combinado por él y el ministro, antes de su salida de Londres, y que, si se buscaba bien, se hallaría el dinero a poca distancia del palacio de la reina. Y héteos a Morris llamado «a la barra», conforme dicen ellos, e historia al canto de lo que sabe del asunto. Y los que estaban en contra de Morris, se ponen a alborotar de tal modo sobre la deserción de este y sobre todo cuando llevaba hecho y dicho de malo hasta entonces, que, según Pat, pareció Morris un desenterrado, y fue imposible arrancarle una palabra con sentido común: tal pavor le infundieron el trasiego y gritería que se armaron. ¡Figuraos el estrago que harían en su cabeza, que no vale más que un pepino! ¡Ah! ¡Solo faltaba que Andrés Bonservice metiera baza!

—Y... ¿qué ha resultado? ¿Lo sabe vuestro primo?

—¡Vaya si lo sabe! Como estaba de vuelta, Pat demoró su partida por ocho días o cosa así, a fin de sazonar sus noticias con otras frescas. El gran fuego sé fue en humo, pues el fulano que lo encendió volvió grupas diciendo que, aunque se les había metido entre ceja y ceja lo del robo, puede haberse equivocado en los pormenores. Entonces el otro fulano se levantó, a su vez, para decir que le tenía sin cuidado el que Morris hubiera sido robado o no, con tal de que no se manchara el honor de un hidalgo, sobre todo si era este del norte, porque, como dijo él, «cabalmente acabo de llegar del norte y, que se sepa o no, me importa tres cominos». Ellos llaman a eso una explicación; se afloja por un lado, se afloja por el otro y los cata a todos de acuerdo. Pero, como decía, después que la cámara de los Comunes hubo dado vueltas y más vueltas al asunto Morris, hasta dejarlo de sobras, los lores quisieron echar su cuarto a espadas. En nuestro viejo y pobre Parlamento de Escocia se sentaban todos juntos, codeándose, y no necesitaban escuchar dos veces las mismas impertinencias; pero hoy es otro cantar, y sus señorías fueron allá tan campantes y peripuestos como si se tratara de un asunto nuevecito y flamante. Y sonó otro nombre, el de un tal Campbell, más o menos enredado en el lío, quien se había procurado, para salirse de apuros, cierto certificado del duque de Argyle. Al oírlo, Mac-Callum More se pone rojo de indignación, que el caso no es para menos; se levanta dando una patada al suelo, lanza una mirada capaz de hacer que la tierra los trague a todos, y grita que jamás se ha visto un Campbell que no fuera ágil, prudente, bravo y honrado como el John Graham de otros tiempos. Mas... caballero, si estáis seguro de que no tener en vuestras venas ni una gota de su sangre (como no la tengo yo, que conozco desde muy lejos mi parentela) os diré lo que pienso de los tales Campbell.

—Estoy segurísimo de no tenerla.

—¡Oh! En tal caso, podemos hablar sin rodeos. Hay, pues, mucho bueno y mucho malo, como siempre, entre esos Campbell. Pero Mac-Callum More tiene largo el brazo y vara alta entre los encopetados de Londres, sin que pueda decirse que sea de uno o de otro partido, y que me lleve el diablo si le

buscan el cuerpo. Se ha, pues calificado de calumniosa, como dicen ellos, la acusación de Morris, y a no darse éste buenas mañas, hubiera probablemente mostrado su testuz en la picota, por calumniador.

El buen Andrés recogió sus bártulos (pala, azadón y rastrillo) sin precipitarse en la operación, para darme tiempo a que le dirigiera nuevas preguntas, si lo creía necesario, y echó aquellos en un carretón, que volvió del lado de la cerca. Tratándose de un malicioso como él, juzgué preferible ir derecho al fin, receloso de que atribuyera mi silencio a motivos peores que los verdaderos.

—Quisiera avistarme con vuestro paisano, Andrés —le dije—, para saber las noticias de labios suyos. ¡La impertinente locura de aquel imbécil de Morris me ha causado serios disgustos! ¿No habéis oído hablar de ellos?

Andrés se contentó respondiendo con un gesto muy significativo.

—Si os fuese posible —continué— traerme por aquí a vuestro primo, sin causarle mucha extorsión, le pediría que me refiriese en detalle lo que en Londres ha sabido.

—Nada más fácil —dijo Andrés—. Con decirle a Patrick que deseáis algunos pares de medias, comparecerá a entrevistarse con vos tan de prisa como se lo permitan las piernas.

—Esto es. Decidle que se trata de un buen cliente. El tiempo se ha arreglado, como decíais, y la noche se presenta apacible. Pasearé por el jardín hasta que él acuda. La luna va a levantarse pronto por sobre las montañas. Hacedle entrar por la portezuela trasera. Mientras aguardo, me entretendré en contemplar los macizos y céspedes del jardín a la fría y brillante claridad de la luna.

—¡Bien pensado! Es lo que digo yo más de una vez: una coliflor reluce tanto a los rayos de la luna, que se la tomara por una hermosa dama con sus diamantes.

Y hablando así, Andrés se fue muy contento. Cerca de una legua de camino debía recorrer, y aceptó semejante empeño con el mayor gusto, a fin de procurar a su primo un encargo ventajoso, aunque no aventurara él, de seguro, una moneda de seis peniques para obsequiarle con un jarro de cerveza. «La buena voluntad de un inglés se manifestaría a la inversa»; pensé, recorriendo las avenidas tapizadas de menudo césped, que limitaban, entre dos setos muy provistos de acebos y tejos, el antiguo jardín de Osbaldistone.

Volviendo sobre mis pasos, elevé naturalmente los ojos hacia la vieja biblioteca, situada en el segundo piso y cuyas ventanas, estrechas y bastante numerosas, tenía cabalmente frente a mí. Vi brillar luz en ellas, lo que no me

sorprendió sabiendo que miss Vernon se retiraba a menudo a dicha dependencia después de anochecer. Por delicadeza me había impuesto yo la dura ley de no reunirme con ella desde la indicada hora. Mientras el resto de la familia estaba sentada a la mesa, durante largo rato, nuestras entrevistas hubieran sido citas en la verdadera acepción de la palabra. Pasábamos, comúnmente, las mañanas en aquella estancia leyendo juntos. Uno u otro de nuestros primos venía a desenterrar algún fragmento de pergamino a fin de hacer con él algún útil para la pesca, sin contemplación a los dibujos iluminados, o bien a hablarnos de algún proyecto de caza o de algo parecido, perplejo en su resolución. En una palabra, la biblioteca era, durante la mañana, salón a todos asequible en que ambos sexos se permitían el placer de encontrarse como en terreno neutral.

Por la tarde ya no acontecía lo mismo, y, educado yo en un país en que se profesa (o se profesaba, al menos, a la sazón) gran respeto a las conveniencias sociales, deseaba no echarlas en olvido, supuesto que la inexperiencia de miss Vernon impedía tenerlas en cuenta. Le hice, por tanto, comprender, con mucho miramiento, la oportunidad de que una tercera persona presenciara nuestros estudios de noche. Por de pronto, se rio la joven, se ruborizó luego y pareció dispuesta a enfadarse. Después, dominándose de súbito, dijo:

—Creo que no os falta razón, y cuando me sienta frenética por aprender, conquistaré a Marta con una taza de té y vendrá a sentarse entre nosotros a guisa de pantalla.

Marta, la anciana ama de llaves, compartía los gustos de los demás moradores del castillo: una botella y un cacho de asado podían más en ella que el mejor té de la China. Empero, como esta bebida la usaban entonces solo las personas de rango, Marta no se sintió poco orgullosa de acompañarnos a tomarla, y, a condición de saturarla de azúcar, de servirle pastas y de prodigarle mimos, obteníamos, de cuando en cuando, el honor de su compañía.

Por lo demás, todos los criados evitaban el acercarse a la biblioteca, después de entrada la noche, porque se les había metido en la cabeza quede aquella parte del castillo se habían apoderado los espíritus, siendo de notar que los más cobardes de aquellos habían observado sombras y notado ruidos cuando la casa entera estaba entregada al descanso. Los mismos jóvenes dueños no gustaban de entrar, a dicha hora y sin una necesidad, en aquella temible estancia.

La biblioteca había sido, tiempo atrás, retiro favorito de Rashleigh, y una puerta secreta la ponía en comunicación con el cuarto separado que escogiera él para su uso; lo cual, lejos de calmar los terrores que inspiraba aquel antipático sitio, contribuía a agravarlos. Las noticias extensas que Rashleigh

poseía acerca de los acontecimientos exteriores, la profundidad y variedad de sus conocimientos, y algunos experimentos de física que ensayara, constituían para los ignorantes y fanáticos excelentes motivos para conceptuarle dotado de sobrenatural poder. Sabía latín, griego y hebreo, y en consecuencia, según ingenua frase de Wilfrid, «No tenía por qué horrorizarse ante los aparecidos, ni ante el diablo o los duendes». Por fin, y ateniéndonos al cuchichear de la servidumbre, mantenía, en la biblioteca, conversaciones mientras todo dormía a su alrededor, y se pasaba la noche acechando a los fantasmas, y la mañana en el lecho, en vez de concurrir a las cacerías como verdadero Osbaldistone.

Todos estos rumores absurdos habían llegado a mis oídos en veladas alusiones o en frases entrecortadas, sin dárseme tiempo para descifrar su sentido. Conforme se presumirá, me había divertido con ellas; pero es lo cierto que, despreciándolas, el abandono a que se relegaba aquel salón, después de la hora de queda, era motivo de más para no penetrar en él no bien miss Vernon lo ocupaba.

Volviendo a lo que antes decía, no me sorprendió la luz que brillaba dentro de la biblioteca. Lo que sí me extrañó fue el ver distintamente pasar dos sombras entre la claridad y la más apartada de las ventanas, que quedó, por un momento, sumida en la oscuridad.

«Será, sin duda, la anciana Marta —dije para mí—. Habrá subido para hacer compañía a Diana esta noche... O puede que haya visto mal y la sombra de Diana me haya producido el efecto de otra persona. Pero no: allí están, delante de la segunda ventana... Sí: ¡dos son!... Ya nada se ve... ¡Ah! Llegan a la tercera... a la cuarta. Imposible dudar...: es una pareja que se pasea proyectando, de tiempo en tiempo, su sombra en las ventanas... ¿Quién puede estar con ella a estas horas...?».

Dos veces consecutivas se produjo igual fenómeno, como para convencerme plenamente de su realidad, después de lo cual se extinguieron las luces y todo volvió a la oscuridad completa.

Aunque careciera de importancia, me preocupó el incidente hasta el extremo de no poder sacudirlo de mi espíritu. No es que me permitiera suponer que miss Vernon debía de admitirme, sin participación ajena, en su amistad; pero es increíble la desazón que experimenté ante la idea de que la joven concedía a otros entrevistas particulares, a una hora y en un sitio en que, a duras penas y en interés de ella misma, le había hecho yo comprender que no era conveniente el recibirme.

«¡Tontuela!... ¡Loca incorregible! —pensé—. ¿A qué amonestarla...? ¿A qué reservas con ella? ¡Trabajo perdido! Me he dejado seducir por sus modales ingenuos, de que se sirve a capricho, como lo haría con un sombrero de paja, si estuviese de moda, solo para llamar la atención... Decididamente y

pese a la superioridad de su inteligencia, la sociedad de media docena de mozos, que supiesen tirar la barra, le fuera más grata que la de Ariosto en persona, si volviera a la vida».

Lo que acrecía mi despecho era el recordar que había escogido yo precisamente aquella noche para presentar a Diana mi traducción en verso de los primeros cantos de Ariosto; que le había rogado invitase a Marta a la solemnidad, y que se había negado a ello alegando lo que me pareció frívolo pretexto.

Mientras discurría acerca de tan doloroso particular, se abrió la portezuela del jardín y entró Andrés, seguido de su paisano el buhonero. Mi atención se dirigió a ellos.

Hallé en Patrick Macready a un escocés de cabeza oblonga, hombre inteligente y acostumbrado a la fatiga, gran propagador de noticias, tanto por gusto como por razón de su clase. Me narró, de un modo juicioso, lo que había sucedido en la cámara de los comunes y en la de los lores, con motivo del asunto Morris, el cual había servido, al parecer, como piedra de toque para conocer a fondo las tendencias políticas del Parlamento. El ministerio, reducido al apoyo de una minoría, había renunciado a sostener una acusación que comprometía a personas pudientes y de alto bordo, sin apoyarse más que en la fe de un testigo que, por otra parte, había declarado de una manera tan confusa y contradictoria. Patrick me facilitó el ejemplar de cierto periódico, cuya circulación apenas si se extendía más allá de la capital y que contenía un seco análisis de los debates, entregándome asimismo copia del discurso del duque de Argyle impreso en hoja volante de la que había Patrick comprado cierto número a los vendedores callejeros porque, según él, semejante artículo sería de éxito seguro en el norte de Tweed.

El periódico nada añadió a lo que me refiriera el mercader, y el discurso del gran señor, lleno de elocuencia y de fuego, consistía, sobre todo, en un panegírico de su país, de su familia y de su clan, seguido de otro, no menos sincero, aunque más moderado, que, aprovechando la ocasión se tributaba el orador a sí mismo.

Si mi reputación había estado, en realidad, comprometida o no, cosa es que no pude averiguar, pero que se había atacado el honor de la familia de mi tío era evidente. Morris había declarado que Campbell, el más terrible de sus dos ladrones, consiguió, de acuerdo con el juez, la libertad de un señor Osbaldistone, cómplice a favor del cual testificara. Esta particularidad de la declaración de Morris armonizaba con mis propias sospechas que recayeron en Campbell desde que le vi comparecer ante el juez Inglewood.

En resumen: preocupado y muy perplejo por el sesgo que había tomado la singular aventura, me despedí de ambos escoceses, no sin comprar algunas

bagatelas al buhonero, y me retiré a mi aposento, para reflexionar acerca de lo que me convenía hacer para defenderme de tan públicos ataques.

15

Mi primera idea, después de pasarme la noche en vela meditando sobre las noticias recibidas, fue la de volver a toda prisa a Londres para que mi presencia hiciera cesar las calumnias. Mas, recordando el carácter de mi padre, inflexible en todo lo concerniente a la familia, dudé respecto a la adopción de dicho partido. Su dilatada experiencia le daba autoridad bastante para trazarme un plan de conducta, y sus relaciones con los whigs, entonces en predicamento, le proporcionaban crédito suficiente para lograr que fuese oída mi justificación. Al fin, conceptué más acertado escribir a mi padre, haciéndole una narración detallada de todo lo sucedido, y, en atención a lo difícil de las comunicaciones entre el castillo y la oficina de correos, situada a tres leguas de distancia, resolví trasladarme allí a caballo y ser yo mi propio mensajero.

Mi destierro contaba muchas semanas de duración sin que llegara a mí noticia alguna de mi padre ni de Owen, aun cuando Rashleigh había anunciado al baronet su llegada, y el bondadoso recibimiento que se le dispensó. Esto me parecía extraordinario, pues aun admitiendo que hubiese sido yo culpable, mi falta no merecía, al menos según yo, ser castigada con tamaño abandono. Al final de la carta no dejé expresar a mi padre el más vivo deseo de que me honrara con algunas líneas de contestación, siquiera para aconsejarme o darme órdenes en tan espinoso asunto, del cual no bastaba a sacarme con bien mi escasa experiencia. En cuanto a solicitar que se me readmitiera, me fue imposible resolverme y oculté mi repugnancia bajo el velo de aparente sumisión a la voluntad paterna, no dudando de que se me pediría un cambio en mi actitud. Me limité, pues, a demandar permiso para ir a Londres, solo por algunos días, a fin de desvanecer las odiosas calumnias que se habían propalado en contra mía.

Concluido aquel modelo epistolar (y Dios sabe con qué singulares proporciones se aliaba la impaciencia de vengar mi honra al disgusto de tener que alejarme del castillo) monté a caballo y me dirigí a la oficina de postas. Allí se me entregó una carta dirigida a mí, que no se me hubiera mandado hasta más tarde. Era de mi amigo Owen y estaba concedida en los siguientes términos:

«Mi querido señor Francis:

»Recibida vuestra grata por mediación del Sr. Rashleigh Osbaldistone, y tomada buena nota del contenido. Me portaré con dicho señor con toda la atención de que soy capaz, habiéndole facilitado ya visitar el Banco y la Aduana. Sus trazas son de hombre serio y arreglado, y tiene el instinto de los negocios: será, pues, útil a la casa. Mucho deseaba yo que otro hubiese dirigido sus miras hacia este lado; pero ¿qué le vamos a hacer?... Como el dinero puede ser cosa rara en esos andurriales, espero me dispensaréis que incluya una letra de cambio de 100 libras esterlinas, a seis días vistas, a cargo de los señores Hooper y Girder, de Newcastle, a la que no dudo darán buena acogida.

»Soy, como debo ser, mi caro señor Frank, vuestro respetuoso y obediente servidor,

JOSÉ OWEN

»P. S. Servíos acusarme recibo de la presente. Siento que tengamos tan escasas noticias vuestras. Vuestro padre dice que sigue como de costumbre; pero su semblante no es bueno».

En el escrito que antecede, de estilo comercial, Owen no hacía mención alguna de la carta confidencial que le había dirigido yo con intento de instruirle acerca del verdadero carácter de Rashleigh; lo que me sorprendió bastante, ya que, con el tiempo transcurrido, hubiera debido llegara sus manos. Había salido del castillo por la vía acostumbrada, y no tenía yo motivo alguno para sospechar que se hubiese extraviado por el camino. Atendiendo a que contenía cosas de señalada importancia para mi padre y para mí, me senté en el despacho de correos y escribí a Owen casi en los mismos términos, rogándole que, a vuelta de correo, acusara recibo, y dándoselo yo del de la letra de cambio que utilizaría en caso de necesidad.

Me pareció singular el que mi padre dejara a su dependiente el cuidado de atender a mis necesidades. «¡Bah! —dije para mí—; será cosa convenida entre ellos». Por otra parte, como Owen, de estado célibe, no lo pasaba mal y me trataba con el más tierno cariño, no dudé en convertirme en deudor suyo por una pequeña suma, especie de préstamo cuya devolución me apresuraría a verificar caso de que mi padre no hubiera cuidado del reembolso. Cierta comerciante, a quien me dirigió el jefe de correos, me pagó en oro el importe de la letra de cambio, y regresé al castillo de Osbaldistone mucho más rico que al salir de él. Aquel aumento de caudales no me era, ni con mucho, indiferente, puesto que estaba viendo, no sin molesta impaciencia, menguar sensiblemente mis recursos, en tanto que mi permanencia en la casa me obligaba a ciertos dispendios. Significó, pues, desde luego, una inquietud de menos.

De vuelta, supe que sir Hildebrando, con toda su progenie, había ido a un pueblecillo cercano «para ver —según me dijo Andrés— a media docena de

gallos de estercolero rajarse los sesos a picotazos».

—Es una diversión bárbara —contesté—, y de seguro que en Escocia no tenéis nada semejante.

—Seguro —replicó Andrés con entereza, y añadió a guisa de correctivo—: como no sea la víspera de Cuaresma o algo parecido... Aunque bien mirado, no vale la pena de sentir que se robe un poco a esa condenada volatería que se desmanda y escarba por la huerta, sin dejar haba ni guisante sanos... ¡Calle! Ha quedado la puerta de la torrecilla abierta. ¡Mucho me extraña! El señor Rashleigh no anda por acá y, por consiguiente, no habrá sido él.

La puerta a que se refería estaba situada en la parte superior del jardín, dando acceso a una escalera de caracol por la que se subía a la habitación de Rashleigh; la cual, conforme llevo dicho ya, ocupaba un cuerpo retirado del edificio comunicando con la biblioteca por una puerta secreta y con el resto de la casa por un oscuro y tortuoso pasadizo. Un sendero, festonado de césped, largo, estrecho y bordeado de acebos, conducía desde la puerta de la torrecilla a una portena abierta en el muro del jardín. Con tales medios de comunicación, Rashleigh, cuyo sistema de vida era muy independiente, podía fácilmente salir del castillo o entrar en él a su antojo, sin que nadie echara de ver su ausencia. Pero desde que se fue, así la puerta como la escalera del torreón estaban en desuso, y esto es lo que hacía muy digna de tenerse en cuenta la observación de Andrés.

—¿Habéis visto abierta muy a menudo esa puerta? —le pregunté.

—Muy a menudo precisamente, no: una o dos veces. Será el cura quien la habrá abierto, el padre Vaughan, como le llaman, pues en cuanto a los criados, no hay cuidado de que encontréis a uno solo en la escalera. Son paganos que temen demasiado a aparecidos, diablillos y diabluras del otro mundo. El padre Vaughan cree que todo le sienta bien; mas el que se eleva será abatido. Apuesto a que el peor de los predicadores que haya sermoneado jamás al otro lado del Tweed daría con un aparecido dos veces antes que él, con su agua bendita y sus cachivaches de idólatra. ¿Es, acaso, él solo que sabe latín? Pues... no me entiende a mí cuando le digo en latín los nombres de las plantas...

El padre Vaughan distribuía su tiempo y sus consuelos espirituales entre el castillo de Osbaldistone y una media docena de familias católicas del vecindario. No he hablado de él hasta ahora por no haberle visto apenas. De unos sesenta años de edad, oriundo de una buena familia del norte, según se me dijo, de talante noble e imponente y de modales graves, disfrutaba de gran consideración entre los papistas del Northumberland, quienes le reputaban íntegro y virtuoso varón.

Con todo, no estaba exento de esos rasgos de carácter tan expresivo en personas de su clase, envolviéndose, como tal, en una especie de misterio que, en concepto de los protestantes, denunciaba a la legua al cura. En cuanto a los indígenas de Osbaldistone (calificativo que les sentaba a maravilla), abrigaban, respecto a la persona del sacerdote, más temor, o, si se quiere, más respeto que cariño. Era evidente que les reprobaba aquella vida desordenada, y que ellos procuraban reprimir su licencia cuando él llegaba al castillo, imponiéndose el mismo sir Hildebrando una especie de moderación: de todo lo cual podía deducirse que la presencia del cura servía más bien de estorbo que de otra cosa. Además, poseía aquel temperamento cortés, insinuante, casi adulator, que caracteriza al clero de la Iglesia romana, sobre todo en Inglaterra. En efecto: en el mundo los católicos puestos a raya por la severidad de la ley, las reglas de su creencia y los consejos de sus directores, se conducen a menudo con fría reserva, con timidez casi entre sus compatriotas protestantes, en tanto que el cura, por el contrario, usando del privilegio de rozarse con toda clase de gentes, que su ministerio le otorga, es abierto, es activo, de espíritu liberal en sus relaciones, ávido de popularidad y generalmente hábil en conseguirla.

El eclesiástico de quien hablo estaba particularmente relacionado con Rashleigh, pues de otro modo trabajo hubiera tenido en sostener su situación en el castillo. Esto no me infundía deseo alguno de cultivar su amistad, y como él, por su parte, no se insinuara conmigo, nuestras relaciones se limitaban a cambiar un saludo de tarde en tarde. Que durante sus visitas ocupase la habitación de Rashleigh era cosa más que natural, así como que, por razón de su estado, gustase de pasar algunas horas en la biblioteca; por todo lo cual, era muy probable que fuera la luz de su vela la que llamó mi atención durante la noche anterior:

Por involuntaria asociación de ideas, recordé, de nuevo, que entre Diana y el sacerdote parecía existir la misma atmósfera de misterio que reinaba en las entrevistas de la primera con Rashleigh. Miss Vernon no me había hablado jamás, directa ni indirectamente, del padre Vaughan, exceptuando el día de nuestro primer encuentro, durante el cual le citó designándose además, a sí misma y a su primo, como las tres únicas personas capaces de sostener una conversación. Mas, pese a la reserva que guardaba respecto del anciano sacerdote, se la veía, desde la llegada de este, presa de una angustia y de un temblor nervioso, que no cesaban sino después de cambiar con él ciertas significativas miradas.

Fuese de ello lo que fuese, es lo cierto que el padre Vaughan no era ajeno al secreto que ocultaba los destinos de la adorable criatura. «Puede —me dije—, que esté encargado de negociar la admisión de la joven en algún claustro, supuesto que ella rehúse el unirse a cualquiera de sus primos, y esto explicaría

la violenta emoción que siente en presencia del cura».

Por lo demás, ni celebraban largas conferencias ni parecía que buscaran la ocasión de estar juntos. Su alianza, si realmente existía entre ellos, era tácita y convencional, más afectiva en actos que en palabras. Reflexionando, recordé haberlos visto, dos o tres veces, cambiar ciertos signos; pero, noticioso de la habilidad con que el clero católico procura, en todo tiempo, mantener su influencia sobre el espíritu de los fieles, había interpretado aquella pantomima en el sentido de exhortación muda a las prácticas religiosas. A la sazón, empero, me sentí dispuesto a ver en ello un móvil misterioso y de mayor alcance. ¿Celebraba el tal clérigo secretas entrevistas con miss Vernon, en la biblioteca? Y si las celebraba, ¿con qué fin? ¿Por qué en sus confidencias hacía intervenir ella a un amigo del pérfido Rashleigh?

Semejantes dificultades, con otras no menos molestas, asediaban mi espíritu, excitando en el interés tanto más vivo cuanto más imposible me era el resolverlas. Empezaba ya a sospechar que mi amistad con Diana no era del todo desinteresada, como lo exigía la razón. Cediendo a impulsos de los celos contra Thorncliff, el vil avestruz, había ya dado a conocer, con sobra de calor y de impaciencia, necias tentativas de provocación. Y ¿qué hacía yo entretanto? Someter a riguroso examen la conducta de miss Vernon con inquieto apasionamiento, que en vano intentaba representarme como efecto de simple curiosidad.

Todo ello anunciaba amor en un corazón joven, y mi raciocinio obstinándose en creerme incapaz de semejante locura, semejaba a esos ignorantes guías que, después de haber hecho extraviar al viajero, sin esperanza de remedio, no insisten menos en afirmar que es imposible hayan podido equivocarse el camino.

16

Dominado a un tiempo por el interés y los celos que me inspiraba la situación rara de miss Vernon, me puse a espiar a esta tan cerca y con insistencia tal, que a pesar de mis precauciones, no tardó ella en notarlo.

Viéndose observada, o, por mejor decir, víctima de incesante fiscalización, demostró sentir a un tiempo turbación, disgusto y contrariedad. Se dijera que ora buscaba ocasión de prorumpir en dicerios contra un modo de proceder tan ofensivo, después de la confesión sincera que de su dolorosa situación me había hecho, ora que parecía pronta a descender hasta la queja... Mas fuese por irresolución o fuese por otro motivo, el ansiado esclarecimiento no se

producía, y el descontento de la joven se exhalaba en arrebatos, y los quejidos expiraban en sus labios. ¡Donosa situación! Nuestros gustos caminaban el uno hacia el otro, y la mayor parte del tiempo en que estábamos juntos ocultábamos con cuidado nuestros sentimientos: mis celos yo, y ella su exasperación. Había desaparecido de nuestra amistad la confianza. Por un lado, el amor sin esperanza y la curiosidad sin razón ni excusa; por otro, perplejidad, duda y, a veces, hasta cólera.

Y no obstante, es tal la naturaleza del corazón humano, que aquel torbellino de pasiones, estimulado por los mil incidentes de la vida ordinaria, contribuyó a desenvolver la simpatía natural que acercaba el uno al otro, constriéndonos naturalmente a hacer de nosotros mismos objeto de continuos pensamientos. Aunque mi vanidad no tardara en descubrir que mi permanencia en Osbaldistone había dado a Diana algunos motivos para mayor alejamiento del claustro, ¿cómo tener fe en un cariño que parecía sometido a los misterios de la situación de aquella? Poseía la joven un carácter lo bastante firme y resuelto como para sacrificar el deber o la prudencia al amor, probándome así cierto coloquio que tuvimos juntos durante la época a que me refiero. Hojeando un ejemplar mío de Orlando furioso, miss Vernon dejó caer bajo la mesa una hoja manuscrita. Al ir yo a cogerla:

—Versos —dijo Diana echando una mirada sobre la hoja; y después desdoblado el papel, añadió como en desquite—: ¿Me permitís? ¡Oh! Si empezáis a ruborizaros y a balbucear, tendré que violentar vuestra modestia y dar por concedido el permiso.

—Eso no merece ser leído... Es un principio de traducción. Querida miss Vernon, el fallo será más severo tratándose de un juez que comprende a maravilla el original.

—Respetable amigo, basta de pujos de humildad; creedme, ya que apuesto diez contra uno a que no vais a cosechar un solo cumplido. Pertenezco, como sabéis, a la tribu impopular de los canta-verdades y soy incapaz de lisonjear a Apolo por su lira.

Y leyó, en altavoz, la primera estrofa que había traducido yo del Ariosto en los siguientes o parecidos versos:

Damas y caballeros valerosos,
canto el amor, la guerra,
los hechos más galantes y gloriosos;
cuando, partiendo de africana tierra,
morada siempre ardiente,
se esparraman furiosos

los moros sobre Francia. Ved al frente
a Agramán, que vengó al viejo Troyano,
y ataca con su gente
a Carlomagno, emperador cristiano.

—Mucho queda por leer —dijo volviendo la hoja e interrumpiendo la más dulce música que puede resonar en oídos humanos, cual es la de los versos de un joven poeta recitados por la mujer amada.

—Mucho y sobrado, en verdad, para ocupar vuestra atención, miss Vernon —repliqué un sí es no es mortificado y recogiendo los versos que ella no cuidó de retener—. Y, no obstante —añadí— confinado en un rincón de país, me ha parecido que el medio más a propósito para distraerme era el de proseguir... repito que solo para distraerme... proseguir una traducción comenzada, algunos meses ha, a orillas del Garona.

—La cuestión está en averiguar —dijo Diana en tono grave—, si era realmente ese el mejor medio para emplear el tiempo.

—¿Me aconsejaréis, tal vez, que vuele con propias alas? —la suposición me halagaba de veras: lo confieso—. Hablando francamente, a mi musa le son más familiares las rimas que las ideas, y por esto me contento con poner en verso las de Ariosto. Con todo, si me estimuláis a ello...

—Dispensad, señor Frank: tales estímulos están procediendo no de mí, sino de vos mismo. No se trata de poesía, original o traducida: a cosas más serias debéis dedicaros, a mi entender. ¿Os mortifica la advertencia? —añadió—. Pesarosa estoy de ello.

—¿Mortificarme a mí? ¡Oh, ni por asomo! —contesté con la mayor soltura y en el tono más natural que me fue posible adoptar—. Me siento muy reconocido al interés que me demostráis.

—Y... ¿no acusa mortificación ni asomo de cólera esa voz cohibida y velada con que contestáis? —replicó la impecable Diana—. No os enojéis si mortifico vuestros sentimientos; lo que me queda por deciros va a contrariarlos más todavía.

—¡Cuán superior era a mí, reprochándome con algunas sensatas palabras, la chiquillada de un primer movimiento de disgusto!

—¡No, no! —le aseguré—. ¿Resentirme por una crítica que dictaba la benevolencia? No debía temerlo de mí.

—¡Vamos! Eso es más franco y bien dicho —replicó—. Segura estaba ya de que el demonio de la susceptibilidad poética desaparecería con el leve acceso de tos que ha servido de preludeo a vuestra declaración. Pero hablemos

seriamente. ¿Habéis recibido, desde poco tiempo acá, noticias de vuestro padre?

—¡Ni una! No me ha hecho limosna de una sola línea desde que llegué aquí.

—Es extraño. ¡Muy raros sois los individuos de vuestra familia! ¿Ignoráis, pues, que vuestro padre ha pasado a Holanda para asuntos urgentes que reclaman su presencia allá?

—Sé ahora la primera palabra de ello.

—Otra noticia, además, que os tiene cuenta saber, menos agradable aún: ha confiado a Rashleigh la dirección casi absoluta de la casa hasta su regreso.

Semejante noticia me produjo, en efecto, dolorosa sorpresa, y no pude ocultar mi zozobra.

—Razón tenéis para sobresaltaros —afirmó la joven—. Yo, en vuestro lugar, me dispondría a contrarrestar las funestas consecuencias que puede acarrear dicha medida.

—¿Cómo es posible?

—Todo es posible a un alma fuerte y valiente, como imposible todo a un alma tímida y sin energía que se crea obstáculos a cada paso.

Hablando así, semejaba a una de esas mujeres heroicas cuya exaltación inflamaba el valor de los antiguos caballeros en los momentos de prueba.

—¿Qué me aconsejáis, pues? —le pregunté.

Achicado el corazón, esperé su respuesta, ardiendo, empero, en ansia de escucharla. Después de un instante de reflexión, replicó Diana con firme acento:

—Necesario es que regreséis inmediatamente a Londres. Tal vez —añadió con cierta emoción— tal vez hayáis tardado ya con exceso. No es vuestra la culpa, pero fuera un crimen el prolongar, por un solo momento, vuestra permanencia aquí. Sí: ¡un crimen!, porque, sin reparo os digo que si Rashleigh sigue algún tiempo más al frente de los negocios de vuestro padre, la ruina de este es segura.

—Explicadme...

—No me preguntéis y creedme: Rashleigh aspira a otra cosa muy distinta de una gran posición comercial. Mientras vuestro padre ha estado en Inglaterra, se han sentido trabadas las manos; pero, ausente aquel, no le faltarán ocasiones y sabrá aprovecharlas.

—Olvidáis que estoy en desgracia y que carezco de autoridad. ¿Bastará mi

presencia en Londres para conjurar el peligro?

—Servirá más de lo que presumís. ¿Olvidáis, por vuestra parte, que el nacimiento os otorga el derecho de intervenir, derecho que es imprescriptible? El apoyo del principal dependiente de vuestro padre, de los amigos y de los asociados no os puede faltar. Por otra parte, los proyectos de Rashleigh son de tal naturaleza que... —Cesó de pronto como temiendo adelantar demasiado—. En una palabra —añadió—, son de naturaleza igual a la de todos los planes interesados y sin conciencia, de los cuales se desiste tan pronto como se hace luz en ellos. Hablando el lenguaje de vuestro poeta predilecto:

«¡A caballo! ¡A caballo! La duda es de cobardes».

—¡Ah, Diana! —exclamé arrollado por irresistible impulso—. ¿Sois vos la que me aconsejáis partir? ¡Sí: cierto, muy cierto es que he tardado en hacerlo!

Se ruborizó miss Vernon, pero contestó sin demostrar turbación alguna:

—Sí: yo soy, y añado: ¡no volváis! Así echaréis de menos solo a una amiga —prosiguió con reprimida sonrisa—, amiga acostumbrada desde hace mucho tiempo a sacrificar su dicha a la de los demás. El mundo os reserva, a centenares, amigos tan desinteresados, mucho más útiles, y sobre todo, menos esclavos de las circunstancias y menos expuestos a calumnias y contratiempos.

—¡No! El mundo no es bastante rico para darme lo que aquí dejaré.

Y, tomando una de las manos de Diana, la estreché contra mis labios.

—¡Qué locura! —exclamó ella, intentando apartarse—. Oídme, caballero, y contened ciertos ímpetus indignos de vos. En virtud de solemne contrato, estoy prometida a Dios, supuesto que no prefiera unirme a un malvado como Rashleigh o a un hombre brutal, como su hermano. No veáis, pues, en mí, sino a la prometida de Dios, destinada al claustro desde el nacimiento. Esos arrebatos apasionados se engañan de aspiración y no prueban más que una cosa: lo muy necesaria que es vuestra partida. —Y, retirando bruscamente la mano, añadió en voz baja—: Dejadme... ¡volveremos a vernos, pero será por última vez!

En tanto que hablaba, mis ojos siguiendo la dirección de los tuyos, notaron que se movía el tapiz tras del cual estaba la puerta secreta. Alguien, probablemente, nos escuchaba desde allá.

Interrogué a miss Vernon con la mirada.

—No es nada —murmuró Diana—; algún ratón que andará por detrás del tapiz.

—«¡Muerto, por un ducado!»; hubiera respondido yo, como Hamlet matando a Polonio, el espía, a dejarme arrastrar por la indignación que me

exasperaba, considerando que había estado sujeto a vigilancia en aquellos momentos; más la prudencia, la necesidad de disimular mi pasión y los reiterados ruegos de Diana, que me decía: «¡Dejadme! ¡Dejadme!», me contuvieron a tiempo en el camino de un acto temerario.

Me precipité fuera del aposento, presa de turbación y efervescencia tales, que en vano, al estar en el mío, intenté calmar.

Me asaltaron, una tras otra, mil incoherentes ideas con la rapidez del rayo, cruzándose y combatiéndose una a otra, semejantes a la niebla que, en países montañosos, desciende en espesas masas desnaturalizando o borrando los puntos culminantes que señalan al viajero su camino a través de los lugares solitarios. El misterioso peligro con que amenazaban a mi padre las maquinaciones de Rashleigh, la especie de declaración del amor que había hecho yo a miss Vernon y la alternativa cruel entre el convento y un matrimonio odioso a que estaba condenada la joven; todo esto me aturdí a la vez, siendo mi razón incapaz de otorgar a cada cosa su justo valor.

Una idea dolorosa dominaba, empero, lo restante. ¿Cómo había respondido Diana a la expresión de mi ternura?... Sus maneras, ya enérgicas, ya afectuosas, daban a entender que poseía yo alguna parte de su corazón, pero parte demasiado débil para lograr que ella afrontase los obstáculos que se oponían a la declaración de un sentimiento compartido. Y la mirada llena de horror, más que de sorpresa, que clavara en el tapiz ¿no era, acaso, indicio de peligro cercano? La conocía bastante para saber que no era propensa a las nerviosas emociones propias de su sexo, y, sobre todo, a alarmarse sin motivo.

¿De qué naturaleza eran, pues, aquellos misterios que la tenían cautiva, como en cerco mágico, y cuya influencia pesaba sin cesar sobre sus actos y pensamientos, sin que los agentes fuesen nunca visibles? Contento, por decirlo así, de sustraerme a los cargos de conciencia respecto a mi proceder con miss Vernon, me detuve en la última de mis reflexiones. «Es necesario —dije para mí— que, antes de abandonar el castillo, sepa a qué atenerme. ¡Criatura indefinible y encantadora! Parece haber dividido en dos su vida: la una, franca y pura, anima sus sentimientos; tenebrosa y formidable la otra, domina sus resoluciones».

No era bastante el ceder a los impulsos de ardiente curiosidad y de sombría pasión: la desgracia quería hacerme juguete de tormentosos celos. Este sentimiento confuso, que se mezcla en el amor como la cizaña en el trigo, se excitaba en mí por el ascendiente que Diana se inclinaba a reconocer en los seres invisibles que dirigían sus actos. Cuanto más medité acerca de su carácter, más llegué a convencerme, no sin esfuerzo, de que era ella refractaria a toda suerte de yugo que no procediera de una persona querida: ¡amarga y penosa sospecha que me explicaba, al fin, el móvil de aquella irresistible

influencia!

Estas desgarradoras incertidumbres redoblaron mi deseo de penetrar en el secreto de la conducta de Diana, y, para conseguirlo, adopté una resolución extrema.

17

Raras veces pasaba yo, de noche, a la biblioteca sin previo convenio con miss Vernon y siempre en presencia de la anciana señora Marta: acuerdo tácito, empero, y que solo dependía de mí.

Durante los últimos tiempos y a causa de las crecientes dificultades acarreadas por nuestra respectiva situación, habían cesado por completo las entrevistas de noche; sin que miss Vernon tuviera razón alguna para creer que intentara yo renovarlas, y menos sin avisarla de antemano, a fin de que, como de costumbre, asistiera Marta para desempeñar el papel de «dueña». Pero tal precaución era asunto de conveniencia y no de regla expresa, siéndome asequible la biblioteca como a los restantes miembros de la familia, a todas horas del día y de la noche. Así, pues, por repentina e inesperada que fuese mi presencia en ella, no se me podría tachar de indiscreto.

Abrigaba el firme convencimiento de que Diana recibía, a veces, en dicha estancia al padre Vaughan, o a algún otro de sus misteriosos directores, en los momentos en que menos temía el verse molestada. Las luces que daba claridad a la biblioteca, en horas intempestivas; el juego de sombras, que yo mismo presenciara; las huellas de pisadas impresas; las visiones y ruidos que muchos criados, especialmente Andrés, habían notado, explicándoselas a su manera: todo contribuía a probar que el paraje era visitado por persona extraña al castillo. De esto a persuadirme de que Diana era el objeto de tales visitas, no había más que un paso. Concebí rápidamente un plan. ¿Qué persona podía ser aquella? ¿Hasta dónde alcanzaba su autoridad sobre la joven, y qué podía resultar en bien o en mal? Otra cosa importante, que en vano quería relegar yo a la consideración de detalle secundario: ¿por qué medios se había impuesto aquella persona a Diana: por terror o por amor? Ardía en deseos de averiguarlo todo.

Prueba de que me devoraba el fuego de los celos es la idea, a que no podía sustraerme, de que Diana sentía el ascendiente de un solo individuo, aun cuando a mi entender, su consejo debiera llamarse de legión. Mas, a pesar de la objeción precedente, que me hiciera a mí mismo más de una vez, volvía a caer fatalmente en la opinión preconcebida de que, en el fondo de todos

aquellos misterios, había de hallarse a un hombre solo y probablemente joven y apuesto.

En mis hirvientes ansias por conocer, o más bien por desenmascarar al rival, bajé al jardín para acechar el momento en que hubiese luz en la biblioteca.

Tan devoradora era mi impaciencia que, ganoso de tomar acta de un acontecimiento que solo podía efectuarse ya entrada la noche, empecé mi espionaje una larga hora antes de ponerse el sol. Era domingo, durante una tarde de julio y todas las avenidas estaban tranquilas y solitarias. Paseé de aquí para allá reflexionando en las probables consecuencias de mi empresa. El aire estaba fresco, cargado de balsámicos efluvios, y su benigna influencia calmó un tanto la fiebre que ardía en mis venas. Mi sobreexcitado cerebro fue apaciguándose por grados, y acabé por preguntarme con qué derecho iba a penetrar en los secretos de miss Vernon o en los de la familia de mi tío. ¿Qué se ocultaba en una casa donde solo por tolerancia se me había admitido? Si no tenía yo que ver en el asunto ¿a qué inmiscuirme en los de una joven envueltos en el misterio y que ella misma me había rogado que respetara? Carecía yo de títulos para tanto.

Mas la pasión y la contumacia dieron pronto al traste con los escrúpulos. Descubrir el misterio sería acaso, y según todas las probabilidades, prestar servicio a sir Hildebrando, quien ignoraba, sin duda, las intrigas tramadas bajo su techo, y mucho más a miss Vernon, cuya ingenua sinceridad la exponía a tantos peligros, por efecto de sus secretas relaciones con... ¿quién sabe?, tal vez con alguna persona de carácter equívoco o peligroso. Si, en apariencia, faltaba yo a la confianza, era con el generoso y desinteresado fin (no temí calificarlo así) de guiar, de defender, de proteger a Diana contra el engaño, contra la malignidad y, sobre todo, contra el desconocido consejero que ella había escogido por confidente. Tales fueron las argucias que mi afán opuso audazmente a mi conciencia como moneda borrosa con que debía ser pagada, y la conciencia se resignó cual mercader que prefiere aceptar, mal de su grado, una moneda mala, a correr el riesgo de perder un parroquiano.

Recorriendo a grandes pasos las avenidas bordeadas por el césped, y discutiendo conmigo el pro y el contra, reparé, de pronto, en Andrés, plantado, como mojón, frente a una hilera de colmenas, en actitud de beatífica contemplación. Por el rabillo del ojo atisbaba mi hombre los movimientos de la compacta colonia, que acababa de instalarse bajo los techos de rastrojo, y traía entre manos un libro destruido de los ángulos, redondeados por el largo uso, de estampación compacta y páginas manchadas, lo que daba al mismo un aspecto de respetable antigüedad.

—Estaba en sazón de oler el perfume de La Bien oliente flor sembrada

sobre el estercolero del mundo, del digno maese Juan Guakleben —dijo Andrés cerrando el libro, al acercarme a él, colocando sus anteojos de cuerno, a guisa de signo, sobre el pasaje que se disponía a leer.

—Y, a lo que veo, ¿las abejas comparten vuestra atención respecto al sabio autor?

—¡Raza perversa! Disponen de seis días de la semana para enjambrar, y, no obstante, se ha observado que esperan al del descanso, impidiendo así a las gentes el ir a escuchar la palabra divina. ¡Por fortuna hoy no ha habido función en la capilla de Groanagain y no hay motivo de queja!

—Si, al igual que yo, hubieseis asistido a la iglesia de la parroquia, os hubierais enterado de un excelente sermón.

—¡Pasta de sopa fría! —contestó Andrés con desdeñoso sonsonete—. Buena para perros, con perdón sea dicho. Sí: seguro estoy que hubiera oído al vicario de allá despachar, en mangas de camisa, su negocio, y a los cantores tocar sus silbatos, pareciendo todo ello más gaudeamus que sermón. Y, a mayor abundamiento, hubiera podido oír al padre Docharty barbullar su misa, aprovechándose de lo lindo.

Docharty era un anciano sacerdote irlandés que iba algunas veces a celebrar en el castillo.

—El padre Vaughan estaba ayer aquí —dije—. ¿Se fue ya?

—Fuera está desde ayer tarde, en dirección a algún castillo del oeste. Hay por ese lado una trapisonda de todos los diablos. Andan por el aire, como mis abejas. ¡Dios conserve a las pobres bestias! Pues, ¿no se me ocurría compararlas a los papistas? Ya está aquí el segundo enjambre, salido al mediodía; el primero se había largado al amanecer. ¡Ah! Creo que volvieron a entrar cuando anocheció; y, con esto, doy a Vuestro Honor las buenas noches y le deseo las bendiciones del cielo en abundancia.

Así diciendo, se alejó Andrés, no sin volver a menudo la cabeza para dar una ojeada a sus colmenas.

Había obtenido de él una importante noticia: la de que el padre Vaughan no estaba ya en el castillo. En consecuencia, pues, si aparecía, durante la noche, luz en la biblioteca, no sería la suya, o bien el tal padre observaba una conducta enigmática y sospechosa.

¡Con qué febril impaciencia aguardé la llegada de la noche! Acababa de desaparecer el sol, cuando un débil resplandor tiñó las ventanas del salón: resplandor anegado en la expirante claridad del crepúsculo. Lo distinguí, empero, con la prontitud que el marino descubre, en las tinieblas, el lejano reverberar de un faro que le señala el derrotero. Los celos y la curiosidad,

contenidos hasta la sazón por la duda y el sentimiento del respeto, dieron al traste con ese último.

Vuelvo a la casa y, evitando los pasillos frecuentados, como hombre que va a cometer una mala acción, llego a la puerta de la biblioteca. Una vez allá, dudo un instante, la mano puesta en la llave... Percibo un ruido sofocado por los pasos, abro y encuentro a Diana sola.

Esta se mostró extrañada, ignoro si de mi repentina aparición o por otra causa, pero su fisonomía presentaba señales de un asombro que no podía ser, tratándose de ella, sino efecto de extraordinaria emoción. Al poco rato, se dominó, y... es tal el poder de la conciencia, que yo, que me había esforzado en sorprender a aquella, fui el más sorprendido y, en realidad, el más turbado de ambos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Nada que yo sepa —contesté algo confuso—. Venía a buscar el Orlando furioso.

—Allí está —dijo señalándome la mesa.

Huroneando entre los libros, pensaba en el medio de disimular mi debilidad, mediante retirada honrosa, cuando reparé en un guante de hombre. Mis miradas confluyeron con las de Diana, cuyo rostro se cubrió de rubor.

—Es una de mis reliquias —respondió la joven, perpleja ante mi mudo interrogatorio—; es uno de los guantes de mi abuelo, el original del retrato de Van Dyck, que tanto admiráis.

Presumiendo, seguramente, que una simple aseveración no bastaría a probar su dicho, tiró de un cajón de la mesa y, sacando otro guante, me lo echó.

Cuando una persona naturalmente sincera se rebaja a usar equívoco o ficción, lo verifica con tal desacierto y dificultad, que a menudo despierta sospechas y provoca examen. Después de dar una ligera ojeada a los dos guantes, respondí en tono grave:

—Se parecen, efectivamente, en la forma y en el bordado, pero no constituyen verdadero par, ya que ambos pertenecen a la mano derecha.

Diana se mordió los labios y se ruborizó de nuevo.

—¡Razón tenéis para confundirme! —replicó con amargura—. Un amigo hubiera juzgado, ante mi respuesta, que prefería yo no entrar en explicaciones acerca de una circunstancia que a nadie interesa y menos a un forastero. Habéis opinado mejor, y me habéis hecho sentir no solo la bajeza de la doblez, sino también mi incapacidad en sostener una mentira. Os diré, pues, con toda

claridad, que este guante, conforme lo habéis notado tan sutilmente, no forma verdadero par con el que os he enseñado: pertenece a un amigo más caro aún para mí que el original del cuadro de Van Dyck, a un amigo cuyos consejos me guiarán siempre, a un amigo a quien respeto, a quien a...

Se detuvo. Mortificado por el tono de sus palabras, terminé la frase.

—¿A quien amo, queréis decir?

—Y si lo dijese —replicó altiva—, ¿quién tendría el derecho de oponerse a mis afectos?

—¡Oh! A buen seguro que no fuera yo. No me atribuyáis, por favor, tanta presunción. Empero —continúe con cierto énfasis—, confío en que miss Vernon perdonará a un amigo, a quien parece quiere privar de semejante título, si insiste en...

—En nada debéis insistir, caballero —interrumpió con vehemencia—, a no ser en que no debéis sospechar ni interrogarme. Nadie tiene el derecho de erigirse en juez de mi causa, y si habéis venido aquí y a esta hora para espiar mi conducta, la amistad o el interés que pretendéis sentir por mí constituyen pobre excusa en favor de vuestra curiosidad indiscreta.

—Voy a libraros de mi presencia —dije con no menor altivez, pues mi carácter jamás ha sabido doblegarse ni aun tratándose de mis sentimientos más caros—; sí: voy a libraros de mi presencia. He tenido un sueño agradable, pero muy engañoso y... ¡Nos conocemos!

Cerca de la puerta estaba ya cuando miss Vernon, cuyos impetuosos movimientos semejaban, a veces, impulsos del instinto, se llegó a mí y, cogiéndome por el brazo me detuvo con aquel ademán de superioridad que sabía adoptar de momento y cuyo efecto hacía irresistible la ingenuidad de sus modales.

—¡Deteneos, señor Frank! —dijo—. No debemos separarnos así. No estoy tan sobrada de amigos que pueda permitirme el placer de romper con los ingratos y egoístas. Escuchad bien lo que voy a deciros: nada sabréis de este guante misterioso —y lo tomó con la mano—; no, nada, ni una palabra más de lo que sabéis ya; y, a pesar de ello, no sufriré que sea motivo de desconfianza y de lucha entre nosotros. El tiempo de mi permanencia aquí —añadió en tono más suave—, corto será indefectiblemente, y más aún el de la vuestra. Vamos a separarnos para no volver a vernos. ¡No riñamos, pues! Que los tenebrosos infortunios no sirvan de pretexto para envenenar las pocas horas que nos quedan de estar juntos en esta playa de la eternidad.

¿Con qué mágica fascinación encadenaba a su arbitrio un carácter como el mío, del que yo no era siempre dueño? Abrigaba, al penetrar en la biblioteca,

la firme resolución de pedir a Diana una explicación completa; ella, con desdeñoso aplomo, había rehusado darla; ¿qué digo?, me había confesado, cara a cara, que prefería un rival, porque ¿cómo interpretar de otro modo su predilección en favor del misterioso personaje? Y, no obstante, en el momento de salir y de romper con ella, le había bastado cambiar el tono y las maneras, sustituyendo su altivez provocativa por un bondadoso despotismo, templado por el grave acento de la melancolía, para volver a su sitio al esclavo, contrito y encorvado bajo las más duras condiciones.

—¿A qué llamarme de nuevo? —pregunté volviéndome a sentar—. ¿A qué hacerme testigo de males que no puedo curar y de secretos que no pueden esclarecerse sin ofenderos? Aunque carezcáis de experiencia del mundo, se os debe alcanzar, por lo menos, que una mujer joven y bella puede tener solo un amigo. Yo mismo, si notara que uno de los míos me excluye de cualquier confidencia hecha a un tercero, desconocido y misterioso, sentiría celos; en tanto que de vos, por el contrario...

—De mí estáis naturalmente celoso en todos los grados de esa grata pasión: ¿digo bien? Pero, amigo mío, ¿qué hacéis con eso, sino caer en la hojarasca que los tontos apetece en comedias y novelas, y que rebuscan hasta prestar a las primeras el don de conmover su alma? A fuerza de habladurías, muchachos y niñas se creen enamorados, y cuando su amor languidece, se ponen celosos a fuerza de tormentos. Vos y yo, Frank, que somos personas juiciosas, carecemos de tontería o de ocio suficiente para hacer degenerar nuestras conversaciones en otro afecto que el de la buena amistad. Toda otra relación entre nosotros es tan imposible de realizar como si fuese yo hombre o vos fueseis mujer. A deciros verdad —añadió, después de un momento de vacilación—, y haciendo en pro de las conveniencias el sacrificio de ruborizarme algo por explicación tan clara, vos y yo no podríamos casarnos, aunque quisiéramos, y hasta pudiendo, no deberíamos.

Un celestial rubor cubrió la faz de Diana, mientras me dirigió la cruel explicación. Prescindiendo ya de sospechas, aun cuando acababan de ser confirmadas, me disponía a protestar contra aquella intimación; mas la joven prosiguió con dignidad fría parecida a la severidad.

—Lo que acabo de deciros es verdad seria e incontestable, y fuerza es tomarla como tal sin ulteriores palabras. Así pues, señor Osbaldistone, quedamos en que somos amigos, ¿eh?

Me tendió su mano y tomando ella una de las mías, añadió:

—Hoy y más tarde, nada más que amigos.

Abandonó mi mano, y yo, incapaz de resistir aquella mezcla de dulzura y de energía, bajé la cabeza.

—Aquí va una carta —dijo cambiando de conversación—, que está perfectamente dirigida a vos. A pesar de las precauciones de vuestro corresponsal, no hubiera tal vez llegado nunca a poder vuestro a no caer en el del enano Pacolet... un mago pequeñín que, a semejanza de todas las heroínas de novela, conservo secretamente a mis órdenes.

Abrí la carta y recorrí su contenido. El papel se escapó de entre mis dedos y exclamé involuntariamente:

—¡Dios eterno! ¡Mi desobediencia y mi locura han arruinado a mi padre!

La joven se puso en pie tiernamente alarmada.

—Palidecéis... sufrís... ¿Qué puedo hacer por vos? Sed hombre y sosegaos. ¿Acaso vuestro padre... ha muerto?

—Gracias al cielo, no; pero las desgracias que le amenazan...

—¡Si no es más que eso, no desesperéis! ¿Puedo leer esta carta? —dijo cogiéndola.

Accedí a ello sabiendo apenas lo que decía. Después de leerla con mucha atención:

—¿Quién es ese señor Tresham que os escribe? —me preguntó Diana.

—El socio de mi padre, aunque habitualmente no se ocupa en asuntos comerciales.

—Se refiere a muchas cartas que os ha dirigido.

—Ni una sola ha llegado hasta mí.

—Y a lo que veo Rashleigh, a quien vuestro padre, al salir para Holanda, dejó al frente de la casa, ha salido de Londres hace algún tiempo; se ha dirigido a Escocia con una considerable suma en valores y en dinero para reembolsar el importe de documentos fiduciarios suscritos por vuestro padre a favor de negociantes de aquel país, y... nada se sabe de él.

—¡Todo esto es demasiado cierto!

—Y, finalmente, parece que un principal dependiente, apellidado Owen, ha pasado a Glasgow para seguir las huellas de Rashleigh, y se os ruega que vayáis allá para uniros al propio Owen y auxiliarle en sus averiguaciones.

—Así es: debo partir sin pérdida de tiempo.

—Esperad un poco. Lo peor que puedo resultar es una pérdida de dinero. ¿Y esto os hace derramar lágrimas? ¡Vamos, caballero!

—Me estáis injuriando, miss Vernon. No, no es la pérdida lo que me aflige, sino el efecto que producirá, de seguro, en el ánimo y en la salud de mi padre.

Su crédito le es tan caro como el honor, y si no puede cumplir con sus compromisos, caerá en desazón, en remordimiento, en desesperación, como soldado valiente acusado de cobardía o como hombre honrado herido en su reputación. ¡Y pensar que todo eso lo hubiera podido yo evitar! ¿Y a costa de qué? ¡Del sacrificio de un necio orgullo y un desapego que me han privado de compartir los trabajos de su útil y honrosa profesión! ¡Dios mío! ¿Cómo reparar las consecuencias de mi error?

—Partiendo cuanto antes para Glasgow, siguiendo los deseos del amigo que os escribe.

—Mas si Rashleigh ha concebido en realidad el proyecto infame de arruinar a su bienhechor, ¿con qué probabilidades cuento para contrarrestar un plan tan profundamente combinado?

—Las contingencias son problemáticas, lo reconozco; pero, de otro lado, no podéis prestar utilidad alguna a vuestro padre permaneciendo aquí. Acordaos de que, si hubieseis ocupado el lugar que se os destinaba, la catástrofe no se hubiera producido; id al encuentro de aquel que ahora se os indica, y tal vez se halle remedio... Aguardad; no salgáis antes de que vuelva yo.

Me dejó en un estado de turbación y de abatimiento, en medio del cual hallé, empero, calma bastante para admirar la firmeza, la serenidad y la presencia de ánimo que caracterizaban a miss Vernon en sus crisis imprevistas.

Al cabo de algunos minutos reapareció Diana con cierto papel en la mano, doblado y cerrado a manera de carta, pero sin dirección.

—Os confío —dijo— esta prueba de mi amistad, porque tengo plena confianza en vuestro honor. Me he hecho perfectamente cargo del género de desgracias que os aflige, y creo que los fondos, hoy en poder de Rashleigh, deben ser recuperados en día 12 de setiembre, me parece, a fin de aplicarse al pago de los consabidos billetes. Por tanto, si con antelación a la memorada fecha, podéis disponer de la cantidad indispensable, el crédito de vuestro padre quedará a salvo de todo peligro.

—Así es: lo he comprendido como vos.

Después de consultar, de nuevo, la carta de Londres, añadí:

—Sí, sí: no hay él menor asomo de duda.

—Pues en tal caso —repuso Diana— mi pequeño Pacolet podrá servirlos. Habréis oído hablar de talismanes envueltos en las misivas... Tomad esta carta y no la abráis sino en caso extremo. Si triunfáis con vuestros propios esfuerzos, fío en vuestro honor para que la rasguéis sin abrirla; en caso contrario romped el sello diez días antes del vencimiento de los billetes y os

enteraréis de observaciones que podrán seros provechosas. Adiós, Frank... No volveremos a vernos más... Pensad alguna vez en Diana Vernon, vuestra humilde amiga.

Me ofreció la mano, pero yo estreché a la joven contra mi corazón. Suspiró, desprendiéndose de mis brazos, huyó por la puerta que daba acceso a su habitación y no la vi más.

18

En un cúmulo de males, cuya causa y cuyos caracteres son distintos, se tiene, al menos, la ventaja de que la distracción resultante de los efectos contradictorios evita a quien los sufre el sucumbir bajo el peso de cualquiera de ellos.

Sentía yo la muerte en el alma al separarme de miss Vernon, pero hubiera sufrido más si la crítica situación de mi padre no hubiera distraído mi dolor, y me sentía menos afligido con las nuevas de Londres, que si estas únicamente me hubiesen trastornado. No era, ni por asomo, amante superficial o hijo insensible; mas en el corazón humano hay solo lugar para una suma de emociones dolorosas, y cuando dos motivos diversos lo ponen a prueba, fuerza es que nuestra sensibilidad se distribuya entre ellas como se distribuye entre los acreedores el activo de un comerciante quebrado.

Tales eran mis reflexiones al acercarme a mi aposento, y, conforme el ejemplo que acabo de citar, empezaban ya a tomar un sesgo comercial.

Reluí, con mucha atención, la carta del señor Tresham, la cual pecaba de falta de precisión y me remitía a Owen para ciertas instrucciones. El socio de mi padre me encargaba que fuera a reunirme con aquel en una ciudad de Escocia llamada Glasgow, añadiendo que adquiriría noticias de mi antiguo amigo en casa de los señores Mac-Vittie, Mac-Fin y compañía, comerciantes de la nombrada población. Me hablaba, asimismo, de numerosas cartas, extraviadas seguramente o interceptadas, doliéndose de mi inconcebible silencio en términos tales, que rebosaban soberana injusticia si mi correspondencia hubiese llegado a su destino. Semejante lectura me consternó. No cabía dudar un instante de que el genio de Rashleigh pesaba sobre mí, encerrándome en un dédalo de dificultades y artificios, sin que fuera menos horrorosa la idea de los medios que había debido combinar para llegar a sus fines, y la de su maligno poder.

Para honra mía debo advertir que el disgusto de abandonar a miss Vernon, aunque era cruel y lo fuera aún más en otras circunstancias, se convirtió en

consideración secundaria ante la del desastre que amenazaba a mi padre. Y no es que hiciera yo gran caso de la fortuna, puesto que, al igual de tantos otros jóvenes dotados de imaginación ardiente, me figuraba que era más fácil prescindir de ella que consagrar tiempo y talento a los medios dignos de adquirirla. Pero sabía que, a los ojos de mi padre, una suspensión de pagos significaba mancha indeleble, mal sin remedio que le iría consumiendo hasta el instante próximo en que la muerte le librara de sufrirlo.

Esta dolorosa consideración se enseñoreó de mi espíritu con una energía que no hubiera excitado el cuidado de intereses propios, y, después de madura reflexión, resolví pasar a Escocia al siguiente día. En cuanto a mi tío, bastaba advertirle, mediante una esquela en que le diera gracias por su hospitalidad y alegando un importante y repentino asunto como excusa de no tributárselas personalmente. El rústico baronet no sería riguroso conmigo por una cuestión de etiqueta: estaba yo convencido de ello. De otra parte, las vastas y audaces combinaciones de Rashleigh me habían causado honda impresión, y recelé que emplease los medios conducentes a inutilizar un viaje emprendido para combatirlo, caso de que lo anunciara yo abiertamente.

Determiné, pues, ponerme en camino a la mañana siguiente, al rayar el alba, y pasar la frontera de Escocia antes de que nadie, en el castillo, pudiera sospechar acerca de mi salida. De mi diligencia dependía el éxito del viaje, mas fuerza era vencer una dificultad no pequeña. ¿Cuál era el camino más corto para llegar a Glasgow, y, lo que es peor, por cuál se iba a allá? Lo ignoraba en absoluto. Andrés Bonservice me pareció autoridad competente y apta: necesario era, pues, consultarle. Por ende, y a pesar de lo avanzado de la noche, quise asegurarme de punto tan trascendental, y, en breves minutos, llegué a la casa del jardinero.

La morada de Andrés estaba situado a corta distancia del jardín. Era una de esas casitas de Northumberland, adecuadas y cómodas, construida con sillarejos apenas desbastados, con sus puertas y ventanas encuadradas en macizos dinteles de piedra tosca y el techo formado con baldosas grises en lugar de pizarras, de rastrojo o de tejas. Un peral, en un ángulo, un arroyo y un cuadrado de flores al frente, un huerto detrás, un trozo de pradera para pasto de una vaca, un pequeño campo para suministrar alimento al jardinero: tales son el auxilio y los bienes que la vieja Inglaterra procura a sus pobres hijos hasta en las provincias más atrasadas.

Aproximándome a la morada del prudente Andrés, cierto ruido de carácter solemne, nasal y prolongado, hirió mis oídos: lo que me indujo a sospechar si el aldeano, según laudable costumbre de sus compatriotas, había reunido algunos vecinos para que le acompañaran en sus rezos de la noche, ya que a su lado no tenía esposa, ni hija, ni otra persona del sexo femenino.

«El primer jardinero —decía— tuvo demasiados animales de esa especie». Por ello, lograba a veces hacerse con un auditorio de papistas y anglicanos de los alrededores, «otros tantos tizones arrancados al horno», según expresión suya, a quienes prodigaba su maná espiritual, con gran descontento del padre Vaughan, del padre Docharty, de Rashleigh y de todos los católicos que condenaban la intrusión del aldeano en aquellas materias, como acto de contrabando herético. Era, pues, verosímil que estuviese congregada aquella noche, en casa del último, una reunión del explicado género. Escuchando con mayor atención, el ruido me pareció salido de los pulmones del buen Andrés. Cuando interrumpí a este abriendo la puerta, le hallé solo, leyendo en alta voz, para edificación propia, cierto volumen de teología, y batallando, con todas sus fuerzas, contra frases de a vara y palabras muy enrevesadas.

No bien me vio entrar, puso a un lado el infolio.

—Estaba enfrascado —dijo—, en la lectura del digno doctor Lightfood.

—¡Lightfood! —exclamé dando una ojeada al enorme libraco—. ¡Qué apellido lleva!

—Pues es el suyo, caballero: era un teólogo y de otra casta muy diversa de la del día. Empero, dispensadme el haberos tenido plantado ahí a la puerta; habéis de saber que anoche un fantasma (¡Dios nos libre de ellos!) me ha emberrinchado de tal modo, que no me atreví a abrir la puerta antes de terminar el rezo nocturno. Cabalmente acabo de concluir la lectura del capítulo V del profeta Nehemías, y si esto no basta a mantenerlos a distancia, ya no sé cómo componérmelas.

—¿Emborrachado por un fantasma? Explicaos.

—No he dicho emborrachado, sino emberrinchado... Me ha dado el vértigo... ¡Las carnes me tiemblan aún!

—Dad tregua a vuestro sobresalto, Andrés, y decidme si conocéis el camino más corto para pasar a una villa de vuestro país llamada Glasgow.

—Glasgow es ciudad, caballero, que no villa. ¿Y me preguntáis si conozco el camino? ¿Por qué no? No está tan distante de mi parroquia, desde la cual se va allá en un santiamén. Pero ¿qué es lo que Vuestro Honor piensa hacer en Glasgow?

—Negocio.

—Lo que equivale a decirme: punto en boca, porque no gusto de mentiras. ¿Conque... Glasgow?

Reflexionó un momento y añadió:

—Pues lo mejor es tomar un práctico que os enseñe el camino.

—Justamente, pero el caso es conocer uno que se dirija hacia aquel lado.

—Y... por descontado, que Vuestro Honor tendría en cuenta tiempo y trabajo empleados, ¿no?

—Se supone. Traigo prisa, y si me procuráis un guía, le pagaré bien.

—En domingo no debe hablarse de los intereses materiales —observó Andrés elevando al cielo los ojos—. A no ser por esto, preguntaría lo que tendréis a bien abonar a quien se os porte como fiel acompañante, refiriéndoos los nombres de los castillos y el parentesco de sus dueños y señores.

—Lo que a mí me importa solo es conocer la dirección que debo seguir. Por lo tocante al guía, quedará contento de mí, pues le proporcionaré todo cuanto necesite.

—Decir todo es como no decir nada. El fulano de que os hablo conoce las trochas, los lindos senderos de las montañas, las...

—No perdamos tiempo en palabras. Arregladlo a gusto vuestro.

—¡Vaya en gracia! Pues... siendo así, se me figura que el fulano que va a acompañaros será Andrés.

—¿Vos? ¡Cómo! ¿Dejaréis vuestro acomodo para...?

—He referido ya una vez a Vuestro Honor que tiempo ha (tal vez desde el primer día de mi llegada al castillo) se me metió en la cabeza la idea de tomar el portante. Ahora estoy resuelto a irme sin pérdida de momento. Más vale tarde que nunca, y el primer paso es la mitad del camino.

Conque... ¿adiós jardinería? ¿Y vuestros gajes del oficio?

—Sí, ya: perderé en ello, pero tengo dinero en poder del laird por las manzanas del antiguo huerto que llevo vendidas... ¡Valiente negocio para los que las compraron! ¡Famoso desperdicio!... Lo que no obsta para que sir Hildebrando, o mejor su intendente, se dé tanta prisa en tocar los cuartos como si se tratara de doradas manzanas de reina. Después, tengo el dinero de las siembras... Por el estilo, voy a desquitarme de la pérdida de mis gajes. Aparte de que confío en que Vuestro Honor se hará cargo de peligros y de gajes perdidos cuando estemos en Glasgow. ¿Salís muy pronto?

—Mañana con el alba.

—¡Hum!... Muy repentino es... ¿Dónde buscar un jaco?... ¡Ah! Ya di en el quid.

—Queda, pues, cerrado el trato, Andrés. A las cinco de la madrugada, aguardadme en el extremo de la avenida.

—Que me lleve el diablo, vamos al decir, si faltó a mi palabra; y hasta si

queréis creerme, saldremos dos horas antes. Conozco los caminos, de noche como de día, ni más ni menos que el ciego Ronaldson, que ha recorrido tantas veces la región.

El deseo de alejarme cuanto antes me indujo a seguir el consejo de Andrés, y así la cita quedó fijada para las tres de la madrugada. De pronto una reflexión agitó el espíritu de mi futuro compañero de viaje.

—¡Ah, el fantasma!... —exclamó—. ¡Si echara a correr tras de nosotros! ... No ansío semejante espectáculo dos veces en veinticuatro horas.

—¡Bah! —dije despidiéndome—. No os desazonéis por los espíritus del otro mundo, cuando este de acá cuenta con algunos bastante malignos que saben hacer de las suyas sin necesidad de Lucifer ni de su tropa.

Después de la antecedente reflexión, arrancada por la conciencia de mis propios males, emprendí el camino de regreso al castillo.

Mis preparativos de marcha pronto quedaron ultimados. Cargué mis pistolas, y me acosté vestido para aprovechar algunos instantes de reposo antes de emprender las fatigas del largo y penoso viaje. Mi naturaleza, agotada por las tumultuosas emociones del día, me fue más propicia de lo que podía esperar, favoreciéndome con un sueño profundo y sosegado, que no sacudí hasta sonar las dos en el viejo reloj de cierta torrecilla inmediata a mi aposento. Al instante estuve de pie, y, después de procurarme luz mediante el pedernal, escribí a mi tío la carta que le destinaba. Luego, llevando en la mano una maleta llena de la ropa indispensable, bajé la escalera sin tropiezo y llegué a la cuadra. Sin ser tan experto como mis primos, sabía lo bastante para enjaezar un caballo, de modo que, a los pocos minutos, estuve montado.

Recorriendo la antigua avenida, me volví para lanzar una postrer mirada a las paredes que cobijaban a Diana Vernon, lo cual me arrancó profundos suspiros y el triste presentimiento de que sería eterna nuestra separación. Era imposible, en aquellas hileras de ventanas largas e irregulares, distinguir, a la indecisa claridad de la luna, el aposento que la joven ocupaba. Dejando vagar mis ojos por la masa de elementos confusos y raros: «¡Perdida está para mí, pensé, ya antes de que me haya separado de los lugares en que ella habita! ¿Qué esperanza de conservar alguna relación con ella, cuando estaremos tan lejos uno del otro?».

Preso mi alma de un fantaseo que nada tenía de encantador, la campana resonó, tres veces consecutivas, en la calma de la noche recordándome, a la par que la hora de la cita, un individuo mucho menos seductor, bajo todos conceptos: Andrés Fairservice.

A la puerta de la avenida divisé un jinete apostado en la sombra que proyectaba la pared, el cual, solo después de reiterada tos por mi parte y de

llamarle distintas veces, respondió:

—Sí; yo soy: os lo fío.

—Pasad adelante —le dije— y chitón, si os es posible, hasta nuestra salida del pueblo que está en el valle.

Andrés tomó, en efecto, la delantera, con paso más rápido de lo que yo quisiera, sometiéndose tan bien a mi indicación de que guardara silencio, que ni despegó los labios para explicarme la causa de una precipitación a mi entender inútil.

Después de separarnos, siguiendo las trochas conocidas por mi guía, de los pedregosos senderos que se entrecruzaban alrededor del castillo en enmarañada urdimbre, llegamos a un páramo abierto y, pasándolo al galope, dirigimos nuestra correría al través de las montañas yermas que separan a Inglaterra de Escocia: región que ha recibido el nombre de Fronteras medias.

La ruta o, mejor dicho, la dirección intermitente que seguimos, ofrecía agradable sucesión de barrancos y pedregales, a pesar de lo cual, no reprimía Andrés la celeridad de su cabalgadura que trotaba gallardamente a paso de tres leguas por hora. Maravillado estaba yo, a la vez que descontento, de la terquedad del pícaro, ya que no hallábamos sino subidas y bajadas muy bruscas en terreno propio para descrismarse uno veinte veces, costeando de tan cerca los precipicios, que un paso en falso del caballo bastara para ocasionar al caballero segura muerte.

Ni podíamos fiarnos, para asegurar la marcha, de la claridad de la luna que solo despedía pálida luz, en tanto que la masa de montañas proyectaba espesas tinieblas en muchos parajes, por lo cual no me quedaba otro recurso, para seguir las huellas de Andrés, que el ruido de las herraduras de su caballo y las chispas que arrancaban las mismas de los pedruscos del camino.

Por de pronto, la rapidez de la marcha y la atención que el cuidado de mi seguridad personal me obligaba a dedicar a mi cabalgadura, me produjeron el buen efecto de distraer mi espíritu de ideas tristes, a las cuales, de seguro, se hubiera abandonado. Últimamente, después de haberle dicho, gritando, a Andrés que moderara el paso, su imprudente obstinación en no obedecerme me exaltó la bilis. Mi ira no fue más afortunada. Dos o tres veces probé de darle alcance, con el firme propósito de pararlo a latigazos, pero iba mejor montado que yo, y, fuese por fogosidad de su caballo, fuese por presentimiento de mis buenas intenciones, aceleraba el paso no bien estaba yo próximo a alcanzarlo. De otra parte, me veía obligado a no perdonar la espuela para no perderle de vista, pues demasiado sabía yo que sin él me fuera imposible orientarme en mitad de aquellas hórridas soledades que atravesábamos de una sola embestida.

Finalmente, y no pudiendo dominar ya más mi cólera, amenacé al impetuoso Andrés con hacer uso de mis pistolas y de mandarle una bala que suspendiera, en el acto, su endiablado escape, si no lo reprimía por su cuenta: amenaza que impresionó sus oídos, hasta entonces sordos a mis ruegos, puesto que cambió súbito el paso.

—Insensato es el galopar tan locamente —dijo cuando estuve cerca de él.

—¿Cuál era, pues, vuestro propósito procediendo de esa suerte, miserable testarudo? —le pregunté.

Era yo presa de uno de esos accesos de cólera que se exaltan más cuando se acaba de experimentar un movimiento de terror, el cual semeja a las gotas de agua que excitan el ardor del fuego sin lograr extinguirlo.

—¿Qué me quiere Vuestro Honor? —me demandó Andrés con imperturbable sangre fría.

—¿Que qué deseo, bribón? Hace una hora que me desgañifo gritándoos que andéis menos aprisa, y ni siquiera me habéis respondido. ¿Estáis borracho o loco?

—Con perdón de Vuestro Honor, soy algo duro de oído, aparte de que no niego que haya bebido, tal vez, el «trago de marcha», antes de dejar la antigua casa en que he trabajado durante tantos años. Falto de amigo con quien brindar, puede que me haya encargado de hacerlo por dos; de otra suerte, hubiera debido abandonar a los papistas el resto de mi cuarterola de aguardiente, y en verdad que hubiera sido despilfarro.

Había en tales observaciones cierta apariencia de verdad, y además la necesidad me aconsejaba seguir en buena inteligencia con mi guía. Me limité, pues, a prescribirle que, en lo sucesivo, se ajustara a mis órdenes para regular nuestra marcha.

Estimulado por el apaciguarse de mi voz, Andrés elevó la suya en una octava, tomando el tono de suficiencia doctoral que le era peculiar.

—Vuestro Honor no me convencerá nunca, como nadie en el mundo, de que sea prudente o sano el tomar de noche el aire de los bosques sin haberse pertrechado antes con un buen vaso de agua específica, o de aguardiente, o de otro cordial de este jaez. He atravesado cien veces las costas del monte de las Nutrias, de día como de noche, y jamás acertara a salir del paso sin haber bebido la «gota de la mañana», en prueba de lo cual llevaba mi cuarterola de aguardiente en cada arzón de la silla.

—En otros términos, Andrés: os dedicabais al contrabando. Y ¿cómo vuestros rigurosos principios se compaginaban con el fraude al Estado?

—Entre los egipcios fuera buena presa; mas la pobre vieja Escocia,

después de la malhadada Unión, tiene mucho que sufrir de parte de esos innobles pillos aduaneros, que han caído sobre ella en abundancia, igual que langosta, y es obrar como buen hijo el suministrarle alguna gota de algo para remozar su corazón, quiéranlo o no esos monstruosos fulleros.

Prosiguiendo la plática, me comunicó Andrés que más de una vez había pasado por aquellos desfiladeros practicando el contrabando antes y después de su permanencia en el castillo: circunstancia no exenta de valor, puesto que me daba la medida de su habilidad en guiarme, a pesar de la corrida con que emprendiéramos la marcha.

Seguíamos, a la sazón, un paso más moderado, siquiera el espolazo de marras, que tanto había precipitado los movimientos de mi guía, pareciese ejercer todavía sobre él un resto de influencia. Así se volvía a menudo para lanzar miradas bruscas y terroríficas, y en cuanto el camino aparecía más socorrido, atormentaba a su cabalgadura para que alargara el paso, cual si sintiera a los aduaneros irle a la zaga.

Sus sobresaltos disminuyeron por grados, hasta que subimos a una desolada montaña, cuya meseta, de un cuarto de hora de extensión, era solo accesible salvando abruptas pendientes.

Los pálidos rayos de la mañana comenzaban a iluminar el horizonte. Andrés miró, de nuevo, tras sí, y, no viendo sombra de ser viviente en los desiertos que acabábamos de atravesar, sus duras facciones se serenaron poco a poco y se puso a silbar, y luego a cantar, con más afición que melodía, el final de una canción escocesa:

Es para mi Jenny la ufana,
en la montaña y tierra llana,
y no ha de verla más su clan.

Y, al propio tiempo, pasaba la mano por el pescuezo de su cabalgadura, que tan valerosamente le había servido: gesto que hizo fijar mi atención en el bruto y reconocer en él al caballo predilecto de Thorncliff Osbaldistone.

—¿Cómo se entiende, Andrés? —le pregunté severamente—. ¡Vuestro caballo pertenece a mi primo!

—Es posible que le haya pertenecido algún día, pero hoy es mío.

—¡Se lo habéis robado, canalla!

—No, no señor. Nadie tiene derecho a acusarme de ladrón. Vais a ver cómo ha sido eso. El señor Thorncliff me pidió prestadas diez libras, que le entregué para asistir a las carreras de York, y que me lleve el diablo si me ha devuelto un cuarto, antes bien, al pedírselo, hablaba siembre de sobarme las

costillas. Ahora os aseguro que no será fácil hacer repasar la frontera a mi bruto, y que si Thorncliff no me reembolsa hasta el último penique, no le verá más el pelo del rabo al animal. Conozco, en Loughmaben, a un chico listo, procurador de punta, que me enseñará el modo de componérmelas con el otro. ¡Ladrón! ¡Nada de eso! ¡Lejos de mí semejante pecado! Me he apoderado del cuadrúpedo jurisdictionis fandandy causey, como dice el procurador, que se explica casi tan bien como los jardineros y otros sabios: tres palabras (¡lástima que cuesten tan caras!) que son todo lo que Andrés ha sacado en claro de cierto largo pleito y de cuatro barriles del mejor aguardiente que haya sorbido el gizonte humano. ¡Ah, señor! La ley no se aprende gratis.

—Más costosa será para vos, Andrés, si proseguís cobrándoos por vuestra cuenta y sin el debido consentimiento.

—¡Bah! Estamos ya en Escocia, a Dios gracias, y no han de faltarme amigos, procuradores y hasta jueces, ni más ni menos que a cualquiera de los Osbaldistone de allá. El primo de mi abuela, en tercer grado, lo es del preboste de Dumfries, y no ha de tolerar que se falte a una gota de su misma sangre. ¡Vaya! Aquí la justicia no es parcial en favor de nadie; no sucede como en vuestro país, donde se pone mano sobre un pobre diablo por una orden del escribano Jobson sin darle tiempo para volver el rostro. ¡Oh!, y que antes de poco tendrán aún justicia peor, sea dicho de paso, razón por la cual, junto con los demás, les he dicho «ahí queda eso».

Las picardías que soltaba Andrés me contrariaron mucho, moviéndome a lamentar el destino que, por segunda vez, colocaba en mi camino a un individuo de tan escasa moralidad. No obstante, concebí la intención de comprarle el caballo, en cuanto llegáramos al término del viaje, y de devolvérselo a mi primo, sin perjuicio de escribir a mi tío acerca del particular, aprovechando la primera oficina de correos. Por lo que toca al culpable, me pareció trabajo perdido el reñir con él por una acción bastante natural, después de todo, dada su condición. Ahogué, por ende, mi disgusto, y pregúntele a Andrés lo que quería significar al decir que, en breve, se administraría aún menos justicia en el Northumberland.

—¡Justicia! —respondió—. ¡Pues! Bastará con la del palo. Sacerdotes, militares irlandeses y toda la ganadería papista, que fue a enredarse en el extranjero por miedo de presentarse en el país, ahora regresará allá en tropel, y... los cuervos no se reúnen cuando no huelen la carne muerta. Tan seguro como que vivís, que sir Hildebrando perderá la cabeza en el zafarrancho. El castillo está atestado de pistolas y fusiles, de espadas y de puñales y... Se batirán de lo lindo, os lo prometo, porque nada arredra a aquellos jóvenes exaltados, con vuestro perdón sea dicho.

El precedente discurso reprodujo en mi memoria las sospechas que

concibiera yo de que los jacobitas estaban en vísperas de alguna empresa desesperada; pero, calculando que no me incumbía el vigilar la conducta de mi tío, había evitado, más que buscado, las ocasiones de conocer lo que pasaba en el castillo. Mas Andrés, inaccesible a tales escrúpulos, decía evidentemente la verdad al suponer que se tramaba un complot y que semejante circunstancia era otro de los motivos que le habían determinado a partir.

—Los criados —añadió—, al igual que los enfiteotas y demás, han sido comprometidos y revistados. También a mí querían armarme, pero ¡quia!, ¡enredarme yo con una tropa de esa casta!... ¡Qué poco me conocen los que me lo propusieron! Me batiré cuando me acomode, ¡pero no será por la prostituta de Babilonia, ni por otra alguna de Inglaterra!

19

Llegados a la primera villa de Escocia, Andrés no olvidó el ir en busca de su amigo el procurador, a quien fue a consultar acerca de los trámites indispensables para convertir decentemente en propiedad legítima la «hermosa bestia» que hasta entonces solo le pertenecía por obra y gracia de un escamoteo bastante común todavía en un país donde reinara, en otro tiempo, la impunidad.

Me complació el verle de vuelta con aire corrido y rostro descompuesto. A lo que entendí había dado excesiva extensión a las confidencias hechas a su antiguo compadre Buchedor, el cual, en cambio de su franca declaración, le comunicó que, durante la ausencia del consultante, había sido nombrado secretario del juzgado de paz, estándolo, por consiguiente, encomendado el instruir al juez de las tretas de aquel género. El astuto funcionario añadió que su deber era el de apoderarse, sin miramiento alguno, del caballo y depositarlo en la cuadra del alcalde Grossepanse, en concepto de depósito, a razón de doce chelines escoceses por día, hasta quedar solventada la cuestión de dominio, dejando entrever, asimismo, que su cargo, estrictamente desempeñado, le imponía la obligación de detener al jardinero en persona. Cediendo, empero, a los ruegos de este, se mostró indulgente, prometió hacer la vista gorda y llevó la generosidad hasta el punto de regalarle un rocín asmático y derrengado, para la prosecución del viaje; bien que, en cambio, exigió al pobre Andrés una cesión completa de derechos respecto al buen caballo de Thorncliff. Esta cesión fue de pura forma, toda vez que, según observó bromeando, cuanto podía prometerse, en definitiva, su desgraciado amigo, consistía en el cabestro.

No sin pena arranqué los transcritos detalles a mi guía, quien mostró conturbado el aspecto y gachas las orejas, ya que su orgullo nacional se sentía

cruelmente mortificado al convenir en que, del lado de acá como del de allá de la frontera, un procurador era un procurador y que el escribano Buchedor no valía un óbolo más que el escribano Jobson.

—Si le hubiera sucedido a él lo que a mí, entre los ingleses —dijo Andrés—, se hubiera visto vejado en la mitad menos, tratándose de una cosa ganada, puedo decirlo, con peligro de la vida. Pero ¿se ha visto alguna vez que los halcones se destrocen unos a otros? ¡Ah, todo está revuelto en mi país desde la malhadada Unión!

Era a la de Escocia con Inglaterra, a la que Andrés atribuía cada señal de corrupción y de decadencia que creía observar entre sus paisanos, con la carencia de mesones, la disminución de jarros de cerveza y otros daños por el estilo.

Por lo que a mí toca, las cosas habían tomado un sesgo favorable, sustrayéndome a toda responsabilidad respecto al caballo. Escribí a mi tío explicándole que estaba en poder de la señora Justicia y de sus respetables emisarios el alcalde Grossepanse y el secretario Buchedor, a quienes le remitía para más pormenores. En cuanto a si el animal volvió a su propietario, el cazador de zorros del Northumberland, o bien si continuó montado por el procurador escocés, alternativa es que no merece ocuparnos.

Seguimos Andrés y yo nuestro viaje hacia el noroeste, con menos celeridad que a la salida, que más pareció fuga. Cadenas de montañas estériles y monótonas se sucedieron sin interrupción hasta que se abrió ante nosotros el fértil valle del Clyde. Arreando el paso de nuestras cabalgaduras, entramos en la villa o, según la orgullosa denominación de Andrés, en la ciudad de Glasgow.

Esta es hoy muy digna, por lo que he oído decir, del título que, por una especie de presentimiento, le adjudicó mi guía. Relaciones extensas y siempre crecientes con las Indias occidentales y las colonias de América han favorecido su riqueza y su prosperidad: base que, con perseverancia y energía, puede servir de punto de apoyo a un inmenso desenvolvimiento comercial. En la época de que hablo no brillaba aún la aurora de su esplendor. El acto de la Unión había, ciertamente, abierto para Escocia el tráfico con las colonias inglesas, pero por el efecto de la penuria de capitales y de los celos nacionales de los ingleses, los comerciantes escoceses se hallaban aún excluidos, en gran parte, del uso de los privilegios que les otorgaba aquel gran acto político.

Por más que estuviera lejos de hacer presagiar la importancia a que todo anuncio ha de llegar algún día, Glasgow no debía menos a su situación central, al oeste de Escocia, el ocupar un rango elevado y considerable. El Clyde, cuyas abundosas aguas bañan casi sus murallas, le abría una navegación ventajosa hacia el interior. No solo las fértiles llanuras que la rodeaban, sí que

también los condados de Ayr y de Dumfries miraban como capital natural a Glasgow, mandándole sus productos y recibiendo, en cambio, de ella, los objetos de lujo y de utilidad necesarios para su consumo.

De las sombrías montañas de la Escocia occidental bajaban, con frecuencia, tribus agrestes que frecuentaban los mercados de la residencia favorita de San Mungo, el primer civilizador de aquellas comarcas. Se veían, a menudo, rebaños de ganado y de ruines potros, vellosos y salvajes, atravesar las calles de la villa guiados por montañeses tan velludos, tan salvajes y, a veces, tan ruines como aquellos. Con sorpresa observaba el extranjero su traje antiguo y raro y oía los discordantes sonidos de una lengua para él desconocida. Por su parte, el montañés, armado hasta en tan pacífica tarea, con fusil, pistolas, espada, puñal y tablachina, contemplaba absorto los objetos suntuarios cuyo uso no concebía, y miraba codicioso aquellos que podían prestarle utilidad.

Jamás renuncia el montañés a los despoblados que protegen su cuerpo, y, en aquellos tiempos atrasados, intentar establecerle en otro sitio hubiera valido tanto como pretender arrancar un pino de la roca en que echó raíces. No obstante, los valles situados en altas tierras, a pesar del hambre y de la guerra civil que les diezmaban de vez en cuando, experimentaban ya un aumento de población. Gran número de sus habitantes emigraron hasta Glasgow, buscando y consiguiendo trabajo, siquiera muy diverso del que se dedicaban en la montaña. Semejante colonia de hombres robustos y laboriosos, no dejó de ejercer influencia en la prosperidad de la villa, la cual debió a aquella los medios de sostener singulares fábricas, de que se envanecía ya, y el preparar los fundamentos de su futura grandeza.

El aspecto de la población estaba en armonía con sus esperanzas. La calle principal, larga e imponente, adornada con monumentos de arquitectura menos correcta que vistosa, se extendía entre dos hileras de elevadas casas de piedra, sobrecargadas, en parte, de ornamentos de albañilería, lo que le daba un aspecto de grandeza y de majestad que falta, hasta cierto punto, a la mayoría de poblaciones de Inglaterra construidas con ladrillos ligeros, deleznales y propensos a inmediato deterioro.

Era un sábado por la tarde, y a hora bastante avanzada para ocuparse en negocio alguno, cuando llegamos mi guía y yo a la metrópoli occidental de Escocia, apeándonos a la puerta de un mesón que nos recibió muy urbanamente.

A la siguiente mañana, las campanas de todas las iglesias repiqueteaban anunciando la santidad del día. A pesar de cuanto había oído decir acerca de la austeridad con que se observaba el domingo en Escocia, mi primer pensamiento, muy natural, fue el de andar en busca de Owen, pero se me dijo

que toda gestión sería vana antes de la celebración de las prácticas religiosas. La mesonera y el guía afirmaron, de consuno, que no hallaría yo alma viviente ni en los despachos ni en la casa de comercio donde debía presentarme, y que, a mayor abundamiento, no encontraría ninguno de los socios, personas graves y que, a fuer de buenos cristianos, estarían en la iglesia subterránea de la Baronía.

Andrés, a quien sus quejas contra la judicatura no habían, por fortuna, desilusionado respecto a las restantes carreras liberales de su país, se puso a entonar elogios del predicador que debía ocupar el púlpito, a todos los cuales dijo amén la hostelera. Aquel concierto de alabanzas me sugirió la idea de asistir a un templo popular, tanto con la mira de saber si Owen había llegado a Glasgow, como con la esperanza de salir de él muy edificado. Mi ansiedad se excitó vivamente con las seguridades de que si el señor Efraín Mac-Vittie ¡el digno varón! estaba en el mundo, no dejaría de honrar con su presencia la iglesia, y de que si hospedaba en su casa a un forastero, le llevaría allá sin duda alguna. Tal probabilidad acabó de decidirme y, acompañado por el fiel Andrés, me dirigí a la catedral.

En aquella ocasión hubiera podido prescindir de él, pues la multitud, que se arremolinaba a lo largo de la calle ascendente y mal empedrada para oír luego al predicador más popular de la provincia, me hubiera arrastrado con ella. Llegados a lo más alto de la calle, tomamos por la izquierda, y una gran puerta, abierta de par en par, nos dio acceso al vasto y desnudo cementerio que circunda la catedral. Este edificio, sombrío y macizo, nada tiene de elegante, pero ha conservado una originalidad tan notable y tan en armonía con los alrededores, que, ya a primera vista, produce un efecto de admiración y de respeto. Tanto sentí una y otro que, para examinar más a mi sabor el edificio, resistí, durante algunos minutos, los esfuerzos de Andrés empeñado en empujarme hacia el interior.

Aun cuando se eleva por sobre una localidad populosa y considerable, el antiguo monumento parece estar en completo aislamiento. Por un lado, altas murallas lo separaban de la villa propiamente dicha, y por otro, se halla flanqueado por una torrentera en cuyo fondo susurra caprichoso arroyo, apenas visible, y cuyos dulces murmurios contribuyen a dar al sitio más imponente majestad. La orilla opuesta se ve cubierta, en su pendiente escarpada, por un conjunto de abetos cuyas espesas ramas extienden sobre el cementerio melancólica sombra.

No hay cosa que no tenga allá su carácter particular, incluso el cementerio. Este, aunque muy extenso en realidad, parece pequeño, dado el gran número de habitantes inhumados en él. Señaladas casi todas las tumbas con piedras sepulcrales, no falta espacio para la vegetación lujuriente que, por lo común, despliega un manto de verdor sobre aquellas soledades en que el malo deja de

dañar y en que halla reposo el desgraciado. Con sus recios sillares yuxtapuestos, el recinto, aunque al aire libre, ofrece parecido con nuestras antiguas iglesias de Inglaterra cuyo pavimento presenta solo una lista de inscripciones funerarias. El contexto de esos tristes archivos de la muerte, los vanos dolores de que son testimonio, la amarga lección que dan sobre la nada de la humanidad, la extensión de terreno que cubren y la tenebrosa monotonía de su estilo, me recordaron el libro del profeta, cubierto de escritos por fuera y por dentro, en el que se leían solo lamentaciones, duelo y desesperación.

La catedral, en su soberbio conjunto, contribuye al efecto del majestuoso cuadro. El aspecto es pesado en exceso, pero la ligereza y los adornos que tuviera serían en detrimento de la impresión que produce. Es la única iglesia metropolitana de Escocia, según se me dijo, que, a excepción de Kirkwall, en las islas Orcadas, no sufrió en lo más mínimo los ultrajes de la Reforma; y Andrés, cuya vanidad se sintió muy halagada con la admiración que aquella despertó en mí, me explicó en los siguientes términos las causas de dicha preservación.

—¡Ah!, ¡qué hermosa iglesia! No se han grabado en las paredes historias en piedra, ni puesto arambeles y follaje. Está hecha con buena sillería, sólida y bien construida, que durará tanto como el mundo, si no se empeñan en lo contrario los hombres y la pólvora. De buena escapó en tiempos de la Reforma, cuando se derribaron las iglesias de Perth y de Saint Andrews solo para barrerlas de papismo, de idolatría, de culto a las imágenes, de sobrepellices y de otras zarandajas de la gran prostituta que se sienta sobre las siete colinas, como si una de estas no fuera bastante para sus desgastadas posaderas...

«Fue por aquel entonces que las municipalidades de Renfrew, de la Baronía, de los arrabales y de más allá, se reunieron una mañana para llegarse a Glasgow, dando aviso para purgar algún tanto a la catedral de los pelendengues del papismo. Pero los vecinos de la villa tuvieron miedo de ver su antiguo edificio venirse abajo, con el empleo de semejante medicina, y repicaron las campanas y congregaron las milicias a tambor batiente. Por fortuna, el digno Jaime Rabat era decano de los oficios aquel año: famoso maestro de obras que se sintió más que resuelto a defender la antigua construcción. Entonces, se reunieron las gentes de oficio y libraron resueltamente batalla contra los de las municipalidades, prefiriendo portarse así a dejar que su iglesia se echara a perder como tantas otras. No fue por amor al Papa, ¡oh, no! Nadie podrá afirmar eso jamás de los trabajadores de Glasgow. Entonces se llegó a un arreglo. Se quitaron de las capillas las estatuas de los santos (¡mal año para ellas!), y aquellos ídolos de piedra fueron hechos añicos, conforme al texto de la Escritura, y echados al agua del Molendinar, quedando la vieja iglesia en pie y tan contenta como gato

limpiado de pulgas, y todo el mundo tan satisfecho.

»He oído decir a personas entendidas que, a seguirse igual conducta en cada población de Escocia, la Reforma hubiera sido tan pura como es hoy que contaríamos con más verdaderas iglesias de cristianos. He estado mucho tiempo en Inglaterra y no hay quien me quite de la mollera que la perrera de Osbaldistone es mejor que más de una casa del Señor en Escocia».

Y hablando de esta suerte, Andrés avanzó hacia la catedral.

20

A pesar de la impaciencia de mi guía, no pude abstenerme de dirigir una mirada última al edificio, más imponente aún desde que sus puertas, al cerrarse, acababan de tragar, por decirlo así, la multitud que ocupara antes el cementerio.

Solemnes coros nos anunciaron que la ceremonia había empezado. El concierto de tantas voces, que confundía la distancia en una armonía sola, sin dejar que llegaran al oído las ingratas discordancias que, desde más cerca, lo hubieran disgustado, junto con el murmullo del arroyo y los gemidos del viento entre los pinos, elevaron mi alma hasta el sentimiento de lo sublime. La naturaleza entera, tal cual la invocaba el salmista cuyos versículos se entonaban, parecía unirse a los fieles para ofrecer al Creador aquel cántico de alabanzas en que se juntan el temor y la alegría. Había asistido yo, en Francia, al oficio mayor celebrado con todo el aparato que pueden dar de sí la más bella música, los ornamentos más suntuosos y las más grandiosas ceremonias, y, no obstante, la sencillez del culto presbiteriano me causó más profunda emoción. Los actos de devoción verificados en común me parecieron muy superiores a las lecciones cantadas por músicos rutinarios, dando a la Iglesia escocesa todas las ventajas de la realidad sobre los efectos del arte.

Al notar Andrés, cuya paciencia había llegado a su colmo, que no me cansaba de oír aquellos solemnes acentos, me tiró por la manga y dijo:

—Seguidme, señor, seguidme. Entrando demasiado tarde, vamos a perturbar el servicio divino, y permaneciendo aquí, la policía caerá sobre nosotros y nos llevará al cuerpo de guardia, por haber rondado durante el oficio.

Prevenido con esto, seguí a mi guía, pero no hacia el coro como creyera.

—¡Por aquí, por aquí, señor! —exclamó Andrés, en el momento en que me disponía a entrar por la puerta grande—. Arriba no se percibe sino lo

recalentado: moral carnal tan seca y desabrida como las hojas caídas en tiempo de Navidad. Abajo, por el contrario, saborearemos la verdadera doctrina.

Hablando de esta suerte, me hizo pasar por una puerta baja y cimbrada, cerca de la cual había un hombre de aspecto grave dispuesto ya a correr el cerrojo. Descendimos por varias gradas, como si fuéramos a internarnos en alguna tumba. Bajábamos a aquella cripta fúnebre que se había escogido, ignoro cuándo, para establecer culto presbiteriano.

Figuraos una larga hilera de bóvedas oscuras, bajas, apenas iluminadas, parecidas a las que sirven para sepulturas en otros países y dedicadas, durante largo tiempo, en aquel, a idéntico uso. Parte del recinto había sido transformado en iglesia y se la había provisto de bancos. Aunque capaz para muchos centenares de personas, ocupaba un espacio reducido en comparación a las vastas y negras profundidades que se entreabrían alrededor de lo que podría llamarse «el punto habitado». En aquellas desoladas regiones del olvido, empolvadas banderas y escudos rotos indicaban las tumbas de los que un día habían sido también «príncipes de Israel». Inscripciones solo inteligibles para el laborioso anticuario, convidaban a orar por las almas de aquellos, cuyos rostros cubrían, en una lengua tan añeja como el acto de devoción que reclamaban del viandante.

En medio de aquella necrópolis, último asilo de la humanidad, fue donde hallé una asamblea numerosa absorbida en su rezo. Los presbiterianos de Escocia están de pie al llenar públicamente sus deberes religiosos, en lugar de arrodillarse, sin más razón, tal vez, que la de exteriorizar con ello su extremada antipatía a las formas del rito romano, ya que cuando oran en familia, y sin duda también en sus actos particulares de devoción, adoptan, para dirigirse a la Divinidad, la actitud acostumbrada entre los demás cristianos, como la más humilde y respetuosa. De pie y descubierta la cabeza los hombres, centenares de personas de ambos sexos y de todas edades escuchaban, con singular atención y recogimiento, la oración que un pastor, ya anciano y muy popular, pronunciaba casi de memoria. Educado en las mismas creencias, me uní de corazón a aquel ejercicio de piedad, y no me abandoné a examinar lo que rodeaba hasta ver que se sentaban todos los fieles.

Terminada la plegaria, los hombres, en su mayoría, se cubrieron de nuevo con sus gorros y sombreros, tomando asiento los que disponían de él. Andrés y yo, llegados demasiado tarde para procurárnoslo, permanecemos de pie, al igual que gran número de individuos, formando así una especie de guirnalda viva en torno del auditorio sentado en los bancos. Detrás y alrededor de nosotros, las bóvedas que he mencionado se perdían en la penumbra. Estábamos de cara al piadoso concurso, iluminado apenas por dos o tres vitrales parecidos a los que se colocan en las tumbas.

A favor de tan incierta claridad, se distinguía la acostumbrada diversidad de los rostros vueltos, en su mayoría, hacia el pastor, y mostrando, en general, los caracteres de la atención, a no ser cuando algún padre o madre recordaban el deber al muchacho demasiado vivo de genio que se distraía, o bien al que, más torpe, se abandonaba al sueño. Los distintivos duros y acentuados del pueblo, más marcados, por lo común, en el ejercicio de la inteligencia y de la atención, aparecen en las manifestaciones religiosas o en las filas de un ejército mejor que en otras reuniones menos graves y más frívolas.

El discurso del predicador era muy propio para poner en juego las cualidades diversas de sus oyentes. La edad y las dolencias habían debilitado un órgano vocal potente y sonoro por naturaleza. Leyendo el texto, no hizo sino marcar las palabras, pero en cuanto hubo cerrado la Biblia y empezado su sermón, se robusteció gradualmente su voz, al desenvolver los argumentos con inesperada vehemencia. Los tomaba, sobre todo, de los puntos abstractos de la religión cristiana: asuntos graves, profundos, impenetrables para la razón humana, que él, no obstante, hacía por resolver con tanta pertinencia como habilidad, mediante citas sacadas de los Libros Santos. No estaba mi espíritu preparado para seguirle en todos sus razonamientos, entre los cuales los había de un alcance que escapaba a mi penetración; pero nada tan capaz de conmover como el ardiente entusiasmo del buen anciano, y nada más ingenioso que su modo de discurrir. El escocés, como es sabido, se distingue más por el vigor de sus facultades intelectuales que por la delicadeza de sus sentimientos, y por eso la lógica ejerce sobre él mayor imperio que la retórica. En ciertos puntos de doctrina gusta de la discusión sutil y ceñida, más que de los patéticos llamamientos al corazón y a las pasiones: recurso ordinario de los grandes predicadores extranjeros para granjearse el favor de su auditorio.

En lo más apiñado del grupo atento, que tenía yo ante mis ojos, hubiera podido notarse la variedad de fisonomías como en el famoso lienzo de Rafael, que representa a san Pablo predicando ante el areópago de Atenas. Acá, un inteligente y celoso calvinista, fruncido el ceño, se mantenía en actitud de profunda aplicación, ligeramente apretados los labios, sin perder de vista al orador cuyo triunfo compartía con modesto sentimiento de orgullo, tocando sucesivamente con el índice los dedos de la mano izquierda, mientras que, de argumento en argumento, el sermón se acercaba al final. Allí, un fanático revelaba, con aire feroz y austero, su desprecio a los que no pensaban como él y como su pastor, no menos que su alegría por los castigos que les amenazaban. Un tercero, que no pertenecía a la congregación y a quien el acaso o la curiosidad habían guiado seguramente allí, parecía discutir consigo mismo el valor de ciertas proposiciones, y su cabecear, apenas perceptible, denunciaba dudas acerca de la congruencia del raciocinio. La mayoría presentaba una actitud reposada y satisfecha que significaba: «¡Cómo debe agradecérsenos el haber venido y el escuchar tan hermosa plática!». Mas

¿cuántos eran los que se hallaban en el caso de comprenderla? En general, las mujeres no estaban más adelantadas, con la diferencia, empero, de que las viejas, de genio más agrio, se fijaban en los pasajes abstractos, en tanto que las mozas no prohibían a sus miradas el pasearse furtivamente por la reunión. Hasta algunas (si la vanidad no me engañó) me favorecieron, sin duda, como inglés y por mi distinguido porte. En cuanto al resto de la muchedumbre, los imbéciles abrían tamaños ojos, bostezaban o se entregaban a la soñolencia hasta que, escandalizado, un vecino les despertaba a taconazos en los huesos de las piernas, mientras que los indiferentes, no atreviéndose a dar señales de disgusto en exceso significativas, reparaban en sus continuas distracciones.

Entre los trajes y abrigos de los habitantes del llano se distinguían, acá y acullá, el plaid de un montañés, quien, apoyado en el puño de su espada, lo observaba todo con la imperturbable y deslumbrada afición de un salvaje, sin preocuparse lo más mínimo por lo que decía el orador, gracias a la muy convincente razón de que no entendía el idioma en que se expresaba. El aspecto marcial y feroz de tales intrusos añadía a la congregación un carácter que, sin ellos, le faltara. Eran, aquel día, en mayor número, según me hizo notar Andrés, con motivo del mercado de ganados que había tenido lugar en las cercanías.

Tal era el espectáculo que, de banco en banco, se desarrollaba ante mí. Los débiles rayos de sol, que se disolvían en la cripta, después de iluminar la concurrencia, iban a perderse en el vacío de las lejanas bóvedas, extendiendo sobre el primer término una semiclaridad imperfecta y dejando en tinieblas las profundidades de aquel laberinto, lo que le daba aspecto de interminable.

He dicho ya que permanecía yo de pie junto a otras personas que formaban el circuito, puesto los ojos en el orador y de espaldas al espacio no ocupado de la cripta. Semejante posición me exponía a frecuentes distracciones, ya que el más ligero rumor bajo los arcos prealudidos era repetido por mil ecos. El gotear del agua sobre el pavimento, rezumando por alguna grieta, me hizo volver más de una vez la cabeza hacia el lugar en que parecía efectuarse el hecho, y ya tomada en esa dirección por mis miradas, me era difícil separarlas de ella. Un tejido de bóvedas y de columnas, de tinieblas entrecortadas por resplandores, de formas raras e indecisas: todo ello bastaba para inflamar la imaginación que se complace en lo desconocido y en las misteriosas apariencias. Poco a poco, mis ojos se habituaron a la oscuridad que me atraía, e me interesé mucho más en los descubrimientos que deseaba hacer, que no en las sutilezas metafísicas del predicador.

A menudo me había reprendido mi padre por las tendencias vagabundas de mi espíritu, debidas, sin duda, a una sensibilidad nerviosa de que estaba aquel exento. Hallándome, pues, bajo la influencia de idénticos estímulos, me eché a recordar los tiempos de mi infancia en que mi padre me acompañaba, de la

mano, a la capilla del señor Shower, y las imperiosas prevenciones que me dirigía respecto a emplear bien las horas que, una vez perdidas, no vuelven ya. ¡Cosa singular! Este recuerdo, lejos de fijar mi atención, acabó de quitarme la poca que me quedaba, trayendo a la memoria la angustiosa situación de los asuntos de mi padre. Moderando, en lo posible, el tono de la voz, indiqué a Andrés que se informara de si alguno de los socios de la casa Mac-Vittie y compañía formaba parte de la reunión; pero Andrés, preocupado con el sermón, me respondió rechazándome con el codo y como invitándome a que guardara silencio. Necesario me fue, pues, satisfacer por mi propia cuenta mi curiosidad, y, pasando revista a aquella multitud de figuras inclinadas hacia el púlpito, como hacia un hogar de atracción común, procuré descubrir la de Owen, de fisonomía seria y, por decirlo así, práctica. Bajo los anchos sombreros de castor de los burgueses de Glasgow, al igual que bajo los más anchos aún de los aldeanos del condado, nada vi que semejara la modesta peluca, las mangas tiesas, el traje completo de color de nuez: insignias características del principal dependiente de la casa Osbaldistone y Tresham.

En el colmo de la impaciencia y devorado por la inquietud, acabé por olvidar, no solo la novedad de la escena que me había tenido anhelante hasta la sazón, sí que hasta el sentimiento de las conveniencias. Tiré vivamente de la manga de Andrés, declarando a este mi intento de salir y de continuar en mis gestiones. Tan testarudo en la cripta de Glasgow como en las alturas del Cheviot, se hizo, por de pronto, el sueco; mas luego, no acertando con otro medio para contenerme, se dignó contestar que, una vez dentro de la iglesia, no se podía salir hasta terminado el culto, ya que las puertas habían sido cenadas al empezar las oraciones. Y, formulada esta advertencia en tono rápido y desapacible, volvió al talante de suficiencia con que seguía, a fuer de crítico sutil, las elucubraciones del predicador.

Haciendo de la necesidad virtud, me esforcé en mantenerme quieto, cuando vino a turbarme de nuevo singular distracción. Una voz, detrás de mí, murmuró distintamente a mis oídos, las siguientes palabras:

—¡Corréis peligro en esta villa!

Me volví impulsado por movimiento maquinal.

Cerca de mí había varios jornaleros tiesos como estacas y de aspecto vulgar. Mediante una sola ojeada, me aseguré, sin darme de ello gran cuenta, de que ninguno de ellos era la persona que acababa de hablarme. Absorbidos por la atención que prestaban a la plática, no contestaron con señal alguna de inteligencia a la mirada inquisitiva y turbada que les dirigí. La enorme y redonda columna en que me apoyaba podía haber ocultado al misterioso avisador. ¿De dónde procedía? ¿A qué había buscado un sitio como aquel? ¿Qué daño podía temer yo?... Fueron estas otras tantas preguntas que hicieron

que mi imaginación se perdiera en conjeturas.

En la confianza de que volvería a hacerse oír de nuevo la voz, me volví del lado del público y adopté una actitud recogida. Mi plan surtió efecto. Al cabo de algunos minutos, la misma voz añadió:

—¡Escuchad sin volveros!

Permanecí inmóvil.

—Corréis peligro en esta población, como lo corro yo. Id a encontrarme en el puente, a medianoche en punto. Quedaos en casa hasta el anochecer y procurad no ser visto.

Concluidas las anteriores palabras, volví otra vez la cabeza; pero, más listo que yo, mi interlocutor se había deslizado ya por detrás de la columna y había escapado a mi vista. Resuelto a descubrirlo, me separé rápidamente de la multitud y di la vuelta a aquella... Nadie, excepto un hombre envuelto en una capa que se perdió en las profundidades de la cripta.

Un impulso instintivo me movió a seguir los pasos de aquel ser enigmático, que no tardó en desvanecerse bajo las bóvedas como fantasma de alguno de los enterrados que a centenares descansaban allí. Solo me quedaba una débil esperanza de dar alcance al fugitivo, tan resuelto a escapárseme; mas, apenas, adelanté algunos pasos, hube de perderla. Mi pie resbaló y caí. La misma oscuridad, causa de mi caída, sirvió al menos para ocultarla, lo que fue de alguna fortuna en mi desgracia. El predicador, en el tono de severa autoridad que acostumbran a usar los sacerdotes escoceses cuando tratan de mantener el orden entre los fieles, interrumpió su sermón para ordenar al pertiguero que detuviera al autor del ruido que acababa de producirse; pero habiendo este cesado, el pertiguero no juzgó oportuno ejecutar rigurosamente la orden, con lo cual me fue posible recuperar mi sitio, sin que la gente reparara en mí. El orador reanudó el hilo de su sermón y ningún otro incidente alteró el final de la plática.

Se levantó todo el mundo, y, al salir de la iglesia:

—¡Calle! —exclamó Andrés—. Mirad: allá van el digno señor Mac-Vittie su mujer y miss Alison, hija suya, con el señor Tomás Mac-Fin, quien, a lo que se cuenta, casará con miss Alison sin saber remar bien. No es una beldad, pero tiene dinero a sacos llenos.

Vuelto hacia el lado que me indicaba, mis ojos se fijaron en el señor Mac-Vittie: hombre entrado en años, alto y seco, de facciones duras, ojos azules, cejas espesas y casi grises, con no sé qué especie de expresión siniestra que me hizo sentir frío en el corazón. El aviso que se me había dado estando en la iglesia, cruzó por mi mente, y dudé en dirigirme a aquel personaje, sin que

contra él pudiera alegar motivo alguno de desconfianza o de aversión.

Perplejo estaba aún, cuando Andrés, atribuyendo a timidez mi indecisión, se aprestó a infundirme ánimo.

—Habladle —dijo—, nada temáis, señor Francis. No ha llegado aún a preboste, aunque dicen si lo será el año que viene. Habladle, pues: os responderá cortésmente, aun cuando es rico, mientras no tengáis necesidad de dinero, pues según cuentan, es duro de pelar.

Se me ocurrió al punto que si aquel negociante era tan tacaño como se aseguraba, me sería indispensable tomar algunas precauciones antes de presentarme a él, supuesto que ignoraba yo el estado de sus negocios con mi padre. Esta reflexión corroboraba el consejo del desconocido y acreció la repulsión que antes había experimentado yo. Me limité a encargar a Andrés que pasara por casa del señor Mac-Vittie para averiguar la dirección de cierto inglés llamado Owen, encargándole que callara respecto a la procedencia de la petición y que me trajera la respuesta al modesto mesón en que nos habíamos apeado.

Andrés me prometió cumplir el encargo, no sin antes recordarme la obligación de asistir a la función religiosa de la tarde, añadiendo, con su causticidad natural, que «en resumidas cuentas, cuando las personas no sabían estarse quietas sobre sus piernas y desaparecían para dar tropiezos sobre las tumbas, haciendo un ruido capaz de resucitar a los muertos, fuera para ellas bastante buena una iglesia en un ángulo de la chimenea».

21

Dominado por negros presentimientos, me encerré en mi habitación y, después de rechazar las instancias de Andrés, empeñado en acompañarme al sermón de uno de los más patéticos oradores, me entregué a serias reflexiones.

¿Qué hacer?

No había sido jamás lo que se llama supersticioso, pero ¿qué no acontece al hombre presa de las dificultades anexas a una situación embarazosa? Sin que le sugiera el raciocinio más que recursos precarios, ¿no se halla propenso a soltar las riendas a su imaginación? ¿No se siente, por ventura, tentado a abandonarse al acaso o a alguna de esas caprichosas emociones que le avasallan e impulsan su voluntad con movimiento irresistible? La dureza reflejada en el rostro del comerciante escocés me había inspirado antipatía: ¿debía, pues, sin faltar a los preceptos de cuerda observación, poner mi suerte en sus manos? Por otra parte, las palabras del desconocido vibraban aún en

mis oídos, y veía delante la inasequible figura que se había disuelto como fantasma bajo aquellas bóvedas cuyos dominios merecían apellidarse «el valle de las sombras de la muerte». ¿Cómo un joven, y más siendo poeta, podía sustraerse a tan misteriosa influencia?

Si era verdad que estaba rodeado de peligros, solo un medio se me ofrecía para conocer la naturaleza de los mismos y saber cómo escapar a ellos: el de asistir a la cita del desconocido, el cual no podía abrigar, con respecto a mí, sino bondadosos intentos. El recuerdo de Rashleigh y de sus tenebrosos complots acudió más de una vez a mi pensamiento: pero, había sido tan rápido mi viaje, que descarté la suposición de que aquel estuviera ya noticioso de mi llegada a Glasgow, y más la de que hubiera tenido tiempo para tramar alguna maquinación en contra mía. Era yo de natural valeroso y confiado, activo y vigoroso, y mi permanencia en Francia me había proporcionado alguna habilidad en el manejo de las armas, elemento indispensable, por aquel entonces, a una buena educación. El encuentro de un hombre solo no me espantaba, fuese él quien fuese. En cuanto a un asesinato, no era de temer en el siglo y en el país en que vivía, aparte de que el lugar de la cita era demasiado público para convertirlo en teatro de una alevosía.

En una palabra, determiné corresponder al llamamiento y obrar, en lo demás, según las circunstancias.

Existía en el fondo de mi resolución un móvil cuya influencia en vano trataba de disimularme: el amor. Sí: acariciaba la esperanza de que Diana (sin explicarme el cómo ni los medios) no era ajena a la singular aventura de la iglesia. «Solo ella —me dije, dócil al insidioso pensamiento—, solo ella estaba en el secreto de mi viaje. Según confesión propia, contaba con amigos y con crédito en Escocia, y me había entregado un talismán, cuya virtud probaría yo, a falta de otro recurso. ¿Quién, pues, sino Diana, podía tener, con el conocimiento de los peligros pendiente sobre mi cabeza, el deseo y los medios de preservarme de ellos?».

Semejante idea, solución lisonjera de un caso muy dudoso, no cesó de atormentar mi alma. Por de pronto se insinuó humildemente antes de la hora de comer; después, hizo relucir sus atractivos cambiantes durante mi frugal refrigerio, y me dominó, al fin, con tanta insistencia (mediante el auxilio, tal vez, de algunos vasos de vino generoso) que, intentando desesperado esfuerzo para arrancar el seductor engaño que me impulsaba a seguirla, aparté mi vaso, abandoné la mesa, tomé el sombrero y me lancé a la calle.

¡Ilusión de la voluntad! En el instante mismo en que hacía por sacudir la obsesión de tal pensamiento, cedía a este sin darme cuenta de que cedía, puesto que tomaba maquinalmente el camino del puente del Clyde, lugar de la cita a que se me había invitado.

Por atención a la mesonera, que tenía escrúpulos en encender los hornillos en domingo, y para atemperarme a la prevención de permanecer en casa, no había comido hasta después de la función religiosa de la tarde, y debía sufrir aún la espera de algunas horas. Si esta fue desagradable y penosa ya se deja suponer, y apenas si acierto a darme cuenta de cómo pasó.

Personas de todas edades, con el recogimiento adecuado a la santidad del día, cruzaban en grupos el vasto prado situado al norte de la orilla, que servía de paseo a los habitantes de Glasgow, o atravesaban con lentitud el puente que conduce a los distritos meridionales del condado. Lo que me chocó fue el porte devoto de cada uno de los transeúntes, afectado, sin duda, por lo que respecta a algunos, pero sencillo y sincero en cuanto a la mayoría, contribuyendo a templar la petulante alegría de la juventud y a contener las discusiones de los hombres en discretos límites. Nada de algazara, ni siquiera ese zumbido que se eleva de en medio de las multitudes. Pocas personas volvían sobre sus pasos para dedicarse al ejercicio del paseo, por más que contribuyeran a invitarles a ello lo apacible de la tarde y la belleza del lugar. Se volvían tranquilamente a sus casas; lo que, a los ojos de un recién llegado de país extranjero, donde el domingo se santifica con menos rigorismo, presentaba un espectáculo que tenía algo de imponente y de ejemplar a la vez.

Acabé por comprender que mis idas y venidas, a lo largo de la ribera, llamaría la atención de los numerosos transeúntes ante los cuales pasaba sin cesar, ya que no me expusieran a su crítica. Separándome, en consecuencia, del camino frecuentado, hice por engañar mi impaciencia dirigiendo mis pasos por la pradera, de modo que evitara la pública atención. Estando, como estaba, el paseo cortado por varias avenidas, con plantaciones de árboles, la pueril maniobra que medité no era de difícil ejecución.

Tomando cuesta abajo, por una de aquellas avenidas, la voz acre y pretenciosa de Andrés sonó a mis oídos con gran sorpresa de parte mía. Engreído por el convencimiento de su suficiencia, levantaba aquella hasta un tono ruidoso que se avenía mal con la reserva de sus correligionarios. Esconderme tras de los árboles sería comprometer tal vez mi dignidad, pero no se me ocurrió medio más socorrido para sustraerme al impertinente, a su pesada oficiosidad y a su curiosidad aún más inoportuna. Platicaba con un hombre de aspecto grave, vestido negro, sombrero agachado sobre los ojos, envuelto en capa genovesa. Noté que hablaba de mí, y el boceto que trazaba, si bien mortificaba mi amor propio, que veía en él solo una caricatura, no dejaba de ofrecer cierto parecido.

—Sí, sí, señor Hammorgaw —afirmaba el traidor—, es tal como os lo digo. No está completamente privado de buen sentido, no; entrevé lo razonable... pero, en cuanto se le ha ocurrido, ¡buenas noches! ¡Fuego de pajas! Es un atolondrado que trae los sesos barajados y mechados con una

porción de tonterías y de simplezas poéticas... Se queda en babia ante un tronco de encina, añejo y desnudo, como si fuera un peral en plena fructificación, y una roca pelada, con una miajilla de agua manando de ella, le hace el efecto de un jardín cubierto de llores y de plantas raras. Añadir que va a echar párrafos con cierta taimada niña llamada Diana Vernon... Mejor fuera llamarla Diana de Éfeso, pues no vale más que una pagana cualquiera... ¿Qué os digo más? Peor es la tal moza... ¡papista, verdadera papista!... Charlaría, pues, con ella o con otra estafalaria de su estofa, primero que escuchar, durante todos los días de su vida, las buenas palabras vuestras, mías o de cualquier otra persona sensata y respetable. ¿Las razones? No puede sufrirlas, señor... Vanidades e inconsecuencias del mundo: he aquí su aspiración. Un día me dijo (¡pobre criatura!) que los salmos de David respiraban excelente poesía. ¡No parece sino que el santo salmista se entretuvo en buscar repiqueteos de rimas, a diestro y siniestro, como hace él con sus fárragos de vaciedades que llama verso! ¡Dios le perdone! Dos líneas de nuestro David Lindsay valen más que cuanto ha garabateado el mozo en toda su vida.

Nadie extrañará que, oyendo tan grotesca pintura de mi carácter y aficiones, me sintiera tentado a dar, sobre la marcha, al señor de Fairservice la desagradable sorpresa de una de palos. Su amigo significaba únicamente su atención con exclamaciones de «¡Ah!... ¡Ah!... ¿Conque sí, eh?» y otras por el estilo, cada vez que maese Fairservice suspendía el discurso. Al cabo, hubo de dirigirle una observación algo más prolongada, cuyo sentido no comprendí sino después de la respuesta de mi honrado servidor.

—¿Que le explique mi modo de pensar? ¡Muchas gracias! ¿No fuera acaso Andrés quien pagaría los gastos? Es el diablo en carne y hueso, caro mío. Me parece el viejo jabalí de Gilíes: mostradle el arambel y ya se pone furioso... ¿Por qué vivo con él decís? A fe mía, que ni yo mismo lo entiendo. Al fin y a la postre, no es mal chico y necesita una persona cuidadosa que le vigile... No es de los de puño cerrado, y el oro sale al través, como agua. No hace mal en ello, cuando saca la bolsa de la faltriquera, que raras veces halla dentro. Aparte de que es hijo de familia, dotado de muy lindos conocimientos... Nada: que mi corazón se siente atraído hacia ese pobre atolondrado, señor Hammorgaw... aun prescindiendo del sueldo.

Al llegar a tal punto de su instructiva conferencia, mi señor Fairservice bajó la voz y adoptó un tono más propio del lugar y del día. Los dos conferenciantes se alejaron y no oí más.

Mi indignación fue viva, de momento, mas cedió luego a una reflexión que hubiera podido salir de labios de Andrés. «¡Peor para quien se pone a escuchar sin ser visto! Nada oiré de bueno respecto a su persona». El que, apostado, coloca el oído a la puerta de su antecámara, debe resignarse a sufrir el escalpelo de un anatómico de la fuerza de mi criado. A más de que el

encuentro no fue inútil para mí, ya que imprimió curso diverso a mis ideas y me ayudó a matar el rato.

La noche comenzaba a adelantar y la creciente oscuridad cubría ya las aguas apacibles del dilatado río de un tinte sombrío y uniforme que, a los pálidos rayos de la luna en menguante, revistió pronto lúgubre aspecto. El antiguo puente sobre el Clyde semejaba, perdido en tinieblas, al que describe la incomparable visión de Mirza a través del Valle de Bagdad. Sus arcos, estrechos y bajos, tan poco visibles como la corriente que dominaban, parecían más bien cavernas en que se hundían las negruzcas aguas, que aberturas destinadas a darles paso. La noche distribuía por todas partes la calma y el silencio. Acá y acullá, brillaba en la ribera un farol, a cuya luz los grupos de rezagados entraban en sus casas, después de cenar en compañía, pues la comida de la noche es la única que consiente en domingo la austeridad presbiteriana. Se percibía, asimismo, a lo lejos, el ruido de los pasos de algún caballo, montado, sin duda, por un colono, regresando a su casa de campo después de un día pasado en la villa. Poco a poco, luces y ruidos escasearon más, cesando, al fin, por completo.

Quedé solo para disfrutar del goce del paseo, en medio de un silencio solemne interrumpido solo por los diversos relojes que sucesivamente daban la hora.

A medida que avanzaba la noche, la incertidumbre de mi situación no hacía sino dar creces a una impaciencia que apenas podía yo dominar. Me asaltaron las dudas. ¿Era víctima de un chusco o de un traidor? ¿Había querido burlarse de mí o atraerme a una emboscada? Recorrí, entre angustiado y colérico, el pequeño muelle cercano al puente.

Por fin, la primera campana de medianoche sonó en la torre de la catedral San Mungo, y los campanarios todos de la parroquia, a fuer de diocesanos fieles, repitieron la señal.

La última vibración acababa de extinguirse cuando una forma humana, la primera que veía de dos horas a aquella parte, se me apareció al extremo del puente por el lado de la campiña. Fui de prisa a su encuentro, como si mi suerte dependiera del resultado de la entrevista. Todo lo que pude distinguir del recién llegado fue que era rechoncho, de estatura regular, más bien baja, de apariencia recia y vigorosa, y que traía puesta una capa de caballero. Moderé el paso, casi me detuve, creyendo que iba el otro a acercármese; pero, con extremo desengaño mío, pasó sin hablar palabra. Carecía yo de motivos para dirigírsela a un transeúnte, el cual podía ser completamente extraño a la cita (siquiera estuviera presente en aquel lugar y a dicha hora) y, por ende, miré alejarse a mi hombre no sin preguntarme a mí mismo si debía seguirle.

Llegando al extremo del puente, se paró el desconocido, dirigió una ojeada

atrás y, dando media vuelta, reemprendió la marcha hacia mí. Esta vez resolví no consentirle la excusa de guardar silencio, y tratarle como se trata a los aparecidos, los cuales, según creencia popular, no pueden hablar hasta que se les interroga.

—¡Muy tarde os paseáis, caballero! —le dije cuando estuvo cercano a mí.

—Acudo a la cita —respondió—, y vos hacéis lo propio. ¿No es verdad, señor Osbaldistone?

—¿Sois, pues, vos quien me ha invitado a una entrevista aquí y en hora tan inusitada?

—Sí, seguidme y sabréis el motivo.

—Antes de seguiros, fuerza será que conozca vuestro nombre y vuestras intenciones.

—¿Quién soy? Un hombre, y mis intenciones para con vos son buenas.

—¡Un hombre! Lacónica es la respuesta.

—Sobrada en quien no ha de dar otra. El que carece de nombre, de amigos, de dinero y de patria, es todavía hombre sin que lo sea más quien lo posee todo.

—Datos excesivamente vagos para que me abandone a la discreción de un desconocido.

—Y, no obstante, tendréis que contentaros con ellos. Ved lo que os place: si seguirme o bien renunciar a lo que deseaba comunicaros.

—¿No podéis comunicármelo aquí?

—Debéis ver por vuestros propios ojos y no saber por boca mía. Repito que escojáis entre seguirme o quedar en la ignorancia.

Había en el acento del desconocido algo de enérgico, de decidido, hasta de rudo, que no era muy a propósito para inspirar absoluta confianza.

—¿Qué teméis? —replicó con impaciencia—. ¿Creéis que vuestra vida sea de importancia tal que apetezca a alguno el quitárosla?

—Nada temo —contesté en tono firme, si bien algo precipitado—. Andad: os sigo.

Contra lo que yo presumía, me hizo entrar de nuevo en la villa, y nos deslizamos, a guisa de fantasmas, por las desiertas y tranquilas calles. Las altas y oscurecidas casas de piedra, con sus ventanales esculpidos y sobrecargados de ornamentación, semejaban enormes sepulcros bañados por la pálida claridad de la luna.

A los pocos minutos de andar, mi guía rompió el silencio.

—¿Tenéis miedo? —me preguntó.

—Os repetiré vuestras palabras —respondí—. ¿Por qué tener miedo?

—Porque vais con un extraño, tal vez con un enemigo, en medio de una villa en que no tenéis ningún amigo y sí muchos enemigos.

—No temo a ellos ni a vos. Soy joven, soy activo y voy bien armado.

—Pues yo sin armas. ¡Poco importa! Un brazo firme las suple. ¿Decíais que nada teméis? Si supierais con quién vais, puede que tuvierais menos confianza.

—¿Por qué razón? Os lo he dicho ya: no os tengo miedo.

—¿Que no? Es muy posible; pero ¿y las consecuencias de ser sorprendido con una persona cuyo nombre murmurado en esta calle solitaria haría levantar piedras contra él que le echaran mano, en cuya cabeza la mitad de los habitantes de Glasgow fundaría la esperanza de su fortuna, como en el hallazgo de un tesoro, si tuviera la de apretarle el gaznate, y cuya detención fuera noticia tan celebrada en Edimburgo como la de una victoria en Flandes? Saber todo eso ¿no os helaría de espanto?

—¿Quién sois, pues, y qué nombre es el vuestro que inspira tan gran terror?

—No soy enemigo vuestro, puesto que os acompaño a un lugar en que, si me reconocieran, me pondrían inmediatamente cadenas a los pies y cuerda al pescuezo.

Me detuve y, erguido en mitad de la calle, retrocedí un paso para medir con mis ojos a mi compañero.

—Habéis hablado demasiado, o poco —le dije—; demasiado para que fíe en vos, extranjero y culpable según las leyes de este país; poco, si es que no merecís ser objeto de tanto rigor.

Al observar que se disponía a acercármese, puse mano en mi espada.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Contra un hombre desarmado? ¿Contra un amigo?

—Ignoro si sois lo uno o lo otro, y... acabemos: vuestras palabras y maneras son tales que me obligan a dudar.

—Habláis como un valiente, y yo respeto a aquellos cuyo brazo sabe proteger la cabeza. Franqueza por franqueza, pues: os llevo a la cárcel.

—¡A la cárcel! ¿En virtud de qué orden? ¿Por qué delito? Me arrancaréis la

vida primero que la libertad. Os desafío y no os sigo más.

—No es para encerraros que os llevo a la cárcel. ¿Me tomáis por un agente de policía o por un oficial del sheriff? —añadió irguiéndose con altivez—. No: os acompaño a visitar a un prisionero por cuyos labios os enteraréis del peligro que os amenaza. Vuestra libertad no lo correrá allá dentro y, aunque la mía le acontezca algo temible, me expondré por vos de buen grado, pues los peligros no me asustan, y profeso, además, cariño a la valerosa juventud que no cuenta con otra protección que la de su espada.

Hablando de esta suerte habíamos llegado a la calle principal. Mi compañero se detuvo ante un gran edificio de piedra maciza, cuyas ventanas tenían barrotes de hierro.

—¡Qué no dieran el preboste y los jueces de Glasgow —dijo el desconocido cuyo acento escocés se denunciaba más y más a medida que iba adoptando el tono de la conversación familiar—, qué no dieran todos para meter en jaula y ponerle ataduras de hierro sobre las mangas, a aquel cuyas piernas son tan libres como las del ciervo en pleno bosque! Y con ello nada adelantarían, pues cargado con un peso de veinte libras en cada clavija, se hallarían, a la siguiente mañana, con un cuarto vacío y un inquilino de menos. Pero ¿qué hacemos parados aquí? Entremos.

Llamó suavemente en una rejilla. Una voz aguda, parecida a la del hombre arrancado, con sobresalto, al descanso o al sueño, gritó:

—¿Quién va allá? ¿Qué hay? ¿Qué diablos pedís a estas horas? Es contrario al reglamento, como dicen ellos... contrario, sin duda... contrario...

La inflexión trabajosa de las últimas palabras anunciaba que quien las acababa de pronunciar deseaba solo reanudar el sueño. Mi guía le dijo entonces alzando la voz:

—Bravo Dougal, ¿has perdido la memoria? Aquí está Mac-Gregor.

—¡Allá voy, allá voy! —respondió el otro vivamente y acudiendo a toda prisa.

Mi acompañante y el carcelero cambiaron, a través del postigo, algunas frases en una lengua absolutamente desconocida para mí. Se corrieron los cerrojos, con una cautela que indicaba el temor de ser oído, y penetraron en un reducido cuerpo de guardia, vestíbulo de la cárcel de Glasgow.

Una estrecha escalera conducía al piso superior, y dos o tres puertas provistas de rejillas, de cerrojos y de barras de hierro, daban acceso a los departamentos de la planta baja. Las paredes tenían, por únicos adornos, muy propios de semejante lugar, cadenas y aparatos extraños reservados para usos más inhumanos; partesanas, mosquetes y pistolas antiguas, junto con otras

armas ofensivas y defensivas.

Viéndome metido, por manera tan repentina e inesperada, a guisa de fraude, digámoslo así, en una de las fortalezas públicas de Escocia, hube de recordar mi aventura del Northumberland. ¿Por qué ironía de la suerte una sucesión de extraños acontecimientos amenazaba, sin falta mía, con exponerme aún a peligrosa oposición con las leyes de un país en el que había entrado en calidad de extranjero?

22

Traspuesto el umbral de la puerta, me apresuré a dirigir la mirada hacia mi acompañante, mas la lámpara del vestíbulo daba luz escasa para permitir a mi curiosidad el distinguir, con perfección, la fisonomía de aquel. En cuanto el portero tomó la lámpara en su mano, la claridad iluminó de lleno su figura, que me pareció también digna de atención.

Era una especie de animal silvestre, cubierta la cabeza grande por un verdadero bosque de cabellos rojos, que ocultaban buena parte de su faz. Una alegría extravagante se había apoderado de él a la vista de mi compañero. Nada, que recuerde, he hallado jamás, que ofreciere tan por completo la imagen de un repugnante y feroz salvaje adorando el ídolo de su tribu. Gesticulaba, estaba trémulo, reía, se mostraba a punto de llorar, si es que no lloraba del todo. «¿A dónde debo ir? ¿Para qué sirvo?». He aquí lo que expresaba su fisonomía: obediencia pasiva, ciega sumisión, entusiasmo apasionado, sentimientos imposibles de describir de otra manera que por el esbozo informe que acabo de trazar. El éxtasis en que estaba sumido parecía haber ahogado su voz, y solo tenía fuerza para soltar interjecciones como «¡Oh, oh! ¡Sí, sí!... ¡Tiempo hacía que ella no os había visto!», con otras exclamaciones no menos breves, pronunciadas en aquella lengua desconocida, de la que había percibido ya las primeras palabras junto a la puerta.

Mi guía acogió tales demostraciones de júbilo casi a modo de príncipe, mohíno con los homenajes de sus cortesanos, para interesarse en ellos, pero que se digna contestar con alguna demostración de benevolencia. Ofreció benignamente la mano al portero, exclamando:

—¿Cómo vamos, Dougal?

—¡Oh, oh! —prorrumpió el otro, que ahogaba a medias su acento de sorpresa, lanzando en torno de sí miradas de zozobra—. ¡Vos aquí!... ¿Sois vos de veras?... ¡Oh! ¿Qué va a suceder si los alguaciles vienen a hacer la ronda, esos sucios y condenados que para nada sirven?

Mi guía puso uno de sus dedos en los labios.

—No temas, Dougal —dijo—; tus manos no harán correr jamás un cerrojo que me aprisione.

—No, jamás... ella debiera... ella quisiera... es decir, ella prefiere que se las cercenen hasta el codo... Mas ¿cuándo regresáis allá? No olvidéis de advertírselo... ella es vuestro pobre primo, lo sabe Dios, aunque solo en séptimo grado.

—Y, a fe suya, que se rematará pronto, y, aunque sea en domingo después de medianoche, ella echará las llaves a la cabeza del preboste o les dará otra vuelta antes de la mañana del lunes... Ya veréis si ella tiene miedo o no.

El misterioso forastero contuvo el entusiasmo de su pariente suplicándole, sin duda, en el idioma particular que más tarde supe era el ersa o gaélico, el servicio que de él se prometía.

—¡Con todo su corazón, con toda su alma! —respondió el portero, quien murmuró, entre dientes, largo número de palabras confusas para expresar su obediencia.

Despabiló la mortecina lámpara y me indicó que le siguiera.

—¿No os venís con nosotros? —dije volviéndome hacia mi guía.

—Fuera inútil; mi presencia pudiera estorbaros, y vale más que permanezca aquí para asegurar la retirada.

—Supongo que no corro peligro alguno.

—Ninguno por duplicado no comparto yo con vos.

Dio la antecedente respuesta con un acento de franqueza de que era imposible desconfiar.

Seguí al subcarcelero, quien, sin cerrar con llave la puerta de comunicación, me guio por una escalera de caracol, molinete, según la nombran los escoceses. En mitad de un estrecho corredor, abrió una de las puertas que conducían al mismo, me hizo entrar en un pequeño aposento y, fijando los ojos en una asendereada cama que ocupaba uno de los ángulos:

—Ella duerme —dijo en voz baja, colocando la lámpara sobre una mesa de pino.

«¡Ella! —pensé yo—. Diana estará en este miserable lugar».

Miré hacia el lado del lecho y, con singular mezcla de placer y de decepción, reconocí lo infundado de mis sospechas. Vi una cabeza, ni joven ni hermosa, con barba gris, crecida de algunos días, abrigada con un gorro de lana encarnada: espectáculo que me tranquilizó respecto a miss Vernon. No

bien el durmiente sacudió su pesado sueño, bostezando y frotándose los ojos, me mostró las facciones, muy distintas en verdad, de mi pobre amigo Owen. Pensando, en seguida, que era yo un intruso en aquella triste mansión y que la menor alarma podía traer funestas consecuencias, me retiré un poco a la sombra a fin de dar a Owen tiempo bastante para volver en sí.

En sus angustias, el desventurado formalista, incorporándose con el auxilio de una mano sobre su cama y rascándose la cabeza con la otra, exclamó en un tono cuya actitud luchaba contra las ganas de dormir:

—Sabed una cosa, señor Dugwelt, Dugwelt o lo que sea: si mi descanso ha de ser interrumpido de esta manera, va a resultar, en total, que voy a quejarme al lord-corregidor.

—Hay un caballero que desea hablaros —replicó Dougal sustituyendo las formas groseras y ásperas de un verdadero alcaide por los transportes de alegría montañesa que había demostrado a mi acompañante.

Y, girando sobre los tacones, salió del aposento.

Transcurrieron algunos instantes antes de que el paciente estuviese desvelado para reconocerme; lo consiguió, al fin, y entonces el digno varón experimentó extremo dolor a la idea, bastante natural ciertamente, de que estaba condenado yo a compartir su cautiverio.

—¡Oh, señor Frank! —exclamó—, ¡cuánto daño habéis ocasionado a vos y a la casa! No hablo de mí, que, por decirlo así, no soy más que un cero, pero vos, suma de las esperanzas de vuestro padre, su gran total... vos, que hubierais podido ser el primer jefe de la primera casa de la primera de las ciudades de Inglaterra, ¡veros encerrado en un calabozo escocés, donde ni siquiera es posible cepillarse la ropa!

Así diciendo, sacudía el polvo, con mortificada dignidad, de los varios componentes de su vestido color de nuez, limpio, algún día, como una perla, y a la sazón manchado por aquel. La costumbre de ponerse de veinticinco alfileres le hacía aún más desgraciado en el mal acondicionado encierro.

—¡El cielo nos asista! —prosiguió—. ¡Qué noticia para la Bolsa! No habrá habido otra semejante desde la batalla de Almansa, en que las pérdidas totales de los ingleses se elevaron a cinco mil hombres, entre muertos y heridos, sin contar con los desaparecidos. Y ¿qué es ello comparado con la noticia de que Osbaldistone y Tresham han hecho suspensión de pagos?

Interrumpí sus quejas notificándole que no estaba preso. En cuanto a explicarle mi presencia en aquel lugar y a tal hora, era cosa difícil; por lo cual me pareció más socorrido poner término a sus preguntas dirigiéndoselas, a mi vez, respecto a la situación en que le encontraba. Me satisfizo a la postre, pero

sin mucha precisión y coherencia, puesto que, si tenía Owen buen golpe de vista en materia de negocios, en lo demás era un niño. Paso a resumir, en las siguientes páginas, los datos que me proporcionó.

Por efecto de compromisos de que he hablado ya, sostenía mi padre gran comercio con Escocia, el cual había exigido escoger en Glasgow entre dos corresponsales, Nicolás Jarvie, y los Mac-Vittie Mac-Fin y compañía.

Esta última casa se había mostrado siempre la más obligada y más tratable de las dos. Significando extrema deferencia a las órdenes de la poderosa casa de Londres, se contentaba, en cada negocio, con desempeñar, sin quejarse, el papel de chacal, que, en la caza del león, solo aspira a la parte que buenamente se le adjudica. Por insignificante que fuera su beneficio, «bastaba a su gusto», según escribían dichos corresponsales; fuese el que fuese su trabajo «no lo conceptuaban excesivo», decían «para merecer la estima y la protección de sus respetables amigos de la capital». Los deseos de mi padre eran para los Mac-Vittie y Mac-Fin tan sagrados como las leyes de los medas y de los persas: cambiarlos o corregirlos en lo más mínimo, y hasta discutirlos, hubiera sido un sacrilegio. Ni siquiera la meticulosa exactitud de Owen, gran partidario de la forma, sobre todo cuando la imponía ex cathedra, dejaba de parecerles casi sacrosanta.

Owen tomaba como moneda corriente aquellas demostraciones de simpatía y de respeto; pero mi padre, acostumbrado a leer de más cerca en el corazón humano, sea porque tal exceso de celo le pareciera sospechoso, sea porque, amigo de la concisión y de la simplicidad en los negocios, se fatigara con las interminables misivas de los aludidos señores, resistió constantemente a los ruegos que le dirigían, ganosos de convertirse en únicos representantes suyos en Escocia. Muy al contrario, confió buena parte de sus negocios a otra casa cuyo principal era de carácter totalmente distinto.

Hombre que tenía formada de sí mismo opinión rayana de la suficiencia, no apreciaba a los ingleses más de lo que mi padre estimaba a los escoceses, sin querer entrar en relaciones con estos más que en pie de perfecta igualdad. Desconfiado, por otra parte, quisquilloso a ratos, formalista no menos tenaz que Owen, eran insensible por completo a cuanto el comercio pudiera alegar en contra de sus opiniones.

No era fácil, pues, el entenderse con el señor Nicolás Jarvie, y sus manías ocasionaban, de vez en cuando, entre Londres y Glasgow, ciertas discusiones y cierto enfriamiento que terminaban solo por exigencia del mutuo interés. Más de una vez el amor propio de Owen había sufrido con tamañas disidencias, por lo que no era de extrañar que, en todas ocasiones mi anciano amigo pusiera en la balanza el peso de su crédito a favor de los Mac-Vittie y Mac-Fin, personas cuidadosas, discretas y que representara a Jarvie como impertinente y

presuntuoso buhonero escocés, con el que no era posible entenderse.

Ni era maravilla que el propio Owen, en medio de las dificultades en que se había hallado la casa, con motivo de la ausencia de mi padre y de la desaparición de Rashleigh, hubiese recurrido a la amistad de corresponsales tan pródigos en protestas de reconocimiento y de solicitud. Llegado a Glasgow dos días antes que yo, fue recibido por los señores Mac-Vittie y Mac-Fin como lo sería un dios entre sus adoradores. Aquello fue rayo de sol antes de la tempestad. Animado por tan calurosa acogida, expuso sin rodeos la situación difícil de mi padre, reclamando consejos y auxilio. La nueva obró sobre Mac-Vittie, como un rayo que cayera a sus pies, y, en cuanto a Mac-Fin, ya antes de conocer los detalles, se puso a hojear el libro mayor y se sumergió, por completo, en minucioso examen de las cuentas respectivas de ambas casas, a fin de averiguar de qué lado se inclinaba la balanza. ¡Ay!, se inclinaba en favor suyo por una considerable suma.

Ante tal descubrimiento, los rostros de los dos escoceses, hasta entonces fríos e indecisos, tomaron un aspecto sombrío, amenazador y de mal augurio. Al ruego de Owen de que cubrieran con su crédito el de mi padre, contestaron con la demanda perentoria de ponerse inmediatamente a cubierto de todo riesgo de pérdida, y, para hacerse comprender mejor, exigieron depósito en propias manos de valores destinados a otros usos. Indignado Owen, rechazó semejante pretensión de los socios como injuriosa para sus principales.

En el curso de la discusión, los socios aprovecharon, mediante un proceder cómodo para quienes sufren su engaño, la ocasión de mostrarse muy enojados y de valerse de una supuesta provocación para atenerse a un partido que hubiera debido impedirles utilizar el pudor, en defecto de conciencia.

Owen, en su calidad de principal dependiente, tenía, según general costumbre, colocado un pequeño capital en la casa de banca y, por consiguiente, era solidariamente responsable de todos los compromisos de esta. No lo ignoraban Mac-Vittie y Mac-Fin, y, con el objeto de hacer sentir su poder a aquel, o más bien de obligarle a asentir, bajo el peso de la necesidad, a las proposiciones leoninas que tanto le escandalizaran, recurrieron a una medida legal y socorrida. En efecto: según cierta ley de Escocia, que ha debido engendrar muchos abusos, el acreedor que, sabiendo prescindir bastante de escrúpulos de conciencia, afirma, mediante juramento, que su deudor intenta dejar al país, puede usar del derecho de hacer detener en el acto al deudor. En virtud de un mandamiento de este género, había sido Owen encerrado en la cárcel la víspera del día en que verifiqué en esta tan singular entrada.

Puestos en claro todos los hechos, había que tomar un partido, y la cuestión no era fácil de resolver. Tenía yo noticia exacta de los peligros que nos

amenazaban, pero la dificultad comenzaba en el modo de evitarlos. ¿Acaso la advertencia que recibiera no me daba a entender que era poner en peligro mi libertad personal el practicar abiertamente gestiones en favor de Owen? Este participaba de iguales escrúpulos, y, en el colmo de su terror, afirmaba que un escocés cualquiera, antes que perder un penique por causa de un inglés, hallaría, en el arsenal de la judicatura, medios para hacer encarcelar a él, a su mujer, a sus hijos, a sus servidores, varones y hembras, y hasta a sus amigos. El procedimiento en vigor, que priva en la mayoría de los pueblos, es de una severidad tan implacable contra los deudores, que no puede dejar de dar completo crédito a los asertos de mi amigo. En tan críticas circunstancias, mi detención hubiera sido el golpe de gracia contra los intereses de mi padre.

Muy perplejo estaba, pues, cuando me vino en mientes a preguntar a Owen si había recurrido al otro corresponsal en Glasgow, Nicolás Jarvie.

—Le escribí ayer, domingo, por la mañana —me respondió—. Pero si las doradas lenguas de Gallowgate me han reducido a mi actual situación, ¿qué podemos esperar del rapaz erizo de Salt Market? Tanto valdría creer que un corredor de cambios ha de renunciar al derecho de descuento, como esperar de aquel un favor sin retribuírselo. Ni siquiera ha contestado a mi carta, la cual sé que le ha sido entregada en el momento de entrar en la iglesia.

A semejante recuerdo, se dejó caer de nuevo en la cama y exclamó en su desesperación:

—¡Ah, pobre amo mío, mi pobre y querido amo! ¡Todo por culpa vuestra, señor Frank! Si no hubieseis sido tan antojadizo... pero ¡Dios me perdone el hablaros así en vuestra aflicción! Es la voluntad del cielo, y hay que someterse a ella.

Toda mi filosofía no pudo impedirme el participar del disgusto del excelente hombre, y confundimos nuestras lágrimas. ¡Ah!, ¡cuán amargas fueron las mías! Aquella necia resistencia a la voluntad paterna, que el buen corazón de Owen apenas se atrevía a echarme en cara, había causado por sí sola todos nuestros infortunios: lo sentía en lo íntimo de mi conciencia.

Durante aquella escena de desolación, oí llamar, con reiterados aldabazos, a la puerta de la calle. Corrí hacia la parte superior de la escalera para averiguar la procedencia del ruido. El carcelero, no menos sorprendido que yo, hablaba, ora a sí mismo, ora a las personas que estaban fuera, ora a mi guía.

—Ella va, ella va —gritó, añadiendo después con voz menos alta—: ¡Ay, dueño y señor!, ¿qué va ella a hacer? Subíos allá arriba y ocultaos detrás de la cama del inglés. Ella va en seguida... ¡Ay! ¡ay! ¡Son el milord preboste, los alguaciles, la guardia... y el capitán que va a bajar! ¡Dios nos asista! Subid o vais a encontrarle... ¡Allá va! Es la cerradura que está descompuesta.

Mientras Dougal se apresuraba, a su modo, a correr el cerrojo de la puerta para dar paso a los visitantes, cuya impaciencia se manifestaba por tan ruidosa manera, subió mi guía por la escalera en espiral y penetró en el departamento de Owen, al que volví también, desde luego. Paseó con viveza los ojos en torno suyo, como buscando un escondrijo, y me dijo acto seguido:

—Prestadme vuestras pistolas... Pero no, puedo prescindir de ellas... Suceda lo que suceda, permaneced tranquilos, y no os mezcléis en extraña querella... La cosa me concierne, y a mí me toca salirme del paso. En otros me he visto mucho más acosado que hoy.

Después de desembarazarme de la gran capa que le envolvía de pies a cabeza, midió la puerta, con penetrante y resuelta mirada, y retrocedió un poco para concentrar sus fuerzas como noble corcel disponiéndose a saltar una barrera. Claro revelaba su ademán el proyecto de salirse de apuros, cayendo de improviso sobre los que iban a entrar, y que a toda costa quería llegar afuera. A juzgar por el vigor y agilidad de su persona y por sus aires de confianza feroz, no dudé un instante de que daría buena cuenta de sus adversarios, a no ser que tuviera que habérselas con personas armadas.

¡Momento de terrible incertidumbre el que transcurrió entre la abertura de la puerta exterior y la de la puerta del calabozo de Owen! No aparecieron soldados, con sus mosquetes, ni alguaciles con sus varas, picas o alabardas, sino que se presentó una joven de buen aspecto, con sayas de seda recogidas para andar mejor por la calle, la cual joven traía en la mano una linterna. Esta iluminaba los pasos de cierto personaje, de otro modo imponente; vigoroso, pequeño y algo rechoncho. Era, conforme supe luego, un magistrado, cubierto con redonda peluca, el cual llegaba murmurando con trabajoso aliento y de bastante mal humor. A su entrada, se retiró a un lado mi compañero, sin que pudiera sustraerse a la inquisitiva mirada que el recién venido paseó alrededor del aposento.

—¡Bueno está y puesto en razón el dejarme media hora fuera, capitán Stanchells! —dijo al carcelero en jefe, que acababa de aparecer, como para hacer la corte a su superior—. He debido, para entrar en el calabozo, golpear tan recio como lo harían los que quisieran salir, si esto pudiera servirles de algo a esas pobres criaturas caídas... ¡Oh, oh! ¡Oh, oh!, ¿qué es esto?, ¿quién anda por ahí? ¡Gente extraña, después de la clausura de la puerta y en domingo por la noche!... ¡Yo averiguaré de quién sea la culpa! Stanchells, os lo aseguro: ¡poneos sobre aviso! Luego hablaré a esos señores... Ante todo debo decir unas palabras a un antiguo conocido. ¿Qué tal, señor Owen? ¿Cómo estamos, querido?

—La salud no es mala, gracias, señor Jarvie —gimió el pobre dependiente con cansada voz—; pero el espíritu está muy malo.

—¡Lo creo, lo creo!... ¡Ah! es una terrible derrota... sobre todo para alguien que erguía mucho la cabeza... ¡La naturaleza humana! ¡Ah!, todos estamos sujetos a dar un tumbo. El señor Osbaldistone es hombre listo y honrado, pero siempre he creído que pertenece al número de aquellos que se lo juegan el todo por el todo, como decía mi padre el digno síndico. ¡Hombre querido! Siempre me repetía: «Nick, mi pequeño Nick (su nombre era Nicolás, como el mío, pero las gentes, para divertirse, nos llamaban el pequeño Nick y el viejo Nick); Nick, decía, no alargues jamás el brazo hasta tan lejos que no puedas retirarlo». Otro tanto dije al señor Osbaldistone, pero no lo tomó tan a buena parte como yo hubiera querido. ¡Y pensar que se lo aconsejé con buena intención, con tan buena intención!

El precedente discurso, fue formulado con gran volubilidad; aquella vanidosa satisfacción de poner por delante la propia prudencia y los consejos que había dado, no eran para nosotros pronóstico favorable. Empero, habían sido formulados tan de improviso, que acusaban más bien falta de tacto que dureza de corazón. Como quiera que Owen se mostrase un tanto mortificado con cosas tan mal traídas a cuenta, el comerciante de Glasgow le tomó una de las manos, exclamando:

—¡Un poco de ánimo! ¿Pensáis, acaso, que hubiera salido yo después de medianoche y violado el descanso del domingo con el único propósito devenir a decirle a un desgraciado que dio un paso en falso? No. no: no es esta la costumbre del bayle Jarvie, como no era, antes de él, la de su digno padre el síndico. Escuchad, querido mío: tengo por regla la de no tratar jamás, en domingo, los asuntos mundanos, mas, pese a todos mis esfuerzos, la carta que me escribisteis ayer mañana me ha alterado el cerebro durante todo el día y he pensado más en ella que en el sermón. Tengo, asimismo, como regla de conducta el acostarme en mi cama de cortinajes amarillos, cada noche a las diez en punto, a no ser que cene una merluza con un vecino en casa de este o en la mía. Preguntadle a esa bachillera que está ahí si no es regla fundamental en mi casa. Pues, como decía, me he puesto a leer obras piadosas, bostezando como si fuera a tragármela iglesia de San Enog, hasta que me era lícito ya dar un vistazo a mi libro mayor para ver a qué altura estamos. Después, como el viento y la marea no aguardan a nadie, he dicho a la chica que tomara la linterna y he emprendido el camino de esta cárcel con objeto de asegurarme de lo que hay que hacer en favor vuestro. El bayle Jarvie tiene derecho a entrar aquí a todas horas de la noche, como del día, al igual que lo tenía, en aquel tiempo, su padre el síndico.

A la mención hecha del libro mayor, Owen había suspirado: ¡triste pronóstico que me hizo temer que, por aquel lado, la balanza se inclinaba también en contra nuestra! Empero, si el discurso del buen magistrado parecía contener solo alabanza propia, estaba saturado de una brusca franqueza y de

cierta hombría de bien que me infundieron alguna esperanza. Pidió a Owen ciertos papeles, se los arrancó casi de las manos, y, sentándose luego sobre la cama «para descansar sus piernas», según frase particular suya, emprendió la lectura, a la claridad de la linterna, que acercó la sirvienta, prorrumpiendo en exclamaciones, gestos y gimoteos, ora contra la escasez de la luz, ora emocionado por ciertos pasajes de la lectura.

Viéndole mi guía absorto en dicha ocupación, pareció que se disponía a tomar el portante. Después de hacerme señal de que no me meneara, anunció, con su cambio de actitud, el intento de deslizarse hacia la puerta, moviendo el menor ruido posible. Mas el ladino magistrado, muy diferente de mi antiguo conocido juez Inglewood, reparó en el proyecto e impidió la ejecución del mismo.

—¡Vigilad la puerta, Stanchells! —exclamó—. Cerradla y montad guardia en el corredor.

La frente del forastero se oscureció, y este pareció volver a su primitiva idea de recurrir a la violencia: mas, antes de que estuviera decidido, se cerró la puerta y se corrió el cerrojo. Mi guía sobó un juramento en gaélico, atravesó la estancia y, con el talante desconfiado de un hombre resuelto a presenciar el desarrollo de los acontecimientos volvió a apoyarse en la mesa, silbando un aire de danza.

El señor Jarvie, al parecer muy listo en negocios, se puso al tanto del que acababa de examinar.

—Conque, señor Owen —dijo a este—, vuestra casa no debe poco dinero que digamos a los señores Mac-Vittie y Mac-Fin. ¡Vergüenza para las viles manganillas de estos, que tanto ganaron en el negocio de maderas de Glen-Gailziechat, que me quitaron de la boca gracias a vuestras lindas palabras, amigo Owen: fuerza es confesarlo! Pero no se trata de esto... Resulta, pues, caballero, que vuestra casa les debe ciertas cantidades, y que, con motivo de semejante deuda y de otros compromisos contraídos por ella, os han encerrado bajo llave, valiéndose de las muy recias de Stanchells. Sois, pues, su deudor, tal vez el de otras personas, tal vez el mío; sí, el mío, el de bayle Jarvie.

—Imposible negar, caballero, que la balanza no esté hoy contra nosotros —respondió Owen—; empero, si tenéis a bien considerar...

—No dispongo de tiempo para considerar cosa alguna. ¿Os parece, caro amigo, que, estando aún tan cerca del domingo, fuera de una cama tan calentita a estas horas y con la especie de escarcha que está cayendo, es este momento a propósito para considerar algo? Volviendo a lo que decía, que me debéis dinero salta a la vista: será más o menos, pero no dejo mi tema. Pues bueno: no se me alcanza, en absoluto, como vos, hombre activo y versado en

negocios, vais a cumplir el encargo que os ha guiado a esta población y liquidar todas las deudas, conforme lo deseo de veras, si continuáis a la sombra de este calabozo de Glasgow. Procuraos una fianza juicio sisti, es decir, una garantía de que no abandonaréis Escocia y que, en tiempo y lugar oportunos, compareceréis ante el tribunal, y esta misma mañana estaréis en libertad.

—Si algún amigo me prestara semejante servicio, me emplearía yo con provecho, no lo dudéis, a cuenta de la casa y de cuantos están en relación con ella.

—¡Muy bien dicho, y sin duda ese amigo podría fiar en vos para ser relevado de su compromiso!

—Sí señor; salvo el caso de muerte o de enfermedad, tan seguro como que dos y dos son cuatro.

—Mejor que mejor, señor Owen: no abrigo la menor duda, y voy a probároslo. Soy hombre exacto, como es sabido, e industrioso, conforme puede atestiguarlo la población entera. Para ganar dinero, conservar dinero y contar dinero, a nadie temo, lo mismo en Salt Market que en Gallowgate. Además, soy prudente, como lo fue antes que yo mi padre el síndico. Pues bueno: antes que contemplar a un honrado y estimable hombre, versado en negocios y que pide solo justicia, atado de pies de ese modo y privado de gestionar en provecho propio en el de los demás, quiero servirle yo mismo de fianza bajo conciencia. Pero no echéis en olvido que se trata de una caución juicio sisti, como dice nuestro escribano, y no *judicatum solvi*; recordad bien esto, porque establece una diferencia radical.

Dada la posición en que estaba, Owen no podía esperar que nadie garantizara el pago efectivo de las deudas, y así se lo dijo al bayle, añadiendo que no corría riesgo alguno, puesto que no dejaría de presentarse ante el juez al primer llamamiento que se le dirigiera.

—Os creo, os creo —replicó el señor Jarvie—, y basta ya. Seréis dueño del campo desde la hora del desayuno. Y ahora sepamos lo que tienen que alegar en su defensa vuestros compañeros de habitación, o cómo el instinto del desorden les ha permitido penetrar hasta aquí en plena noche.

De noche entra en casa nuestro esposo; entra en casa y halla a un hombre, a un hombre que no debiera estar en ella. «¿Qué significa, comadre? —dice—. ¿Qué quiere ese pícaro? ¿Cómo ha entrado aquí, sin licencia mía?».

Canción antigua

Tomando la luz de manos de la criada, el magistrado se adelantó con la linterna en la suya para practicar la inspección, a semejanza de Diógenes por las calles de Atenas, sin esperar probablemente, más que el cínico, dar con algún tesoro en el curso de sus investigaciones.

Se aproximó, por de pronto, a mi misterioso guía. Este personaje no había cambiado en lo más mínimo de actitud: sentado sobre la mesa, puestos los ojos en la pared, inmóvil y sin expresión el semblante, los brazos cruzados a guisa de descuido, a la vez que de bravata, golpeando contra uno de los sustentáculos de la mesa al compás del aire que silbaba, sostuvo el examen del señor Jarvie con tal aplomo que, de momento, burló la memoria y la penetración del sagaz observador.

—¿Qué veo?... ¡Oh, oh!... ¿Eh? —exclamó el bayle—. Pero... ¡A fe mía que es imposible!... Y no obstante... ¡Pero no!... Vaya, vaya, ¡no puede ser! ... Si fuera... ¡Que me lleve el diablo, si no estoy seguro!... ¡Cómo!, bandido, pillo..., demonio encarnado, solo bueno para hacer mal... ¿vos aquí?

—Ya lo veis, bayle —respondió el otro sin más ceremonias.

—A fe mía, que estoy asombrado. ¿Vos, burlador de horcas, vos aquí en la cárcel de Glasgow? ¿Habéis tenido tanto desparpajo? ¿Sabéis bien lo que vale vuestra cabeza?

—¡Hum!, bien pesada en la balanza holandesa, puede valer tanto como un preboste, cuatro magistrados, un escribano en jefe y seis síndicos de oficios, sin contar los perceptores y...

—¡Basta, imprudente bribón! Haced examen de conciencia y preparaos, porque bastará una sola palabra...

—Cierto, bayle, mas esa palabra vos no la diréis.

El desconocido se levantó y cruzó sus manos por detrás de la espalda con la más perfecta imperturbabilidad.

—¿Y por qué no la diré, señor mío?, ¿por qué? Veamos, responded algo: ¿por qué no diré la palabra?

—Por tres razones, buenas las tres, bayle Jarvie... La primera, porque nos conocemos de antiguo; la segunda, por contemplación a la buena mujer que he dejado cerca de su hogar en Stuckavrallachan y que ha mezclado nuestra sangre, ¡sea dicho para vergüenza mía!, pues vergüenza es tener un primo ocupado en cálculos, devanaderas y lanzaderas como simple artesano; y la última, bayle, porque la menor señal de traición que hagáis os la haré tragar antes de que salgáis del paso.

—¡Sois un pícaro redomado, caballero! —replicó el bayle sin retroceder un paso—; os conozco, bien lo sabéis, como sabéis que no ha de intimidarme el peligro.

—Sí, sí, tenéis sangre noble en las venas; y sentiría verme obligado a poner mano sobre un pariente. Pero es necesario que salga libre de aquí, como he entrado, o las paredes del calabozo no acabarán de contar en diez años las cosas buenas que van a suceder esta noche.

—¡Vamos, vamos!... La sangre es más espesa que el agua, y entre parientes y aliados no sienta bien el buscarse una paja en los ojos cuando otros nada han visto. ¡Triste nueva sería para la buena mujer del valle de Stuckavrallachan el saber que vos, tuno montañés, habéis hecho una tortilla con mi cerebro, o que os he hecho danzar yo en el extremo de una cuerda! Convendréis, no obstante, demonio incorregible, en que, si vos no fuerais vos, hubiera atrapado ya al hombre más terrible de la alta montaña.

—Lo hubierais intentado, primo: convengo en ello; pero, en cuanto a lograrlo, os hubiera faltado mucho. Nosotros, libres hijos de la montaña, somos raza ingobernable cuando se nos habla de esclavitud. Si el contacto de la tela fina desagrada a nuestras piernas, con más razón nos disgusta el de un traje de piedra maciza y el de unas ligas de hierro.

—No os faltarán algún día semejante traje y semejantes ligas, y, lo que es más, la corbata de cáñamo. Nunca, en país civilizado, se han jugado parecidas tretas... Capaz fuerais de escamotear hasta lo que lleváis en vuestros propios bolsillos... En fin, quedáis advertido.

—Pues bien, primo, asistiréis enlutado a mi entierro.

—Que me lleve el diablo, Rob, si se ven en él otros trajes negros que los de los cuervos y cornejas: os lo fío. Y a propósito, ¿a dónde han ido a parar, amigo, las sonantes mil libras de Escocia que os tengo prestadas, y cuándo volveré a verlas?

El montañés simuló que reflexionaba un momento.

—¿Que a dónde han ido a parar? —dijo—. Pues no lo sé, a ciencia cierta. ¡Allá donde para la nieve de antaño, tal vez!

—Es decir, ¡a la cúspide de Schehallion, desvergonzado! No, no: pues las necesito ahora mismo.

—Podrá ser, pero yo no traigo ni nieve ni monedas en mi bolsillo. ¿Cuándo volveréis a verlas? Cuando el rey regrese a su casa, como reza la canción.

—¡He aquí lo peor, Rob... o, más bien, traidor y desleal; he aquí lo peor! ¿Quisierais traernos otra vez el papismo, el poder absoluto, y los falsarios, los incensarios, las fórmulas sacramentales y las antiguas exorbitancias de lienzos

y sobrepellices? Id en la hora mala: mejor fuera ateneros a vuestras antiguas prácticas de ocultaciones, de rescates, de rapiña y de pillaje. Preferible es robar bueyes a arruinar naciones.

—¡Está bien; basta de palabras, caballero whig! Hace más de una semana que nos conocemos. Procuraré que nadie intervenga en vuestros mostradores cuando los muchachos con faldas bajen a visitar las tiendas de Glasgow y a limpiarlas de sus antiguos trastos. Hasta entonces, Nicolás, haced por no verme sino cuando gustéis, a menos que el deber os obligue a lo contrario.

—Sois un bandido en regla, Rob, y de seguro que uno de estos días se dirá que habéis sido ahorcado: mas no haré yo como el villano pájaro que ensucia su propio nido, a menos que me obligue a ello el deber: ley imperiosa que exige la obediencia de todo el mundo... ¿Quién diablo es ese fulano? —añadió volviéndose hacia mí—. ¿Algún merodeador que habéis contratado, eh? Tiene trazas de hombre de camino real y pescuezo de horca.

Owen y yo estábamos mudos de sorpresa ante la extraña escena de reconocimiento de aquellos singulares parientes. El primero juzgó oportuno romper el silencio.

—El joven que está aquí, mi querido señor Jarvie —dijo—, es el señor Frank Osbaldistone, hijo único del jefe de nuestra casa, que hubiera ocupado en la razón social el puesto que su primo Rashleigh ha tenido la suerte...

—¡Ya, ya —interrumpió el bayle—; he oído hablar de este guapo mozo! Es el que vuestro principal, el viejo temerario, quería, de grado o por fuerza, colocar en el comercio y que, por antipatía a tan honrado trabajo, se asoció a una compañía de cómicos ambulantes. ¡Valiente carrera, a fe mía! ¿Qué me decís ahora, caballero? ¿Será Hamlet, el danés, o el espectro de su padre quien suministrará fianza al señor Owen?

—¡No merezco este sarcasmo, señor —contesté—, siquiera la intención sea saludable, y os estoy demasiado reconocido por el auxilio que habéis prestado al señor Owen para ofenderme! El único motivo de mi presencia era el de ver hasta qué punto (muy insignificante sin duda) podré ayudar al señor Owen a arreglar los asuntos de mi padre. En cuanto a mi aversión por el comercio, es un modo de sentir del cual soy yo el único y mejor juez.

—Por vida mía —dijo el montañés—, que tenía ya simpatía por este joven antes de saber lo que era: ahora le tributo honor con motivo de su desprecio a los tejedores, hiladores, gente de negocios y a toda su parentela.

—Estáis loco, Rob —replicó el bayle—, tan loco como una liebre en marzo. Y ¿por qué una liebre anda más loca en marzo que en la época de San Martín? La respuesta es superior a mi inteligencia... ¡Los tejedores! Que os lleve el diablo por la camisa que ha tejido su lanzadera. ¡Los hiladores! ¡Ah,

vos sí que estáis en camino de hilar y de dividir una linda canilla!... En cuanto a ese joven barbilampiño a quien vos impulsáis a escape por la vía de la horca y del demonio, ¿creéis que sus versos y sus comedias vendrán algo más en su auxilio que vuestras imprecaciones y vuestros puñales, réprobo de marca mayor? ¿Será Tityre, tu patulae, como dicen, quien le cuente dónde se halla Rashleigh Osbaldistone? ¿Será Macbeth, con todos sus soldados y caballeros, y con el apéndice de vuestra barba, Rob, así se vendan en almoneda ellas y sus espadas de concha, sables, tablachinas de cuero, borceguíes, brochan y esporrans, quienes le facilitarán las cinco mil libras esterlinas necesarias para pagar los billetes que vencen dentro de diez días?

—¡Diez días! —repetí.

Maquinalmente saqué de mi bolsillo el pliego cerrado que me entregara Diana Vernon, y, como había expirado ya el plazo durante el cual se me había privado el abrirlo, me apresuré a romper el sobre. Este contenía una carta lacrada, que se escapó de mis trémulas manos. Una ligera corriente de aire, proveniente de la abertura echa por un vidrio roto, hizo volar la carta hasta los pies del señor Jarvie, quien la recogió, leyó la dirección sin ceremonia, y, con gran sorpresa mía, la ofreció a su primo el montañés, diciendo:

—Buen viento es el que ha traído esta carta a su destino, pues podían apostarse mil contra uno a que no llegaría.

Examinada la dirección, el montañés rasgó sin cumplidos el sobre. Intenté impedirle adelantar más.

—Para que consienta yo que os enteréis del contenido —dije—, necesario es que me probéis, caballero, que esta carta va dirigida a vos.

—Tranquilizaos, señor Osbaldistone —respondió con mucho aplomo—. Acordaos del juez Inglewood, del escribano Jobson, de maese Morris, y sobre todo de Roberto Campbell, vuestro humilde servidor, así como de la linda miss Vernon. Acordaos de todo esto, y no dudéis ya más de que la carta va dirigida a mí.

Quedé estupefacto ante mi necesidad.

Desde que nos habíamos juntado, la voz de aquel hombre y lo poco que había entrevisto de su fisonomía habían despertado en mi memoria recuerdos que me era imposible referir con exactitud a lugares y personas conocidos. El incidente de la carta despejó mi vista en un momento: aquel hombre era el mismísimo Campbell.

Todos los rasgos especiales del personaje se me reaparecieron a la vez. Sí, aquella era su voz recia y grave; aquel, su rostro severo y pronunciado; aquel, su porte reflexivo; aquellos, sus borceguíes a la escocesa; aquel, su lenguaje

pintoresco y aquel su acento nacional, de que se deshacía a capricho, pero que, en momentos de emoción, recuperaba su imperio, dando energía a sus sarcasmos o elocuencia a sus apostrofes. De estatura algo menor que la mediana, acusaban sus músculos todo el vigor que puede aunarse a la agilidad, y, al ver la soltura y prontitud de sus movimientos, no cabía duda respecto a que poseía la última cualidad en alto grado de perfección. Bajo dos conceptos, el conjunto de su persona estaba falto de proporciones: las espaldas eran tan anchas, que daban a su busto, bastante ancho y pequeño, exagerada dimensión, en tanto que sus brazos, aunque nervudos y robustos, tenían una extensión casi deforme. Supe, luego, que hacía cierta gala de semejante defecto, toda vez que, no solo le permitía, cuando vestía el traje de las montañas, el anudar, sin necesidad de agacharse, sus cintillas alrededor de la pierna, sí que también manejar el Claymore con más ventaja y sin que nadie lo ejecutara con tanta habilidad.

Sea de ello lo que quiera, aquel defecto de simetría le quitaba el derecho (de que, a no ser por él, hubiera podido envanecerse) de pasar por hombre guapo, e imprimía a su aspecto algo de salvaje y de anómalo, un no sé qué de sobrenatural, que me recordaba involuntariamente los cuentos de mi nodriza referente a los antiguos pictos, los eternos devastadores del Northumberland, «raza de hombres mitad demonios —según decía ella—, tan notables por su fuerza, astucia y ferocidad, como por lo largo de los brazos y lo ancho de sus espaldas».

Meditando acerca de las circunstancias en que nos habíamos encontrado ante el juez, quedé convencido de que la carta de miss Vernon había llegado verdaderamente a su destino. Mi guía había desempeñado importante papel entre los misteriosos personajes sobre los cuales ejercía Diana una influencia secreta, ejerciendo a su vez los mismos otra no menor sobre ella. ¡Triste cosa era el pensar que la suerte de tan amable criatura estaba ligada a la de aventureros de la especie de la de aquel hombre, y, no obstante, imposible era ponerlo en duda! Mas ¿qué socorro podía proporcionar semejante aliado en los compromisos financieros de mi padre? Una sola explicación me parecía ofrecer cierta probabilidad. Rashleigh había, evidentemente y a instancia de miss Vernon, hallado el medio de hacer que compareciera Campbell en momento hábil para exculparme de la acusación de Morris; por lo que, influyendo a su vez sobre Campbell, no le sería más difícil lograr que compareciera Rashleigh en el momento apetecido.

Esta suposición me incitó a preguntar al montañés dónde estaba mi pérfido primo y desde cuándo no le había visto. Su respuesta fue evasiva.

—¡Ruda partida es la que la joven quiere hacerme correr! —prosiguió—. Se trata, empero, de un juego limpio, y no faltaré. Señor Osbaldistone, no vivo muy lejos de aquí, y mi primo sabe el camino. Dejad al señor Owen arreglarse

como pueda en Glasgow, e id a verme a la montaña, pues es probable que podré empeñaros en mi favor y venir en auxilio de vuestro padre en su desgracia. No soy sino un pobre hombre, pero buen sentido suple riqueza. Por lo tocante a vos, primo, si os atrevéis a arriesgaros, para comer conmigo carbonada de buey a la escocesa y un muslo de gamo, acompañad a este joven inglés hasta Drymen o Bucklivie, aunque mejor fuera que os llegaraís hasta el clachan de Aberfoil, adonde mandaré a alguien que os espere y os guíe hasta el paraje en que a la sazón me encuentre. ¿Os parece bien? Esta es mi mano en vida y muerte.

—No, no, Rob —respondió el prudente ciudadano—; no gusto de alejarme de los barrios; no soy libre, y un paseo por vuestros salvajes valles, entre vuestras sayas y vuestras piernas desnudas, no conviene a mi posición.

—¡Que el diablo cargue con vos y con vuestra posición! La única gota de sangre noble que acaso circula en vuestras venas, ¿de quién procede, sino del bisabuelo de vuestro tío, que fue ahorcado en Dumbarton? ¡Y os atrevéis a suponer que fuera mengua el ir a verme! Escuchad bien lo que voy a deciros; primo; media entre nosotros una antigua deuda, y os la pagaré hasta el último maravedí, si queréis ser hombre conforme y daros una vuelta por allá con este inglés.

—¡Dejadme en paz con vuestra nobleza! ¡Presentad, de una vez, al mercado esa sangre noble, y veréis lo que os dan por ella!... Mas, en el supuesto de que fuera a veros, ¿me reembolsaríais allá de las mil libras, sin chistar?

—Por la parte de paraíso de aquel que duerme bajo la piedra gris de la isla de las Mujeres Viejas, os lo juro.

—Basta, Rob, basta; lo pensaremos... Mas no esperéis que vaya más allá de la cresta de las montañas altas: por nada del mundo diera un paso más. Será preciso que salgáis a mi encuentro a la parte de acá de Bucklivie o del clachan de Aberfoil... y, sobre todo, no olvidéis lo esencial.

—No temáis, seré leal como la buena espada que jamás faltó a su dueño. Y con esto, tiempo es ya de que campe cada uno por su respeto, primo, pues los aires de la cárcel de Glasgow no son muy sanos, que digamos, para el temperamento de un montañés.

—Sí, sí, y, a cumplir yo mi deber, no cambiaríais de atmósfera, como dice el sacerdote, y fuera cosa hecha en un santiamén. ¡Dios eterno! ¡Cómplice yo de una evasión! ¡Yo sacando a uno de manos de la justicia! ¡Vergüenza será para mí y para los míos, vergüenza eterna y mancha para la memoria de mi padre!

—¡Ea, primo!, ¿qué mosca os pica? Cuando la balsa está seca, se limpia.

Vuestro honrado padre sabía, como otro cualquiera, cerrar los ojos para no ver la falta de un amigo.

—Puede que tengáis razón —contestó el bayle, después de reflexionar un instante—. Era hombre de buen sentido, el síndico, y dispuesto siempre para los amigos, sabiendo que cada cual tiene sus defectos. ¿Conque no le habéis olvidado, Rob?

Esta pregunta fue formulada con tierna voz y en un tono que infundía por igual risa y emoción.

—¡Olvidarlo! —dijo el montañés—. ¿Y por qué había de olvidar a tan guapo y buen tejedor como era él, que me hizo el primer par de medias? Pero, vamos, primo —añadió cantando

Llenad ya mi botella: venga el criado;
que se tenga el caballo preparado,
y abrid la puerta luego... ¡Sitio hermoso,
Dundee, pero dejarlo es ya forzoso!

—¡Silencio, caballero! —dijo el magistrado, con ínfulas de autoridad—. ¡Reír y cantar cuando apenas ha trascurrido el domingo! Cuidad de no entonar aquí por segunda vez, otra antigua canción. Cada prójimo dará un día cuenta de sus errores. ¡Stanchells, abrid la puerta!

El capitán obedeció y salimos todos, no sin que viera él con sorpresa a los dos hombres extraños en aquel lugar, y se preguntara, sin duda, por qué medio habían sido dispensados de su autorización para penetrar en sus dominios. El señor Jarvie puso coto al deseo que sentía aquel de entrar en averiguaciones, diciéndole:

—Son amigos míos, Stanchells; amigos míos.

En el vestíbulo de la entrada se llamó repetidas veces a Dougal, quien, no sin motivo, se guardó mucho de contestar.

—Por lo que conozco a Dougal —expuso Campbell con burlona sonrisa—, sé que es un muchacho nada dispuesto a esperar las gracias por su servicio de esta noche, y es probable que haya emprendido el vuelo hacia el lado de las montañas.

Esta explicación turbó de un modo singular al bayle.

—¡Y nos planta aquí —exclamó colérico—, a mí en especial, bajo llave, dentro de la cárcel y por toda la noche! ¡Presto martillos, alicates, tenazas! Id por Yettlin, el síndico de los cerrajeros, y decidle que el bayle Jarvie ha sido encarcelado por un pícaro montañés a quien haré ahorcar tan alto como

Haman...

—Cuando lo atrapéis —concluyó gravemente Campbell—. ¡Pero un instante!... No es posible que la puerta esté cerrada.

En efecto: observando de más cerca, se notó que la puerta había quedado sin cerrar, y aunque Dougal, al huir, había llevado consigo las llaves para que nadie pudiera, en un momento de confusión, hacer mal uso de su empleo.

—El pobre diablo tiene ráfagas de sentido común —añadió Campbell—. Sabía que una puerta abierta podía serme útil en caso dado.

Estábamos ya en la calle.

—Según mi humilde entender, Rob —dijo el magistrado—, o cambiáis de vista, o deberéis, a todo evento, colocar uno de vuestros hombres como portero en cada cárcel de Escocia.

—Un pariente bayle en cada población daría lo mismo, primo Nick. Vaya, buenas noches; o, por mejor decir, buenos días, y ¡no olvidéis lo del camino de Aberfoil!

Sin aguardar respuesta, pasó al otro lado de la calle y se perdió luego en la oscuridad. En el mismo instante resonó un silbido modulado con precaución y de una manera particular, al cual otro hizo eco en seguida.

—¿Oís a esos demonios de la montaña? —me preguntó el señor Jarvie—. Se creen ya en los despeñaderos de Ben-Lomond, donde pueden aullar y silbar a su antojo, sin preocuparse porque sea sábado o domingo.

Le interrumpió el ruido de un cuerpo pesado, que cayó a algunos pasos de nosotros.

—¡Dios nos asista! —añadió—. ¿Más aún? Mattie, acerca la linterna... A fe mía, que pareced manojos de las llaves... ¡Vamos, mejor es así!... Hubiera costado dinero a la población y un enjambre de cuestiones... «¡Cómo! ¿Perdidas las llaves? Y ¿cómo ha sido?». —¡Ah!, ¡qué famosa historia! Si llega algo de lo sucedido a oídos del bayle Grahame, me pondrá como chupa de dómine.

Como quiera que no nos habíamos alejado mucho de la cárcel, volvimos a esta para devolver las llaves al capitán Stanchells, quien, en la imposibilidad de desempeñar su empleo al pie de la letra, estaba de centinela en el vestíbulo esperando a uno de sus subordinados que había mandado buscar para reemplazo del fugitivo.

El honrado Jarvie, tranquilizada su conciencia de magistrado, emprendió de nuevo el camino, y, como quiera que andaba yo a su lado, le acompañé, prestándonos mutuo socorro, él a mí con su linterna, y yo a él con mi brazo, a

través de un dédalo de calles negras, irregulares y mal empedradas. Los hombres provecos se dejan conquistar fácilmente por las atenciones de los jóvenes. El bayle se ablandó con las mías, y dijo:

—Ya que no pertenecéis a esa raza de farsantes y de cómicos ambulantes que tanto horror me inspira, me haréis un obsequio yendo esta mañana a comer conmigo alguna rebanada de abadejo en salmonetes y un arenque fresco. Os encontraréis con vuestro amigo Owen, que ya estará libre.

—Señor mío —contesté después de aceptar su invitación dándole las gracias— ¿quién ha podido haceros creer que andaba yo mezclado en asuntos de teatro?

—Ni por asomo lo sabía, cuando anoche un estúpido badulaque, llamado Fairservice, fue a pedirme que os hiciera pregonar, al amanecer, en toda la villa como un objeto perdido, explicándome quién erais y que vuestro padre os había arrojado de su casa porque, en vez de entrar en el comercio, preferíais, para vergüenza de la familia, echaros a comediante. Un tal Hammorgaw, nuestro gran sochantre, me lo había presentado como conocido antiguo. He despedido a ambos mandándolos muy enhoramala por haberme hecho tan necia visita en domingo y por la noche. Ahora veo claro: el imbécil se ha desquitado, a costas vuestras... Me gustáis, joven —prosiguió—. Quiero mucho a los chicos que no abandonan a sus amigos en la adversidad. Así he procedido siempre, a ejemplo de mi padre el síndico, ¡cuya alma Dios tenga en gloria! Empero, creedme, evitad el trato con los montañeses, y malos bichos de su ralea: la pez deja rastro en los dedos: tenedlo presente. El más listo falta alguna vez: aquí me tenéis a mí, caballero. ¿Cuántas veces habré faltado? Una... dos, tres; sí, esta noche he hecho tres cosas que no creyera mi padre aunque las viera.

Habíamos llegado a la puerta de su casa. Se detuvo nuevamente en el umbral y prosiguió con el solemne acento de una profunda contrición:

—Primeramente, he pensado en mis negocios temporales en día festivo; en segundo término he prestado fianza a un inglés, y en tercero y último lugar, ¡mísero de mí!, he consentido en que un malhechor se escapara. En fin, para todo pecado ¡misericordia! Mattie, volveré a ser quien era. ¡Acompaña al caballero a casa de la viuda Flyter, al extremo del callejón!

Y añadió luego, hablándome al oído:

—Joven, sed considerado con Mattie: es hija de un hombre de bien y primita del laird de Limmerfield.

Sin olvidar la última recomendación del bayle, no creí faltar a la consideración debida a Mattie acompañando con un beso la «media corona» con que retribuí su amabilidad. El «¡por Dios, caballero!» que me dirigió la moza no reveló mucho enfado que digamos.

Llamé a la puerta del mesón. El ruido de los repetidos aldabonazos despertó, desde luego a muchos perros, que se pusieron a ladrar con todas sus fuerzas, y después a algunos vecinos que aparecieron, con gorros de dormir, en las ventanas, censurándome el turbar con semejante estrépito las últimas horas del domingo. Mientras me preguntaba yo si aquella explosión de denuestos no se resolvería, al fin, en un chaparrón parecido al que usó Jántipa para regar a su esposo, la viuda Flyter acabó por abandonar el lecho, y en tono acre, digno en todo de la mujer de Sócrates, apostrofó a ciertos trasnochadores que se habían detenido en su cocina, acusándoles de haber provocado el escándalo con no abrir la puerta al primer aldabazo.

Razón tenía en acusar a los dignos personajes del pecado de pereza, pues les cabía, en realidad, su parte de culpa en el escándalo. Eran, efectivamente, el fiel Fairservice, su amigo Hammorgaw y un tercer individuo que se me dijo ser el pregonero. Sentados alrededor de una cántara de cerveza, comprada a expensas mías (conforme supe más tarde) se ocupaban en poner por escrito cierto anuncio que debía ser pregonado al día siguiente por las calles de la villa, a fin de que fuese restituido, sin pérdida de momento, a los amigos, el «infortunado caballerito», según tenía la avilantez, de calificarme.

Fácil es considerar cómo hice sentir a aquellos tunantes mi descontento al verles mezclarse en mis asuntos; pero, a mi aparición, Andrés manifestó tan ruidosa alegría, que mis ulteriores cargos se anegaron por completo en el torrente de sus exclamaciones. Puede que entrara por algo el cálculo en aquel acceso de entusiasmo, y en cuanto a las lágrimas de dicha, seguramente las sacaba el truhan de ese noble manantial de emociones llamado borrachera. Fuese como fuese, la delirante satisfacción que manifestó, o que fingió sentir al verme, libró a Andrés de un correctivo dos veces merecido: primero, por la forma con que me había recomendado la víspera al famoso sochantre; y segunda, por las necias chismografías que había contado al bayle. Hube de contentarme, empero, aquella noche, con darle con la puerta en los hocicos, ya que hasta el umbral de mi aposento me acompañó, bendiciendo al cielo por mi feliz regreso, y dándome consejos prudentes para gobierno mío.

Me acosté resuelto a librarme, a la primera coyuntura, de la insoportable tutela del pedante, imbécil y henchido de amor propio, más dispuesto a desempeñar conmigo el papel de preceptor que el de criado.

De madrugada mandé subir a Andrés y pregúntele cuánto le debía por

haberme servido de guía. A semejante pregunta, que presagiaba un próximo despido, se trasmudó su semblante.

—Vuestro Honor —balbuceó— no abrigará el intento... el intento de...

—Nada de gesticular —dije— u os largo un palo.

Cruel alternativa le tuvo en suspenso: pidiendo demasiado, se exponía a perderlo todo, y pidiendo menos de lo que yo debía entregarle, perdía su ganancia. Un golpe dado a tiempo sobre la espalda de una persona que se atraganta, deja, a veces, su garganta expedita. La amenaza produjo sobre la voluntad de Andrés ese efecto saludable; se decidió al momento.

—Dieciocho peniques por día no me parece fuera de razón.

—Es el doble del precio ordinario y el triple de lo que merecéis. Tomad una guinea y marchaos a vuestro negocio.

—¡Bondad divina! ¿Tenéis segura la cabeza?

—Sí, aunque trabajáis de un modo endiablado para hacérmela perder. ¡Qué es esto! Os doy un tercio de más sobre lo que reclamáis, ¿y estáis aquí gimoteando como una víctima? Tomad vuestro dinero y salid de mi presencia.

—¡En nombre del cielo!, decidme: ¿en qué he ofendido a Vuestro Honor? Cierto que la carne es frágil como la flor de los campos, pero si una hoja de manzanilla es útil a los boticarios, de seguro que Andrés no lo es menos a Vuestro Honor. Es cuestión de vida o muerte el separaros de mí.

—Por mi nombre, que es difícil decidir si sois más pícaro que loco. Conque, ¿vuestro intento es continuar conmigo, me convenga o no?

—A fe mía, es lo que pensaba. Si Vuestro Honor no entiende en cuestión de buenos criados, yo sí que entiendo en cuestión de buenos amos, y que me lleve el diablo si os abandono. Esto es hablar en plata, aparte de que no me habéis dado un despido en regla de mi empleo.

—¿De vuestro empleo, bribón? ¿Acaso os he tomado a mi servicio en calidad de criado? No habéis sido sino simple guía, en quien fie por su conocimiento del camino.

—Cabal: no soy un criado ordinario, caballero, convengo en ello: mas Vuestro Honor recordará que, a instancias suyas y por complacerle, renuncié, con solo una hora de tiempo, a una buena colocación. Podían sacarse honradamente y con toda conciencia veinte libras por año, muy cabales, del jardín de Osbaldistone, y ya veis que no era probable fuese a enajenarlas por una guinea. Hice cuenta de vivir con Vuestro Honor hasta el fin del empeño, por lo menos, y cobrar el total del sueldo, alimentos, gratificaciones y emolumentos, a lo menos durante dicho tiempo.

—¡Vaya, vaya, señor Andrés! Estas descaradas pretensiones no os servirán para nada, y, si proseguías remachándome los oídos, os enseñaré que maese Thorncliff no es el único de la familia que sabe manejar el látigo.

Puesta la cuestión en semejante terreno, me pareció tan ridícula la escena que, a pesar de la cólera que experimentaba, trabajos tuve de contener la risa ante la gravedad con que Andrés defendía su extravagante causa. El tunante adivinó, al ver el gesto de mi fisonomía, el efecto que había producido, y esto le envalentonó; mas hubo de bajar el nivel de sus pretensiones, temeroso de perder el pleito o de apurar mi paciencia.

—Aun dando de barato —replicó—, que Vuestro Honor se decida a separarse de un criado fiel que ha servido a vos y a los vuestros de noche y de día durante veinte años, seguro estoy de que ni vos ni otro verdadero hidalgo tendrá el mal corazón de echar a la calle, sin consideración y en país extranjero, a un pobre diablo como yo. ¿No he andado, acaso, quince, veinte, puede que cuarenta leguas para acompañar a Vuestro Honor? Y de tanta fatiga ¿qué habré sacado? ¡Un miserable salario!...

Se me dijo, una vez, que la terquedad de mi carácter no me impedía ser, en ciertos casos, el mortal más tratable y más fácil de engañar. La contradicción es, en verdad, lo único que me vuelve obstinado, y en cuanto el adversario me abandona su terreno, cedo voluntariamente para evitarme nuevas contrariedades. Así, aun cuando no me engañara respecto a mi hombre (es insoportable por sus pretensiones y triquiñuelas), tenía necesidad de alguien a mi lado en calidad de criado y de guía, y me había acostumbrado tanto a los modales de aquel hombre, que acababa, a veces, por divertirme con él.

En la incertidumbre que me ocasionó aquel estado de cosas, necesité que me informara Andrés respecto a los caminos y localidades del norte de Escocia, a cuyo país podían obligarme a pasar las relaciones de mi padre con los propietarios de bosques. Creo que, a pedirle el camino del paraíso terrenal, no dudara ya Andrés en acompañarme hasta allá, por lo que me conceptué muy feliz con que conociera él, siquiera fuese a la ligera, lo que se había alabado de dominar a fondo. Fijé el importe de su salario, y me reservé el derecho de despedirle a voluntad, abonándole el importe de una semana por adelantado. Por fin, después de severa reprimenda acerca de sus travesuras de la víspera, se retiró, gacha la cabeza y exuberante el corazón de alegría, para ir a contar, sin duda, a su compadre el sochantre, que estaba tomando en la cocina «la gota de la mañana», cómo había logrado «engatusar al inocente y pelirrubio inglés».

Conforme a lo prometido, pasé a casa del bayle Nicolás Jarvie. Un buen almuerzo estaba dispuesto en el estrado, pieza de la casa destinada a toda clase de usos.

Tan activo como bondadoso, el digno magistrado había mantenido su palabra, y encontré en su casa a mi antiguo amigo Owen, quien, gracias al cepillo y a la aljofaina, estaba convertido en otro hombre muy distinto del preso que había visto yo, sucio el vestido y descompuesto el semblante. Empero la conciencia de las dificultades monetarias, que le asaltaban por todas partes, le sacaba fuera de sus casillas, y así el abrazo casi paternal que me dio fue acompañado con un largo suspiro de angustia.

No bien hubo tomado asiento, fue de ver en sus miradas fijas y en su rostro alicaído, que tanto contrastaba con la seriedad ordinaria del mismo, cómo dedicaba su aritmética a calcular mentalmente el número de días, de horas y de minutos que debían mediar entre el protesto de las letras y la quiebra de la gran casa Osbaldistone y Tresham.

Hubo de correr, pues, de mi cuenta el hacer los debidos honores a la hospitalidad del dueño de la casa, y me fue inevitable prestar atención a los elogios de su té, proveniente de la China y regalo de uno de los primeros navieros de Londres; de su café, «producto de una linda plantación de su pertenencia» —según dijo, guiñando el ojo—, en la isla de Jamaica, llamada el «Bosque del Mercado de la Sal»; de sus tostadas inglesas con cerveza; de su salmón de Escocia salado; de sus arenques de Lochfine, y hasta de sus manteles de espeso adamascado, «obra maestra» del difunto Jarvie, el respetable síndico.

Habiéndome granjeado los buenos oficios del anfitrión, mediante las ligeras observaciones de que hacen mucho caso los hombres en su gran mayoría, probé, a mi vez, de conseguir de él, para mi gobierno, algunas explicaciones acerca de un asunto que excitaba mi curiosidad. Hasta la sazón no habíamos dirigido alusión alguna a los incidentes de la noche anterior, por lo que mi pregunta pareció algo fuera del caso cuando, sin rodeos y aprovechando cierta pausa entre la historia del mantel y la de las servilletas, que iba a seguir, dije:

—Y a propósito, señor Jarvie; ¿me haréis el favor de decirme quién es ese señor Roberto Campbell que encontramos anoche?

Y a semejante pregunta el digno magistrado pareció caer de la luna, como suele decirse en frase vulgar, y, en vez de contestar directamente, no hizo sino repetir mis propias palabras:

—¿Quién es el señor Campbell? ¡Hum!, ¡oh!, ¡oh! ¿Con que decís... Roberto Campbell?

—Sí: ¿qué hombre es ese? ¿Qué hace?

—¡Pardiez! Es... ¡Hum! Pues es... ¿Dónde le habíais visto al tal caballero?

—En el norte de Inglaterra, por casualidad, algunos meses ha.

—Pues bien, señor Osbaldistone —replicó el bayle en tono malhumorado—, sabéis tanto como yo sobre aquel sujeto.

—No me parece probable. ¿No sois, a lo que creo, parientes y amigos?

—Hay, en verdad, algo de primazgo entre nosotros —dijo con repugnancia—; pero no ha existido entre ambos gran familiaridad desde que Rob renunció a tratar en ganados. ¡Pobre diablo! Ha sufrido rudos golpes por parte de quienes hubieran debido portarse muy de otro modo. Y ¿qué han ganado en cambio? Más de uno hoy día se muerde los dedos por haber echado al pobre Rob del mercado de Glasgow, y más de uno preferiría verle a la cola de trescientos bueyes que al frente de treinta pícaros redomados.

—Todo esto, señor mío, no me revela la situación de Campbell, ni cuáles sean sus costumbres y medios de existencia.

—¿Su situación? La de un hidalgo de la alta montaña, indudablemente, sin que exista otro superior a él; sus costumbres son la de vestir, entre los suyos, el traje de los montañeses, como el de los calzones, entre nosotros; y, en cuanto a sus medios de existencia, ¿qué necesidad tenemos de preocuparnos respecto de ellos mientras nada nos pida? Basta de conversación sobre el particular: el tiempo apremia y es necesario ocuparnos en los asuntos de vuestro padre.

El señor Jarvie se caló los anteojos y se sentó al escritorio para examinar el estado de cuentas que Owen creyó deber comunicarle sin reserva. A pesar de mi escasa competencia, no dejé de comprender que poseía, en la materia, penetración y tino, y que sus observaciones se señalaban por un destello de exacta probidad y hasta de cierta nobleza. Se rascó varias veces la oreja al reconocer que aparecía acreedor nuestro.

—¡Hum! Será tal vez una simple pérdida —observó—, pero en conciencia y digan lo que quieran los acaudalados comerciantes de Londres, muy grave para un comerciante de Glasgow. Sí; el déficit será pesado... ¡Un gran triunfo de menos en mi baraja! ¿Qué le vamos a hacer? Bien meditado todo, no volcaré mi marmita, y, aunque así fuese, no he de rebajarme a imitar los cuervos de Gallowgate. Si hoy me ocasionáis pérdida, no he de olvidar por ello que antes me habéis hecho ganar más de una buena libra esterlina, y así, aun echando las cosas a mala parte, no seré yo quien ate la cabeza de la marrana al rabo del cerdo.

Aunque no se alcanzara muy bien cómo el señor Jarvie acertaba a consolarse con el antecedente proverbio, noté claramente que tomaba un bondadoso y amigable interés en los compromisos de mi padre. Indicó numerosos medios, aprobó diversos planes propuestos por Owen, y, con sus estímulos y consejos, consiguió desvanecer, en arte, la nube espesa que cubría

la frente de nuestro fiel delegado.

Dada la inacción a que me reducía el debate, intenté dos o tres veces recordar, en alta voz, a Campbell, mas el asunto parecía mortificar a mi anfitrión, quien acabó por despedirme sin mucha ceremonia.

—Id a dar una vuelta por el colegio —dijo—, y hallaréis muchachos que os hablen griego y latín de recibo. Por lo menos, caro nos cuesta su estudio, y ¡lléveselos el diablo si no aprenden! Podréis leer los Salmos puestos en verso por Zacarías Boyd, que son un verdadero regalo, según opinión de los que entienden en eso, o que debieran entender, por lo menos.

Y añadió, adoptando otra vez sus formas cordiales:

—Volved a probar un bocado conmigo a la una en punto; comeréis pierna o quizá cabeza de carnero, porque ahora es la época. Sobre todo sed exactos: a la una. Es la hora en que mi padre el síndico y yo comimos siempre, y jamás, por nada del mundo, se ha retrasado.

25

Siguiendo el consejo del señor Jarvie, me dirigí al colegio, menos con la intención de buscar en él el objeto de interés o de distracción, que con la de poner en orden mis ideas y reflexionar acerca de lo que me convenía hacer.

Recorrí el antiguo edificio, pasando de una a otra sala, y llegué al jardín destinado a paseo. Complacido por la soledad del sitio (pues era aquella hora de clase) di por él muchas vueltas pensando en las vicisitudes de mi destino.

El recuerdo de Campbell me preocupaba. Meditando en las circunstancias de nuestro primer encuentro, tuve por indudable que se hallaba aquel comprometido en escabrosas aventuras, y que las escenas de la noche anterior, así como la repugnancia del bayle a hablar del propio Campbell y de su manera de vivir, no eran nada a propósito para desvanecer mis sospechas. Y, no obstante, Diana no había titubeado, al parecer, en interesar a semejante hombre en favor mío, y el señor Jarvie, por su parte, le trataba con singular mezcla de benevolencia, de desprecio y de compasión. Necesario era, pues, que en el carácter y en la situación de Campbell hubiera algo de extraordinario y, lo que es peor aún, se dijera que su suerte debía enlazarse a la mía y sojuzgarla. Resolví constreñir, aprovechando la primera coyuntura, al señor Jarvie, y obtener de él el mayor contingente posible de noticias relativas a aquel personaje enigmático, ganoso yo de saber si podría, sin faltar a mi reputación, sostener con él íntimas relaciones.

Mientras así reflexionaba, observé, hacia el extremo de la avenida en que me estaba paseando, tres personas que, al parecer, sostenían animada conversación.

Se dice que una secreta voz nos advierte de la presencia de aquellos a quienes queremos, o de las personas a quienes detestamos con violencia, mucho antes de que su aspecto hiera nuestros indiferentes ojos. A ser así, la consabida voz despertó en mí firme convicción de que el sujeto que iba en medio de los tres recién llegados era Rashleigh. Mi primer impulso fue el de salir a su encuentro; el segundo, el de aguardar a que estuviera solo, o de examinar, al menos, a sus compañeros, antes de acercarme a él. El grupo, distante, aún, andaba embebido en coloquio tan absorbente, que me dio tiempo de pasar, sin ser visto, a la otra parte del cercado.

Estaba, a la sazón, en moda entre los jóvenes elegantes el traer puesta, durante el paseo de la mañana y sobre el traje usual, cierta capa encarnada, a menudo con bordados y galones, y el colmo de la elegancia consistía en cubrirse con ella, en momentos dados, parte del rostro. Merced al refinamiento de semejante moda y a la valla que me servía de parapeto, pude cruzar impunemente por delante de mi primo la contra avenida, y, si reparó él en mí, hubo de tomarme por forastero. ¡Cuál no fue mi sorpresa, reconociendo en los interlocutores al mismo Morris, que me denunció al juez Inglewood, y al comerciante Mac-Vittie, cuyo talante rudo y pedantesco me inspiró tanta aversión el día anterior!

No era posible concebir idea de una asociación para mí más irritante. A un lado, el que me había acusado falsamente y podía estar decidido a renovar, con toda facilidad, una treta realizada antes bajo el imperio de la amenaza; al otro, el hombre siniestro que disponía de la suerte de mi padre y había motivado la prisión de Owen; y a uno y a otro les veía conspirar, de mancomún, con el miserable genio de la perversidad nada inferior a la del genio del mal y contra el que mi antipatía rayaba casi en terror.

No bien se hubieron alejado algunos pasos, retrocedí y les seguí sin ser notado. En el extremo de la avenida se separaron, regresando Morris y Mac-Vittie al seno de la población y continuando el paseo su compañero solo.

Aproveché la ocasión para salir a su encuentro, íntimamente resuelto a pedirle reparación del daño que había causado a mi padre; incierto, empero, respecto del modo de obtenerla, en lo cual me aventuré al caso. Echando hacia atrás el pliegue de mi capa, atravesé la avenida y me planté súbitamente ante Rashleigh en el momento preciso en que sumido en profunda meditación, se dirigía a la avenida lateral.

No era hombre que se dejara sorprender ni conturbar por cualquier eventualidad repentina; mas, reparando en mí tan de improviso y viéndome tan

cerca de él, amenazador el gesto y el rostro inflamado por la indignación, fue presa de temblor.

—¡Por fin os encuentro, caballero! —le dije—. Iba a emprender, en vuestra busca, un viaje largo y probablemente inútil.

—Era conocer muy poco a quien buscabais —respondió con su acostumbrada sangre fría—. Mis amigos me encuentran fácilmente, y más fácilmente aún mis enemigos. Vuestra actitud me obliga a preguntaros en qué clase debo colocar a Francis Osbaldistone.

—En la de vuestros enemigos, caballero, en la de vuestros enemigos mortales, a menos que cumpláis debidamente con mi padre, vuestro bienhechor, presentando cuentas sin demora.

—¿Y a quién yo, individuo de la casa de comercio de vuestro padre, estoy obligado a dar cuenta de mis operaciones en negocios que, bajo todos conceptos, son ya los míos? Seguro estoy de que no será a un joven cuyo gusto exquisito en literatura no vería en tal fárrago de detalles sino embolismo detestable.

—Bromear no es responder. Necesito plena y entera satisfacción, y no os dejo hasta lograrla. Vais a seguirme a casa de un juez.

—Sea.

Dio algunos pasos a mi lado, y, deteniéndose luego, añadió:

—Si estuviera dispuesto a hacer lo que deseáis, presto veríais quién de los dos tiene más motivo para temer la presencia de un juez. Empero no experimento deseo alguno de empeorar vuestro destino. Id, joven, a columpiaros en vuestras tonterías poéticas, y dejad los asuntos serios a quienes los comprenden y son capaces de dirigirlos.

Presumo que su intento fue el de irritarme más, y lo consiguió.

—Señor Osbaldistone —dije—, ese tono de chanza para nada ha de serviros. Debierais saber que el nombre que llevamos ambos no ha sufrido jamás un insulto, ni lo sufrirá en mi persona.

—Me recordáis que ha sido deshonrado en la mía —prorrumpió lanzándome una de sus más terribles miradas—, ¡y me recordáis por quién! ¿Creéis acaso que he olvidado la velada del castillo, en la que desempeñasteis impunemente, y con poco gasto, el papel de perdonavidas, a costas mías? Por aquel ultraje, que no puede lavarse sino con sangre; por vuestra obstinación en salirme al paso y siempre en perjuicio mío; por la loca perseverancia que os impulsa a malbaratar planes que ignoráis y cuya importancia sois incapaz de apreciar; ¡por todo esto, caballero, me debéis severa cuenta, y pronto llegará el día de saldarla!

—¡Llegue de una vez ya! Estoy pronto. Mas entre los agravios recibidos, ¿calláis por acaso o de intento el más grave? Tuve la dicha de auxiliar el buen sentido y la virtud de miss Vernon para librarla de vuestros infames proyectos.

Esta observación, que le hirió en lo vivo, hizo centellear dos relámpagos en sus pupilas. No obstante, respondió en el mismo tono de frío desdén:

—Abrigaba otras miras con respecto a vos, joven; miras menos aventuradas, más conformes a mi carácter actual que a mi primera educación; pero vuestra insolencia de colegial atraerá sobre vuestra cabeza merecido castigo. Seguidme, pues, a un sitio algo más oculto, donde no corramos riesgo de que se nos estorbe.

Le seguí, en efecto, fija la mirada en sus menores movimientos, porque le suponía capaz de todo, y me llevó a una especie de terraplén cultivado a la holandesa, con cercas simétricamente cortadas y con algunas estatuas.

Anduve muy receloso, y no fue inútil la precaución. Sin darme tiempo a quitar y echar mi capa, la espada de Rashleigh había sido desenvainada, y su punta a dos dedos de mi pecho y debí la existencia a un rápido paso atrás. Tenía Rashleigh sobre mí la ventaja de las armas: su espada, a lo que recuerdo, era más larga y de hoja triangular, como las de hoy, en tanto que la mía, llamada entonces «hoja sajona», era estrecha, lisa y de más difícil manejo. Bajo otros conceptos, la partida era casi igual, pues si le llevaba yo ventaja en vivacidad y destreza, disponía él de más vigor y serenidad. Se lanzó, empero, a la pelea con más ímpetu que verdadero valor, dejando adivinar rabia sorda y sed de sangre bajo la calmosa apariencia que daba a sus ruindades carácter de negra maldad, y hacía atribuir las a resultado de larga premeditación. La perversidad evidente de sus intenciones no le colocó, ni por un momento, fuera de guardia: agotó los simulacros de la defensiva, proyectando terminar la lucha con una sangrienta catástrofe.

Al empezar, combatía yo con moderación. Mis pasiones, aunque vivas, no eran iracundas, y el haber andado durante algunos minutos, me había dado tiempo para reflexionar que Rashleigh era sobrino de mi padre e hijo de un hombre que, a su manera, me había tratado con bondad, y finalmente, que, si caía a mis golpes, iba yo a sumir en duelo a toda la familia. Mi primera idea, pues, fue la de desarmar a mi adversario, maniobra que, confiado en la superioridad de mi habilidad y de mi experiencia, no creí que me ofreciera dificultad mayor. Observé, empero, que me las había con un rudo combatiente, y dos o tres pasos peligrosos, de que con trabajo conseguí defenderme, me obligaron a emplear una defensa más ceñida.

Poco a poco, el furor de Rashleigh por quitarme la vida me encendió en cólera, y ya no pensé sino en contestar con saña casi igual a la suya. Así entablado, el encuentro amenazaba con un desenlace trágico, y a punto estuvo

de realizarse a costas mías. Tirando a fondo para dar segura estocada, resbaló uno de mis pies y no pude parar el golpe con bastante prontitud. La espada de Rashleigh atravesó mi vestido, rozó ligeramente uno de los dos lados de este y salió por detrás; pero se había lanzado aquel sobre mí con tal violencia, que el puño del arma, dando contra mi pecho, me produjo vivo dolor, haciéndome creer, de momento, que acababa de sufrir herida mortal. Ebrio de venganza, contrarresté los esfuerzos de mi adversario, y, cogiendo con la mano izquierda la empuñadura de su arma, habilitando la mía, a punto estaba de atravesarle el cuerpo, cuando, de improviso, un hombre se interpuso y dio fin a la terrible lucha, separándonos a viva fuerza.

Al verificarlo, gritó, con acento de autoridad:

—¡Cómo! ¡Los hijos de dos hermanos, alimentados en el mismo seno, derramar su sangre cual si fuesen extraños! ¡Por los huesos de mi padre, que parto la cabeza al primero que resuelle!

Levanté los ojos: era Campbell. Al hablar blandía su claymore como para dar mayor prestigio a su intervención. Rashleigh y yo le contemplamos en silencio.

El inesperado pacificador, dirigiéndose, ora al uno, ora al otro de los dos, dijo:

—¿Creéis vos, maese Francis, restablecer el crédito de vuestro padre cercenando la cabeza a vuestro primo, o haciéndoos agujerear la piel en los jardines del colegio de Glasgow?... Y vos, señor Rashleigh, ¿creéis que va a confiarse, en lo sucesivo, la vida y la fortuna en manos de un hombre que, encargado en confianza de grandes intereses políticos, se pelea como un títere en una francachela? No me pongáis esta cara de amenaza o de desprecio: si no estáis contento, no tenéis sino volver la hebilla de vuestro cinturón.

—¡Abusáis de la situación en que me encuentro! —arguyó Rashleigh—. A no ser por ello, no os atrevierais a inmiscuirlos en un asunto en que se trata de mi honor.

—¿Qué abuso decís? ¡Ta, ta, ta! ¿Y en qué? Podéis ser más rico que yo, lo que es muy probable, y más instruido, no digo que no; pero en cuanto a ser más guapo o más noble, no lo creáis, y cosa nueva será para mí el saber que sois mejor. ¿Habláis de atreverme? ¡Es atreverme mucho, a fe mía! Bien que este que os habla opina que ha hecho más de las suyas que ninguno de los dos, sin pensar siquiera por la tarde en las de la mañana; y... a tener bajo mi planta la maleza de las montañas, en lugar de la arena de este jardín, lo que valiera algo más, ¡ah!, ¡no me sería difícil ajustaros cuentas a uno y otro!

Rashleigh había recobrado su serenidad.

—Mi primo —dijo— reconocerá que él es quien ha provocado la lucha, la cual estaba lejos de mi pensamiento. Se nos ha interrumpido; tanto mejor, pues hubiera podido castigar su petulancia de un modo más severo.

—¿Estáis herido, joven? —me preguntó Campbell con cierta expresión de interés.

—No vale la pena: un rasguño —dije— y, a no ser por vuestra llegada, mi primo no se envaneciera de ello mucho tiempo.

—A fe mía que es cierto, señor Rashleigh —añadió Campbell—. El hierro y vuestra sangre más pura iban a trabar conocimiento, cuando sujeté el brazo del señor Frank. ¡Así, pues, no os deis aires de marrana trompeteando! Venid conmigo; tengo noticias que comunicaros y que os harán meditar. Os iréis enfriando como el cocido de Mac-Gibbon en cuanto lo saca a la ventana.

—Perdonad, caballero —dije entonces—. Vuestras intenciones con respecto a mí me han parecido benévolas más de una vez, por lo cual tengo el deber, y añadido el propósito, de no perder de vista a ese hombre antes de que me haya restituido los papeles de que se apoderó traidoramente y que han de ayudarme a cumplir los compromisos de mi padre.

—Loco estáis —observó Campbell—. ¿A qué seguirnos? Por de pronto os basta con un hombre. ¿Necesitáis dos para estar tranquilo?

—Veinte, si es preciso.

Y así diciendo, cogí por el cuello de su traje a Rashleigh, quien sin intentar resistencia alguna, respondió con despreciativa sonrisa.

—¡Ya lo veis, Mac-Gregor! Se coloca frente a frente de su destino. ¿Será culpa mía si sucumbe a él? Las órdenes deben ser expedidas, y todo está dispuesto ya.

El montañés pareció muy contrariado. Después de mirar a su alrededor:

—Escuchad —dijo—. Consentir en que le suceda alguna desgracia por haber defendido los intereses de su padre... ¡eso no! En esto no cedo ni una pulgada. ¡Que la maldición de Dios caiga, con la mía, sobre todos los magistrados, jueces de paz, bayles, sheriff, alguaciles, agentes de policía y sobre todo ese gran fárrago que, de cien años acá, roe como una perdición a la pobre vieja Escocia! ¡Ah! ¡El mundo andaba mucho mejor cuando cada uno defendía lo suyo y el país no se sentía molido con mandatos, embargos, tasaciones, y otras mañas por el estilo! Mas tenedlo entendido: no he de consentir, en conciencia, que se atenace a ese pobre inocente, sobre todo al amparo de tales procedimientos. Mejor fuera volver a empezar el juego y que os batierais como valientes.

—¿Vuestra conciencia, Mac-Gregor? —observó Rashleigh—. ¡Olvidáis

que vos y yo somos conocidos antiguos!

—Sí, señor, mi conciencia —repitió Campbell o Mac-Gregor, fuese el que fuese su nombre—. Sí, señor mío: siento en mí algo de parecido, y por ello será tal vez que valgo más que vos. ¡Oh! ¡Que somos antiguos conocidos! Pero, si sabéis lo que soy, sabéis también quién me ha hecho así, y pensad lo que queráis, no he de trocar mi suerte con el más orgulloso de los verdugos que me ha reducido a no tener otro asilo que el bosque. En cuanto a vos, señor mío, y a vuestra excusa de haberos convertido en lo que sois, es este un secreto entre vuestro corazón y el día del juicio... Y ahora, señor Francis, soltad su cuello, pues razón tiene él en afirmar que más que él debéis temer de la justicia. Aunque vuestra causa fuese más derecha que una saeta, hallará medio para darle apariencias de torcida. Así pues, no le retengáis más.

Y uniendo a la palabra la obra, con una brusca sacudida me hizo soltar mi presa, y, mientras forcejeaba yo en vano bajo su mano de hierro, dijo a Rashleigh dando voces:

—Aprovechad el momento, demostrando que un par de piernas valen lo que dos pares de brazos... No será la primera vez.

—Primo —dijo Rashleigh—, dad gracias a Mac-Gregor de que no acabe yo de solventar mi deuda; pero, al despedirme, lo hago con la esperan/a de que presto hemos de volvernos a ver, y de que no llegará entonces nadie que nos interrumpa.

Recogió su espada, la enjugó y la volvió a la vaina, hecho lo cual, desapareció a grandes pasos entre los árboles.

El montañés me impidió, tanto con el raciocinio como con la fuerza, ir en zaga de Rashleigh, aunque, a decir verdad, principiaba ya a creer que no me serviría de mucho, y lo inútil de mis esfuerzos me decidió a permanecer tranquilo.

—¡Por el pan que me alimenta —exclamó el paciente Campbell—, que en mis años he visto mozo tan testarudo! El más fuerte del país lo pasara muy mal si me hubiera dado tanto trabajo como vos en conteneros. Y ¿qué hubierais hecho? ¿Seguir al lobo hasta su madriguera? ¿No os he dicho que el tamborileo está preparado? El colector Morris, a quien ha desenterrado él, ha renovado toda la antigua historia, y no esperéis de mí en estos lugares el socorro que obtuvisteis en casa del juez Inglewood, pues es malsano para mi salud el andar por donde andan esos menudos bayles presbiterianos. ¡Vaya, volved a casa, como buen chico! ¡En marcha y dejad que el agua corra!... Cuidad de que no os atisben Rashleigh, ni Morris, ni aquel bruto de Mac-Vittie... Acordaos del clachan de Aberfoil, como os tengo dicho, y a fe de hidalgo que no consentiré se os moleste; pero sosegaos hasta nuestro próximo

encuentro. Forzoso me es asegurarme de que Rashleigh está fuera de la villa, antes de que suceda nada peor, pues no piensa sino en hacer mal. ¡No echéis en olvido el clachan de Aberfoil!

Y se alejó, dejándome abandonado a las reflexiones que suscitaban en mí los acontecimientos singulares que acababan de sucederse.

Mi primer cuidado fue reponer mis vestidos y colocarme la capa, embozándome de modo que ocultara las manchas de sangre. Casi en el mismo momento las aulas del colegio se abrieron, y multitud de alumnos se esparció por los jardines.

Salí de estos a toda prisa, y, al volver a casa del señor Jarvie (pues se acercaba la hora de sentarnos a la mesa) reparé en una botica de modesta apariencia que tenía por rótulo: «Cristóbal Neilson, cirujano-boticario». Entré, pregunté a un aprendiz, que machacaba drogas en un almirez, si su sabio principal podía concederme algunos minutos de audiencia. En la trastienda, adonde me hizo pasar, hallé a un hombre viejo pero bien conservado, quien meneó la cabeza con aire incrédulo al enterarse de la historia que le referí de cierto florete desbotonado en un juego de esgrima. Después de curar mi ligera herida, aplicándome hilas y no sé qué bálsamo, añadió:

—Nunca botón alguno de florete ha causado semejante desgarró. ¡Ah, juventud, juventud!... En fin, nosotros los cirujanos pertenecemos a una raza discreta. Suprimid la sangre demasiado ardiente, junto con la mala sangre, y ¿qué sería de las dos sabias facultades?

Y, con el precedente aforismo de moral, me despidió, sin que la rozadura que me había hecho sufrir un poco me causara otra cosa que pasajera molestia.

26

Al verme entrar en el recibidor, el bayle me apostrofó vivamente:

—¿Cómo habéis tardado tanto? Hace más de cinco minutos que ha dado la una. Mattie ha entrado dos veces para servir la comida. Menos mal que se trata de una cabeza de cordero, la cual no habrá perdido con esperar, que, si fuera de carnero, demasiado cocida, sería antipático veneno, como decía mi padre, el cual, ¡oh digno hombre!, tenía predilección por la oreja.

Me excusé como supe por mi retraso y nos sentamos a la mesa.

Nuestro anfitrión hizo los honores con mucho ahínco y cordialidad, obligándonos a probar los guisos de la cocina nacional, de que estaba más sobrecargada que no lo desearan nuestras costumbres inglesas. Familiarizado

con las prácticas de sociedad, contrarresté bastante bien aquella especie de benévola persecución. No hizo lo propio Owen, quien, hombre de más estricta delicadeza y más formalista, se creía en el caso de significar, a fuerza de complacencia, sus atenciones para con el amigo de nuestra casa. Así, fue cosa de reírse al verle tragar, con lamentable resignación, cada bocado de cordero asado, y oírle elogiar la excelencia del mismo en un tono que excedía a la urbanidad, por no poder disimular el disgusto.

Quitados los manteles, el señor Jarvie preparó con sus propias manos una toma de ponche al aguardiente, el primero que veía en mi vida.

—Los limones provienen de mi granjita de allá —dijo moviendo los hombros de un modo significativo, para indicar las Indias occidentales—, y poseo la habilidad de preparar el licor del capitán Coffinkey —y aquí bajó la voz—, viejo lobo de mar que, según se cuenta, la había adquirido de los bucaneros. De todos modos, ¡excelente licor! —Y nos sirvió a uno y otro—. ¡Bien pueden existir buenos artículos en una modesta tienda! Volviendo al capitán, era hombre honrado cuando le conocí, aunque blasfemaba horribilmente. En fin, murió ya, y ha presentado sus cuentas: esperemos que le hayan sido aceptadas. ¡Sí, esperémoslo!

La bebida nos pareció de un gusto muy agradable, motivando prolija conversación entre Owen y nuestro huésped sobre las salidas de género que el acto de la Unión había proporcionado al comercio de Glasgow con las colonias inglesas de América y con las islas. Y, como Owen expresara ciertas dudas sobre la posibilidad de surtir un cargamento para el nuevo mundo, sin recurrir a la industria inglesa, añadió el bayle con fogosidad.

—No, no, señor, nuestra producción nos basta, y no registramos más que nuestros bolsillos. Escuchadme bien: las sargas de Stirling, los tejidos de Musselburgh, los géneros de punto de Aberdeen, los chales de Edimburgo, con lo demás, bastan para nuestra lanería. ¿Telas, decís? Pues tenemos de todas clases, mejores y más baratas que las vuestras de Londres, y, en cuanto a los artículos de vuestros mercados del norte, desde Sheffield hasta Newcastle, no salen aquí más caros que en Liverpool. Respecto a algodones y muselinas, a nadie tememos. Una sardina debe ser suspendida por su propia cabeza y un carnero por sus propias patas. ¿No es así? Pues, si así es, convenid en que la gente de Glasgow, no contando sino consigo misma, no está muy retrasada, que digamos, en lo que puede dar de sí.

Notando, por fin, que no había yo despegado los labios, añadió:

—Esto no os divierte, señor Osbaldistone, mas ya sabéis que un guarnicionero no sabe hablar sino de arneses.

Excúseme alegando, como causas de mi distracción y de mi falta de

ingenio, la penosa situación en que me hallaba y los sucesos de la mañana, con lo cual llegó lo que yo deseaba: la ocasión de referir la historia del desafío en detalle y de un tirón. No falté a mi propósito, olvidando adrede el hablar de mi herida, por parecerme cosa insignificante. El señor Jarvie prestó mucha atención y mucho interés a mi relato, haciendo guiños con sus ojitos grises, sorbiendo tabaco e intercalando breves exclamaciones. Cuando llegó mi narración al episodio del encuentro, juntó Owen las manos y elevó al ciclo los ojos con expresión de dolorosa sorpresa, mientras el bayle me interrumpió exclamando:

—¡Ah!, ¡eso es malo, muy malo! Sacar la espada contra un primo está prohibido por las leyes divinas y humanas, y castigado con multa y prisión, si se verifica dentro del recinto de una villa real. Y poned mentes en que el colegio no es un sitio privilegiado, antes por el contrario, debiera ser asilo de paz y tranquilidad. No se han adjudicado al tal colegio quince famosas mil libras de renta, en compensación de los réditos del Episcopado (¡mala peste en la gente episcopal y en sus rentas!) ni el goce de un arriendo gratuito, para que los jóvenes locos se batan en el jardín o se echen los escolares bolas de nieve, hasta el extremo de que Mattie y yo, cuando pasamos por allá, nos vemos obligados a hacer yo un saludo y ella una cortesía, si no queremos correr riesgo de ser bombardeados. ¡Aquello debiera vigilarse más!... Pero proseguid vuestra historia: ¿qué ha sucedido luego?

Al enterarse de la intervención de Campbell, maese Jarvie se puso de pie, lleno de sorpresa, y echó a andar hablando.

—¡Siempre él! ¡Está loco rematado ese Roberto, y peor aún que loco! El primer día le echarán mano para vergüenza de todos los suyos. ¡Vaya si lo harán: ya lo veréis! Si mi padre el síndico le tejió el par de medias, temo que el síndico de los cordeleros le tejerá su última corbata. ¡Oh, sí, sí! ¡El pobre Rob está camino de la horca!... Sepamos el desenlace.

Terminé mi relato, y, aunque nada disimulé, el bayle halló ciertos pasajes Millos de claridad, siendo necesario, con gran disgusto mío, narrarle todo el asunto Morris y el de mi encuentro con Campbell en casa del juez de paz. Mi oyente escuchó esta vez sin interrumpirme, y, terminada la narración, guardó algunos instantes de silencio.

—A todo esto, señor Jarvie —dije concluyendo— solo me resta pedir un consejo, pues no dudo que me indicaréis el mejor medio de portarme en favor de los intereses de mi padre, sin faltar a los de mi honra.

—Tenéis razón, joven, tenéis razón —respondió—. Tomad siempre consejo de las personas que cuentan con más edad y experiencia que vos. No imitéis al idólatra Jeroboam que prefirió los consejos de media docena de barbilampiños y casquivanos a los de los ancianos consejeros de su padre, a

pesar de que (el pastor Littlejohn ha puesto el dedo en la llaga al predicar sobre este capítulo de la Biblia), a pesar de que Salomón les había infundido su sabiduría. Aquí no se trata de honor; lo que está en pleito es el crédito. El honor es un ser brutal, ebrio de sangre, que anda por las calles buscando disputas; el crédito, por lo contrario, es una honrada y decente criatura que se queda en casa y se porta con los debidos miramientos.

—¡Oh, sí! —dijo el buen Owen—; el crédito lo es todo, y, si podemos salvarlo, sea cual fuere el descuento...

—Tenéis razón, señor Owen, habláis bien y sabiamente, y espero que los tiros irán derechos a su objetivo, burlando la distancia. Volviendo a Rob, creo que secundará a este joven, si dispone de medios para ello. ¡Pobre diablo! Su corazón es bueno, y, aunque perdí con él en cierto negocio antiguo una suma de doscientas libras escocesas y no espere en las mil que ha prometido devolverme, esto no me impedirá afirmar que Rob está animado de muy buenas intenciones.

—¿Debo, pues, considerarle como hombre honrado?

—¡Hum! —respondió maese Jarvie tosiendo a guisa de precaución—. Honrado... sí, como los montañeses, es decir, honrado a su manera. Mi padre el síndico se reía mucho cada vez que me explicaba el origen del dicho que acabáis de oír. Cierta capitán llamado Costlett hacia gran ostentación de su lealtad para con el rey Carlos, y el pasante Pettigrew, de quien habréis oído contar más de una historia, le preguntó de qué manera servía al rey, siendo así que se batía contra él en Worcester formando parte del ejército de Cromwell; a lo que el capitán, que jamás se quedaba corto, respondió que le servía a su manera. ¡Ah!, mi padre se desternillaba de risa con esta ocurrencia, y ahí tenéis como la frase ha quedado.

—Pero ¿opináis —dije— que nuestro hombre sea capaz de servirme a su manera? ¿Creéis que deba yo acudir a la cita que me ha hecho?

—En conciencia y a fe mía que vale la pena intentarlo. Vuestra permanencia aquí no está exenta de peligros, conforme sabéis. Morris, la mala bestia, ha obtenido un empleo en la aduana de Greenock, puerto situado en las cercanías. Todo el mundo conoce a ese animal de dos pies, con su cabeza de oca y su corazón de pollo. Se le ve sin cesar callejeando por el muelle, no buscando sino fastidiar a las gentes a propósito de permisos, finiquitos de aduana y otras lindezas por el estilo. Mas no hay que decir que, si formula querrela, el juez se verá obligado a tramitarla en derecho, y... ¡caramba! podríais veros encerrado entre cuatro paredes, medio muy malo para arreglar los asuntos de vuestro padre.

—Es cierto; pero ¿creéis que sea mejor el alejarme de Glasgow, principal

teatro, según toda probabilidad, de las intrigas de Rashleigh? ¿Y eso para entregarme a la sospechosa fe de un individuo de quien no sé sino que teme fundamentalmente a la justicia y que, con miras tan secretas como criminales, al parecer, mantiene estrecha inteligencia con aquel que ha de ser causa de nuestra ruina?

—¡Un momento! Severo sois, demasiado severo con el pobre hombre, y esto procede de que no tenéis idea alguna de nuestro país montañoso, de las Highland, como las llamamos aquí. Allá todo anda al revés que entre nosotros. No hay tribunal para los asuntos criminales, ni magistrados que sepan blandir la cuchilla de la ley, a semejanza de mi difunto padre el síndico, a semejanza mía, puedo decirlo, y de los demás magistrados de la villa. Allá, cuando el señor o laird ordena, no hay más que obedecer a ojos cerrados. No cuentan con otra justicia que con la de la punta de sus puñales. Su claymore es pretendiente o querellante, según frase inglesa, y su broquel defensor, siendo la cabeza más fuerte la que más tiempo resiste. He ahí cómo se sustancia un proceso en la montaña.

Owen soltó un quejido, y, por mi parte, confieso que el bosquejo anterior no animó nada mi deseo de correr aventuras en una región donde tal desorden reinaba.

—Hablamos nosotros poco de estas cosas, porque nos son familiares; aparte de que ¿sirve de algo el vilipendiar al propio país, arrastrando a los compatriotas por el lodo en presencia de ingleses y de extranjeros? Pájaro vil es el que ensucia su propio nido.

—Sin duda, caballero; mas dignaos considerar que no es curiosidad frívola, sino dolorosa necesidad, la que me obliga a pedir os tales explicaciones; y no os ofenda el que imploro de vos alguna mayor luz. Tendré que habérmelas, en interés de la casa, con muchos pícaros de aquellas comarcas salvajes, y espero de vuestro seso y de vuestra experiencia las necesarias explicaciones.

No agité en balde el incensario, siquiera lo hiciese con moderación.

—¡Experiencia! —exclamó el bayle—. No me falta, en verdad, pues he aprendido a calcular durante mi vida, y... puesto que conversamos íntima y tranquilamente, os diré que llevo hechas algunas averiguaciones sobre aquel particular, por mediación de Andrés Wylie, mi antiguo dependiente... Hoy está colocado en la casa de Mac-Vittie y compañía, pero ello no obsta a que los sábados por la noche se llegue aquí a apurar un trago con su primer principal. Conque ¿estáis dispuesto a conducir os conforme a los consejos de un tejedor? En buena hora: no he de negárselos al hijo de un antiguo corresponsal, como no se los negaría mi padre el síndico. Más de una vez he pensado en auxiliar con mis luces al duque de Argyle, o a lord Hay, su

hermano, pues ¿a qué ocultarles lo que hay? Pero ¡quia! Los señores de su estofa no hacen caso de un pobre pelele, fabricante de telas, pues se fijan más en la persona que en la cosa. ¡Qué lástima, qué gran lástima! Y no es que intente murmurar de Mac-Callum More, ni mucho menos. «No habléis mal del rico en vuestro cuarto de dormir (dice el hijo de Sidrac), porque el ave que pasa le traerá vuestros clamores, y las paredes oyen».

Interrumpí el exordio, que amenazaba caer en la difusión, asegurando al bayle que encontraría en nosotros seguros y discretos confidentes.

—¡Oh!, no es eso lo que me mortifica —replicó—. A nadie temo. ¿Por qué temer? mi lenguaje no está tocado de traición. Lo que hay es que esos montañeses tienen el brazo largo, y, como de tiempo en tiempo voy allá a dar una vuelta para estrechar la mano a los parientes lejanos, no me gustara mucho estar en malas relaciones con ninguno de sus clanes. Sea como fuere, sabed, para gobierno vuestro, que mis observaciones descansan sobre números, único y verdadero manantial razonable de los conocimientos humanos, conforme sabe el señor Owen, que no me desmentirá.

Owen se apresuró a dar su asentimiento a una afirmación que tan bien concordaba con su modo de ver, y el orador continuó.

—Las tierras altas de Escocia, señores, forman por sí solas una especie de mundo salvaje lleno de rocas y de hondonadas, de bosques y de cavernas, de lagos y de riberas y de montañas tan altas, que hasta las mismas alas del diablo se fatigaran para llegar a la cúspide. En dicho país, lo propio que en las islas (y estas no valen más, o, para ser franco, son peores que la tierra firme), se cuentan unas doscientas treinta parroquias, sin olvidar las Orcadas, las cuales, hablando gaélico o no, distan mucho de ser civilizadas. Pues bien, señores: suponiendo, según cálculo moderado, que corresponda a cada parroquia un promedio de ochocientos individuos, deducción hecha de los niños menores de nueve años, y añadiendo luego una quinta parte por razón de los propios niños, el total de la población será el de... decíamos ochocientos, más el quinto del total añadido al multiplicador y doscientos treinta al multiplicando...

—El producto —dijo Owen, que entraba, con delicia, en los cálculos del señor Jarvie—, el producto será de doscientos treinta mil.

—Cabal, señor mío, perfectamente cabal. La fuerza militar, si se llamara a todos los hombres en estado de empuñar las armas, desde dieciocho a cincuenta y seis años, no se elevaría a menos de cincuenta y siete mil quinientos combatientes. Pues bien, señores: la triste y horrorosa verdad es que no hay trabajo, ni especie o apariencia de trabajo, para más de una mitad de aquellas pobres gentes, lo que equivale a decir que la agricultura, el pastoreo, la pesca y cualquier otra industria honrada no puede emplear la mitad de los habitantes, por mucha que sea la negligencia con que estos se

dediquen a sus tareas, y sabe Dios que se despachan como si el arado o la azada les quemaran los dedos. En esta mitad de brazos inactivos, que se eleva a...

—A veintiocho mil setecientos —dijo Owen—, mitad del precedente total.

—Justamente, señor Owen, acertasteis. En dicha mitad bien pueden hallarse quince o dieciséis mil muchachos robustos y en estado de empuñar las armas; pero no quieren privarse de ellos, y, aunque tuviera a su disposición (lo cual ¡ay!, no sucede) algún medio de comprárselas, no querrían usarlo, ni siquiera poner los ojos en él.

—¿Será posible, señor Jarvie —exclamé— que sea este el cuadro fiel de tan vasta porción de la Gran Bretaña?

—Voy a ponérselo tan en claro, señor mío, con dos y dos son cuatro. Supongamos que cada feligresía, unas con otras, emplee cincuenta arados (proporción crecida, dada la miserable tierra de labor) y que exista pasto suficiente para caballos, bueyes y cuarenta o cincuenta vacas; añadamos, para servicio de los arados y cuidado de las bestias, setenta y cinco familias, de seis personas cada una, con cincuenta más en números redondos; ¿qué encontraréis? Quinientas personas, o sea una mitad de la población, ocupadas en un género de trabajo y con alguna probabilidad de alimentarse de cocido y requesón. ¿Qué harán las quinientas restantes? Quisiera saberlo.

—En nombre del cielo —dije—, ¿qué hacen, pues? ¡Qué situación! Tiemblo al imaginármela.

—Más temblaríais si vivierais entre ellos, ya que, suponiendo que una mitad de dicha mitad pueda sacar lealmente algún mísero provecho en la tierra baja, bien sea durante la cosecha o con la vigilancia de los ganados, o bien segando heno, o con otras labores de igual clase, siempre resultan millares de aldeanos de largas piernas que no quieren trabajar, ni morir de hambre. En consecuencia, tienen que pordiosear y poner en jaque a sus conocidos, o vivir a costas del laird, ejecutando sus órdenes, buenas o malas. Se les ve, en especial, bajar a centenares a los límites del llano, donde hay mucho que saquear, y entregarse al robo de ganados y a toda suerte de depredaciones. ¡Triste cosa entre cristianos, máxime si lo tienen a honra, convencidos de que la caza de bueyes o spreagh es hazaña meritoria y más digna de hombres denodados (así se califican los pillos), que no un salario honradamente ganado con el sudor del rostro!

»En cuanto al jefe o laird, se halla al nivel de sus criaturas. Si no les ordena robar o merodear, que me lleve el diablo si se lo impide, y, una vez dado el golpe, les presta asilo o les permite ocultarse en sus bosques, en sus montañas o en sus fortalezas. Cada uno de ellos sostiene tantos individuos de su nombre

o clan, según dicen, como puede hacer vivir mediante el pillaje, o, lo que da lo mismo, tantos como encuentra en estado de sostenerse por sí propios, de grado o por fuerza. Armados con fusiles y pistolas, con sables y puñales, siempre están prontos a turbar la paz pública, a una palabra del laird. Ahí tenéis el azote de las tierras altas, las cuales, desde más de mil años a esta parte, sirven de guarida a una turba de bribones sin ley, que no cesan de sembrar el desorden entre sus vecinos, gente apacible y temerosa de Dios, cual lo somos nosotros, los del lado acá del oeste.

—Y ese Rob, vuestro primo y amigo mío —pregunté—, ¿será, sin duda, uno de los grandes propietarios que sostienen a sus órdenes los bandos de que acabáis de hablar?

—No, no; no es de los que ellos llaman sus grandes jefes, aunque pertenece a buena casa solariega, pues desciende en línea recta del anciano Mac-Gregor de Glenstraw. Conozco mucho a su familia, ya que somos próximos parientes: buena nobleza de la montaña, lo repito. Comprenderéis que no me preocupo con semejantes tonterías, que son como reflejo de luna en un pozo, o como caldo para los gatos, conforme se dice vulgarmente; pero podría enseñaros cartas de su padre Donald Mac-Gregor, el segundón de Glenstraw, dirigidas al mío, el síndico Jarvie (¡paz a su memoria!) las cuales empiezan con mi querido síndico, y termina con vuestro afectuoso primo para servir: cartas que se refieren casi todas a préstamos de dinero, y que el digno síndico, que ya no es de este mundo, conservaba como comprobantes. ¡Ah! Era modelo de orden.

—Pero, si vuestro pariente no es uno de aquellos jefes, especie de patriarcas, de quienes he oído hablar a mi padre, será, cuando menos y a lo que presumo, muy conocido en la alta montaña.

—De esto os respondo: no hay nombre más sonado entre Lennox y Breadalbane. Rob se dedicaba, en otro tiempo, al comercio de ganados, y ¡qué hombre tan probo y laborioso era! No se le hallara semejante entre mil. Daba gloria verle con su plaid a la bandolera y sus borceguíes, la tablachina a la espalda, el puñal en la cintura y el claymore a un lado, al frente de un centenar de bueyes de las tierras altas que vigilaban una docena de muchachos tan ariscos y feroces como las mismas bestias. ¡Y cuán exacto en los negocios y cuán honrado! Si un comprador realizaba, en concepto suyo, una mala compra, le daba, en cambio, para que se desquitara, tanto que, según noticias mías, devolvió una vez cinco chelines por libra esterlina.

—¡Un veinticinco por ciento! —exclamó Owen—. ¡Qué descuento tan elevado!

—Sí, señor, se portaba, como os digo, sobre todo cuando se las había con algún pobre diablo que no tenía qué perder. Mas llegaron tiempos difíciles, y

Rob se expuso demasiado. ¡Ah!, no ha sido por culpa mía ni pueden hacérseme cargos, pues le advertí oportunamente. Entonces los acreedores, y entre otros los vecinos adictos a él, atentaron a su haber y a su patrimonio, asegurándose que arrojaron a su mujer hasta lo más bajo de la montaña, después de maltratarla, lo que es peor aún. ¡Qué vergüenza! Soy vecino pacífico y magistrado: ¿no es verdad? Pues bueno: creo que, si alguien tratara a Mattie, mi tunantuela criada, como parece que trataron ellos a la mujer de Rob, creo que el sable que empuñaba mi padre en la batalla del puente de Bothwell haría de las suyas. Decía que, de regreso a su casa, Rob halló completa desolación (¡Dios se apiade de nosotros!) donde había dejado abundancia; miró a los cuatro puntos del horizonte, y, no viendo ya ni techo ni abrigo, ni asilo ni esperanza, se caló el gorro hasta los ojos, aseguró su sable, descendió de la montaña y se lanzó a la vida del hombre que carece de casa y de hogar.

La lucha de sentimientos que le dominaba cortó la palabra al buen ciudadano, quien, aparentando mirar con indiferencia la nobleza de la alta montaña, claro mostraba que sentía secreta vanidad por su alianza con ella. La emoción con que acababa de hablar de los tiempos prósperos de su pariente, realizaba la viveza de su simpatía y de su aflicción por las desgracias y funestas consecuencias de las mismas.

—Entonces —dije, observando que nuestro huésped se abismaba en sus reflexiones—, inspirándose solo en su desesperación ¿descendería, seguramente, vuestro primo hasta el nivel de los desvergonzados tunantes de los que antes hablasteis?

—No se hundió tanto como esto —respondió—. Lo que sí hizo fue decretar la contribución del black mail, con audacia desconocida, en todo el Lennox y el Menteith hasta las mismas puertas del castillo de Stirling.

—¡El black mail! ¿Qué significa esto?

—Veréis: Rob no tardó mucho en armar una terrible compañía de gorros azules que le siguiera, porque su nombre es temible y muy conocido en el país, nombre que, años hace, se ha hecho lugar en las guerras contra el rey y el Parlamento, al igual que contra la Iglesia, a lo que recuerdo, nombre antiguo y respetable, pese a cuanto se ha hecho para desvirtuarlo, castigarlo y oprimirlo. Mi madre era Mac-Gregor: poco me importa que se sepa... Le tenemos, pues, al frente de valerosa tropa, y como le contristaba el ver que se realizaban tantos robos, rapiñas y picardías por el sur de las tierras altas, prometió que, mediante un cuatro por ciento de las ventas o de los arriendos, garantizaría el respeto a todo colono o propietario que tratara con él. Fue una exacción muy moderada, ¿verdad? Pues bueno: en cuanto se le noticiaba que un animal cualquiera había sido robado se comprometía a restituirlo a su dueño o a

pagarle el importe, y cumplía la palabra. Esto es lo cierto, y nadie le acusará de lo contrario.

—¡Singular contrato de seguros! —hizo notar Owen.

—Se opone, ciertamente, a la ley, lo confieso —replicó el señor Jarvie—, pero nada más. El que impone el black mail y el que lo paga se resignan a la misma pena, y si la ley es impotente para proteger mi finca y mi establo, ¿por qué no he de entenderme con un montañés que tiene poder para autorizarla? Contestadme a esto.

—Mas, caballero —dije—, este contrato del black mail, conforme le llamáis, ¿se estipula libremente por el propietario o el colono que obtiene el seguro? Y, en caso de negarse a él, ¿qué sucedería?

—¡Ja, ja, muchacho! —dijo el bayle riendo y amenazándome con u no de sus dedos—, ¿creéis haberme cogido? Pues, por mi fe, que yo aconsejara a un amigo el arreglarse con Rob, porque, por mucho que se vigile y por muchas precauciones que se adopten, se tiene la seguridad de verse robado en la época de las noches largas. La familia de los Grahame se resistió, y ¿qué aconteció? Que, al llegar el invierno, perdieron todo su ganado, por lo cual prevaleció la opinión contraria y se creyó más acertado el aceptar las condiciones de Rob. Este es razonable con las gentes razonables, pero, si se le excita, más valiera excitar al diablo.

—Y será con hazañas de tal género que se habrá hecho reo según las leyes del país.

—¿Reo? Sí, esta es la palabra. Si se consiguiera amarrarlo, su cuello sentiría el peso de sus piernas. Felizmente para él, cuenta con amigos entre los grandes personajes, y podría citaros yo cierta poderosa familia que le sostiene cuanto puede para hundirlo como una espina en el costado de otra familia; aparte de que es el chico más inteligente y más avisado que se haya dedicado jamás al oficio. ¡Cuántas picardías ha puesto en juego! Más de las que bastaran para llenar un gran volumen, el cual creed que fuera curioso como la historia de Robin Hood o de William Wallace, lleno de esas aventuras y evasiones prodigiosas que se cuentan en invierno al amor de la lumbre. ¡Cosa extraña, señores! Yo, hombre pacífico e hijo de hombre pacífico (ya que mi padre, el síndico, jamás se peleó con nadie, fuera del ayuntamiento), ¡cosa extraña, digo!, siento como si la sangre montañesa retozara en mis venas, recordando esas calaveradas, y gozo, a veces, más con ellas, ¡Dios me perdone!, que con los discursos de moral. ¡Pura vanidad, lo confieso; vanidad culpable, y añadiré hasta contraria a la ley; a la ley y al Evangelio!

Prosiguiendo en mis averiguaciones, pregunté qué medios de influencia podía Roberto Campbell proporcionarme o proporcionar a mi padre.

—Habéis de saber, que... —dijo nuestro anfitrión bajando la voz—, que... (hablo entre amigos y en confianza), habéis de saber, pues, que los montañeses se han mantenido en paz desde el año de 1689, que lo fue de la batalla de Killiecrankie. Y ¿cómo se les ha mantenido en paz?, preguntaráis. Pues con dinero, señor Owen, con dinero, señor Osbaldistone. El rey Guillermo encargó a lord Breadalbane que distribuyera entre ellos veinte mil libras esterlinas en buena moneda, habiendo corrido la voz de que el viejo conde se metió una buena parte de la suma en sus bolsillos. Luego la reina Ana, que acababa de fallecer, concedió pingües pensiones a los jefes para ponerlos en estado de sostener a sus fieles y a sus bribones, los cuales de nada hacen nada, conforme os he explicado ya. Todos se mantuvieron, pues, sosegados, salvo la perpetración de algunas fechorías en el llano, para no perder la costumbre, y de algunas muertes entre ellos, de las que ninguna persona se ocupa ni conduce. Pues bueno: llega el rey Jorge, a quien Dios bendiga, y todo se echa a perder. ¡Se acabó el dinero y se acabaron las pensiones! Los jefes carecen de medios para sostener los clans que les consumen, se arruina su crédito en las tierras bajas, y tal hombre existe que, mediante un silbido, puede llamar en su auxilio a mil o a mil quinientos rapaces determinados, el cual no hallaría, para tomar préstamo, más allá de cincuenta libras sobre nuestra plaza de Glasgow. A este paso, no se irá muy lejos, y... estallará una insurrección, señores, una insurrección en favor de los Estuardos. Entonces los de la montaña caerán cual tempestad sobre el llano, como lo hicieron cuando las desastrosas guerras de Montrose. Se hablará de ello antes de un año.

—Pero Campbell, y menos los asuntos de mi padre, nada tiene que ver con...

—Rob, señor mío, puede insurreccionar hasta quinientos hombres, por lo cual tiene, más que otros, algo que ver con la guerra, que le sería muy favorable. Además, y para no ocultaros nada, presumo que él es quien sirve de agente de confianza entre ciertos jefes de clans y la nobleza del norte de Inglaterra. Se ha sabido por aquí el robo de fondos públicos de que fue víctima Morris a su entrada en los montes Cheviot, que cometieron Rob y uno de los jóvenes Osbaldistone, y, hablando en plata, se os ha atribuido a vos el golpe, señor Francis, de lo cual sentí mucha pena por el hijo de vuestro padre... Inútil protestar ahora... Me consta que fui inducido a error, pero un cómico de la legua es capaz de todo, y yo os creía cómico. Ahora veo claro que es a Rashleigh o a otro de vuestros primos a quien debe atribuirse... ¡Todos gente de la misma calaña, jacobitas desde nacimiento y papistas rabiosos, para quienes robar dinero y papeles del gobierno constituye un acto legítimo! En cuanto a Morris, es una criatura imbécil y tan cobarde, que hoy mismo no se atreve a confesar que fue Rob quien le robó la maleta, y hace bien en callar, porque recaudadores y aduaneros son malas bestias, malquistas en todas partes, y Rob le echaría la zarpa antes de que le ayudara el ministerio.

—Tales sospechas me ocurrieron tiempo ha, y me complazco en que las confirméis. En cuanto a los asuntos de mi padre...

—¿Sospechas decís? Diréis mejor certeza, amigo mío, evidencia completa. Conozco a quien ha visto los papeles robados a Morris: no os importe el cómo ni el cuándo... Volvamos a los asuntos de vuestro padre. En estos últimos tiempos, los jefes de la montaña, o algunos, por lo menos, no han dejado de abrir los ojos respecto a sus intereses. Vuestro padre, muchos asociados y muchas compañías comerciales han comprado maderas del valle de Disseries, de Kissoch, de Toberna-Kippoch y de otras partes más. Por semejantes adquisiciones ha librado letras considerables y, en atención al gran crédito de la casa Osbaldistone y Tresham... (lo digo a la cara del señor Owen, como se lo dijera detrás antes de verse sometidos a prueba por la Providencia, pues no existían comerciantes más respetables), digo que, en atención a dicho crédito, los propietarios montañeses se han hecho descontar sus letras en todo o en parte, en Glasgow como en Edimburgo (aunque, a decir verdad, Glasgow ha cargado con casi todo, pues Edimburgo tiene más orgullo que pericia en los negocios), de modo que... ¡Ja, ja! ¿Comprendéis a lo que voy?

—No mucho; lo confieso.

—Escuchad bien: si las letras no se abonan, los comerciantes de aquí caerán sobre los propietarios de allá, que no tienen dinero y están, por otra parte, poco dispuestos a devolver lo que han consumido ya; se pondrán furiosos, se sublevarán quinientos, que tal vez no hubieran resollado, el diablo enredará la madeja, y ahí tenéis cómo la suspensión de pagos de vuestra casa precipitará la insurrección, que tiempo ha está amenazándonos.

Esta inesperada perspectiva me dio que pensar.

—En vuestro concepto —dije—, ¿Rashleigh no ha ocasionado perjuicio a mi padre sino para precipitar la obra de la sublevación, poniendo en apuro a los propietarios, en favor de los que fueron emitidos los títulos de crédito originales?

—No me cabe en ello la menor duda. Ese es el motivo principal, y el dinero sonante de que se apoderó constituye el otro. Mas el tal dinero, insignificante pérdida en comparación de lo restante, será lo más saneado de su beneficio. En cuanto a los billetes que ha robado, ya es otra cosa, pues le servirán solo para encender su pipa. Mac Vittie y compañía, a quienes se ha dirigido para tomar prestado sobre los predichos documentos, no han caído en el lazo, a fuer de zorros viejos, y se han sacudido con buenas palabras a vuestro primo. Lo sé por Andrés Wylie, dependiente de la casa. Rashleigh Osbaldistone es demasiado conocido en Glasgow para inspirar confianza. Estuvo aquí en 1707 con motivo de cierta entruchada jacobita, y dejó varias deudas. No, no será aquí donde se desembarace de su papel: se desconfía del

modo con que se lo ha procurado. No, no... ha debido poner el paquete a buen recaudo, en algún escondrijo de las montañas, y no me sorprendería que Rob, si se empeña en ello, lo desenjaulara.

—Ya; mas ¿estará dispuesto a favorecernos con su intervención, en caso de necesidad? Nos lo habéis pintado como emisario de los jacobitas, mezclado en las intrigas de estos, y ¿querrá, por amor a mí, o, si lo preferís, por amor a la justicia contribuir a una restitución, que, suponiéndola de su gusto, contrariaría tan gravemente sus planes, a lo menos según opináis vos?

—No acierto a responder de una manera precisa. Los peces gordos desconfían de Rob, como Rob desconfía de ellos, estando en buenas relaciones con la casa de Argyle, que se ha puesto al lado del actual gobierno. Pues bueno: si se viera libre de sus deudas y nada tuviera que temer, preferiría el partido de Argyle al de Breadalbane, ya que existe una antigua levadura de odio entre esta familia y la suya. Finalmente. Rob se batirá por su cuenta, como hizo Enrique Wynd, esto es lo más seguro, encargándose del papel que mejor le convenga. Si el diablo dirigiera el fuego, Rob fuera su compañero. Y ¿cómo hacerle cargos al pobre muchacho en el estado a que se ve reducido? Pero un terrible obstáculo debéis vencer: la yegua gris de su cuadra.

—¡Una yegua! ¿Qué nos importa?

—Quiero decir su mujer, amigo mío; su mujer, ¡terrible comadre! La presencia de un bravo escocés le es insoportable, si este procede del llano, y más aún la de un inglés. Se apasionará por cuanto pueda restituirmos al rey Jacobo y hundir al rey Jorge.

—¿Cómo los negocios comerciales de los ciudadanos de Londres están relacionados con los cambios políticos? ¿No es cosa singular?

—No, joven, no: esta es una de vuestras absurdas preocupaciones. Me deleito, a veces, leyendo durante las largas veladas de invierno, y recuerdo haber leído que los comerciantes de Londres obligaron al Banco de Génova a no adelantar considerables sumas al rey de España, conforme a compromiso previo, lo cual hizo demorar, durante un año entero, la salida de la famosa armada. ¿Qué opináis de ello, señor mío?

—Que los comerciantes prestaron a su país inestimable servicio, el cual debiera mencionarse honoríficamente en nuestras historias.

—Lo mismo pienso. ¡Ah!, fuera una buena acción, que merecería bien del Estado y de la humanidad, el impedir a cuatro nobles montañeses correr a su ruina, empezando por la de la cabeza, con todo su pobre y apurado séquito; y todo ello porque carecen de medios para reintegrar unas sumas que tenían derecho a creer muy suyas. Y si, al propio tiempo, podían salvarse el crédito de vuestro padre y lo que a mí se me debe, creo que quien lo consiguiera,

aunque fuese el último entre los últimos, merecería una recompensa del rey.

—No me incumbe poner trabas a la gratitud nacional, pero la nuestra sería igual a la importancia del servicio.

—Y procuraríamos restablecer la balanza en cuanto regrese el principal —añadió Owen.

—Estoy convencido de ello. Es comerciante sólido y de los más honrados, el cual, teniéndome a su lado, podría realizar muchos negocios en Escocia. Ya lo sabéis, pues, caballero: se trata de rescatar los billetes de las garras de los filisteos; se trata de excelente papel, que será oro en manos honradas como las vuestras. Entonces os proporcionaré aquí tres personas (¡pese a vuestra opinión contra los escoceses, señor Owen!): Sandie Steenson, John Pirie y una tercera, que no os nombro por de pronto, las cuales verificarán los anticipos necesarios al crédito de vuestra casa sin exigir ulterior garantía.

Los ojos de Owen se animaron ante la esperanza de salir de apuros, pero aquello fue como centella, y el hombre cayó de nuevo en su angustia, calculando la improbabilidad de recobrar el activo, como decía empleando su lenguaje comercial.

—Vamos, caballero, ¡no os abandonéis a la desesperación! —prosiguió el bayle—. He tomado ya tanto interés en vuestros negocios, que he de meterme en ellos hasta el cuello. Mi padre el síndico (¡honra a su memoria!) se conducía de igual suerte: no podía inmiscuirse en las peripecias de un amigo sin mirarlas como propias. Así, pues, mañana por la mañana calzo mis botas y... ¡en marcha hacia Drymen con el señor Frank, aquí presente! Si no consigo entrar en razón a Rob, como a su mujer, ¡llévese el diablo a quien lo consiga! Les he prestado más de un servicio, sin hablar del de anoche, en que bastaba nombrar a aquel para que lo mandaran al patíbulo. Mas ¿y si se me echa en cara, en pleno concejo municipal por el bayle Grahame, por Mac-Vittie, o por cualquier otro de su calaña? Ninguno de ellos me hace gracia de sus picotazos, y mi parentesco con Rob les exaspera. Les tengo dicho que no excuso las faltas de nadie, pero que, dejando aparte las prácticas contra las leyes del país, la imposición del black mail y la desgracia de estar comprometido en ciertas historias de muerte, Rob es más honrado que cualquiera de los que le van en zaga. Y ¿a qué cargarme la cabeza con tanta gritería? Si Rob es un proscrito, váyansele a decir: no hay ley que prohíba el relacionarse con los proscritos, como en tiempo de los últimos Estuardos. No temáis: no me falta lengua, y, si me atacan, sé lo que me toca responder.

Con sumo placer vi, al bayle salirse, poco a poco, de los límites de la prudencia, merced al doble influjo de su celo en pro del bien público y de sus simpatías por nuestros apuros, no menos que al deseo natural de reintegrarse en sus fondos, saldando su cuenta, y a una dosis muy regular de inocente

vanidad. La amalgama de tan diversos móviles le llevó, por fin, a tomar la valerosa resolución de ponerse él mismo en campaña para ayudarme a recuperar lo que a mi padre pertenecía. A tenor de las noticias y datos que me había suministrado, llegué a persuadirme de que, si los consabidos papeles estaban en manos del aventurero montañés, no sería imposible decidir a este a restituir un crédito que no había de serle a él de provecho alguno, y me convencí, además, de que, en caso dado, la presencia de su pariente ejercería sobre él considerable eficacia.

Por ende, la proposición de partir al día siguiente había de serme grata, y asentí a ello con mucho interés.

El digno hombre dedicó tanto ardor y viveza en poner en obra el plan, como lentitud y reserva había empleado en adoptarlo. Encargó a Mattie que pusiera a orear su abrigo de lana, que diera grasa a sus botas grandes y las dejara, durante toda la noche, cerca del fuego de la cocina, que diera avena al caballo, y que cuidara, en fin, de que su equipo de viaje estuviese en buen estado.

Se fijó la salida para las cinco de la madrugada del siguiente día.

Después de resolver que Owen, cuya presencia no había de ser de utilidad alguna en la expedición, esperaría en Glasgow nuestro regreso, nos despedimos del amigo, en cuya abnegación habíamos, por el momento, contado muy poco. Le instalé en un cuarto de mi estancia, próximo al mío, y, dada orden a Andrés de que estuviera dispuesto a acompañarme al día siguiente y a la hora convenida, me acosté, lleno el corazón de una esperanza que no esperaba ya de la fortuna.

27

Érase una bella y pura mañana de septiembre.

Junto a la puerta de casa el señor Jarvie, que vivía a corta distancia de mi posada, encontré a Andrés con los caballos, cumpliendo la orden que había recibido.

Una circunstancia me chocó: la nueva cabalgadura de mi criado. A pesar de los defectos del jaco, que su examigo el procurador le había magnánimamente otorgado en cambio del caballo de Thorncliff, se había dado mañas para deshacerse de él; empero el animal con que lo sustituyó cojeaba tanto y de modo tan raro, que parecía que andaba solo con tres piernas, y que la cuarta llevaba el compás para indicar el ritmo a las otras.

Mi primer impulso fue el de apostrofarle con vehemencia.

—¿Cómo os atrevéis, bellaco, a presentar esa bestia del Apocalipsis? ¿Dónde está el caballo que montabais antes, al dirigirnos hacia acá?

—Lo he vendido, señor. Era un animal extenuado que me hubiera comido hasta los ojos de la cara si lo dejo a título de pensión en la hostería, y he comprado este por cuenta de Vuestro Honor. ¡Soberbia compra! Solo me cuesta una guinea por pierna, es decir, cuatro en total. El esguince le pasará en cuanto haya andado un cuarto de hora de camino. Es un andarín famoso: le llaman Tom el flexible.

—Por mi ánima, que habéis de portaros bien hasta que hayáis trabado conocimiento con mi flexible látigo. Corred en busca del otro animal, o vais a pagar caro vuestro genio inventivo.

A despecho de mis amenazas, Andrés continuó firme que firme, suponiendo que iba a costarle una guinea la retracción y ruptura de la compra. Sintíendome objeto de engaño de aquel bribón, iba a fuer de verdadero inglés, a poner en obra lo dicho, antes que perder el tiempo, cuando salió el magistrado de su casa. Traía puestas sus botas e iba encapuchado como si se tratara de hacer frente a un invierno en Siberia. Dos jóvenes aprendices cuidaban, bajo la severa vigilancia de Mattie, de la brida del corcel, dulce y apacible, que tenía la honra de sostener la persona del bayle en sus excursiones. Antes de «trepar a la silla» (única expresión aplicable a su modo de montar a caballo), se enteró de los motivos de nuestra discusión, y, apenas estuvo al tanto de ello, puso fin al debate declarando que, si Andrés no se daba prisa en verificar el cambio solicitado, le mandaría a la cárcel, con privación de la mitad del sueldo.

—El señor Osbaldistone —añadió— ha contratado para su servicio a vuestro caballo y a vos, dos brutos en junto, ¡pícaro, doblemente pícaro!... Pero en marcha: no os perderé de vista.

—¿Multa a mí? —replicó Andrés en tono arrogante—. ¡Valiente negocio, cuando no tengo ni un maldito ochavo con qué pagar! Tanto valdría pedirle a un montañés sus calzones... cuando no los tiene.

—A falta de dinero, el rocín pagará por vos, y contad con que, en una u otra forma, se hará justicia a vuestros méritos.

Obligado a obedecer. Andrés se retiró murmurando entre dientes:

—¡Sobran amos, sobran amos!, como dijo el sapo al rastrillo, herido por cada punta de este.

Fuerza es suponer que no halló dificultad alguna para deshacerse de Tom el flexible, y recuperar su anterior jamelgo, pues se operó el trueque en breves

minutos, y no osó hablar más de la supuesta indemnización.

Partimos acto seguido; mas, apenas llegados al extremo de la calle en que habitaba maestre Jarvie, se oyeron grandes voces de «¡Deteneos, deteneos!». Las daban los dos aprendices, quienes se apresuraban a traerle a su principal las últimas muestras de fidelidad de Mattie: la una en forma de pañuelo, grande como vela de navío, suplicándole que se abrigara con él el cuello, lo que no dejó de practicar, y consistente la otra en una cariñosa recomendación de parte del ama de que se guardara mucho de las corrientes del aire, encargo cuya enunciación hizo soltar una franca risotada al picarillo.

—¡Bah, bah! ¡Qué tontuela! —dijo el bayle; pero añadió volviéndose hacia mí—: Con todo, esto demuestra buen corazón... ¡tan jovencita! ¡Es en extremo previsora, caballero!

Y así diciendo, apretó los ijares a su jaco y salimos de la villa.

Cabalgando a buen paso por el camino que se dirige hacia el noroeste, se me ofreció ocasión de apreciar y admirar las excelentes cualidades de mi nuevo amigo.

Al igual que a mi padre, no se le alcanzaba más noble fin para la actividad humana que las operaciones de comercio, pero no estaba infatuado hasta el punto de rebajar los conocimientos más abstractos. Por el contrario, al revés de sus singularidades y maneras triviales, y pese a su vanidad (tanto más ridícula cuanto que procuraba ocultarla bajo un velo de humildad, muy transparente por cierto), el señor Jarvie, aunque falto del auxilio de una instrucción sólida, demostraba, en su conversación, espíritu sagaz, observador, liberal y no mal cultivado, a medida de sus alcances. Bastante buen conocedor de las antigüedades locales, me refirió los notables sucesos de que fueron en otro tiempo teatro los lugares por que íbamos atravesando. Ni era menos versado en la antigua historia de su provincia, y así, con la sagacidad de ilustrado patricio, sacaba en claro, que solo se ha desenvuelto en nuestros días.

Una última observación suya me causó mucho placer. Aunque escocés hasta los tuétanos y exuberante de entusiasmo por su país, se sentía, en resumen, inclinado a juicios favorables respecto a Inglaterra. En consecuencia, y como quiera que Andrés (a quien, entre paréntesis, el bayle no podía sufrir) imputara el desherramiento de uno de nuestros caballos a la detestable influencia de la Unión de los dos reinos, le dirigió una severa reprimenda.

—¡Callaos, bellaco, callaos! —le dijo el señor Jarvie—. Las malas lenguas como la vuestra son las que ocasionan la discordia entre vecinos y entre naciones. Nada hay en el mundo, por bueno que sea, que no pudiera ser mejor, y esto puede aplicarse a la Unión. En parte alguna se la ha combatido con mayor ardor que en Glasgow, con vocinglería, grupos y asonadas, según se

dice hoy día; pero viento de desgracia es el que no sopla bien para nadie. ¡Que cada uno siga su camino como lo encuentre y florezca Glasgow! Me atengo a esta divisa, inscrita con tanta sabiduría y elegancia alrededor de las armas de la localidad, sea dicho de paso. Pues bueno: desde el tiempo en que san Mungo pescaba arenques en el Clyde, ¿quién la ha hecho florecer más que el comercio de azúcar y de tabaco? Que se me conteste a esto, y que luego se gruñe contra el acto que nos ha abierto el camino de las colonias de América.

Lejos de rendirse a tales argumentos de conveniencia, Andrés no dejó de seguir protestando.

—¡Como si no fuera cosa contraria al buen sentido —murmuró— el fabricar en Inglaterra leyes para Escocia! ¡Me gusta! Lo que es yo, por todos los barriles de arenques de Glasgow y todos los fardos de tabaco encima, jamás hubiera renunciado a la apertura del parlamento escocés por el rey, ni abandonado nuestra corona, nuestro acero, nuestro cetro y la antigua Meg a esos gordos tragones de budines para que los guardaran en la torre de Londres. ¿Qué dijera el gran Wallace de la Unión y de cuantos la han realizado?

Semejantes discusiones divertían el aburrimiento del viaje. El camino que seguíamos, despejado y agreste ya, a media legua de la villa, iba haciéndose más fastidioso. A nuestro alrededor el suelo, de aridez desoladora, se presentaba cubierto de numerosos matorrales, ora llano y cortado por hornagueras o aguazales, de pérfido verdear ya lleno de promontorios enormes, que, sin la forma y la majestad de las montañas, eran aún de más fatigoso acceso. Ni un árbol, ni un zarzal distraía la vista de las tintas blanquecinas del estéril paisaje. Los mismos matorrales, claros y esmirriados, pertenecían a la especie de los que poco o nada florecen: traje el más ordinario y mezquino, a mi entender, que puede vestir la tierra. Ni un ser viviente se ofrecía a nuestros ojos, exceptuando, acá y acullá, ciertos carneros de extraña diversidad de colores, negro, azulado y amarillento, predominando, empero, el negro en sus cabezas y patas. Hasta la familia alada parecía huir de una soledad de la cual tan fácil era huir, y solo se oía el plañidero y monótono quejido del avefría y del chorlito.

Con todo, durante la comida, al mediodía, en la más miserable de las tabernas, tuvimos la fortuna de saber que aquellas aves plañideras no eran los únicos habitantes del desierto. La mesonera nos dijo que su marido había ido a la montaña y le había traído caza que nos hizo probar, presentándonos una cría de venado cocida en las parrillas, y que realzó muy a tiempo el salmón seco, el queso de leche de oveja y la torta de avena, manjar ordinario de la buena mujer. Humilde cerveza y un vaso de buen aguardiente completaron el refrigerio, y, habiendo terminado al mismo tiempo los caballos su pienso, proseguimos con renovadas fuerzas.

Necesitara yo todo el brío consiguiente a una buena comida, para resistir al abatimiento que iba dominándome poco a poco, al asociar los azares de mi empresa con el lúgubre aspecto de los lugares a que me había llevado.

El paisaje era aún más melancólico y desolado, si cabe, que el que acabábamos de abandonar. Las miserables chozas, que a lo lejos indicaran sitios habitados, se iban haciendo más y más raras, desapareciendo por completo no bien comenzamos a subir por una serie no interrumpida de alturas.

Mi imaginación carecía de otro alimento que el de percibir, de claro en claro y hacia la parte izquierda, una confusa masa de montañas de azul sombrío, extendiéndose por el norte y el noroeste. La comarca que limitaba, no menos salvaje tal vez que sus fronteras, prometía muy distinto interés. Tanto como eran pesadas y sin carácter las colinas que se elevaban a la derecha, se presentaban en formas pintorescas y variadas las cúspides de la otra cadena. El espectáculo de aquella región montañosa me inflamó en deseos de visitar sus soledades, a pesar de los trabajos y peligros que ofrecía semejante excursión: así el marinero, fatigado con la insoportable monotonía de una calma prolongada, suspira por el movimiento y los azares de un combate o de una tempestad.

Dirigí varias preguntas a mi digno amigo con respecto a los nombres y a la situación de tan notables montañas; pero, fuese que no tuviera qué contestarme, o que no se sintiera de humor comunicativo, se limitó a responder:

—Sí, verdaderamente son las tierras altas... Tiempo bastante tendréis para verlas y oír hablar de ellas antes de regresar a Glasgow... Lo que es ya no gusto de mirarlas... Con solo divisarlas, siento ya escalofríos... y no es por miedo, no, ¡oh!, no es por miedo: es únicamente por compasión a las pobres criaturas descarriadas que perecen allí de hambre. Vaya, no hablemos más de ello: no es conveniente hablar de los montañeses tan cerca de la frontera. Conozco más de un hombre honrado que no aventurara su cabeza hasta tan lejos sin haber otorgado antes testamento... Mattie me ha visto partir de muy mala gana: ¡qué lindamente ha llorado la loquilla! A bien que no es más raro ver deshacerse en llanto a una mujer que andar una oca sin pantuflos.

Probé de traer a colación el carácter y la historia del individuo que íbamos a visitar: tema que tampoco tuvo el don de estimular a maese Jarvie, tal vez por efecto de la proximidad de Andrés, quien se obstinaba en no despedirse de nosotros para no perder cosa alguna en nuestra plática y meter baza con la posible frecuencia. Su proceder acabó por atraerle un nuevo apostrofe del bayle en el momento en que alargaba tamaño cuello para conocer lo que iba el último a decir de Campbell.

—¡Manteneos a distancia, señor Andrés, conforme es deber vuestro —gritó— o, al paso que vais, acabaréis por tomarnos la delantera!... Ese tunante está siempre pronto a salirse de la baja condición en que ha sido criado... ¡Ah, ah!, ahora que el picarón no anda acechándonos, señor Osbaldistone, volvamos a vuestras preguntas: libre vos de hacérmelas y libre yo de contestarlas... No es gran cosa de provecho lo que puedo decir de Rob ¡pobre diablo!, pero no quiero hablar mal de él, en primer término porque es mi primo, y después porque nos acercamos ya a su país, donde, si no me engaño, cada breña puede ocultar a alguno de su partida. Seguid mi consejo: cuanto menos habléis de él, del lugar a que nos trasladamos y del negocio que a este nos lleva, más probabilidad tendremos de salir con bien. Puede ser, asimismo, que nos salga al paso alguno de sus enemigos, ya que la simiente de ellos no falta por este lado. Pese a quien pese, Rob puede erguir la cabeza aún, por más que, al fin y al cabo, deja bajarla, pues un día u otro la piel del zorro traba conocimiento con el cuchillo del cazador.

—Vuestra experiencia será mi solo guía —respondí—. Decidido estoy a que lo sea.

—¡Bien, señor Osbaldistone, muy bien! Empero fuerza será que diga dos palabras a ese villano charlatán, porque defecto es de niños y de imbéciles repetir por la calle lo que han oído junto al hogar. ¡Hola, Andrés! Llegaos acá... ¿cómo le llamáis?... ¡Eh, Fairservice! ¡Andrés, tuno de marca mayor! —repitió el bayle—. ¡Acá, señor mío, acá!

—¿Llamáis a algún perro? —replicó Andrés aproximándose con avinagrado talante.

—Como perro seréis tratado, bribón, si no os fijáis bien en lo que voy a deciros. Entramos en las tierras altas.

—Lo presumía.

—¡Silencio, truhan, y dejad que hable! Digo que entramos a las tierras altas...

—Lo habéis dicho ya —respondió el incorregible Andrés.

—¡Tened la lengua —gritó el bayle enardecándose—, u os rompo el bautismo!

—Contener la lengua pone la boca babosa.

Para dar fin al coloquio, ordené severamente a Andrés que se callara y anduviera con cuidado.

—Mudo soy ya —dijo—. Vos tenéis el derecho de mandar, y ya no resuello. Conforme decía mi buena madre,

Para lo peor y lo mejor,
quien tiene la bolsa es tu señor.

Y con esto podéis soltar la sin hueso uno y otro tanto como os plazca.

El señor Jarvie se apresuró a sacar partido de la pausa que hizo Andrés, citado el proverbio, para darle instrucciones.

—Pues bueno, señor mío: prestad mucha atención a lo que voy a deciros, si apreciáis vuestro pellejo. Este, en verdad, no se pagaría muy caro, pero se trata también del nuestro. A la posada a que nos encaminamos, y que es probable pasemos la noche, concurren personas de todos los clanes y de todas las clases, de la montaña como del llano, y a veces, cuando el usquebaugh exalta las cabezas, se ven más cuchillos desplegados que Biblias abiertas. ¡No os inmiscuyáis en nada, no resolléis, que vuestra maldita lengua a nadie ofenda, manteneos al paio, y dejadles que ventilen sus diferencias!

—¡Soberbia recomendación, a fe mía! —respondió Andrés con un movimiento de hombros—. No parece sino que no haya visto yo en la vida un montañés, y que ignore la manera de tratarles. Nadie mejor que yo sabe engatusarles; he hecho con ellos compras y ventas, hemos bebido y comido juntos...

—¿Y os habéis batido con alguno?

—En cuanto a esto, no. Me he guardado de ello: no fuera decoroso en mí, que paso, entre ellos, por artista, casi por sabio, el pelearme con un grupo de palurdos con sayas, incapaces de decir en buen escocés, y menos aún en latín, el nombre de una yerba o de una flor.

—Pues bueno: si os interesa conservar la lengua en vuestra boca y las orejas en vuestro cabezón (y no perder una y otras siquiera sean tan impertinentes), procurad no dirigir palabra, en bien ni en mal, por mucho que podáis ganar, a individuo alguno en el clachan, y, sobre todo, nada de cabildeos respecto a mí ni a vuestro amo: ¿os enteráis? Que no se os ocurra decir: «Ese es el bayle Nicolás Jarvie, del Mercado de la Sal, hijo de Nicolás Jarvie, el digno síndico, de quien ha oído hablar todo el mundo, y ese otro es el señor Frank Osbaldistone, hijo de uno de los socios directores de la gran casa Osbaldistone y Tresham, de la City».

—Bueno, bueno, ¿por qué se os ha metido en la cabeza que ha de divertirme el nombraros en alta voz? Espero que tendré que hablar de cosas de más monta.

—Esto es, precisamente, lo que temo: ¡las cosas de monta, estúpido gansarón! Coseos la boca, si es posible.

—Puesto que, en concepto vuestro, no me hallo en estado de hablar tan

bien como cualquiera —contestó Andrés, herido en lo más vivo—, que se me paguen mi sueldo y mi manutención, y me vuelvo a Glasgow. Nos separaremos sin mucho disgusto, como decía la yegua vieja a la derrotada carreta.

Observando que el empeño de Andrés en contrariar se acentuaba hasta el punto de ocasionarme serios disgustos, le dije, sin empacho alguno, que quedaba libre para retroceder, si así le parecía, a prevención de que, en caso afirmativo, no le abonaría ni un penique de sus beneficios. El argumento ad crumenam, como dicen los lógicos chistosos, es de mucho peso sobre la mayoría de hombres, y Andrés en tal concepto, no deseaba singularizarse. Volvió, pues, a mejor acuerdo, a tenor de la indicación, del bayle, y juró que, lejos de abrigar intención de disgustarse, estaba resuelto a ejecutar mis órdenes, fuesen las que fuesen.

Restablecida la concordia, proseguimos nuestro viaje.

Después de una subida de unas dos leguas de largo, descendía el camino, en igual proporción, y el país, tan estéril y monótono como el que habíamos dejado atrás, nada ofrecía de interesante, exceptuando una que otra perspectiva accidental motivada por alguna formidable cúspide de las montañas que cortaban el horizonte. Seguimos sin detenernos, y, no obstante, al cerrar la noche, cubriendo con su sombra la aflictiva soledad que nos rodeaba, nos hallábamos aún, según me comunicó el señor Jarvie, a una larga legua distante del paraje en que debíamos dormir.

28

Bella era la noche, y la luna iluminaba profusamente nuestro camino, dando con su claridad más interesante fisonomía al paisaje, cuya extensión infecunda hacía resaltar, de una manera cruel, la luz del día. A la de la luna y con el juego de sombras, presentaba un encanto puramente ficticio, a semejanza de ciertas mujeres a quienes basta un velo para avivar nuestra curiosidad, prestándoles atractivos que no poseen.

Empero el camino continuó descendiendo entre numerosas revueltas, y, dejando el terreno descubierto, se hundió en pendientes más bruscas, entre torrenteras que anunciaban la proximidad de alguna corriente de agua: presagio que no tardó en realizarse, pues en seguida llegamos a las márgenes de un río más parecido a los de mi país natal que a lo que había visto hasta entonces de semejante en Escocia. Era estrecho, profundo y manaba en silencio. A la deficiente claridad reflejada por sus apacibles aguas, echamos de

ver que nos hallábamos en mitad de las altas montañas de que brota su corriente.

—¡Es el Forth! —dijo el bayle en aquel tono de respeto que he notado entre los escoceses cuando hablan de sus grandes ríos, usándolo con el Clyde, el Forth, el Tweed y el Spey, a los cuales tributan una especie de homenaje, sintiéndose orgullosos de todos ellos, de tal modo que el denigrar a uno en provecho de otro ha ocasionado más de un duelo. ¡Inocente entusiasmo que no me conmovió hasta el punto de llegar a tamaño extremo! No obstante, me enteré de la indicación de mi compañero, dándole la misma importancia que parecía otorgarle él, y es que en el fondo no me mortificaba, después de recorrer tan larga y molesta comarca.

Mi fiel escudero no participó de igual parecer, pues acogió la especie de información exclamando:

—¡El Forth! ¡Hum! Si nos hubiera dicho ahí está la posada me hubiera parecido más puesto en razón.

A lo que pude juzgar, el Forth merecía la admiración de sus adictos ribereños. Una bella montaña, de forma esférica y exactamente regular, cubierta de avellanos, de fresnos y de pequeñas encinas, entre las cuales numerosos árboles añosos extendían, en todas direcciones, sus casi despojadas ramas, parecía que protegiera la cuna en que nacían aquellas aguas. Con tal motivo, maese Jarvie me refirió cierta historia, no sin declarar en voz baja y de un modo que no demostraba mucha seguridad, que no creía palabra de ella. La admirable montaña, de lujurante verdor, coronada por árboles tan majestuosos y diversos y llena de sotos tan quebrados, guardaba, en sus invisibles cavernas, según la gente de los alrededores, palacios de hadas, raza de criaturas aéreas, de categoría intermedia entre la del hombre y la de los demonios, las cuales, sin ser precisamente enemigas nuestras, debían evitarse con cuidado, en atención a sus caprichos y a su humor irritable y vengativo.

El bayle prosiguió en igual tono:

—Se las llama Daoine Shie, es decir, criaturas de paz, a lo que creo, para granjearse, sin duda, sus buenos oficios, por lo cual obraremos muy cuerdamente respetándoles su nombre, señor Osbaldistone, ya que no es prudente maldecir del dueño cuando se está en sus dominios.

Mas añadió, acto seguido, viendo brillar luces a cierta distancia:

—¡Bah! Bien mirado, puras ilusiones de Satanás, y no temo el declararlo, puesto que nos hallamos ya en el término del viaje, y distingo las luces del clachan de Aberfoil.

Confieso que el hecho no dejó de serme muy grato, porque, a más de dar

suelta a la lengua de mi compañero, permitiéndole expresar a discreción sus verdaderos conceptos con referencia a las Daoine Shie, nos prometía algunas horas de descanso de que hombres y caballos estábamos necesitados por igual, después de un trecho de más de diecisiete leguas.

Atravesamos el Forth, apenas salido de su origen, por sobre un antiguo puente de piedra, muy estrecho y en forma de lomo de asno.

Mi compañero me significó que, para salvar la importante ribera, así como las corrientes tributarias de ella, al paso general del norte al mediodía estaba situado en un paraje llamado Los vados de Frew, paso en todos tiempos peligroso y difícil ya menudo hasta imposible. Río abajo hay que descender hacia el este, hasta el puente de Stirling, para dar con otro paso, de modo que el río Forth constituye una línea de defensa entre las altas y las bajas tierras de Escocia, desde su manantial, casi hasta el brazo de mar (firth) en el que desemboca. Los sucesos de que fuimos después testigos dieron la clave de una expresión familiar del magistrado: «El Forth es el freno del montañés».

Una marcha de un cuarto de hora nos siguió a la puerta del figón. Era un verdadero chiribitil, más miserable aún que aquel en que habíamos comido. Las ventanas iluminadas y los rumores del interior anunciaban que habíamos de encontrar en él algo con qué reparar nuestras fuerzas y lecho o yacija para echarnos: perspectiva nada antipática.

Andrés observó al través del dintel de la puerta, no bien cerrada, una rama de sauce sin corteza, por lo que retrocedió, aconsejándonos que no entráramos.

—Eso significa —dijo— que algunos de los jefes se preparan a beber juntos y no quieren ser molestados. ¿Sabéis lo que nos espera presentándonos de improviso allá dentro? Pues una buena paliza para enseñarnos urbanidad, a menos que no prefieran tomarnos la medida de la barriga con sus puñales, lo que es muy probable.

Me volví hacia el bayle.

—¡Ah! —me indicó al oído— el cuclillo puede tener razón cantando una vez al año.

En esto dos o tres muchachas, vestidas a medias y embobados los ojos, habían salido de la posada y de las inmediatas chozas al ruido de los pasos de nuestros caballos. Ninguna de ellas nos dio la bienvenida, ni ninguna se ofreció a cuidar de las cabalgaduras de que nos habíamos apeado, antes bien, a todas nuestras preguntas solo dieron una respuesta igual y desconsoladora:

—Ha niel sassenach.

El bayle, que conocía los secretos del país, halló medio para hacerse entender. Llamando a un chiquillo de unos diez años, andrajoso, le dijo:

—Si te doy una moneda, ¿entenderás el inglés?

—¡Oh!, lo quiero entender —respondió el muchacho, hablando en regular inglés.

—Siendo así, pequeñín, anda a decirle a tu mamá que hay dos caballeros que desean hablar con ella.

Casi en el mismo instante apareció la mesonera en persona, con una rama de abeto encendida en la mano. La trementina que contiene esta especie de árboles (que crece en general en los pantanos barrosos) hace la madera tan inflamable, que se usa a menudo en las tierras altas a guisa de antorchas.

Al resplandor de la tea, vimos una mujer pálida, flaca, de fisonomía arisca y feroz, de estatura algo inferior a la mediana, y cuyos vestidos sucios y derrotados, sobre los cuales había echado un tartan, apenas si prestaban el servicio exigido por las leyes de la decencia, preservándola con dificultad de la intemperie. Con sus mal peinados cabellos negros, escapándosele en mechones desordenados por debajo de la cofia, y con el talante extraño, a la par que sorprendido, que puso al contemplarnos, me sugirió la idea de una bruja a quien se ha interrumpido en mitad de sus criminales conjuros. Rehusó, de una manera resuelta, el admitirnos en la casa; insistimos calurosamente, aduciendo lo pesado de nuestro viaje, el estado de nuestras cabalgaduras y la imposibilidad de dar con otro mesón antes del Callander, distante, según el bayle, más de dos leguas escocesas: distancia que bien podría elevarse al doble sin temor de exageración.

La mesonera persistió en su negativa.

—Más vale andar hasta más allá, que no exponer el pellejo —dijo ella jerga de la tierra, pues era oriunda de Lennox—. Mi casa está llena de gente que no apetece que la acompañen extranjeros, y puede que llegue más aún: uniformes rojos de la guarnición, por ejemplo. —Pronunció estas últimas palabras bajando la voz y con gran energía—. El tiempo es bueno y una noche en el bosque os refrescaría la sangre. Envueltos en vuestros abrigos, dormiréis como espada en la vaina, y si acertáis a escoger lugar conveniente, no ha de incomodaros el rocío, pudiendo dejar que pazcan vuestros caballos en libertad, seguros de que nadie se oponga a ello.

Observando que mi compañero exhalaba muchos suspiros, sin resolverse a nada, usé de la palabra.

—Buena mujer, desde la comida que no hemos probado bocado. Van transcurridas seis horas, y en verdad os digo que desfallezco de hambre y que no me parece bien el irme a vuestras montañas para acostarme en ayunas. Es absolutamente necesario que entre. Excusadnos lo mejor que sepáis por nuestra presencia entre vuestros huéspedes, pues esto corre de cuenta

vuestra... Andrés, cuidado de colocar los caballos.

La hécata me miró con rostro estupefacto.

—Fuerza es dejar libre el camino a los testarudos —exclamó—. Nadie escapa a su destino. ¡Qué glotones son esos ingleses! Este ya ha comido bien hoy una vez, y prefiere exponer su vida a prescindir de una caliente cena. Saltaran a lo más hondo del infierno para coger buey asado y budín. Peor para ellos: me lavo las manos. Seguidme, caballero —dijo Andrés—; voy a mostraros sitio donde colocar los animales.

El lenguaje de la mujer me desconcertó algo, lo confieso, ya que presagiaba inminentes peligros; empero no quise demostrar cobardía, después de una resolución tan valerosamente declarada, y, armándome de valor, traspuse el umbral. No sin faltar mucho para quebrarme las piernas contra un cubo lleno de turba y un barril con salazones, que obstruían el estrecho paso, abrí una puerta labrada con mimbres y medio destruida, y, seguido por el señor Jarvie, penetré en la gran sala de aquel parador escocés.

El interior presentaba un espectáculo bastante raro a los ojos de un inglés: el fuego, alimentado por residuos de yerbas y ramas de madera seca, llameaba alegremente en el centro, por lo que el humo, no teniendo otra salida que la que le permitía cierto agujero practicado en el techo, se arremolinaba alrededor de las vigas, suspendido sobre el suelo en negruzcas masas. El espacio intermedio era, sin cesar, barrido por numerosas corrientes de aire procedentes de una rotura del cuarterón de la puerta, de dos agujeros cuadrados que hacían oficio de ventanas y estaban cubiertos, por un plaid el uno, y el otro por una manta hecha pingajos, así como de una multitud de grietas, más o menos visibles, en las paredes, construidas de tapia con guijarros redondos y yerba seca, sin haber sido revocadas.

Junto a una vieja mesa de encina, situada cerca de la lumbre, estaban sentados tres hombres, huéspedes sin duda, a quienes no era posible mirar con indiferencia.

Dos de aquellos individuos vestían el traje propio de la alta montaña.

El uno, pequeño, de rostro atezado, vivaces facciones, inteligente y movedizo, traía puestos unos trews, o pantalón ceñido, especie de envoltorio con cintas entrecruzadas. El señor Jarvie me advirtió, al oído, que tal individuo debía ser personaje de monta, supuesto que el uso de trews era privilegio de los duniwassals o nobles, costando trabajo el tejérselos a su gusto.

Era el otro un Hércules, de alta estatura, con un verdadero bosque de cabellos rojos, el rostro cubierto de pecas, prominentes los pómulos y la barba de chancleta: especie de caricatura del tipo nacional. Sus tartanes demostraban que aquellos hombres pertenecían a diferentes clanes, dominando el color

encarnado en uno, el negro y verde subido en el otro.

En cuanto al tercero, su vestido revelaba que procedía del llano. Era hombre robusto y arrogante, de aspecto militar. Vestía redingote, galoneado en todas las costuras, y un tricornio de desmesurado volumen. Tenía colocados ante sí el cuchillo de caza y un par de pistolas. Cada uno de los montañeses había desenvainado su puñal y hundido la punta en la mesa, lo que significaba, por extraña manera, que ninguna desavenencia debía turbar sus libaciones.

Frente de aquellos respetables personajes figuraba una enorme vasija de estaño, conteniendo unas cuatro pintas de usquebaugh, licor casi tan fuerte como el aguardiente y que los montañeses extraen de la hez de cebada, bebiendo de él otro tanto y más que del otro. Un vaso roto, colocado sobre un pie de madera, hacía veces de copa para aquella gente, y circulaba, según la necesidad de beber de cada uno, con una rapidez bastante prodigiosa. Los mencionados individuos platicaban juntos, en alta voz y con calor, ora en gaélico, ora en inglés.

Otro montañés, envuelto en su plaid, estaba echado en tierra, apoyada la cabeza sobre una piedra y con un puñado de paja por almohadón, durmiendo, o aparentando dormir, sin ocuparse en lo que pasaba a su alrededor. Era, sin duda, también extraño en la casa, ya que vestía traje nacional, llevando tablachina y sable, armas que, según costumbre del país, solo se usan en viaje.

A lo largo de las paredes, varios lechos, formados unos con maderaje suelto, otros con zarzos de mimbres en consunción, o con ramas entrelazadas, servían de cama a la gente toda de la casa, hombres, mujeres y niños, ocultándoles el torbellino de humo.

Habíamos producido tan leve rumor al entrar, y los tres bebedores estaban tan vivamente enfrascados en su discusión, que nuestra llegada pasó un momento inadvertida. No obstante, el montañés tendido cerca de la lumbre se irguió algo sobre el codo y nos miró, cubriéndose tras de su plaid, después de lo cual recobró su primera actitud y pareció sumergirse de nuevo en el sueño que acabábamos de interrumpir.

Nos acercamos a la lumbre, cuyo calor tan grato nos era después de cabalgar por la montaña durante una fresca tarde de otoño, y llamamos a la mesonera. Nuestra reclamación atrajo sobre nosotros la atención de los comensales. La mujer se adelantó, lanzando inquietas miradas a diestro y siniestro, y respondió a nuestro llamamiento murmurando:

—No creo... no estoy segura de que... de que haya en la casa nada que comer... o, al menos, nada que pueda conveniros.

Le aseguré que, con tal de que pudiéramos reparar un tanto nuestras fuerzas, nos era indiferente la calidad de los manjares. Luego, buscando con

los ojos el medio de instalarnos, lo que no era tan fácil, reparé en una vieja jaula de gallinas, en que hacer sentar al bayle. Un cubo puesto al revés me prestó igual servicio. Andrés entró a su vez y se colocó en silencio tras de nosotros.

Los indígenas, conforme podría llamárseles, mudos de sorpresa, nos inspeccionaban con un talante que demostraba hasta qué punto les asombraba nuestra confianza. En cuanto a nosotros, o, diría mejor, en cuanto a mí, oculté lo mejor que supe bajo máscara de indiferencia, la secreta ansiedad que experimentaba respecto a la acogida que iban a dispensarnos las personas cuya conferencia habíamos interrumpido.

Por fin, el más pequeño de los montañeses, dirigiéndose a mí, dijo en muy buen inglés y con mucha arrogancia:

—Procedéis, caballero, como si estuvierais en vuestra casa, a lo que veo.

—Sí, y hago lo propio —respondí— en cualquier lugar destinado al público.

—La varilla escueta colocada a la puerta —dijo el más alto— ¿no os ha advertido de que la casa estaba ocupada por hidalgos dedicados a asuntos propios?

—No presumo de conocer las costumbres del país —repliqué—, pero me queda por saber cómo tres personas tienen el derecho de excluir a los demás viajeros del único lugar de descanso que se halla en muchas leguas a la redonda.

—Esto no es razonable, señores —dijo el bayle—. Lejos de nuestro ánimo la intención de ofenderos, pero no es legítimo ni puesto en razón, y... si un jarro de buen aguardiente puede arreglar la diferencia, somos personas pacíficas y prontas a...

—¡Llévese el diablo vuestro aguardiente, caballero! —interrumpió el habitante de la tierra baja, apretando valerosamente su tricornio sobre la cabeza—. ¡No queremos ni vuestro aguardiente ni vuestra compañía!

Y se levantó bruscamente.

Sus compañeros hicieron lo propio, cuchicheando entre ellos, cubriéndose con sus plaids, resollando y refunfuñando, según costumbre de los montañeses cuando se encolerizan.

—Ya os lo he advertido, caballero —dijo la mesonera—, y no me habéis hecho caso. ¡Ea! Salid de casa y basta de ruido. Jamás se interrumpirá a un hidalgo en casa de Jeannie Mac-Alpine, si ella puede. ¿A qué vienen esos tunantes ingleses, esos vagos que recorren el país, cerrada la noche, para turbar a honrados y tranquilos hidalgos que toman un trago, al amor de la

lumbre?

En cualquier otra ocasión la antecedente salida me hubiera recordado lo que dice el poeta latino de la crítica:

«Benigna con los cuervos, dura con las palomas».

Pero poco oportuno hubiera sido, entonces, traer a colación los clásicos, ya que era evidente que la lucha amenazaba: lucha que, en el estado de indignación en que me habían puesto la insolencia y el mal trato que se nos dispensaban, veía sin pestañear. Mas ¿qué le sucedería al bayle, cuyas aptitudes físicas y morales parecían armonizarse tan poco con semejante aventura?

En cuanto los otros estuvieron de pie, me levanté también y me quité la capa a fin de estar pronto a la defensiva.

—Somos tres contra tres —exclamó el más pequeño de los montañeses, lanzando una mirada sobre nosotros—. Si sois valientes, ¡desenvainad!

Y así diciendo, tiró de su claymore y se adelantó en dirección a mí. En actitud de defensa y confiando yo en la superioridad de mi arma, que era un espetón o pequeña espada, la contingencia del combate me inquietó realmente bien poco.

El magistrado se portó con un ardimiento que me sorprendió. A la vista del gigantesco montañés, marchando hacia él, espada en mano, dio de tirones a su chafarote, apretándolo por la empuñadura. ¡Vanos esfuerzos! Por efecto de no haber servido, la hoja del arma, adherida a la vaina por el moho, se obstinó en no separarse. Su valeroso dueño cogió, en defecto de ella, una reja candente de arado, qué hacía veces de tizonera, y la esgrimió con tanto éxito, que al primer paso pegó fuego al tartan del escocés, lo que obligó a este, para extinguirlo, a retroceder a respetuosa distancia.

Andrés, por el contrario, en lugar de hacer frente al campeón de las tierras bajas (¡me duele decirlo!), había desaparecido en cuanto empezó la pelea, por lo cual, viéndose solo, exclamó su adversario:

—¡Partida igual, partida igual!

Y se limitó caballerosamente al papel de espectador.

Se trabó, pues, el combate en condiciones leales por lo tocante al número.

Mi intento era el de desarmar a mi enemigo, pero no me atreví a estrecharle de muy cerca en atención al puñal con que se había armado su mano izquierda y que le servía para parar los botes de mi espetón.

Entre tanto el bayle, no obstante la fortuna de su primer ataque, se hallaba en trance crítico. El peso de su arma improvisada, su corpulencia y el exceso

mismo de su arrojo consumían rápidamente sus fuerzas. Jadeante ya, iba a verse a merced de su adversario, cuando el dormilón, echado en tierra, se levantó de improviso, el sable en una mano y la tablachina en la otra, arrojándose entre los dos combatientes.

—Ella ha comido el pan de la villa de Glasgow —exclamó—, y a fe suya que será ella quien se batirá por el bayle Jarvie, en el clachan de Aberfoil, conforme se va a ver.

Y, uniendo la acción a la palabra, el inesperado auxiliar hizo silbar su arma a los oídos de su gigante compatriota, quien, sin conmoverse, correspondió con usura. Mas, como ambos usaban el broquel nacional de madera redondo, laminado de cobre y recubierto de piel, y sabían, además, servirse de él con destreza, su desafío se efectuó con más ruido que verdadero riesgo.

Por lo demás, los agresores habían obrado menos por malignidad que por bravata, conforme se vio a las claras al intervenir el oriundo de las tierras bajas, quien, de pacífico espectador del combate, se decidió a desempeñar el papel de pacificador.

—¡Sosegaos, sosegaos! —gritó—. ¡Alto ya! ¡Acabad de una vez!... Esto no es un duelo a muerte... Los forasteros son valientes, como lo han probado dándonos satisfacción. En asuntos de honra soy tan puntilloso como cualquiera, pero me repugna la sangre inútilmente derramada.

Ya se comprenderá que no tenía yo deseo alguno de prolongar la lucha. Mi antagonista parecía, asimismo, dispuesto a envainar.

El bayle, casi sin aliento, podía ser considerado como fuera de combate, y nuestros dos espadachines de la montaña renunciaron al suyo con indiferencia igual a la que emplearon comenzándolo.

—¡Ah!, ¡eso es! —añadió el digno mediador—. Bebamos y hagamos las paces como buenos amigos. La casa es bastante capaz para todos. Propongo que ese buen señor, que tiene trazas de haber perdido el resuello en la marimorena, haga que nos sirvan una botella de aguardiente, y yo pagaré otra para darle las gracias. En cuanto al resto, abonaremos los gastos a escote, como hermanos.

—Y, ¿quién va a pagarme a mí el plaid tan nuevo y flamante, en el que hay ahora un agujero, por donde puede pasar una marmita? —dijo el alto montañés—. ¿Se ha visto jamás a hombre honrado batirse con una tizonera?

Tocó el turno de intervención al bayle, quien, habiéndose sosegado al fin, parecía más dispuesto a descansar sobre sus laureles, que a correr el nuevo peligro de un incierto arbitraje.

—Eso no vale la pena —dijo—. El que ha causado la herida hallará el

emplasto. Tendréis otro plaid y de los más lindos, caro amigo, con los colores de vuestro clan, si os servís indicarme a dónde os lo he de mandar desde Glasgow.

—El nombre del clan no hace al caso; pertenezco al del rey, como es sabido. No tenéis más que quedaros con un trozo del tartan (¡uf! ¡cómo huele a cabeza de carnero asada!), y veréis lo que me hace falta. Uno de mis primos hidalgos, que vende huevos en el mercado de Glasgow, irá por él en la época de San Martín, si queréis proporcionarme vuestra dirección. Pero, señor mío, la primera vez que volváis a batiros hacedlo con vuestra espada, ya que la lleváis, por consideración a vuestro adversario, y no con una reja de arado o con tizones, como cualquier indio salvaje.

—A fe mía —replicó maese Jarvie—, que cada uno hace lo que puede. Mi padre, hoy muerto y enterrado, la llevaba en el puente de Bothwell, y hasta ignoro si tuvo tiempo para sacarla, porque el combate no duró mucho. Sea como fuere, ahora forma un solo cuerpo con la vaina, y, en la imposibilidad de separar una de otra, he empuñado, para defenderme, el primer objeto que he tenido a mano. Creo que mis días de batalla pasaron ya, por más que, en todo caso, no estoy de humor para tolerar afrenta alguna. Y a propósito: ¿por dónde anda el valiente mozo que ha tomado tan generosamente mi partido? Necesario es que le regale con un buen trago, así fuese el último de mi vida.

El campeón que buscaba no se halló ya en la sala. Había desaparecido sin meter ruido no bien terminó la pelea, aunque no tan presto que, a la vista de sus facciones montaraces y de sus cabellos rubios y a guisa de malezas, no reconociera yo a nuestro antiguo amigo Dougal, el carcelero fugitivo de la cárcel de Glasgow. Se lo comuniqué, por lo bajo, al bayle, y este me respondió de igual manera:

—¡Bueno, bueno! Aquel que vos sabéis tenía razón en afirmarlo: hay resplandores de buen juicio en la pobre criatura... ¿Qué se podría hacer por él?... Lo pensaré.

Se sentó de nuevo, y, después de respirar ruidosamente dos o tres veces para recuperar su aplomo, llamó a la mesonera.

—Llegaos acá, comadre: ahora que estoy seguro de no tener desgarrón alguno en el bandullo, como tenía sobrados motivos para temer con lo que sucede en vuestra hostería, no me disgustará meter algo dentro.

No bien estuvo apaciguada la tempestad, la señora, que se había vuelto la complacencia misma, prometió servirnos un buen plato para la cena. Nada me había extrañado tanto, durante la escena de tumulto, como la completa calma con que aquella mujer la presencié, al igual que la contemplaron sus rapaces. Solo se le había oído decir, voceando, a una de las sirvientas:

—¡Cierra la puerta!, ¡cierra la puerta! Muerto o vivo, que nadie se vaya sin pagar su gasto.

En cuanto a los durmientes, escondidos en los cubiles que servían de lechos a la familia, habían levantado algo sus cuerpecitos desnudos, para ver la batalla, exclamando: «¡Oh, oh!» en tono proporcionado a su edad y a su sexo, después de lo cual creo que volvieron a dormirse aun antes de que las espadas hubiesen entrado de nuevo en las vainas.

Muy atareada en disponer nuestro refrigerio, la mesonera se dio prisa en hacer saltar en la sartén un sabroso cochifrito de trozos de venado, que guisó de modo que satisficiera a gentes hambrientas, ya que no a hombres de refinado gusto. Puso, asimismo, sobre la mesa una botella con aguardiente, y los montañeses, no obstante su predilección por los licores fuertes de elaboración suya, nada objetaron, antes bien hicieron todo lo contrario.

Después de circular por vez primera el vaso cojo, se mostró el hidalgo de las tierras bajas deseoso de conocer nuestro estado y el objeto de nuestro viaje.

—Sepa, pues, Vuestro Honor, si no es disgustarle —respondió el bayle con fingida humildad— que somos buena gente de Glasgow y vamos a Stirling para cobrar cierto pico que se nos debe.

Cometí la tontería de sentirme algo corrido con el pobre concepto que daba de nosotros; pero felizmente recordé que había dado carta blanca a mi compañero. Era lo menos, en verdad, que podía hacer por el excelente hombre. ¿No había, acaso, emprendido un largo viaje, que, a juzgar por sus penosos esfuerzos en sentarse o levantarse, no dejaba de ocasionarle serios inconvenientes, y en el que había expuesto ya hasta su vida?

—A vosotros, los tenderos de Glasgow —arguyó su interlocutor, refunfuñando con irónica intención—, nada se os ocurre mejor que recorrer, de un extremo a otro, el oeste de Escocia, para hostigar a las personas honradas que tienen la desgracia, como yo, de retrasar sus pagos.

—Si nuestros deudores todos fuesen tan honrados como vos, Garschattachin, a fe mía que nos ahorrarán trabajo, pues ellos mismos irían a encontrarnos.

—¡Eh!, ¡qué! ¿Cómo?... Tan cierto como me alimento de pan, sin olvidar el buey y el aguardiente, que es ese mi antiguo amigo Nicolás Jarvie, el más digno vecino que haya jamás adelantado dinero sobre el documento de un hidalgo apurado... ¿Vais a seguir conmigo? ¿Os dirigís, por acaso, al monte Endrig para pasar a Garschattachin?

—No, maese Galbraith: tengo que sobar a otros perros. No. no he venido por las rentas de aquel pequeño crédito que heredé. ¿Pensabais hablarme de

él?

—¡Al diablo la renta! —exclamó el laird con grandes muestras de cordialidad—. ¡Ni una palabra de negocios entre nosotros, cuando os encuentro tan cerca de mi casa! ¡Ved cómo un capuchón y unas hopalandas cambian a un hombre!... ¡No haber reconocido a mi antiguo amigo el síndico!

—Decid el bayle, si os parece bien. Sé de qué procede vuestro error: el compromiso fue suscrito a favor de mi difunto padre, que era síndico y que se llamaba Nicolás, como me llamo yo, y no recuerdo que hayáis pagado, en mi tiempo, un solo céntimo, ni de lo corriente ni de los atrasos. De esto procede vuestro error.

—¡Al avío, y llévese el diablo el error, con todo lo demás! ¡Maravillado estoy! Señores, llenad el vaso: ¡a la salud del bayle Nicolás Jarvie, el mejor de mis amigos! Veinte años hace que conozco a él y a su padre. ¿El vaso ha dado ya la vuelta? Pues llénese otra vez para beber a la salud de nuestro futuro preboste... ¿Por qué no? ¡A la salud de lord preboste Nicolás Jarvie!... Y a quien suponga que existe en la villa de Glasgow ciudadano más digno de dicho cargo, no le aconsejo que se lo diga a Duncan Galbraith de Garschattachin. Tal es mi opinión.

Y hecha la declaración precedente, Duncan Galbraith caló su tricornio ladeándolo con ademán de reto.

¿Qué entendieron en aquel brindis de elogio los dos montañeses? No mucho, sino es que el aguardiente era de su gusto, y mientras entablaban una conversación en gaélico con el señor Galbraith, que lo habla con facilidad, por ser su tierra, según averigüé más tarde, próxima a las altas, el bayle me dijo a media voz:

—Le he reconocido al entrar, a ese manirroto; pero en el calor de la disputa y sueltas las espadas, ¿quién podía prever cómo tomaría lo del abono de deudas? ¡Ah! Será cosa larga, a menos que no me pague con la vida. ¡Buen hombre, en el fondo, y con el corazón en la mano! No se le ve con frecuencia en Glasgow, pero me ha mandado, desde la montaña, más de un gamo y de una perdiz. Aparte de que, en rigor, la suma no me hace falta. Mi padre el síndico profesaba mucho cariño a la familia de Garschattachin.

Al ponernos a cenar, busqué con la vista a Andrés. Nadie había vuelto a ver al fiel servidor, desde que la disputa tomara un sesgo trágico. Habría pasado, quizá, a la cuadra, según la mesonera, que se ofreció a guiarme allá.

—Por más que se le ha llamado —dijo—, no ha respondido. En cuanto a ir yo sola, en verdad que no siento ganas de hacerlo. ¡Una mujer sola! ¡De sobras es sabido cómo el duende de Ben-ye-gask perdió a la columna de Ardnagowan!, y ya se ha visto que hay uno en nuestra cuadra, lo cual me priva siempre de

vigilar a cualquier palafrenero.

—Y, cogiendo una tea, me guio el innoble recinto en que se había confinado a nuestras desventuradas cabalgaduras para regalarlas con heno cuyas briznas eran tamañas como plumas de oca. Allá vi claramente que la mujer había tenido otro motivo para sacarme fuera.

—Leed esto —dijo haciendo deslizar en mis dedos un manojito de papel—. ¡Gracias a Dios que puedo desembarazarme de esto!... ¡Siempre entre soldados e ingleses, entre tunantes y bandidos, entre el pillaje y el destrozo! ¡Qué vida! ¡Cualquier mujer honrada estará más tranquila en el infierno que en los confines de estas montañas!

Esto dicho, me entregó la tea y entró en el mesón.

29

Me había quedado de pie a la puerta de la cuadra, si nombre de tal merecía el cuchitril en que los caballos habían sido metidos junto a las cabras, las vacas, los cerdos y las gallinas, cobijados todos bajo el mismo techo que el lugar de la hostería dedicado a habitación. Por una especie de refinamiento desconocido en el resto de la aldea, y atribuido al excesivo orgullo de nuestra mesonera, dicha dependencia había sido provista de una entrada distinta de la destinada a los parroquianos bípedos.

Al resplandor de la tea, descifré la siguiente carta, escrita sobre una hoja de papel manchada, mugrienta y arrugada. La dirección decía: «Para entregar al honrado señor F.O., joven hidalgo inglés». El texto era el siguiente:

«Caballero:

»Esta noche los halcones están fatigados, lo que me impide pasar a buscaros al clachan de Aberfoil, lo propio que a mi respetable pariente N.J., conforme era mi intención. Os ruego que evitéis toda relación que no sea indispensable con las personas que encontraréis ahí, pues podrían resultar de ello desagradables consecuencias. La que os entregará esto es fiel y os conducirá a lugar seguro, en el cual, Dios mediante, os señalaré el día en que espero que vos y mi pariente vayáis a visitar mi pobre casa. Pese a mis perseguidores, hallaréis en ella tan buena acogida como un montañés puede prometerla a sus amigos. Allá cuidaremos, con el debido miramiento, de la salud de cierta D. V.; y trataremos de otros asuntos en los que me halaga el creer que he de seros útil.

»Entretanto, soy, como es costumbre entre hidalgos, vuestro muy

obediente servidor,

R. M. G.»

El objeto de la trascrita carta me causó viva contrariedad, pues parecía remitir a un lugar y a una época lejanos el servicio que creyera yo recibir inmediatamente de Campbell. Consolador era, no obstante, saber que continuaba este interesándose en favor mío, toda vez que, sin él, ninguna esperanza podía abrigar yo de recobrar los papeles de mi padre. Al cabo y al fin, no me quedaba otro recurso que conformarme con sus instrucciones y mantenerme reservado en mis tratos con los extraños, procurándome por conducto de la mesonera, instrucciones acerca del medio de reunirme a mi misterioso corresponsal.

Antes era indispensable dar con Andrés, a quien llamé reiteradas veces, sin obtener respuesta. Registré, tea en mano, la cuadra en todas direcciones, no sin peligro de pegar fuego en ella si la cantidad de légamo y de estiércol mojado no hubiese preservado a las escasas gavillas de paja y de heno puestas allí.

—¡Andrés Fairservice! —grité—. ¡Andrés! ¡Bestia estúpida, animal!... ¿por dónde andas?

—¡Por aquí! —gimió, al fin, una plañidera voz, que hubiera podido pasar por la del mismo duende.

Guiado por el sonido, me dirigí hacia un camaranchón, donde encontré al valeroso Andrés, agazapado entre la pared y un barril lleno de plumas, de toda la volatería sacrificada, de un mes a aquella parte, para el bien público. Mitad de grado y mitad por fuerza, se decidió a salir mi hombre al aire libre.

—¡Señor, soy hombre honrado! —fueron sus primeras palabras.

—¿Quién diablo pretende lo contrario? —dije—. ¡Cómo si se tratara de esto! La cena nos aguarda y necesito de vos.

—Sí, soy hombre honrado, diga lo que quiera el bayle —repitió mostrando trazas de no haberme entendido—. Es muy posible que tenga el espíritu aficionado, con algún exceso, al mundo y a sus obras, como tantos otros; pero, para ser hombre honrado, seguro está que... si, andando camino, he hablado de dejaros, el corazón no ha entrado para nada en ello: bien lo sabe Dios. Cuando se cierra un trato, siempre se suelta una retahíla de simplezas para ver de sacar de él el posible partido... ¡Quiero mucho a Vuestro Honor, aunque seáis joven, y no he de dejaros así, a la ligera!

—¿Qué salmodia es esa? ¿Acaso no ha sido todo hecho y rehecho a vuestro gusto? ¿Vais a estar hablando siempre de dejarme, sin ton ni son?

—Hasta ahora lo decía en broma, pero he sentido necesidad de dejaros para muy luego... Con pérdidas o con ganancias, ya no me atrevo a seguiros

en adelante, y, a creer mi humilde opinión, mandaríais muy enhoramala la cita antes que adelantar un paso más. ¡Oh!, ¡no es cariño, y verdadero, lo que me falta! Espero que un día haréis honor a vuestros amigos cuando hayáis sacudido vuestra temeridad y adquirido un poquito de prudencia y de buen juicio... Por lo que toca a seguir con vos, eso no, aunque sea con riesgo de dejar que perezcáis por falta de guías y de consejos. ¡Poner la planta en el país de Rob Roy es tentar a la Providencia!

—¿Rob Roy? —exclamó bastante admirado—. No conozco persona de tal nombre. ¿Qué significa esta nueva patraña, Andrés?

—¡Ah! ¡Cosa dura, muy dura es el no ser creído cuando se dice la pura verdad, solo porque alguna vez uno, en caso de necesidad, ha soltado alguna mentirijilla que no valía la pena! ¿A qué preguntarme quién es Rob Roy?... Un tunante horroroso de que Dios nos preserve... (No hay quien nos escuche: ¿eh?). ¿No tenéis una carta suya en vuestro bolsillo? Uno de aquellos mozos ha encargado a la bestia posadera que os la entregue: lo he oído. Creían que no entendía yo su galimatías, mas, aunque no lo hable, sé lo bastante para discernir lo que han dicho... Mi intento no era comunicároslo, pero el miedo arranca las palabras de la tripa. ¡Ah, señor Frank, todas las extravagancias de vuestro tío y todas las escapatorias de vuestros primos son tortas y pan pintado en comparación de eso! Bebed a todo trapo como sir Hildebrando; encajad todo el santo día entre tres o cuatro vasos de aguardiente, como maese Percy; sed un feroz calavera, como maese Thorncliff, o un rabioso jugador, como maese Richard: perseguid las damiselas, como maese John, o conquistad almas para el diablo, como Rashleigh: blasfemad, violad el sábado, adorad al Papa, haced todas las perrerías, como las hacen ellos todos juntos, pero ¡por el amor del cielo, guardad vuestra juventud y no vayáis a casa de Rob Roy!

El terror de Andrés era tan espontáneo, que no se le podía suponer fingido, por lo que me contenté con decirle que tenía proyectado pasar la noche en el mesón y que cuidara él de los caballos. En cuanto a los demás, le encargué silencio, asegurándole que, antes de exponerme a serios peligros, sabría tomar mis precauciones.

Me siguió con aspecto consternado y murmurando entre dientes:

—Debiera servirse al hombre antes que al bruto. En toda la dichosa jornada solo he hincado el diente en los muslos de una perdiz vieja.

La buena armonía de aquella reunión parecía haberse turbado durante mi ausencia, puesto que encontré a Galbraith y al bayle en plena disputa.

—No toleraré —decía el señor Jarvie cuando entré en la estancia—, no toleraré que se trate así al duque de Argyle y al clan de los Campbell. El duque es un digno señor, un verdadero patriota, honra de su país, amigo y protector

del comercio de Glasgow.

—No seré yo quien hable contra Mac-Callum More y los chicos de Diarmid —dijo riendo el más bajo de los montañeses—. Soy pariente suyo demasiado próximo para que desee acarrearle una querrela.

—En cuanto a mí —dijo el más alto—, como que jamás hemos visto a nuestro lado las armas de Campbell, no he de violentarme para hablar de ellas sin temor. Me río yo de un Campbell como de un Cowan; podéis contarle a Mac-Callum More que es Allan Iverach quien lo ha dicho. Loch-Awe está distante de aquí.

El señor Galbraith, en quien el exceso de libaciones no había dejado de ejercer influencia pegó con fuerza un puñetazo sobre la mesa y gritó con estentórea voz:

—Hay una deuda de sangre contraída por esa familia, y tarde o temprano deberá pagarla. Los huesos de un bravo y leal Grahame, se agitan tiempo ha, en su tumba clamando venganza contra esos duques de la felonía y esos barones de la perdición. Registrad el fondo de una traición cualquiera y encontraréis a un Campbell. Hoy priva la iniquidad, y ¿quién le da la razón sino Campbell? ¡Paciencia! Pasará su tiempo y llegará la hora de afilar la poncela para recortar cabezas al nivel de los hombres: una sanguinaria siega espero que pulirá eso antes de poco.

—¡Chito, Garschattachin! —dijo el bayle—. ¡Chito ya, caballero! ¡Expresar delante de un magistrado proyectos tan comprometedores! ¿Cómo lo haríais para sostener vuestra familia y contener a vuestros acreedores (a mí y a los restantes), si os portarais de tal modo? Semejantes locuras atraerían sobre vos la severidad de la ley en perjuicio de cuantos están relacionados con vos.

—¡Mal año para mis acreedores, y para vos, con ello, si figuráis en su número! Repito que pronto van a verse cosas nuevas. Los Campbell no levantarán tanto la cabeza ni mandarán los perros a donde ellos no se atreven a ir, ni protegerán más a los pillos y a los bandidos para servirse de unos y otros a fin de molestar y despojar a personas mejores y a clans más leales que el suyo.

El bayle iba a responder con viveza, mas el olor sabroso de los cachos de venado, que la mesonera acababa de colocar en la mesa, operó tan prudente distracción, que el buen hombre, todo apetito, abandonó a los extraños el cuidado de proseguir la polémica.

—¡Ah! —exclamó el más alto de los montañeses, llamado Stewart—. Muy cierto es que no tendríamos reunión tras de reunión para caer sobre Rob Roy si los Campbell no le dieran asilo. Un día, con treinta hombres de mi clan,

procedentes los unos de Glenfinlas y los otros de Alpine, echamos a los Mac-Gregor como corzas hasta el país de Glenfalloch. Mas, una vez allá, los Campbell nos hicieron cara y no permitieron que adelantáramos más. ¡Trabajo perdido! ¡Ah!, de buena gana diera algo por estar tan próximo de Rob como aquel día.

Quería la desgracia que en cada asunto de conversación de nuestros turbulentos compañeros mi respetable amigo hallara motivo para una ofensa.

—Dispensad, caballero —dijo—, la franqueza de mis palabras; pero opino que hubierais dado entonces la más hermosa pluma de vuestro gorro para estar tan lejos de Rob como en estos momentos. Pardiez, mi reja de arado, hasta ardiendo, nada fuera al lado de su claymore.

—No me carguéis más los oídos con vuestra reja de arado, o, voto a tal, que voy a haceros tragar las palabras con seis pulgadas de acero para más hundirlas.

Y Stewart puso mano en su daga, acompañando el gesto con una mirada siniestra y amenazadora.

—¡Basta de pendencia, Allan! —le dijo su compañero—. Si el vecino de Glasgow se interesa por Rob Roy, podrá verle esta noche en armas y mañana colgando de una cuerda. Sobrado tiempo hace que es la ruina del país, y su carrera toca a su término... Vamos a reunimos con los nuestros.

—¡No tan de prisa, Inverashalloch! —dijo Galbraith—. Acordaos del antiguo cuento, querido. «¡Hermosa claridad de luna, dice Bennygask! Vamos a echar un trago, dice Lesli». No saldremos sin apurar antes una media pinta.

—¡Basta de medias pintas! —respondió el otro—. Yo bebo mis dos pintas de usquebaugh o de aguardiente con un honrado compañero, pero ni una condenada gota más cuando al día siguiente tengo que hacer: y creedme, Garschattachin, mejor fuera reunir vuestros jinetes a fin de poder salir juntos del clachan al rayar el día.

—¿Quién diablos os apremia tanto? Beber y comer no han perjudicado jamás a los quehaceres. ¡No haberme tomado por jefe! ¡Que me lleve el diablo si se me antojara nunca el haceros bajar de allá arriba para daros un espaldazo! La guarnición y nuestros jinetes bastarían de sobras para apoderarse de Rob, y este es el brazo que le echará a tierra —añadió con gesto enfático—, sin necesidad de socorro de montañés alguno.

—¿Por qué no se nos dejaba, pues, en donde estábamos? —preguntó Inverashalloch—. No he andado veinte leguas sin haber recibido orden expresa. ¿Queréis un buen consejo? Reprimid algo más la lengua, y el golpe saldrá bien. Hombre avisado vale por dos, lo cual puede decirse de quien vos

sabéis. No se cazan pájaros echándoles el gorro. Estos señores, pongo por caso, han oído cosas que estaban de más, porque la bebida os ha calentado los sesos, mayor Galbraith. ¡Oh! ¡apretad vuestro sombrero cuanto queráis! Vuestros aires camorristas no me asustan.

—Lo he dicho y lo repito —replicó el mayor en el tono solemne que adoptan a veces los beodos—. ¡Basta de disputas de cualquier clase durante esta noche! En cuanto no esté de servicio, ni vos ni nadie me hará retroceder en las tierras altas o en las bajas. Nada de esto; pero el servicio antes que todo. Y las casacas rojas ¿por dónde han pasado? Si se tratara de vejar al rey Jacobo, se les hubiera visto mucho tiempo ha; pero, como ahora la cuestión está en obtener la paz pública, no se muestran tan solícitos.

Proseguía hablando, cuando se oyó fuera el andar acompasado de tropa de infantería. Un oficial, seguido por algunos soldados, entró casi al momento en la sala. Se puso a hablar en inglés, y el sonido de su voz complació mucho mis oídos, a los que no llegaban más que los discordantes acentos de la jerigonza de aquella comarca de Escocia.

—Sois, sin duda, el señor Galbraith, mayor de los milicianos de Lennox —dijo—, y estos señores serán los dos hidalgos de la alta montaña con los que debía encontrarme aquí, ¿no es eso?

Los aludidos contestaron afirmativamente e invitaron al oficial a beber, lo que este rehusó.

—Llego retrasado, señores, y fuerza es recobrar el tiempo perdido. Llevo orden de buscar y detener a dos individuos culpables de traición.

—Me lavo las manos —dijo Inverashalloch—. Hemos venido, yo y los míos, para perseguir a Mac-Gregor el Rojo, que ha matado a Duncan, primo mío en séptimo grado. Por lo tocante a la busca de dos valientes, a quienes sus asuntos hayan podido impeler hacia este país, esto no me incumbe.

—Ni a mí tampoco —dijo Iverach.

El mayor tomó la cosa desde mayor altura; y, previo cierto hipo a guisa de exordio, pronunció la siguiente arenga:

—Nada tengo que decir contra el rey Jorge, capitán, puesto que mi nombramiento está en realidad autorizado por él. No obstante, un buen nombramiento, caballero, no hace que los restantes sean malos, y, al decir de ciertas gentes, el nombre de Jacobo es tan bueno como el de Jorge... Tenemos al rey de hecho... y al rey de derecho. Uno que está en ejercicio y otro que debiera estarlo... Pues bien, capitán: se puede ser hombre honrado y fiel a ambos. Por el momento participo de la opinión del gobierno, como lo exige el deber a un oficial titulado; pero es inútil ocuparse en traiciones y en todas sus

consecuencias. Eso es andar a tientas.

—¡Me disgusta, caballero, figurarme cómo habéis pasado el tiempo! —respondió el oficial, pues claro era que la dialéctica del digno mayor se resentía terriblemente de los licores que este había bebido—. En ocasión de tamaña importancia preferible hubiera sido lo contrario. No haréis mal probando de dormir durante una hora... Estos caballeros ¿van con vos? —añadió designándonos.

El bayle y yo, a punto de terminar nuestra cena, habíamos dispensado solo una distraída atención al incidente.

—Viajeros, señor —respondió Galbraith—, viajeros dignos en tierra y sobre las olas, como dice el ritual.

—Estoy encargado de detener a un hombre de cierta edad y a un joven —dijo el capitán examinándonos de más cerca—, y estos caballeros me parece que se ajustan a dichas indicaciones.

—¡Cuidado con lo que vais a hacer, caballero! —exclamó el señor Jarvie—. Vuestro uniforme encarnado y vuestro galoneado sombrero no han de valeros si me faltáis al respeto. Os perseguiré por calumnia y detención arbitraria. Soy vecino de Glasgow y magistrado; mis nombres son Nicolás Jarvie, como los de mi padre, antes que yo. Soy bayle, a Dios gracias, y mi padre fue síndico.

—Era un perro, de cabeza redonda —dijo el mayor—, que se batió contra el rey en el puente de Bothwell.

—Pagaba sus compras y sus deudas, señor Galbraith —arguyó el bayle—, y tenía más honradez que tendréis vos en vuestra vida.

—No tengo tiempo para oír más —observó el oficial—. Mi deber es deteneros, señores, a menos que personas respetables me respondan de vuestra fidelidad.

—Acompañadme ante un magistrado civil, ante el sheriff o el juez de la frontera. ¿Estoy, acaso, obligado a responder a cada militar que tenga por conveniente interrogarme?

—Como gustéis; sé lo que debo hacer para obligaros a hablar... ¿Y vos, caballero? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Francis Osbaldistone.

—¡Cómo! ¿Hijo de sir Hildebrando, del Northumberland?

—No, señor —interrumpió el bayle—; hijo de William Osbaldistone, de la gran casa Osbaldistone y Tresham, de Londres.

—Temo, caballero, que vuestro nombre no haga sino aumentar las sospechas que pesan sobre vos, y me pone en la necesidad de pedir os cuantos papeles tengáis en poder vuestro.

A esa indicación los montañeses cambiaron miradas inquietas.

—Nada tengo que entregar —dije.

El oficial dio orden de desarmarme y registrarme. Resistir hubiera sido locura. Entregué, pues, mis armas y me puse a disposición de los soldados, quienes practicaron el registro con toda la galantería apetecible en semejante caso, no hallando sobre mí más que la carta recibida la misma noche por conducto de la mesonera.

—¡Oh, oh! —dijo el oficial—. ¡No esperaba tanto! Razón de más para custodiaros. A lo que veo, estáis en correspondencia con Roberto Mac-Gregor Campbell, con ese bandido fuera de la ley, que es la plaga del país. ¿Cómo explicáis esto?

—¡Espías de Rob Roy! —exclamó Inverashalloch—. Que se les cuelgue del primer árbol. Lo tendrán bien merecido.

—Nos hemos puesto en camino para recuperar dinero nuestro, señores —expuso el bayle—. El papel habrá caído en sus manos por casualidad. Creo que no hay ley que impida a un hombre el ir a buscar lo que le pertenece.

—¿Cómo ha llegado a vos esta carta? —me preguntó el oficial.

Me repugnaba delatar a la pobre mujer que me la había entregado, y preferí callar.

—Y vos, amigo mío, ¿sabéis algo de ello?

Estas palabras se dirigían a Andrés, cuyas mandíbulas chasqueteaban como un par de castañuelas desde que el montañés profiriera la amenaza.

—¡Sí, sí! —respondí—. Sé algo... Un picardón de las tierras altas es quien ha traído la carta a la vieja y mondonga mesonera. Jurara que mi amo nada sabía. Le ha metido en la cabeza el ir allá, a ver a Rob, y... ya lo veis, caballero: fuera obra buena el hacerle volver a Glasgow, de grado o por fuerza, acompañado por media docena de casacas rojas... Por lo que toca al señor Jarvie, guardadlo cuanto queráis: será bueno para pagar cualquier multa, al igual que mi amo; pero no vale la pena de que os ocupéis de un pobre diablo jardinero, como soy yo.

—Lo mejor que puedo hacer —dijo el oficial—, es enviar, con buena escolta, a estos señores al cuartel general. Me parece en regular correspondencia con el enemigo, y no debo, bajo concepto alguno, ser responsable de haberles dejado en libertad. Caballeros, consideraos como

prisioneros míos. Al rayar el día os haré trasladar a lugar seguro. Si vuestras afirmaciones se justifican, como se verá muy luego, con uno o un par de días de detención habréis salido del paso. ¡Basta de observaciones! —dijo separándose del bayle, que se disponía a protestar—. Libre sois de contar lo que os acomode, pero guardaos de que, a mi vez, no os haga yo lanzar antes del desenlace.

El oficial y los montañeses empezaron un coloquio muy animado, pero en voz tan baja, que nos fue imposible conocer el asunto, y salieron juntos acto seguido.

—Esos montañeses —me dijo el magistrado— pertenecen a clans del oeste, y a lo que se cuenta, no están menos sujetos a fianza que sus vecinos. Han acudido, no obstante, desde los confines del condado de Argyle para combatir contra el pobre Rob por efecto de algún antiguo odio que profesan a él y a su clan. También están a su lado los Grahame, los Buchanan y los jinetes del Lennox, todos los cuales han venido en cumplimiento de cierta orden. Sus agravios pertenecen a la historia antigua, y no he de afearlas por ello, ya que a nadie le gusta perder su vaca. Luego, ahí están los soldados; ¡pobres máquinas obligadas a abandonar los cuarteles a la primera señal!... ¡Desdichado Rob! Mucho le caerá encima hasta que el sol ilumine la montaña. No sienta bien en un magisterio dificultar, ni por pienso, el curso de la justicia, y... no obstante, ¡que me lleve el diablo si me desangrara el corazón al saber que Rob les ha arrimado a todos una buena tunda!

30

Se nos permitió pasar el resto de la noche a nuestro gusto y lo menos mal posible en aquella miserable morada.

El bayle, a quien el viaje y las escenas que acababan de sucederse habían quebrantado mucho, se echó en uno de los pérfidos lechos de que antes he hablado, y no tardó en roncar estrepitosamente. Menos preocupado que yo con la idea de una detención de que no podía resultarle sino pasajera contrariedad, no sentía, por otra parte, las repugnancias de un gusto delicado con respecto a la cama. En cuanto a mí, sentado junto a la mesa, apoyada la cabeza en mis manos, sentado junto a la mesa, apoyada la cabeza en mis manos, apenas si pude restaurar mis fuerzas con un sueño agitado y con frecuencia interrumpido.

En el curso de la noche, me pareció que existía duda e indecisión en el proceder de los soldados. Habían sido enviados algunos hombres en calidad de

exploradores y les oía de vuelta, sin traer noticia alguna que dejara satisfecho al oficial en jefe. El talante de este se presentaba inquieto y ansioso; a los pequeños grupos enviados siguieron otros, y no regresaron todos al clachan.

Clareaba el alba cuando un cabo y dos soldados se precipitaron, dando voces de triunfo, en el cuchitril. Arrastraban a un montañés, que como vi en seguida, era mi antiguo conocido el carcelero de la prisión de Glasgow.

Maese Jarvie, a quien despertó el ruido, se incorporó en su lecho y reconoció igualmente al detenido.

—¡Misericordia! —exclamó—. ¡Es Dougal, la pobre criatura, el hombre que ha cogido! Capitán, presentaré fianza, fianza seria para esa pobre bestia.

A tamaña oferta, inspirada, sin duda, por la gratitud al recordar la intervención del montañés en pro del ofertor, el capitán contestó invitándole a no mezclarse en sus asuntos y a no olvidar la situación en que se hallaba.

—Vos seréis testigo, señor Osbaldistone —dijo el bayle, más familiarizado con los procedimientos de Temis que con los de Belona—, de que ha rehusado mi fianza, creo que, conforme a la declaración legal de 1701, Dougal podrá utilizar contra él acción de daños y perjuicios por detención arbitraria, y procuraré que se haga justicia.

El oficial (supe entonces que se llamaba Thornton) no prestó atención alguna a las amenazas ni a las quejas del bayle, y sometió al detenido a un severísimo interrogatorio referente a su género de vida, obligándole sucesivamente a convenir, mal de su grado al parecer, en los siguientes hechos: en que conocía a Rob Roy y en que le había visto de un año, de seis meses, de un mes, de una semana, de una hora apenas a aquella parte. Las diversas declaraciones manaban, como otras tantas gotas de sangre, de labios del infeliz, pareciendo arrancadas por el temor de verse colgado del primer árbol si no daba noticias claras y positivas.

—Ahora, amigo mío —continuó el oficial—, vais a decirme con cuántos hombres cuenta vuestro jefe en este momento.

Después de dejar discurrir los ojos de un lado a otro, Dougal respondió que «de ello no estaba seguro».

—¡Mírame cara a cara, perro montañés —replicó el oficial—, y acuérdate de que tu vida depende de tu contestación! ¿Cuántos forajidos estaban con él cuando le has dejado?

—¡Oh!, no más de seis cuando he partido yo.

—¿Adónde ha ido el resto?

—Con el lugarteniente contra los hombres del oeste.

—¡Hum!, es bastante verosímil. ¿De qué picardía estabas encargado?

—De averiguar lo que hacía Vuestro Honor en el clachan con los demás señores del uniforme encarnado.

—En suma, el imbécil acaba por ser cobarde —me dijo por lo bajo el bayle, que se había colocado detrás de mí—. Fortuna es la suya de que no me haya metido yo en gastos.

—¡Vamos, amigo! —dijo el capitán—. El caso es que nos entendamos. En tu calidad de espía, según acabas de confesar tú mismo, merecerías un dogal; empero, si quieres prestarme cierto servicio, yo te prestaré otro. Vas a saber lo que de ti espero; me guiarás a mí y a un pequeño destacamento al paraje en donde has dejado a tu jefe, al cual debo decir dos palabras para asuntos muy serios. Después quedarás en libertad de ir a las tuyas y te daré cinco guineas de gratificación.

—¡Ay!, ¡ay! —exclamó Dougal, preso de desesperación y de horrible perplejidad—. ¡No, esto no, esto no! ¡Antes el dogal!

—Sea, quedarás satisfecho, amigo, caiga tu sangre sobre tu propia cabeza. Cabo Crampon, haced las veces de preboste y llevadle.

El cabo estaba frente a frente del pobre diablo, retorció una cuerda que había hallado en un rincón, y simulaba que hacía un nudo corredizo. La echó al cuello del infeliz y arrastró a este, con el auxilio de los soldados, hasta la puerta.

Aterrado por el horror de una muerte cercana, Dougal exclamó a voces:

—¡Deteneos, señores, deteneos!... ¡Haré cuanto se quiera; deteneos!

—Llevaos a ese bruto —dijo el bayle—. Merece como nunca ser colgado. Llevadle, pues, cabo. ¿Por qué no lo lleváis?

—Me parece, mi buen señor —replicó el cabo—, que, si os llevaran a vos para ser colgado, no os dierais tan endiablada prisa.

Esta observación me impidió enterarme de lo que acontecía entre el montañés y el capitán Thornton, el primero de los cuales dijo luego en tono lacrimoso y completamente sumiso:

—Si os enseñó dónde está Mac-Gregor, ¿no me pediréis que vaya hasta más lejos? —Y se echó a gimotear abiertamente.

—¡Basta de jeremiadas, pícaro! —dijo el oficial—. No irás más lejos: te lo prometo. Cabo, haced alinear la tropa y preséntense aquí los caballos de esos señores, que van a acompañarnos; no puedo dejar a nadie que cuide de ellos. ¡Vamos, muchachos, a formar!

En breves minutos los soldados estuvieron a punto de marcha. Se nos llevaba con ellos en calidad de prisioneros, lo mismo que a Dougal. Al salir del mesón, nuestro compañero de cautividad recordó al capitán la promesa de las cinco guineas.

—Aquí las tienes —dijo el oficial contando el oro en su mano—. Pero ¡cuidado con que intentes perderme, o te levanto la tapa de los sesos!

—Es veinte veces peor de lo que le había creído —dijo el bayle—. ¡Criatura egoísta y pérfida! ¡Oh sórdida pasión por la ganancia que arrastra a todos los hombres! Bien decía mi padre, que el dinero ha matado más almas que cuerpos el hierro.

La mesonera se aproximó entonces y reclamó el abono del gasto, comprendiendo en él todo lo bebido por el mayor Galbraith y sus amigos los montañeses; y, como quiera que el oficial inglés reclamara:

—Han venido en nombre de Vuestro Honor —arguyó la mujer— y yo he fiado en ello; de otra suerte no hubieran recibido a crédito ni una sola gota de licor. ¿Nombráis a vuestro Galbraith? Vuelva yo a verle o no, hay una cosa que de seguro no volveré a ver en la vida: el color de su moneda. Soy una pobre viuda y solo cuento con mi mesón para vivir.

El capitán Thornton puso fin a semejantes quejas, abonando la cuenta, de poca importancia en verdad, aunque en moneda del país parecía elevarse a formidable suma, extremando su generosidad hasta querer pagar el gasto del señor Jarvie y el mío, a lo cual se opuso el bayle, sin hacer caso del consejo de la mesonera, quien le decía al oído:

—Todo esto cargará de más contra el enemigo: bastante daño han de causaros.

Mi amigo prorrateó nuestro gasto y pagó el escote, aprovechando el oficial la ocasión para excusarse de retenernos en calidad de presos.

—Si sois leales y pacíficos súbditos del rey —dijo—, no sentiréis el haber sacrificado algunos minutos en su servicio; de lo contrario, habré cumplido mi deber.

De buena o de mala gana, tuvimos que contentarnos con aquella fórmula de excusa, y salimos para unirnos al destacamento.

¡Qué sensación tan deliciosa la que experimenté al pasar de la atmósfera sombría, sofocante y ahumada de la choza, en que acababa de transcurrir tan desagradable noche, a la perfumada fresca del aire de la mañana! Saliendo de un tabernáculo de oro y de púrpura, el sol en toda su gloria iluminaba la escena más romántica y esplendorosa que la naturaleza haya desplegado ante mis ojos.

A la izquierda y a través de un valle, serpenteaba el Forth, cuyo curso hacia el Oriente, alrededor de una preciosa colina enteramente aislada, dibujaba una guirnalda de monte tallar. A la derecha, y en medio de una porción de desnudas peñas, espesos jarales y montículos, se extendía un vasto lago; el soplo de la brisa matinal movía, a trechos, leves ondas, en las cuales brillaban facetas de luz en chispeantes reflejos. Ribazos, rocas y empinadas montañas, profusamente cubiertas de abedules y de encinas, formaba un cuadro encantador en aquella loma. El murmullo de las hojas, unido a las combinaciones del reverberar del sol, daban a la profunda soledad un aspecto de movimiento y de vida. El hombre se sentía muy pequeño ante una perspectiva en que la naturaleza se complacía en exaltar sus formas ordinarias hasta lo sublime.

Dejamos tras de nosotros el clachan de Aberfoil: miserable caserío, compuesto de una docena de chozas, o, según expresión de bayle, de madrigueras de conejos (bourocks), construidas con pedruscos y sucia argamasa y groseramente revestida de turba y de ramas de árboles entrelazadas. Los informes techos eran tan rayanos de tierra que, según observación de Andrés, hubiéramos podido, la anterior noche, trotar por encima de ellos, sin notarlos, a no andar nuestras cabalgaduras a través de los mismos.

Comparando a lo que vimos después, el mesón de la viuda Mac-Alpine, por lamentable que fuera su disposición, era con mucho la casa más bella del lugar.

El ruido de nuestra salida despertó la curiosidad de los habitantes de aquellas tristes moradas, y, como el destacamento compuesto de unos treinta hombres, se formó en línea, antes de partir, más de una vieja lo pasó en revista desde el umbral de la puerta medio entornada. A la vista de aquellas aparceras, de cabeza gris y rostro apergaminado, mal cubierta con gorros de dormir, de franela, moviendo los largos y descarnados brazos con sendos ademanes y alzamientos de hombros, y barbotando, entre ellas, no sé qué cosas en gaélico, mi imaginación me representó las brujas de Macbeth, y creí leer en las facciones de aquellas viejas, la malignidad de las hermanas del Destino. Los rapaces, apenas salidos de sus cunas, desnudos los unos como gusanos, y medio arrebuajados otros en pingajos de tartan, palmoteaban con sus manecitas y, mirando a los soldados ingleses, sacaban la lengua con expresión de odio nacional y de malicia muy superior a sus años.

Una cosa me sorprendió, y fue que entre aquel gentío, numeroso en relación con la extensión del territorio, no apareciera un hombre, ni siquiera un muchacho de más de diez años de edad. Se me ocurrió, en consecuencia, la idea de que no dejaríamos de recibir, de su parte, durante el curso de nuestra expedición, pruebas más efectivas de malevolencia que las que asomaban en

las miradas o en los murmurios de niños y mujeres.

Antes de dar libre suelta a su antipatía, aguardaron las últimas a que la columna se pusiera en marcha. Para llegar al bosque que guarnecía las orillas del lago, había que seguir la especie de surcos estrechos, y a menudo hundidos, que habían trazado las rastras o narrias, destinadas a transportar césped y arcilla. Apenas los últimos soldados hubieron pasado el clachan, estalló un concierto de femeniles clamores que ensordecían, unido a los gritos de los chiquillos, a los hoes de los mayores y al repiqueteo de manos que con que las viejas montañesas acompañan las muestras de desesperación o de furor.

Pregunté a Andrés, que estaba pálido como la muerte, lo que significaba aquella batahola.

—Lo sabremos en seguida a punto fijo: descuidad —respondió—. ¿Qué significa? Pues significa que las mujeres de la montaña maldicen y abruman con imprecaciones los uniformes rojos, a quienes desean desgracia, como a cualquiera que haya hablado jamás en lengua sajona. En Inglaterra y en Escocia he oído a las mujeres vocear con frecuencia, y no es maravilla el oírlas cómo vocean, a cada tres por cuatro: empero las brujas de por acá tienen lengua de víbora. Escuchad sus horribles deseos: Que se degüelle a los hombres como a los carneros; que puedan lavarse los brazos hasta el codo en la sangre de ellos; que hallen la muerte de Gualtero, el cual fue trinchado de tal suerte, que no pudo aprovecharse de su cuerpo ni para la cena de un perro doguino. Palabras tan espantosas jamás las he oído de gznate humano, y, a menos que el diablo les dé lecciones, ya me parece difícil llegar a más en el arte de maldecir. Y lo peor del caso es que nos han dicho que, al remontar hacia el lago, veremos lo que va a pasarnos.

El relato de Andrés confirmaba lo que había observado por mí mismo, y por ende, no era posible dudar de un premeditado ataque contra nosotros.

A medida que avanzábamos, parecía que el país multiplicase los medios de causarnos tan desagradables sorpresas. De espalda al lago, la compañía se internó rápidamente a través de herbazales pantanosos, cubiertos de follaje, y, ora fue preciso caminar entre espesas malezas, oscuras guaridas, favorables a una emboscada, ora atravesar torrentes, cuyas aguas eran tan crecidas que los soldados debieron meterse en ellas hasta las rodillas, y tan impetuosas que se vieron obligados a formar cadena entre sí para no ser arrastrados por la corriente.

Aunque nada versado en cosas militares, me pareció evidente que un terreno tan accidentado ofrecía a guerreros semisalvajes, tales como se me había representado a los montañeses, buena coyuntura para atacar con ventaja un destacamento de tropas regulares. El buen sentido y la perspectiva del

bayle habían inducido a este a idéntica conclusión, por lo cual, previa la correspondiente venia, habló en los siguientes o parecidos términos:

—Capitán, a vos me dirijo, como solicitante, que esto no entra en mi carácter, sino como amigo del rey Jorge y de sus soldados, y, con reserva de mis derechos para atacaros en justicia, a vos me dirijo para formular una pregunta: ¿No creéis que podría esperarse momento más favorable para internarse en ese desfiladero? Si es que vais en busca de Rob Roy, nadie ignora que este tiene siempre, cerca de sí, cuando menos unos cincuenta mozos robustos: añadid la gente de Glengylle, de Glenfinlas y de Balquhiddier, que puede reunir, y no dejará de daros mucho que tejer. Mi opinión sincera, siempre como amigo del rey, es que mejor fuera regresar al clachan, puesto que esas mujeres de Aberfoil se parecen a filocrócoras y gaviotas, cuyos graznidos anuncian próxima tempestad.

—Tranquilizaos, caballero —respondió el oficial—. Yo no hago sino cumplir las órdenes recibidas, y puesto que decís que sois adicto al rey Jorge, os bastará saber que es imposible que esa pandilla de forajidos, cuyos excesos han turbado tanto tiempo el país, escape a las medidas que se, han tomado para destruirla. El escuadrón de milicia, mandado por el mayor Galbraith, al igual que otros pelotones de caballería que han debido unírsele, cierran las salidas de esta agreste región; trescientos montañeses, a las órdenes de los dos jefes que habéis visto en la posada, dominan las alturas, y en fin, numerosas patrullas, procedentes de la guarnición, ocupan varios puntos de las montañas y los valles. Nuestras últimas noticias concuerdan con las declaraciones de ese hombre: sabedor Rob Roy de que está cercado por todos lados, ha despedido a la mayoría de los suyos con intento de mantenerse oculto o de huir merced al perfecto conocimiento que tiene de esos pasos.

—¡Hum!, nada sé de ello —dijo el bayle—, pero esta mañana había más aguardiente que seso en la cabeza de Garschattachin. En cuanto a los montañeses, capitán, no gustara yo, en vuestro lugar, de ponerme a sus órdenes. Los halcones no arrancan los ojos a los halcones. Podrá ser que discutan entre ellos, que se llenen de injurias, y hasta que se den de sablazos, pero creed que a la larga caen juntos sobre la gente civilizada que no se pasea así como quiera llevando dinero en el bolsillo.

La antecedente exhortación no se perdió del todo. El capitán Thornton ordenó a sus subordinados estrechar las filas y ponerse arma al brazo, formando una avanzada y una retaguardia, compuestas cada una de un cabo y dos soldados, que recibieron orden de despejar la marcha. Dougal, sometido a nuevo interrogatorio de los más severos, insistió enérgicamente en sus precedentes declaraciones, y, con motivo de echarle en cara lo sospechoso y expuesto de los caminos que había escogido, replicó con una especie de legítima impaciencia:

—No soy yo quien los ha hecho, y, si los señores prefieren los buenos caminos, no tienen más que regresar a Glasgow.

Todo esto pasó, sin consecuencia, y seguimos adelante.

La región boscosa que atravesábamos nos había ocultado hasta entonces el espectáculo del lago entrevisto solo a trechos. Una brusca revuelta nos lo presentó de nuevo, y, dejando la parte cubierta por una de las riberas, vimos a nuestro sabor la vasta extensión de aquel. La brisa matutina no lo agitaba ya, y reflejaba en majestuosa calma las altas y sombrías montañas cubiertas de bosque, las masas de rocas grises y los ribazos llenos de matorrales que lo rodeaban. Pronto las montañas, extendiéndose hasta la orilla, formaron tantas quebraduras y hondonadas, que no nos dejaron otro paso que el de un estrecho sendero, y aún este bordeado por peñas, de lo alto de las cuales se hubiera podido casi impunemente aplastarnos bajo piedras. A mayor abundamiento, la ruta que seguíamos serpenteaba indefinidamente a lo largo de la corriente profunda de las aguas, lo que nos impedía con frecuencia ver a más de cien pasos delante de nosotros.

Situación tan crítica debía excitar por fuera los recelos del capitán, por lo que no cesó este de advertir a sus subalternos que estuvieran prontos al quién vive. Después, emprendiéndolas de nuevo con Dougal, le amenazó reiteradas veces con matarle sin contemplación alguna si le había conducido a una emboscada. Este escuchó las amenazas con estúpida impasibilidad, que tanto podría ser motivada por la convicción de su inocencia, como por una fanática resolución.

—Puesto que los señores —dijo—, buscan a Gregarach el Rojo, seguro está él, que no van a encontrarle sin pasar por algún peligro.

En el momento en que Dougal terminaba su respuesta, el cabo de la avanzada dio la voz de alto, y uno de los soldados vino a decirle a comandante que el desfiladero próximo a ser franqueado lo ocupaban montañeses apostados en un punto de difícil acceso y que dominaba el terreno. Casi en el mismo instante otro soldado, procedente de la retaguardia, llegó diciendo que resonaba en el bosque el sonido de una gaita.

El capitán Thornton, oficial tan inteligente como bravo, tomó sobre la marcha el partido de abordar el desfiladero sin esperar a que se le atacara por la retaguardia. Después de asegurar a su tropa que el sonido de las gaitas anunciaba el próximo auxilio de los montañeses aliados, dio a entender la importancia de proseguir resueltamente y de apoderarse de Rob Roy, a ser posible, antes de que sus auxiliares llegaran para disputarle el honor de la victoria y compartir la recompensa prometida por la cabeza del famoso merodeador. Llamó acto seguido la retaguardia y distribuyó la compañía entera en dos filas, de modo que pudiesen maniobrar libremente donde quiera

que el camino fuese practicable. Dijo a Dougal: «¡Ay de ti si me has engañado!», e hizo que se le vigilara en el centro por dos granaderos, con orden de matarle a la menor tentativa de evasión. Igual puesto nos fue designado como menos peligroso. Por fin el capitán, tomando una mediapica de manos del soldado que la llevaba, se puso al frente del pequeño destacamento y dio la orden de seguir adelante.

La tropa avanzó con el ardimiento propio de los soldados ingleses. No hizo lo propio Andrés, a quien el miedo puso fuera de sí, y a decir verdad, tampoco nos sucedió lo mismo al bayle y a mí. Sin temblar precisamente, no podíamos contemplar con estoica indiferencia que peligrase nuestra vida en un lance en el que no teníamos interés. Pero ¿qué hacer? No había otro remedio, ni era ocasión de amonestaciones.

Nos aproximamos hasta unos veinte pasos del punto en que la avanzada había atisbado al enemigo. Allí, una enorme prolongación de tierra se internaba en las aguas. El sendero, conforme lo he descrito ya, daba en parte la vuelta; empero, en lugar de costear el lago, escalaba en rápidos zig-zags los lados de la roca, masa de esquisto que, a no ser por ello, hubiera sido inaccesible. En lo alto de aquel peñasco, al que podía llegarse solo por camino apenas practicado, estrecho e inseguro, declaraba el cabo que había visto los gorros y largos fusiles de muchos montañeses, seguramente agachados por entre los altos matorrales y espinos de que estaba aquel cubierto. El capitán le ordenó que se dirigiera con seis hombres a desalojar al enemigo, y siguió él a cierta distancia con el resto del destacamento para sostenerle.

El proyectado ataque fue suspendido por la inopinada aparición de una mujer que se presentó en lo alto de la peña.

—¡Deteneos! —gritó con imperiosa voz—. ¿Qué venís a buscar en la tierra de los Mac-Gregor?

Raras veces he visto aspecto más hermoso e imponente que el de aquella mujer. Contaría de cuarenta a cincuenta años, y su fisonomía presentaba aún el sello de una belleza viril. A la sazón sus facciones, que la intemperie, los disgustos y las pasiones habían surcado con visibles arrugas, dejando señales de su destructora influencia, ofrecían un conjunto enérgico, duro, lleno de expresión. No traía puesto su plaid sobre la cabeza y los hombros, a estilo de las mujeres en Escocia, sino arrollado a su busto como los guerreros montañeses. Llevaba, además, gorro masculino, adornado con pluma; espada en la mano y pistolas en el cinto.

—Es Elena Campbell, la mujer de Rob —me dijo por lo bajo el señor Jarvie, mostrándose muy inquieto—. Habrá entre nosotros más de una cabeza rota, y esto antes de poco.

—¿Qué venís a buscar? —preguntó por segunda vez al capitán Thornton, que se había adelantado para practicar un reconocimiento.

—Buscamos al proscrito Mac-Gregor Campbell, llamado Roberto el Rojo —respondió el militar—, y no guerreamos contra las mujeres. No intentéis oponer vana resistencia a las tropas del rey, y recibiréis de nosotros el mejor trato.

—Sí, si —replicó la amazona—. Lo conozco de sobras vuestro amable trato. No me dejasteis ni nombre ni honor, y los huesos de mi madre temblarán horrorizados cuando los míos vayan a juntárseles en la tumba. A mí y a los míos no nos habéis dejado ni casa, ni abrigo, ni lecho, ni cobertizo, ni ganados para vivir, ni ropa para vestirnos... ¡Nos lo habéis arrebatado todo, todo, hasta el nombre de nuestros pasados, y ahora venís a arrebatarnos la vida!

—No atento a la vida de nadie —dijo el oficial—, pero he recibido órdenes y fuerza es que las ejecute. Si estáis sola, buena mujer, no debéis temer nada: si con vos están gentes bastante temerarias para intentar una resistencia inútil, ¡caiga sobre ellos su sangre! ¡Adelante, sargento!

—¡Adelante!, ¡marchen! —repitió el sargento—. ¡Hurra, muchachos! ¡Por la cabeza de Rob Roy una bolsa llena de oro!

Y echó a correr seguido de seis soldados. Al llegar al primer recodo del promontorio, una docena de tiros, casi instantáneos y disparados con cuidado, partieron de diferentes lados. El sargento, herido en mitad del pechó, no desistió, ansioso de llegar a mayor altura, agarrándose con las manos a las quebradas rocas; empero, obligado a soltar presa después de desesperado esfuerzo, cayó rodando a lo largo del derrumbadero en las aguas del lago, donde desapareció. Tres soldados más cayeron muertos o fuera de combate; los restantes, más o menos heridos, se replegaron hacia el grueso de la tropa.

—¡Granaderos, adelante! —gritó el capitán.

En aquella época los granaderos llevaban, además de sus armas, el instrumento destructor que les ha dado nombre. Los cuatro de la compañía pasaron, pues, al frente, y, como quiera que su jefe se dispusiese a apoyarlos:

—¡Señores —nos dijo—, poneos en salvo!

Y, volviéndose hacia los soldados, añadió:

—¡Granaderos, abrir cartuchera! ¡Granadas en mano! ¡Mecha encendida! ... ¡Cargad!

Los soldados se movieron dando grandes voces, con motivo de la orden del capitán, pronto los unos a arrojar las granadas a los chaparrales en que estaba emboscado el enemigo, y dispuestos los otros a lanzarse vivamente al asalto.

Dougal, olvidado en el tumulto, se deslizó prudentemente a través de los espesos zarzales que flaqueaban nuestra izquierda, a distancia de algunos pasos, y trepó por ellos con la agilidad de un gato montés.

Seguí su ejemplo, instintivamente persuadido de que el fuego de los montañeses iba a barrer el terreno descubierto, y escalé hacia adelante hasta perder aliento, pues el incesante tiroteo, cuyas descargas multiplicaba el eco hasta el infinito, el silbar de las balas y su explosión, los hurras de los soldados y la gritería de sus adversarios formaban un horrible concierto que (no me avergüenza confesarlo), parecía prestarme alas para llegar a sitio seguro. Empero las dificultades de la ascensión aumentaron de tal modo, que desesperé de alcanzar a Dougal, quien, ligero como una ardilla, sabía aprovechar, como puntos de apoyo, pedruscos o ramas de árboles. Volví la cabeza para averiguar qué suerte había cabido a mis compañeros, y vi que unos y otros se hallaban en muy crítica situación.

El bayle, a quien el miedo hiciera previsor, había logrado empinarse hasta una altura de unos veinte pies fuera del camino. Allá, habiendo resbalado al querer pasar por sobre una hendidura formada entre dos rocas, fuera de seguro a unirse a su padre el síndico, de quien se complacía tanto en citar hechos y dichos, si su vestido no se hubiera enganchado en un gran matorral de salientes espinas. Suspendido, por tanto, en el aire, no dejaba de parecerse a la enseña del Toisón de oro.

En cuanto a Andrés, se las había campado sin contratiempo, pero, llegado a la cúspide de una roca pelada, que dominaba los zarzales, se veía cogido entre dos fuegos (al menos así lo temía), y, para colmo de desdicha, imposibilitado de adelantar o de retroceder, por efecto de los obstáculos y precipicios que le rodeaban. Tal se agitaba sobre la estrecha plataforma, que se le tomara por un chulo de lugar bailando la jiga sobre un tablado. Daba grandes voces, implorando misericordia, en gaélico o en inglés, según se inclinaba el platillo de la balanza en favor de uno o de otro partido. Su vociferar no tenía otro eco que los gemidos del bayle, cuyo extremo malestar procedía, a un tiempo, del horror que experimentaba y del disgusto de verse así amarrado por los riñones.

Tan pronto como me hice cargo de la precaria situación del magistrado, mi primer impulso fue ir en su socorro, pero me era indispensable el auxilio de Andrés, a quien gestos, súplicas, órdenes, reprimendas, nada pudo infundir valor para que se arriesgara a bajar. De lo alto de su angustiada situación, y semejante a un ministro de Estado que reconoce su incapacidad y los peligros del empleo, sin atreverse a prescindir de la grandeza que ha tenido la presunción de ambicionar, continuaba deshaciéndose en súplicas lamentables, que nadie escuchaba, y sometiendo su cuerpo a las más grotescas contorsiones para librarse de las imaginarias balas que oía silbar a sus oídos.

Semejante motivo de terror se desvaneció al cabo de algunos minutos. El fuego, al principio tan nutrido, cesó de pronto, indicio de que la lucha había terminado.

Desde aquel momento sentí un ansia sola: la de llegar a un paraje desde el cual me fuera posible apreciar los resultados del combate, a fin de estimular la clemencia del vencedor, fuese quien fuese, convencido de que no se dejaría al honrado bayle suspendido entre cielo y tierra, como la tumba de Mahoma, sin tenderse una mano de socorro. Por fin, y a fuerza de poner en juego pies y manos, llegué a una eminencia, desde la cual divisé el campo de batalla.

Todo había concluido, en efecto, y, conforme había presentido en vista del teatro de la acción y de los incidentes que habían guiado a él, todo había terminado con la derrota del capitán Thornton. Una sección de montañeses se disponía a desarmar al oficial y a los restos de su tropa: una docena de hombres, heridos en su mayor parte. Cercados por fuerzas triples que las suyas, incapaces de adelantar o de batirse en retirada, y a merced de un fuego seguro y mortífero, al que no podían contestar con éxito, habían rendido armas por orden de su jefe. Prolongar la resistencia hubiera servido solo para malograr la vida de sus bravos compañeros, y volver atrás ya no era posible. La victoria no había costado cara al enemigo: todas sus pérdidas consistían en un hombre muerto y en otros dos heridos por la explosión de las granadas.

Luego me enteré de estos detalles; en aquel momento solo supe del lance el resultado final, contemplando, por una parte, al oficial inglés tinto en sangre, descubierto y sin armas, entre un puñado de hombres de aspecto sombrío y abatido, temblando aún de rabia, y por otro lado una multitud chillona y feroz agitándose en torno de ellos y condenándolos a las necesidades crueles que las leyes de la guerra imponen a los vencidos para seguridad de los vencedores.

31

Probé a ver si entre los victoriosos veía a Dougal.

La parte que había tomado en el drama encargándose de atraer al destacamento hacia el desfiladero no daba lugar a duda, y no pude menos que admirar la habilidad con que aquel salvaje ignorante, especie de bruto, había sabido ocultar su designio y cómo se había dejado arrancar de mala gana las falsas noticias preparadas de antemano. Mas ¿no era peligroso dirigirse a los vencedores en el primer calor de un triunfo desdorado por actos de crueldad? El espectáculo de los soldados, a quienes las heridas retenían en tierra, cosidos a puñaladas por los montañeses, o más bien por muchachos medio desnudos

que se habían deslizado entre ellos, me había dado para meditar. Juzgué, pues, prudente presentarnos bajo la égida de un medianero, y, como no vi en parte alguna a Campbell, a quien debía reconocer ya por el muy famoso Rob Roy, me decidí a impetrar la protección de su emisario Dougal.

Después de inquirir en vano por todos lados, concluí por volver sobre mis pasos para ensayar nueva tentativa en favor de mi desdichado amigo. Con gran satisfacción de mi parte, maese Jarvie había sido restituido a su posición natural: negruzco e hinchado el rostro y los vestidos en desorden, estaba sentado al pie del peñasco que de un modo tan desagradable le había tenido en suspenso. Me apresuré a reunirme a él, y le di la enhorabuena. Lejos de responder con la misma cordialidad, llegó a poner en duda la libertad de mi proceder.

—¡Ejem, ejem! —principió con intervalos de un violento acceso de tos, que apenas le permitía hablar—. ¡Ejem! Dicen que un amigo... ¡Jem!... que un amigo está más cerca de nosotros que un hermano. ¡Ejem, jem, jem! Constándoos que he venido aquí, señor Osbaldistone, a este país maldito de Dios y de los hombres... ¡Jem, jem!... (¡Dios me perdone el blasfemar!), solo en obsequio vuestro, ¿creéis que sienta bien en vos... ¡Jem, jem!, el dejarme expuesto a ser sumergido o fusilado por esos rabiosos montañeses, o por las casacas rojas, y suspendido después entre cielo y tierra como un maniquí, sin aventurar el más ligero esfuerzo... ¡Ejem, jem!...el más ligero esfuerzo para auxiliarme?

Me deshice en excusas y agoté las frases para demostrarle la imposibilidad en que me había hallado de librarle sin ayuda, y persuadido el bayle, tan propenso a aplacarse como a encolerizarse, me dio expresivas gracias. Por ello, me tomé la libertad de preguntarle cómo había conseguido salirse de apuros.

—¡Salirme de apuros! —respondió—. Suspendido hubiera quedado hasta el día del juicio final antes que desenredarme solo, la cabeza hacia abajo y los pies en el aire como la balanza de una oficina de pesos. Es la criatura quien me ha sacado de apuros, como lo hizo anoche. Sí, Dougal ha cortado el faldón de mi hopalanda con su puñal, y después, auxiliado por uno de sus camaradas, me ha plantado sobre mis pies con tanta presteza como si hubiera yo estado siempre del mismo modo. Ahí veréis lo que sirve la ropa de buena calidad. A vestir yo uno de vuestros frágiles camelotes de Francia o de vuestros deleznable tejidos, un peso como el mío lo rasgara como derrotado pingajo. ¡Bendito el obrero que tejió la trama! He danzado en el aire tan tranquilamente como una gabarra sujeta al ancladero por un triple cable.

—¿Y dónde está vuestro libertador?

—¿La criatura? —Era el nombre que se complacía en dar a Dougal—. Me

ha hecho comprender que sería imprudente aventurarme demasiado pronto cerca de la dama, y me ha encargado aguardara aquí hasta que él regrese. Es una criatura lista, y, a fe mía, apostara que tiene razón con respecto a la dama, conforme la llama él. Elena Campbell no era la misma dulzura cuando soltera, ni lo es siendo casada, sin que falte quién diga que el mismo Rob la teme. Aparte de que ¿va a reconocerme? Lo dudo: mucho tiempo hace que no nos hemos visto. Resueltamente espero el regreso de la criatura antes de presentarme a Elena.

Era el más discreto partido, y me avine a él; mas estaba escrito que la prudencia del bayle no había de aprovechar aquel día ni a él ni a otros.

Volvamos a Andrés.

Aunque había cesado el tiroteo, interrumpiendo él, en el mismo instante, sus grotescas contorsiones, no dejaba de ser, plantado en la cúspide de una peña desnuda, objeto demasiado notable para sustraerse a la vista perspicaz de nuestros enemigos. En efecto; en cuanto tuvieron tiempo para examinar el campo de batalla, una hurra, un clamoreo salvaje me indicó que habían reparado en él, y así muchos, precipitándose en seguida a través de la maleza, llegaron por diferentes lados, al promontorio que les atraía con tan bizarra presa. Los primeros que se acercaron al pobre Andrés, en vez de prestarle socorro para sacarle del aprieto, le apuntaron con sus largas escopetas, dándole a entender, con gestos de elocuente claridad, que debía bajar por su cuenta y riesgo o exponerse a sus tiros como blanco viviente.

Puesto en tan tremenda alternativa. Andrés no podía titubear mucho, y así, entredós males, escogió el menor. En consecuencia, principió a bajar de su percha a toda costa, agarrándose, ya a los arbustos, ya a las grietas de la roca, con angustia casi delirante, sin dejar de extender, hacia sus verdugos vestidos de tartan, una de las manos cada vez que la tenía en libertad, como suplicándoles que agacharan los cañones de sus fusiles. En una palabra: sobreexcitado mi truhan por un móvil que neutralizaba su cobardía, alcanzó, sin mucho daño, el término de un descenso peligroso y emprendido solo, convencido estoy de ello, con el valor que podía infundirle únicamente el temor de una muerte inmediata.

Los aires desmañados y ridículos de Andrés divirtieron mucho a los montañeses, quienes hasta dispararon dos o tres tiros sin mala intención, a lo que creo, y solo para aumentar la diversión que les proporcionaba el espectáculo de los terrores e intermitentes volteretas de aquel.

Por fin pisó Andrés terreno sólido y casi compacto, o, en más exactos términos, habiendo dado un paso en falso a dos tercios de distancia del suelo, rodó hasta el mismo, quedando tan largo como era. Sus perseguidores, dispuestos a recibirle, le ayudaron a levantarse; mas, antes de que recobrar su

aplomo, le habían limpiado ya los bolsillos y birlado peluca, sombrero, capa, vestido, medias y zapatos. El escamoteo se practicó con tan maravillosa destreza, que el hombre, caído en el decente traje de un modesto vecino, se levantó desnudo, calvo, desgarmillado y con todas las apariencias de un pelón o de un espantajo. Sin contemplación al dolor que ocasionaban a sus descalzos pies las malezas y los guijarros, los que le habían descubierto se dieron a empujar a Andrés hacia delante, a pesar de los obstáculos.

Durante la endiablada carrera, aquellos argos nos vieron a maese Jarvie y a mí, y, acto seguido, media docena de ellos se llegaron a nosotros blandiendo espadas, puñales y pistolas por encima de nuestras cabezas. El menor indicio de resistencia hubiera sido acto de locura, tanto más cuanto que estábamos desarmados. Preciso fue, pues, resignarse, e íbamos ya a sufrir de parte de groseros criados el ultraje de vernos reducidos al estado de pura naturaleza, según frase del rey Lear, como el desplumado bípedo que tiritaba, a pocos pasos, de terror y de frío, cuando nuestra buena estrella nos libró de tan bochornoso extremo.

En el momento en que acababa de despojársenos, al bayle de los jirones de su hopalanda y a mí de mi corbata (linda steinkerque, a fe mía, de rico encaje), apareció Dougal y la escena cambió.

Reuniéndonos aparte y acentuando sus reclamaciones con juramentos y amenazas (según pude presumir por la violencia de sus ademanes), obligó a los pícaros, vencida su repugnancia, no solo a suspender sus atentados contra nuestra propiedad, sí que hasta a restituir lo que nos habían ya robado. Arrancó mí corbata de manos del ladrón, y, en su ardor por ponerla en su lugar, la estrechó alrededor de mi cuello con riesgo de estrangularme, lo que me sugirió la idea de que, además de su oficio de carcelero, debía tal vez haber ejercido en Glasgow el de auxiliar del verdugo. Por igual mediación, el señor Jarvie recibió sobre los hombros los restos de su hopalanda.

Aprovechando la llegada de otros montañeses, Dougal emprendió la marcha, recomendándoles que nos facilitaran en lo posible el descenso, y en especial al bayle. Por lo tocante a Andrés, se desgañitó en vano implorando apoyo, o intervención al menos, de Dougal, para que se le devolvieran los zapatos.

—No, no —respondió el último—. Supongo que no sois hidalgo, y, o mucho me equivoco, u otros mejores que vos andan descalzos.

Y abandonó a Andrés a su suerte, es decir, a la multitud, que le trataba como juguete delante de ella. Por lo tocante a nosotros, nos guió de nuevo al camino en que se había efectuado la refriega para presentar los nuevos prisioneros a la mujer de su jefe. Durante el trayecto, Andrés se revolvió como furioso, luchando, gritando, amenazando, como si tuviera que temer más que

nosotros, y atropellando a todo el que quería demostrar en favor de nuestra captura mayor interés que el que, en apariencia, se tomaba él mismo.

Llegamos, por fin, ante la heroína de la jornada, cuyo aspecto, al igual que el de las figuras feroces, extrañas, pero marciales, que la rodeaban, he de confesar que me inspiró la más viva aprensión.

Ignoro si Elena Mac-Gregor había tomado parte en la lucha personalmente; lo que más tarde averigüé me indujo a creer lo contrario; pero las manchas de sangre que salpicaban su frente, sus manos y sus desnudos brazos, no menos que la espada en que se apoyaba, su cutis inflamado, el desorden de sus cabellos negros, parte de los cuales se salía del gorro coronado con una pluma, todo parecía demostrar que había desempeñado activo papel entre los combatientes. Sus negros y animados ojos y su fisonomía ardiente respiraban el orgullo de la victoria, a la par que el goce de la venganza satisfecha. Con todo, nada había de cruel ni de sanguinario en su actitud, y en cuanto hube dominado mi primera emoción, me recordó ciertas figuras de heroínas sagradas que había visto en las iglesias de Francia. No se descubría en ella, ciertamente, ni la belleza de una Judith, ni el talante inspirado que los artistas infunden en Débora o en la esposa de Heber el Cyneón, Jael, a los pies de la cual el potente opresor de Israel se durmió y halló la muerte; empero el entusiasmo de que se hallaba poseída daba a su persona, saturada de fiera dignidad, algún parecido con las mujeres de la Sagrada Escritura.

Perplejo estaba en la elección de los términos con que me dirigiría a la singular amazona, cuando el magistrado se me anticipó y, cortando por lo sano y mediante una tos preparatoria (la celeridad de nuestra marcha le había dejado otra vez sin aliento), principió de esta suerte:

—¡Ejem, ejem!... Me complazco en tan grata ocasión... —El temblor de su voz desmentía el énfasis con que insistía sobre la palabra grata—. Tan agradable ocasión —repetió con acento algo más sincero— para ofrecer a la mujer de mi primo Rob mis respetos matinales. ¡Jem, jem! ¿Cómo, va de salud? —Esta vez reincidió en su lenguaje acostumbrado, mezcla de énfasis y de familiaridad—. ¿Qué tal habéis estado durante tan largo tiempo? ¡No habréis olvidado a vuestro primo, señora Mac-Gregor Campbell! ¡Ejem, jem! ¿Os acordáis, al menos, de mi padre el síndico Nicolás Jarvie, del Mercado de la Sal, en Glasgow? Era hombre de pro, hombre seguro, y que profesaba respeto a vos y a los vuestros. Decía, pues, que me alegro mucho de veros, señora Mac-Gregor Campbell..., de ver a la mujer de mi primo, y hasta os pediría la libertad de abrazaros si vuestros muchachos no me estrecharan los brazos como un tornillo, y, a decir verdad, conforme a Dios y a la justicia, una aljofaina con agua no nos fuera de antemano inútil.

Este modo de presentarse acusaba un desembarazo que se avenía mal con

el estado de exaltación de una persona enardecida por reciente triunfo y dispuesta a meditar órdenes de muerte.

—¿Quién sois vos —exclamó Elena— que os atrevéis a reclamar parentesco con los Mac-Gregor, sin que vistáis su traje ni habléis su idioma? ¿Quién sois vos, que con la voz y el semblante del perro de caza, aspiráis a acompañar al gamo?

El bayle no se inmutó.

—Ignoro, prima —respondió—, si se os ha explicado alguna vez nuestro parentesco, mas este es conocido y fácil de probar. Mi madre Elspeth Mac-Farlane casó con el síndico Nicolás Jarvie, mi padre (¡descasen en paz sus cenizas!), y Elspeth era hija de Parlane Mac-Farlane, del molino del lago Eloy. Pues bueno; este Mac-Farlane, conforme puede acreditarlo su hija, viva aún, Margot Mac-Farlane, mujer de Duncan Mac-Nab, de Stuckavrallachan, era ni más ni menos que primo en cuarto grado, de vuestro marido Roberto Mac-Gregor, puesto que...

Una pregunta de la imperiosa matrona dividió en dos el árbol genealógico.

—¿Qué relación existe entre el agua viva y límpida, que discurre entre las márgenes de un arroyo, y la que se ha desviado para viles usos domésticos?

—Está bien, prima —replicó el magistrado—; pero con todo, si en verano se le devolviesen al arroyo los préstamos que ha hecho al molino cuando los guijarros de su lecho relucían al sol, contento estaría de ello. Vosotros, gentes de las montañas, tenéis en menos a los vecinos de Glasgow por efectos de su lenguaje y de su vestir. ¡Qué queréis! Cada cual habla su lengua materna, la que aprendió en su infancia, y fuera cosa de desternillarse de risa el verme a mí, con mi gran barriga y mis jamoncillos, vestir el traje montañés y ceñirme las ligas por sobre la rodilla, como vuestros guerreros de largas piernas.

Pese a las señales que le hacía Dougal recomendándole silencio y a la impaciencia que manifestaba la amazona oyendo tan verbosa arenga, nuestro amigo prosiguió:

—Y, si necesitáis pruebas, acordaos, prima mía, que reyes se han visto tomando mensajeros a mendigos, y que, por elevado lugar que ocupe Rob en vuestro afecto, conforme ordena la Escritura..., sí, por alto que le coloquéis, decía, recordad los servicios que le he prestado, sin contar el collar de perlas con que os obsequié el día de vuestras bodas... En aquel tiempo era él honrado tratante en ganados, que no pensaba en ardidés ilegales, en batallas, tretas o jugarretas, ni en turbar la paz pública o desarmar soldados.

Acababa de tocar la cuerda mal sonante a los oídos de su terrible prima, por lo que esta, irguiéndose con la mayor altivez, dejó traslucir, en amarga y

desdeñosa sonrisa, la violencia de sus pasiones.

—¡Sí! —contestó—. Vos y vuestros semejantes podéis aspirar a nuestro parentesco, ya que, miserables criaturas, sujetas a vuestro yugo, nos rebajamos hasta convertirnos en vuestros leñadores, aguadores y proveedores de vuestros festines, víctimas de vuestras tiránicas leyes. Ahora somos ya libres, y ¿quién nos ha emancipado? El acto mismo, que no nos ha dejado hogar, alimento, ni vestidos, que me ha despojado de todo... de todo... ¡Ah! ¡Mi corazón gime al pensar que los momentos que me restan aún de paso sobre la tierra no están dedicados a la venganza! Pero quiero coronar la obra de una jornada que ha principiado tan bien con un acto que rompa los últimos lazos subsistentes entre los Mac-Gregor y los galopos de la tierra baja. ¡Allan, Dougal! Juntad a esos sajones por el cuello y por los pies, y vayan a buscar a sus parientes montañeses en el fondo de un lago de las montañas.

Semejante orden ocasionó las más graves angustias al bayle, quien se disponía a entablar un nuevo capítulo de recriminaciones, cuyo resultado no hubiera sido otro que el de excitar los nervios de su irascible interlocutora. Dougal se interpuso y le cortó la palabra, echando en su propia lengua un discurso, o mejor una defensa, en favor nuestro, cuya abundancia y vivacidad contrastaban de un modo notable con su manera deficiente, trabajosa y estúpida de expresarse en inglés.

No bien le permitió terminar su señora, exclamó esta en inglés, como para hacernos gustar previamente los terrores de la muerte:

—Perro vil, hijo de perro, ¿cómo tienes la audacia de discutir mis órdenes? Si te mandara cortarles la lengua y arrancarles el corazón, después de trocárselos, para ver cuál de los tres sabe mentir mejor, cuál de los tres es más falso con los Mac-Gregor, cosa que se hacía ya en días de venganza cuando nuestros padres tenían injurias que castigar, si te ordenara todo esto ¿fuera deber tuyo el discutir mis órdenes?

—Sin duda que no —respondió Dougal con la posible humildad—: vuestras órdenes deben ejecutarse: está muy puesto en razón: empero, si os fuese igual, es decir, si no hubiera inconveniente en zambullir en el lago al villano capitán con su cabo y dos o tres casacas rojas, me encargara de ello con mucho mayor gusto, puesto que esos dos honrados señores son amigos de Gregarach y han pasado aquí a invitación del jefe, y no para traición alguna, conforme puedo testificarlo.

Se disponía a contestar la dama, cuando se oyeron los salvajes acordes del pibroch por el lado del camino de Aberfoil. Era, sin duda, el mismo toque de gaita que había resonado en los oídos de los soldados de la retaguardia, y decidido a Thornton a atacar el desfiladero, antes que exponerse a ser cogido entre dos fuegos, de regreso a la aldea. Habiendo sido muy breve el combate,

los recién llegados, aunque precipitaron el paso al ruido del tiroteo, no habían tenido tiempo para tomar parte en él. Ahora todo había terminado, y parecían llegar a propósito para asociarse al triunfo de sus camaradas.

Notable diferencia presentaban las dos divisiones, con desventaja de la que había derrotado a nuestra escolta.

Entre los montañeses que rodeaban a la jefe (si me es lícito designarla así, sin ofender la gramática) se veían ancianos, niños apenas en edad de empuñar las armas, y hasta mujeres; en una palabra, todos aquellos que no luchan sino en extrema necesidad. Esta circunstancia aumentaba la confusión y el abatimiento del intrépido capitán Thornton al reconocer cuán despreciable era el enemigo, que, gracias al número y a la posición, había triunfado de sus valientes veteranos.

Respecto de los treinta o cuarenta montañeses que venían a reunirse a los demás, estaban todos en la fuerza de la edad, siendo ágiles y bien conformados. Las calzas cortas y los plaids a la bandolera hacían resaltar admirablemente su vigorosa musculatura, y, si aventajaban a la primera división por su vestido y su porte, iban asimismo mejor armados. Prescindiendo de los fusiles, aquella no tenía por toda defensa sino hachas, hoces y otras armas extravagantes, y hasta bastones y largos cuchillos. Los recién llegados, por el contrario, llevaban, en su mayoría, pistolas al cinto, y casi todos dagas (dirks) pendientes de la cacerina, ceñida por delante. Cada uno de ellos iba provisto de buen fusil, claymore y sólido broquel o tablachina de madera ligera, forrado de piel y artísticamente ensamblado de cobre, con una punta de hierro en el centro: arma defensiva que echaban sobre la espalda izquierda viandando o durante el fuego, y con la que cubrían el cuerpo al blandir la espada.

Aquellos guerreros escogidos no llegaban, como se veía claramente, a consecuencia de una victoria como la que acababan de conseguir sus mal equipados compañeros. El aire resonaba a intervalos con lúgubres sonidos, que expresaban lo contrario del orgullo triunfal.

Así que estuvieron delante de Elena Campbell, se detuvieron, y la gaita recomenzó su canto plañidero y salvaje.

Con movimiento mezclado de temor y de ira, Elena se precipitó ante ellos.

—¿Qué significa esto, Alaster? —dijo al músico—. ¿Por qué lamentos en plena victoria? Roberto, Hamish, ¿dónde está Mac-Gregor? ¿Dónde está vuestro padre?

Los dos hijos que mandaban la milicia se aproximaron a la mujer, con paso lento y aspecto tímido, y le dijeron por lo bajo algunas palabras en gaélico, al oír las cuales exhaló la última un terrible grito... Mujeres y niños respondieron

a él con palmoteos y alaridos, que parecían un adiós a la vida.

Los ecos de las montañas, silenciosos hasta el fin de la pelea, multiplicaron aquella explosión de dolor frenético, y las aves nocturnas agachadas en los huecos de las rocas, huyeron a vuelo tendido, espantadas de oír en pleno día más horrible y siniestra gritería que la suya.

Por fin se apaciguó el clamor y exclamó Elena:

—¡Prisionero!... ¡Prisionero! ¡Y vivís vosotros aún!... ¡Cobardes! ¡Miserables perros! ¡Escatimar vuestra sangre con los enemigos de vuestro padre! ¿Para eso os crie? ¿Para verle caer prisionero y traerme la noticia?

Los hijos de Mac-Gregor, a quienes se dirigía el virulento apostrofe, eran muy jóvenes aún. El mayor, Hamish (Jaime), contaría apenas veinte años, siendo más hermoso y más alto que su hermano; sus ojos, de azul claro, sus rubios cabellos, que se escapaban profusamente por debajo de un elegante gorro azul, y su estatura, bien proporcionada, hacían de él el prototipo de la juventud en la alta montaña. El menor se llamaba Roberto, y, para distinguirlo de su padre, se añadía a su nombre el epíteto de joven (oig). Tenía el pelo negro, colorado al par de moreno el cutis, y toda su persona, más robusta y mejor conformada de lo que suelen las de su edad, respiraba pleno aire de salud y de vigor.

De pie ante su madre, abatidos por la vergüenza y el dolor, escucharon silenciosos y en actitud de respetuosa sumisión, los cargos con que aquella les abrumó. Por fin, cuando hubo desahogado en cierto modo su resentimiento, el menor, hablando en inglés, sin duda para no ser comprendido por sus partidarios, intentó, con deferencia, justificar a su hermano. Estaba yo bastante cercano para oír cuanto iba a expresar, y, como era cuestión para mí de gran monta el conocer a fondo los detalles del suceso, no dejé de prestar atento oído al relato.

Mac-Gregor —refirió el joven— había sido invitado a una entrevista por un pícaro tunante de las tierras bajas, de parte de... El nombre, pronunciado en voz baja, me pareció que sonaba casi como el mío—; aceptó la invitación, ordenando conservar como rehén al portador de la carta para asegurarse de que no se le faltaría a la palabra. Fue, pues, al lugar de la cita —una de las localidades bárbaras, cuyo nombre no he podido retener— y nos prohibió a todos seguirle, excepción hecha de Angus Berk y del pequeño Rory. A la media hora, Angus estaba de vuelta, pero con la triste noticia de que Mac-Gregor había sido sorprendido por un destacamento de la milicia del Lennox al mando de Galbraith de Garschattachin. Al verse detenido, Mac-Gregor amenazó con usar de represalias contra el individuo que había quedado de rehén, a lo que Galbraith respondió indiferente: «Que cada uno cuelgue a su hombre, Rob: nosotros el pillo y vosotros el aduanero. El país ganará dos

pestes de menos: un infernal montañés y un agente del fisco». Angus, que no estaba vigilado de tan cerca como su jefe, consiguió evadirse después de oír el coloquio. De este modo hemos sabido la noticia.

—Y, una vez sabida, traidor infame —exclamó la mujer de Mac-Gregor—, ¿no has corrido en auxilio de tu padre para rescatarlo o sacrificarle tu vida?

El joven replicó, en tono modesto, que, atendiendo a que los enemigos disponían de fuerzas superiores y a que no llevaban trazas de abandonar el país, había retrocedido con intento de reunir gente bastante para intentar un golpe de mano con alguna probabilidad de éxito. Los milicianos, a lo que había oído decir, debían detenerse en algún lugar del vecindario, bien en Gartartan, bien en el antiguo castillo de Monteith, y aunque lo hicieran en otra fortaleza sólida y en estado de defensa, podría esta ganarse por sorpresa si para ello se disponía de hombres suficientes.

Conforme supe más tarde, el célebre merodeador había distribuido el resto de su gente en dos considerables divisiones, destinada la primera a vigilar la guarnición de Inversnaid (uno de cuyos destacamentos, a las órdenes del capitán Thornton, acababa de ser derrotado), y la segunda a hacer frente a los clans que se habían unido a las tropas regulares y a los habitantes de las tierras altas. El propósito de esos aliados accidentales era el de invadir, por diversos puntos, el ingrato y montañoso territorio situado entre los tres lagos Lomond, Ard y Katrine, llamado entonces vulgarmente el país de Rob Roy o de Mac-Gregor.

Se expidieron mensajeros a toda prisa para concentrar, a lo que supe, las fuerzas del clan y dirigirlas en masa contra la milicia del Lennox. Desde entonces el abatimiento y la desesperación, pintados en todos los semblantes, reemplazaron el deseo de salvar al jefe y la sed de venganza. El ardiente influjo de esta última pasión sugirió a Elena Campbell la orden de que trajeran a su presencia el rehén que tan mal había respondido de la seguridad de su esposo.

Creo que los hijos habían tenido oculto al infortunado por miedo a un desenlace funesto; mas, si así fue, la humanitaria precaución solo sirvió para diferir muy poco el destino del pobre infeliz.

Al ver a Elena, cayó en tierra con ademán de abrazar sus rodillas; mas la mujer retrocedió como si el contacto debiera degradarla, por lo que hubo aquel hombre de limitarse, para demostrar su profunda humillación, a besarle el extremo inferior del plaid. ¡Nunca la gracia de vivir fue implorada con tan lastimera súplica! El espanto alcanzaba a tal paroxismo que, en vez de aniquilar las facultades del mísero, como sucede por lo común, le exaltaba hasta la elocuencia. Terroso el rostro, retorciéndose los brazos con dolor, errantes y perdidos los ojos sobre cuanto temía ver por la vez postrera,

atestaba con juramentos, los más sagrados, su ignorancia absoluta de toda empresa contra Rob Roy, jurando que quería y honraba a este sin reserva alguna. En el extravío de su terror, declaró que se le había impuesto el papel de agente, y murmuró el nombre de Rashleigh. ¡La vida! ¡La vida!, no pedía otra cosa; por la vida diera cuanto tenía en el mundo. La gracia de vivir le bastara, aunque debiera arrastrar su existencia entre torturas y privaciones; que se le dejara solo el aliento, aunque se le condenara a respirar en el fondo de las más inmundas cavernas de la montaña.

Imposible describir el desprecio, la aversión y el disgusto con que la mujer de Mac-Gregor escuchó aquella degradante súplica de la existencia. Por fin respondió:

—¿La vida, dices? ¿Te ha asolado como a mí? ¿Has sentido su pesada carga como toda alma elevada y generosa? A tal precio te la abandono. Empero ¿qué harás tú de ella, miserable? Irás a arrastrarte por el mundo, insensible a cuanto causa vergüenza y miseria, al torrente de crímenes y de dolores que se renueva sin cesar; irás a vivir para el goce, mientras que los nobles corazones son víctimas de la traición y los bribones sin nombre y sin origen huellan los pies de antiguas y valiosas familias. ¿Qué le importa al perro malbaratar las carnes del matadero si encuentra en ellas su pitanza? Y ¿qué te puede importar a ti la caída de los mejores y más ilustres, si vives encenagado en el placer? Pues bien: ¡de esta dicha de vivir no has de gozar más! ¡Morirás, traidor! ¡Morirás antes que esa nube haya ocultado el sol!

Y en breves palabras manifestó su voluntad a los que la rodeaban. Dos de ellos se apoderaron del suplicante arrodillado aún, y le arrastraron hasta el borde de una roca, que avanzaba por encima del lago. El desventurado soltaba los más desgarradores y más horrorosos gritos que el miedo haya arrancado jamás de humano pecho, sin que sea exageración calificarles de horrorosos, ya que, mucho tiempo después, turbaron mi sueño. Mientras los asesinos, o verdugos, como quiera llamárseles, le llevaban a la muerte, me reconoció en tan supremo abandono, y las últimas palabras que pronuncie distintamente fueron las de: «¡Oh, señor Osbaldistone, salvadme, salvadme!».

Aquel horrible espectáculo me impresionó más de lo que puedo explicar. Siquiera estuviese yo expuesto, de un momento a otro, a sufrir igual suerte, intenté hablar en favor de Morris... ¡Intercesión inútil y fríamente desechada, como debía esperar!

Sujeta por dos montañeses, la víctima fue despojada de parte de sus vestidos, atándose a su cuello una enorme piedra, envuelta en un plaid. Así agarrotado, semidesnudo, le arrojaron al lago, de una docena de pies de profundidad en aquel sitio. Sus clamores de venganza satisfecha, aunque ruidosos, no consiguieron ahogar un rugido de desesperación, supremo adiós a

la vida. La pesada carga hizo rebotar las azuladas aguas hasta nosotros, y los montañeses, pica y espada en mano, vigilaron algunos instantes, recelosos de que, desligado de sus ataduras, intentara la víctima llegar a la orilla. Mas los nudos eran fuertes, y el desgraciado se hundió sin resistencia...

Las aguas, turbadas por el peso de la caída, recobraron pronto su ordinaria calma, y la unidad de esta vida, que había con tanta vehemencia implorado, fue desprendida para siempre de la suma de existencias humanas.

32

No acierto a explicarme por qué fenómeno especial el espectáculo de un acto aislado de violencia y de crueldad nos desazona más profundamente que el de una escena de matanza.

Aquel mismo día muchos de mis bravos compañeros habían parecido ante mis ojos durante el combate, pareciéndome que habían hallado el destino común a la humanidad, sin que mi corazón, dolorosamente oprimido, experimentase el tremendo horror que le desgarró viendo al infortunado Morris condenado a muerte a sangre fría y sin oponer resistencia. Volví la vista a mi compañero, y leí en su rostro los mismos sentimientos que me oprimían.

No acertando a dominar su indignación, el bayle dejó escapar las siguientes palabras, con entrecortada voz:

—¡Protesto!... Es un atentado cruel, un asesinato... un acto abominable... Dios tomará venganza de él en su lugar y tiempo.

Elena lanzó contra él una mirada fulminante, e inmediatamente le preguntó:

—¿No teméis seguirle?

—Prima —respondió el bayle—, nadie corta voluntariamente el hilo de su existencia antes de que la canilla haya devanado hasta el fin... Si la muerte me deja tiempo, algo bueno me queda por hacer en este mundo en cosas públicas y privadas, como particular y como magistrado... sin contar a los que me necesitan, como Mattie, la pobre huérfana... prima segunda del laird de Limmerfield. De modo que, bien pensado y reflexionado, todo cuanto posee un hombre lo cede en cambio de la vida.

—Y si os devolviera la libertad —replicó la imperiosa dama—, ¿qué nombre dierais a la anegación de aquel perro sajón?

—¡Ejem, ejem! —respondió mi amigo, tosiendo para despejar su voz—. ¡Ejem!, me esforzaría en hablar de ello lo menos posible: quien calla no falta.

—Pero si se os interrogara en justicia, conforme decís vosotros, ¿qué responderíais?

Maese Jarvie desvió los ojos de uno a otro lado, como buscando medio de evadirse, y, no dando con ninguno, replicó en el tono de quien se aventura a hacer frente al peligro:

—¡Vaya!, queréis meterme en un atolladero, pero acabo de contestaros ya, prima, buenamente y según mi deber. Preguntadle a vuestro marido (que buena falta está haciendo ahora, tanto por él como por mí), preguntadle a esa pobre criatura de Dougal, si Nicolás Jarvie sabe o no, como otro cualquiera, hacer la vista gorda, tratándose de debilidades de un amigo; y sabed, además, prima, que mi lengua no ha faltado jamás a mi conciencia. Sí: en vez de afirmar que el desventurado que está allá en el fondo del lago ha sido legalmente ejecutado, preferiría ir a acompañarle... aunque, en concepto mío, seríais la primera montañesa que daría semejante pago a un primo de su marido, siquiera, lo sea en cuarto grado.

El acento de entereza con que el bayle dio suelta a su réplica era, a todas luces, más propio para conmover el duro corazón de su prima que no el tono suplicante de sus primeros discursos.

Después de disponer que se nos hiciera avanzar, me preguntó Elena:

—Vuestro nombre, ¿no es el de Osbaldistone? Ese perro, cuya muerte habéis presenciado, os ha llamado así.

—Es, en efecto, mi apellido —contesté.

—En tal caso supongo que es Rashleigh vuestro nombre de pila.

—No, el mío es Francis.

—Pero ¿conoceréis a Rashleigh? Debe ser hermano vuestro, si no me engaño, o al menos vuestro primo e íntimo amigo.

—Primo, sí; ¡amigo, jamás! Pocos días ha nos batíamos en duelo, cuando un extraño llegó a separarnos: después he sabido que era vuestro esposo. La espada de Rashleigh está todavía tinta en mi sangre, y apenas tengo cerrada la herida que me infirió en el costado. ¡Mi amigo él! No lo creáis.

—Puesto que no tenéis participación en sus intrigas, podríais ir a encontrar a Garschattachin y su milicia, sin temor de ser detenido, llevando un mensaje de la mujer de Mac-Gregor.

—Los caballeros de la milicia no tienen, que yo sepa, motivo plausible para detenerme, ni yo, por mi parte, razón alguna para temer el ir a su

encuentro. Si mi buena voluntad puede servir para proteger a mi amigo y a mi criado prisioneros, dispuesto estoy a partir ahora mismo.

La ocasión me pareció oportuna para comunicarle que había pasado a aquel país invitado por su marido, quien me había prometido auxiliarme en ciertos asuntos que me interesaban vivamente, habiéndome acompañado, con igual objeto, mi amigo el señor Jarvie.

—¡Y ojalá —murmuró este último— las botas del señor Jarvie hubiesen estado llenas de agua hirviendo cuando se las calzó para semejante expedición!

—¿Habéis oído lo que ha dicho ese joven sajón? —dijo Elena dirigiéndose a sus hijos—. ¡Tal es vuestro padre! ¡Prudente bajo el gorro montañés y claymore en mano, solo cambia su tartan por otro vestido para intervenir en las viles intrigas de la gente del país bajo, y ser de nuevo, pese a cuanto he sufrido por ello, su intermediario, su máquina, su esclavo!

—Añadid, señora, su bienhechor —dije.

—Sea —replicó ella—. Es el título más vano de todos, puesto que ha sembrado siempre beneficios para cosechar la más negra ingratitud. Mas dejemos este asunto. Voy a haceros acompañar a la avanzada del enemigo. Preguntad por el comandante y entregadle este mensaje de parte de Elena Mac-Gregor. ¡Si se atenta a un solo pelo de la cabeza de Mac-Gregor, si no está en libertad dentro de doce horas, no habrá mujer del Lennox que, desde hoy a Navidad, no entone el coronach por aquellos a quienes más ama, ni habrá colono que no se lamente sobre su granja o su establo llameante, ni dueño, ni propietario, que se duerma de noche con la seguridad de despertar vivo al siguiente día! Y, para concluir como he empezado, decidles que, en cuanto el plazo expire, les mandaré a este magistrado de Glasgow, a este capitán sajón y a mis restantes prisioneros, empaquetado cada uno en un plaid y descuartizado en tantos pedazos como urdimbres tenga el tejido.

Al oír esta declaración, Thornton, que la había escuchado entre la multitud, añadió con la mayor serenidad:

—Ofreced mis respetos, caballero, al oficial en jefe, los respetos del capitán Thornton, de la guardia real, encargándole que cumpla su deber y retenga su prisionero sin inquietarse por mí. Si he sido bastante necio para caer en la emboscada de estos astutos salvajes, tendré suficiente buen sentido para expiar la falta sin deshorrar la espada.

—¡Chit, chit! —dijo el bayle—. ¿Tan cansado estáis de vivir?... Señor Osbaldistone, presentad mis recuerdos al oficial en jefe, los recuerdos del bayle Nicolás Jarvie, magistrado de Glasgow, como lo fue antes que él su padre el síndico. Decidle que hay aquí muchos valientes en tortura, que puede suceder cosa peor, y que lo mejor que puede hacerse en beneficio de todos es

dejar a Rob que emprenda de nuevo el camino de sus montañas, sin que se hable más del asunto... ¡Basta de desdichas! Como es el aduanero quien ha sufrido más, no vale la pena de atormentarnos por ello.

Después que las partes más interesadas en el éxito de mi embajada me hubieron dado instrucciones tan contradictorias, renovando la mujer de Mac-Gregor sus recomendaciones de que no olvidara yo punto alguno de su mensaje, se me dejó, al fin, partir, permitiendo a Andrés acompañarme para librarse, a lo que creo, de sus impertinentes jeremiadas. Mas, fuese por temor de que mi caballo me inspirara la tentación de escapar a mis guías, fuese por deseo de apropiarse una presa de algún valor, se me anunció que debería andar a pie escoltado por Hamish y dos montañeses más, tanto para guiarme como para reconocer la fuerza y posición del enemigo.

Dougal, designado de momento para dicho servicio, se dio maña en que se le dispensara del mismo con el más laudable intento, conforme supimos más tarde. Se trataba de atender a la seguridad de maese Jarvie, antiguo amo suyo en cierta manera y a quien, siguiendo sus instintos de fidelidad, consideraba, a fuer de tal, con derecho a sus buenos oficios.

Al cabo de una hora de rápida marcha, llegamos a la eminencia de una colina cubierta de monte tallar. Desde aquel sitio elevado se dominaba el valle entero, y vimos, en todos sus detalles, el campamento establecido en él por la milicia del Lennox, la cual, por estar compuesta principalmente de jinetes, había prudentemente evitado el aventurarse en el desfiladero, cuyo paso había sido tan fatal para el capitán Thornton. La posición elegida denotaba cierta experiencia militar. El destacamento estaba acampado en la cima de un terreno montuoso hacia el centro del pequeño valle de Aberfoil, atravesado por el Forth, cerca de su nacimiento. Las alturas que le rodean se hallan protegidas, a uno y otro lado, por una muralla de rocas calcáreas y de enormes masas de piedra marmórea o de guijarros arrollados en una materia antes blanda y que se ha endurecido a su alrededor como el cemento. Una cortina de altas montañas cierra el horizonte. Por lo demás, el valle era bastante extenso para que aquel ejército estuviera al abrigo de una sorpresa enemiga, y se habían situado, en diversos parajes, centinelas y avanzadas a conveniente distancia del cuerpo principal, de modo que, al menor indicio de alarma, los milicianos tuvieran el tiempo necesario para montar a caballo y ponerse en orden de batalla.

No creían, en verdad, que los montañeses se atrevieran a atacar la caballería en campo raso, por más que recientes sucesos no hayan justificado el fundamento de aquella creencia. Empero, en la época de que hablo, un soldado a caballo inspiraba a los montañeses un temor casi supersticioso, imaginándose, en su grosera ignorancia, que el caballo de ejército tiene el aspecto más imponente y feroz que los pequeños poneyes de su país, y está

amaestrado para combatir con pies y vientre.

La inesperada escena permitía ver, en primer término, los caballos atados a estacas y paciendo la yerba del valle, luego a los milicianos formando variados grupos, los unos sentados o de pie y los otros paseándose por las rientes márgenes del río, y más allá la cadena de rocas desnudas, pero pintorescas, que limitaban el paisaje. A lo lejos y hacia el este, se divisaba el lago de Menteith y el castillo de Stirling, cuya silueta se destacaba confusamente sobre la azulada línea de las montañas de Ochill.

Después de esparcir sobre el cuadro larga y atenta mirada, el joven Mac-Gregor me ordenó bajar al campo de la milicia y dar cumplimiento a mi mensaje cerca del comandante, añadiendo, con ademán amenazador, que debía permanecer mudo respecto a las personas que me habían guiado hasta allá y al pasaje en que las había dejado.

Aprendida mi lección, me puse en camino. Me siguió Andrés, quien de su traje inglés solo conservaba las medias y la camisa todo hecho jirones, privado de sombrero y arrastrando en los pies unos borceguíes que Dougal le había dado por compasión. En tal guisa abrigado en un plaid desgarrado, que sustituía a su vestido exterior, se le hubiera tomado por hombre que iba a desempeñar el papel de un montañés escapado del manicomio.

No avanzamos mucho sin ser descubiertos. Uno de los centinelas montados, se llegó al galope hacia nosotros, y, apuntando la carabina, me dio la voz de alto. Obedecí, y, no bien estuvo cerca, le rogué que se me presentara al comandante.

Poco después, me hallé en presencia de un grupo de oficiales, sentados a la redonda sobre el césped, como haciendo la corte a un personaje de rango superior, el cual traía puesta una coraza de bruñido acero, sobre la que brillaban en relieve los distintivos de la antigua orden escocesa del Cardo. A él se acercaban, para recibir órdenes, muchos hidalgos (entre los que reconocí al mayor Galbraith), unos vistiendo uniforme militar, otros traje civil, pero todos armados. Numerosa servidumbre, en rica librea y que seguramente formaba parte de su casa, estaba esperando sus órdenes.

Tributados al aludido señor los respetos que me parecieron debidos a su clase, le comuniqué que había sido yo testigo involuntario de la derrota causada por los montañeses a los soldados del rey en el desfiladero del lago Ard, y que los vencedores amenazaban con extremas crueldades, no solo a los caídos en su poder, sí que también a las bajas tierras en general, caso de que su jefe, prisionero desde la mañana, no les fuese restituido sano y salvo.

El duque (tal era el elevado título del personaje a quien hablé) me escuchó con mucha calma, respondiendo luego que deploraría en el alma el exponer a

las infortunadas gentes a la crueldad de sus bárbaros vencedores, pero que era locura suponer que consentiría en soltar al causante de tantos desórdenes y ultrajes y en estimular, de esta suerte, la impunidad de sus partidarios.

—Podéis volver a aquellos que os envían —prosiguió— y repetidles que mañana sin falta, al rayar el día, haré ejecutar a Rob Roy Campbell, llamado también Mac-Gregor, como hombre fuera de la ley, cogido con las armas en la mano, y cuyos actos de violencia han merecido mil veces la muerte. Indigno fuera de mi posición y de mi grado el obrar de otra suerte. Decidles, también, que sabré proteger al país contra sus insolentes amenazas, y que, si se atreven a tocar un pelo de la cabeza de los infortunados caídos en su poder por deplorable casualidad, me vengaré de tal modo, que las piedras mismas de sus valles se condolerán durante más de un siglo.

Me permití exponerle humildemente algunas observaciones referentes al motivo de la honrosa misión que me confiaba, sin olvidar el inevitable peligro a que me exponía. El noble general replicó:

—Siendo así, enviad a vuestro criado.

—¡Que me lleve el diablo mi cuerpo —exclamó Andrés cortándome la palabra, sin consideración a la presencia del gran personaje—, llévese el diablo mi cuerpo si me menea de aquí siquiera una pulgada! Cuando un rabioso montañés me haya cortado el pescuezo con su machete, ¿cree alguien que tengo otro de repuesto en la faltriquera, o bien que sabré salvarme a nado, como un pato, si ellos me zambullen? ¡No hay de qué! Cada uno para sí y Dios para todos. Que se llame a un mensajero de su calaña para que desempeñe en mi lugar la comisión. Rob Roy no se ha acercado nunca a mi pueblo para robar pera ni pepita míos.

No sin trabajo, obligué a Andrés a callarse, y entonces, recordé al duque el inminente peligro que amenazaba al capitán y al bayle, rogándole modificara los términos de su contestación, con objeto de salvarles la vida. «Nada me espantaría tratándose de serles útil —añadí—, pero, conforme a cuanto había visto y oído, no cabía duda en que serán inmediatamente sacrificados si se condenaba a muerte al jefe prisionero».

El duque se mostró vivamente contrariado.

—Es una fatalidad —dijo— y la deploro. El país me exige más imperioso deber. Rob Roy debe morir.

Confieso que no oí sin emoción tamaña sentencia contra un hombre a quien conocía y que tantas pruebas me tenía dadas de su bondad. Y no fui solo en experimentar aquella impresión, puesto que la mayoría de los que rodeaban al duque se aventuraron a hablar en favor del preso.

—¿No fuera más político —dijeron— el enviarle al castillo de Stirling y retenerlo en estrecha cárcel como garantía de la sumisión y dispersión de su gente? Exponer el país al pillaje será una calamidad, y ¿cómo preservarse de él en vísperas de las largas noches de invierno? Tarea tanto más penosa, en cuanto será imposible la vigilancia de los pasos, y los montañeses no dejarán de escoger los que quedarán sin defensa. Además ¡qué gravosa responsabilidad el abandonar a su suerte a los desdichados prisioneros! Serían destrozados a los primeros transportes de rabia.

El laird de Garschattachin se atrevió a añadir más. Teniendo plena confianza en el honor del noble personaje a quien se dirigía, siquiera no ignorase los motivos particulares de su resentimiento contra Rob Roy, dijo:

—Es muy peligroso vecino para las tierras bajas, de los peores para Vuestra Gracia, y que ha ejecutado sus latrocinios con más ardimiento que nadie. Con todo, el tunante tiene buen sentido y pudiera hacérsele entrar en razón. Su mujer y sus hijos, por el contrario, son diablos desencadenados que no conocen lástima ni temor y que, al frente de su cuadrilla de forajidos, van a ser para el país bajo azote más terrible de lo que ha sido el mismo Rob.

—¡Bah, bah! —replicó el duque—. Precisamente la inteligencia y la astucia del truhan son las que han dado fuerza a este durante tanto tiempo: un bandido ordinario se hubiera visto reducido en menos semanas que años ha vivido él impune. Muerto él, su gente no será ya temible como perpetua amenaza; no adelantará, será como avispa sin cabeza que podrá picar una vez más para caer aniquilada.

El interlocutor no se rindió tan fácilmente.

—En verdad, milord duque —dijo—, que no puede tachárseme de tener simpatías por Rob, como tampoco las siente él por mí, ya que dos veces ha limpiado mis cuadras sin hablar del daño causado a mis colonos; empero...

—Empero, Garschattachin —interrumpió el duque con maliciosa sonrisa—, sois de parecer que debe dispensarse semejante licencia al amigo de nuestros amigos, y Rob no es, según pública fama, enemigo de los amigos que el señor Galbraith puede tener en el continente.

—Si así es, milord —replicó el mayor en el mismo tono de broma—, esto no sería lo peor de su negocio. Los clanes que esperamos me tienen más inquieto, y ya me tarda el tener noticias de ellos. Juraría que van a mantenernos la palabra por el estilo de los montañeses: no les he visto jamás de otra suerte. Los lobos no se devoran mutuamente.

—No lo creo —dijo el duque—. Nuestros aliados son hombres de honor, y espero que no faltarán a la cita. Enviad dos jinetes más a reconocimiento para que vean si llegan ya. Sin dicho auxilio, imposible es aventurar el ataque por

el desfiladero en que el capitán Thornton se ha dejado sorprender, pues, a lo que recuerdo, diez soldados a pie podrían hacer frente a todo un regimiento de la mejor caballería de Europa. Entretanto, haced que se distribuyan víveres a vuestros hombres.

Aproveché esta última orden, tanto más oportuna cuanto que no había probado yo bocado desde la víspera, en que habíamos cenado en Aberfoil.

Los jinetes que se habían expedido regresaron sin traer noticias de los retrasados auxiliares. El sol iba a su ocaso, cuando llegó un montañés, perteneciente a uno de los clanes esperados, portador de una carta que entregó al duque después de respetuoso saludo.

—Por mi fe que apostara un barril de Burdeos —dijo Garschattachin— a que este mensaje va a participarnos que los malditos montañeses, a quienes hemos venido a buscar hasta aquí, a costa de tantas penas y fatigas, abandonan la partida y dejan a sus aliados que se desenreden como puedan.

Leída la carta, escrita en mugriento retazo de papel, y cuyo sobre, conforme a las leyes de la etiqueta, decía: Al muy alto poderoso príncipe duque de Montrose, el gran señor, coloreándose de indignación, exclamó:

—¡Demasiado cierto es, señores! Nuestros aliados nos abandonan y estipulan por separado las paces con el enemigo.

—Esta es la suerte de todas las alianzas —observó el mayor—. Los holandeses nos hubieran jugado la misma treta si no hubiéramos cobrado un anticipo sobre ellos en Utrecht.

—Estáis de broma, caballero —dijo el duque, cuyo fruncimiento de cejas indicó que gustaba poco de aquella—, y no obstante, el asunto que nos ocupa empieza a tomar serio carácter... ¿Supongo que ninguno de esos señores opina que adelantemos hacia el interior sin el concurso de los montañeses y de la infantería del Inversnaid?

Todos estuvieron acordes en que semejante tentativa fuera el colmo de la locura.

—Ni sería más prudente —añadió el duque— exponerse, en este sitio, y de noche, a un ataque. En consecuencia, propongo que nos retiremos a los castillos de Duchray y de Gartartan, y que permanezcamos en ellos con buena guardia hasta mañana por la mañana. Mas, antes de separarnos, quiero interrogar a Rob Roy en presencia vuestra, para demostraros, mediante ojos y oídos, hasta qué punto es implícito concederle la libertad para cometer nuevos desaguisados.

Conforme a sus órdenes, se trajo al prisionero ante él, atados los brazos hasta el codo y sujetos a lo largo del cuerpo por una cincha de caballo,

estrechamente ceñida por delante. Dos sargentos le custodiaban, uno a cada lado, y, para colmo de seguridad, le escoltaban dos filas de soldados, calada la bayoneta.

No le había visto aún en el traje nacional, que hacía resaltar en gran manera lo que de notable había en su físico. Un bosque de cabellos rubios, que habían ocultado en buena parte el sombrero y la peluca del habitante del llano, se escapaban por debajo de su gorro montañés y justificaban el sobrenombre de Rojo (Roy) con que era conocido en el país bajo con preferencia a otro, y cuyo recuerdo ha debido perpetuarse en él. Se echaba de ver asimismo lo apropiado de aquel sobrenombre al observar la parte de piernas que, a estilo de sus compatriotas, dejaba desnuda entre la baja de su kilt y sus calzas cortas, cubiertas aquellas por pequeños mechones de pelo rubio y tupido, especialmente alrededor de la rodilla, lo que, junto con su recia osamenta y con lo saliente de sus músculos, le daban cierto parecido con los miembros de los toros rojos de la montaña. En suma, el efecto producido por aquel cambio de vestido y el conocimiento que había adquirido yo de su verdadero y siniestro carácter, prestaban, desde luego, a su fisonomía aspecto tan extraño y sorprendente, que apenas si le reconocí.

A pesar de las ligaduras, su porte era suelto y decidido, presentando altivo el continente y una compostura llena de dignidad.

Se inclinó ante el duque, dirigió un movimiento de cabeza a Galbraith y a otros circunstantes, y se manifestó sorprendido de verme allí.

—Tiempo hace que no nos hemos visto, señor Campbell —le dijo el duque.

—Cierto, milord, y hubiera deseado —respondió poniendo los ojos en sus brazos atados—, hallarme en disposición mejor para ofrecer a Vuestra Gracia el homenaje debido... Pero tiempo queda ante nosotros.

—No contéis sino con el presente, señor Campbell, pues las horas que os quedan para arreglar vuestros asuntos en este mundo se deslizan rápidamente. Y no os digo esto para insultar vuestra desgracia, pero vos mismo debéis conocer que está próximo el fin de vuestra carrera. No niego que algunas veces, en el desempeño de vuestro culpable oficio, habéis cometido menos excesos que otros, y en ocasiones demostrado talento y hasta aptitudes que hacían augurar algo mejor. Por vuestra parte convendréis en que, años hace, sois terror y azote de un país pacífico, en el que habéis impuesto y extendido vuestra arbitraria autoridad por una serie de actos de violencia. En una palabra: sabéis que tenéis merecida la muerte, y fuerza es disponeros a ella.

—Milord —dijo Rob Roy—, pudiera sin injusticia imputar a Vuestra Gracia mis desventuras, pero no llegaré al extremo de afirmar que hayáis sido

causante voluntario de ellas. A haberlo creído, milord, no tuvierais hoy que pronunciar una sentencia: tres veces habéis estado a merced de mi carabina cuando pensabais solo en cazar el ciervo, y sabido es que raras veces dejo de dar en el blanco. Personas hay que han abusado de vos, que os han calentado la cabeza contra un hombre pacífico algún día, como nadie en el mundo, valiéndose de vuestro nombre para impelerme hasta los últimos extremos, pero en parte han pagado ya su deuda y, diga lo que quiera Vuestra Gracia, confío vivir bastante para que la paguen del todo.

—¡Oh!, sois un pícaro imprudente y resuelto —dijo el duque enardeciéndose—, fiel a su juramento, cuando promete hacer daño; mas yo cuidaré de impedirlo. Vuestros únicos enemigos son vuestros crímenes.

—Si me hubiera llamado Grahame, en vez de Campbell —replicó Rob con indecible audacia—, se hablara de ellos mucho menos.

—Obraréis bien, caballero, previniendo a vuestra mujer, a vuestros hijos y a vuestra gente que se fijan en el modo con que van a tratar a sus prisioneros, porque el más leve daño que infieran a cualquiera de los fieles súbditos de Su Majestad, voy a devolvérselo centuplicado a ellos, a sus parientes y a sus amigos.

—Milord, ninguno de mis enemigos me acusará de hombre sanguinario. Si estuviera allá, sabría mandar a cuatrocientos o quinientos salvajes montañeses sin más esfuerzo que el que emplea Vuestra Gracia con sus ocho o diez lacayos. Mas, si estáis resuelto a eliminar al jefe de una familia, no deberá maravillaros que los miembros de esta se porten mal... Suceda, empero, lo que suceda, no quisiera perjudicar a un hombre honrado, porque lo considero pariente mío. ¿Hay aquí alguien que quiera prestar un servicio a Mac-Gregor? Algo le valdrá algún día, aunque tenga ahora sujetas las manos.

El montañés que había entregado la carta al duque, respondió:

—Pronto estoy a hacer lo que deseáis, Mac-Gregor, yendo al efecto a vuestras montañas.

Y se aproximó al preso, quien le confió en gaélico un mensaje verbal para su mujer. No se me alcanzó el sentido del mismo, pero es muy probable que estuviera relacionado con la seguridad del señor Jarvie.

—¿Os sorprende la avilantez de ese tunante? —preguntó el duque—. Fía en su carácter de emisario. Su conducta corre pareja con la de su jefe, quien, después de invitarnos a hacer causa común contra los merodeadores, se retira tan luego como los Mac-Gregor han consentido en devolverle el territorio de Balguhiddar que se disputaban.

Bajo del plaid montañés

no existe fe ni verdad:

como cambia el camaleón

al acaso cambiará.

—El gran marqués, vuestro abuelo, no hablara jamás de tal suerte, milord —dijo Galbraith—, y, salvo el respeto debido, no tuvierais ocasión de hacerlo si empezaraís por tratar con justicia a lo que es antes que todo. Devuélvanse sus bienes a las personas honradas, cúbrase cada cabeza con el gorro que le pertenece, y todo irá viento en popa, como en otro tiempo, para el Lennox.

—Basta, Garschattachin. Este lenguaje es peligroso en público y sobre todo conmigo. No parece sino que os conceptuáis personaje privilegiado... Cuidad de dirigir vuestro destacamento hacia Gartartan: yo pasaré personalmente a Duchray con el preso, y mañana recibiréis nuevas órdenes. No concedáis licencia para ausentarse a ninguno de los vuestros.

—¡Bueno! ¡Más órdenes y contraórdenes! —murmuró el mayor entre dientes—, ¡pero paciencia, paciencia! Día llegará en que juguemos a cambiad de puesto, que aquí está el Rey.

Los dos escuadrones de caballería formaron en columna, dispuestos a evacuar el campamento, para llegar a sus cuarteles de noche, a favor de la última claridad del sol. En cuanto a mí, se me ordenó seguir al duque, y esta imperativa indicación me dio a entender que, sin que se me tratara precisamente como prisionero, se me consideraba como sospechoso.

Cierto que se atravesaban, a la sazón, tiempos difíciles: las graves cuestiones de gobierno abrían un abismo entre jacobitas y hannoverianos; las rencillas y enemistades retoñaban como nunca entre el alto y el bajo país, añadiendo levadura a las mil inexplicables causas que convertían en hereditaria la discordia entre las más poderosas familias. Todo ello contribuía en Escocia a la desconfianza general, siéndole casi imposible a un extranjero, solo e indefenso, sustraerse a sospechas y contratiempos durante el curso de su viaje.

Haciendo de tripas corazón, me consolé con la idea de que tal vez obtendría del preso noticias referentes a Rashleigh y a sus intrigas. El interés que me inspiraba mi singular protector era demasiado sincero para que no procurara yo prestarle cuantos servicios exigiera su triste suerte, o que me fuese lícito procurarle.

De lo alto de las peñas, de lo profundo de los barrancos, el eco extendió por todas partes el toque de las cornetas, y la caballería, formando en dos columnas separadas, empezó a bajar al trote por el valle. El escuadrón, a las órdenes del mayor Galbraith, tomó por la derecha y atravesó el vado del Forth para ir a ocupar su cuartel de noche en un antiguo castillo de las cercanías. El golpe de vista animado que ofreció el paso del río se borró tan pronto como la tropa hubo penetrado en la espesura de un bosque que había en la orilla opuesta.

El escuadrón de que yo formaba parte prosiguió la marcha en muy buen orden. Para asegurarse más estrechamente del preso, el duque le había hecho montar a la grupa del caballo de uno de sus colonos llamado Ewan de Brigglands, verdadero coloso de hercúlea talla. Una cincha apretada al pecho del aldeano acercaba el uno al otro, siendo precaución que ponía a Rob Roy en la imposibilidad de desasirse de su guardián. Recibí orden de no moverme de detrás de ellos, y, al efecto, se me dio un caballo del ejército. Los soldados nos rodeaban de tan cerca como lo permitía la anchura del camino, y siempre eran por lo menos dos los que marchaban a nuestro lado pistola en mano. Por lo tocante a Andrés, sentado sobre uno de los jacos montañeses de que se había apoderado no sé dónde, consiguió permiso para juntarse a los numerosos criados que seguían el destacamento, sin mezclarse, empero, con el resto de los jinetes.

Así marchamos durante algún tiempo hasta un sitio en que debíamos, a nuestra vez, vadear el río.

El Forth, por el que discurre el sobrante de las aguas de un lago, tiene considerable profundidad hasta en los puntos menos hondos de su lecho. Se llegaba al vado por una quebrada, cortada a pico y muy baja, que solo permitía el paso de frente a un jinete. El centro y la retaguardia de nuestro pequeño ejército hicieron alto para dejar que desfilasen las primeras compañías, operación que produjo mucho retardo y, cosa inevitable, alguna confusión. En efecto; cierto número de jinetes, que no pertenecían al escuadrón regular, invadieron la entrada del vado y esparcieron el desorden en la milicia, por más que esta fuera muy disciplinada.

Mientras estábamos confundidos en mezcolanza sobre el ribazo, oí a Rob Roy que decía murmurando al hombre que le llevaba en grupas:

—Vuestro padre, Ewan, no hubiera consentido en que se arrastrara, como becerro hacia el matadero, a un viejo amigo, por todos los duques de la cristiandad.

Sin responder palabra, Ewan hizo un movimiento de hombros como para significar que la comisión no le gustaba nada.

—Cuando los Mac-Gregor bajen al valle y contempléis vacías vuestras cuadras, vuestro hogar tinto en sangre y brillando las llamas en el envigado de vuestra casa, entonces pensaréis tal vez, Ewan, que, si vuestro amigo Rob hubiese estado allá, nada de lo que teméis perder hubiera peligrado.

El hombre sintió cierto estremecimiento y suspiró, pero sin decir palabra.

—¡Ah! Triste cosa es pensar en esto —prosiguió Rob con insinuante voz, destilando sus palabras intencionadas en el oído de Ewan, de modo que solo yo le oyera, seguro como estaba de antemano de que sus proyectos de evasión nada tenían que temer de un testigo como yo—. Sí. ¡Es una cosa muy triste!... Ewan de Brigglands, un hombre a quien Mac-Gregor ha auxiliado tan a menudo con su esfuerzo, con su espada y con su bolsillo, teme más disgustar a un gran señor que salvar la vida de un amigo.

Semejante cargo hirió a Ewan en el corazón; se agitó y guardó silencio.

En el mismo instante el duque gritó desde la orilla opuesta:

—Haced que pase el prisionero.

Ewan hizo adelantar el caballo, y oí a Rob que seguía diciendo:

—No pongáis en un platillo de la balanza la sangre de un Mac-Gregor con la pérdida de una correhuela de cuero, o quedará por saldar una terrible cuenta acá abajo y allá arriba.

Se adelantaron rápidamente y penetraron en el agua con cierta precipitación.

Me disponía a seguirles, cuando uno de los milicianos me dijo:

—¡Todavía no, caballero, todavía no! —Y se precipitaron otros por la orilla del río.

A la expirante luz del día, observé al duque muy ocupado en la margen opuesta, haciendo poner en orden sus hombres a medida que llegaban a tierra por una y otra parte, ya hacia arriba, ya hacia abajo.

Muchos de ellos habían vadeado ya el río; bastantes iban a verificarlo, y se disponían otros a igual operación, cuando un repentino choque en las aguas me dio a comprender que la elocuencia de Mac-Gregor había decidido a Ewan a facilitarle la libertad, aventurando su salvación. El duque comprendió de igual modo que yo, y adivinó la causa.

—¡Bribón! —gritó a Ewan, que acababa de llegar a la orilla—. ¿Dónde está el preso?

—Y, sin poner mientes en la excusa que su confundido vasallo empezaba a balbucear, le disparó un pistoletazo a quemarropa. Ignoro si la herida fue

mortal; lo que sé es que el duque añadió en seguida:

—¡Señores, dispersaos en persecución del bandido! ¡Cien guineas a quien lo traiga!

Se produjo una escena de confusión extremada.

Rob Roy, desatado de sus ligaduras, sin duda porque Ewan había desabrochado la hebilla de la correa, se había deslizado al agua, y, zambulléndose, evitó la persecución del soldado que le vigilaba a la derecha, pasando por debajo de la barriga de su cabalgadura. Mas, forzado a reaparecer en la superficie por la necesidad de tomar aliento, su tartan llamó la atención de los milicianos. Los hubo que, sin precaución alguna y, según frase cuya, contra viento y marea, se arrojaron al agua, yendo al fondo sus brutos o ahogándose con grave peligro de los jinetes. Menos celosos o más prudentes otros, esparramándose en todas direcciones, corrieron a galope tendido por las márgenes del río para acechar el punto en donde el fugitivo pondría pie a tierra.

La batahola de tantas voces, el clamoreo, los gritos de alerta de los que veían o presumían ver huellas del que buscaban, los pistoletazos y tiros de carabina descerrajados contra el menor objeto sospechoso, aquella algarada de jinetes en tropel por la orilla y rozando el agua, pegando sablazos contra todo lo que excitaba su curiosidad, y los vanos esfuerzos de los oficiales para restablecer el orden y la disciplina: todo contribuyó, en aquel lugar agreste, y al confuso resplandor de un crepúsculo de otoño, a constituir la escena más tumultuosa que hubiese visto en mi vida.

Espectáculo del que, a decir verdad, fui único testigo, ya que toda nuestra gente se había dispersado en busca de Rob Roy, a fin de contribuir al resultado final. En realidad, conforme presumí entonces y supe luego con certeza, aquellos que se movieron más, en su mayoría para apoderarse del fugitivo o tenderle algún lazo, eran, bien considerado, los últimos en desear que se le cogiera, por lo que se unieron a la multitud solo para aumentar la confusión general y facilitar a Rob Roy mejores medios de salvación.

No le fue difícil a un nadador tan hábil como nuestro hombre, el escapar a sus enemigos en cuanto hubo burlado el primer impulso de estos. Momento hubo en que se le persiguió de cerca, y muchas balas rebotaron en torno de él. Aquella escena me recordó ciertos incidentes de la caza de nutrias en Osbaldistone. Sea para tomar impulso, sea para respirar, el animal se ve obligado a levantar al aire el extremo de su hocico; se presenta por un instante a los perros, pero renovadas sus fuerzas, tiene medio de burlarse con una nueva inmersión. Mac-Gregor, empero, sacó partido de un recurso que no puede utilizar la nutria. En lo más expuesto del peligro, logró desprenderse astutamente de su plaid, abandonándolo a la corriente. Aquella ropa, flotante

sobre el agua, fue pronto punto de mira de los soldados, la mayoría de los cuales se dejó engañar por aquella falsa pista, con lo cual las balas y los sablazos fueron a dar muy lejos de aquel a quien se destinaban.

Perdido de vista el preso, hubo de renunciarse a la esperanza de recobrarle, ya que en muchos sitios era inaccesible la orilla por efecto de sus rocas escarpadas y de su espesor de alisos, de chopos y de abedules, que impedían a los jinetes el aproximarse. Añadid a esto las equivocaciones y accidentes durante la persecución, que la creciente oscuridad hacía más y más inútil. Algunos, arrastrados por los remolinos de la corriente, estaban en peligro de ahogarse sin un pronto auxilio de sus camaradas; en tanto que otros, acometidos en la algazara de sablazos y tiros, reclamaban socorro o se deshacían en amenazas, sin que entre estos últimos dejara de haber quienes llegaran a pelearse en toda regla.

Por fin, las cornetas tocaron retirada, prueba de que el general había debido renunciar, hasta nuevo aviso y por mucha que fuera su repugnancia, a la importante captura que, de tan brusca manera, acababa de colocarse fuera de sus alcances. En cuanto a los milicianos, de mala gana, sin prisa alguna y disputando entre sí, empezaron a colocarse de nuevo en las filas. Vi proyectarse la sombra del grupo en la orilla meridional del río, y el estrépito de la corriente, largo rato dominado por el estrépito de la persecución y por los gritos de venganza, se mezcló sordamente al clamoreo y a las recriminaciones de los jinetes, descontentos y contrariados.

Hasta entonces mi papel en aquella extraordinaria escena, ante la cual estaba lejos de permanecer indiferente, había sido el de un pacífico espectador, mas he aquí que de pronto oí a un hombre clamando:

—¡El inglés! ¿Dónde está el inglés? Él es quien ha proporcionado a Rob un cuchillo para cortar la cincha.

—Hay que destriparle hasta el gazonate a ese saco de budín —se le contestó.

—¡Alojemos un manojito de balas en su cabeza! —añadió otro.

—Tres pulgadas de hierro en mitad del pecho, y asunto concluido —propuso un tercero.

El piafar de muchos caballos, galopando de uno a otro lado para facilitar, sin duda, la ejecución de dichas amenazas, me dio a comprender en seguida lo apurado de mi situación. No dudé un solo instante de que aquellos hombres furiosos y armados, acostumbrados a no poner freno alguno al desbordamiento de sus pasiones, arremeterían contra mí y me rajarían a sablazos, sin perjuicio de averiguar luego si habían tenido razón para hacerlo.

Asediado por tal idea, me apeé, y, abandonando el caballo, me interné por cierta espesura de avellanos, donde, merced a las sombras cada vez más densas de la noche, me creí fuera de peligro de ser descubierto. Si me hubiera hallado bastante cerca del duque para reclamar directamente su protección, se la demandara; empero había operado ya su movimiento de retirada, e, inmediato a mí, no vi oficial alguno que pudiera ofrecerme salvaguardia bastante, por mucha confianza que me inspirase. En semejante lance, no creí que debiera considerar cuestión de honor el exponer mi vida sin necesidad.

Se calmó, en fin, el tumulto, y se alejaron los jinetes, furiosos contra mi persona. Entonces se me ocurrió la idea de presentarme en el cuartel general del duque, una vez restablecido el orden, y de entregarme a él como hombre leal que nada debía temer de su justicia, a la par que como extranjero digno bajo todos conceptos de apoyo y de hospitalidad. En consecuencia, salí de mi escondrijo, y miré alrededor.

La noche acababa de llegar, y, a juzgar por el sordo rumor de los caballos en marcha, habían estos traspuesto el vado y nadie quedaba a orillas del Forth. Por el interior de los bosques resonaba aún la corneta, cuyos melancólicos y prolongados toques convocaban a los rezagados.

Semejante situación no dejaba de ser muy apurada. Estaba apeado, y el aspecto de aquel río, profundo y lleno de revueltas, como agitado aún por efecto del incidente que acabo de narrar, y más formidable todavía a la dudosa claridad de la luna, nada ofrecía de seductor para un viandante, sobre todo si se añade el completo desconocimiento del paso a vado y el reciente espectáculo de los jinetes metidos en el agua hasta la silla. Por otra parte, la única perspectiva que se me brindaba, permaneciendo en las márgenes del Forth, era la de coronar las fatigas del día y de la noche anterior pasando al raso la que se extendía ya por alguna sinuosidad de la montaña.

Reflexionando, entré en confianza. «Andrés, pensé, habrá atravesado el río con los otros criados, y, fiel a su presuntuosa manía de ir siempre delante, no habrá dejado de dar al duque o a las autoridades competentes plena y entera satisfacción acerca de mi clase y estado en la sociedad. El cuidado de mi honor no exige, pues, mi inmediato regreso a la presencia del duque, con riesgo de ahogarme en el Forth, o, pasándolo sin contratiempo, de perderme siguiendo las huellas del escuadrón, o finalmente, de verme maltratado, de golpe y porrazo, por algún rezagado, cuya hazaña obtendría socorrida excusa en no haberse reunido antes a la división». En consecuencia, decidí volver al malhadado mesón donde nos habíamos detenido la víspera.

Por lo tocante a Rob Roy, me sentía tranquilo acerca de su suerte. Estaba libre, y, si por acaso encontraba yo la gente de su clan, el anuncio de tamaña noticia bastaría a que se me mostrase favorable. Asimismo se tendría la prueba

de que no pensaba yo en abandonar al señor Jarvie en la situación delicada en que, por causa mía, se encontraba. Finalmente, ¿cómo averiguar lo que había sido de Rashleigh y de los papeles de mi padre, motivo ocasional de una empresa contrariada por tan peligrosas aventuras?

Renunciando, pues, a toda intención de atravesar el río volví la espalda al lago de Frew y emprendí camino en dirección a la cabaña de Aberfoil.

Un viento sutil, cuya frescura llegaba a mí por interminables soplos, había dispersado la neblina que amenazaba con cubrir el valle hasta la madrugada. Mas, lejos de desaparecer por completo, se amontonaba a trechos en confusas y mudables masas, ora cerniéndose sobre la cima de los montes, ora internándose, en columnas de opaca humareda, por cada enorme grieta que abriera el hundimiento de las cortadas calcáreas, las cuales, al hundirse, hubieron de producir hendidos y talados barrancos, parecidos al resecado lecho de un torrente. La luna, cerniéndose ya sobre el horizonte, brillaba con todo el esplendor que le prestan las noches frías, y en los sitios de donde la bruma se había retirado, guarnecía con viva luz las revueltas del río y las cúspides de la alta tierra, mientras sus rayos, absorbidos, si vale decirlo así, por la sedosa densidad de los vapores, filtraban acá y acullá, a través de las más ligeras nubes, una suave claridad que las hacía semejantes a plateados velos de la más transparente gasa.

A pesar de lo incierto de mi situación, espectáculo tan romántico, unido a la activa y confortante influencia del aire glacial, restituyó vigor a mis miembros y empuje a mi alma.

Pronto a despreciar recelos y a hacer frente al peligro, me puse maquinalmente a silbar para marcar el paso que me había hecho acelerar la impresión del frío, y me sentí renacer con tanto más amor a la vida, cuanto era la confianza que recobraba en mis fuerzas, en mi valor y en mis recursos. Este estado de excitación nerviosa me dominó de tal modo, que no oí el andar de dos jinetes que tras de mí venían, ni les eché de ver hasta hallarme de pronto entre ellos.

El de la izquierda detuvo su caballo y me dirigió las siguientes palabras en inglés:

—¡Hola! ¿Adónde vais tan tarde, amigo?

—A buscar cena y lecho en Aberfoil —contesté.

—¿Están libres los pasos? —prosiguió en el mismo tono imperioso.

—Lo ignoro: lo sabré a mi llegada. No obstante —añadí, pensando en la suerte que había corrido Morris— si sois inglés, os aconsejo retroceder y esperar el día. Ha habido colisiones en los alrededores, y no puedo responder

de que un extranjero viaje seguro.

—¿Los soldados lo han pasado mal, verdad?

—Sí, a fe mía. Cierta destacamento al mando de un oficial ha sido en parte derrotado y hecho en parte prisionero.

—¿Estáis muy seguro de ello?

—Seguro como de que os oigo hablar. He sido, sin quererlo, testigo de la refriega.

—¿Sin querer? ¿No habéis, pues, tomado parte en ella?

—No, por cierto: el oficial jefe me tenía prisionero.

—¿Por qué razón? ¿Quién sois y cuál es vuestro nombre?

—No se me alcanza la necesidad de responder a tantas preguntas, hechas por un desconocido. Bastante he dicho, caballero, para convenceros que vais a un país peligroso. Si gustáis seguir adelante, libre sois de hacerlo; pero, como yo no pienso informarme, ni de vuestra persona, ni de vuestros asuntos, os agradeceré que no me preguntéis con referencia a los míos.

—El señor Francis no debiera silbar sus canciones predilectas, cuando no desea ser reconocido —dijo el otro caballero, cuya voz hizo vibrar todas las fibras de mi ser.

Y Diana Vernon (pues ella era, envuelta en una capa de caballero) se puso a silbar, a guisa de chanza, la conclusión del motivo que había interrumpido su aproximación.

—¡Santo Dios! —exclamé en el colmo de la sorpresa—. ¿Es posible que seáis vos, miss Vernon? ¡Vos en semejante lugar, a esta hora, en país de barbarie... y vestida...!

—¿Vestida en traje de hombre, ibais a decir? ¡Qué le haréis! La filosofía del cabo Nym es aún la mejor: las cosas suceden como pueden. Pauca verba.

Oyéndola hablar, aproveché un instante, en que la luna derramaba espléndida claridad, para examinar rápidamente a su compañero. El encuentro de miss Vernon en aquel lugar solitario, en camino de excursión peligrosa y bajo la salvaguardia de un solo caballero, se comprenderá, sin esfuerzo, que era de naturaleza muy a propósito para inspirarme tantos celos como sorpresa. El desconocido no tenía, no, la voz grave y musical de Rashleigh, hablaba más recio y en estilo más compendioso, y aunque iba montado pude también notar que era más alto que el execrable objeto de mi odio y de mis sospechas. Ni se parecía más a otro alguno de mis primos, ya que había en sus modales el no sé qué indefinible que descubre a primera vista el hombre instruido y de buena sociedad.

El que así me preocupaba se mostró impaciente por sustraerse a mi curiosidad.

—Diana —dijo con acento en que la autoridad se aliaba a la ternura—, entregad a vuestro primo lo que le pertenece y no nos detengamos más tiempo aquí.

Miss Vernon sacó de debajo de su capa una pequeña cartera, e, inclinándose hacia mí, dijo con cierto esfuerzo y en tono que, a pesar de la jovialidad y ligereza de las palabras, ocultaba mal un sentimiento más entero y grave:

—¡Ya lo veis, primo mío, nací para ser vuestro ángel custodio! Rashleigh se ha visto obligado a soltar su presa. Si hubiésemos llegado anoche a ese pueblo de Aberfoil, según nuestra intención, hubiera hecho desanidar algún silfo montañés para hacer llegar hasta vos estos emblemas de la riqueza comercial. Pero ¡quia! Gigantes y dragones impedían el paso, y en nuestros días no es lícito a los caballeros andantes y a las doncellas, sea el que fuese su prestigio, afrontar, como en otro tiempo, los peligros sin ningún provecho. No obréis de otra manera, caro primo.

—Diana —insinuó el desconocido—, pensad que la noche avanza y que estamos muy lejos de haber llegado.

—Voy, caballero, voy —respondió la joven suspirando—. Considerad el poco tiempo transcurrido desde que he renunciado a mi libertad, aparte de que mi primo no posee aún sus papeles y no le he dado mi despedida. Sí, Frank, mi despedida... ¡y para siempre! ¡Un abismo nos separa, un abismo de perdición absoluta!... No debemos seguirnos uno a otro, y auxiliarnos es ya imposible... ¡Adiós! ¡Sed dichoso!

Se había inclinado sobre su caballo, que era un poney montañés, y en aquella actitud, su rostro, por un movimiento que no fue tal vez involuntario, rozó el mío, me estrechó la mano, y una lágrima, que brillaba entre sus párpados, cayó sobre mi mejilla. Fue uno de aquellos momentos que nunca se olvidan, y cuya indecible angustia se confunde con una alegría tan penetrante y tan suave, que el corazón sucumbe al peso de tamañas emociones. ¡Ay, momento muy breve! Dominando, casi en seguida, la ternura que la había impulsado a pronunciar aquellas palabras, dijo a su compañero que estaba pronta a seguirle. Pusieron a trote largo sus cabalgaduras, y se perdieron a lo lejos, dejándome inmóvil en el lugar donde les había encontrado.

¡Ah!, pongo al cielo por testigo de que no fue la indiferencia la que me contuvo hasta el punto de no responder a la efusión de miss Vernon y a su despedida. Las palabras asomaron a mis labios, sin poder arrancarlas de ellos: así el acusado que se reconoce culpable duda en proferir la palabra fatal, que

será seguida por la sentencia de muerte. Clavado en el suelo por el estupor y la desesperación, permanecí allá como atontado, en la mano los papeles que ella me entregara, y contemplando la desesperación de una y otro, como sentenciado a contar las chispas que saltaban bajo las plantas de sus caballos.

Habían desaparecido ya, y me obstinaba aún en buscarles; el rumor de su carrera no llegaba ya hasta mí, y le prestaba todavía atento oído.

A fuerza de fijar la vista en el horizonte buscando lo que no veía, mis ojos comenzaron a bañarse en llanto, que enjuagué maquinalmente, dándome apenas cuenta de que brotaba; pero salió al fin, a raudales precipitados. El pecho oprimido, la garganta apretada por aquella misma sofocación nerviosa que ahogaba al pobre rey Lear, me senté a orilla del camino y derramé un torrente de lágrimas, las más amargas que brotaran de mis ojos desde la infancia.

34

Apenas había dado salida a tamaño exceso de sensibilidad, me avergonzó el verme tan débil.

Algún tiempo hacía que me acostumbraba a considerar a miss Vernon, cuando el recuerdo de esta se interponía a mi pensamiento, como amiga cuya felicidad sería siempre el más caro de mis votos, pero con la que debía mantener solo en lo sucesivo lejanas relaciones. Mas la ternura que acababa de poner casi al descubierto, junto con lo novelesco y repentino de nuestro encuentro, en tan imprevista circunstancia, habían bastado para sacarme por completo de quicio. Me serené, no obstante, más presto de lo que se creyera, y, sin tiempo para verificar mi examen de conciencia, proseguí el camino en que me había sorprendido aquella insólita y repentina aparición.

«Seguir andando por la sola vía que se me ofrece, dije para mí, no es desobedecer las órdenes que me ha dado de un modo tan conmovedor. Aunque haya recuperado yo los papeles de mi padre, me queda un deber que llenar: el de asegurarme de si mi amigo de Glasgow está libre de la situación en que se hallaba en beneficio mío. Además, ¿dónde encontrar lecho si no es en el humilde mesón de Aberfoil? Ellos también deberán detenerse en él, pues es imposible a viajero alguno llegar hasta más lejos a caballo. En buena hora: nos veremos una vez más, puede que la última, pero al menos la contemplaré, la oiré y sabré quién sea el dichoso mortal que ejerce sobre ella la autoridad de esposo. Sabré, en fin, si es posible, en la difícil carrera que la compromete, el sacrificio de que me juzgue digno, si es que no puedo hacer cosa alguna para evidenciarle la gratitud que me inspira su generosa y desinteresada amistad».

Razonando así conmigo mismo, me adiestraba en colorear con los más plausibles pretextos mi ardiente deseo de ver nuevamente a mi prima y de platicar más con ella.

De pronto sentí un golpe en mi espalda, y cierto montañés, que andaba a buen paso y más de prisa que yo, me dijo con recia voz:

—¡Qué hermosa noche, señor Osbaldistone! No es la primera vez que nos encontramos en tinieblas.

No había motivo para dudar. Era la voz de Mac-Gregor, el cual, después de escapar a la persecución de sus enemigos, emprendía la retirada para llegar a sus tierras y reunirse con sus partidarios. Al propio tiempo se había procurado armas, sin duda en casa de algún afiliado secreto, pues llevaba el mosquete pendiente del hombro y el resto del equipo nacional en el cinto.

A hallarse mi espíritu en su estado normal, quizá no me hubiera sido grato, en semejante aventura, el verme solo y a hora tan avanzada de la noche con semejante personaje, pues aunque acostumbrado ya a pensar benévolamente en él, confesaré sin reparo que jamás había podido oírle sin estremecerme. La dicción de los montañeses presta a su voz un sonido ronco y sordo por efecto de las expresiones guturales tan comunes en su lengua, la cual, además, hablan con mucho énfasis. A este carácter nacional unía a Rob Roy cierta indiferencia y dureza en su tono y en sus maneras, signo de un alma a la que ningún acontecimiento de la vida, por terrible, imprevisto y doloroso que fuera, podía abatir ni conmover. La costumbre del peligro y una confianza absoluta en su fuerza y en su astucia le habían hecho inaccesible al temor; su existencia culpable, llena de azares y de miserias le había embotado, sin destruirla, empero, su sensibilidad para con los demás. En fin, no debe olvidarse que había visto yo, el mismo día, a los auxiliares de este personaje dar muerte, a sangre fría, a un individuo suplicante y desarmado.

Tal era, con todo, el estado de mi ánimo, que acepté la compañía del proscrito como consuelo a los dolorosos pensamientos que me torturaban. Además, una secreta voz me hacía esperar que quizá me proporcionaría medio para guiarme a través del laberinto en que la fatalidad me había colocado. Contéstele, pues, con mucha cordialidad, felicitándole por haberse evadido en tales circunstancias.

—¡Bah! —replicó Rob—, hay tanta distancia entre el cuello y la horca, como entre la copa y los labios. En el fondo estaba yo menos expuesto de lo que un forastero como vos podía creer. Entre las gentes que se habían reunido para cogerme, guardarme y volverme a coger, la mitad, según expresión del primo Jarvie, no tenía deseo alguno de verme preso, guardado y vuelto a coger, y una mitad de la otra mitad no osara inferirme daño; de suerte que, a lo más, tenía en mi contra la cuarta parte de unos sesenta hombres.

—Con los cuales bastaba, a mi entender...

—Lo ignoro, pero lo que sí sé bien, verbigracia, es que todos aquellos que están entre los que me quieren mal no tienen más que llegarse al prado de Aberfoil, y me encargo de darles su merecido, a uno después del otro, riñendo a sable y broquel.

Me preguntó luego lo que me había sucedido desde nuestra llegada a la montaña, y se rio de buen grado al enterarse de la batalla en el mesón, así como de las hazañas del bayle con la reja de arado.

—¡Honor a Glasgow! —exclamó—. Pardiez, que no deseara espectáculo más divertido que el de ver al primo Jarvie tostando el tartan de Iverach como cabeza de carnero, en el extremo de unas agarraderas. Por lo demás —añadió sin reírse—, el primo tiene sangre noble en las venas, y es una desgracia que se le haya destinado al pacífico oficio de artesano, solo bueno para estragar el corazón de un valiente. ¿Comprendéis ahora por qué me era imposible recibiros en el clachan, conforme esperaba? ¡Linda red se me había tendido durante los dos o tres días que pasé en Glasgow para asuntos del Rey! Pero he roto las mallas sobre su espalda y de modo que no se solazarán más soltando un clan tras otro, como han probado de hacerlo. Lejano no está el día, según creo, en que los montañeses marcharán todos juntos, uno al lado de otro... Proseguid: ¿qué os ha sucedido luego?

Le referí la llegada del capitán Thornton y de sus soldados, y cómo se nos había detenido al bayle y a mí en calidad de sospechosos. Las preguntas que me dirigió acerca del particular me recordaron el propósito del oficial, quien, prescindiendo de mi nombre, malsonante a sus oídos, había recordado la orden de detener a un individuo de cierta edad y a un joven, cuyas señas concordaban con las nuestras. Este hecho excitó de nuevo la hilaridad del proscrito.

—Por el pan que nos alimenta —dijo— que aquellos estúpidos tomaron al bayle por Su Excelencia y a vos por Diana Vernon. ¡Famosos perros de caza!

—¿Miss Vernon? —pregunté conmovido y temblando al pensar en la respuesta que iba a darme—. ¿Es aún este nombre el suyo? Poco ha pasó por aquí, acompañada por un caballero que parecía ejercer autoridad sobre ella.

—Sí, sí, está sujeta ya a legítima autoridad. Tiempo era ya, porque seguía una marcha contraria al buen sentido. Por lo demás, ¡buena muchacha, llena de corazón!... ¡Qué lástima que Su Excelencia no sea más joven! Un hombre parecido a vos o a mi hijo Hamish fuera más conveniente desde el punto de vista de la edad.

Con esto cayó por su base el castillo de naipes que mi imaginación, a despecho de mi raciocinio, se había complacido tan a menudo en levantar.

¿Debía esperar otra cosa desde que la había visto de nuevo? ¿Ni podía suponer que viajara de noche por aquellos sitios con alguien que no tuviera derecho legal de protegerla? Con todo, el golpe no fue menos cruel, y la voz de MacGregor excitándome a continuar mi relato, sonaba a mis oídos: sin dar a mi espíritu noción exacta del ruego.

—No os sentís bien —dijo, al fin, después de fijarse en que no obtenía respuesta—. La jornada ha sido muy penosa para vos, que no estáis acostumbrado a semejante género de vida.

El acento de interés con que se expresaba me devolvió la serenidad, haciéndome comprender las exigencias de la situación, por lo que continué lo mejor que pude. El lance de la acción librada en el despeñadero le causó mucho alborozo.

—Se dice —observó— que la paja del rey vale más que el grano de otro: pues a fe mía que no se dirá lo propio de los soldados del rey si se dejan derrotar por un puñado de hombres de bien para quienes ha pasado la edad de la guerra, y de chiquillos que no han llegado todavía a ella, sin contar las mujeres armadas con husos y ruecas y las demás, gente inútil. ¡Cáspita! ¿Y Dougal? ¿Quién sospechara tanta malicia en aquella cabeza desgreñada, que nunca ha tenido otro abrigo que sus crines como malezas? Pero sepamos la continuación, aunque nada bueno auguro de ella, pues mi Elena es un diablo que vale por cuatro desde que su sangre está hirviendo. ¡Pobre criatura! Razón le sobra para ello.

Le conté, con el posible cuidado, la acogida que se nos había dispensado, lo que le causó mucha pena.

—Mil marcos de oro diera por haber estado allá —dijo—. ¡Tratar así a forasteros y a mi propio primo, que tan bondadoso ha sido para conmigo! Menos me irritara saber que, en su ira, habían pegado fuego a medio Lennox. ¡Qué desgracia el fiar en mujeres y chiquillos! No conocen, en sus actos, ni razón ni templanza. Mas la falta ha sido del perro aduanero, que me hizo traición, viniendo a invitarme de parte de Rashleigh a una entrevista, por asuntos del rey, con él y Garschattachin, cosa tanto más verosímil en cuanto el mayor debe declararse por Su Majestad, así como parte de Lennox. Pues bien; solo reparé en la trampa cuando me vi en presencia del duque, y, una vez atado en la cincha, comprendí la suerte que me esperaba. Es que conozco a vuestro primo; es un astuto pícaro, salvo el debido respeto, que gusta de emplear gente de su calaña. Si es que no ha intervenido en el asunto, tanto mejor... El más corrido fue el imbécil de Morris. ¡Qué estúpida cara la suya, oyéndome ordenar que se le detuviera en calidad de rehén hasta mi regreso al clan! Mas héteme de vuelta, sin deberlo a él ni a sus compadres. ¡A ver cómo regresa él por su parte! ¡Oh!, no será sin pagar rescate; lo prometo.

—¡El último rescate que pueda exigirse de un hombre lo ha pagado ya!

—¿Eh? ¿Qué queréis decir? ¿Ha perecido en el combate sin duda?

—No, no; le han dado muerte a sangre fría, señor Campbell, terminado el combate.

—¿A sangre fría? Maldición —murmuró afretando los dientes—. ¿Cómo fue eso? Hablad sin llamarme señor ni Campbell. Estoy pisando las malezas de mi tierra, y mi nombre es Mac-Gregor.

La noticia le había puesto fuera de sí. Sin mostrarme ofendido por la rudeza de su lenguaje, le referí, clara y sucintamente, la ejecución de Morris. Sacudiendo, entonces, el suelo de un modo violento con la culata de su fusil:

—¡Por Dios vivo —exclamó— que no se necesita más para maldecir de mujer, hijos, parientes, clan y patria, todos juntos!... Y, no obstante, mucho tiempo hace ya que Morris se lo tenía merecido, el miserable. Hundirse en el agua, u oscilar en el aire con una piedra o una cuerda al cuello, es siempre morir ahogado, y le ha cabido la suerte que me preparaba. Bien meditado, prefiriera que se le hubiera quitado de en medio de una puñalada o de un tiro, ya que aquel modo de desembarazarse de él va a motivar un enjambre de estúpidas habladurías... Por lo demás, cada criatura tiene trazado su destino, y, llegada la hora, hay que partir... Nadie negará que Elena Mac-Gregor debe vengar sangrientos ultrajes.

Dicho esto, pareció como que quería borrar enteramente de su alma aquella idea, y me preguntó cómo había escapado yo.

El relato no fue largo, y lo terminé con el episodio del recibo de los papeles de mi padre, sin aventurarme, empero, a pronunciar el nombre de Diana.

—Seguro estaba de que los rescatarían —respondió Mac-Gregor—. La carta de que me enteré en la cárcel contenía órdenes formales de Su Excelencia, y decidido estaba yo a cooperar a ello. Ahí tenéis por qué os invité a dar una vuelta por las tierras altas; mas es probable que Su Excelencia haya encontrado a Rashleigh más pronto de lo que esperaba yo.

La primera parte de su contestación fue la que más me extrañó:

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Aquella carta que debía entregaros... procedía de la persona a quien tratáis de Excelencia?... ¿Era de su puño y letra? ¿Cómo se llama? ¿Cuál es su jerarquía?

—Puesto que lo ignoráis, no interesa mucho el comunicároslo, ni vale la pena de decíroslo. En cuanto a la carta, era de su propio puño y letra, circunstancia sin la cual traía yo entre manos demasiados asuntos que reclamaban tiempo y cuidado, como sabéis, para interesarme mucho en otro

nuevo.

Al momento, reaparecieron en mi memoria las circunstancias que habían despertado mis celos: las luces sorprendidas en la biblioteca, el guante, el menearse el tapiz que cubría la puerta secreta: todo lo recordé, y especialmente que Diana me había dejado solo para pasar a escribir, según creí entonces, la carta de que debía yo echar mano en caso de necesidad apremiante. En vez de vivir apartada en la soledad, prestaba oído a los galanteos de algún intrigante jacobita, oculto bajo el techo de la casa de nuestro tío. Había visto mujeres jóvenes venderse a precio de oro, sacrificar otras a la vanidad sus primeros juramentos de amor; empero ¿qué móvil impulsaba a Diana a inmolar mis afectos y los suyos? Ligada a un aventurero sin conciencia, recorría de noche el país en busca de una guarida mal reputada, sin otra esperanza de salvación y de fortuna que los vanos favores cuyo privilegio se arrojaban los Estuardos en su simulacro de corte de San Germán.

«Necesario es que vuelva a verla por poco que pueda —dije para mí—, y la amonestaré como amigo y como buen pariente acerca de los riesgos que está corriendo; facilitaré su retirada a Francia, donde podrá esperar más tranquila y decorosamente, en completa seguridad, el desenlace de las conspiraciones que está en vías de fomentar, a no dudarlo, el aventurero político a quien ha unido su destino».

Transcurridos algunos minutos de silencio, volví a hablar.

—De todo lo dicho, saco en conclusión que Su Excelencia (ya que no queréis llamarle de otro modo) residía en el castillo de Osbaldistone cuando estaba yo.

—¡Oh!, sin duda, y debía ser en las mismas habitaciones de la joven.

La antecedente indicación benévola hundió un nuevo dardo en mi corazón.

—Por lo demás, pocas personas, a excepción de Rashleigh y de sir Hildebrando, sabían que estuviera allá, y, por lo tocante a vos, erais ajeno al caso, así como los demás jóvenes dueños carecían de travesura bastante para impedir al gato aproximarse al guiso. ¡Qué magnífica casa, chapada a la antigua! Lo que más me entusiasma en ella es el número de reductos, de pasos y escondrijos. Podrán encerrarse veinte o treinta hombres en uno de aquellos y dejarles allá ocho días sin ser descubiertos, lo cual no deja de ser útil en casos dados. ¡Ah!, un castillo de aquella clase nos falta sobre alguna de las crestas de monte Royston, pero los pobres montañeses deben contentarse con sus bosques y sus cavernas.

—Y... supongo que Su excelencia estaría en el secreto del primer accidente acaecido a...

Dudando yo en pronunciar el nombre:

—A Morris, ¿no es eso? —continuó Rob Roy sin inmutarse, pues estaba demasiado acostumbrado a escenas violentas para que la emoción experimentada de momento durara mucho—. ¡Ah! A menudo he reído de muy buena gana recordando aquella treta: ahora no siento el valor de reírme, después del maldito accidente del lago. No, no: Su Excelencia nada ha sabido de la farsa preparada únicamente por nosotros dos, es decir, por Rashleigh y por mí. Lo que subsiguió es mucho más tremendo. Por de pronto, la picardía de Rashleigh en hacer que recaigan las sospechas contra vos, objeto de su inquina, desde el primer momento; luego miss Die, que barre de un golpe nuestras telas de araña y os libra de las garras de la justicia; después el cobarde Morris, aturdido de miedo y fuera de sí al ver entrar al verdadero culpable cabalmente cuando estaba acusando al inocente extranjero; y, por fin, aquel escribano perillán y aquel juez borrachín... ¡Ah!, sí: muchas veces he reído recordando el lance... Lo único que puedo ahora hacer en favor del pobre diablo es encargarme misas para descanso de su alma.

—Y ¿sabéis cómo tuvo miss Vernon influencia bastante sobre Rashleigh y sus cómplices para frustrar el plan que habíais combinado?

—¿Mi plan? No procedía de mí. No se me echará en cara el ser hombre que eche su peso sobre las espaldas de otro. Pero la verdad es que Rashleigh fue quien lo imaginó todo. Por lo tocante a influencia, claro es que la chica ejercía mucha sobre ambos por efecto del cariño que profesa Su Excelencia, no menos que por conocer a fondo muchas cosas cuyo secreto hubiera comprometido un asunto de aquella índole. ¡Llévese el diablo a quien confía secretos a las mujeres, o les da poder para que abusen de ellos! —añadió a guisa de conclusión—. No deben ponerse armas a merced de un loco.

Estábamos solo a distancia de pocos centenares de pasos del pueblo, cuando tres montañeses, cayendo sobre nosotros fusil en mano, nos impidieron el paso, preguntándonos a dónde íbamos.

—¡Gregarach! —dijo mi compañero con grave e imponente voz.

A la sola palabra antedicha contestó una explosión de gritos, o más bien de alaridos, de alegría. Uno de aquellos, echando a tierra su mosquete, abrazó tan estrechamente las rodillas del jefe, que le redujo a inmovilidad, soltando en gaélico un torrente de felicitaciones entrecortadas por exclamaciones de delirante embriaguez. Calmado aquel transporte, desaparecieron los otros dos individuos con la ligereza de gamos, compitiendo en quién llevaría primero al pueblo, ocupado por la fuerza del clan, la feliz noticia de la fuga y del regreso de Mac-Gregor. La nueva excitó una impetuosa satisfacción y un clamoreo que despertó los ecos todos de la montaña. Jóvenes y ancianos, hombres, mujeres y niños, se lanzaron a nuestro encuentro con el retumbar y la furia de

un torrente que se desborda.

El espectáculo de aquella multitud, voceante e hirviente, me inspiró una precaución oportuna: la de recordar a Rob Roy que era yo extranjero y estaba bajo su protección. Acto seguido me cogió por la mano y me retuvo a su lado. Todo el mundo le rodeó y le oprimió, dando ruidosas señales de amor y de dicha, que en verdad tenían algo de conmovedor: las manos todas se agitaron calenturientas hacia él, mas él no estrechó con la suya la de nadie antes de haber hecho comprender que debía tratármeme con los miramientos debidos a un amigo.

Una orden del gran Mogol no hubiera sido cumplida más presto; empero fue para mí no menos penoso ser objeto de sus obsequios que de su rudeza. Apenas si querían consentir en que el amigo del jefe hiciera uso de sus piernas: tanto era el celo que empleaban en ayudarme a andar; y, como chocara uno de mis pies contra una piedra, aprovecharon el resbalón para levantarme en brazos y llevarme en triunfo hasta la habitación de la señora Mac-Alpine.

Al llegar a la casilla hospitalaria, eché de ver que el poder y la popularidad tenían sus inconvenientes en la montaña como en todas partes. En efecto: antes de que se permitiera a Mac-Gregor franquear la puerta de la casa en que iba a buscar descanso y alimento, se vio precisado a referir la historia de su evasión una docena de veces por lo menos, según me dijo cierto obsequioso anciano, quien se tomó el trabajo, para complacerme, de traducir aquella otras tantas veces, y al que, por galantería, creí deber mío dispensar benévola atención.

Satisfecha la curiosidad se retiró el auditorio por pequeños grupos para ir a pasar la noche al raso o en las vecinas chozas, maldiciendo unos al duque y al mayor Galbraith, otros deplorando la suerte de Ewan, víctima probable de la amistad, y proclamando todos a una que la fuga de Rob Roy era muy comparable a cualquier hazaña de cualquier jefe del clan, empezando por Dougal-Ciar, fundador de este.

Cogiéndome entonces por el brazo, mi amigo el proscrito me hizo entrar en la sala del mesón. Mi primer impulso fue buscar, a través de la recargada atmósfera, a Diana y a su acompañante. No estaban allá, y comprendí que nuevas preguntas referentes a ellos me expondrían a violar un secreto que mejor era disimular. La sola figura conocida que distinguí fue la del bayle, quien, sentado en un escabel junto a la lumbre, escuchaba, con cierta fría dignidad, la enhorabuena de Rob Roy, las excusas de este por recibirle de tal modo y las preguntas que le dirigía acerca del estado de su salud.

—No va mal, primo —respondió—; no va tan mal, gracias. Por lo que toca a comodidades, no hay que contar con ellas, a menos de llevarse la casa a

cuestas, como el caracol hace con su concha. Habéis escapado de manos de nuestros enemigos, y lo celebro mucho.

—¿Qué es, pues, lo que os mortifica? Bueno va todo lo que en bien acaba. El mundo durará tanto como nosotros. ¡Vaya un vaso de aguardiente! Vuestro padre el síndico no se abstenía de beberlo en casos dados.

—Es muy posible, Rob, que lo hiciera cuando estaba cansado, y la suerte ha querido que lo esté yo hoy por más de un motivo. Empero —prosiguió, llenando lentamente una escudilla de madera capaz para el contenido de tres vasos—, era hombre muy cauto con respecto a la bebida, y en esto me le parezco yo. ¡A vuestra salud, Rob! —Y bebió un trago—. ¡A vuestra salud en este y en el otro mundo! —Nuevo trago—. ¡A la salud de mi prima Elena y de vuestros simpáticos muchachos, de quienes luego hablaremos!

Dicho lo cual, apuró el resto de la escudilla con aire de importancia y de compunción. Mac-Gregor guiñó el ojo hacia mi lado. El tono de prudencia y superioridad que adoptaba el bayle le parecía tan ridículo, como la afectación en tratarle ante el clan en armas, cual si le tuviera a disposición suya en la cárcel de Glasgow, y hasta quizá con mayor desparpajo. Con ello creo que quiso significarme Rob a mí, extranjero, que si toleraba las pretensiones de su pariente, era en atención a los derechos de la hospitalidad y sobre todo para divertirse con ellas.

Al colocar su escudilla sobre la mesa, el señor Jarvie me reconoció y me felicitó cordialmente por mi regreso, sin entrar de momento en más explicaciones.

—Hablaemos más tarde de nuestros asuntos —dijo—, mas es de razón que abran la marcha los del primo. Oíd acá, Rob: presumo que no hay aquí nadie capaz de ir a contar al Cuerpo municipal ni a otra parte palabra de lo que voy a deciros.

—No os calentéis la mollera por tan poca cosa, primo Nicolás. La mitad de los míos no entiende lo que decís, y la otra mitad le tiene sin cuidado aparte de que saben que arrancarían la lengua a quien se atreviese a repetir una sola palabra pronunciada en mi presencia.

—Siendo así, primo, y puesto que el señor Osbaldistone, aquí presente, es joven, discreto y fiel amigo, os participo, lisa y llanamente, que educáis a vuestra familia en prácticas malsanas.

Luego, tosiendo para despejar la voz, a guisa de exordio, substituyó la bondad de su sonrisa por la mirada de importancia austera, como se proponía usarla Malvolio en las grandes ceremonias:

—Comenzando por vos, primo, digo que no pesáis gran cosa en la balanza

de la justicia. En cuanto a mi prima Elena, prescindiendo de la acogida que me ha dispensado en este venturoso día, y, si la excuso en atención a lo turbado de su espíritu, no le estaba menos el de los antípodas de la amistad..., pero dejemos a un lado este motivo personal de queja; digo, pues, que vuestra esposa...

—No digáis nada, primo —interrumpió Rob, que se había puesto muy serio—, nada que un amigo no pueda decir y no pueda escuchar un marido. De mí hablad cuanto gustéis: libre sois de hacerlo.

—Bueno, bueno —dijo el bayle algo amostazado—. Dando de mano al tal capítulo... con tanto mayor motivo cuanto que no apruebo el que se perpetúe la discordia en las familias. Pasemos a vuestros dos hijos Hamish y Robin, nombres que equivalen, si no me engaño, a los de Jaime y Roberto... Espero que, con el tiempo, les deis estos últimos, pues ¿de qué sirve eso de Hamish y Eachine y Angus, sino es de riesgo de verles inscritos por robo de bueyes en los registros del tribunal del oeste, a instancias del fiscal?... Pues bueno; vuestros chicos, como decía ni siquiera han recibido los elementos ordinarios de una educación liberal. Sí, caro mío, ni siquiera tienen idea de la tabla de multiplicar, que es el eje de todos los conocimientos útiles, y no han hecho sino reírse y chancearse conmigo cuando les he evidenciado su ignorancia. Creería, en verdad, que ni siquiera saben leer, escribir, ni contar, si semejante cosa pudiera creerse de un pariente en país cristiano.

—Si supiesen pizca de ello, primo —expuso Mac-Gregor con la mayor indiferencia—, hubiera llegado a ellos por milagro. ¿Dónde diablos hubiera ido yo a buscarles maestros, a menos que fijara sobre la puerta de la facultad de Teología, en el colegio de Glasgow: se solicita un preceptor para los hijos de Rob Roy?...

—No es eso, primo. ¿Quién impedía enviar a los niños a lugar donde aprendieran el temor de Dios y las prácticas de los seres civilizados? Son ignorantes como los bueyes que en otro tiempo guiabais al mercado, o como los patanes ingleses a quienes los vendíais, siendo incapaces de obra de provecho.

—¡Qué han de ser! Hamish mata de un tiro una perdiz al vuelo, y Rob es capaz de hundir dos pulgadas de hierro en una tabla.

—¡Peor para ellos, primo, peor para ellos! —articuló el comerciante en tono doctoral—. Cuando no se sabe nada mejor, más vale ignorarlo todo. ¿De qué os ha servido vuestra destreza en manejar la espada, el fusil y el puñal teniendo por blanco carne humana o troncos de abeto? ¿No erais mucho más dichoso a la cola de vuestras bestias cornudas y dedicándoos a un honrado oficio, que no lo habéis sido después a la cabeza de vuestros guerreros? ¡Contestad, Rob!

Mientras, con la mejor intención, su pariente le amonestaba a su sabor, Mac-Gregor se estremecía y agitaba en todos sentidos, como si fuera preso de sufrimiento interior, resuelto, empero, a no quejarse. Por ello, me tardaba la ocasión de interrumpir el curso de moral tan fuera de propósito a todas luces, que el excelente señor Jarvie estaba dirigiendo a su extraño pariente. La conversación, no obstante, terminó sin que tuviera yo necesidad de intervenir.

—En conclusión —continuó el bayle—, he ahí lo que pienso. Como puede darse que se haya tomado mala nota de vos, en los protocolos de la justicia, para obtener vuestro indulto, y como sois demasiado viejo para correjros, yo, considerando que sería muy perjudicial el educar a dos amables muchachos en un estado de réprobos como el vuestro, los tomaré de buen grado como aprendices, aplicándoles a la lanzadera, que fue mi primer útil y el de mi padre el síndico, siquiera hoy, a Dios gracias, me dedique solo al comercio al por mayor. Luego...

Viendo que la frente de Rob se contraía, señal precursora de tempestad, el señor Jarvie se puso sobre aviso y añadió, a manera de paliativo, lo que tenía reservado para coronar sus generosos ofrecimientos, caso de que su proposición hubiera sido aceptada.

—¡Ea, Robin, muchacho mío, no hay para qué poner esa cara de entierro! Corren de mi cuenta los gastos de aprendizaje, y no he de reclamaros ni un sueldo de los mil marcos que me debéis.

—¡Ceade millia diaoul! —exclamó Rob levantándose y recorriendo la estancia a grandes pasos—. ¡Mis hijos tejedores! ¡Mil truenos! ¡Antes vea yo todos los oficios de Glasgow con sus devanaderas, plegaderas y lanzaderas arder en lo más profundo de los infiernos!

Se disponía el bayle a replicar, y trabajo me costó hacerle comprender que no era discreto ni conveniente insistir más. A los pocos momentos, nuestro huésped recobró su calma ordinaria.

—En suma; la intención es buena —dijo—, sí, es buena; por tanto, vengan esos cinco, Nicolás; y, si algún día coloco de aprendices a los chicos, vos seréis el preferido. Ahora, ya que habéis hablado de él, arreglemos el asunto de los mil marcos. ¡Eh! Eachine MacAnalister, trae acá mi sporrán.

Un montañés alto y fuerte, que parecía el lugarteniente de la partida, sacó de cierto escondrijo una especie de saco de piel de nutria marina, recamado de adornos y de chapas de plata, y parecido a los que los jefes del clan llevan a la cintura cuando visten traje de ceremonia.

—No aconsejo a nadie que abra mi sporrán sin poseer el secreto de él —dijo Rob Roy.

Dada la vuelta a un botón de la izquierda y a otro de la derecha, levantada una placa y bajada la otra, el saco, cerrado dentro de una guarnición de plata, se abrió por sí mismo, de modo que pudiera introducirse en él la mano. Para evitar, sin duda, ofensiva insistencia por parte de maese Jarvie, me hizo observar Rob una pequeña pistola de acero oculta en el interior, y cuyo escape, por lo que cualquiera que no hubiese conocido el secreto, al probar de abrir la cerradura, hubiera hecho disparar el arma y recibir la descarga en mitad del pecho.

—Aquí está —dijo señalando la pistola—, aquí está el tesoro de mis ahorros.

La sencillez del invento, destinado a proteger un saco de piel que tan fácil era reventar, sin preocuparse de los resortes, trajo a mi memoria el pasaje de la Odisea en que Ulises, en tiempos más bárbaros, para preservar su tesoro se limita a multiplicar nudos de cuerda alrededor del cofre en que lo ha encerrado.

El bayle caló sus anteojos para examinar el mecanismo, y devolvió en seguida el objeto a su propietario.

—¡Ah, Rob! —dijo sonriendo y suspirando a un tiempo—. Si la bolsa de los demás hubiera estado tan bien guardada, dudo de que la vuestra estuviera tan provista como hace presumir su peso.

—¿Qué importa, primo —dijo Rob soltando la risa—, si siempre está abierta para granjearse un amigo o para pagar una deuda legítima? Tomad —añadió extrayendo del saco un cartucho de piezas de oro—; ahí tenéis vuestros mil marcos; tomadlos y ved si sale la cuenta.

El señor Jarvie tomó el dinero en silencio, lo pensó un instante en su mano y le colocó de nuevo en la mesa, diciendo:

—Imposible, Rob; me repugna tocarlo. Nada bueno puede dar de sí... Demasiado he visto hoy de qué manantial llega hasta vos. Cosa mal adquirida jamás aprovecha, y... con franqueza, no lo quiero: me parece ver en él manchas de sangre.

—¡Bah! —dijo el proscrito con una indiferencia quizá solo aparente—. Es oro legítimo de Francia; no ha tocado todavía bolsa alguna de escocés, salvo la mía. Miradle, querido, veréis luses tan relucientes hoy como el día en que fueron acuñados.

—¡Peor, Rob, mucho peor aún! —respondió el bayle, y sus ojos se separaron del cartucho, en tanto que, a ejemplo de César rehusando la corona de las Lupercales, sentía comezón en los dedos por tocarlo—. La rebelión es peor que la brujería o el robo: lo dice el Evangelio.

—¡Como si se tratara aquí del Evangelio! Este oro llega a vos honradamente y representa una deuda legítima: ¿no es esto? Pues, aunque proceda del rey de allá, ¿quién os priva de darlo al de aquí? Estáis en vuestro derecho. Le servirá para debilitar a su enemigo, y, en cuanto a este, el pobre rey Jacobo no brilla poco ni mucho. A Dios gracias, no le faltan partidarios y amigos; pero, en cuanto a tener la bolsa muy repleta, es otro cantar.

—Siendo así, no contará con mucha gente en la montaña —dijo maese Jarvie, calando de nuevo las antiparras y desdoblado el cartucho.

—Ni tampoco en el llano —añadió Mac-Gregor, frunciendo el entrecejo y señalándome el bayle con un guiño.

Sin notar que se ponía en ridículo, el comerciante cedía a su antigua costumbre de pesar con cuidado cada pieza de moneda. Contada y recontada la suma, equivalente al importe de la deuda, capital e intereses, devolvió a Rob tres lises «para comprar un vestido a su prima», y otros dos «para los pequeñines», según él les llamaba, dejándoles en libertad de elegir lo que quisieran, exceptuando pólvora. Ante tan inesperada muestra de generosidad, el montañés deslumbrado contempló a su pariente, le dio las gracias por el regalo y reintegró los cinco lises a su bolsa de seguridad.

Acto seguido, el bayle presentó el documento original de crédito, al dorso del cual había escrito un recibo en regla, y, después de echar su firma, me rogó que uniera a ella la mía en calidad de testigo. Mas, como la ley escocesa exige las firmas de dos testigos para la validez del indicado acto, paseó la vista a su alrededor, preocupado respecto al medio de llenar aquel vacío.

—Excepción hecha de nosotros —expuso Rob Roy— trabajo costaría hallaren dos leguas a la redonda, a un hombre que sepa escribir; pero voy a arreglar el asunto en un santiamén.

Tomando el papel, colocado delante de su primo, lo echó al fuego, con lo cual tocó el turno de quedar deslumbrado al ciudadano.

—Así se saldan cuentas entre nosotros —prosiguió el montañés—. Si guardara yo papeles de esta especie, ¿quién sabe si algún día mis amigos podrían hallarse en un conflicto, motivado por sus relaciones conmigo?

El señor Jarvie no intentó rectificar el argumento, y se nos sirvió una cena en que reinaron una abundancia y hasta una delicadeza verdaderamente extraordinarias en semejante sitio. Se componía, en su mayor parte, de manjares fríos, lo que indicaba que habían sido preparados a cierta distancia, y de algunas botellas de buen vino de Francia, que dieron realce al sabor del venado. Una cosa me chocó, y fue que, haciendo los honores de la mesa con la más exquisita hospitalidad, Mac-Gregor nos pidió que le excusáramos con motivo de cierto pastel que había sido cortado antes de servirnos.

—Necesario es que sepáis —dijo al bayle, empero sin mirarme— que no sois esta noche los únicos huéspedes de Mac-Gregor, lo que creeréis sin dificultad, pues de otra suerte mi mujer y mis dos chicos se hubieran dado prisa en acompañaros, como es su deber.

Creí notar en el aspecto de maese Jarvie que no se sentía mortificado en lo más mínimo por la ausencia de aquellos, y compartiera yo en un todo su opinión, a no presumir, conforme a las excusas de Rob Roy, que estaban los mismos al servicio de Diana y de su compañero; y digo «compañero» porque ni por pienso podía resolverme a llamarle «esposo».

Por efecto de la multitud de desagradables recuerdos que dicha ilusión había despertado en mí, dispensé escaso honor a la cena, a pesar del buen recibimiento y de la excelente comida. No dejé tampoco de observar una previsión nueva de nuestro anfitrión, quien nos había procurado mejor lecho que aquel de que habíamos apenas disfrutado la noche anterior. Se había provisto de fresco ramaje a las dos yacijas menos malas, colocadas a lo largo de las paredes de la sala, haciendo de modo que quedasen encima las flores, convirtiéndolas en una especie de colchón suave y perfumado a la vez. Mantas y cuanto había podido hallarse de mejor en ropas de cama, extendido sobre aquel lecho vegetal, lo calentaban y hacían delicado.

El bayle se caía rendido de fatiga, y, aplazando yo para el siguiente día lo que tenía que comunicarle, dejé que se acostara en cuanto hubo abandonado la mesa.

Por lo que a mí toca, a pesar de mi extremo cansancio, no sentía gana alguna de dormir. Vaga inquietud me desazonaba, dándome calentura, y prefería acompañar a Mac-Gregor.

35

—No sé qué haga de vos, señor Osbaldistone —dijo Rob Roy acercando la botella hacia mí—. No coméis, no os sentís con gana de dormir, y, no obstante, tampoco bebéis, por más que este Burdeos sea digno de la bodega de sir Hildebrando. Si siempre hubieseis sido tan sobrio, os evitaríais el odio mortal de vuestro primo Rashleigh.

—Si siempre hubiese sido prudente —contesté, corrido, al recuerdo de la escena que traía a mi memoria—, evitara mayor desdicha: los remordimientos de mi conciencia.

Mac-Gregor me lanzó mirada penetrante y un tanto feroz, como para asegurarse de si aquel cargo, cuya fuerza sentía, iba o no dirigido a él.

Reconociendo, empero, que solo había pensado en mí mismo, se volvió a la lumbre dando un profundo suspiro. Hice lo propio, y permanecimos ambos, durante algunos minutos, absortos en melancólicas imaginaciones.

En la choza todo dormía o descansaba. Mi hombre fue quien rompió el silencio.

—El primo Jarvie abriga buenas intenciones —dijo en tono de quien se decide a abordar un asunto difícil—, pero insiste demasiado sobre mi carácter y posición actuales, atendiendo a lo que he sido, a lo que me han obligado a ser, y sobre todo a las circunstancias que me han reducido a lo que soy.

Aquí se contuvo.

La conversación que parecía prepararse, era de índole delicada, empero no pude abstenerme de contestarle que había, sin duda, muchas cosas que repugnaban a sus sentimientos en su situación actual.

—Contento estaría —añadí— si supiera que podía existir para vos alguna probabilidad honrosa de salir de aquella.

—Habláis como un niño —replicó con voz sorda, pero que vibró como lejano trueno—, sí, como un niño, que se figura que un viejo y nudoso roble puede torcerse tan fácilmente como un arbusto. He sido condenado a extrañamiento, deshonorado como traidor; se ha puesto precio a mi cabeza como a la de un lobo; mi familia ha sido tratada como la hembra y los cachorrillos del zorro, a quienes todo el mundo puede atormentar, insultar y envilecer. Hasta se me ha prohibido usar mi nombre, heredado de una larga sucesión de nobles guerreros, como si fuera un talismán para evocar al diablo. ¿Puedo olvidar todo eso?

Mientras se enardecía de aquel modo, vi claramente el objeto a que se dirigía: el de exasperar su resentimiento con la ostentación de sus agravios, a fin de justificar, a sus propios ojos, los extravíos a que se había visto arrastrado. Lo consiguió por completo. Sus ojos de acerado gris, a fuerza de agitarse en sus órbitas, se inflamaron hasta el punto de que parecían echar llamas; pateó el suelo con impaciencia, oprimió con una mano la empuñadura de su puñal, movió la otra con ademán trágico, y acabó por levantarse.

—¡Ah! —prosiguió con la misma voz cavernosa y ardiendo en pasión contenida—. Este nombre que se han atrevido a proscribir; ¡el nombre de Mac-Gregor! se verá, en efecto, que es talismán para amotinar los infiernos, y oirán hablar de mi venganza aquellos que cierran el sentido al relato de mis desgracias. El miserable tratante en bueyes de la montaña, el perdulario, el descalzo, el réprobo, el excomulgado, caerá sobre esos avaros cuya rapacidad le sustrajo más de lo que le quedaba, y el golpe será terrible. Se burlan del gusano que se arrastra por tierra y lo huellan con sus pies; mas cuando le vean

alzarse contra ellos, como fiero dragón entre llamas, ¡entonces serán ellos los que prorrumpen en gritos y alaridos!

Se sentó de nuevo y prosigue en tono más sosegado.

—¿A qué hablar de estas cosas? Considerar, empero, señor Osbaldistone, que se me acaba la calma. Verse castigado como bestia, y esto por amigos y vecinos; contemplarse expuesto a tantos sablazos y tiros de pistola, como lo he estado esta tarde en el vado de Trew, basta para apurar la paciencia de un santo, y más aún la de un montañés; cualidad preciosa por la que nos distinguimos, según se os habrá dicho. Mas no importa; Nicolás ha puesto el dedo en la llaga. El porvenir de mis hijos me desconsuela; sí me desconsuela pensar que Hamish y Rob llevarán la vida de su padre.

Cediendo, a propósito de sus hijos, a la debilidad que no sentía para consigo mismo, apoyó el codo en la mesa y la frente en la mano.

Su sentimiento paternal me conmovió lo indecible. Las explosiones de dolor que rompen a veces un alma altiva, valerosa y de gran temple, me han conmovido siempre más que los excesos de sensiblería de las personas débiles e impresionables. Experimenté vivo deseo de consolarle, aunque sin hacerme ilusiones acerca de las dificultades, de la imposibilidad si se quiere, de semejante tarea.

—Contamos —le dije— con extensas relaciones en el continente. ¿No podría encontrarse para vuestros hijos, con un poco de auxilio (y en verdad que tienen derecho positivo al de nuestra casa), algún honroso empleo en un ejército extranjero?

Testigo de la sincera emoción que me agitaba, mi compañero cogió una de mis manos, y, sin dejarme continuar, exclamó:

—¡Gracias, gracias!..., Ni una palabra más. Nunca creyera que los ojos de hombre alguno pudieran ver una lágrima en los párpados de Mac-Gregor.

Y con un gesto enjugó sus largas pestañas grises y sus grandes cejas rubias.

—Habla de ello mañana por la mañana, lo propio que de vuestros asuntos, porque los montañeses gustamos de saludar a la aurora cuando la casualidad nos permite dormir en buena cama. ¿No vais a echar conmigo un último trago?

Rehusé el ofrecimiento.

—En tal caso, por el alma de San Maronoch, beberé por dos. —Y, escanciando en su vaso una pinta de vino, por lo menos, lo apuró de un tirón.

Me eché en mi lecho de hojarasca, resuelto a aplazar ciertas preguntas para ocasión en que Rob tuviese más despejada la cabeza.

Aquel hombre singular dominaba de tal modo mi imaginación, que no pude abstenerme, fingiendo dormir, de observar algo más todos sus movimientos. De pronto, se dio a pasear a través de la estancia, murmurando alguna oración latina de la Iglesia católica y santiguándose; luego, después de quitar de un lado la desnuda espada y del otro la pistola, se arrebujó en su plaid, disponiendo el envoltorio de tal suerte que, a la primera señal de alerta, pudiera estar de pie y pronto a la defensa. Algunos minutos más tarde, el ruido de su respiración me indicó que dormía profundamente.

Estragado por la fatiga, trastornada la cabeza por el recuerdo de las escenas extraordinarias a que había asistido durante el día, no tardé tampoco, a pesar de sentir un motivo más de ansiedad, en sucumbir a un sueño pesado, de que no desperté hasta la mañana siguiente.

Al abrir los ojos, Mac-Gregor había partido ya.

Desperté al señor Jarvie, quien gimoteó, bostezó, se agitó y exhaló más de una lamentación, dedicada a sus doloridos miembros y a su ruda campaña de la víspera. Por fin le comuniqué la feliz noticia de la restitución de los billetes robados a mi padre. No bien se hizo cargo de lo que le manifestaba, dio de barato sus dolencias, echó luego pie a tierra y se puso, acto seguido, a comprobar, a tenor de las notas de Owen, el contenido del paquete que acababa yo de poner en sus manos.

—¡Bueno, bueno!..., esto es —dijo— Baillie y Whittington... ¿Dónde está Baillie y Whittington?... Setecientas libras, seis chelines, ocho peniques. Perfectamente cabal... Pollock y Peelman... Veintiocho libras, siete chelines... Corriente. ¡Loado sea el cielo!... Grub y Grinder... Esto equivale a oro... Trescientas setenta libras... Gliblad... Veinte libras... ¿Le queda algo todavía a Gliblad?... Slippery tongue... ¡Oh! En cuento a este, no hay cuidado. ¡Bah! Efectos de poca monta, zarandajas. El resto es sólido... ¡Vaya: bendito sea Dios! Ahora que se ha rescatado el paquete podemos despedirnos de este condenado país. ¡Ay, lago Ard! No he de acordarme de ti sin que se me pongan los pelos de punta.

Mac-Gregor entró cabalmente al exhalar maese Jarvie dicha exclamación.

—Lo siento, primo —dijo—. A haber podido estar yo allá, creed que la recepción hubiera sido muy distinta. Con todo, si no os disgusta visitar mi pobre morada...

—Muchas gracias; muchas gracias —replicó vivamente el bayle—. Preciso es que partamos el señor Osbaldistone y yo: debemos ponernos en camino.

—Como gustéis, primo, pues ya conocéis nuestro adagio: «Acoge al huésped que llega; no le detengas cuando quiera marcharse». Mas no penséis en regresar por Dryme. Voy a acompañaros al lago Lomond: un batel os

llevará hasta Balloch, donde encontraréis vuestros caballos, que mandaré por la vía terrestre. Máxima es de sabio no regresar por el mismo camino cuando puede escogerse otro.

—Si, ya sé, Rob, que es una de las que aprendisteis guiando bueyes: no gustabais mucho de encontrar a los colonos, cuyos prados esquilmará vuestro ganado andando de camino; empero, hoy temo que seguís vía peor aún.

—Razón de más para no pisarla a menudo. Asunto concluido: Dougal se encargará de los caballos, y nosotros nos convertiremos, por el momento, en criados del bayle, regresando no de Aberfoil o del país de Rob Roy, como podéis pensar, sino de una inocente gira a Stirling... ¡Vedle: aquí está nuestro hombre!

—A fe mía, que no hubiera reconocido la criatura —dijo el bayle.

No era fácil, en efecto, reconocer al salvaje montañés cuando apareció a la puerta del mesón con el sombrero, la peluca y el levitón que antes pertenecieran a Andrés Fairservice.

Montaba el jaco del señor Jarvie, llevando al mío por la brida. Su jefe le recomendó, como último encargo, que evitara el pasar por ciertos sitios donde pudiere excitar sospechas, que recogiera al paso tantas noticias como pudiera y que aguardara nuestra llegada en cierto paraje cercano a la barca de Balloch.

Luego nos invitó Mac-Gregor a partir: mas como había que recorrer un trayecto de unas dos o tres leguas antes del almuerzo, nos ofreció un vaso de aguardiente como excelente preservativo. El bayle trincó con él, declarando «detestable y pernicioso la costumbre de empezar la jornada con la bebida de licores fuertes, excepción hecha de cuando se trataba de pertrechar el estómago (órgano delicado) contra la neblina de la mañana, en cuyo caso su padre el síndico recomendaba un vasito, uniendo el ejemplo al precepto».

—¡Gran verdad, primo! —contestó Rob—. Por esto será que nosotros, llamados por sobrenombre hijos de la neblina, tenemos el derecho de beber aguardiente desde la mañana a la noche.

Así confortado, maese Jarvie cabalgó sobre un poney de las montañas. Se me ofreció otro, que rehusé, y reemprendimos, bajo auspicios y con guías muy diversos, el camino del día anterior.

Se componía nuestra escolta, además de Mac-Gregor, de cinco o seis hombres, los más guapos, robustos y mejor armados entre su gente, los cuales daban de ordinario la guardia inmediata de aquel.

Al aproximarse al desfiladero, teatro del combate y de acto más horrible aún, Rob Roy se apresuró a usar de la palabra, como para responder a los pensamientos que suponía debía preocuparme, ya que no decía yo nada.

—Tenéis formada de nosotros triste opinión, señor Osbaldistone, y no fuera natural lo contrario. Acordaos, empero, que la provocación no salió de nosotros. Nuestro pueblo es ignorante, grosero, y hasta si se quiere violento e irascible, pero no cruel. No hubiéramos turbado la paz ni las leyes del país a dejárenos gozar de los beneficios de la paz y de las leyes. Mas no: ¡hemos sido raza perseguida!

—Y la persecución vuelve locos a los más cuerdos —hizo observar el bayle.

—¿Qué deben hacer, pues, hombres como nosotros, que vivimos como vivían nuestros mayores mil años atrás, sin poseer más ilustración que ellos? ¿Que debíamos pensar de los edictos sanguinarios expedidos contra nosotros, de las horcas, de los cadalsos, de las persecuciones, de la interdicción de un nombre antiguo y respetable, sino que todo esto merecía las furiosas represalias que se producen entre enemigos? Yo, que os estoy hablando, he asistido a veinte combates, sin haber levantado jamás, a sangre fría, la mano sobre nadie, y, no obstante, se me delataría sin indecisión y se me colgaría como perro extraviado a la puerta del primer magnate que me quisiera mal.

Le respondí que, bajo el punto de vista inglés, conceptuaba la proscripción de su nombre y de su familia como medida arbitraria e inhumana, y, notando que había conseguido con esto calmar su irritación, renové mis ofertas en su favor y en el de sus hijos, si estos se decidían a pasar al continente.

Me estrechó cordialmente la mano, y, dejando pasar delante al señor Jarvie (expediente tanto más socorrido en cuanto que el sendero se iba estrechando) me retuvo cerca de él.

—Sois un excelente y honrado mancebo —dijo—, y sabéis corresponder a los sentimientos de un hombre de honor, mas la maleza que he hollado con mis pies durante mi vida debe florecer sobre mi cabeza después de mi muerte. Si perdiera de vista mis montañas natales, mi corazón no sería bueno para nada, caería mi brazo sin fuerza y se secaría como helecho sorprendido por la helada. No hay sitio en el mundo que pueda consolarme de la ausencia de mis cairns, ni de las peñas salvajes como son, que veis a nuestro alrededor. Y Elena, ¿qué sería de ella si la dejase sola, expuesta a nuevos ultrajes y a nuevas atrocidades? ¿Y acaso se resignaría a abandonar los lugares en que la conciencia de sus desgracias es endulzada por el recuerdo de las represalias?

»Un día fui reducido por el duque, mi prepotente enemigo (bien puedo darle este nombre), al último extremo. Obligado por la tempestad, abandoné mi país y mi casa, y con ellos a mi familia y mis gentes, para buscar asilo en las tierras de Mac-Callum More. Entonces Elena exhaló sobre nuestro destierro elegía tal que Mac-Rimmon, el bardo, no la compusiera mejor, y tan triste, tan desconsoladora, que nos partía el corazón al oírla. Se tomara por la

queja de un niño que llora a su madre, y las lágrimas asomaban a los ojos de nuestros feroces montañeses. ¡Ah! No quisiera, no sufrir iguales angustias ni al precio de los dominios todos que formaron en otro tiempo los de Mac-Gregor.

—Mas vuestros hijos están en la edad en que no suele repugnar a vuestros compatriotas el recorrer mundo.

—¡Sí!, contento me hubiera sentido viéndoles recorrer mundo al servicio de Francia o de España, como es costumbre entre nuestros hijos menores de Escocia. Ayer todavía me sonrió vuestra idea... Mas esta mañana, antes de que despertarais, he visto a su Excelencia.

Me latió el corazón.

—Conque ¿estaba hospedado cerca de nosotros? —pregunté.

—Más cerca de lo que podéis imaginar; y me ha parecido algo celoso al tratar de alejaros de la joven señora, en cuyo caso...

—¿Celoso? Ha sido adelantar mucho —dije con mortificado orgullo—. No le hubiera yo hostigado en su retiro.

—¡Vamos, mala cabeza!, no se os erice el pelo como a un gato montés dentro de un matorral de acebos, puesto que (y esto no es ya un misterio) os quiere bien sin prevención alguna, y de ello habéis tenido pruebas. La cosa ha sido cabalmente una de las razones que ha puesto fuego en el bosque.

—¿Fuego en el bosque? No comprendo...

—¿Qué es lo que se halla en el fondo de todos los males de este mundo? Las mujeres y el dinero, ¿verdad? Desde el día en que Rashleigh tuvo la convicción de que no sería esposo de miss Vernon, desconfié de él. De eso provino su rencor contra su Excelencia. Vino luego la cuestión de vuestros papeles, y apenas se vio obligado a devolverlos, corrió por la posta a Stirling y reveló a las autoridades (lo sabemos por buen conducto) todo cuanto se tramaba a la chita callando en las tierras altas, y más aún. He ahí de qué provino la orden de detener a su Excelencia y a la joven dama y de caer sobre mí de improviso. En cuanto a ese pobre diablo de Morris, a quien se le hacía creer todo, no dudéis de que es vuestro primo quien, de acuerdo con ciertos aguiluchos del llano, le había impulsado a tenderme el lazo en que caí. ¡Poco importa! Aunque sea el último y más valioso de su raza, que no se atravesase en mi camino, o que me estrangule el diablo si nos separamos antes de que mi puñal y su pellejo hayan trabado conocimiento a la vez...

Pronunció esta última frase con gesto amenazador y siniestra expresión.

—Me sentiría casi dispuesto a alegrarme de lo que ha sucedido —respondí—, si creyera que su traición hubiese de servir para evitar la realización de las

temerarias e insensatas maquinaciones de que creo es, tiempo ha uno de los autores.

—No lo esperéis: la lengua de un traidor no puede perder una causa justa. Convengo en que antes podía mucho en nuestros secretos; a no ser por ello, los castillos de Stirling y de Edimburgo estarían ya en nuestro poder o en vísperas de ser sojuzgados, mientras que ahora ya no hay que contar con ellos. Empero es en número excesivo la gente comprometida y demasiado justa la causa para que todo se hunda por la palabra de un traidor: se verá antes de poco. Y ahora, conforme iba a deciros, os agradezco en lo íntimo de mi alma vuestra proposición, que anoche no estaba muy distante de aceptar en interés de mis hijos.

«Hoy la perfidia de aquel malvado acabará de decidir a nuestros señores a reunirse cuanto antes, para dar un gran golpe, si es que no prefieren dejarse coger en sus moradas, ser aparejados como perros y arrastrados a Londres como tantos otros hidalgos detenidos en 1707. La guerra civil se parece al basilisco: diez años ha que estamos empollando el huevo que lo encierra; diez años más hubiéramos empleado: sobreviene Rashleigh, que rompe la cascara y hace aparecer de improviso al monstruo llamando a las armas. En parecido trance, necesito de todas mis fuerzas, y, con perdón sea dicho de los monarcas de Francia y de España, a quienes deseo todo el bien imaginable, nuestro rey Jacobo no vale menos que ellos y tiene derecho inmediato a los servicios de Hamish y de Rob, que han nacido súbditos suyos».

Discurso como el que antecede presagiaba, con demasiada claridad, un trastorno general del país. Chocar con las opiniones políticas del proscrito hubiera sido inútil y hasta peligroso, por lo cual me limité a deplorar el desorden y las desgracias que iba a resultar de una sublevación en favor de la rama real desterrada.

—¡Dejad hacer, amigo querido, dejad hacer! —replicó Mac-Gregor—. ¿Se ha visto jamás la negrura del cielo esclarecerse sin un chaparrón? Que el mundo se trastorne de arriba abajo, poco importa: los hombres honrados tendrán más probabilidad de ganarse el sustento.

Intenté hacer que recayera de nuevo la conversación sobre Diana, mas Rob Roy, que abordaba otros temas con una libertad de expresión que no siempre era de mi agrado, observó escrupulosa reserva acerca del que me interesaba más. «La joven, según esperaba él, estaría pronto en país más tranquilo de lo que prometía estarlo aquel por mucho tiempo». Y no quiso decir más.

Obligado a contentarme con semejante respuesta, me refugié en la esperanza de tener, como en reciente ocasión, a la casualidad por aliada: quizá se me ofrecería la triste satisfacción de despedirme de aquella que, en mi pecho, ocupaba espacio mucho mayor del que creyera yo antes de estar

próximo a separarme de ella por toda la vida.

Bordeamos el lago Ard durante más de dos leguas, tomando por un atajo que nos permitió admirar los sitios más hermosos y variados hasta una especie de cortijo, o más bien grupo de cabañas situado a la extremidad de la superficie del agua. Allá aguardaba para recibirnos un numeroso destacamento del clan de Mac-Gregor.

El gusto, lo mismo que la elocuencia, entre las tribus que viven en estado salvaje o, según calificación más exacta, en estado bárbaro, es de ordinario muy semejante, porque está exento de espíritu de sistema y de afectación. Ejemplo se me ofreció de semejante verdad en la elección del lugar en que aquellos montañeses se habían situado para esperar a sus huéspedes. Se ha dicho que fue hábil en un monarca inglés el recibir al embajador de una potencia rival sobre el puente de un navío de guerra: de igual suerte un jefe de clan no podía obrar con mayor oportunidad que adoptando para lugar de la cita, el que reunía en imponente conjunto las bellezas naturales de su país más a propósito para excitar la imaginación de sus visitantes.

Subimos a doscientos pasos de las márgenes del lago, a lo largo de un torrente. Habíamos dejado a mano derecha las cuatro o cinco chozas, alrededor de las cuales algunas parcelas de terreno, conquistadas al bosque tallar de las cercanías y cubiertas de cebada y de avena, parecían haber sido desmontadas con la azada más bien que con el arado. Más allá la cuesta era muy empinada, y vimos brillar, en lo alto de ella, las armas y flotar los plaids de unos cincuenta hombres.

El notable orden de aquella tropa y la magnificencia del paisaje me están llenando aún de admiración. El torrente, que aceleraba su corriente con estrépito, se rompía en aquel lugar contra un muro de rocas que le obligaba a distribuir sus aguas en dos cascadas. La primera tenía solo como una docena de pies de altura, y en la orilla opuesta un añoso roble inclinaba sobre ella su prepotente ramaje, como para envolverla en sombra misteriosa, en tanto que un gran pilón de esquisto, casi tan regular como si fuera tallado por mano de hombre, la recibía en su caída. Después de remolinear en él rápidamente, las aguas volvían a caer desde una altura de cincuenta pies en una sima estrecha y sombría, de que escapaban con menos furia para ir a perderse en el lago.

Con el gusto innato en los montañeses, y sobre todo en los de Escocia, cuya imaginación se presta fácilmente a las ideas novelescas y poéticas, la mujer de Rob Roy y su gente habían dispuesto el refrigerio en un lugar perfectamente escogido para infundir a forasteros respetuosa admiración. Es aquella una raza naturalmente grave y altiva, y, aunque bárbara, según nuestro criterio inglés, observa reglas de cortesía cuya aplicación frisaría en ridículo sin el aparato de fuerza que las acompaña. Convengo en que un sistema de

deferencia escrupulosa y de severa etiqueta parece grotesco en un aldeano, pero tiene su razón de ser en un montañés, que devuelve armado el saludo militar. Sabido esto, era muy natural que nuestra recepción diera lugar a un gran aparato de formalidades.

Apenas conocida nuestra aproximación, los guerreros, diseminados por uno y otro lado de la montaña, se reunieron y colocaron tiesos e inmóviles en ordenado batallón. Reconocí presto en la primera fila a Elena y a sus dos hijos. A su vez Mac-Gregor hizo que pasaran sus soldados a retaguardia, invitó a maese Jarvie a que se apeara con motivo de las asperezas del camino, y se colocó entre nosotros al frente de la escolta, avanzando todos lentamente al toque de las gaitas, cuyos sonidos chillones perdían parte de su rudeza al mezclarse con los rugidos de la cascada.

Cuando estuvimos a cierta distancia, salió Elena a nuestro encuentro.

Su tocado era menos descuidado que la víspera y de gusto más femenino, empero la fisonomía respiraba el mismo carácter altivo, inflexible y resuelto. Cuando estrechó en sus brazos a mi amigo el bayle, noté, por el estremecimiento de la peluca de este, así como por el de sus hombros y piernas, que aquel abrazo brusco y poco atractivo le causaba, con corta diferencia, la misma sensación que produciría el abrazo repentino de un oso a un viajero sorprendido e incapaz de distinguir si el animal está colérico o de buen humor.

—Primo —dijo Elena— bien venido seáis, y vos también, joven extranjero. —Y soltó a mi compañero, que retrocedió azorado para recomponer su cabeza—. Habéis llegado a nuestro infortunado país cuando la sangre hervía en nuestras venas y manchaba nuestros brazos. Excusad lo rudo del recibimiento que os dispensé ayer: la falta no está en nuestro corazón, sino en la desdicha de los tiempos.

Expresó lo que antecede con los modales de una princesa, en tono elevado y a estilo cortesano, sin el menor tinte de esa vulgaridad que se echa en cara a los escoceses del llano. Aparte de un marcado acento regional, Elena Mac-Gregor, cuando no usaba su poético lenguaje materno, hablaba inglés con gracia y facilidad, aunque no sin énfasis, porque, habiéndolo aprendido como aprendemos nosotros las lenguas muertas, no lo aplicaba a las necesidades corrientes de la vida.

Su marido, experto en más de un oficio, se expresaba de una manera más común y menos declamatoria, lo que no impedía que su palabra, al elevarse, rayase en la elegancia (si he logrado interpretarla fielmente) cuando las materias objeto de discusión ofrecían interés bastante para apasionarle. Al igual de otros montañeses que he conocido, era dado, en la conversación ingenua y familiar, a usar la jerga del llano; mas, al tratar un asunto serio e

interesante, sus ideas, aparejadas en su cerebro, según las formas de su lengua materna, revestían, al ser trasladadas al inglés, un carácter lleno de vigor, de nobleza y de poesía. Y es que, en realidad, el lenguaje de la pasión es casi siempre puro y elocuente, sin que sea raro oír a un escocés que acaba de sufrir de algún compatriota un diluvio de vehementes apóstrofes, contestarle a guisa de sarcasmo: «¡Ah, si recurrierais a vuestro inglés!».

Sea como fuere, la mujer de Mac-Gregor nos invitó a comer sobre la yerba un abundante refrigerio compuesto de cuanto la montaña puede ofrecer de más selecto. Su áspera gravedad y el penoso recuerdo de las escenas de la víspera bastaron a quitarle toda alegría. En vano el jefe se esforzó en animarlo: secreta angustia helaba nuestros corazones como en fúnebre ceremonia, y consuelo fue llegar al fin.

Al levantarnos para partir, Elena se dirigió al señor Jarvie, diciéndole:

—Adiós, primo: lo mejor que Elena Mac-Gregor puede desear a un amigo es no volverle a ver.

El bayle se esforzó en dar por respuesta alguna vulgaridad moralista, mas la fría y severa figura de su prima desconcertó su suficiencia menestral y rutinaria. El comerciante tosió, balbuceó, saludó y guardó silencio.

—En cuanto a vos, joven extranjero —prosiguió Elena—, tengo que entregaros cierta prenda de parte de una persona que jamás...

—¡Elena! —interrumpió su marido con severa voz—. ¿Qué significa esto? ¿habéis olvidado mis recomendaciones?

—Nada he olvidado, Mac-Gregor, de lo que ha de quedaren mi memoria. No a manos como estas —y extendió sus brazos desnudos, largos y nervudos— debe entregarse una prenda de amor si anunciara otra cosa que una desgracia. Joven —añadió presentándose una sortija que reconocí era una de las raras joyas que llevaba miss Vernon—, esto procede de alguien que no veréis más. Si es prenda de desdicha, fuera buena para permanecer en las manos de aquella que desconoce ya la felicidad. Sus últimas palabras fueron estas: «¡Que me olvide para siempre!».

—¿Cree, pues, que es posible? —exclamé sin darme cuenta apenas de lo que decía.

—Todo puede olvidarse —replicó aquella extraordinaria mujer—; todo, excepto el sentimiento, el deshonor y la sed de venganza.

—¡Seid suas! Ordenó Mac-Gregor dando violentamente con el pie en el suelo.

Los gaiteros obedecieron, y su estridente música puso fin al coloquio.

Después de despedirnos de nuestra huésped con silenciosos saludos, nos pusimos en marcha, llevando ya otra prueba de que Diana me amaba y de que me había sido arrebatada para siempre.

36

El camino pasaba a través de una tierra estéril, aunque pintoresca, que no me permitió examinar con atención el abatimiento de mi espíritu.

La majestuosa cúspide del Ben-Lomond, el rey de las montañas comarcanas, se elevaba a nuestra derecha semejando imponente límite.

Salí de mi apatía cuando, después de larga y penosa marcha bordeando la falda de un desfiladero, el lago Lomond apareció ante nosotros. No intentaré describir lo que es imposible comprender no habiéndolo visto. El noble lago, cubierto de encantadoras islas de la más caprichosa variedad, estrechándose hacia el norte hasta perderse en medio de la larga y oscura perspectiva de montañas, mientras se extiende hacia el sur y despliega su vasta latitud por entre sesgadas y promontorios de tierra fértil y risueña, constituye sin duda uno de los espectáculos más perfectos y más sublimes de la naturaleza. Los márgenes orientales, erizadas de rocas y de difícil acceso, eran entonces aquellas en que el clan de Mac-Gregor tenía su principal residencia. Para contener sus incursiones, se había establecido una pequeña guarnición en un punto central, entre el lago Lomond y otro inmediato. Empero, las fortificaciones naturales de la comarca, con sus numerosos canalizos, sus pantanos, cavernas y demás lugares de refugio y de defensa, daban al fuerte más bien cariz de refugio peligroso que de garantía de salvaguardia.

En más de un encuentro parecido al que presencié, la guarnición hubo de pasarlo mal por efecto de la audacia del proscrito y de su gente. Mandando él en persona, la victoria no se degradaba nunca con actos de crueldad, ya que, naturalmente humanitario, tenía demasiada sagacidad para atraerse sin motivo odios inútiles. Supe, con satisfacción, que había devuelto la libertad al capitán Thornton y a sus soldados, y que se contaban de aquel hombre notable muchos rasgos de clemencia y hasta de generosidad en casos parecidos.

Nos aguardaba en cierto ancón, protegido por enorme peña, una barca a cargo de cuatro vigorosos montañeses. Allí nuestro hombre nos despidió con todas las muestras de sincera cordialidad, casi de cariño.

Parecía existir entre él y Jarvie una como simpatía recíproca que formaba chocante contraste con su vida y sus costumbres tan opuestas. Después de abrazarse tiernamente y en el momento de separarse, el bayle, en la efusión de

su alma y con voz trémula por la emoción, aseguró a su pariente que «si alguna vez mil y hasta dos mil libras podían proporcionarle, a él y a su familia, una ordenada existencia, no tenía más que dirigir cuatro palabras a Salt-Market»; y Rob, poniendo mano en la empuñadura de su claymore y estrechando calurosamente con la otra la de maese Jarvie, declaró que «si alguno se atrevía, por acaso, a insultar a su primo, iría luego de enterarse, a cortar las orejas a aquel, aunque fuera el primer potentado de Glasgow».

Después del predicho cambio de protesta de alianza y de amistad para el porvenir, la barca se alejó de la orilla dirigiéndose al suroeste, hacia el extremo del lago que da nacimiento al río Leven.

Rob Roy permaneció algún tiempo de pie sobre la peña en que nos habíamos despedido, siendo fácil reconocerle por su largo fusil, su plaid movido por el viento y la pluma negra que coronaba su gorro; emblema y distintivo del hidalgo y del guerrero de las tierras altas. En nuestros días el gusto militar ha ornado los propios gorros con mazorcas de plumas negras parecidos a los penachos que se usan en los funerales.

La barca estaba ya a gran distancia cuando le vimos subir de nuevo por la montaña seguido por los hombres que le servían de guardia de corps.

Bogamos largo rato sin cambiar palabra. El silencio era solo interrumpido por uno de los remeros que cantaba en gaélico una melopea irregular y pesada, cuyo estribillo repetían a toda voz los compañeros.

El sesgo de mis ideas era bastante melancólico, siquiera me sirviese de algún consuelo el magnífico paisaje que me rodeaba. En el entusiasmo del momento y, a ser mi fe la de Roma, hubiera deseado vivir y morir ermitaño en el seno de aquellas islas seductoras entre las que se deslizaba nuestro batel.

Por su parte, el bayle estaba entregado a reflexiones de distinto orden. Al cabo de una hora de silencio, que empleó en cálculos preparatorios, intentó demostrarme la necesidad de desecar el lago y de «proporcionar al rastrillo y a la carreta muchos centenares (¡qué centenares!), muchos millones de mojas de tierra, de las cuales nadie sacaba otro beneficio práctico que el de pescar algún sollo o extraer algunas estacas para embarcaciones acá y acullá». Sobre este tema se intrincó en larga disertación con que asendereó mis oídos sin provecho para mi inteligencia. Lo más que recuerdo de ella es que entraba en sus cálculos el reservar parte del lago, bastante ancha y profunda, para la navegación de mercaderes y gabarras que transportaran mercancías de Dumbarton a Glenfalloch con tanta facilidad como lo verifican entre Glasgow y Greenock.

Llegamos, por fin, al sitio de desembarque, no lejos de las ruinas de una antigua alquería, y donde el lago echa el sobrante de sus aguas en el Leven.

Dougal nos aguardaba con los caballos.

El bayle había ultimado su plan en favor de la «criatura» ni más ni menos que para el cegamiento del lago Lomond, y tal vez, en uno y otro caso, se había preocupado más de lo útil que de lo posible.

—Dougal —dijo a este—, sois una buena criatura que poseéis el sentido de lo que se debe a los superiores; pero me dais pena, Dougal, pues es imposible que vuestro género de vida no os lleve derechamente al patíbulo, roas o menos tarde. En atención a mis servicios como magistrado, y, antes que a los míos, a los de mi padre el síndico, me lisonjeo con la creencia de que tengo influjo bastante en el concejo municipal para conseguir que se pase una esponja sobre faltas más graves que la vuestra; por todo lo cual he pensado que, si queréis regresar a Glasgow con nosotros, siendo forzudo como sois, podré emplearos en mis almacenes.

—Ella queda muy obligada a Su Honor —respondió Dougal—; mas será el diablo quien la lleve de nuevo a una calle empedrada, a menos que se la arrastre al extremo de una cuerda, como le ha sucedido ya.

Decía verdad. Se le encerró en la cárcel de Glasgow por delito de merodeo; se granjeó la buena voluntad del alcaide quien, por exceso de confianza, le elevó a la clase de llavero y cumplía con exactitud sus deberes, al menos según parece, hasta el momento en que la inesperada aparición de su antiguo jefe despertó en él los instintos del montañés.

Estupefacto al recibir tan clara negativa a sus ventajosos ofrecimientos, el bayle se volvió hacia mí diciendo:

—¡Decididamente la criatura no es más que un idiota!

A mi vez, expresé mi gratitud a Dougal poniendo en su mano un par de guineas: demostración que fue mucho más de su agrado, pues al contacto del oro, pegó dos o tres saltos con la ligereza de un cabrito, dando con los tacones a derecha e izquierda: cosa que asombrara a un profesor de baile. Corrió luego a enseñar su propina a los bateleros quienes, entusiasmados por una ligera gratificación, se asociaron a sus brincos. Después, según expresión predilecta del místico Bunyan «emprendió su camino y no le volví a ver».

El señor Jarvie y yo montamos a caballo, tomando por el camino de Glasgow.

Perdidos de vista el lago Lomond y su soberbio anfiteatro de montañas, no pude reprimir un adiós del alma a aquellas maravillas, siquiera no ignorase de antemano que mi compañero no era de carácter a propósito para compartir mis expansiones de entusiasmo.

—Sois joven e inglés —observó—, y todo eso puede pareceros magnífico;

pero yo, hombre sencillo y que me precio de entender algo en valoración de terrenos, diera la más hermosa de las perspectivas por ver cualquier ángulo de los barrios de Glasgow. Una vez allá, no ha de haber negocio tonto (dispensad, señor Francis), que en lo sucesivo me haga perder de vista el campanario de San Mungo.

Los deseos del buen hombre se vieron satisfechos: apresurando el paso, pudimos llegar a su casa aquella misma noche, o, por mejor decir, a la madrugada del siguiente día.

Después de confiar a mi digno compañero de viaje a los tiernos cuidados de la discreta Mattie, volví al mesón donde, a pesar de lo intempestivo de la hora, vi brillar todavía luz.

Andrés en persona fue quien me abrió la puerta. Al oír mi voz, lanzó un gran clamor de alegría y, sin decirme palabra, subió los escalones de cuatro en cuatro hasta el segundo piso que estaba iluminado. Convencido de que iba a avisar a Owen de mi regreso, le seguí de cerca. Owen no estaba solo en el aposento: con él estaba otra persona...

Era mi padre.

Su primer impulso fue permanecer digno y dominarse.

—Francis —dijo—, muy contento estoy de veros.

Cediendo, empero, a la naturaleza, me estrechó en sus brazos sin articular otras palabras que «¡Hijo mío! ¡Mi querido hijo!».

Owen cogió una de mis manos y la bañó con sus lágrimas, felicitándome por mi regreso. ¡Escenas de efusión íntima! Pueden verse y comprenderse, pero no se cuentan. Recordando aquel momento de felicidad, siento todavía rodar el llanto por mis mejillas.

Dada expansión a nuestros sentimientos, he aquí lo que se me refirió.

Mi padre había llegado a Holanda poco después de haber salido Owen para Escocia. Pronto y resuelto en todos sus actos, solo se detuvo el tiempo necesario para atender a los compromisos de su casa. El feliz éxito de sus especulaciones en el continente había aumentado su capital y fortificado su crédito, por lo que le fue fácil, con la ayuda de inmensos recursos, hacer frente a dificultades debidas quizá solo a su ausencia. Salió entonces para Escocia a fin de perseguir a Rashleigh en justicia y ordenar los asuntos pendientes en este país.

La llegada súbita de mi padre, poderoso como nunca y dispuesto a saldar cuentas con sus acreedores, no menos que a proporcionar pingües beneficios a los corresponsales, fue como un rayo para los Mac-Vittie que le creían al borde de la ruina. Profundamente irritado por el trato que dieran a su

dependiente principal y agente de confianza, rechazó excusas y proposiciones de arreglo, saldó cuenta y declaró que debían borrar su nombre del libro mayor, es decir, renunciar para siempre a los cuantiosos beneficios que obtenían de él.

La satisfacción de haber desenmascarado a tan falsos amigos no había disipado la viva inquietud que le inspiraba mi ausencia. No entraba en las ideas de Owen, el hombre ingenuo, que un viaje de quince a veinte leguas, tan cómodo y socorrido en las cercanías de Londres, pudiera exponer al menor peligro; mas no tardó en participar de los recelos de mi padre, qué conocía mejor las tierras altas y el carácter indomable de los habitantes de las mismas. La llegada de Andrés, que adelantó a la mía de algunas horas, acabó de consternarles en el cuadro horroroso que trazó de la situación en que me había dejado. El duque entre cuyas tropas estaba él, en cierto modo, prisionero, le despidieron después de sumario interrogatorio, le había suministrado los medios para regresar inmediatamente a Glasgow y comunicar a mis amigos lo que me pasaba.

Andrés era de esos hombres a quienes no disgusta atraer sobre sí la especie de atención pasajera y de lúgubre importancia que se dispensa a un portador de malas noticias. Lejos de atenuar el efecto que las suyas debían producir, lo exageró por tener ante él y como oyente al rico banquero de Londres, extremando los riesgos de que me había librado yo, eso gracias, según indicó, a su prudencia, a sus esfuerzos y a su astucia... Y ¿qué sería de mí, falto de mi ángel custodio, en forma de señor Fairservice?

—¡Es horrible, lamentable! —había exclamado.

«En cuanto al bayle, para nada serviría en caso apurado: menos que para nada. ¡De estorbo solo!». Y Dios sabe el horror que profesaba Andrés a semejantes seres. De seguro que había para estremecerse pensando en la suerte del pobre señorito entre aquel zipizape de jinetes por un lado, con sus Pistolas y carabinas que disparaban una tras otra tiros como granizadas, y, por otro, de montañeses armados con dagas y claymores, y a todo eso, las aguas profundas y arremolinadas del Avoudhu o Forth.

Semejante reseña sumiera a Owen en desesperación a estar solo y entregado a sí mismo. Por fortuna, la perspicacia de mi padre supo apreciar el carácter de Andrés y a lo que se reducía la veracidad de sus noticias. Despojándolas, empero, de exageración, quedaba aún mucho de alarmante para un padre, y el mío resolvió pasar, por sí mismo, a negociar o rescatar mi libertad. Se puso, en consecuencia, a trabajar con Owen para despachar algunas cartas apremiantes y a dictar instrucciones relativas a ciertos asuntos que ultimar durante su ausencia. He ahí por qué les hallé sin acostarse a aquella hora de la noche.

Muy tarde era cuando nos separamos, pero excesivamente agitado para entregarme a las dulzuras del sueño, me levanté de mañana el día siguiente.

Fiel a sus deberes, Andrés llegó mientras me arreglaba, a prestarme su auxilio, mas en vez de la facha de espantajo que ofrecía en el clachan de Aberfoil, se presentó en traje muy decente: en el de empresario de funerales.

Después de muchas preguntas, que el taimado fingió no comprender en el acto, me dio la siguiente explicación. La pérdida irreparable de mi persona, que creyó positiva, le había sugerido la idea de vestir luto, y el prendero en cuya casa se había equipado, rehusaba tomar de nuevo las ropas. Como el baúl de Andrés se había extraviado o había sido robado, estando él al servicio de Mi Honor, ni yo ni mi respetable padre, sobre quienes la Providencia derramara tantos beneficios, no consentirían que tamaño gasto corriera a cargo de un pobre diablo. «¡Traje completo! ¡Vaya un gasto para un Osbaldistone (por quien loaba al cielo) tratándose de un antiguo y adicto servidor de la casa!».

Bien considerada, no faltaban apariencias de justicia a la pretensión de Andrés y su proceder ladino obtuvo éxito completo, con lo cual se a vio de lo lindo sin olvidar el castor y lo demás indispensable para permitirle llevar luto por un amo lleno de vida y de salud.

No bien mi padre hubo dejado la cama, su primer cuidado fue visitar al señor Jarvie, cuyo proceder estimable le inspiraba la más viva gratitud, que le expresó en algunas frases enérgicas y bien sentidas. Explicado el nuevo sesgo de sus negocios, se ofreció a confiarle en condiciones ventajosas los que hasta entonces habían corrido a cargo de los Mac-Vittie.

El señor Jarvie felicitó cordialmente a mi padre y a Owen por el afortunado desenlace de la crisis, y, sin simular que rebajase el mérito de su auxilio en circunstancias menos prósperas, añadió:

—A fe mía, que me he portado con voz como quisiera que los demás se portaran conmigo. En cuanto a la latitud mayor de nuestras relaciones, la acepto francamente y os lo agradezco. Si Mac-Vittie se hubiese conducido como hombre de bien, me disgustara tanto quedarme con su empleo como cederle el mío; mas ya que ha sucedido todo lo contrario, no le queda más que resignarse.

El bayle me tiró en seguida por la manga y, llevándome aparte, dijo con talante algo mohíno, después de retirarme sus enhorabuenas.

—Mucho deseo, señor Francis, que se hable lo menos posible de las extrañas cosas que hemos presenciado allá. Es inútil, salvo en caso de requerimiento judicial, decir palabra de la terrible muerte de Morris; los miembros del concejo municipal no conceptuarían honroso para uno de sus

colegas el haberse batido con montañeses y chamuscándoles el tartan. En fin y sobre todo, aunque yo sea hombre serio y respetable cuando estoy aplomado sobre mis piernas, me imagino, pese a mí, la ridícula facha que hube de ofrecer, sin sombrero ni peluca, suspendido por la mitad de mi cuerpo como ropa echada en una silla. ¡El bayle Grahame aprovecharía como buen triunfo en su baraja la noticia de la historia!

No pude contener una sonrisa recordando aquel accidente, por más que de momento no vi en él nada de cómico. El buen comerciante, bastante confuso al principio, sonrió también.

—¡Pse!... ¡Ya veis! —dijo meneando la cabeza—. ¡Ya veis! Sed buen chico, no habléis de ello y encargad a vuestro criado, cuya lengua es tan suelta, que se calle acerca del particular. Por todo un imperio no quisiera que la muchacha Mattie supiera algo: fuera cuento de nunca acabar.

La próxima partida de mi padre, cuya noticia le comuniqué, pareció aliviarle de un gran peso: del miedo al ridículo. Nada, en efecto, retenía ya a mi padre en Glasgow después de haberse posesionado de casi todos los papeles sustraídos por Rashleigh, y, en cuanto a los que este había convertido en metálico, ya para sus gastos, ya para sus intrigas políticas, no había que esperar el reintegro sino por las vías legales. Se instruyó proceso, y nuestros abogados prometieron no dejarlo de mano.

El señor Jarvie se empeñó en retenernos todo el día, y nos despedimos de él, como lo voy a hacer yo mismo.

Continuó prosperando así en fortuna, como en crédito y buen nombre, llegando a ocupar los más honoríficos puestos de la ciudad. Unos dos años después de la época a que me refiero, cansado de mantenerse soltero, hizo que dejara Mattie el torno de la cocina por el alto extremo de la mesa, elevándola a la categoría de señora Jarvie. El bayle Grahame, los Mac-Vittie y otros rivales (¿quién no tiene enemigos acá abajo y especialmente dentro de un concejo municipal?) se mofaron de lo lindo, a lo que respondió el bayle:

—¡Bah! ¡Dejemos a las malas lenguas que hagan de las suyas! Hagámonos el sordo, ya que maldita la gana que tengo de renunciar a mi chiquita por una cosa tan fútil como una semana de chismes. Mi digno padre tenía su dicho:

Cejas de ébano y cutis de lirio,
pecho amante, prudencia y franqueza
valen más que dinero o nobleza.

«A más de que —y era esta su conclusión favorita—, Mattie no es hija de un cualquiera: es la primita del laird de Limmerfield».

Si debió ella la metamorfosis mencionada a su alcurnia o a sus buenas

cualidades, cosa es que ignoro; lo cierto es que su comportamiento fue ejemplar en su grandeza, disipando los recelos de algunos amigos del bayle que juzgaban la prueba asaz arriesgada. Y con esto, no queda, que yo sepa, en la útil y sosegada existencia de maese Jarvie otro incidente que merezca la pena de ser narrado.

37

A la mañana del día siguiente y durante nuestros preparativos de marcha, Andrés se precipitó como un loco en mi aposento, dando muchos brincos y piruetas y cantando con más vigor que de costumbre:

¡El horno está ardiendo!...

Muere ella de amor...

¡El horno está ardiendo!

Trabajo me costó poner término a tan incoherente música y sobre todo conocer los motivos de la misma. Andrés por fin se resolvió a comunicarme lo que sigue, como si fuera la mejor noticia del mundo:

—Las tierras altas están del uno al otro extremo en plena insurrección. Rob Roy, al frente de sus bandidos sin calzones, va a caer sobre Glasgow antes de que el horario haya dado dos vueltas al cuadrante.

—¡Callaos, triple necio! —le dije—. No hay más sino que estáis borracho o loco... Y, aunque hubiera algo de verdad en lo que decís, ¿fuera esto motivo para cantar, tunante?

—¿Borracho o loco? —exclamó el imprudente—. ¡Ya, ya! Siempre está borracho o loco el portador de una noticia que no se espera saber. ¿Por qué canto? ¡Vaya! Los clanes sí que nos harán cantar una condenada antífona, si somos bastante borrachos o locos para esperarlos.

Me apresuré a ir a encontrar a mi padre. Owen y él estaban muy preocupados.

Andrés no había mentido. La gran rebelión que trastornó nuestra patria en 1715 acababa de estallar. El conde de Mar había enarbolado el pendón de los Estuardos: empresa fatal e intempestiva que causó la ruina de buen número de respetables familias de Inglaterra y de Escocia. La traición de ciertos agentes jacobitas, en especial la de Rashleigh, y la detención de algunos otros, habían descubierto al gobierno de Jorge I las numerosas ramificaciones de un complot preparado muy de antemano; empero, la explosión fue prematura y se concretó

a una parte del reino demasiado lejana para producir, en el resto del país, otros efectos sensibles que el de un gran desorden.

El acontecimiento confirmó y esclareció, a un tiempo, las confidencias, bastante oscuras, por cierto, de Mac-Gregor, y me dio la explicación de por qué los clans del oeste, reunidos contra él, habían prescindido de sus particulares agravios ante la consideración de que iban en seguida a verse reunidos bajo la misma bandera. ¡Con cuánta amargura pensé entonces en Diana! Unida a uno de los más fogosos causantes de la insurrección, debería verse expuesta a todos los riesgos y a todas las vicisitudes de la parte aventurera que desempeñaba su marido.

Acto seguido nos ocupamos en concertar las medidas indispensables en aquel momento de crisis. Mi padre nos expresó su propósito, que era el de partir para Londres, sin otra demora que la necesaria para sacar los pasaportes. Le comuniqué mi deseo de entrar en alguno de los cuerpos de voluntarios, que no dejarían de formarse, a lo que consintió en seguida, pues, aunque contrario al oficio de las armas, nadie por principios arriesga su vida con mayor abnegación que él en defensa de las libertades civiles y religiosas.

Nos era preciso atravesar, de prisa y corriendo y no sin riesgo, los condados de Lanark y de Dumfries, fronterizos de Inglaterra. En dicha región la nobleza del partido tory estaba pronta a poner en pie de guerra hombres y caballos, mientras que los whigs armaban a los habitantes de las poblaciones de alguna monta. Por ambos lados se preparaba la lucha, y gran suerte fue el no vernos detenidos diez veces, obligándonos con frecuencia la necesidad a tomar por caminos extraviados para evitar los sitios en que se reunían los futuros combatientes. De regreso en Londres, se asoció mi padre a la liga de los banqueros y principales comerciantes, que se habían puesto de acuerdo para sostener el crédito del Estado y oponerse a la depreciación de los fondos públicos, en la cual los conspiradores fundaran en gran parte sus esperanzas de éxito, condenando al Gobierno, por decirlo así, a una especie de quiebra. Mi padre fue escogido como uno de los directores de la formidable unión de capitalistas por efecto de la absoluta confianza que estos, sin excepción, tenían en su celo y actividad, pasando a ser, en consecuencia, órgano de sus relaciones con el Gobierno, por lo cual halló medio de recobrar, así sobre los fondos de su casa como sobre aquellos de que podía disponer, inmensa cantidad de efectos públicos que, a la primera noticia de la revuelta, habían invadido a bajo precio el mercado.

Tampoco permanecí yo inactivo. Encargado de cierta comisión organicé, a expensas de mi padre, una compañía de doscientos hombres, al frente de la cual fui a reunirme con el cuerpo del general Carpenter.

A todo esto la rebelión se había propagado hasta Inglaterra.

El conde Derwentwater se había levantado en armas contra su soberano, lo propio que el general Forster. Mi pobre tío, a quien la mala conducta y los despilfarras de sus hijos, el desorden de su casa y también su propia incuria habían arruinado en las tres cuartas partes de sus bienes, se dejó fácilmente seducir por la malhadada causa. Antes, empero, mostró una previsión de que nadie le creyera capaz: otorgó testamento.

En fuerza de tal acto, dejaba todos sus bienes, incluso los de Osbaldistone a cada uno de sus hijos, por orden de primogenitura, y a los herederos varones de los mismos, si bien, al llegar a Rashleigh, a quien la apostasía política había hecho execrable para su padre, le legaba solo un chelín de legítima, sustituyéndome, en su lugar, a título de más próximo heredero. El viejo hidalgo me había profesado siempre amistad, pero es probable que, lleno de confianza en la numerosa y robusta generación que se movía en armas a su alrededor, considerara dicha disposición testamentaria como si debiera quedar en estado de letra muerta, habiéndola llevado a cabo, sobre todo, para consignar su resentimiento contra la doble traición de Rashleigh. Por cláusula particular, legaba a Diana Vernon, entonces lady Beauchamp, ciertos diamantes que pertenecieron a su tía, y un jarrón de plata, sobre el cual estaban grabadas en un mismo escudo las armas de las familias Vernon y Osbaldistone.

¡Ay!, la Providencia había decretado que tan floreciente estirpe desapareciera antes incluso de lo que el viejo presumía.

En la primera revista que se pasó a los rebeldes, en un sitio llamado Green Rigg, Thorncliff se querelló por una cuestión de etiqueta con cierto hidalgo de las fronteras del Northumberland, tan violento e intratable, por lo menos, como él. A despecho de todas las advertencias, dieron a su comandante la medida del caso que debía hacerse de la disciplina entre aquellos soldados: se desafiaron a espada, y mi primo quedó muerto en el campo. La pérdida era considerable para sir Hildebrando, ya que, a pesar del detestable carácter de Thornie, contaba este con uno o dos gramos de buen sentido más que sus hermanos menores, exceptuando siempre a Rashleigh.

Perceval, el borrachón, tuvo también un fin digno de sus méritos. Hizo una apuesta con otro hidalgo, que, por varias hazañas del género, se había granjeado el formidable apodo de Pellejo de brandevina, y fue sobre quién bebía más cantidad del mencionado licor en honra del rey Jacobo, que acababa de ser proclamado en Morpeth. El desafío alcanzó proporciones colosales. He olvidado la cantidad precisa que tragó Percy; lo que sí sé es que le causó tan ardiente calentura, que falleció de resultas a los tres días, sin haber cesado de gritar: «¡Agua! ¡Agua!».

Dick se rompió la nuca cerca de Warrington. Queriendo hacer que

alardeara un potro extenuado que intentaba él traspasar a cierto negociante de Manchester, recientemente comprometido, se lanzó montado en aquel por sobre elevada valla; el animal tropezó, y el infortunado perdió la vida.

Por lo que toca a Wilfrid, el imbécil, llevó, como sucede a veces, la mejor parte entre los miembros de la familia. Pereció en el combate de Preston el día en que el general Carpenter atacó las barricadas. Combatió con mucho denuedo antes de darse exacta cuenta de los motivos de la guerra, según se me ha dicho, y, sin recordar muchas veces a cuál de los dos monarcas servía.

John se portó con igual valor en la misma acción de guerra, recibiendo muchas heridas, de que no tuvo la suerte de morir sobre el campo de batalla.

Los rebeldes capturaron, al siguiente día, a sir Hildebrando, anonadado de dolor por efecto de tantas catástrofes sucesivas; figuró en el número de los prisioneros, y, conducido a Londres, fue encerrado con su último hijo en la cárcel de Newgate.

Libre de mis deberes militares, me ocupé, sin pérdida de momento, en suavizar la desgracia de mis próximos parientes. El crédito de mi padre cerca del gobierno y la compasión que de todos lados excitaba un anciano, privado de cuatro hijos en tan corto tiempo, hubieran evitado, sin duda, a mi tío y a mi primo la desdicha de verse sometidos a juicio por crimen de alta traición, mas un tribunal superior había pronunciado ya su condena.

A consecuencia de sus heridas, John sucumbió en la cárcel y sus últimas palabras fueron para recomendarme un par de halcones que había dejado en Osbaldistone y una faldera negra llamada Lucy.

Mi pobre tío parecía literalmente aplastado bajo el peso de sus desventuras domésticas y de la situación a que le habían reducido tantos horrores. Hablaba poco, pero con semblante que manifestaba gratitud por los cuidados que me era dable prodigarle. No asistí a la entrevista que tuvo con mi padre, la primera desde tan gran número de años a aquella parte, y en circunstancias tan aflictivas; empero, a juzgar por las apariencias, hubo de ser por todo extremo dolorosa.

Hablando de Rashleigh, el único sobreviviente de sus hijos, se expresaba sir Hildebrando con mucha amargura: le imputaba la ruina de su casa, como también la muerte de los demás hermanos, protestando de que no se habrían lanzado a la revuelta sin la instigación del mismo que había sido el primero en abandonarles. Una o dos veces habló de Diana en ton de cariño sincero.

—Sobrino —me dijo un día en que estaba sentado yo a la cabecera de su lecho—, ahora que Thornie ha muerto con los demás, me disgusta que ella no pueda ser tuya.

La expresión de todos los demás hizo acudir las lágrimas a mis ojos. Era costumbre inveterada en el baronet, cuando por la mañana se disponía para salir de caza, al designar nominativamente a Thorncliff, su hijo predilecto, y a los hermanos de este, de una manera general. «¡Llamad a Thornie y a todos los demás!», gritaba con su recia voz... ¡Cuánta distancia entre aquel humor jovial y el tono lúgubre y desolado con que acababa de pronunciar las mismas palabras! Se comunicó entonces el contexto de su testamento, entregándose copia auténtica de este. El original estaba depositado en poder de mi antiguo conocido el juez Inglewood, quien, por no tener enemigos, era como potencia neutral. Confiando en él por igual los dos partidos, creo que había recibido la mitad de los testamentos otorgados durante aquella época en el Northumberland.

Mi tío dedicó buena parte de sus últimos momentos a cumplir los deberes que le prescribía su religión, y conseguimos, no sin trabajo, permiso para que le asistiera el capellán de la embajada de Cerdeña. Ni mis propias observaciones ni las respuestas de los médicos me dieron a comprender si la enfermedad que acabó con su vida estaba clasificada o no en la ciencia con nombre determinado. Me pareció gastado, anonadado por los quebrantos del cuerpo y por los sufrimientos morales, cesando de vivir, más bien que muriendo, de mal definido. Así un bajel, largo tiempo combatido y golpeado por la tempestad, asendereada su construcción y descompuestas sus juntas, se llena a veces de agua y zozobra, sin aparente causa de destrucción.

¡Contradicciones del corazón humano! Mi padre, tributadas honras fúnebres a su hermano, se mostró muy empeñado en verme entrar, de conformidad con la cláusula del testamento, en posesión de la herencia patrimonial: última cosa del mundo que le preocupara hasta entonces. Desdeñando lo que estaba fuera de su alcance, ¿no había obrado, a corta diferencia, como la zorra de la fábula? De otra parte, su extrema aversión contra Rashleigh, que, altivo, amenazaba con impugnar las disposiciones de sir Hildebrando, bastaba a hacer que se interesara en sostener la validez de las mismas.

—Mi padre, al desheredarme —decía—, incurrió en evidente injusticia. El testamento de mi hermano viene a reparar ya que no la falta, a lo menos la irrisión, dejándonos los restos de su patrimonio. Sois el heredero natural, Frank, y decidido estoy a no perdonar medio para que el heredamiento surta todo su efecto.

Empero Rashleigh no era, en modo alguno, un adversario despreciable. Las revelaciones hechas por él sobre el particular, lo dilatado de sus conocimientos y la artificiosa astucia con que había sabido atribuirse, a la vez, mérito e influencia, le habían hasta cierto punto granjeado protectores en el ministerio. Estábamos ya en los días de litigar contra él, con motivo del negocio de los

billetes, y, a juzgar por la lentitud de un procedimiento, tan sencillo en apariencia, era de temer que un segundo se prolongara más allá del término natural de nuestra existencia.

Para abreviar en lo posible dilaciones, mi padre, atemperándose al consejo de un hábil jurisconsulto, compró a nombre mío considerables créditos, cuya hipoteca gravaba el dominio de Osbaldistone. Acaso, también, influido por la experiencia que acababa de hacer de las contingencias del comercio, quiso aprovechar la ocasión para realizar, portal modo, parte de sus inmensos beneficios en la alza rápida de los fondos públicos que había subseguido a la derrota de los rebeldes. Sea como quiera, el resultado no dejó de sorprenderme. Habiendo declarado a mi padre que me sometía por completo a su voluntad, cualquiera que fuese, me disponía a ocupar mi puesto en las oficinas. Nada de esto: me ordenó volver al castillo de Osbaldistone a fin de instalarme en él como legítimo heredero y representante de la familia; me encargó que reclamara del juez Inglewood la entrega del testimonio auténtico y adoptara las medidas conducentes a asegurar en el acto la posesión que, al decir de los inteligentes, es título que vale nueve de las diez partes.

De pronto, ese cambio de destino me produjo un efecto de malestar, a consecuencia de los recuerdos inseparables de mi estancia en el norte. Reflexionando, empero, calculé que allí tan solo brillaba para mí alguna esperanza de saber qué había sido de Diana: probablemente cosa muy distinta de lo que hubiera deseado para ella. Mas estaba reducido a nuevas conjeturas.

Había probado a obtener, mediante todas las señales de interés compatibles con su situación, la confianza de algunos parientes lejanos que se hallaban entre los prisioneros de Newgate. ¡Inútiles esfuerzos! Un sentimiento de orgullo, muy legítimo, y la sospecha que naturalmente recaía sobre el whig Frank Osbaldistone, primo de Rashleigh, el Judas y el traidor, cerraban labios y corazones; otorgándoseme solo, a cambio de mis buenos oficios, votos de gracias, fríos y escasos. La cuchilla de la ley mermaba, de día en día, el número de aquellos desgraciados, y de día en día también se alejaban más de cualquiera que juzgaran en relaciones con el gobierno establecido. A medida que se separaban de sus compañeros, conducidos, por hornadas, al suplicio, iban desdeñando al género humano y rehusaban comunicarse con él. Siempre recordaré que habiendo insistido cerca de uno de ellos llamado Eduardo Shafton para saber si existía algún alivio que pudiera yo procurarle:

—Señor Francis Osbaldistone —me contestó—, quiero creer que el intento es bueno, y os lo agradezco, pero ¡cáspita!, no se hace engordar a los hombres como a la volatería, y menos a aquellos que todos los días contemplan a sus vecinos salir para el cadalso, y saben que ha de llegarles la hora de que se les retuerza el cuello...

En suma: no me disgustó el huir de Londres y Newgate, así como de las escenas que se presentaban ante mis ojos para ir a respirar el aire puro del Northumberland.

Había cedido al deseo de mi padre, conservando a Andrés a mi servicio, y, como se me ofrecía ocasión de deshacerme de él restituyéndole a su oficio primero, le propuse que me acompañara, con tanto mayor motivo, cuanto que el conocimiento que él poseía de las poblaciones podía serme útil en Osbaldistone. No acertaría a explicar cómo logró interesar en su favor a mi padre, sino recordando el arte, que dominaba a maravilla, de simular, con respecto a mí, una abnegación sin límites. Esta devoción, toda teoría, se armonizaba muy bien con la práctica constante de jugarme sin escrúpulos toda clase de malas pasadas, siempre a condición, empero, de que fuera él solo quien engañara a su amo.

Ningún incidente señaló nuestro viaje, y ya en el norte, antes entregado a los furores de la guerra civil, reinaban el orden y la paz. Cuanto más nos acercábamos al castillo, más se oprimía mi corazón a la idea de franquear el umbral de la casa. Para demorar tan doloroso momento, resolví pasar, en primer término, a casa del juez Inglewood.

La rebelión había trastornado por completo al respetable magistrado. Perplejo entre sus opiniones de la víspera y las del día siguiente, había permitido que las imágenes del pasado tomaran influencia singularmente perjudicial para el ejercicio de sus deberes profesionales. En una cosa la suerte le había favorecido: en librarse de Jobson, quien, apurada su calma por la indolencia del juez, había concluido por dejarle y aportar sus servicios a otro del vecindario, llamado Standish. Este, investido recientemente de sus funciones, desplegaba, en favor del rey Jorge y de la sucesión protestante, un celo que su nuevo escribano se veía a menudo obligado a contener dentro de los límites de la ley, en vez de estimularlo, como tenía por costumbre con su antiguo principal.

Maese Inglewood me dispensó un recibimiento muy cortés, y se apresuró a poner en mis manos el testamento de mi tío, que me pareció en toda regla. De momento, aquel estaba muy indeciso en la elección del lenguaje que debía usar en mi presencia, mas observó en seguida que, si por convicción había sostenido yo al gobierno, no estaba menos dispuesto a compasión en favor de aquellos a quienes un sentimiento mal entendido del deber y de la fidelidad había armado contra el primero. Acto seguido hizo una graciosa narración de cuanto había hecho y de cuanto no había hecho, de cómo había conseguido retener en sus casas algunos hidalgos, y de cómo había cerrado los ojos para no ver la salida de aquellos que desgraciadamente se habían comprometido en el asunto.

Estábamos frente a frente, y para complacer al juez, había brindado yo varias veces. De improviso, me invitó a llenar mi vaso hasta el borde, y esta vez por lo serio, para beber en honor de la pobre Diana Vernon, la rosa del desierto, la flor silvestre del Cheviot, que iba a ser trasplantada a un claustro.

—¿Conque, no está casada? —exclamé estupefacto—. Creía que Su Excelencia...

—¡Bah, bah! ¡Su Excelencia, Su Señoría!... ¡otras tantas farsas ahora! ¡Títulos de la corte de allá, de San Germán!... Sí, sir Federico Vernon había llegado a conde de Beauchamp, y el embajador del viejo Luis XIV, que ignoraba acaso de que existiera... Empero ¿por ventura no le visteis en el castillo con el traje de abate Vaughan?

—¡Justo cielo! ¿Ese Vaughan sería el padre de miss Vernon?

—Sin duda alguna. No hay ya para qué guardar el misterio, pues ha debido abandonar el país a lo mejor; a no ser por esto, comprenderéis que mi deber sería el de ordenar que se le detuviera... ¡Ea, al aire el vaso en honor de la querida niña perdida para nosotros!

¡Brindemos por la hermosura!

Fuera las medias de seda;

que nuestra rodilla ceda,

señores a su ventura.

No estaba yo, como se comprenderá sin esfuerzo, en un estado de alma que me permitiera asociarme a las jovialidades del juez. ¡Qué golpe teatral el indicado! ¡Se me perdía la cabeza!

—¡Viva el padre de miss Vernon! —murmuré—. Es la primera noticia que de ello tengo.

—¡No es por culpa del gobierno si vive aún —replicó el señor Inglewood—, pues que me lleve el diablo si otra cabeza de hombre se hubiera pagado máscara que la suya! Fue condenado a muerte con motivo de la conspiración de John Fenwick, y se cree ha mangoneado en el asunto de Knightsbridge bajo el reinado de Guillermo. Como había casado con una mujer emparentada con la casa de Breadalbane, gozaba de gran influencia con todos los jefes escoceses. Corrió, tiempo ha, la voz dé que una de las cláusulas de la paz de Ryswick encerraba la condición de que sería entregado a la reina Ana, mas fingió una enfermedad y su muerte fue públicamente consignada en las Gacetas de Francia. Empero, no bien llegó aquí, siempre por la consabida historia, le reconocimos en seguida nosotros los antiguos caballeros, quiero decir que le reconocí yo, sin ser precisamente caballero; mas, como no existía acusación directa contra el pobre hidalgo, y la memoria se me iba con mis

ataques de gota, ya comprenderéis que no hubiera podido declarar bajo juramento que fuese él.

—¿No era conocido en el castillo?

—Sí, pero únicamente de su hija, del baronet y de Rashleigh, quien había penetrado el secreto, como tantas otras cosas, y se servía de él a modo de cuerda liada al cuello de la pobre Diana. Cien veces la vi dispuesta a escupirle al rostro, a no temblar por su padre, cuya existencia no hubiera durado cinco minutos, una vez descubierto por el gobierno. Con todo, entendámonos bien, señor mío: el gobierno es, en mi concepto, un gobierno bueno, justo y dadivoso, y si ha hecho ahorcar a la mitad de los rebeldes, ¡pobres gentes! convendrá todo el mundo en que no hubiera tocado a uno solo a haber permanecido tranquilamente en sus casas.

Sin responder a esta digresión política, logra que maese Inglewood volviera al caso y me proporcionara, acerca de este, nuevos detalles.

Después que Diana hubo negado formalmente su mano a los jóvenes Osbaldistone, y, sobre todo, después del odio particular demostrado a Rashleigh, empezó a enfriarse la simpatía de este por la causa del pretendiente, a la cual se había unido de nuevo, porque, siendo el último nacido, teniendo conciencia, de su valer y de sus méritos y no retrocediendo por nada, creía, con ello, obtener un medio de mejorar su fortuna. La obligación en que se había visto, bajo la presión de sir Federico Vernon y de los jefes escoceses, de restituir los papeles robados a mi padre, le indujo probablemente a abrirse camino más a prisa hacia la apostasía y la traición. Acaso también (pues pocos hombres serán mejores jueces en causa propia) reconoció que los talentos y recursos de los rebeldes estaban muy por debajo, conforme se vio luego, de una empresa tan vasta como la de derribar a un gobierno bien afianzado. Denunciado por él, sir Federico Vernon, o, según le llamaban sus correligionarios, Su Excelencia el conde de Beauchamp, había tenido trabajo, junto con su hija, en sustraerse a las persecuciones.

Era cuanto sabía el juez Inglewood. Por lo demás, no dudaba de que sir Federico había conseguido pasar al continente puesto que no se había oído hablar de su detención, y, en cuanto a Diana, habiendo rechazado la alternativa de matrimonio con alguno de los Osbaldistone, debía de estar encerrada en un convento, a tenor del pacto hecho entre los dos cuñados. El juez no pudo explicarme la razón de tan singular convenio, en que veía solo un medio de asegurar a sir Federico la devolución de parte de sus propiedades, que, por efecto de alguna gestión legal, había pasado a poder de los Osbaldistone. En fin era cuestión de uno de esos pactos de familia, como se hicieron muchos en aquella época, para el que no se habían tomado más en cuenta los afectos de los interesados que si hubiesen estos formado parte del ganado que pacía en el

fundo.

Tan vacilante es la naturaleza humana, que no acertara a decir hasta qué punto me alegraron o entristecieron semejantes noticias. Conocí que la evidencia de una eterna separación, resultante de todo (no en cuanto a los lazos del matrimonio, sino del retiro del claustro), aumentaban mi disgusto de haber perdido a miss Vernon en vez de endulzarlo. Mohíno y apesarado, caí en un fantasear negro, sintiéndome incapaz de sostener por más tiempo la conversación. En consecuencia, y no bien el juez me hubo propuesto, bostezando, que nos retiráramos, dile las buenas noches y le anuncié mi intención de partir al siguiente día y de madrugada para Osbaldistone.

—Bien haréis —dijo— en presentaros allá antes de que se haya extendido por el país el rumor de vuestra llegada. Rashleigh ha llegado ya, y se hospeda, según se me ha dicho, en casa Jobson, dispuesto, sin duda, a maquinar alguna infamia. ¡Buen par se han juntado, pues Rashleigh no tiene ya derecho de tratarse con las personas honradas! Pero ¿quién va a creer que dos miserables perdularios puedan juntarse sin conspirar contra la gente de bien?

Su última y formal recomendación se encaminó a que tomara yo, antes de partir, asado a la cerveza y un buen cacho de pastel: soberana precaución contra el airecillo de la mañana y las brumas del campo.

38

No hay emoción más abrumadora que la que causa el ver en desorden y abandono los lugares que fueron testigos de nuestros placeres pasados.

Al dirigirme hacia el castillo, pasé por el mismo camino seguido con miss Vernon el día de nuestra memorable visita al juez Inglewood, y la imagen de ella no cesó de acompañarme. Próximo al sitio en que la vi por vez primera, me pareció que iba a oír el ladrar de la traílla y el sonar del cuerno de caza, y mis ojos se fatigaron sondeando la desierta colina para ver bajar por ella, como aparición, a la bella cazadora. ¡Ay!, todo permaneció mudo y solitario. Llegado al castillo, las puertas cerradas lo propio que las ventanas, la yerba cubriendo el suelo y las cuadras abandonadas, me ofrecieron contraste desolador con las escenas de animación ruidosa a que tantas veces había concurrido, al partir o al regresar los valerosos cazadores. A los alegres ladridos de los perros destrallados, al vocear de los batidores, al piafar de los caballos y a la plena satisfacción del anciano baronet, rodeado de su robusta y numerosa prole, había sucedido eterno silencio.

Aquel espectáculo de muerte y aniquilamiento me conmovió de un modo

inexplicable, mezclando en mi dolor hasta el recuerdo de aquellos que en el curso de su existencia no habían adquirido derecho a mi afecto. Mas la idea de que tantos jóvenes robustos, llenos de vida, de confianza y de vigor, habían caído uno tras otro en la tumba, durante tan corto término, por una sucesión de violentos e inesperados golpes: esta idea fúnebre llenaba mi alma de religioso terror, siendo muy mezquino el consuelo de entrar de nuevo, como dueño, en una casa que había abandonado casi como fugitivo. No habiendo alimentado el pensamiento de que algún día debería pertenecerme, me consideraba usurpador, o, por lo menos, intruso, y me parecía que la gigantesca sombra de uno de mis primos iba a dejar la fosa para disputarme la entrada, a semejanza de lo que acontece en ciertas novelas.

Mientras me entregaba a semejantes fantaseos, Andrés, nada dominado por parecido influjo, movía gran alboroto en cada una de las puertas, llamando, gritando hasta desgañitarse, y dando a entender a las claras que, por lo menos, él, el escudero mayor del nuevo amo, se hallaba penetrado de su importancia reciente.

Por fin, el anciano Syddall, repostero y mayordomo de mi difunto tío, asomó tímidamente la cabeza a una ventana baja y enrejada, y nos preguntó qué queríamos.

—Venimos a relevar la guardia, viejo camarada —respondió Andrés—; y podéis entregar las llaves tan pronto como os plazca. A cada cual le llega su hora. Me haré cargo de la vajilla y de la bodega. Pasó vuestro tiempo, señor Syddall; toda haba tiene sus máculas, como todo camino su berenjenal, y yendo vos a ocupar el extremo inferior de la mesa, el sitio de Andrés, asunto concluido.

Después de imponer silencio al impertinente bravucón, expliqué a Syddall el alcance de mis derechos y el título con que debía ser admitido en el castillo que me pertenecía en lo sucesivo. El anciano, perplejo y muy turbado, mostró gran repugnancia en atenderme, aunque expresándose siempre en tono humilde y servicial. Atribuí su desagrado a sentimientos que le honraban; pero, insistiendo con firmeza en mi demanda, le previne que su desobediencia en abrirme me obligaría a recurrir al auxilio del juez de paz y de un alguacil. Para dar más peso a la amenaza, Andrés añadió por su cuenta:

—Sabed que esta mañana hemos estado en casa del señor Inglewood, el juez, y que, al venir, he encontrado a Rutledge, el alguacil. No va a quedar ya el país en desorden, como antes, señor Syddall, ni los papistas y rebeldes harán mes de las suyas.

La amenaza de recurrir a la justicia espantó al viejo, quien se sentía también expuesto a sospechar por la religión que profesaba y por lo adicto que era a la familia del baronet. Con mano trémula, corrió los cerrojos, quitó las

barras de hierro que mantenían cerrada una de las poternas, y me rogó humildemente que le dispensara, alegando la necesidad de cumplir sus deberes.

—Esa prudencia —le dije para tranquilizarle— me hace concebir la mejor opinión con respecto a vos.

—Pues no a mí —indicó el señor Andrés—. Syddall la sabe muy larga, y ni se hubiera puesto blanco como su camisa, ni le tiritaran las piernas si no hubiese aquí gato encerrado.

—¡Que os perdone Dios, señor Fairservice —replicó el repostero—, el tratar así a un camarada, a un viejo amigo! ¿Dónde quiere Vuestro Honor que se encienda fuego? —añadió siguiéndome hacia el interior—. Mucho temo que la casa va a pareceros muy triste y sombría. ¿Pensáis, tal vez, ir a comer a casa del juez?

—Que se encienda fuego en la biblioteca.

—¡En la biblioteca!... ¡Pero si hace semanas que nadie ha estado en ella! ... Aparte de que la chimenea humea desde que las cornejas anidaron en ella, cuando la primavera, y no tenemos ya jóvenes que las maten.

—El humo que nos pertenece vale más que fuego ajeno —arguyó Andrés—. ¡Su Honor gusta de la biblioteca porque no se parece a vuestros papistas, que se deleitan en las tinieblas de la ignorancia, señor Syddall!

De mala gana, a lo que creí notar, me acompañó el mayordomo a la biblioteca: porque, contra lo que esperaba yo, arreglada recientemente, era más cómodo que en otro tiempo. Clara lumbre llameaba en el hogar sin apariencia alguna de echar humo. El viejo; tomando las tenazas para agrupar los tizones, o más bien para disimular su turbación, murmuró que «el fuego ardía bien a aquella hora, pero que había humeado mucho durante la mañana».

Ansioso de estar solo para tranquilizar las dolorosas emociones que excitaba en mí la contemplación de tantos objetos familiares, indiqué al viejo Syddall que pasara a dar aviso al administrador, el cual habitaba a dos o trescientos pasos del castillo. Aquel se retiró con manifiesto disgusto. Ordené en seguida a Andrés que me procurara el auxilio de dos mozos vigorosos, con quienes pudiera contarse, ya que la gente del país era papista, y Rashleigh, capaz de apelar a los mayores excesos, no se apartaba de las cercanías.

—Voy a traerlos —respondió Andrés, entusiasmado con el encargo— dos presbiterianos, tan puros como yo, los cuales harán frente al papa, al diablo y al pretendiente, a un tiempo. También yo estaré muy contento con tener compañeros. Sabedlo: ¡que las flores de mi jardín se pudran a mis pies, si la última noche que pasé en Osbaldistone no vi el retrato de allá —y señaló el

cuadro en que el abuelo de miss Vernon estaba retratado de tamaño natural— pasearse por las avenidas al resplandor de la luna! Os dije ya que un aparecido me había dado un susto y no quisisteis creerme... Siempre había pensado que hay brujería y arte del demonio entre los papistas, pero no los había visto con mis propios ojos, hasta aquella horrible noche.

—Está bien: salid —dije—, e id por los hombres de quienes habláis, procurando, sobre todo, que posean mejor sentido común que vos y que no se asusten ante su propia sombra.

—¡Pregúntese a los vecinos si soy valiente o no! —contestó Andrés con arrogancia—; pero por lo que toca a descrismarme con un mal espíritu, ¡eso es harina de otro costal!

Y, con esto, salió altivamente cruzándose al paso con el señor Wardlaw, el intendente, que acudía a mi llamada.

Era hombre probo e inteligente, sin cuyos consejos fuera poco menos que imposible a mi tío sostenerse el tiempo que se sostuvo en el castillo. Examinó cuidadosamente mis títulos de propiedad y no opuso dificultad alguna en admitirlo. Para toda otra persona que no fuese yo, la sucesión hubiera sido onerosa, tantas eran las deudas e hipotecas que gravaban el dominio; pero mi padre se había subrogado a la mayoría de acreedores y se ocupaba en subrogarse a todos.

Despachado lo más urgente, hice que el señor Wardlaw se quedara a comer conmigo. Pese a las reiteradas instancias de Syddall, que había preparado, decía, el «salón de piedra» para recibirme, mandé servir la comida en la biblioteca.

Sentados a la mesa, volvió Andrés acompañado de sus dos reclutas, la «flor de los presbiterianos» que me presentó, en los más calurosos términos, como «hombres honrados, robustecidos en la buena doctrina y, sobre todo, valientes como leones». Envíeles a sus quehaceres, y, observando que el viejo Syddall meneaba la cabeza, viéndoles alejarse, quise conocer la causa de ello.

—No puedo esperar —dijo—, que Vuestro Honor fíe en mi testimonio, y, no obstante, es la verdad de Dios. De los dos hermanos Wingfield, Ambrosio es el mejor muchacho del mundo, pero si existe un hipócrita perverso en el país, es Lancie, el menor. Todo el mundo sabe que sirve de espía al escribano Jobson para denunciar a los pobres hidalgos comprometidos en la contienda; ¡pero es presbiteriano y hoy basta con esto!

Expuestas así sus opiniones, a las que presté distraída atención, el repostero colocó el vino en la mesa y se fue.

Wardlaw estuvo conmigo hasta la caída de la tarde. Entonces, recogiendo

sus papeles, regresó a su casa y me dejó en aquel vago estado de ánimo durante el cual no se sabe a punto fijo lo que se prefiere: si compañía o soledad. Empero no estaba a mi alcance elegir, pues me hallaba solo en el aposento del castillo más propio para inspirarme melancólicas reflexiones.

Notando que la oscuridad comenzaba a invadir la biblioteca, Andrés, siempre juicioso, entreabrió la puerta y asomó la cabeza no para saber si necesitaba yo luz, sino para aconsejarme que por vía de precaución la tomara contra los aparecidos que poblaban su imaginación.

Después de despedirle bastante malhumorado, me senté en uno de los grandes sillones de cuero colocados respectivamente a cada ángulo de la antigua chimenea y me puse a atizar el fuego. Siguiendo con la vista las oscilaciones de las llamas, que acababa de alimentar, dije para mí:

«¡He ahí cómo nacen y mueren nuestros deseos! Frívolos hijos de la ilusión, un capricho los enciende y se alimentan con la humareda de la esperanza hasta devorar la sustancia que inflaman; y el hombre, con sus pasiones, sus sueños y sus ansias, se convierte, a su vez, en un vil montón de ceniza».

Un profundo suspiro partió del fondo de la sala como especie de asentimiento a mis meditaciones. Me levanté sobrecogido de sorpresa y...

Diana Vernon estaba ante mí, de pie, apoyada en el brazo de un personaje tan extraordinariamente parecido al del retrato de que he hablado tantas veces, que dirigí maquinalmente los ojos al cuadro esperando verlo vacío.

¿Era víctima de insólita locura, o tenía en mi presencia los espíritus de dos muertos?... No: estaba yo sereno y una segunda mirada me convenció de que debía habérmelas con seres perfectamente reales. Era, sí, Diana en persona aunque enflaquecida y más pálida que en otro tiempo, y su compañero era, no un aparecido sino el Padre Vaughan, o más bien, sir Federico Vernon en traje cortado a estilo del retrato de su padre con quien tenía gran semejanza de familia.

Él fue quien habló primero, puesto que Diana permanecía obstinadamente con los ojos al suelo y, en cuanto a mí, el estupor me había pegado la lengua al paladar.

—Acudimos a vos en súplica, señor Osbaldistone, reclamando refugio y protección bajo el techo de esta casa en el momento de proseguir un viaje, durante el cual los calabozos y la muerte acechan a cada paso.

—Ciertamente —respondí, articulando con dificultad las palabras— que miss Vernon no supondrá... ni podéis vos presumir, caballero... que haya olvidado yo el eficaz auxilio que me prestasteis... ni que sea capaz de delatar a

nadie, y menos a vos.

—Lo sé —replicó—. No obstante, mal de mi grado y en último apuro, os impongo un servicio, desagradable tal vez, seguramente peligroso y que hubiera preferido pedir a otro cualquiera. Empero la suerte, que me ha lanzado a través de una existencia erizada de obstáculos y de peligros, me reduce al tal extremo, sin ofrecerme ninguna otra alternativa.

En el mismo instante se abrió la puerta y oí al oficioso Andrés que decía:

—Traigo velas: las encenderéis cuando os plazca. Esto no os causará mucho trabajo.

Corrí a su encuentro confiando en llegar a tiempo para impedirle ver a las personas que estaban conmigo, e le hice salir a empujones, cerré la puerta a su espalda y eché el cerrojo. Recordando luego a los dos aldeanos que me había suministrado, su carácter charlatán y el parecer de Syddall de que uno de ellos tenía fama de espía, abrí de nuevo la puerta y bajé a toda prisa.

Mis criados estaban reunidos en el recibidor, y Andrés, que peroraba con animación, enmudeció al verme.

—¿Y qué? ¿Qué queréis significar, imbécil —le dije—, con vuestros ojos tamaños y vuestro asombrado rostro? ¿Habéis visto otro fantasma?

—Yo... yo nada he visto —balbuceó Andrés—. Solo he notado que Vuestro Honor ha estado algo enérgico.

—¿A qué venir a turbar mi sueño, belitre? Syddall me ha dicho que esta noche no había camas para esa buena gente, y el señor Wardlaw opina que es inútil que se queden. Amigos míos, ahí va una «corona» para beber a mi salud. Os agradezco vuestro obsequio; retiraos en seguida.

Los dos aldeanos tomaron el dinero y se retiraron sin apariencia de malicia ni de descontento. Yo mismo observé su salida para asegurarme de que no entrarían en más inteligencias con el honrado Andrés. En cuanto a este, le había seguido tan de cerca, que no había podido tener tiempo para decirles más allá de dos palabras antes de mi aparición. Mas ¡es sorprendente el daño que puede causarse con dos palabras! En aquel lance costaron la vida a dos hombres.

Adoptadas las precauciones de que queda hecho mérito para seguridad de mis huéspedes (las únicas eficaces en caso de fuerza mayor), fui a comunicárselas y, presumiendo que se habían ocultado en el castillo mediante el concurso de Syddall, añadí que quedaba este para lo sucesivo adscrito a su servicio. Una mirada de Diana me dio gracias por semejante atención.

—Ahora —me dijo—, quedan aclarados todos mis misterios. No ignoráis ya qué lazos de cariño y de parentesco me unen al que halló aquí abrigo, ni os

sorprenderá que Rashleigh, dueño de semejante secreto, me gobernara con vara de hierro.

—Por lo demás —añadió su padre—, nuestra intención es la de seros gravosos el menor tiempo posible.

Le rogué que descartara toda consideración ajena a su seguridad y que dispusiera, por completo, de mi valimiento. Con tal motivo, sir Federico creyó de su deber enterarme de las circunstancias en que se hallaba.

—Rashleigh había sido siempre sospechoso para mí —principió—; mas su comportamiento para con una joven indefensa (comportamiento de que me costó trabajo arrancarle el secreto), y su villanía en los asuntos de vuestro padre, me dejaron solo aversión y desprecio contra él. En nuestra última entrevista, no le oculté yo mis sentimientos, a tenor de lo que exigía de mí la prudencia, y, para vengarse de mi desdén, añadió la apostasía y la traición al cúmulo de sus maldades. Por un momento me tranquilicé con la loca esperanza de que su defección no tendría consecuencias desagradables. En Escocia, el conde de Mar estaba al frente de un poderoso ejército, y en Inglaterra, lord Derwentwater, con Forster, Kennure, Winterton y otros, reunía fuerzas. En atención a mis numerosas relaciones con la nobleza inglesa del partido, se me encargó el acompañar un cuerpo de montañeses que, a las órdenes del brigadier general Mac-Intosh de Borlum, vadeó el Forth, atravesó por las tierras bajas y fue a unirse, por el lado de allá de las fronteras, a los insurrectos ingleses. Mi hija, que estaba conmigo, compartió los peligros y fatigas de aquella larga y difícil expedición.

—¡Y no volverá a abandonar a su querido padre! —exclamó la joven estrechándole tiernamente en sus brazos.

—Apenas reunido a nuestros aliados, desesperé del triunfo de nuestra causa. Nuestras filas disminuían, en vez de aumentar, o, mejor dicho, solo recibían auxilio de nuestros propios correligionarios, pues los torys protestantes permanecían, generalmente, en la indecisión. Estrechados, por fin, en la pequeña villa de Preston, fuimos atacados por fuerzas superiores. Se luchó con valor el primer día, pero, desde el segundo, faltó el ánimo a nuestros jefes que resolvieron rendirse a discreción.

»Consentir en semejantes condiciones hubiera sido entregar mi cabeza al cadalso. Unos treinta hombres se formaron a mi indicación. Montamos a caballo, colocando a mi hija, que rehusó separar de mi destino el suyo, en medio de la pequeña división. Mis compañeros, poseídos de respeto hacia su valor y su amor filial, juraron perecer antes que abandonarla. Salimos, pues, juntos por cierta calle llamada Fishergate, a una llanura pantanosa que se extiende hasta las márgenes de Ribble, en que uno de los nuestros conocía un paso a vado. Habiendo descuidado el enemigo ocupar el vasto llano, solo

tuvimos que habérmolas con un destacamento de dragones, que se dispersó a la desbandada. Atravesado el río, llegamos a la carretera de Liverpool, donde nos separamos, atento cada uno solo a procurarse seguridad personal.

»La fortuna me guio al país de Gales, donde conocí a muchas personas que participaban de mis opiniones políticas y religiosas. Fallidas mis esperanzas de dar con los medios indispensables para fugarme por mar, me vi obligado a regresar hacia el norte. Cierta probado amigo me dio cita para este país, a fin de guiarme a cierta reducida ensenada de Solway, donde una barca debe transportarme para siempre fuera de mi patria. Como el castillo de Osbaldistone estaba, a la sazón, inhabitado y bajo la salvaguardia del anciano Syddall, nuestro acostumbrado confidente en casos tales, nos ofreció asilo seguro y muy conocido. Al entrar, me disfracé con el traje en que me veis: disfraz que me había servido ya para mantener a distancia aldeanos y criados supersticiosos que me salían al paso. Nos disponíamos a partir de un momento a otro, cuando vuestra repentina llegada a la elección que habéis hecho de esta estancia ha puesto en la necesidad de entregarnos a discreción vuestra».

Así terminó el relato sir Federico a quien escuché como en sueños.

¿Era, en realidad, su hija la que veía de nuevo? Trabajo me costaba creerlo. ¿Qué se habían hecho de su radiante beldad y de su facundia encantadora? A la entusiasta energía que la había ayudado a resistir los golpes de la adversidad sustituía un aspecto de grave resignación que bien se conciliaba con una resolución premeditada. Su padre, aunque celoso por el efecto que sabía debía producir en mí, no pudo resistir al placer de elogiarla.

—Ha resistido pruebas —dijo— que honrarían la leyenda de un mártir; ha hecho frente al peligro y a la muerte de muchas formas; ha sufrido cansancio y privaciones que quebrantarán a los hombres más robustos; ha pasado el día en tinieblas y en vigilia la noche, sin exhalar jamás un murmullo o una queja, sin dar nunca señal de debilidad. En una palabra, señor Osbaldistone, es ofrenda digna del Dios a quien voy a presentarla —añadió persignándose—, como lo que resta de más querido o de más precioso a Federico Vernon.

El silencio sucedió a la prudente declaración, cuyo doloroso sentido comprendí muy bien. Su objeto era el destruir en mí, como lo había intentado ya en Escocia, hasta la esperanza de unirme un día a su hija.

—Diana —añadió—, no abusemos más de los momentos indispensables al señor Osbaldistone, puesto que está enterado ya de la situación miserable de los huéspedes que impetran su protección.

Le rogué que no se movieran de la biblioteca, brindándome yo a cambiar de estancia.

—Fuera excitar las sospechas de vuestro criado —respondió—. Nuestro

retiro está seguro, y Syddall lo ha provisto de lo necesario. Hubiéramos podido permanecer ocultos sin que lo averiguarais, pero hubiera sido poco delicado el no depositar en vuestro honor la más completa confianza.

—No habéis hecho sino dispensarme justicia —dije—. Os soy poco conocido, sir Federico, pero seguro estoy de que miss Vernon acreditará que...

—Innecesaria es la declaración de mi hija —replicó, en tono urbano pero que cortaba toda interpelación por parte mía—, ya que dispuesto estoy a creer cuanto bueno es posible de Francis Osbaldistone. Y ahora, permitid que nos retiremos. Conveniente es aprovechar el descanso cuando se nos ofrece gozar de él, pues de uno a otro momento, podemos vernos llamados a proseguir nuestro peligroso viaje.

Dio el brazo a su hija y, después de ceremonioso saludo, desapareció con ella por la puerta que cubría el tapiz.

39

Viéndoles alejarse me sentí aturdido y helado a la vez.

Cuando el pensamiento se fija en un ser querido y apartado de nosotros, lo evoca no solo con relación al día que le es más favorable, sí que también con la fisonomía con que más anhelamos verle. La imagen de Diana estaba fija en mí tal como la viera en el momento de la despedida, bañadas mis mejillas por mis lágrimas, y la sortija, que, de su parte, me había devuelto Elena Mac-Gregor, me parecía garantía de que el recuerdo de mi amor iría con ella al destierro y a la soledad del claustro. Acababa de verla de nuevo, y su frialdad, su actitud triste, su fisonomía seria y melancólica desvanecían mis esperanzas, sintiéndome hasta cierto punto ofendido. En el egoísmo de la pasión la acusaba de indiferencia, de insensibilidad, y censuraba a su padre calificándole de orgulloso y fanático, olvidando que sacrificaban el uno sus intereses y la otra su inclinación al cumplimiento de lo que ambos consideraban como deber suyo.

Sir Federico Vernon era un riguroso católico y como tal creía el sendero de la salvación demasiado estrecho para admitir en él a un hereje. Diana, para quien la tranquilidad de su padre era después de tantos años, principio y móvil de sus pensamientos, de sus esperanzas y acciones, elevaba, por parte suya, a la ley de conciencia el inmolar a los deseos de sir Federico cuanto poseía en el mundo, incluso sus más caros afectos.

No hay para qué sorprender de que, en tales momentos, me hallara en estado de no hacer justicia a tan respetables escrúpulos; y, no obstante, lejos de

mi mente el recurrir a medios viles para desahogar mi exasperación.

«Se me desprecia —me dije reflexionando en las últimas palabras de sir Federico—; sí, se me desprecia, se me conceptúa indigno de cambiar algunas palabras con ella. Sea; pero no se me impedirá, al menos, el atender a su seguridad. Quiero permanecer aquí como en sitio avanzado, y, mientras ella se cobija bajo mi techo, no tendrá que temer peligro alguno que el resuelto brazo de un hombre pueda evitar».

Llamé a Syddall que compareció seguido por el sempiterno Andrés. Desde que tomé posesión del castillo y de las tierras anexas, mi criado había acentuado su ambición, proponiéndose no perder cosa alguna para ponerse en evidencia. Desgraciadamente y conforme les sucede a menudo a las personas codiciosas en demasía, rebasaba Andrés el límite y me fatigaba con sus impertinencias.

Su presencia importuna me quitó la ocasión de hablar libremente al despensero, a quien no osé despedir por temor de aumentar las sospechas que la primera expulsión de la biblioteca había podido sugerirle.

—Pasaré la noche aquí —le dije indicando con el gesto una silla alta, a la antigua usanza, que los dos acercamos a la lumbre—. Tengo mucho que hacer y me acostaré tarde.

Syddall, que adivinó mis intenciones, se ofreció a traerme colchón y abrigos, lo que acepté. Después, encendidas dos velas, les despedí ordenando que se me dejara tranquilo hasta la siguiente mañana a las siete.

Una vez solo, intenté poner algún orden en mis ideas antes de entregarme al sueño.

De pronto, hice un violento esfuerzo para no pensar más en la situación especial en que me hallaba. Los sentimientos que, alejado de Diana, había rechazado con valor, tomaban nuevo rumbo desde que esta se hallaba cerca de mí y en vísperas de eterna separación. Abría un libro y me parecía su nombre escrito en todas partes, y, fuese el que fuese el pensamiento que impusiera a mi espíritu, me reproducía su imagen. Era como Abra, el fiel esclavo de Salomón, en el poema de Prior.

Siempre pronta a venir, aun sin que yo la llame.

Llega primero que otra, por más que a otra reclame.

Ora abandonándome al fuego de la pasión, ora procurando defenderme de él, ya estaba en arranques de ternura y de desesperación, ya me armaba con toda la orgullosa ira que puede experimentar un corazón lastimado por innecesaria desgracia. Aquel tumulto de pensamientos, unido a la agitación que no me daba punto de reposo, me causó una especie de calenturiento

delirio. Entonces me acosté, buscando el sosiego que huía de mí... En vano obligué mi cuerpo a guardar inmovilidad tan completa como la de un cadáver; en vano, para calmar o desvanecer las ideas que me torturaban, me dediqué a recitar versos o a resolver un problema aritmético. ¡Esfuerzo perdido! La sangre circulaba por mis venas como torrente de fuego líquido, con pulsaciones cuya violencia producía a mi espíritu, saturado de fiebre, el efecto del traquetear sordo y acompasado de un molino de batanes, percibido a distancia.

No pudiendo más, me levanté, abrí una de las ventanas y me recliné en ella algún rato. La noche serena y hermosa me refrescó un tanto y calmó la turbación de mi cerebro, lo que no estaba ya al alcance de mi voluntad.

Volví al lecho con el corazón no consolado pero sí más firme y más dispuesto a la resignación. Muy pronto pesado dormir embotó mis sentidos, y, dejando mi alma a merced de la realidad, fue turbado por sueños de terror y de angustia.

Uno tuve (¡extraña agonía!), aún hoy fijo en mi memoria. Estábamos Diana y yo, en poder de Elena Mac-Gregor y a punto de ser arrojados desde empinada roca al fondo de un lago. Un cañonazo disparado por sir Federico, que vistiendo hábitos de cardenal, presidía la ceremonia, debía dar la señal de ejecución. Nada tan vivo como el efecto producido en mí por aquella escena imaginaria, pues aún hoy podría pintar, en toda su verdad, la muda y estoica paciencia de Diana, el inflexible rigor de su padre, las repugnantes figuras de los verdugos salvajes que nos rodeaban, con sus múltiples contorsiones y muecas, más horribles las unas que las otras. Vi inflamarse la mecha fatal, vi la explosión, señal de muerte que los ecos repitieron veces mil como rodar de truenos, y me libré, sobresaltado, de los horrores del sueño para caer de nuevo en los tormentos de la víspera.

El ruido que me había espantado no era del dominio de la ficción. Resonó de nuevo en mis oídos, pero transcurrieron algunos minutos antes de que, dueño de mí mismo, me diera yo cuenta de su procedencia. Provenía de la verja grande del castillo. Era de noche aún. Muy alarmado salté del lecho, y, espada en mano, bajé a toda prisa para oponerme a que se franqueara la puerta.

Por desgracia me vio obligado a dar larga vuelta, ya que la biblioteca estaba situada en la parte posterior del edificio. Llegado a la escalera, cuyas ventanas daban vista a la cuadra, se me puso al tanto de lo que ocurría. Syddall estaba al habla con los de fuera, y, a sus tímidas objeciones, respondían voces brutales pidiendo entrada de parte del rey y en virtud de mandamiento del juez Standish, amenazando al anciano despensero con toda la severidad de las leyes si no obedecía al punto. No había acabado de hablar aquella gente, cuando Andrés intervino, con ira inexplicable de mi parte, indicando a Syddall que se

retirara y que se encargaría él mismo de abrir la puerta.

—Si han venido en nombre del rey Jorge —exclamaba— ¿qué debemos temer nosotros que hemos derramado por él nuestra sangre y nuestro oro? No necesitamos escondernos, como necesita hacerlo él, señor Syddall, pues creo que no somos ni jacobitas ni papistas.

En vano aceleré el paso... Oí cómo el atareado pícaro corría cerrojo tras cerrojo, proclamando su lealtad y la de su amo, y comprendí que llegaría demasiado tarde para contrariar su designio. Prometiéndome in petto pegar al señor Andrés una señora paliza en cuanto dispusiera de tiempo para arreglarle las cuentas, volví a la biblioteca, y, después de atrancar la puerta lo mejor que pude, pasé a llamar a la que conducía a la habitación de mis huéspedes, rogándoles que me admitieran en ella sin demora. Diana fue quien abrió. Estaba enteramente vestida y su rostro no reveló temor ni sobresalto.

—El peligro se nos ha hecho tan familiar —me dijo—, que nos halla siempre dispuestos a afrontarlo. Mi padre se ha levantado y está arriba, en el cuarto de Rashleigh. Seguiremos por el jardín hasta la puerta de atrás, de la que Syddall me ha entregado la llave para cualquier evento, y desde allí pasaremos por el bosque cuyas breñas tengo conocidas. Procurad distraerles algunos minutos... Y, otra vez aún mi querido, mi amado Frank, ¡adiós, adiós!

Apenas hubo desaparecido, volví a la biblioteca en que golpeaban ya con violencia.

—¡Pícaros! ¡Ladrones! —grité, simulando que me disponía a desquitarme de aquel alboroto—. ¡Fuera de ahí al momento o descargo contra vosotros mi trabuco!

—¡Basta de locuras! —dijo Andrés—. El señor escribano Jobson portador de una orden...

—De buscar, coger y aprehender en cuerpo —interrumpió el execrable chupatintas— a ciertas personas nombradas en la supradicha orden y acusadas de alta traición, conforme a los términos de la ordenanza del rey Guillermo, fecha de 1701, capítulo III.

Y, con esto, renovaron furiosos sus golpes en la puerta.

—Me levanto, señores —dije—, me levanto ya. ¡Nada de excesos!, ¡nada de violencias!... Permitiréis que me entere de tal orden y, si viene en buena y debida forma, no tendréis que vencer resistencia alguna por mi parte.

—¡Dios salve al gran rey Jorge, nuestro rey! —exclamó Andrés—. Aquí no hay jacobitas, no; ya os lo he dicho.

Después de entretener así al enemigo, necesario fue resolverme a abrir, temiendo que derribara la puerta.

Jobson entró, seguido de muchos esbirros, entre los cuales reconocí a Lencie Wingfield, presunto delator, y exhibió un auto de detención expedido no solo contra Federico Vernon, traidor declarado, sí que también contra Diana Vernon, hija menor, su cómplice, y contra Francis Osbaldistone, hidalgo, por no haber revelado su crimen. Dada la situación no había más que someterse, lo que verifiqué después de breve protesta.

Entonces tuve el disgusto de ver a Jobson dirigirse a la mampara tapizada que daba acceso a la secreta estancia de los fugitivos.

—La fiera no está en su madriguera —dijo saliendo en seguida—, pero la yacija está caliente aún y no costará mucho a los sabuesos seguir la pista.

Algunos gritos procedentes del jardín me anunciaron que Jobson había estado en lo justo. En menos de cinco minutos Rashleigh apareció en la biblioteca escoltando a sir Federico y a su hija a quienes acababa de detener.

—El zorro se había acordado de su antigua gazapera —dijo—, pero no pensaba ya en el avisado cazador que vigilaba los alrededores. ¡Ja, ja! No la he olvidado, no, la puertecilla del jardín, sir Federico, o, si ha de sonar mejor el título a vuestro oído, muy ilustre conde de Beauchamp.

—¡Rashleigh —exclamó el prisionero—, eres un malvado abominable!

—El epíteto era merecido, sire, caballero, o señor conde, cuando trabajaba yo, según las lecciones del hábil maestro, para lanzar una comarca pacífica a civiles discordias; mas he hecho todo lo posible para reparar mis faltas —añadió elevando al cielo los ojos.

La indignación pudo más que mi resolución de presenciar aquella escena como silencioso testigo. Creo que me ahogara a no estallar mi cólera.

—Entre las criaturas del infierno —exclamé—, el último grado de la maldad está en cubrirse con la máscara de la hipocresía.

—¡Oh, oh, noble primo mío! —replicó Rashleigh con retintín, examinándome, tea en mano, de pies a cabeza—. ¡Bienvenido a mi casa! Os perdono un momento de mal humor. Fuerte cosa es perder, a un tiempo, castillo y amante, ya que vamos a tomar posesión de esta pobre morada en nombre de su legítimo heredero sir Rashleigh Osbaldistone.

El acento irónico de su lenguaje disimulaba mal la ira y la vergüenza que le devoraban, lo que demostró más aún cuando miss Vernon le dirigió la palabra.

—Rashleigh —dijo la joven—, ¡me dais lástima! Sí: por atroz que haya sido vuestro pasado comportamiento para conmigo, y sobre todo hoy, me es imposible aborreceros tanto como os desprecio... os compadezco. Lo que acabáis de realizar es tal vez obra de una hora, pero encontraréis en ello

materia para reflexiones durante toda la vida. ¿De qué naturaleza serán estas? Os lo dirá la conciencia que no dormitará siempre.

Dio Rashleigh dos o tres vueltas por el salón, se aproximó a la mesa en que había quedado una botella de vino, se escanció con trémula mano hasta llenar un vaso. Notando que se le observaba, consiguió dominar su agitación nerviosa, y, contemplándonos con mirada tranquila e insolente, apuró lentamente el contenido del vaso sin derramar una sola gota.

—Es añejo borgoña de mi padre —dijo—, y mucho celebro que haya quedado. Jobson, dejad aquí algunos de los vuestros para guardar, en mi nombre, casa y dominios, y echad fuera al viejo chocho de despensero y al imbécil criado escocés. Luego guiaremos a esas honradas personas a lugar seguro. He hecho preparar, al efecto, la carroza de familia, siquiera no ignore que la damita podría afrontar el aire de la noche a pie o a caballo, si fuese de su agrado.

Andrés gemía en un ángulo retorciéndose las manos.

—¿Qué es lo que dije yo? Que mi amo conversaba, de seguro, con algún aparecido en la biblioteca, y nada más. ¡Pícaro Lancie! ¡Hacer tamaña traición a un amigo antiguo, que ha cantado veinte años con él los mismos salmos todos los domingos!

Se le expulsó de la casa, lo mismo que a Syddall, sin darle tiempo para concluir sus jermiadas.

Tomado el partido de ir a pasar el resto de la noche en casa de la tía Simpson, una de sus conocidas antiguas, acababa de separarse de la avenida del castillo, para atravesar un prado llamado Bosque-Antiguo, que servía ya solo para pastoreo, cuando, de pronto, se halló entre un rebaño de bueyes de Escocia, lo que no le maravilló mucho, sabiendo que era costumbre inveterada entre sus compatriotas la de hacer acampar su ganado, cerrada la noche, en los mejores pastos, despejando antes del alba, a fin de zafarse de indemnizaciones. Pero ¡cuál no sería su terror a la presencia de un montañés que encarándosele, le acusó de turbar el reposo de las bestias y se opuso a que adelantara más sin dar antes explicaciones a su amo!

Le llevó a una espesura donde estaban sentados muchos hombres de las tierras altas.

—A primera vista —refería Andrés— noté que había allá demasiados boyeros para el cuidado de un solo rebaño, y que aquella gente tenía otra hilaza en su rueca.

Se le interrogó, en detalle, acerca de cuanto había acontecido que les interesaba tanto como les llenaba de sorpresa.

—Comprenderéis —me dijo Andrés—, que nada les he ocultado, porque no hay respuesta que no dé yo a cuchillos y pistolas.

Después de concertarse en voz baja, reunieron el ganado y le arreararon delante hasta el extremo de la gran avenida. Una vez allá, se pusieron a arrastrar árboles derribados acá y acullá y a formar con ellos una especie de barricada en la encrucijada del camino.

El día comenzaba a despuntar, y los pálidos rayos del alba, mezclándose a la expirante claridad de la luna, daban luz bastante para distinguir los objetos. Se percibió, a lo lejos, el rodar de un coche que avanzaba rápidamente por la avenida, y los montañeses se pusieron en acecho. Iban en el vehículo Jobson y los presos, acompañándoles Rashleigh a caballo con una escolta de cinco alguaciles y agentes de policía asimismo montados.

Apenas el cortejo hubo traspuesto el enrejado de la avenida, fue este cerrado desde atrás por un montañés apostado al efecto. En el mismo instante el coche se vio detenido en su carrera por los bueyes dispersos a ambos lados y delante de la barricada. Dos individuos de la escolta se apearon para separar los árboles que la casualidad o la negligencia podían haber dejado en el camino, intentando los otros alejar los animales con fuertes latigazos.

—¿Quién se atreve a maltratar a nuestros animales? —gritó una voz recia—. ¡Fuego contra ellos, Angus!

—¡A mí! ¡Socorro! —clamó Rashleigh hiriendo al que había hablado.

—¡A las armas! —ordenó el jefe.

Se trabó en seguida la pelea. Sorprendidos por lo repentino del ataque, los emisarios de la justicia, que nunca han tenido fama de rayos de la guerra, opusieron solo débil resistencia, dado el número de ellos. Algunos volvieron grupas hacia la avenida, pero un disparo salido de aquel lado les hizo creer que se les había cortado la retirada y huyeron a galope por diversos puntos.

En cuanto a Rashleigh, se había apeado y sostenía, cuerpo a cuerpo, desesperada lucha contra el jefe de los montañeses. Seguí las peripecias desde una de las ventanillas del coche. Por fin Rashleigh cayó.

—¿Pedís perdón por amor de Dios, del rey Jacobo, y de nuestra antigua amistad? —preguntó una voz que me era muy conocida.

—Jamás —respondió Rashleigh con firme acento.

—¡Muere, pues, traidor! ¡Muere en tu infamia! —dijo su adversario traspasándole el cuerpo con la espada.

Momentos después, se presentó a la puertecilla de la carroza y nos ayudó a bajar ofreciendo la mano a Diana. Luego, agarrando a Jobson por los hombros,

lo precipitó bajo las ruedas.

—Señor Francis —me dijo por lo bajo—, nada os amenaza ya. Fuerza es que vigile sobre cuantos pueden temerlo todo. Tranquilizaos: vuestros amigos no tardarán en verse a salvo. ¡Adiós! Pensad alguna vez en Mac-Gregor.

Dio un silbido, reunió su gente y guio hasta ella a miss Vernon y a su padre. El pequeño destacamento pronto desapareció entre las revueltas del bosque.

Cochero y postillón habían abandonado el tiro al primer fogonazo. Felizmente para Jobson (que, al menor movimiento de la carroza hubiera sido aplastado) los caballos, detenidos por la barricada, permanecieron inmóviles. Me apresuré a auxiliar al tunante a quien el miedo había paralizado de tal suerte, que no consiguiera levantarse por sí solo. Después de hacerle observar que no había tomado yo parte alguna en el rescate de los cautivos y que no me aprovechaba de él para escapar a mi vez, le invité a regresar al castillo y a que mandara por gente para asistir a los heridos. Pero imposible fue arrancarle movimiento ni palabra: el terror había aniquilado sus facultades.

Pasaba ya a desempeñar yo mismo la comisión, cuando a algunos pasos de allí chocaron mis pies con un cuerpo humano que creí el de un muerto o herido. Era Andrés más fresco y campante que lo había estado en su vida. Creyó aquella postura preferible al riesgo de exponer su persona a las cuchilladas y disparos que partían de todos los lados. Tan contento estuve al verle que, a fe mía, olvidé preguntarle lo que le había conducido allá. Me siguió para ayudarme.

Nos dirigimos luego hacia Rashleigh, quien, viéndome cerca, exhaló un rugido de rabia, más bien que de dolor, cerró los ojos como si hubiera resuelto, a ejemplo de Yago, no hablar palabra. Lo trasportamos a la carroza, prestando igual servicio a uno de los suyos que yacía sobre el campo de batalla. Hice que montara Jobson, para sostener a Rashleigh durante el camino, lo que verificó con aspecto tal que me dejó en duda acerca de si lo había comprendido. Andrés y yo, franqueada la puerta de la avenida y después de hacer dar media vuelta a los caballos, guiamos lentamente la carroza hasta el castillo.

Algunos de los fugitivos habían vuelto a él, a campo traviesa, y propagado la alarma, anunciando que sir Rashleigh, el escribano Jobson y el resto de la escolta acababan de ser destrozados por un regimiento entero de feroces montañeses. Por ello nuestra llegada fue acogida con clamoreos confusos, parecidos al zumbido de las abejas cuando se estrechan quejumbrosas para defender su asilo. Jobson, cuyo cerebro comenzaba a esclarecerse, utilizó voz bastante para hacerse reconocer. Tenía tanta mayor ansiedad en verse fuera del coche cuanto que, ocasionándole terrible espanto, uno de sus compañeros de expedición, el alguacil, acababa de expirar a su lado con horrible estertor.

Rashleigh vivía aún, a pesar de la formidable herida que recibiera; el fondo de la carroza estaba inundado de su sangre y un largo y rojizo reguero señaló su paso desde el peristilo hasta el «salón de piedra». Allá se le colocó en una silla, esforzándose unos en contener la hemorragia con la aplicación de vendajes, y clamando otros que era necesario llamar a un cirujano, sin que nadie se decidiera a ir en su busca.

—¡No me torturéis! —dijo el herido—. Ningún auxilio puede salvarme; lo conozco... ¡Soy hombre muerto!

Se enderezó en su asiento. El sudor de la agonía inundaba ya su cadavérico rostro, y no obstante, me dijo con energía casi sobrenatural.

—¡Primo Francis, acercaos!

Obedecí.

—Sabed de mí una cosa: que los sufrimientos de la muerte no cambian en nada, en nada absolutamente mis sentimientos para con vos. ¡Os aborrezco! —Y así hablando, la impotencia iluminaba con resplandores de rabia feroz sus ojos, que iban a cerrarse para siempre—. ¡Os aborrezco, ahora que mi sangre mana y se me escapa la vida ante vos: os aborrezco con odio tan ardiente como se apretara mi pie sobre vuestro pecho!

—No os he dado motivo para que me aborrecáis, caballero —respondí—, prefiriera en interés vuestro, veros en otra disposición de ánimo.

—¿Que no me habéis dado motivo... vos, que me habéis salido siempre al paso, vos que me habéis vencido en amor, en fortuna, en ambición?... ¡Había yo nacido para ser honra de la casa paterna, y, gracias a vos, he sido su oprobio! Mi patrimonio ha pasado a ser el vuestro... Gozadlo y... ¡ojalá le acompañe para siempre la maldición de un moribundo!

Momentos después de haber proferido tan espantoso deseo, cayó de nuevo en su asiento; sus ojos se pusieron inmóviles y se alargaron sus músculos, pero en sus convulsas facciones sobrevivió, hasta el último soplo de existencia, la expresión de un rencor sin límites.

No me detendré más tiempo en tan repugnante cuadro. Bastará añadir que la muerte de Rashleigh aseguró mis derechos a una sucesión ya incontrastable. La ridícula acusación de complicidad en el crimen de alta traición había sido dirigida contra mí con el único objeto de favorecer las pretensiones de mi adversario alejándome de Osbaldistone. Jobson, que lo había declarado bajo juramento, se vio obligado a convenir en ello, el nombre del pícaro fue borrado de la lista de curiales, y terminó sus días en la indigencia y el desprecio.

Tan pronto como hube ordenado mis asuntos, regresé a Londres, dichoso al

separarme de una morada que traía, con exceso, a mi memoria dolorosos recuerdos. La suerte de Diana y de su padre me inspiraba viva desazón. Cierta francés llegado a Inglaterra para negocios comerciales, me entregó una carta que me tranquilizó con respecto al particular.

La precipitada carta era de miss Vernon, quien en ella me indicaba que el encuentro tan oportuno de Mac-Gregor y de su gente no había sido fortuito. La nobleza de Escocia, no menos comprometida que la de Inglaterra en las últimas disensiones, había tomado muy a pecho la salvación de sir Federico Vernon, quien, en su calidad de agente reconocido, desde mucho tiempo, de la casa de los Estuardos, retenía en poder suyo documentos bastantes para arruinarla casi por completo. Al objeto de favorecer su fuga, se pensó en Rob Roy, cuya astucia y cuyo valor eran muy conocidos, y el lugar y la cita se fijó en Osbaldistone. El plan estuvo a pique de frustrarse con la intervención del desdichado Rashleigh, consiguiendo, empero, éxito cabal al fin. Puestos en libertad, sir Federico y su hija encontraron caballos preparados para ellos, y Rob Roy, para quien era familiar toda la comarca del norte, les guio hasta la orilla del mar donde se embarcaron sin contratiempo en dirección a Francia.

El portador de la carta me participó que sir Federico estaba atacado por larga enfermedad, resultado de las fatigas y privaciones de su última campaña, y que no viviría más allá de algunos meses. Había colocado a su hija en un convento, y se decía que, si bien deseaba siempre que tomara el velo, la había dejado dueña absoluta de su voluntad.

Semejantes noticias me decidieron a declarar francamente a mi padre el estado de mi ánimo. La perspectiva de un casamiento con una católica no le halagó mucho, por de pronto; mas, por otra parte, no sentía otro afán que el de verme «establecido en el mundo» y comprendía bien que, abandonándome en cuerpo y alma a los negocios comerciales le había hecho yo el sacrificio de mis aficiones. Titubeó, por ende, algún tiempo, me dirigió varias preguntas, y, satisfecho con mis contestaciones, acabó por rendirse en los siguientes términos:

—Nunca creí que mi hijo fuese un día señor del castillo de Osbaldistone, y mucho menos que fuera a buscar mujer en un convento de Francia. Empero, hija tan apasionada y sumisa no puede dejar de ser buena esposa. Habéis obrado a gusto mío trabajando en el escritorio, Frank: justo es que hagáis el vuestro al casaros.

Fácil es adivinar con qué prisa fui a preparar mi boda, y lo que luego aconteció.

Debí a Diana largos años de felicidad sin nubes. La he llorado amargamente y la lloro aún, pues nadie es capaz de comprender cuánto merece ser recordada.

He realizado muchos viajes a Escocia, pero no he vuelto a ver al valiente montañés que tanta influencia ejerció en los primeros sucesos de mi vida. Se me ha dicho de vez en cuando, que continuaba sosteniéndose en el seno de las montañas del lago Lomond, a despecho de sus poderosos enemigos, y que, por una especie de tolerancia de las autoridades, que le dejaban dueño de proteger el Lennox, a su manera, cobraba la contribución del black-mail con tanta regularidad como la que observa cualquier propietario en el pago de sus rentas. Se creyera imposible que el drama de su vida no tuviera un desenlace trágico, y, no obstante, se extinguió pacíficamente a una avanzada edad, por los años de 1733.

El recuerdo de Rob Roy se ha conservado en la tierra que habitó, y se dice de él, como de Robin Hood, en Inglaterra, que fue terror del rico y amigo del pobre. Lo que puede afirmarse es que poseyó cualidades de corazón y de inteligencia que hubieran sido prez de una carrera menos ambigua que aquella a que le condenó su destino.

Según una de las sentencias predilectas del viejo Andrés, muchas cosas hay en este pícaro mundo que no deben alabarse ni censurarse demasiado, entre otras Rob Roy.